

Manuel Martín y Modesto Medina

REINOS CONDENADOS

VOLUMEN I

EN LA TIERRA DE LOS MUERTOS

Una novela histórica en
la Península Ibérica del s. IX



Círculo Rojo

EDITORIAL



EN LA TIERRA DE LOS MUERTOS

Manuel Martín Gómez

Modesto Medina de la Torre



Título: *Reinos Condenados Volumen I: En la Tierra de los Muertos*

Primera edición de Manium Aevum: abril 2018

Primera edición de Círculo Rojo: septiembre 2019

ISBN: 978-84-1338-200-5

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo.

© Texto: Manuel Martín Gómez y Modesto Medina de la Torre.

© Maquetación: Manuel Martín Gómez y Modesto Medina de la Torre.

© Diseño: Manuel Martín Gómez y Modesto Medina de la Torre.

© Portada, contraportada y mapas: montaje de Manuel Martín Gómez y Modesto Medina de la Torre, desde ilustraciones de Cristina Nogales y Guillermo García-Valdecasas.

© Ilustraciones interiores: Guillermo García-Valdecasas.

© Fotografías de los autores: Víctor Pérez Pelayo.

Ortotipografía: Francisco Medina.

Más información en:

www.reinoscondenados.com

www.editorialcirculo rojo.com

Contacto:

info@reinoscondenados.com

info@editorialcirculo rojo.com

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que los autores manifiesten en ella.

A mi familia y a Myriam, quien me ha dado mis mejores obras: Manuel, Daniel y Pablo.

Manolo.

A mi mujer, Lucía, a mi familia y al resto de almas hambrientas de saber.

Mode.

MAPAS





ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

NOTAS PRELIMINARES

EL MARCO HISTÓRICO

PRÓLOGO *EL OCULTO QUE TODO LO VE*

CAPÍTULO 1 EL ECO DE UNA VENGANZA

CAPÍTULO 2 LOS CIELOS ABIERTOS

CAPÍTULO 3 EL PÉTALO DE SEDA

CAPÍTULO 4 PROMESAS INCUMPLIDAS

CAPÍTULO 5 EL EXTRAÑO PENITENTE

CAPÍTULO 6 UNA LEJANA ESPERANZA

CAPÍTULO 7 SUEÑOS Y TENTACIONES

CAPÍTULO 8 LA BESTIA BAJO EL MAR

CAPÍTULO 9 EL MALEFICIO DE CRISTAL

CAPÍTULO 10 VINO ESCARLATA, VINO DORADO

CAPÍTULO 11 EL RAPTO DE HELENA

CAPÍTULO 12 SOMBRAS EN LA NOCHE

CAPÍTULO 13 LAS GARRAS DEL DESTINO

CAPÍTULO 14 LOS JINETES DE DIOS

CAPÍTULO 15 LA PIEL DE SAN TIRSO

CAPÍTULO 16 LA ROSA Y LAS ESPINAS

CAPÍTULO 17 *TERRA TREMUIT*

CAPÍTULO 18 *EL DRAGÓN NEGRO*

GALERÍA DE IMÁGENES

CAPÍTULO 19 ALMAS EN EL ESPEJO

CAPÍTULO 20 LA MALDICIÓN DE GOG

CAPÍTULO 21 LA CLEPSIDRA DE SANGRE

CAPÍTULO 22 EL LAZO CARMESÍ

CAPÍTULO 23 LOS CAPAS GRISES

CAPÍTULO 24 EL JUICIO FINAL

CAPÍTULO 25 FRONTERAS DE OSCURIDAD

CAPÍTULO 26 LAS NIEVES DE *RENZEVAL*

CAPÍTULO 27 TRAS LA CELOSÍA

CAPÍTULO 28 LA ADVERTENCIA

CAPÍTULO 29 LAS LLAMAS ETERNAS

CAPÍTULO 30 LA PIRA DE LAS MUSAS

CAPÍTULO 31 HONOR Y RESPETO

CAPÍTULO 32 *EL DRAGÓN DE ZOBEIDA*

CAPÍTULO 33 *HOC SIGNO VINCES*

CAPÍTULO 34 EL FIN DE UNA MENTIRA

CAPÍTULO 35 LOS VELOS DEL DESTINO

EPÍLOGO LA PARTIDA

APÉNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES DE PERSONAJES

GLOSARIO

LINAJES Y RELACIONES

AGRADECIMIENTOS

Nuestra existencia es una larga cadena de vidas. Queremos conmemorar a cada uno de los eslabones que han hecho posible que estemos aquí: desde nuestros padres hasta nuestros remotos antepasados, algunos de los cuales debieron convivir con los protagonistas de esta historia.

Una vez honrados los dioses manes, vamos con los lares. A pesar de tantos años de investigación, creación y esfuerzo, esta nueva edición no habría sido la misma sin las personas que se citan a continuación:

—Paco Medina, quien nos escoltó desde el principio y hasta el final, afilando nuestra pluma y entintando nuestra espada.

—Lucía Sierra, por su paciencia, conocimientos sobre Historia del Arte y recomendaciones siempre acertadas.

—D. Manuel Domínguez García, historiador y profesor de la UNED, que nos ha acompañado y asesorado altruistamente durante el proceso de presentación y difusión de nuestro libro.

—Xavi Hernández, la primera persona que se hizo con esta obra tras ser autopublicada.

—Ana Cara y Alberto Ortiz, porque siguen siendo un pilar fundamental para dar a conocer *En la Tierra de los Muertos* .

—Lola Ortiz, exégeta y difusora de nuestro trabajo, ya que nos sentimos muy honrados de que haya puesto sus inquietudes en este primer volumen.

—Aurelio Vega, sabio y buscador, cuyos pragmáticos consejos han mejorado esta nueva edición.

—Juan Diego «Faramund» Soto, historiador y hermano de armas, por su nivel de implicación con esta historia.

—María Isabel Viruel, fan incondicional de Yamílah, y su marido José Luis Jiménez, por el apoyo desde los duros comienzos.

—Los magníficos librereros que nos abrieron sus puertas, y quienes nos las cerraron.

—Los lectores que han confiado en nosotros.

—Las personas que han formado parte de nuestras vidas, porque hay algo de cada una de ellas en esta obra.

A todos vosotros, gracias.

NOTAS PRELIMINARES

Nos hemos sumergido en una época histórica complicada: la Alta Edad Media. Nuestro enemigo no ha sido sólo la escasez de información, contrastada tras más de quince años de investigación, sino la errada tendencia de asociar la Edad Media a caballeros pulcros y cortesés, vestidos con brillantes armaduras, y también a damas educadas y complacientes. Esta imagen idílica y romántica del medievo, difundida desde hace más de doscientos años, no ha sido del todo filtrada por nuestra sociedad actual, debido a una desacertada u olvidada educación que nos permite aceptar convencionalismos rancios como verdaderos. En realidad, la vida durante toda la Edad Media puede resumirse en una lucha constante por sobrevivir.

En cuanto al rigor histórico, tenemos que aclarar varios aspectos: el primero se trata de los topónimos, que difieren en la misma época si analizamos diferentes documentos. El mismo caso encontramos en las fechas de algunos acontecimientos, lo que ha supuesto un duro trabajo de cohesión; por otro lado, tenemos los nombres propios de personajes históricos, entre los que encontramos apócrifos que, por no tener constancia de la denominación real, utilizaremos sin duda; finalmente, está la transcripción del árabe, que hemos procurado adaptar al castellano con objeto de facilitar su lectura. Para todas estas cuestiones, nuestra solución ha sido el sentido común y el dinamismo de la narrativa.

Con tal de dotar a la historia de mayor realismo, hemos decidido utilizar topónimos y otras palabras en latín y árabe, según la visión de cada cultura. Incluso un concepto puede tener diferentes acepciones dentro del mismo ámbito. Por todo esto, y para hacer más cómoda la comprensión de tales términos, ponemos a disposición del lector unos **apéndices** que contienen un **índice de nombres**, un **glosario** y un compendio de **linajes y relaciones**, de los que estamos seguros dará cada vez menos uso conforme avance en la trama. A su vez, hemos confeccionado unos **mapas**, asunto anacrónico pero de gran utilidad, que ubicarán el contexto espacial con mayor rapidez, en una triple perspectiva: andalusí, galaico-astur y franca. Recomendamos al lector de este formato digital que haga uso del índice electrónico cuando necesite realizar una consulta a los mencionados apéndices y/o a los mapas, si el asunto quedase fuera de las **notas a pie de página**.

A pesar de estar inmersos en una época concreta, que hemos respetado rigurosamente, no debemos

olvidar que esta obra es, en definitiva, una novela. Esperamos que la disfruten tanto como nosotros.

EL MARCO HISTÓRICO

AL-ÁNDALUS

A principios del s. VIII, la Península Ibérica fue conquistada y dominada por los musulmanes. La mayoría de sus habitantes se convirtieron al islam, mientras que otros se refugiaron en las angostas y grises montañas del norte, donde unos pequeños reinos cristianos surgieron tras resistir la ocupación.

Los nuevos dueños de Hispania la llamaron Al-Ándalus y pusieron su capital en Córdoba (*Qúrtuba*). Tras medio siglo de luchas internas por el poder, la llegada de Abd al Rahmán *Al-Dakhil* (*el Emigrante*) supuso la unificación del territorio y su independencia respecto a los Abbasíes, culpables de la caída de su familia como califas de Damasco (*Al-Sham*) .

De esta forma, Abd al-Rahmán estableció el linaje occidental de los Banu Umayya, quienes procuraron prosperidad a aquella tierra bañada por la sangre de la traición y la guerra. Las ciudades andalusíes resurgieron y se convirtieron en florecientes bastiones frente a los francos y los rebeldes norteños: sus enemigos. Ahora bien, la semilla de la ambición creció entre los poderosos de las tres grandes marcas, poco después de comenzar el reinado del sabio Abd al-Rahmán *el Segundo* .

En la *Marca Inferior* , **Mérida** (*Márida*) se rebeló en el año 828 d.C. El bereber Mahmud ibn Al-Yabbar y el converso Suleymán ibn Martín se enfrentaron al gobernador (*walí*) de la ciudad y se hicieron con el poder, instaurando un dominio ilegítimo.

Un año más tarde, en la *Marca Media* , **Toledo** (*Tulaytula*) encumbró a un humilde herrero, Hashim al-Darrab, como libertador. El rebelde expulsó a las tropas cordobesas y castigó a los bereberes leales al Emir que habitaban los alrededores de la ciudad, aunque más tarde tuvo que huir y perderse entre las montañas, tras ser derrotado a campo abierto por las huestes del temible general Ibn Rustum, llamado también *el Buitre Negro* , legítimo gobernador (*walí*) de la *Marca Media* .

En la *Marca Superior* , la familia conversa Banu Qasi fue acumulando poder desde la conquista musulmana. Los gobernadores de **Zaragoza** (*Saraqusta*) vigilaban con desconfianza todas las acciones de Musa ibn Musa, señor de **Arnedo** (*Arnit*) y patriarca de la estirpe de Qasi, pero la influencia de este no cesaba de crecer.



Los protagonistas de esta novela que están bajo el poder andalusí comienzan su historia en los siguientes contextos:

- **Hashim al-Darrab** : escondido en las montañas de Daroca (*Qalat-Darwaqa*), como líder rebelde que se opone al poder cordobés.
- **Tamán** : cumpliendo una misión en Toledo (*Tulaytula*), al servicio de Ibn Rustum.
- **Claudia/Tarub** : en el palacio de Córdoba (*Qúrtuba*), a la espera de conocer a su señor.
- **Fortún** : en los suburbios de Córdoba (*Qúrtuba*), recabando información para su casa, los Banu Qasi.
- **Álvar** : en las profundidades de Guadarrama (*Aquae Dirrama*), al frente de un grupo de bandidos.
- **Yamílah** : en las inmediaciones de Mérida (*Márida*), supervisando las fortificaciones fronterizas ante la amenaza cordobesa.

REINO DE LOS ASTURES Y PAMPLONA

Entre toda esta bruma de caos, sangre y poder, surgieron los pequeños reinos del norte peninsular. Los astures, galaicos y vascones hacían frente a las embestidas cordobesas, aliándose con sus montañas y cargando con la pena y el orgullo, para levantarse de entre sus cenizas tantas veces como fuera necesario. El rey Adefonsus *el Segundo* guiaba a sus ejércitos en el noroeste, por las

fronteras del *Asturorum Regnum* , y la familia Aritz (Arista) intentaba hacer lo propio en Pamplona (*Pampilona*), rivalizando con poderosas casas francas como el linaje de Basiliscus, que desconfiaban de los Aritz (Arista) por sus lazos de sangre con los Banu Qasi.



IMPERIO DE LOS FRANCOS

El sueño de la reconstrucción del Imperio Romano Occidental fue acariciado por el hombre más poderoso de su tiempo, el apodado Gran Karolus (Carlomagno). Su importante legado pasó a su hijo Ludovicus, cuya figura carecía de la gloria y el carisma de su padre; en consecuencia, la mitad de su imperio miraba al heredero, su primogénito Lotharius, como legítimo señor. A esta anunciada guerra intestina, se sumaban los ataques que el Imperio de los Francos (*Imperium Francorum*) recibía en el norte por parte de los *nordmanni* , expertos marinos que saqueaban las costas sin compasión. Otro de nuestros protagonistas, **Faramund** , comienza sus aventuras en Nimega (*Batavodurum*), como partidario de Lotharius.

Además, la peste y el hambre campaban a sus anchas, signos por los que muchos religiosos de la época vaticinaron el Juicio Final, semilla que germinaría en *la Tierra de los Muertos* ...

*Antes de que vaya para no volver,
a la tierra de tinieblas, y de sombra de muerte...*

Job 10:21

PRÓLOGO

EL OCULTO QUE TODO LO VE

Lugar secreto en las inmediaciones de *Qalat-Darwaqa* ,

Al-Tagr al-A'la (*Marca Superior* de Al-Ándalus).

Safar (marzo), año 216 de la Hégira (831 d.C.).

Una rebelión, un sueño. En el exterior de la jaima, acechaban el frío de la montaña y la oscuridad de una noche sin estrellas.

«La traición es cicuta para el alma», pensó Hashim.

No había tenido una vida fácil, pero tampoco se quejaba. En aquel momento, cuando la hora de su muerte se acercaba, se sentía satisfecho y eso era lo único que importaba.

«Estoy preparado».

Todo su pasado acudió a su mente en un instante. Desde muy niño, había experimentado un cúmulo incesante de perfidias. Su notable familia había sido masacrada en la fortaleza del sanguinario Amrús, en *Tulaytula*¹, como si fuese ganado, junto con otros linajes toledanos. La mañana siguiente a la tragedia la recordaría con detalle por siempre: el temblor de sus piernas y el calor de la orina recorriendo sus muslos mientras aquella desdentada sirvienta narraba la terrible noticia. Dios no tuvo misericordia.

Luego, echó a correr y se escondió en el granero de una alquería de las afueras, llorando mientras era lacerado por la soledad. A los dos días de su desaparición, lo encontraron sediento, con varios mechones níveos en su cabello, el rostro macilento y la mirada perdida. Poco quedaba de aquel niño alegre que se había criado entre las castas ricas de la ciudad.

Ningún conocido quiso hacerse cargo de un huérfano sin oficio. Sin más compañía que su sombra, tuvo que viajar hacia el sur, a la gran *Qúrtuba*², a aprender el arte de la forja con el marido de su tía, un verdadero maestro llamado Iulius. Durante las pernoctas del viaje en inmundas hosterías, intentaron abusar de él varias veces: monjes en busca de reliquias, judíos mercaderes de vida intachable y, como no podía ser de otra forma, trastornados solitarios en busca de presas fáciles. Todos ellos recibieron hierro en lugar de placer, y pudieron ver el color de sus propias entrañas. Pese a no considerarse un juez de almas, descubrió que no le costaba trabajo arrebatarse las vidas de aquellos que hacían el mal en el mundo, pues su ausencia provocaba en él un grato bienestar: la tranquilidad de que otros más débiles nunca serían dañados por tales ruines.

«Quiero creer que algunas personas han conservado a sus seres queridos gracias a mis acciones».

Una vez que llegó a la enorme urbe, se asentó en el barrio de *Saqunda*³ y conoció por un tiempo la paz. Su mentor, de perpetuo semblante hosco, no resultó ser un hombre paciente. La mayoría de sus aprendices acababan abandonando las fraguas debido a los improperios que esparcía hacia quienes no demostraban una habilidad superior a su experiencia. Sin embargo, ya fuese por su parentesco o porque realmente valoraba su trabajo, el muchacho permaneció allí, se convirtió en un gran hacedor de hojas y obtuvo la admiración de cuantos le rodeaban.

Comenzó entonces una época de felicidad que siempre recordaría. Su tía Paula quedó embarazada y dio a luz a un vivaz retoño que se convirtió en la alegría del hogar.

«El pequeño Severus...».

Iulius creaba hojas sin parangón. Llegaban encargos desde lugares remotos con nombres nunca antes pronunciados en el arrabal. Todo parecía un regalo de Dios, una compensación por el

sufrimiento que Hashim había padecido siendo un niño, pero no duró para siempre. Una mañana, el jefe de la guardia de la ciudad llegó borracho a la fragua. Hablaba con voz lenta y pastosa, y pretendía que su espada fuese afilada sin coste alguno; ante la negativa de Iulius, el cliente le atravesó las entrañas con el metal que sostenía.

«Nunca me perdonaré no haberle partido el cráneo a ese patán, maestro. No debí dejarlo entrar».

Aquel nuevo abuso por parte de la autoridad puso en jaque al antiguo Emir, pues el pueblo se alzó en armas y casi consigue su perfumada cabeza. Ahora bien, la represión fue cruel. Todo el arrabal acabó quemado y sus gentes pasadas a cuchillo o desterradas. Hashim se vio obligado a regresar a *Tulaytula*, con su tía viuda, que portaba en brazos a su menudo hijo.

Al llegar a su ciudad natal, Hashim era todo un adulto y no lo reconocieron. Paula, abrumada por la pena, perdió la cabeza e ingresó en un monasterio. El herrero tuvo que hacerse cargo de Severus una vez fue destetado de su nodriza. Aquella responsabilidad fue demasiado para él. Si bien su oficio de batihoja daba para no pasar hambre, unos años después, decidió traficar con falsas reliquias para aumentar sus ingresos, y entonces su ahijado quedó a cargo de un buen sacerdote: el sabio Cletus.

Durante sus periplos como maleante, Hashim conoció al amor de su vida, una *domina*⁴ inalcanzable para él, casada y de familia poderosa. Sus escarceos se alargaron en el tiempo, pero desde un principio supo que aquella mujer nunca le correspondería con el mismo sentimiento. Por ella, se unió a un grupo de sicarios y se convirtió en una hoja que segaba vidas a cambio de un puñado de monedas. Fue durante uno de sus encargos cuando apareció la mano del destino y lo convirtió en el hombre que era en la actualidad: Al-Darrab, el forjador de libertad. Una voluntad desconocida le había ofrecido una buena suma de oro por dar muerte a Qaisar *el Viudo*, gobernador de *Tulaytula*. La ciudad no soportaba los impuestos del Emir y sus gentes comenzaban a morir por hambruna y pestilencia, así que pensó que su cliente pertenecía a una familia rival que deseaba aprovechar el malestar para encumbrarse. La noche en la que Hashim envió a Qaisar con el Demonio, las cosas se torcieron y su identidad fue descubierta. Sin embargo, los toledanos lo protegieron de los guardias y lo alzaron como a un salvador. *Tulaytula* debía romper sus cadenas y liberarse de su pesada carga, y para hacerlo nadie mejor que un herrero. Recordaba bien el olor a madera quemada, a sangre y a hierro, y los gritos del pueblo en la gran plaza: “¡Dios guarde al herrero! ¡Dios guarde a Al-Darrab!”; resonaba sobre los cuerpos inertes, clavados en estacas, de la guarnición emiral. Al día siguiente, uno de los hijos de Qaisar lo visitó. Lejos de reclamar venganza, le ofreció el gobierno de la ciudad y su propia lealtad.

«Ibn Qaisar, tan diferente a su padre, tan fiel a sus convicciones».

Todo fue concordia y prosperidad en *Tulaytula* durante un tiempo, aunque se trataba de un espejismo efímero y sin esperanza. Confirmando sus temores, el Emir envió contra los rebeldes a su general más temido, Ibn Rustum, también llamado *el Buitre Negro*. Ante tales acontecimientos, las alternativas que tenía Hashim eran escasas: o bien sus huestes aguantaban el sitio de la ciudad, a pesar del sufrimiento que acarrearía para sus gentes, o por el contrario atacaban a los sureños a campo abierto, con la esperanza de que se retirasen tras una derrota desastrosa de su vanguardia. Se decidió la segunda opción pero, como era de esperar, no fueron rivales para los pertrechados cordobeses.

«Nos pusieron en fuga sin esfuerzo. Para Ibn Rustum fue un juego de niños. Los Banu Qasi no aparecieron como me habían prometido. Al menos tampoco apoyaron al enemigo».

Perseguidos sin piedad, *el Buitre Negro* les dio caza en *Qalat-Darwaqa*² y acabó con buena parte de ellos, y los supervivientes se refugiaron en las sierras de los alrededores, justo donde ahora se encontraba.

«Demasiadas muertes, demasiadas pérdidas. Y ahora, mi propia caída».

Salió de sus pensamientos y regresó al presente en cuanto la puerta de su jaima se descubrió y entraron cuatro de sus compañeros. El primero llevaba un pergamino enrollado en sus manos, mientras que el resto se erguía de forma marcial, con sus armas expectantes.

—Noticias, mi señor —dijo Ibn Muhayr, el cabecilla de la comitiva—. El Emir quiere negociar.

—¿Dónde está Severus? —preguntó Hashim, ignorando las palabras del recién llegado.

El grupo compartió gestos de preocupación.

—Nadie lo sabe, pero pronto...

—¿Cuándo os habéis dejado comprar? —interrumpió el herrero con decepción. Todos desenvainaron sus hojas. Él los contemplaba con calma, pues había vaticinado aquella situación.

—Vamos, Hashim... —El tono del adelantado pasó del servilismo a la condescendencia—. Será rápido, te lo prometo. Por los viejos tiempos...

—Ignatius, Balask, Ibn Tulay... —Los de atrás no podían mirarlo a los ojos—. ¿Cuánto oro vale la sangre de nuestros hermanos muertos?

—Es una causa perdida, mi señor —le espetó Balask *el Converso*—. Queremos el perdón del Emir y regresar con nuestras mujeres... —Sus palabras se ahogaron ante la mirada de desprecio de Hashim.

—Incluso yo he perdido la esperanza, que no la convicción, en nuestra causa —aseveró el herrero—. Moriré con orgullo, luchando, en lugar de ofrecerle el culo al tirano cordobés.

—Las huestes de Ibn Rustum están a punto de llegar —informó Ignatius, siempre sonriente—. Saben dónde estamos, alguien nos ha traicionado... Posiblemente ese crío por el que preguntas.

—Cuida tus palabras —amenazó Hashim y desenvainó su sólida espada.

—¡Hemos perdido! —gritó Ibn Tulay, cuya hoja refulgía a la luz de las lámparas de aceite—. ¡Debemos volver para proteger a nuestras familias!

—Tu cabeza o la de todos, Hashim —explicó Ibn Muhayr, sin acritud—. Ese ha sido el mensaje del *Buitre Negro*.

Hashim sonrió con tristeza.

—Ingenuos... ¡Os matarán a todos! Me habría entregado de forma gustosa para protegeros a vosotros y a vuestros seres queridos. Ahora bien, en estas circunstancias... Si no dejáis las armas y os marcháis, vais a conocer a las vírgenes que os aguardan después de la muerte.

El grupo vaciló. A pesar de que eran cuatro, por las dimensiones de la tienda no podrían atacarlo más de tres a la vez. Hashim, con un filo en la mano, valía por más. Serenas lágrimas de decepción acudieron tibiamente a los ojos del herrero y corrieron por sus mejillas, como las caricias de la añoranza que evocaba tiempos mejores.

Hashim enarboló la hoja y el adelantado, Ibn Muhayr, se escabulló rápidamente tras sus compañeros.

«Rata pérfida... Siempre fuiste un embustero y un cobarde».

Aquello dejaba a tres hombres armados ante él, por lo que dio un manotazo a la lámpara de aceite durante su arremetida y prendió las ascuas del Infierno. Apuntó al corazón de Balask, aunque el intento desesperado de su viejo amigo por detener la estocada hizo que el hierro se le incrustase en el bajo vientre. Allí, fue retorcido y extraído antes del primer alarido. Hashim sabía que la espada de Ignatius impactaría en él, así que giró sobre sí mismo para recibir un ligero corte en la espalda y, a la vez, tomar impulso para propinar un tajo horizontal que abrió la garganta de su contendiente, lo que provocó un salpicón sanguinolento que cegó al último rival. «Ignatius, tu eterna sonrisa ha terminado...». Ibn Tulay era el más experimentado de sus adversarios; tras esperar a que limpiara sus ojos, a Hashim le costó algunos embates y contraataques cercenarle la mano de la espada y decapitarlo.

«He salido del primer combate sin heridas graves. Aun así, si aparece Ibn Rustum estoy perdido».

Contempló absorto el incendio que se extendía por todo el pabellón y se le pasó por la cabeza dejarse engullir por las llamas, purificarse y acabar sus días allí. Entonces, pensó en Severus.

«Le hice una promesa. Debo vivir por él...».

Era muy capaz de escapar del campamento sin que nadie se percatase. A la llegada de las huestes emirales, él ya habría desaparecido y podría buscar a su ahijado desde las sombras.

«Unas sombras más siniestras que las lenguas de negrura que vigilan estas flamas».

Se preparó para salir de la jaima, pero sintió un escalofrío que lo hizo girarse. Allí, al fondo, rodeada por el fuego, la lobreguez se volvió carne y se acercó hasta él, empuñando un gélido cuchillo.

«Tú...», pensó.

Lo reconoció, supo quién era y no pudo reaccionar a tiempo. Una rebelión, un sueño, una pesadilla. Un frío abisal, más intenso que el de la montaña, recorrió sus entrañas cuando el metal lo atravesó y la oscuridad de una noche sin estrellas lo abrazó para siempre.

[1](#) Toledo.

[2](#) Córdoba.

[3](#) Arrabal cordobés.

[4](#) Señora.

[5](#) Daroca, en Zaragoza.

CAPÍTULO 1

EL ECO DE UNA VENGANZA

Tulaytula ,

Al-Tagr al-Awsat (*Marca Media* de Al-Ándalus).

Rabí Al-Awwal (mayo), año 216 de la Hégira (831 d.C.).

La plateada silueta de la luna oscilaba en la quietud del río que abrazaba la rebelde *Tulaytula* ; un gran espejo en el que se habían reflejado la grandeza y el horror. Las huestes cordobesas, que acampaban en las afueras, sitiaban el lugar con tibieza y propiciaban una calma tensa. A pesar del peligro que suponía adentrarse en un territorio hostil, diez hombres embozados, armados bajo las capas, cruzaron el Puente de las Barcas y se prepararon para introducirse en la urbe. Los lideraba el converso Tamán ibn Qaisar, quien acariciaba el cuero de la empuñadura de su espada mientras caminaba, una hoja que no había derramado sangre desde la victoria de Ibn Rustum frente a una banda de insurrectos encabezada por un simple herrero.

«No pude ajusticiarlo con mi propia mano», pensó mientras ordenaba a sus subordinados, con un gesto marcial, que caminasen en columna. «No pude vengarte, padre, pero si acabo con su legado, tu alma descansará en paz».

El grupo dejó a sus espaldas la vieja ermita y entró por la Puerta de los Judíos. Desde allí, se dirigió rápidamente a la judería, vigilada por algunos guardias de Ibn Muhayr, el nuevo gobernador. Tamán echó hacia atrás su capucha y dejó ver su rostro para que los custodios se apartasen y les permitiesen entrar. Poco después, llegaron a una vivienda parecida a un palacio, un pequeño paraíso de fragancias florales y emanaciones de agua pura que pasó desapercibido para la mayoría. Todos aferraron las armas antes de alcanzar el portón principal, protegido por varios centinelas.

—¡Deteneos! ¡No deis un paso más! —vociferó el más adelantado de los vigilantes, sujetando una lanza con firmeza.

Otro cogió un cuerno y se dispuso a soplarlo para llamar a la guardia, pero boca e instrumento fueron partidos en dos por la espada de Tamán. Su compañero arremetió contra el agresor con fuerza, y este respondió con un molinete para desviar el asta, cortar la mano y acabar con un limpio tajo que cercenó la garganta del valiente. Los hombres de Tamán redujeron al resto, no sin oposición. Los escalones se impregnaron de escarlata y los vecinos comenzaron a encender las

lámparas de aceite en sus viviendas.

—¿Estáis todos bien? —preguntó a sus subordinados. Ante el gesto afirmativo de algunos, los asaltantes prosiguieron su camino hacia el interior de la vivienda.

De una patada, Tamán echó la enorme puerta abajo y entró en el salón principal; un hombre en ropajes de alcoba, con el pelo canoso y despeinado, los recibió con los ojos muy abiertos. Parecía haberse despertado por el jaleo.

—En el nombre de Dios, ¿qué hacéis en mi casa?

Los hombres se dispersaron y comenzaron a buscar por todas las habitaciones.

—¡Aquí! —dijo uno de ellos y sacó a rastras de su aposento a una doncella que se retorció ante su captor. Era hermosa y de piel cuidada, como la mayoría de las judías, a pesar del cabello revuelto y el aspecto somnoliento.

Tras prender al dueño de la casa y amordazarlo, Tamán se acercó a ella, la devolvió a su dormitorio de un empujón y entornó la puerta.

—¿Dónde está? —preguntó con voz severa.

La muchacha, jadeante, puso cara de estupefacción.

—No sé de qué me hablas. No le hagas daño a mi padre, ¡por favor, por favor!

—Si no me dices dónde está, tu padre no verá la luz del día. Le arrancaré cada uno de sus dedos, cortaré sus miembros poco a poco y lo dejaré ciego. Si sobrevive, Dios le habrá negado la misericordia.

—¡No sé de qué hablas, demonio! —chilló ella—. ¡Sal de nuestra casa!

—Te hablo del lacayo de Hashim al-Darrab, ese nocharniago que te frecuentaba.

Los ojos de la joven se abrieron de par en par, y sus carnosos labios comenzaron a tiritar. Los jadeos de impotencia dieron paso a lágrimas silenciosas.

«Entonces es cierto. Ha estado aquí...».

—¿Por qué lo buscáis? —se desesperó la doncella—. Todo ha terminado, Hashim murió y concedisteis el perdón para el resto de sus hombres.

«Porque quiero que Al-Darrab se retuerza de dolor en el Infierno, contemplando cómo hago sufrir a su ahijado hasta matarlo. Porque quiero venganza».

—Ese perro ha reunido a algunos allegados para atacar nuestra retaguardia y sabotear parte de nuestros suministros —aclaró el guerrero—. Se le considera un malhechor y ha de ser ajusticiado. No voy a repetirlo. O me dices dónde está...

—¿No lo sé! —se apresuró a decir la muchacha—. Lo juro por Dios, no me dijo hacia dónde iba.

—Entonces reconoces que te visitó. —Tamán acercó la punta de su arma hacia el pecho de la judía.

—Sí, sí... —Estaba aterrorizada—. Vino a verme tras la muerte de Hashim, pero se fue para no volver.

—¡Mientes! —El guerrero se enervó—. ¡Traed al viejo! —ordenó a sus hombres.

Los soldados llevaron ante su superior al anfitrión, que traía el rostro amoratado y cuya nariz sangraba abundantemente. Al verlo, la muchacha dio un grito de pánico y se lanzó desesperadamente a abrazarlo, pero el converso la sujetó por los brazos y la arrojó al camastro con fuerza. Dos hombres inmovilizaron la mano del comerciante sobre un *scriptorium*⁶, mientras el resto vigilaba la entrada. Tamán acarició el filo de su espada y lo colocó sobre la mano del anciano, miró a la judía y esperó un instante; como la joven no reaccionaba, apretó los labios y empujó la hoja hacia abajo con fuerza. El desdichado bramó de dolor en cuanto dos de sus dedos cayeron al suelo. Lentamente, la sangre empapó la madera y comenzó a gotear sobre ellos.

—¿Dime dónde está! —exhortó el *qaíd*⁷, colocando su hoja sobre la muñeca del herido.

—¿No lo sé! —respondió ella entre llantos, casi desafiante.

De repente, todos enmudecieron ante una nueva presencia. La figura era imponente, cubierta con ropajes oscuros y escoltada por cuatro hombres. Descubrió sus facciones y aparecieron unos rasgos duros, adornados por una barba gris y bruna que casi se unía con las largas cejas que protegían dos pozos de negrura.

«Ha venido personalmente. Esto es más importante para él de lo que suponía».

—Mi señor, la ciudad es peligrosa...

Ibn Rustum, el *amir*⁸ y gobernador de la *Marca Media*, era llamado *el Buitre Negro* debido a su costumbre de cabalgar al paso, ataviado con su azabache loriga, entre los cadáveres de sus enemigos; ese hecho decía mucho sobre su habilidad como estratega. Poseía una voz grave y templada, que sólo alzaba en el campo de batalla, como un gran cuerno que dirigía, inclemente, a los soldados con su soplo. El resto del tiempo, se diría que aquel timbre resultaba difícil de escuchar sin demasiada algarabía, lo que le imprimía más respeto aún. Así habló a los presentes, sereno y educado.

—Tranquilo, Tamán, no estaremos aquí mucho rato. Creo que la joven dice la verdad. Aun así, hay otras formas de utilizarla para dar con el insurrecto.

—¿A qué os referís? —preguntó el subordinado.

—Será él quien muerda un cebo difícil de ignorar. —Se puso en cuclillas y sujetó delicadamente el rostro de la joven, examinándolo con admiración—. Esta muchacha sabe que, si no colabora con nosotros, no sólo su padre va a sufrir.

Ibn Rustum se giró hacia el judío con lentitud. Su mirada, similar a la oscuridad que rodea las estrellas, enmudeció al mutilado.

—Estimado Eliyahu, los tiempos han cambiado. Los días de rebelión tocan a su fin y, para extirpar ese mal de raíz, estamos buscando a un delincuente que nos ha provocado ciertas molestias. Tu hija se relaciona con él, así que pensamos que tu casa es un lugar idóneo para encontrarlo, antes o después.

—Ella no será para ese sucio cristiano —masculló el judío—. He dado órdenes a los guardias para que lo maten si aparece.

El Buitre Negro sonrió ante los presentes. Aquella inusual visión resultaba aterradora.

—Está bien que colabores con nuestra causa, mi estimado Eliyahu. Por otro lado, hemos de hacer algo más dócil a la hermosa Mariam. Estará con nosotros un breve tiempo, el suficiente. Así comprenderá nuestras preocupaciones. Para salvaguardar su integridad y pureza, uno de mis hombres pasará frecuentemente a recoger un pago simbólico por tu parte. —Mientras las palabras salían de su boca, su interlocutor berreaba intentando zafarse de sus captores—. Además, dispondremos de tu *munyat*² para que no le falte de nada.

—¡No toquéis a mi hija, malnacidos! —gritó el herido. El esfuerzo lo hacía sangrar profusamente.

—Curad a este hombre —ordenó el general—. No me gusta la sangre fuera de un campo de batalla.

Uno de los guardias cauterizó las heridas con una antorcha. Aquel olor a carne y sangre quemadas habría repugnado a muchos, aunque no a Tamán. Eliyahu se desmayó de dolor, y su hija se arrastró rápidamente para intentar socorrerlo.

—El judío ha recibido el mensaje —dijo Ibn Rustum—. Traed con nosotros a la muchacha, pero amordazadla. Esto parece un zoco.

Los hombres armados cargaron con la hermosa joven y abandonaron el palacio para salir de la ciudad por la Puerta de los Judíos; poco después, los guardias nocturnos miraron para otro lado al paso de la partida cordobesa.

«Ibn Muhayr... Ese cerdo que se hace llamar gobernador se ha dejado sobornar por el *amir* . *Tulaytula* pronto volverá a manos de *Qúrtuba* ».

A las afueras, el grupo del *Buitre Negro* se topó con varios soldados que cuidaban de diversas monturas. Todos cabalgaron en la noche, teas en mano.

* * *

Los pabellones del ejército sitiador se alzaban con orgullo ante la liviana brisa y se extendían hacia el negro horizonte dentro de un círculo protector de empalizadas, donde oscilaban los fuegos como cabelleras de diablos. Ibn Rustum dio órdenes de custodiar a la prisionera como si fuese el oro de los godos, y se adentró en la jaima principal junto a Tamán. En el interior, había una mesa

con varias lámparas de aceite, llena de succulenta fruta. Al fondo, un cofre grande reposaba a los pies de un cómodo camastro y, a ambos lados, estaban colocados los pertrechos de guerra del *amir*: las armas sobre viejos estantes y las protecciones en un tosco torso de madera. El general echó su capa sobre la camisa de mallas, tomó un racimo de uvas y mordisqueó algunas con tranquilidad, escupiendo los huesos en su mano y depositándolos en un pequeño cuenco. Finalmente, se giró y, sin dejar de comer, habló con calma.

—Ha sido arriesgado, pero ha dado sus frutos.

—No hemos perdido hombres —afirmó Tamán—. Ni siquiera hay heridos.

—Me refiero a que hemos sacudido un nido de avispas. No olvides que Eliyahu *el Comerciante* es uno de los notables más poderosos de la ciudad. Trabajan a su cargo un millar de personas, tras más de dos décadas de gran constancia y codicia. Sabemos que apoya firmemente la rebeldía respecto a *Qúrtuba*, aunque no deja de mercadear ni siquiera con sus enemigos. De *Tulaytula* parten caravanas cargadas de preciados bienes hacia muchos lugares, incluso tierras extranjeras, y la inmensa mayoría le pertenecen. Ha sido una suerte cogerlo por sorpresa. Ahora los rebeldes han recibido un duro golpe a nivel pecuniario, por lo que debemos prepararnos para su venganza.

—Yo no me preocuparía por Ibn Muhayr. Su falsa sonrisa ha evitado que conquistemos la ciudad.

—Ibn Muhayr es una puerta que abre hacia ambos lados del umbral, según por donde sople el viento más agradable. No será la primera vez que nuestro “aliado” —enfaticó el *amir*— cambie de causa.

—Que se lo digan a Al-Darrab. ¿Creéis que él mismo lo mató? —El converso frunció el ceño.

—¿Quién gobierna *Tulaytula* ahora? Piénsalo bien, estimado discípulo. —Volvió a escupir unos huesecillos en su mano—. Si aplastase este racimo con mi puño, fermentaría y se convertiría en vino... Pero, en el fondo, no dejaría de ser un manojito de uvas. El alma de Ibn Muhayr siempre ha estado manchada de sangre y envidia.

Los ojos de Ibn Rustum se ensombrecieron.

»Ahora bien, otra posibilidad es que *Cuatrolabios* buscara venganza por la ofensa del herrero. No obstante, él habría desafiado a Al-Darrab en público, para que todos hubiesen visto cómo lo vencía. Es un mercenario con cierto sentido del honor... en ningún caso lo habría apuñalado por la espalda.

«No han podido acabar con Al-Darrab de otro modo...».

— *Cuatrolabios*... ¿Ha aceptado vuestra oferta? —preguntó Tamán.

—No, la ha declinado. Es una pena, lo considero una gran espada, pero es posible que ahora sirva a Ibn Muhayr. — *El Buitre Negro* arqueó una ceja.

—Su ambición será su caída —afirmó el *qaíd*—. Si alguien lo enviase contra nosotros, lo mataría y asaltaríamos la ciudad. La pasaríamos a hierro y fuego.

—Sería interesante presenciar un combate entre vosotros, sin duda —dijo Ibn Rustum con indiferencia—. Pero jamás atacaremos la ciudad si no lo ordena el Emir, ni haremos sufrir a sus habitantes. ¿Te olvidas de quién soy, Tamán? Estás ante el gobernador de la *Marca Media*. Esa ciudad me pertenece y no pienso hacer que sangre. ¿Mataría un padre a sus hijos por desobedecerle?

—Quienes ofenden la voluntad de Dios deben ser castigados, mi señor. Siempre hay tiempo de engendrar una nueva prole, digna de Él.

—Tu temperamento es propio de tu juventud, mi estimado discípulo —apuntó Ibn Rustum—. Tres son las cabezas que se han de cortar, no más. La primera ya ha caído y el resto no tardará en caer. Otros generales habrían puesto el cuerpo de Al-Darrab, crucificado, ante la Puerta de Muawiyya, para dar ejemplo. Solo habrían conseguido más conjuras y más odio. Dejemos que un paño de lino limpie la inmundicia, en lugar del esparto.

Tamán recordaba bien la noche en la que murió el cien veces maldito Al-Darrab. Recibieron una carta de Ibn Muhayr que les permitió dar con su guarida. A cambio, se pedía el perdón para los demás integrantes de la partida y el resto de los toledanos. Aun así, al llegar al escondite, encontraron un reguero de cadáveres y el cuerpo inerte del herrero con signos de extrema violencia. Parecía que el caudillo había dado muerte a sus propios hombres pero, a la vez, había sido abatido y desfigurado: sus ojos y su lengua reposaban sobre su pecho. Luego, Ibn Muhayr fue acogido en *Tulaytula* como un nuevo héroe, el sucesor del herrero.

«Ojalá me hubiese podido enfrentar a Al-Darrab. Ojalá te hubiese vengado, padre».

—¿Qué opináis sobre lo que hablan los lugareños, mi señor? —preguntó a su mentor—. ¿Creéis que fue Al-Basir?

—¿Tú crees en espíritus malignos y demonios, Tamán? Yo sí. Pero son de carne y hueso.

—Ese nombre ya se escuchaba entre los ancianos cuando mi padre era un niño —comentó el converso—. Algunos creían que se trataba de Amrús de *Saraqusta*¹⁰. Otros, que era el mismísimo *Iblis*¹¹ encarnado. ¿Alguien está tratando de imitarlo?

—Es probable —asintió el *amir*—. No es el hierro, sino el miedo, el arma más poderosa. Amrús fue más sanguinario que la propia leyenda de Al-Basir, aunque era un hombre como nosotros. Todos le temían, si bien hay distintos tipos de terrores. El que no se puede explicar supera con creces al que podemos tocar con las manos.

—Aquella muerte atroz... Los ojos y la lengua...

—Se trató claramente de un mensaje. “No cuestiones y obedece, o acabarás como él”. ¿A quién iría dirigido?

Ibn Rustum dejó la fruta en un plato y se acercó al arcón que había junto al catre. Lo abrió y extrajo un objeto alargado, envuelto en un fino paño púrpura que colocó sobre la mesa.

—Tienes que aprender a leer allende el pergamino. Debes conseguir ser temido más allá del

campo de batalla, ser respetado por quienes te odian y por quienes te aman. Tienes un corazón honorable, el más honorable que he conocido.

—Me halagáis, mi señor —dijo el guerrero bajando la cabeza.

—He sembrado el terror entre los cristianos junto a tu viejo maestro, Ubeyd Allah al-Balansí, descendiente de Abd al-Rahmán *el Emigrante*. He surcado el peligroso norte con Abd al-Malik *el Despiadado*¹², y me he enfrentado contra su hermano, Abd al-Karim *el Terco*¹³. Los hombres han temblado bajo el yugo de mis ejércitos, gracias al valor y la entrega de quienes me obedecen. Sin embargo, en todo este tiempo, no he conocido a nadie tan puro y capaz como tú. Por eso, y por tu lealtad, tengo este regalo para ti.

El general desenvolvió el objeto que reposaba sobre la mesa. Se trataba de una espada, sencilla pero hermosa. El metal refulgía con un brillo inusual en el hierro, parecía de naturaleza distinta. Tamán la tomó, la esgrimió y la sopesó: era magnífica, no había empuñado nunca nada parecido. Su pomo era ancho, del mismo material que la hoja, y se ajustaba bien a la molleja de la mano. La empuñadura estaba recubierta de grata piel y la guarda descendía en semicírculo. El doble filo, robusto, diseñado para un jinete, resplandecía con ondulaciones a la luz de las lámparas. Perfectamente contrapesada, sería tan práctica sobre una montura como en un combate a pie. Cuando el guerrero pasó su encallecida mano por el filo, un hilillo de sangre cayó por la hoja.

—¡Ah! —exclamó Ibn Rustum con su voz grave, arqueando una ceja—. Esta arma ya ha derramado dos veces la misma sangre.

El rostro de Tamán, lleno de incomprensión, requería una aclaración.

—Es la espada de Al-Darrab. La hoja que mató a tu padre.

⁶ Lugar para escribir.

⁷ Comandante.

⁸ General.

⁹ Hacienda, almunia.

¹⁰ Zaragoza.

¹¹ El Demonio.

¹² Abd al-Malik, *el Despiadado* : hermano de Abd al-Karim *el Terco* , famoso por sus saqueos y matanzas en el norte peninsular.

¹³ Abd al-Karim, *el Terco* : general de las fuerzas cordobesas que asoló el norte peninsular durante finales del s. VIII y principios del s. IX, obsesionado con capturar al rey Adefonsus *el Segundo* .

CAPÍTULO 2

LOS CIELOS ABIERTOS

Batavodurum,

Frankia .

Mayo de 831 d.C.

La pequeña urbe se alzaba, orgullosa, en un suave montículo al otro lado del río. Tal era la incipiente prosperidad de *Batavodurum*¹⁴ que, incluso a aquellas horas intempestivas, algunas barcas con pequeños faroles navegaban en ambas direcciones. Las casas que sobresalían de la muralla apenas si se distinguían en la oscuridad, veladas por las brumas que emanaban de las aguas. En las afueras, un enorme ejército acampaba bajo la despejada noche y rompía, con su ajetreo, la habitual quietud del entorno.

Faramund caminaba silencioso junto a su padre, Arband, sobre el largo puente de madera que cruzaba las aguas, acompañados por el suave murmullo del cauce. Alumbrados por las antorchas que flanqueaban la pasarela, ambos sobrepasaron la entrada de la ciudad bajo la atenta mirada de los guardias. Tras caminar por varias calles apenas transitadas, llegaron ante las puertas de una humilde iglesia. Los troncos bien cepillados que formaban sus paredes no presentaban demasiados adornos, pero constituían un esperanzador muro contra el relente que calaba los huesos.

«He olvidado mi capa», pensó Faramund.

Una vez en el interior del templo, una monótona letanía se escuchaba ante el hipnótico vaivén de las llamas de los cirios que rodeaban el altar. La exigua iluminación procuraba un ambiente sereno y de recogimiento, y ocultaba, a simple vista, a los hombres armados que rodeaban la planta principal. Detrás del ara, seis figuras postradas, clérigos a juzgar por sus ropajes, rezaban bajo un Cristo toscamente tallado.

Mientras aguardaban, Faramund, tiritando de frío y desconcertado, suplicó a su progenitor algún tipo de explicación con la mirada. Arband parecía sereno. Le colocó su propio manto sobre los hombros y lo sujetó con un broche metálico que tenía labrado el sello de Karolus, el distintivo de los emisarios del Emperador, los *missi dominici*¹⁵, cuya influencia había decaído en estos tiempos

—No hables si no se dirige a ti —susurró Arband aprovechando la cercanía del gesto—. Nuestras vidas peligran. Si te hace alguna pregunta, no digas nada que pueda comprometernos.

—Padre, ¿qué está pasando...?

—Ahora lo verás —lo interrumpió. Mostró sus respetos y se arrodilló sin decir palabra. Faramund lo imitó y, tras echar una ojeada al Cristo, se fijó detenidamente en otra efigie mejor conseguida en la que reconoció a San Esteban.

«Ahí está, sin miedo. Preparado para ser lapidado, para convertirse en el primer mártir».

En la base de la escultura había escrito un texto en latín culto que Faramund pudo leer gracias a las enseñanzas del padre Hanne: *Ecce video Caelosapertos* .

«He aquí que contemplo los Cielos abiertos», tradujo para sí mismo.

Las palabras continuaban dando vueltas en su mente cuando la plegaria cesó y los sacerdotes, cuyos hábitos parecían pesar como armaduras, se levantaron torpemente. De entre los oradores, apareció un individuo de mediana estatura y ricos ropajes, que lucía una enjoyada espada al cinto y la *Corona de Hierro* ceñida en su cabeza.

«¡Por la capa de San Martín! ¡Esto no puede estar pasando! ¡El padre del Emperador ha usurpado el trono!».

Ludovicus, anterior gobernante del pueblo franco, había asegurado la sucesión en el trono de su hijo Lotharius, incluso había compartido con él los últimos años de su reinado para propiciar una transición pacífica. Pero por alguna razón que se le escapaba, el viejo Emperador estaba allí frente a ellos, portando de nuevo los símbolos imperiales. Su rostro era cerúleo y marcado, su pelo se entreveía oscuro y escaso, pero lo que más destacaba era su mirada, impregnada de un tipo de inquietud más espiritual que mundana y llena de constante fervor. Faramund recordó todas las historias que había escuchado acerca de aquel hombre de naturaleza devota, resignado a llevar una vida que no había elegido, lejos de los muros de un monasterio. Ludovicus se dirigió, místico, a besar los pies del Cristo y más tarde se acercó, mientras recomponía sus vestimentas, a los recién llegados. El sacro séquito que lo acompañaba se situó junto a él. Uno de los religiosos los observó con cierto desprecio afeminado y susurró algunas palabras a su señor. El resto mostraba preocupación y cansancio en sus caras, unas emociones más cercanas al desconcierto que a la resignación.

—Arband de *Suessionum*¹⁶... —La voz de Ludovicus resonó en la estancia, con un tono autoritario que sorprendió a Faramund. Los miró de hito en hito antes de continuar—. Te estaba esperando. ¿Por qué no se encuentra el obispo Ebbon¹⁷ todavía entre nosotros? Explicate.

Arband se incorporó para responder ante tan digna potestad, hizo una exigua reverencia y comenzó a hablar. Faramund boqueó levemente, embelesado por su perfecta oratoria, el tono de sus argumentos, el énfasis adecuado en las expresiones, la melodía precisa que evitaba cualquier rebate.

«Las palabras no son mi guerra», reconoció para sí mismo. Intentó, entonces, retomar la atención en el diálogo, que había perdido hechizado por tales aspectos.

—Comprenderéis, mi señor —continuó Arband—, que en un estado de salud tan delicado no es recomendable hacer esfuerzos. Mas estoy seguro de que el buen Ebbon no tardará en llegar.

El rasurado rostro de Ludovicus se mantuvo frío. Después hizo un despectivo gesto a Faramund para que se levantara.

—Así que tu retoño ha crecido —pronunció con indiferencia al cabo de un rato. Sabiéndose superado por la elocuencia de Arband, centró su atención en Faramund—. No estabas entre las tropas de mi hijo cuando regresé de *Britannia*. —Lo escudriñó—. Solo puede significar dos cosas... o desobedeciste acertadamente su llamada, o algo hizo que te retrasaras.

—Mi señor, yo...—titubeó ante aquella acusación—. Protegía *Brema* de un ataque de los *nordmanni*¹⁸...

—La mayoría de los hombres de mi hijo entraron en razón y abandonaron la idea de enfrentarse a mí. —El viejo Emperador no parecía convencido con la respuesta y lo miraba con aspereza—. Incluso sus hermanos, mis otros vástagos, ya han jurado y se muestran arrepentidos. ¿Qué habrías hecho tú? —preguntó mordaz, mirándolo fijamente.

—Me limito a defender el Imperio —acertó a decir Faramund, que comenzaba a perder la paciencia.

—¡Contesta a mi pregunta! —exhortó Ludovicus.

«Apoyaría a Lotharius, el verdadero Emperador, y blandiría mi espada en vuestra contra, beato pusilánime», pensó. Las facciones de Arband se endurecieron a su lado, así que optó por guardar silencio, apretando la mandíbula y bajando la mirada. Su padre, de repente, le apartó la capa y rasgó su camisola para mostrar las heridas que había sufrido.

—¿Qué mayor muestra de lealtad hacia el Imperio que esta? —preguntó raudo Arband—. Mi familia sirve a la vuestra desde la época del primer Pipinus¹⁹. No podéis reprender a mi hijo por defender *Frankia* con su vida.

La sonrisa de Ludovicus afloró con regocijo y triunfalismo.

—Entonces, ambos demostraréis vuestra fidelidad hacia mí mañana, jurando públicamente —dijo tajante—. Es momento de retirarnos.

De pronto, Faramund sintió las miradas de los obispos sobre él. Las manos huesudas y las rechonchas se entremezclaban en las sombras con el tenue brillo de sus anillos. Todos los prelados asintieron, unos con complicidad y otros con miedo, como un único ser policéfalo, como una hidra de cabezas tonsuradas. Abandonaron la estancia en una procesión de almas a la que se unieron los hombres armados. Arband y Faramund se quedaron solos en el templo. Allí, entre Cristo y San Esteban, se abrazaron por fin.

—Hijo mío, ha pasado mucho tiempo —suspiró Arband—. Disculpa la parquedad de mis actos, pero la situación lo requería. —Bajó la voz—. Ahora será mejor que volvamos al campamento junto a tu tropa.

* * *

Ni la presencia de sus guerreros, ni el calor del interior del pabellón de campaña reconfortaba a Faramund, que mantenía el nudo en las tripas tras el encuentro con Ludovicus.

—Lotharius está en la ciudad, cautivo —susurró Arband mientras tomaba asiento en un tosco taburete y llenaba dos jarras de cerveza.

—¿Cautivo?—La voz de Faramund se alzó incrédula y su padre lo reprendió con un gesto.

—Parece que Judith, la nueva mujer de Ludovicus, será la otra parte del trueque. Ebbon se encarga de ella, por eso no está entre nosotros. Lotharius tendrá que jurar sobre las Sagradas Escrituras que jamás volverá a alzarse en armas contra su padre, como ya han hecho sus hermanos,

y deberá partir hacia *Ticinum*²⁰.

—¡Es una locura! —Faramund se enervó—. ¡Él es el Emperador por derecho, fue ungido por el Papa! ¡Pero esa mujer ha debido hechizar a Ludovicus! ¡No ha respetado ni el luto por su esposa!

—No todo está perdido, hijo. —Con un gesto de la mano volvió a instarle a que bajara la voz—. Pase lo que pase, Lotharius seguirá con vida.

—¿Qué te hace pensar que Ludovicus no acabará con él cuando tenga a Judith?

—Su conciencia. No podría vivir con la muerte de un hijo sobre su alma.

—No lo veo tan claro, padre. —Faramund negó con la cabeza—. Se siente traicionado. ¡Judith y esos obispos que lo rodean lo manejan a su antojo! ¡Hijos de ramera muerta! —gritó.

—No hables así y baja la voz, Faramund. Es posible que Ludovicus tenga espías entre tus hombres, así que no le des más motivos para que nos juzgue.

«Mi padre cree que la gente por la que yo daría mi vida me traicionaría. Somos tan diferentes...».

Hizo un atisbo de réplica, aunque no se atrevió a llevarle la contraria.

Tras dar un trago a su jarra, Arband prosiguió.

—Lotharius te convocó aquí por una razón crucial. Pretendía emboscar a su padre cuando regresara de pacificar *Britannia*, mermado después de la lucha. Pero las huestes enemigas aparecieron no solo incólumes, sino con numerosos bretones entre sus filas. —Hizo una pausa para beber y siguió narrando la historia—. Ludovicus evitó una guerra allí y ha adquirido un poderoso aliado, Nominoé, a quien ha encumbrado. Para evitar una matanza en ambos bandos, muchos fieles de Lotharius y sus propios hermanos se negaron a luchar, y así el padre pudo someter a los hijos.

—Si es verdad que sus hermanos le han jurado lealtad, será un golpe demoledor.

—No sabemos si han actuado de corazón o lo han hecho para salvar sus vidas. El tiempo lo dirá.

—El emisario suspiró debido al cansancio.

—No logré llegar a tiempo a su llamada, pero no pensé que tuviese problemas por mi ausencia. Si hubiese podido estar a su lado... —dijo abatido—. Wittingur *el Saqueador* se hizo fuerte con sus bárbaros y nos costó muchas vidas echarlos de allí. Entre ellos viaja un demonio gigante de pelo rubio, jamás vi a nadie tan descomunal. Y como luchador... Tuvieron que reducirlo entre media docena de sus hombres más fuertes para embarcarlo de nuevo. *Puñorroto* cayó bajo su martillo...

—Casi se le quebró la voz al recordar a su amigo.

—Eso es una noticia terrible, sin duda. Pero al menos las tierras de Athalberg siguen siendo seguras y fértiles —comentó Arband, aludiendo al futuro suegro de Faramund—. Las cosas no acontecieron como se esperaba, pero no te culpes por ello.

—Mañana no debería celebrarse juicio alguno, o perderemos al único hombre que merece portar la *Corona de Hierro*. ¿No ha causado Ludovicus suficiente daño a nuestro pueblo?

—Llevas razón. Un imperio no se defiende a base de oraciones y el nuestro se resquebraja. Los enemigos que antaño temblaron bajo el yugo de Karolus cuchichean y afilan sus armas, expectantes. Las *scarae*²¹ apenas alcanzan ahora los cien jinetes. —Hizo un gesto con las manos, señalando a las afueras de la tienda, donde acampaban los hombres de Faramund—. En mi juventud solían formarlas medio millar.

»Pero mañana habrá juicio, hijo mío. —Arband lo miró, tranquilo y decidido, y Faramund advirtió cierta esperanza en sus palabras—. Lotharius soportará la carga y esperará a que regrese su momento, antes o después. Ahora, debemos procurar salvar nuestras vidas.

—¿No podemos jurar en contra de la palabra de Roma, padre! —Apenas pudo contener la impotencia que crecía en su interior.

—No lo haremos. —Arband volvió a conminarle con un gesto para que se calmara—. Desapareceremos de aquí antes del amanecer. Juremos o no, para Ludovicus estamos mejor muertos.

Faramund sabía que su padre estaba en lo cierto, como de costumbre, aunque era algo que no podía sobrellevar. La alianza contra aquel beato pusilánime rodeado de diáconos y su furcia había fracasado, y él no había podido ni siquiera luchar.

—Por mi parte me arrojaría hacia ellos y daría mi vida por la causa —afirmó Faramund. La pena rezumaba de sus palabras—. Pero no soportaría volver a separarme de ti, ahora que por fin estás cerca de la familia.

—Tu sensatez me enorgullece. Uno debe reconocer cuándo las circunstancias no están de su parte. —Arbandapuró la jarra—. Di a tus hombres que vayan abandonando el campamento durante la noche, poco a poco, pues deben estar vigilándonos. Manda la mitad a *Aquis Granum*²², donde contactaré con ellos. Todavía conservo buenos amigos en la capital —aclaró guiñando un ojo—. La otra mitad deben acompañarte hasta la abadía de *Remorum*²³, donde nos reuniremos con Ebbor para negociar el intercambio de Lotharius por Judith. —Lo miró con ternura, esbozando una cálida sonrisa—. Ten mucho cuidado, hijo mío.

Tras abrazarlo, Arband abandonó la tienda con su andar pausado.

* * *

La noche se hizo larga. Faramund, quien no paraba de dar vueltas en el catre de su pabellón, escuchaba los ligeros pasos de los hombres que dejaban el campamento al amparo de la noche. En su cabeza seguía rondando la idea de evitar el juramento de Lotharius, en lugar de huir y dejarlo abandonado entre una jauría de beatos y traidores. Pero siempre aparecía el severo rostro de Arband que censuraba tal elección.

«Mi padre ya ha partido. Nada malo puede ocurrirle».

Cuando sus sienes comenzaron a palpar, tomó una decisión.

«Que Dios me perdone. ¡Victoria o muerte!».

Se levantó, se vistió apresuradamente, se amarró el cinto de la espada y se colgó el escudo. Salió del pabellón y el frío húmedo que rondaba el río hizo que se le erizase el vello de los brazos. «Otra vez he olvidado la capa». Desechó la idea de regresar para cogerla y entró en un improvisado cobertizo donde dormían sus hombres de confianza. El enorme Kerold roncaba echado sobre las pieles de una silla de montar. Silvanus, su mejor explorador, afilaba rítmicamente su daga.

—Como todavía no es el momento, intuyo que algo pasa, mi señor —dijo con franqueza.

—Nosotros no nos vamos, tenemos un asunto pendiente —replicó, enigmático, Faramund—. ¿Habéis averiguado algo del resto de los campamentos?

Silvanus bufó y despertó a Kerold de un puntapié.

—Dicen que Lotharius se quedó de piedra al encontrarse con el ejército del norte, aquel que él mismo iba a comandar, dirigido por su padre. Sus hermanos no podían mirarlo a la cara.

—Yo les habría arrancado los ojos —comentó Kerold con voz pastosa, imitando el gesto con el *scramasax*²⁴ que dormía siempre a su lado. Bostezó y se desperezó, incorporándose.

—Todo eso ya lo sé. —«Aunque sigue pareciéndome mentira», pensó Faramund—. ¿Dónde retienen a Lotharius? —preguntó con voz queda.

—En el pie de la torre —respondió Silvanus—, en la misma prisión improvisada que se había preparado para Ludovicus, que reposa en el pequeño palacio. ¿Por qué lo preguntáis, mi señor?

Pero Silvanus conocía la respuesta. Faramund puso las manos en los hombros de sus compañeros para infundirles ánimos.

—Coged vuestras armas. Vamos a liberar al Emperador.

Aguardaron a que el resto de los hombres abandonara el campamento, uno a uno y con suma discreción, con órdenes de esperarlos a las afueras de *Batavodurum*. Dejaron los fuegos encendidos y algunos pertrechos esparcidos junto a las tiendas para simular que todavía estaban allí. Luego, los tres se deslizaron hasta la orilla del río, dando un rodeo. Faramund sabía que si las cosas se torcían, echaría en falta su cota de mallas, pero abandonó pronto ese pensamiento: todo iba a salir bien. Nadaron en silencio por las frías aguas hasta las cercanías del pie de la torre. Envidió la gracilidad de Silvanus y la determinación de Kerold, y se sintió torpe cargando con su escudo. Al alcanzar de nuevo la margen del río, ante ellos se alzaba una edificación de piedra que cerraba la muralla, culminada por unos parapetos de madera en la parte más alta. Dos guardias custodiaban su entrada y uno o dos —no podía precisarlo— se asomaban desde las alturas. Faramund chascó los labios en señal de dificultad, agazapado entre unas barcas que descansaban en la ribera. Entonces, embrazó fuertemente la *targa* y desenvainó el hierro, tras sacudirse las manos de barro y verdín.

—Quien esté arriba es tuyo —dijo a Silvanus, que asintió sin emoción aparente—. Cuando caiga, Kerold y yo entraremos y sacaremos a Lotharius. Usaremos una de estas barcas para escapar por donde hemos venido. —Golpeó la embarcación que les cubría—. Asegúrate de que esté todo preparado. La oscuridad será nuestra mejor aliada.

«Si esto sale bien, será cosa de un milagro».

—No hay tiempo que perder —advirtió Kerold, con las dos hojas empuñadas.

Los guerreros se pegaron a la muralla aprovechando las sombras de la noche, y sortearon los amplios matorrales que crecían a lo largo de su pie. Los centinelas parecían estar pendientes de los gritos y los golpes que se escuchaban en el campamento bretón y charlaban de forma distendida.

—No me fio de esos bretones—comentó el más alto—. ¿Has visto a su jefe? Dicen que ahora sirve a Ludovicus y que viste una *brunia* ²⁵... La debe de haber llenado de ladillas. Un emisario imperial en esa tierra de bárbaros... ¡Puagg! —Escupió con ganas—. ¡No me fio de ellos!

—Tú no te fias ni de tu madre —replicó el otro con los pulgares metidos en el cinturón.

—Entre otras cosas porque fue puta después de viuda —aclaró el primero. Ambos rieron con ganas.

En aquel momento, el cuerpo del vigilante que rondaba la zona alta de la torre cayó ante ellos con un golpe sordo.

—¡Dios de los judíos! —El más bajo se asustó.

Sin dar tiempo a un respiro, tres hojas cayeron sobre los custodios, la de Faramund y las dos de Kerold. Fueron abatidos con rapidez: sus pechos atravesados y sus gargantas rebanadas, una vez mordieron el suelo. Pasado un instante, algo se escuchó detrás de la puerta. Mientras los hombres que protegían el interior de la prisión intentaban obstruirla, Kerold lo evitó dando un fuerte tirón de la madera hacia afuera y acabó con el que sujetaba la tranca. Después, encaró al otro en el pasillo; sin embargo, era demasiado tarde, y el cuerno de aquel desgraciado ya había alertado a media ciudad justo antes de recibir su mortal castigo. Faramund se echó el escudo a la espalda, rebuscó rápidamente en el cuerpo del caído y cogió un manojito de llaves, antes de dirigirse a la puerta más cercana del interior del pie de la torre. Tras varios intentos nerviosos, acertó y empujó. Aparecieron unas escaleras que bajaban hacia la oscuridad. Casi a tientas, descendió a una lúgubre mazmorra.

—¿Qué está ocurriendo? ¿Qué son esos gritos? —sonó una voz desesperada.

Cuando Faramund comenzó a abrir la nueva cerradura, un atacante apareció de repente entre las sombras y le arañó el costado con un *scramasax*. Se enmarañaron junto a la celda en un forcejeo de carne y metal. De pronto, unos brazos salieron de los barrotes y sujetaron del cuello al guardián; Faramund lo aprovechó para abrir el vientre de su enemigo de un poderoso corte.

Una vez que las bisagras chirriaron, Lotharius lo recibió con una mezcla de nerviosismo y alegría.

—¿Faramund de *Suessionum* ! —exclamó el depuesto Emperador—. Eres la mejor cara que he visto en días. ¿Por qué no acudiste a mi llamada?

—No es momento de explicaciones. Tomad un arma, mi señor. —El guerrero le ofreció la hoja corta del caído—. Os hará falta.

Ambos subieron rápidamente hacia la salida. Cada paso era una eternidad, los cuernos sonaban fuera como en una batalla y las campanas repiqueteaban como si anunciaran el fin del mundo.

«La barca... Hay que llegar a la barca...».

Faramund todavía albergaba esperanza cuando alcanzaron el exterior pero, en aquel instante, la realidad se le vino encima. Kerold y Silvanus se encontraban en el suelo, magullados y maniatados. En sus cercanías había varios cadáveres recientes. El lugar estaba rodeado por un gran número de hombres armados que portaban humeantes antorchas y arcos. Lotharius miró a su libertador, atónito.

Un jinete rubio con una capa celeste se acercó a ambos a través de la marea humana que los circundaba y los presentes se abrían ante su paso orgulloso y marcial.

—Demasiado previsible, como siempre —dijo a Faramund con decepción—. Pero comprende que no podemos dejar escapar al prisionero, mañana tiene un compromiso importante e ineludible.

—Ilthar de *Massalia* ²⁶, perro pérfido —acusó Lotharius—. Un emperador tiende a no olvidar.

—Un emperador debe conservar a sus mejores fieles y respetar su momento de sucesión. Vuestro padre sigue vivo, así que no sois más que un ladrón de coronas. No escaparéis de los crímenes que habéis cometido. Yo mismo me encargaré de ello. ¡Apresadlos! —ordenó con dureza.

«Necios, algunos caeréis antes que nosotros», pensó Faramund, agarrando su arma con fuerza y apretando los dientes, mientras protegía su costado con la *targa* .

Miró a los cielos y recordó a San Esteban esperando su destino, dispuesto a dar su vida junto a su señor. Luego sintió la férrea mano de Lotharius sobre su hombro mojado, y escuchó el sonido del metal golpeando contra el suelo, el cantar de la rendición. Vio a sus hombres heridos y recordó a su padre. En ese momento supo que todo estaba perdido.

Per signum Sanctae Crucis

de inimicis nostris

libera nos, Domine Deus noster.

In nomine Patris,

et Filii,

et Spiritus Sancti .

Amen.

[14](#) Nimega, en Países Bajos.

[15](#) Emisarios del Emperador.

[16](#) Soissons, en Francia.

[17](#) Ebbon de *Remorum* : obispo de Reims, partidario de Lotharius en la disputa por el Imperio y amigo de Arband y el padre Hanne.

[18](#) Hombres del norte, vikingos.

[19](#) Pipinus, *el Invicto* , *el Breve* : padre de Carlomagno, conocido por su escasa estatura y bravura en combate, que fue ungido por el Papa a cambio de los Estados Pontificios.

[20](#) Pavía, en Italia.

[21](#) Unidades de caballería de élite franca.

[22](#) Aquisgrán, capital del Imperio de los Francos. Actual Aachen, en Alemania.

[23](#) Reims, en Francia.

[24](#) Arma de hoja corta artesanal.

[25](#) Armadura de escamas de alta calidad, propia de los grandes señores francos.

[26](#) Marsella, en Francia.

CAPÍTULO 3

EL PÉTALO DE SEDA

Qúrtuba,

Al-Ándalus.

Rabí Al-Awwal (mayo), año 216 de la Hégira (831 d.C.).

Desde que nació, había sido hermosa. En plena niñez, atraía las miradas de los habitantes de *Qúrtuba* cuando caminaba hacia el río, en busca de agua para los animales que criaba su padre. Su hermano mayor, Belisarius, y sus primos, encargados de tareas más esforzadas, la acompañaban con el fin de salvaguardar su pureza. Todos sabían el precio que pagarían por ella los esclavistas y no podían correr el riesgo de que cualquiera abusara de aquel tesoro. Tal era su belleza que su familia, por insistencia de su propia madre, recibió una gran suma de dinero con su venta, lo que permitió a su casta acomodarse en el nuevo arrabal occidental. Fue el mismísimo Emir de *Qúrtuba* quien la compró, a pesar de las advertencias de aquel viejo religioso que lo acompañaba. Ella no pudo discernir con claridad el rostro del gran Abd al-Rahmán ibn Al-Hakam, aunque parecía un varón con gran porte y distinción. Se trataba del hombre más poderoso de Al-Ándalus, desde el *Monte de Tarik* ²⁷ hasta la *Marca Superior* , y no había otro que pudiese competir con él en aquella tierra bendecida. Además, se contaba entre los más cultivados señores,

amante de la poesía y de los astros.

La educación de la joven fue estricta y rigurosa gracias a las siervas del poeta Ziryab, apodado *el Mirlo* por sus oscuros cabellos, pero templó su carácter irascible y le hizo encarar la vida de forma distinta, pragmática. Traicionada y vendida por su propia sangre, abandonada en manos de mercaderes de mujeres y sin horizonte alguno a la vista, todo sentimiento de afecto fue desapareciendo de su interior durante los tres últimos años. Se decía a sí misma, al principio, que sus parientes la querían, que todo había sido idea de su pérfida madre. Poco a poco, se dio cuenta de que ninguno de ellos intentó liberarla, ni siquiera contactar con ella a pesar de tantos cuidados, mimos y caricias, que no fueron sino parte de aquel maldito plan para convertirla en un objeto de intercambio, en oro, vidrio y seda.

«Ahora soy una mujer».

La sangre había corrido por sus muslos dos años atrás, durante una clase de canto, y la vergüenza de aquel entonces fue atemperada por muchos meses de cotidianidad. En el presente, aquel recuerdo le provocaba una leve sonrisa. Cada vez que se miraba en el enorme espejo de plata bruñida que habían colocado en su aposento, era consciente de su belleza natural. Sin embargo, las sirvientas del *Mirlo* le habían enseñado a sacar un mayor partido a su rosado rostro mediante afeites y retoques en las cejas, así como limpiando su dentadura a diario; su cuerpo era habitualmente untado con óleos aromáticos tras arrancarle, previamente, el vello de axilas, piernas y pubis. Pocos cuidados necesitaba su cabello negro y lacio, que acentuaba en ella una mirada azul, brillante y hechizante.

«Se acerca el momento».

Todo cuanto había aprendido pasó por su mente en un instante. Sus miembros temblaban y trataba de controlarlos, sin dejar de pensar que el gran día había llegado: su señor y dueño iba a poseerla por primera vez. Después, formaría parte de las concubinas del Emir, y competiría con sus esposas y favoritas por sus atenciones. Recordó también las primeras palabras que Ziryab le dedicó tiempo atrás, con su timbre suave y atemperado. «Quien pretende brillar como la luz de Dios puede cegarse en su reflejo». Ella se mordió el labio y titubeó. Se preguntó qué debía hacer para evitar su propia trampa, y recibió la respuesta antes de comenzar a hablar. «Mira hacia tus pies».

De repente, los velos que cubrían la puerta de la estancia se abrieron, dejaron entrar algo más de claridad e interrumpieron sus propios pensamientos. Las lámparas de aceite que la rodeaban comenzaron a danzar, y la rítmica música que se escuchaba desde la habitación contigua sonó con más fuerza. Recostada sensualmente entre almohadones, se incorporó con gracia y se postró ante la imponente figura que se acercó hacia ella.

—Mi señor —dijo la esclava en un árabe educado, con cierto acento cordobés.

—Levántate —sonó una voz dulce—, no soy el príncipe que has de conocer en la intimidad.

La virgen alzó sus ojos y vio a un hombre muy hermoso, con apenas vello corporal en torso y rostro. Su cabello dorado estaba acicalado a la manera del *Mirlo*, corto y con flequillo. Su cuerpo, también aceitado, tenía proporciones griegas, y en el cuello lucía un collar del que

colgaban varios mechones de pelo oscuro, trenzados y anudados. Por la forma de contemplar a la concubina, parecía fascinado.

«Entregaría mi pureza a este hombre sin dudar».

Sus miradas se cruzaron mientras ella se ponía en pie, y supo instintivamente que la deseaba. No obstante, notó cierta amargura en el anhelo, resignación y, por último, dignidad.

—Mi nombre es Naser, soy sirviente del Emir y vengo a supervisar que todo está conforme a sus gustos. Quítate la ropa y muéstrate.

Ella se ruborizó. Habría deseado que la petición llegase de una matrona vieja y encallecida, o de un eunuco seboso y afeminado. Pero ese día tenía que ser perfecto, y para eso había sido instruida durante años. Con toda su gentileza y sensualidad innatas, acentuadas por los aderezos de la escuela de Ziryab, dejó caer su vestido de fina seda y mostró un cuerpo sin parangón, a la vez que se giraba lentamente ante el recién llegado. Sabía que sus formas eran perfectas, las zonas más ardientes presentaban una armónica voluptuosidad que hizo bajar la mirada de Naser. La joven advirtió el nerviosismo de su acompañante, el sudor que emanaba de su frente y de sus manos.

—Muy bien, vístete —ordenó sin mirarla a los ojos.

La muchacha se apresuró a ponerse de nuevo la ropa y perdió algo de su decoro, pues no atinaba a colocarse bien las prendas. De pronto, sintió unas manos fuertes sobre ella que la ayudaron a cubrirse. Aquel hombre no olía como el resto, su aroma era tan extraño y agradable como una especia lejana y le confería un aire enigmático.

—¿Eres un esclavo del Emir? —preguntó ella.

—Te he dicho que soy su sirviente. He sido nombrado *fatah*²⁸ para realizar diversas tareas de su confianza. ¿Cómo te llamas?

—Entonces eres un eunuco —pensó en voz alta la doncella, algo decepcionada.

—Te he hecho una pregunta. —Naser sonrió—. Tu nombre es...

—No tengo más nombre que el que escoja el Emir, mi señor —pronunció ella tal y como la habían educado. Se acercó al emasculado y, de puntillas, susurró en su oreja—. Sin embargo, antes de que me fuera concedida tal gracia, era llamada Claudia.

—Jamás te llamaré por otro nombre —aseveró él y, acercando sus cálidos labios desde su frente hasta su boca, la besó mientras recorría su rostro con las manos.

No fue un beso apasionado, sino raudo y cauteloso, cargado de afecto. A pesar del firme porte de Naser, se le notaba titubeante en las artes amatorias; entonces, Claudia recordó su condición de *fatah*. Pero el beso la excitó. No era la primera vez que sentía el rubor y el pecho vibrante, que sus senos se endurecían y su entrepierna se humedecía. Ningún hombre la había tocado antes, ni siquiera uno castrado, pues la pena por hacerlo era la muerte. Al momento se separó de él, con mirada suplicante.

—No deberíamos hacer esto —dijo Claudia—, el Emir está a punto de llegar.

Naser sonrió. Dio un paso hacia ella y la detuvo con firmeza para controlar su rechazo.

—Desde que perdí mi hombría no me había sentido atraído por ninguna mujer. —La miraba a los ojos—. Pero hay algo en ti que te hace diferente.

—Y, ¿de qué se trata? —Ella seguía temblando.

—Si lo supiera, no sería tan especial.

La cadente música que sonaba en la habitación contigua se interrumpió. El eunuco tapó la boca de la mujer como un felino, la abrazó desde atrás y se pegó a la pared.

—Algo raro ocurre —musitó Naser—. Deberían seguir tocando hasta que el Emir te hiciera suya.

Según los ruidos que se escuchaban, los músicos fueron abandonando la sala y varios sirvientes prepararon un nuevo mobiliario con premura, probablemente más adecuado para recibir a alguien de cierta distinción. Claudia sabía que las reuniones discretas se llevaban a cabo en aquella estancia, en la zona del palacio orientada a la intimidad. Solo los eunucos, los músicos y las mujeres pisaban aquellos suelos, por lo que estaban lejos de jefes militares, cortesanos y religiosos. Los murmullos eran apenas inteligibles y, poco a poco, dieron lugar al silencio. Luego, se oyó a gente armada caminar marcialmente hasta las inmediaciones, y dos personas se saludaron cortésmente.

—El primero que ha hablado es el Emir —masculló Naser—. No reconozco al otro.

Entonces las palabras sonaron claras para ellos.

—Que Dios esté contigo, mi joven amigo —dijo Abd al-Rahmán.

—Que llene tu casa de salud y de prosperidad. ¿Cómo están tus hijos? —La voz sonaba sin un acento marcado.

—Ágiles como gatos y fuertes como caballos. —Claudia escuchó un tono alegre—. Sobre todo Muhammad. Ese muchacho ha sacado el temperamento de su abuelo y mi gusto por la lectura. Además, aunque su cabeza todavía no sobrepasa tu hombro, maneja las armas como Al-Balansí.

—No puedo alegrarme más por ti y por su madre, que Dios la bendiga en su descanso.

Hubo una pausa. Pareció que ambos estrechaban sus brazos.

—Quiero que envíes mis mejores deseos a tu padre cuando vuelvas a verlo —dijo el Emir cordialmente.

—Así lo haré. —La afirmación sonó vaga y protocolaria.

—Supongo que vienes a contarme algo importante. Tengo asuntos que tratar, así que te pido que seas conciso.

—Tranquilo, no hace falta que repasemos a todos tus retoños —aclaró el extraño—. Nos llevaría toda una cosecha.

Ambos rieron distendidamente. Después de un tintineo, un breve mutismo y una exhalación tras sorber un buen trago de alguna bebida, la conversación continuó.

—Pensé que ibas a ser más hospitalario —comentó el invitado—. De hecho, he oído hablar de ese nuevo juego que ha traído el famoso Ziryab, y me encantaría que me lo enseñaras.

—Tendrá que ser mañana, o en otra ocasión. Ya te he dicho que tengo asuntos urgentes...

—Mujeres —interrumpió el desconocido—, no me digas más. Seré breve, entonces. He venido personalmente a tu palacio para confirmarte que la región de *Tudmir*²⁹ ya no supondrá un problema: Yabir ibn Malik³⁰ la ha arrasado y la controla sin oposición.

—¡Excelentes noticias! —El Emir alzó la voz—. Has hecho un gran trabajo, amigo mío. Volvamos a beber, los faquíes duermen. Este vino lo pisa un cristiano, pero Dios es Misericordioso.

—Tenemos mejores vinos en el norte, aunque no me importa repetir. ¿Qué hay de lo acordado? —Rellenaron las copas sin llamar a los sirvientes—. Te recuerdo que he invertido mucho dinero y esfuerzo en este menester.

—Tu pariente será liberado. Puedes llevarlo contigo cuando gustes.

—Lo doy por hecho. Me refería a *Tulaytula* ...

Pasaron unos momentos de quietud. Naser parecía aguzar el oído mientras la abrazaba. A pesar de la situación, se sentía segura entre sus brazos.

—Este asunto es más complicado de lo que parece —explicó Abd al-Rahmán con cautela—. Todo cuanto legó mi padre, por la gracia de Dios, no fue sino para conquistar Al-Ándalus hasta sus confines, para aplastar las revueltas y someter a los cristianos que nos desafían en *Yaliqiyya*³¹. Es mi plan, ser amo y señor de toda esta tierra y gobernarla por medio de fieles señores, como tu familia.

—No debes dudar de ello. En cuanto cumplas con tu palabra y nos concedas *Tulaytula*, impondremos tu voluntad con más fuerza. Somos tu brazo en el norte y nada se interpondrá en tus planes.

—¡Mis propios leales se interponen! —se oyó un fuerte golpe y los recipientes tintinearón—. Me llegan nefastas nuevas sobre *Márida*³², pues no cesa una sedición que he de aplastar con puño de hierro. *Balansiyya*³³ requiere una fuerte inversión cada año, para aplacar a la bestia que mora sus entrañas. Por otro lado, no tengo información sobre *Tulaytula*, a pesar de haber enviado a Ibn Rustum. Hasta que no demos caza al herrero, no puedo concederte cuanto te prometo...

—Al-Darrab ha muerto —afirmó su interlocutor, con voz enfática y decidida. Se hizo el silencio durante un rato.

—¿Mu-er-to? —dijo el Príncipe, incrédulo.

De repente, Claudia escuchó las carcajadas del Emir. No parecía una risa gentil y educada, sino histérica e ilusionada, como quien recibe una gran suma de dinero por una herencia inesperada.

—¡Muerto! ¡Muerto! ¡Ese bastardo ha muerto! —lograba decir Abd al-Rahmán entre gratos hipidos—. He aplacado dos rebeliones sin abandonar mis lecturas ni mis concubinas. Mi padre no habría sabido apreciarlo.

—No es motivo de broma. Su grupo fue batido por tu *Buitre Negro*, pero escaparon los miembros importantes y se refugiaron al noreste. Sin embargo, alguien vendió a Al-Darrab a cambio del perdón. Los pocos que han sobrevivido se han dispersado. Ya no serán una amenaza para la *Marca Media*.

—Sabía que Ibn Rustum no fallaría. Acerté al nombrarlo *amir* y gobernador.

—A él no le quito méritos. En cualquier caso, te equivocas. La muerte de Al-Darrab no fue obra de tu *Buitre Negro*. Al-Basir lo mató.

Claudia y Naser dieron un respingo al escuchar una copa de cristal quebrarse en el suelo de la habitación contigua. Algunos siervos hicieron el amago de entrar en la estancia donde Abd al-Rahmán recibía a su invitado, pero fueron inmediatamente expulsados con malos modales, impropios de un emir. Tras un instante de sosiego, la conversación se reanudó.

—¡Al-Basir no existe, es un cuento de mercaderes, una blasfemia! —gritó el Príncipe.

Por alguna razón que Claudia no pudo advertir, de nuevo todo quedó en calma. La conversación se nubló entre susurros y, por más que intentaba escuchar, Naser maldijo para sus adentros y soltó delicadamente a la muchacha.

—Habrás comprobado, preciosa, que la intimidad entre estas paredes trae consigo muchas e interesantes noticias que no están al alcance de la mayoría. Todo cuanto sepas te ayudará a tomar decisiones más acertadas y a conseguir fines más elevados.

Ella asintió con timidez.

»Si eres capaz de soportar al Emir en tu lecho, si le das todo el placer que te pida, te llamará a esta alcoba muchas noches, más que al resto de sus mujeres. Y, si le das hijos varones, podrás convertirte en madre de emires y abandonar tu esclavitud.

La estupefacción de la muchacha fue interrumpida por una caricia en su rostro.

»Pero recuerda algo, Claudia. Yo te amaré y te ayudaré en lo que pueda, para que sobrellevés esta vida abnegada con alguien a tu lado.

Volvieron a besarse y el eunuco abandonó la estancia. Ella temblaba aún, debido a las emociones que anidaban en su interior.

«¿Será éste el amor que tanto mencionan las canciones de Ziryab? ¿Por qué habría de entregarme a otro hombre?».

Repentinamente, la realidad la abofeteó. Los velos de la entrada volvieron a abrirse y, en esta ocasión, entró un hombre de distinguida vestimenta, con cabellos negros aceitados y barba bien cuidada, de nariz aguileña y ojos oscuros como cuervos. Aventajaba en edad a Naser, lo que confería mayor sabiduría y nobleza a su mirada, incluso cierto atractivo. La joven recordó que debía postrarse y así lo hizo. Se mantuvo sumisa hasta que el Emir la instó a levantarse de nuevo. Él se acercó y la contempló, tal y como había hecho el *fatah*, pero la admiración y la lujuria afloraron en su rostro sin tapujos. Tras unos instantes, el Príncipe comenzó a parpadear con cierto nerviosismo, algo inesperado en su persona.

Claudia intentó relajarse como le habían enseñado, respiró hondo sin que se notase demasiado, sonrió con gentileza evitando los ojos de su amo y llevó una mano a su propio rostro con sensualidad. No podía dejar de pensar en Naser.

—He visto a más de cien mujeres en esta estancia y ninguna ha sobrecogido mi corazón como tú. Ni siquiera *el Mirlo* podría describir ni cantar una belleza semejante.

—Os agradezco vuestras palabras, mi señor. —La voz sonó firme a pesar del miedo.

La música volvió a escucharse, rítmica, incitante. El Emir se acomodó entre los almohadones y alzó varias veces la barbilla, insinuándole que debía comenzar a desnudarse. Cuatro años de aprendizaje parecieron dar su fruto, pues los movimientos femeninos y la armonía con la música parecían excitar a su dueño, cuyos ojos contemplaban bien abiertos el espectáculo de belleza que se representaba ante él. Todo parecía perfecto hasta que Abd al-Rahmán se alzó ágilmente y se lanzó hacia ella. Rasgó sus vestiduras y apretó bruscamente sus senos, para más tarde morderlos sin reparo. Las manos ansiosas del Príncipe se adentraron en la humedad que conservaba entre las piernas, e inmediatamente la postró boca abajo y la poseyó. Ella sintió cómo un cuchillo la atravesaba una y otra vez, cómo un látigo la castigaba sin piedad, por lo que no pudo reprimir el llanto. Las embestidas fueron bruscas, pero no duraron demasiado: escuchó gemir a su señor y notó el calor de la polución en su interior. Temblaba como nunca cuando el Emir se separó de ella y cayó de espaldas sobre los almohadones, con la respiración entrecortada. Claudia hizo un esfuerzo por disimular su dolor y su miedo, aunque de nada sirvió. Sólo la consolaba que Abd al-Rahmán parecía estar en una plácida vigilia, ajeno a cuanto acontecía a su alrededor. Finalmente, tras un descanso, se incorporó y se acercó a la muchacha para acariciar su rostro.

—Lo siento niña. No he podido evitarlo. Perdí la razón al verte, eres como un hechizo. Por eso te llamaré *Tarub* hasta el fin de mis días.

—Gracias, mi señor.

—Desvirgarte ha sido como acariciar un pétalo de seda, me has dado un gran placer que nunca olvidaré. No temas, por hoy hemos terminado. En adelante, seré más gentil. Lo juro por Dios.

Abd al-Rahmán sacó varios adornos de plata de uno de sus propios brazos y los puso en las manos de Tarub. Ella los contempló con los ojos nublados por las lágrimas, recordando las palabras de Ziryab, y luego las de Naser. Acudieron a su mente de nuevo todos los sufrimientos

después de ser vendida por su familia: la soledad, la incertidumbre, el miedo hacia el futuro; luego, todas las enseñanzas, tras cuatro largos años, acerca de los modales, la música, la conversación y el placer. Definitivamente, aquel era su momento, así que dejó las alhajas a un lado y empujó al Emir hacia los almohadones, lo recostó y se colocó sobre él.

—Os equivocáis mi señor —dijo ella, decidida—. Todavía no hemos terminado. Esto no ha hecho más que empezar...

²⁷ Tarik ibn Ziyad: guerrero musulmán que venció a los visigodos a principios del s. VIII. El nombre *Monte de Tarik* se refiere al actual Gibraltar.

²⁸ Cargo doméstico en el Palacio del Emir.

²⁹ Región en la actual Murcia.

³⁰ Yabir ibn Malik: general cordobés, pacificador de las Tierras de Tudmir.

³¹ Galicia, noroeste peninsular.

³² Mérida.

³³ Valencia.

CAPÍTULO 4

PROMESAS INCUMPLIDAS

Qúrtuba ,

Al-Ándalus.

Rabí Al-Awwal (mayo) del año 216 de la Hégira (831 d.C.).

Sentía el inesperado frescor de la noche sobre su piel. Sentado junto a la ventana abierta, contemplaba el cielo oscuro, donde la luna brillaba acompañada por algunas tenues estrellas. Unos finos jirones de nubes se movían, con hipnotizante lentitud, como las fantasmales manos de un brujo, incitándolo en vano al sueño. El ambiente en el exterior era sereno y la solitaria vela sobre el alféizar creaba lúgubres tinieblas en la habitación. Los restos de la cena seguían en la mesa y sus ropas sobre la cama, pues Fortún ibn Musa se dejaba hechizar por la quietud de aquellas horas nocturnas. Aprovechaba para poner sus pensamientos en orden y, sólo cuando el amanecer estaba próximo, dormía un poco.

No era pieza de *manzil* ³⁴ ser el segundo hijo de Musa ibn Musa. Su familia, descendiente del gran Qasi ³⁵, era la más influyente de la *Marca Superior* , con residencia en *Arnit* ³⁶, y una de las más poderosas de Al-Ándalus. Ser un maestro de intrigas entre una casta guerrera no era sencillo, pero suponía ciertos privilegios para él; por un lado, había heredado la astucia y el distinguido porte de su abuela Onneca, lo que conllevaba un pragmatismo inusual entre los suyos; por otra parte, la figura de su padre eclipsaba al resto de sus parientes, pues pocos podían igualarse a él en el uso de las armas y en el carisma que rezumaba. Fortún aprovechaba la sombra que proyectaba para

ocultarse a su conveniencia.

Había llegado un par de días atrás a *Qúrtuba* para tratar algunos asuntos. El más importante era el encuentro secreto con el Emir que había tenido lugar la mañana anterior; además, debía ocuparse de la vuelta a casa de su primo Garsiyya, pupilo de Abd al-Rahmán. El resto podría resolverse entre caprichos y placeres. Durante su viaje hasta la joven capital, había pasado por la hermosa *Tulaytula* para visitar al judío Eliyahu, un rico mercader con el que mantenía turbios y necesarios menesteres. Pero su sorpresa fue mayúscula cuando no encontró ni rastro del comerciante: era como si la tierra se lo hubiese tragado y ninguno de sus contactos supo decirle nada al respecto. Sólo Ayyub, *el Canas*, le había informado de que la hija del judío, Mariam, se encontraba bien vigilada por los hombres del *amir* Ibn Rustum, en la *munyat* que el viejo usurero poseía en las afueras de la ciudad. Asimismo, *el Buitre Negro* había ordenado localizarlo y las partidas de soldados registraban los hogares, mientras los guardias toledanos miraban hacia otro lado, fruto de ese falso pacto firmado con Ibn Muhayr. No obstante, el taimado judío había desaparecido y no había indicio alguno de su paradero. Decidió no darle importancia hasta que solucionase sus problemas más acuciantes y reemprendió el camino hacia *Qúrtuba*.

«Parece que no soy el único que quiere el oro del judío...».

Unos suaves golpes en la puerta lo hicieron incorporarse en su asiento. Habían sonado dos veces, seguidos de otros dos y separados por un breve silencio. Se trataba de Latif, su hombre oculto y, sin duda, algo urgente debía ocurrir, pues ninguno de sus sirvientes se atrevería a molestarlo a aquellas horas de la noche. Se levantó y palpó su cintura de forma instintiva, donde escondía siempre un pequeño cuchillo. Al llegar a la puerta, silenció el cordel con cascabeles del picaporte y quitó la tranca para abrir y contempló al cenceño Latif que aguardaba en el pasillo con rostro serio. Detrás había una figura desconocida bajo una capucha y custodiada por sus otros dos lacayos, Athim y Hakim. Fortún se apartó para dejar pasar tan inesperada visita.

—Este hombre quiere veros, mi señor —anunció Latif cuando todos hubieron entrado—. Dice que se trata de un asunto que os interesa mucho y que no puede esperar a mañana. Viene en nombre de un conocido vuestro.

El acompañante bajó su embozo y dejó ver un rostro mal afeitado. Sus cabellos eran rizados, negros como el hollín, y la piel curtida mostraba algunos arañazos. Pero lo que más llamaba la atención en aquel extraño individuo era su ojo derecho completamente blanco. El recién llegado esbozó una grotesca sonrisa al mirar a Fortún, revelando una dentadura amarillenta. Aquello en lo que pensaba dejó de hacerle gracia y miró ansioso los restos de comida que había sobre la mesa.

—Dejemos que nuestro amigo coma y beba un poco —dijo Fortún haciendo un gesto hacia la mesa—, parece cansado y hambriento después de un largo viaje.

—No soy vuestro amigo —lo interrumpió el tuerto, sentándose en la silla y comenzando a devorar los restos de la cena.

—Me parece que sí lo eres, de momento... —replicó el arnitiano—. De lo contrario ya estarías muerto. —Su voz era suave pero afilada como una daga toledana.

El tuerto dejó un rato de roer un sanguinolento hueso de ave y, una vez que miró a su alrededor

sopesando la situación, volvió a ofrecer su grotesca sonrisa. Encaró a Fortún con renovado interés y asintió divertido, antes de beber con ansia las inmundicias finales del vino.

«No olvides ni un momento con quién estás hablando».

Tras limpiarse con las mangas, el comensal se apoyó sobre el respaldo de la silla y espetó a bocajarro:

—Eliyahu quiere abandonar *Tulaytula* . Está dispuesto a bañaros en oro y a concederos la mano de su hija, pero solo si los acogéis en *Arnit* y le ayudáis en su venganza contra *el Buitre Negro* .

La noticia cogió por sorpresa a Fortún, quien arqueó una ceja y guardó silencio durante unos instantes.

«El Consejo Secreto te echará de menos, Eliyahu, pero haría bien en imitarte y cuidarse de ese militar carroñero».

—Y... ¿Dónde está Eliyahu, si puede saberse? —preguntó al cabo de un rato.

—Lo tengo escondido —afirmó el invitado—. Lo sacaré de su madriguera si firmáis el salvoconducto que garantice su seguridad en vuestras tierras.

—Me parece que el viejo no está en condiciones de exigir nada.

—Yo creo que sí —replicó—. Si no accedéis o si me matáis, será entregado a Ibn Rustum junto a su *tesoro* y su oro. —Amenazó con una sonrisa maliciosa.

—Su hija está ya bajo las alas del *Buitre Negro* , me interesan más sus monedas...

—El viejo dice que todo el cofre o nada. Ese es el trato.

Fortún escudriñó al tuerto: tenía algo extraño en la mirada, algo inquietante en ese ojo blanco y no atisbó nerviosismo en sus gestos.

«Este rústico tiene los testículos en su sitio».

—¿Por qué no contactaste conmigo cuando pasé por *Tulaytula* , amigo?

—Vos mejor que nadie deberíais saber que *Tulaytula* no es ahora el mejor lugar para ciertos menesteres, señor. —Volvió a mostrar sus dientes ambarinos.

Fortún sonrió. No le habría importado tener a aquel hombre bajo sus órdenes, pero algo le decía que nunca le sería totalmente fiel.

«Ni a mí, ni a nadie...».

Recordó todo lo que hizo para pasar inadvertido a través del sitio de Ibn Rustum. Tuvo que sobornar a los guardias para adentrarse en los suburbios. Sus informadores dieron palos de ciego y esquivaron muchas patrullas y ojos en la oscuridad de aquel caos en el que se sumergía la

hermosa y deseada *Tulaytula* .

—Está bien. Acepto la propuesta de tu señor —pronunció tras meditar un rato—. Todavía no me has dicho cómo te llamas, amigo.

—Hoy me llamo Ahmed... —Los dientes podridos no desaparecían de su gesto.

Fortún exhaló una queda carcajada y, después de escudriñar de nuevo a su interlocutor, hizo un gesto a Hakim.

—Escribe ese salvoconducto para nuestro amigo Ahmed y tráelo para que lo selle. Dale también provisiones para su viaje de vuelta —ordenó, dirigiéndose de nuevo hacia la ventana—. Ahora, dejadme a solas.

* * *

A la mañana siguiente, el hijo de Musa bajó al salón principal de la hostería. No había clientes, solo sus sirvientes sentados en una mesa. Le ofrecieron un poco de pan mojado en leche de cabra y unos dátiles bien maduros, una de las exquisiteces de las que carecía en la fría *Arnit* . Athim desayunaba silencioso, como de costumbre, y masticaba un poco de carne de gallina asada. Hakim, por otro lado, intercambiaba algunas frases con Latif, que asentía como si no atendiera al escriba.

—Estás muy taciturno esta mañana, Latif —comentó Fortún mientras mordisqueaba uno de los dulces frutos—. ¿Qué te preocupa y nos priva de tu habitual simpatía?

—Pienso en el hombre de anoche, mi señor —contestó el enjuto explorador saliendo de sus pensamientos.

—Sí, fue una visita curiosa, aunque solucionó el asunto del judío.

—Eso es verdad, mi señor, pero no puedo dejar de darle vueltas. Dijo que él había escondido al judío. ¿Cómo es posible que no le hayamos encontrado? Nunca nos había pasado algo parecido.

—En cierto modo es lógico, Latif. *Tulaytula* es ahora mismo un hervidero de conspiraciones e intereses encontrados. Nuestros objetivos en el norte nos han apartado un poco de ella, y nuestra prisa tampoco fue buena aliada. Si hubiésemos invertido más recursos en este propósito, estoy seguro de que habríamos dado con el viejo.

—Imagino... —contestó el sirviente, todavía reacio—. Pero no es solo eso, mi señor. Anoche era mi turno de guardia y no me percaté de su presencia hasta que no estuvo a mi espalda. Se acercó a mí como una sombra. Si hubiese querido me habría matado allí mismo. No sé cuánto tiempo pudo estar oculto antes de dejarse ver. Ese tuerto esconde más de lo que aparenta.

«Vaya, vaya... Me pregunto dónde habrá encontrado el viejo Eliyahu a este peculiar vagabundo».

Fortún estuvo comprobando algunos documentos junto a Hakim hasta la hora del almuerzo y, después de dar buena cuenta de un exquisito aunque ligero banquete, descansó un rato echado

sobre el jergón. Cuando el calor ya no era tan insoportable, salió a pasear acompañado por su inseparable custodio, Athim. Latif ya debía de estar esperándolos en el arrabal que se extendía al norte del río, donde aquella misma noche se produciría otro encuentro.

Tenía que reconocer que sus visitas a la nueva capital eran siempre de lo más provechosas; mientras recorría sus ajetreadas calles, Fortún no pudo evitar admirarla. En cada viaje hacia el sur, observaba cómo *Qúrtuba* crecía, orgullosa, y sus innumerables barrios se abarrotaban de gentes que se buscaban la vida en la incipiente ciudad. Le recordaba a una mujer de catorce años, ilusionada, enamoradiza e inocente. La continua llamada del almuédano procedente de sus muchas mezquitas, la infinidad de productos que los comerciantes anunciaban en las plazas, las coimas que se insinuaban en algunos rincones... Nada tenía que ver con las austeras ciudades del norte que preferían morir solas, aisladas por su viejo orgullo, a dejarse acariciar por cualquiera.

«Pero *Tulaytula* es diferente».

Para Fortún, su querida ciudad era la mujer perfecta: ya había pasado la inexperiencia de la juventud y estaba madurando con elegancia. Aunque admitía que *Qúrtuba* era una joven muy hermosa, sólo estaba descubriendo ahora lo que *Tulaytula* conocía desde hacía siglos.

«Y alcanzará el cenit de su gloria cuando esté en nuestras manos».

Athim se detuvo frente a una ajada puerta de madera custodiada por un hombre fornido y de rostro fiero, que les hizo una leve reverencia antes de invitarles a entrar. El antro, que ofrecía sus servicios de manera clandestina, estaba abarrotado. No podía ser de otra forma, pues desde que el Emir había accedido al trono, todas las lonjas de la ciudad habían sido clausuradas, incluida la de Cecilbus, *el Viajero*. Se trataba de un almacén, situado en una vieja casa junto al río, al que se accedía por unas estrechas escaleras. Bajaron hasta llegar a una estancia alargada con gruesas vigas de madera en el techo. El ambiente estaba viciado y hacía calor. Las antorchas brillaban con fuerza y el humo que desprendían se esfumaba por los respiraderos del techo. Saludó a varios hombres que se levantaron al verle, declinó sus jarras de vino y se dirigió hacia lo más profundo del lugar, un rincón reservado del resto de la sala, cuyo cerco de celosía alejaba miradas indiscretas.

De la habitación contigua llegaban las carcajadas amortiguadas de varias mujeres que reían las gracias de un hombre de voz seductora. Se trataba de Iskandar, el dueño. Él pagaba el vino que había sobre la mesa, así como una considerable suma de oro de manera discreta y constante a Fortún, a cambio de ser la única lonja clandestina que abriese sus puertas en aquel arrabal. El lugar era siempre una excelente fuente de ingresos y para el hijo de Musa era muy sencillo conseguir que cualquier negocio fracasara o que sus dueños fuesen a visitar el legamoso fondo del río.

Fortún contemplaba a los clientes a través de la mampara, saboreando el vino. Gentes de toda clase se reunían allí para beber, reír, gritar y, a veces, pelear. Ladrones, rameras y matones llenaban el antro, llegados de todos los rincones de Al-Ándalus, por lo que se escuchaban conversaciones en distintas jergas. Reconoció en unos cojines centrales a Issam *Dos Veces*, timando a unos incautos. En una esquina, solitario, estaba Guntericus, *el Sopas*, observándolo todo con sus diminutos ojos, buscando alguna bolsa poco vigilada. El licor era bueno, de la tinaja

especial que Iskandar guardaba para él, y volvió a llenar el vaso. Le gustaba el tacto del barro cocido en sus labios, más que el frío vidrio que recomendaba el poeta Ziryab. El recuerdo del cristal le hizo esbozar una sonrisa, visualizando la copa hecha añicos en el suelo y la cara que había puesto el Emir cuando pronunció el nombre de Al-Basir. Poco antes, Abd al-Rahmán reía como un niño maleducado, satisfecho con la noticia de la muerte del rebelde Al-Darrab.

«Pero todavía no conoce toda la verdad: la sombra que proyecta mi abuela».

De pronto, su custodio se incorporó como un resorte. Una figura alta, oronda y encapuchada, que vestía ropajes marrones, se había acercado al reservado. El visitante descubrió su rostro, Athim se apartó y le dejó acercarse, no sin antes registrarlo a fondo.

—Tranquilo, Athim, no encontrarás nada entre sus piernas —ironizó Fortún—. Espero que no hayas tenido demasiadas dificultades para hallar este lugar, amigo Habib. —Con un gesto, el norteño le invitó a sentarse.

Habib no contestó. Se limitó a servirse un vaso de vino hasta el borde y a tragarlo de una atacada. Se limpió la boca con la manga y se acomodó sobre los cojines.

—¡Cuánto tiempo hacía que quería hacer esto! —comentó el eunuco con felicidad, dejando asomar sus prominentes incisivos menores—. Entre tantos reprimidos faquíes y con la vigilancia que se ejerce sobre el vino en el *Qasr*³⁷, no hay quien disfrute de un buen trago.

En realidad, el emasculado sudaba y su papada temblaba.

»Por cierto, veo que sabéis escoger bien dónde pasar desapercibido, mi señor. He tenido que dar una de mis pulseras al tipo que guarda la entrada para poder entrar...

Fortún espiró sus tenues carcajadas.

—Me encanta este sitio, amigo Habib. Me permite liberarme de visitas incómodas. —Los vasos fueron rellenados de nuevo—. Son lugares como estos los que echo de menos en el norte. Allí, en la *Marca Superior* y en las tierras de los cristianos, las tabernas son muy aburridas. —Bebió un largo trago—. *Qúrtuba*, pese a estar en continua guerra, vive ajena a las batallas, y la gente puede disfrutar de algunos momentos como estos. —Hizo un gesto con el brazo, abarcando todo el local.

Guardaron silencio unos instantes y se contemplaron el uno al otro. El recién llegado mostraba una rizada y castaña cabellera que concordaba con la claridad de sus ojos. Su piel grasienta sudaba bajo el rudo atuendo de lino, apropiado para pasar desapercibido por las calles. Su nombre era Habib ibn Farid, servía al Emir como *fatah* y procedía de las costas de *Ilbira*³⁸, donde fue vendido como esclavo. Pero había medrado rápidamente en el Palacio debido a su talante sumiso y agasajador, de ahí que su sobrenombre entre los cortesanos fuese *Hamed*³⁹. Una exótica sirvienta de cabellos rojizos se acercó a la mesa baja que había en el centro del rincón, dejó otra jarra de bebida escarlata y se retiró contoneando sus seductoras caderas, no sin antes mirar de forma insinuante a Fortún.

—Y bien, amigo Habib, ¿de qué querías hablarme? —preguntó el arnitiano sonriendo a la mujer, deleitándose con sus atractivos movimientos. Hizo un gesto a las sombras más allá de la celosía,

señalando a la sierva, y una ligera brisa acarició al grupo.

—Hay alguien en el *Qasr* que está empezando a ser un verdadero fastidio —contestó el eunuco—, pero tengo planes para que deje de molestarme. Necesito un poco de vuestro oro para poder llevarlos a cabo... —dijo algo avergonzado—. Os doy mi palabra que os lo devolveré con creces —se apresuró a añadir.

—Amigo Habib, deja de preocuparte por eso. —Fortún sonrió—. Yo tengo oro y tú tienes información. Seguro que llegamos a un acuerdo que nos beneficie a ambos.

— ¡Je, je...! —La risa chillona del *fatah* recordaba a una anciana en un zoco—. Bueno, mi señor Fortún, no tengo ojos en todas partes y dudo que la información que yo pueda tener no esté ya en vuestra mano —aclaró con cierto nerviosismo.

—No te infravalores, amigo Habib. Un cargo palaciego como tú seguro que escucha muchas cosas a lo largo del día. —Sorbió un poco de vino sin dejar de mirar al eunuco—. Como bien sabrás, la otra mañana estuve reunido con el Emir. Acordamos que mi primo Garsiya partirá conmigo esta noche. Es lo menos que esperaba tras prestarle nuestro apoyo ante sus tribulaciones. Pero hay otro asunto pendiente y, al respecto, apenas si me prestó atención. Debía tener a alguna concubina esperando, ya sabes cómo es el pícaro y sensual Abd al-Rahmán. —Hizo un gesto con la mano para callar al *fatah*, que iba a decir algo—. El caso es que me prometió *Tulaytula* si me encargaba de Al-Darrab, y no ha cumplido su parte. Me encantaría que me dijese el motivo.

— ¡Je, je...! No sé por qué pensáis que yo puedo saber...

—Amigo Habib —Fortún lo interrumpió sin dejar de sonreír—. ¿Crees, acaso, que te estoy dando opción a no responder?

Pudo observar como el rostro de Ibn Farid se tornaba serio y los linos que vestía empezaban a incomodarle. El *fatah* apuró su vaso y se irguió, cuan alto era, sobre el cojín. Athim ya tenía agarrada la empuñadura de su espada.

—La decisión de declinar vuestras aspiraciones sobre *Tulaytula* no fue únicamente del Emir —comenzó a relatar Habib—. Hay dos personas más que tomaron parte en ella. El Emir prefería a vuestra familia, pues posee la influencia que traería a *Tulaytula* la calma que él anhela. Además, me consta que os tiene en buena estima y no olvida todo lo que hacéis por sus dominios. —Alzó el dedo índice derecho, para enfatizar—. No obstante, Al-Walid le presentó otra alternativa. Alguien muy cercano a su facción. El elegido fue Tamán ibn Qaisar, aunque él mismo lo desconoce. Abd al-Rahmán fue reticente al principio y defendió vuestra elección aludiendo a la lealtad de los Banu Qasi. Pero el Gran *Qadí* ⁴⁰apoyó a Al-Walid y el Emir tuvo que ceder de mala gana al final.

—¿Tamán ibn Qaisar? —Fortún no salía de su asombro.

—Es un hombre recto y honorable. Será un buen maestro para el pequeño Muhammad. —El eunuco pronunció con orgullo el nombre.

—¿Honor y rectitud? ¿Eso buscan para el primogénito del Emir? ¡No es más que una espada bajo las faldas de Ibn Rustum! —gritó, claramente enojado—. ¿Qué han visto un juez decrepito

meapañales y un burdo tonel de vino en ese gigante descerebrado? ¡Si es un converso!

—Vuestra estirpe también abrazó la verdadera fe cuando... —Habib se interrumpió de golpe al ver la mirada llena de cólera que le dirigía el hijo de Musa, quien se había incorporado como un felino y había sacado el cuchillo de su cintura. —Yo... Yo sólo... Sólo repetía lo que Al-Walid argumentó ante su hermano —aclaró el eunuco con voz temblorosa—. Todo el mundo conoce la piedad y excelencia de vuestro linaje.

El descendiente de Qasi clavó sus ojos incendiados unos instantes más sobre el *fatah*, quien sudaba en abundancia y no sabía cómo reaccionar. La tensión se suavizó cuando Fortún envainó el arma, relajó sus músculos y bebió otro trago de vino.

—Amigo Habib —dijo el norteño pausadamente, recuperando la calma—, el abuelo de mi abuelo acogió como a un hijo a Musa *el Conquistador*, el servidor del Profeta que trajo la verdadera religión a estas tierras. Juntos viajaron a *Al-Sham* ⁴¹ y fueron recibidos por el mismísimo Califa, quien le regaló la insignia de mi casa a mi antepasado, una rosa de ocho pétalos. Pero antes de que todo eso ocurriese, el abuelo de mi abuelo ya combatía a Rodericus *el Usurpador*, *el Pérfido*, *el Fornicador*, *el Derrotado*, por el dominio de *Tulaytula*, nuestra ciudad... Quizás sea el momento de que alguien recuerde esta historia a aquellos que la han olvidado... —Dejó el vaso de barro sobre la mesa—. Ahora márchate. En breve recibirás noticias más y del oro. —Se despidió alzando la barbilla con desdén.

El emasculado, después de colocarse la capucha, abandonó el reservado dando grandes zancadas hacia la salida.

—¿Y bien? —preguntó Fortún, malhumorado, dirigiéndose a la oscuridad que habitaba detrás de la discreta celosía.

—Han acomodado la habitación, mi señor. —La voz de Latif nacía de las sombras—. La mujer de rojos cabellos está lista para vos.

* * *

La luna brillaba con esplendor sobre la nueva capital y Fortún cabalgaba su montura al paso, junto a Athim, a través de la calle que discurría hasta la Mezquita Mayor. Un gato negro había huido de ellos en una callejuela tras amenazarlos, erizado y asustado.

«Mal agüero...».

Para evitar acontecimientos imprevistos, había ordenado a Latif que vigilara el encuentro desde las sombras, y a Hakim que esperase fuera de la ciudad con todos los pertrechos en la carreta. A pesar de las lamparillas de aceite encendidas que se atisbaban en las casas circundantes, apenas si había transeúntes en la zona a aquellas horas. Fortún iba arrebuñado bajo una capa negra pese al ambiente estival de la noche, pero el hecho de abandonar el calor y las caricias de la sirvienta de Iskandar le habían destemplado el cuerpo. Conservaba todavía el sabor de los besos y el vino.

«Me he descuidado con la bebida».

Diez jinetes esperaban silenciosos junto a la entrada sur del sagrado edificio. Cuando llegaron ante ellos, una figura se adelantó portando una antorcha. Llevaba pertrechos verdes y oscuros, y espada al cinto como el resto de guardias.

«Sirios...».

El cabecilla contempló a Athim y Fortún, alumbrándoles con la tea, y les hizo un gesto para que se detuvieran; luego miró al grupo que tenía a sus espaldas y asintió silencioso. Ocho guerreros montados formaron un círculo alrededor de los recién llegados, mientras que las dos figuras más distinguidas se acercaban lentamente hacia ellos.

«Pretenden amedrentarme. No conocen a Athim».

El jinete de la izquierda tenía una descuidada barba negra y el cabello le caía largo sobre los hombros. Poseía anchas espaldas y rasgos duros, como su ceñuda mirada. Fortún pudo reconocer a Al-Walid, el hermano de Abd al-Rahmán.

«Según mi padre, este hombre es peligroso con un arma en la mano, pero corto de entendederas».

El otro que lo acompañaba era también fornido y portaba ropajes elegantes. «Un oso con sedas». Estaba bien afeitado y sus cabellos recortados terminaban en un refinado flequillo, al estilo de Ziriyab. Su caballo cargaba con gruesos fardos, un escudo con adornos de ataurique a un lado y una espada enjorada en el otro. Se trataba de su primo Garsiyya, quien había sido educado como pupilo en el *Qasr* cordobés. A decir verdad, Abd al-Rahmán lo había retenido bajo su control como rehén, evitando hasta el momento cualquier atisbo de hostilidad por parte de los vascones liderados por el fuerte Enneco, tío de Fortún, allá en *Banbaluna*⁴². Gracias a la mano de los Banu Qasi, iba a retornar a sus montañosas tierras.

—Buenas noches, mis señores —saludó Fortún mostrando sus dientes en una amplia sonrisa—. No esperaba tan honorable comitiva para un asunto tan frugal. Parece que vuestro hermano, el Emir, tiene en gran estima a mi familia —dijo mirando a Al-Walid—. Lástima que no todo...

—Buenas noches, Ibn Musa —interrumpió este con voz grave—. Déjate de monsergas y acabemos de una vez.

—Parece que no os sienta bien la vigilia pasada la medianoche... —El vino soltaba su lengua más que de costumbre, pero sus palabras sonaban algo empalagosas—. Vuestra reputación está fundamentada. Veo que sois un hombre de bien, acostumbrado a dormir a estas horas. ¿Será porque la bebida os da sueño, mi señor?

—Si estoy aquí es porque yo mismo quería despedir a vuestro primo —aclaró Al-Walid, colmado de paciencia—, pues ha demostrado ser un excelente huésped, honorable, capaz y valeroso. Si deseo irme pronto, es porque no puedo decir lo mismo del resto de su familia.

—Así que habéis domado a un *montaraz* —prosiguió Fortún—. La poderosa *Qúrtuba* ha cimbrado el duro hierro del norte, amoldándolo a sus finas costumbres. Sin embargo, las mejores hojas se encuentran más al sur, en *Tulaytula*, y estas jamás se doblegan. O se parten o permanecen firmes para matar.

Fortún estudió las reacciones de sus interlocutores con los labios torcidos en una leve sonrisa. Al-Walid permaneció impasible ante aquellas palabras. Su astucia no lo delataba, por lo que dudó que hubiese captado el mensaje.

«No he sido capaz de violentarlo. No está aguantando por sutileza, sino por respeto a mi primo. Si Garsiyya ha sido capaz de hacerse valorar por los cordobeses...».

Habían pasado muchos años desde la última vez que había visto a su pariente, y pudo contemplar, a la luz de la antorcha, que había cambiado. «Supongo que él ve lo mismo que yo». El muchacho que abandonó *Banbaluna* y con el que había compartido juegos en su niñez, se había convertido en un hombre maduro y sereno, con gestos elegantes y tranquilos a pesar de su robustez. Tras unos instantes, el vascón apoyó su mano derecha sobre el hombro de Al-Walid y se despidieron sin decir palabra, con miradas de sincera admiración, incluso de pena, pues sabían que, tarde o temprano, cualquier circunstancia acabaría por enfrentarlos por encima de su amistad.

—Buenas noches —dijo Garsiyya sonriendo, con un excelente acento oriental—. Deberíamos partir ya, pues ardo en deseos de volver a mi tierra.

—Mi querido primo, ¡cómo me alegro de volver a verte! No te ha ido mal durante estos años, viendo la clase de lazos que has anudado. Quizás la amistad que ambos os profesáis sirva bien a “nuestra familia” —recalcó estas palabras— para alcanzar el estatus que merece. ¿No creéis, mi señor? —preguntó dirigiéndose de nuevo a Al-Walid.

—No es momento para tratar estos asuntos. —Garsiyya intentó mediar, pues pareció intuir las intenciones de Fortún.

—¡Oh, claro! ¡Disculpádmelo, señores! —exclamó irónico, acercando el caballo hasta el hermano del Emir, lentamente.

La tensión crecía en el ambiente y los guardias sirios mantenían las manos en las empuñaduras de sus armas. Fortún supo que Athim estaba preparado para cualquier contratiempo: sin duda, él huiría al galope mientras su sirviente despachaba a la mayoría de los sirios. Un pequeño atisbo de ira afloró en los ojos de Al-Walid después de ser besado por Fortún, como establecían las costumbres sureñas. Luego, el hermano del Emir escuchó nítidamente unas palabras susurradas.

—Decidle al Gran *Qadí* que no le conviene olvidar los favores que los Banu Qasi prestamos a *Qúrtuba*, pues somos los verdaderos herederos de *Tulaytula*. Hacedle saber también cuán importante es para nosotros la lealtad y la familia. Seguro que a vos no hace falta recordároslo...

³⁴Hostería para viajeros.

³⁵Qasi: noble visigodo, de nombre Casius, que se convirtió al islam tras la conquista musulmana para conservar sus territorios. Entabló amistad con Musa ibn Nusayr y viajó con él hasta Damasco, donde juró lealtad al Califa Walid. Es el fundador de una de las dinastías más poderosas del norte peninsular.

³⁶Amedo, en La Rioja.

³⁷Palacio, normalmente residencia del Emir.

[38](#) Antigua ciudad entre las actuales Pinos Puente y Atarfe, en Granada.

[39](#) Zalamero.

[40](#) Juez.

[41](#) Damasco.

[42](#) Pamplona.

CAPÍTULO 5

EL EXTRAÑO PENITENTE

Algún lugar oculto en la serranía de *Aquae Dirrama* ,

Marca Media de Al-Ándalus.

Mayo de la Era 869 (831 d.C.).

«Me lo prometiste, Hashim. Me dijiste que siempre estarías conmigo, que nunca me abandonarías».

Semanas atrás, el día en el que sus compañeros lo divisaron desde la distancia, parecía un ánima en pena. Apareció en el bosque donde habían estipulado el encuentro, con el rostro demacrado, la capa y la capucha empapadas por la lluvia, exhausto y con las manos ensangrentadas bajo el abrigo. Las lágrimas se mezclaban con el sudor, y su mirada parecía vigilar un horizonte lejano, irreal.

«Tuve que hacerlo, tenía que verla. Es lo único que me queda».

Los pocos hombres de Hashim al-Darrab que habían sobrevivido a la traición de *Qalat-Darwaqa* se dispersaron en dos grupos. El primero y menos numeroso, encabezado por el pérfido Ibn Muhayr, se hizo fuerte en *Toletum* , cuyos habitantes vieron en él a un nuevo sucesor del herrero y lo aclamaron como líder.

«La culpa fue mía. No estuve allí para luchar junto a Hashim».

El segundo contingente, algo más nutrido, abandonó las inmediaciones de la antigua capital y se dirigió hacia el norte. Su líder, Álvar, había sido como un hijo para Al-Darrab. Los integrantes de esta partida, un antiguo grupo de exploradores, lo siguieron sin dudarle a pesar de que, en *Toletum* , tal y como ocurrió con Ibn Muhayr, habrían sido recibidos como héroes griegos. El variopinto grupo de once rebeldes se dedicó desde entonces al bandidaje. El primer golpe ya lo habían propinado a la retaguardia de las huestes de Ibn Rustum, mientras el ejército emiral viajaba de regreso desde *Qalat-Darwaqa* hacia la ciudad sobre el río *Tagus* . Rapiñaron algunos suministros mataron a varios hombres; pero lo hicieron por necesidad, no por venganza. Después, tras ocultarse en las montañas de *Aquae Dirrama* ⁴³, igual daba que sus víctimas fuesen cristianas, musulmanas o judías: ellos eran lobos. No tenían otra forma de ganarse la vida en aquel mundo salvaje entre *Toletum* y *Cesaraugusta* ⁴⁴.

Álvar era hijo de Iulius, el maestro forjador cordobés que enseñó su arte a Al-Darrab, y cuya muerte desencadenó una revuelta en la capital de los emires. Este incidente, que había sido cultivado por los padecimientos de los Años de la Sequía, provocó que los habitantes del arrabal sitiaran la fortaleza de Al-Hakam ⁴⁵ y pidieran comida y justicia, con la intención de pasar a cuchillo a toda la nobleza si no se cumplían sus demandas. Sin el valor de un pariente del Emir, el poderoso Ubeyd Allah al-Balansí, pocos magnates habrían salvado la vida aquel día. El guerrero, descendiente de los Banu Umayya, el noble linaje de Abd al-Rahmán *el Emigrante*, rompió el asedio con sus jinetes y quemó el barrio, por lo que los insurrectos tuvieron que volver a apagar los fuegos que devoraban sus hogares. La guardia de Al-Hakam salió a campo abierto y persiguió a sus enemigos, quienes quedaron atrapados por los dos frentes y fueron masacrados. La revancha del Príncipe se saldó con innumerables ejecuciones y destierros, así como la destrucción del anejo.

La madre de Álvar fue protegida por Al-Darrab y viajaron juntos hasta *Toletum*, donde ella fue recluida en un monasterio. Con apenas tres años, el niño fue enviado a un sacerdote para ser educado en las costumbres cristianas. Esto hizo que Álvar recibiera una formación latina y leyera a los Antiguos y a los Padres de la Iglesia. Todo el tiempo que tenía libre lo pasaba en la forja de Hashim, su padre adoptivo. Este lo llamaba “Severus”, debido al porte atento y rictus marmóreo que asumía el muchacho al aprender los distintos trabajos.

«Me prometiste que nunca me abandonarías. Me lo prometiste».

La ausencia de alguien tan cercano, a la vez que líder, había sumido a Álvar en un profundo dolor. Entre los bandidos se escuchaban cuchicheos acerca de la venganza, pero ninguno transmitía sus intenciones a su nuevo dirigente. No cabía más posibilidad: el traidor o los traidores debían ser hombres de confianza de Al-Darrab. Parecía imposible que, de otra forma, hubiesen dado con su escondite en *Qalat-Darwaqa*. Sin embargo, Álvar se limitaba a guardar silencio y no hablaba sobre el tema. No había perdido brío en los asaltos que realizaban y era muy equitativo con el reparto del pillaje, aunque su carácter había cambiado desde el día en el que lo vieron aparecer de aquella guisa, empapado de sangre y lluvia. Ni siquiera se habían atrevido a preguntarle sobre lo que había pasado en la ciudad, pues comprendían que era decisión de él hablar o no del asunto.

En realidad, regresaba de *Toletum* después de ver a su amada. Mariam, la hija del poderoso comerciante Eliyahu, había ocupado su corazón desde la niñez, cuando jugaban juntos a orillas del *Tagus*, mientras Al-Darrab y la cuidadora de la niña retozaban tras los matorrales. Los prejuicios de su maestro, el intachable sacerdote Cletus, y del padre de la susodicha, fueron los mayores enemigos que tuvieron durante mucho tiempo. La situación económica de Álvar, en comparación con una familia tan rica, tampoco ayudaba a que Eliyahu se replanteara su decisión.

Los jóvenes planearon escaparse, ir hacia otra tierra y empezar una nueva vida; entonces estalló la Rebelión del Herrero. Álvar se ausentó muchos días durante los ataques que su grupo lanzó a las guarniciones cordobesas y bereberes de los alrededores. Finalmente, tuvo que huir hacia el norte junto al resto de la banda de Al-Darrab.

Lejos de distanciar a la pareja, el paso del tiempo afianzó sus sentimientos. Él era un soñador, alentado por la épica y los amoríos que se recogían en la *Ilias* ⁴⁶, un libro que siempre rondaba sus descansos. Ella, culta y refinada, veía en el muchacho a su alma gemela, un ser de luz que la

cuidaría y la protegería, que la haría feliz por encima de cualquier cofre de oro. Por eso Álvar regresó a *Toletum*, para prometer a Mariam que volvería a por ella, que le daría un hogar lejos de todo aquel mundo que se les oponía. Después de la caída de Al-Darrab, abandonó la ciudad, vacío y roto. Los guardias de Ibn Rustum estuvieron a punto de apresarlos pero, como una sabandija, escurriéndose por callejuelas y ciénagas, pudo escapar. Sus manos estaban manchadas de sangre, aunque todo había merecido la pena por las palabras de ella: «Te esperaré hasta más allá de la muerte».

A pesar de su corta edad, Álvar había llevado una vida de huidas, pérdidas y dolor, que le permitió enfrentarse a su dura realidad. Mal había empezado la andadura desde su guarida en *Aquae Dirrama*, para conseguir una pequeña fortuna que le permitiera sacar de la ciudad a Mariam. Las cosas no habían sido fáciles. La comida dependía de la caza y de los pocos suministros que podían conseguir de las caravanas que asaltaban gracias a sus informantes. Su área de actividad se situaba en las inmediaciones de la vía que partía desde *Emerita Augusta*⁴⁷ y se bifurcaba hacia *Segobriga*⁴⁸ y *Cesaraugusta*. Las atalayas cordobesas se erigían periódicamente a ambos lados del camino, pero el grupo de Álvar surgía como un rayo, golpeaba y se retiraba a su escondrijo. Cada asalto era minuciosamente estudiado por los bandidos, cuyos contactos se extendían entre la fortificación de *Al-Qalat*⁴⁹, en la frontera norte de la *Marca Media*, y el *manzil* de Amrús, al sur. Estos aliados recibían parte del botín a cambio de sus favores, lo que retrasaba el momento de abandonar aquella vida de latrocinio y salvajismo. Esperaban la oportunidad de dar un golpe definitivo que les permitiera comprar unas tierras y dedicarse a la honrada labranza. Querían vivir en lugar de sobrevivir. Para Álvar significaría mucho más que eso: supondría pasar una vida entera con Mariam fuera de aquellas tierras malditas.

«Al fin y al cabo nos lo quitaron todo. Si ahora tomamos algo, Dios nos perdonará».

La situación de los forajidos mejoró cuando, por error, atacaron un cargamento de esclavas que se dirigía desde *Corduba* hasta *Cesaraugusta*. Álvar se negó a vender a las mujeres, concediéndoles la libertad, si bien muchos de sus hombres desposaron a algunas de las libertas y habitaron el refugio con ellas. Las noches fueron más cálidas y las comidas más sabrosas desde entonces.

Álvar no tomó esposa alguna. Ni siquiera compartió su lecho durante los fríos crepúsculos, a pesar de las mofas de sus compañeros, pues su corazón estaba en *Toletum*.

«Tengo que entrar en la ciudad, como los griegos en Troya. Espérame, mi amor».

Intentaba soñar con ella, recordar los dulces momentos grabados a fuego que habían compartido. Sin embargo, Morfeo era cruel. Solo pesadillas llenas de sangre acudían durante sus pernoctas: los rostros impertérritos de aquellos a los que había matado a frío hierro y amarga saeta. La vigilia se convertía en su pesada compañera, pero se tumbaba a la intemperie mirando las estrellas y podía ver el rostro de Mariam, tierno y dulce, los finos y atractivos contornos de su cara, que quedaba a posta bien custodiada entre hebras en espiral de oro, privando de la hermosura de sus rasgos a quien la contemplaba. Su barbilla era delgada y lisa, muy reticente a expresiones y más incitante a caricias. Cuan fulgurosas esmeraldas brillaban sus ojos, que iluminaban la nívea pureza de su piel.

Llevaba encima el último recuerdo que poseía de Mariam: una carta. Álvar había recibido el

mensaje hacía unos días, como el mejor de los cordiales. Le llegó a uno de sus hombres a través de un informante toledano. Desenrolló el pergamino y lo leyó con añoranza, a la luz de una pequeña hoguera.

Saludos, amor mío.

Estoy sentada en mi aposento, bebiendo un poco de agua tibia con miel para reconfortarme. Los poetas cantan abajo, a petición de mi padre, quien llora mientras recuerda a mi madre y a mi hermano. Te echo tanto de menos que no puedo apartarte ni un instante de mi corazón. Quizá sea porque no quiero alejarte, porque ni siquiera lo intento, porque disfruto recreándome en tu imagen, rememorando tus palabras, escuchando tus risas. Cierro los ojos y percibo nítidamente tu aroma, la calidez de tus manos sobre las mías, un sinfín de sensaciones que me llevan a estar más cerca de ti.

¿Qué estarás haciendo ahora? Me gustaría tanto poder observarte. Quizá estés todavía de guardia, siempre alerta y preocupado por tus compañeros. O bien con una jarra de vino en la mano, divirtiéndote junto a ellos, aprendiendo a ser un hombre sin temores ni dudas para inspirar a quienes te rodean.

Ni siquiera imagino por lo que estarás pasando. Me conformo con que vivas aún para mí. Tengo miedo por tu destino. ¿Te volveré a ver? ¿Te protegerá Dios de los filos y las puntas? Debes estar vivo, pues mi corazón sólo sufre por la distancia y la incertidumbre. Si hubieras muerto yo lo sabría, ¿verdad, amor mío? Te esperaré hasta más allá de la muerte, pero necesito tenerte junto a mí cuanto antes. Ven, ven pronto a mí.

Mariam.

«Te esperaré hasta más allá de la muerte...».

Cada vez que repasaba la epístola, el proscrito deseaba regresar a *Toletum*, a pesar de que su cabeza tenía un precio.

«Ibn Muhayr... Eres un simple juguete, un remedio temporal para el cancro de la rebelión. Si no te mata Ibn Rustum, lo haré yo».

Aún restaban ocho de los once compañeros de la banda de Álvar, pues dos de ellos habían muerto durante los ataques y un tercero, al contraer un mal de pecho, había abandonado la guarida en secreto para no contagiar a los demás. Nada más se supo de él desde su partida.

Aquellos hombres, supervivientes y valientes, eran su familia. Con todo, Álvar siempre tenía en mente ciertas palabras de Al-Darrab acerca de ellos.

—¿Los ves? Son personas indispensables, son hermanos. Pero que no se te olvide algo: ya no son campesinos, ni parroquianos, ni porquerizos. Llevan mucha sangre en sus manos, y no dudarían en matarte si pierdes su respeto.

* * *

Aquella tarde, la guarida de los bandidos era un hervidero de emociones. A los llantos de una mujer, se unían las grandes zancadas que Paschalis *el Frater* daba de un lado para otro, con sus manos a la espalda y su enorme barriga bajo el prieto hábito, oscilando a la luz de las teas. Ni siquiera se trataba de un monje, pues no fue admitido en ninguno de los monasterios a los que había llamado a la puerta.

«La gula, sin duda, es el peor de sus pecados. No están los tiempos para soportar a tragones. Sin embargo, es lo mejor que tenemos para remendar nuestras botas y oficiar bodas falsas con libertas».

Los cíclicos movimientos del religioso ponían nervioso a Álvaro, que miraba al gordo con cara de pocos amigos, mientras permanecía sentado en el camastro de un compañero herido.

—¿Quieres parar ya, Paschalis? ¿Por qué no preparas algo de comer? Pon el cazo en el fuego, anda. —Los llantos femeninos continuaban, irritantes.

—¿Qué vamos a hacer ahora, qué vamos a hacer...? —mascullaba el aparente anacoreta, yendo y viniendo. Aunque parecía que no había escuchado al muchacho, en la siguiente caminata se dirigió hacia las estancias más profundas de la cueva, donde estaban los almacenes.

«Al fin, por Santa Leocadia. Algo de paz».

El convaleciente, agradecido en su dolor, aferró con fuerza la mano de Álvaro. Tras el último asalto a unos mercaderes, Atrius *Dienteslargos* se había caído del caballo y golpeado con una enorme piedra. El mote era producto de la ironía: en la boca del accidentado la dentadura parecía no haber salido del todo. El muslo de *Dienteslargos* presentaba una zona amoratada que partía de un color negro y se agrandaba en círculos hasta alcanzar colores más claros. Probablemente el hueso estuviese roto. Hasna, esposa de Atrius, lloraba en las cercanías y musitaba ininteligiblemente acerca de los peligros que suponían los asaltos de la banda. Álvaro se apartó del camastro de *Dienteslargos* al advertir la llegada de Khalil.

—Sal de las sombras, se te ven las puntas de los pies —dijo Álvaro—. Necesitarás más que eso para adentrarte en la jaima del *Buitre Negro* y apuñalarlo.

El Cirujano era el mejor amigo de Álvaro, y el más joven del grupo. Se había ganado su apodo sacando unos dientes y cosiendo y quemando otras heridas, pero en realidad había sido aprendiz de alfarero antes de que empezase el alzamiento de Al-Darrab. Se acercó con el rostro abochornado y examinó la pierna del herido durante un buen rato.

—Pinta mal —afirmó sin dejar de contemplar la herida—. Posiblemente haya que inmovilizarlo durante un tiempo y, aun así, no sé si podrá caminar con normalidad. Aunque, a mi juicio, es difícil pronosticar su evolución. Solo el tiempo lo dirá.

—Camine bien o no, podrá cabalgar —apuntó Álvaro, intentando dar ánimos al herido—. Es un gran jinete.

—Mejor ser jinete que caballo —comentó Atrius entre dolores, con la barba llena de saliva—. Si fuera bestia, me habríais sacrificado y estaríais degustando mis tripas. ¡Por Dios, decidle a mi

mujer que se calle! ¡Me duele más la cabeza que la pierna!

El Cirujano se levantó y fue a consolar a Hasna, mientras Álvar retomaba la mano de Atrius para reconfortarlo. Las largas cabalgadas y los malos momentos superados habían unido más al grupo, desde el primero al último. *Dienteslargos* había demostrado una gran habilidad sobre el corcel, siempre fascinado por el mundo equino, y no dudó en encargarse personalmente de todo cuanto estaba relacionado con las monturas, desde que huyeron de *Toletum* hasta *Qalat-Darwaqa*; Álvar había aprendido mucho de él. Por otro lado, los asaltos eran más precisos y mejor coordinados cuando Atrius iba en vanguardia, por lo que este percance no suponía solamente perder un hombre.

En ese momento apareció Paschalis y puso en el fuego un guiso con varios trozos de carne desalada, con una socarrona risa, entre nerviosa y placentera. Era típico de él cada vez que iba a preparar algún tentempié a deshoras o le llegaban los efluvios de cualquier cosa comestible. Álvar no tuvo más remedio que rendirse y sonreír.

Entonces, los ruidos regresaron: pisadas, voces e insultos a lo lejos. Las luces de varias antorchas se fueron intensificando al paso de sus portadores, que se acercaban a la estancia de piedra; algunos gritos imperativos más, otros de queja; finalmente, dos de los hombres de Álvar aparecieron sujetando a un individuo que vestía ropajes de monje. El recién llegado en cuestión era flaco como un cayado, de tez bronceada y pelo oscuro salpicado de brotes blancos en los alrededores de la tonsura. Su encogida nariz de ratón y su mirada indignada marcaban ciertas arrugas en su rostro, cuya boca bien cuidada contrastaba con los harapos que lucía. Cuando lo soltaron en medio de la gruta, se alisó las ropas con dignidad.

—Mirad lo que hemos encontrado de camino hacia el norte —dijo Eudaldus *el Tuerto*, mientras agarraba un crujiente pedazo de carne ahumada, ante el celo del *Frater*—. No iba por la vía principal, sino que había tomado el sendero que lleva al *manzil* de Hayán⁵⁰. —Paró un instante para dar un enorme bocado a la vianda, y continuó hablando con la boca llena—. Íbamos a ofrecerle amablemente que nos cediera su mercancía y nos preguntó si éramos de la Banda de Álvar.

—Dice venir desde *Tulaytula* —aclaró Basem *el Risas*, cuya cabeza afeitada refulgía a la luz del fuego. Soltó varias carcajadas estridentes—. Pero su destino es *Gallaecia*, ¡*Gallaecia*! —volvió a desternillarse.

El peregrino profirió una tensa mirada al líder de sus captores.

—Bueno, bueno... Este trato es intolerable —masculló entre dientes—. Entonces, ¿tú eres el jefe? ¡Pero si eres un niño! No eres alto, ni fuerte, ni te creo capaz de robar algo, de no ser las frutas de los árboles de un huerto. ¡Ah! Parirá la montaña y nacerá una ridícula sabandija...

—Las cosas suelen ser distintas a lo que parecen —sentenció Álvar.

—No creo —aseveró el cautivo sin emociones—. En tu caso, no creo, aunque la edad me ha hecho perder algo de vista.

—¿Por qué habéis traído a este mendigo ante mí? —preguntó el joven sin dejar de mirar al

desconocido.

—¡Mendigo, dice! —El aludido se indignó.

—Estaba parado en mitad del camino —explicó Eudaldus, y guiñó su único ojo a Basem—, pues una de las ruedas de su herrumbrosa carreta se había partido. De su cargamento le requisamos algunos odres de vino. Por lo demás, nada de valor, excepto unas hogazas de pan seco, sin demasiadas piedras. Si lo hemos traído con nosotros es porque dice conocerte.

Álvar frunció el ceño.

—Un peregrino solitario por estos caminos plagados de bandidos... ¿Tiene nombre?

—Dice llamarse Eligius —respondió *el Risas*, que ya se había calmado.

—No me suena —comentó *el Frater* sin mirar al resto, dando cuenta de la carne tostada.

—No conozco a ningún Eligius —confesó Álvar.

—Eso no implica que yo no pueda conocerte a ti, mentecato —afirmó el monje—. De hecho, fui compañero de Cletus, tu mentor, durante mi formación. Él me ofreció su hospitalidad, tras muchos años sin vernos.

El asombro de Álvar afloró en su rostro. Mantuvo la serenidad, pero comenzó a interesarse por aquel extraño huésped.

—¡Ay, ay, ay...! —Eligius se quejó con tono de reproche, llevando sus manos al rostro—. Quién iba a decir que un discípulo de Cletus iba a convertirse en un ladronzuelo de poca monta. Desperdiciar así el legado de un santo varón que conoce los escritos de los Padres de la Iglesia...

— *Mandat opus* ⁵¹, sacerdote —lo interrumpió el anfitrión—. No tienes ni idea...

—Sí, sí —lo cortó a su vez Eligius—. La insumisión de Al-Darrab y todo eso. Se rumorean muchas cosas...

—¿Qué se dice en la ciudad? —Atrius se interesó desde el camastro, haciendo un esfuerzo por incorporarse.

El peregrino miró a Álvar a los ojos, sin expresión ni emoción alguna.

—Dicen que lo mataste tú.

Todos los presentes echaron mano a las armas y comenzaron a soltar improperios al religioso. Entre la algarabía, aislados, Álvar y Eligius se contemplaban mutuamente. La curiosidad en la mirada del primero, cruzado de brazos a pesar de la acusación, contrastaba con la frialdad del segundo, con las manos entrelazadas sobre el pecho, esperando la reacción de su anfitrión.

—¿Qué más se susurra entre los callejones? —acabó por preguntar Álvar.

—Bueno... Hay varios nombres... —Eligius parecía hacer un esfuerzo para recordar—. Algunos piensan que fue el gobernador. Otros hablan de un tal... Al-Basir, sí, Al-Basir —terminó mascullando el sacerdote—. Eso se dice también.

Cuando pronunció aquel apelativo, a todos se les heló la sangre.

—¿Qué ocurre? —inquirió Eligius—. ¿Se ha acabado el concilio?

—No sabes de qué hablas, peregrino —dijo *el Tuerto*, tenso, y escupió en el suelo—. Será mejor que no pronuncies ese nombre, trae mal agüero.

—Quizá, para espantarlo, deberíamos beber ese vino que portas. — *El Frater* se relamía los labios.

—No, no, no. —Eligius negaba con la cabeza—. Ese vino es un encargo para un monasterio. No se puede consumir hasta que llegue a su destino y se convierta en la Sangre de Cristo.

—Venga, monje. No deseamos tus maldiciones. Te dejaremos yacer con alguna de nuestras mujeres —bromeó Basem—, o les diremos que te den otros placeres, pero déjanos probar el vino.

El religioso dio un respingo y se quedó mirando fijamente al *Risas* un momento, con aire pensativo.

—Esa proposición es sucia y rastrera —afirmó Eligius—. Te serviría con otra persona, pero yo soy célibe, y así me mantendré hasta el fin de los tiempos. Puedes quedarte con tus mujeres.

—¿Para qué ibas hacia *Gallaecia*? —Álvar se interesó por aquel extraño vagabundo.

—Regreso tras un largo viaje cumpliendo una penitencia. Voy camino de *Iria Flavia* ⁵², a rezarle a los santos restos del apóstol Jacobus. Pero, claro... Ahora no tengo carro para viajar. ¡Ay, ay, ay...! —Volvió a echarse las manos a la cara, quejumbroso.

Álvar desenvainó una daga austera en adornos aunque de magnífica manufactura: pocas hojas estaban tan bien trabajadas. Se acercó como un relámpago al penitente, lo agarró por el pelo y le puso el filo en la garganta.

—Tacaño de vinos, hurraño de mujeres y pobre de carreta... ¡Qué buen monje! —Las palabras salían de entre sus dientes apretados—. ¡Hasta Paschalis pasaría por religioso mejor que tú! Llegas a mi hogar como cautivo, me insultas delante de mis hombres y me acusas de victimar a alguien que fue como un padre para mí. —El peregrino palideció mientras el resto de los hombres se entusiasmaba—. Dices conocerme, ya sabes dónde está nuestra guarida y en *Toletum* han puesto precio a nuestras cabezas... ¿Por qué iba a dejarte con vida? Por Santa Leocadia, ¡dame una razón!

El líder de la banda apretó la daga y un hilillo de sangre corrió por el pescuezo del sacerdote.

—Espera, ¡no me mates! —Eligius se puso nervioso—. ¡He venido para darte información! ¡Es algo muy valioso!

—¡Habla! —gritó Álvar elevando la barbilla del monje con la punta de su arma.

—Sé cuándo llegará a estas tierras una caravana muy importante, cuyo objetivo es *Arenetum* ⁵³. Puedo ayudaros a que la asaltéis sin que os pongáis en un gran riesgo. ¡No me mates!

Los bandidos se miraron entre ellos, cautelosos.

—Y ¿cuál es la carga que lleva a *Arenetum*? —preguntó *el Tuerto* —. ¿Telas? ¿Grano?

—¿Especias? ¿Especias para la carne? —Paschalis se incorporó. Salivaba.

—¿Vino? ¿Mujeres? —interfirió Basem.

Eligius sonrió. Recogió la sangre de su cuello con un dedo, la introdujo en su boca y cerró los ojos. Parecía saborear el momento más que el humor escarlata. Luego volvió a escudriñar a Álvar con aquella mirada inexpresiva.

—Oro. Se trata de oro.

⁴³ Guadarrama.

⁴⁴ Zaragoza.

⁴⁵ Al-Hakam ibn Hisham al-Riddá, el Borracho, el Impío: padre del actual emir Abd al-Rahmán. A pesar de su fama de pecador, dejó a su heredero una tierra pacificada por la fuerza.

⁴⁶ Versión corta y latina de la Iliada.

⁴⁷ Mérida.

⁴⁸ Segovia.

⁴⁹ Alcalá de Henares.

⁵⁰ Hayán: fundador de un famoso *manzil* en la *Marca Media* .

⁵¹ «Las circunstancias mandan».

⁵² Enclave cercano a Padrón, en Galicia.

⁵³ Amedo, en La Rioja.

CAPÍTULO 6

UNA LEJANA ESPERANZA

Alrededores de *Márida* , cerca de *Al-Husayn* ,

Al-Tagr al-Adna (*Marca Inferior* de Al-Ándalus).

Muharram (febrero), año 217 de la Hégira (832 d.C.).

Los oscuros nubarrones se habían formado hacia el sur. Una veintena de exploradores, pertrechados con ropajes púrpuras, cabalgaba en columna por la calzada. Sobre ellos, casi a la cabeza de la partida, se alzaba el pendón morado de la tribu bereber de los Masmuda. Faltaba poco para llegar al antiguo puente de piedra que había junto al *hisn*⁵⁴ de *Al-Husayn*⁵⁵, una pequeña fortificación que vigilaba uno de los pasos del norte de *Márida* . Grandes campos de cultivo se extendían a ambos lados del camino, como mantas gigantescas de distintos colores terrosos, entre los que aparecía, de vez en cuando, un tímido bosque. Los labradores comenzaban a recoger sus aperos, apresurados, pues el sol se cubría tras las nubes y la brisa de la tarde cesaba: iba a llover.

Después de unas millas de cabalgada al trote, aparecieron las primeras gotas y, al poco tiempo, el agua cayó con fuerza y empapó a los jinetes. El viaje había transcurrido tranquilo hasta que divisaron un cuerpo junto a la vía, apoyado sobre un olivo seco. Yamílah ibna Abd al-Yabbar, la mujer que lideraba la partida de exploradores, alzó un brazo para que sus hombres se detuvieran y lo movió en círculos para que algunos vigilaran las inmediaciones.

No era corriente que una doncella guiase a un grupo de hombres. De hecho, ella misma ignoraba si alguna fêmea se había encargado de tal tarea en el pasado. «Las diosas antiguas de los paganos, quizá», pensó. Sin embargo, no solo llevaba en la sangre el buen manejo de las armas por ser hija de su padre, sino que tuvo que aprenderlo por necesidad. En aquel mundo cruel, había crecido confiando únicamente en su espada y en su hermano, y de esa forma se ganó el respeto de quienes la rodeaban.

Se acercó sobre su yegua azabache, cautelosa y al paso, hasta el desconocido cabizbajo que, espalda contra el viejo tronco, era resguardado por las inertes ramas. Se trataba de alguien de cierta edad, con una barba cultivada y el pelo castaño peinado hacia atrás, humedecidos por el chaparrón. Su rostro mostraba serenidad y, de no ser por la brecha reciente de su frente, habría parecido que dormía con placidez. La capa de viaje estaba calada y desgarrada. Cerca, una espada yacía en el barro, brillante ante las gotas de lluvia que lavaban, suavemente, la sangre y el lodo impregnados en la hoja.

—Mi señora —dijo Amín, su mano derecha—, hay otros cuerpos entre aquellas rocas. —Señaló tras el árbol.

—Traedlos ante mí —ordenó ella con voz firme, mientras se apeaba de su montura.

Yamílah se aproximó al extraño para inspeccionarlo con mayor detenimiento. Se agachó,

desenfundó una daga larga y la puso junto a la boca del herido; en breve, el vaho corroboró que seguía con vida. La capa estaba sujeta con un broche labrado, que reconoció gracias a las enseñanzas de su marido. Se trataba del símbolo del difunto rey de los francos, Karolus. Con la misma arma apartó la prenda y contempló con admiración una insólita armadura. Jamás había visto nada parecido: una loriga recubierta por completo de escamas metálicas. Se levantó rápidamente y llamó a sus hombres.

«Lo haré por mi hermano. Esto debe ser lo que lleva esperando durante tanto tiempo...».

—Tenemos que llevarlo a *Márida* cuanto antes —dijo tras volver junto a su yegua—. Necesita cuidados, y debemos averiguar su identidad y propósito.

En ese instante apareció el resto de su grupo, cargando con tres cadáveres. Uno de ellos parecía un acompañante del herido, y los otros dos eran bandidos.

«Tan cerca de la ciudad... Parecen oler los problemas ajenos».

—Colgad a los malhechores —ordenó—. Las aves carroñeras les darán sus funerales. Que sean ejemplo para quienes amenazan nuestros caminos.

El otro difunto fue enterrado a pie de calzada, bajo unas piedras. Ninguno de los presentes era cristiano, así que poco pudieron hacer por honrar su memoria. La lluvia no cesaba, el extranjero parecía empeorar sobre la montura y quedaba un largo trecho hasta la ciudad: no había tiempo que perder.

* * *

Era noche cerrada cuando los jinetes alcanzaron la puerta norte. Los guardias patrullaban las enormes murallas que rodeaban la ciudad y las calles estaban vacías. El barro salpicaba ante el paso de los caballos, que hundían sus pezuñas en grandes charcos. Mientras llegaban al palacio del *walí*⁵⁶, tras atravesar el gran arco de piedra, el chaparrón comenzó a amainar hasta detenerse. El edificio, un antiguo templo pagano, se erigía en el centro de la *madinat*⁵⁷ y estaba fuertemente custodiado por los hombres de los dos gobernadores actuales. Ibn Bazí, el señor de *Márida*, estaba recluido y vigilado en una pequeña casa aneja. El Emir de *Qúrtuba* lo había enviado para poner orden y traer prosperidad a *Márida* pero, apenas hubo cruzado las puertas de la ciudad, fue capturado y sus custodios pasados por el filo. Ahora, Mahmud ibn Abd al-Yabbar y Suleymán ibn Martín ostentaban el poder con justicia, anhelando el futuro glorioso que correspondía a aquella urbe.

Los soldados dejaron pasar al séquito de Yamílah, bajando sus cabezas en señal de respeto. El franco, inconsciente, era transportado en unas parihuelas improvisadas.

—Llevallo ante Samir —comandó ella—. Que lo examine y le proporcione todos los cuidados necesarios.

El grupo con el herido tomó un pasillo diferente a la mujer, quien subió las escaleras y se adentró en una de las salas de la planta superior. El olor a tierra húmeda impregnaba el frío ambiente, a pesar del hogar que ardía en la estancia. Había restos de comida sobre la mesa principal, junto a

algunos legajos, un tintero y una pluma. Asomado a una ventana, un hombre fornido contemplaba la noche estrellada después de la tormenta sobre la ciudad dormida. No veía su rostro, aunque sabía que tendría la mirada perdida, como siempre, observando más allá del mundo algo que sólo él podía divisar. Yamílah dio un respingo, empapada y helada. Se ajustó la capa al cuello y se acercó al anfitrión, que se dio la vuelta y la recibió con una afectuosa sonrisa. Tenía una barba oscura bien cuidada y el cabello ceñido por una cinta de cuero, con las facciones llenas de vigor. Sus brazos se abrieron para recibirla en su pecho.

—Hermana... —La abrazó fuertemente cuando ella se acercó—. Cada regreso tuyo, sana y salva, es como una bendición.

—Traigo noticias urgentes, Mahmud. —Lo apartó cariñosamente y lo miró a los ojos, cautelosa—. Creo que hemos recibido una respuesta de los francos...

—¿Crees? —La acompañó junto a la chimenea, que ardía débilmente, tras advertir su piel de gallina. Mahmud se dispuso a avivar la hoguera: echó unos pequeños troncos y agitó con vehemencia un soplillo de esparto, lo que provocó una hermosa lluvia incandescente, un agradable crepitar y el resurgir de reconfortantes llamas.

—Hemos encontrado a un hombre herido que porta el símbolo del rey Karolus... —comentó Yamílah, acercando sus manos al calor del hogar.

—¿Un emisario después de tanto tiempo? —dijo él, incrédulo aunque interesado.

—No deberíamos precipitarnos, podría ser un mercenario que ha robado una hermosa loriga...

—Eso no lo sabremos hasta que se recupere. —La miró con el rostro iluminado. Sus ojos brillaron, oscuros, con el fuego y la ilusión reflejados en ellos.

—Hemos estado esperando ayuda desde hace muchas lunas —reconoció ella con la mirada perdida—, y únicamente han llegado cartas ambiguas desde entonces. No te hagas ilusiones, solo podemos confiar en nuestros muros y en nuestras gentes.

Mahmud cogió un odre con agua y rellenó un cuenco que ofreció a su hermana.

—Por ahora, sacia tu sed. Has recorrido un largo camino. ¿Qué noticias traes del norte?

La muchacha agitó la cabeza con resignación.

«¿Cómo hemos llegado a esto?».

—Excepto *Sant Qurush*⁵⁸, las fortificaciones septentrionales están muy deterioradas. En *Qasras*⁵⁹ la población se ha refugiado y apenas hay espacio para todos. El primo Asbag ha contratado a albañiles para reforzar las estructuras, pero casi no dispone de medios para hacerlo.

—Pues es muy necesario que lo hagan —pensó Mahmud en voz alta, rascando su barba—. Tendremos que enviarle cuanto precise.

—En *Abú al-Qurq* ⁶⁰—continuó ella—, las casas ya han sido abandonadas y la pequeña guarnición que protege el *hisn* pronto hará lo propio. Los habitantes han huido hacia *Qasras*, al amparo de Asbag. Allí no correrán peligro... —Bajó su mirada—. Será nuestra querida *Márida* quien sufra la cólera del Emir...

—Lo esperaremos y se estrellará contra nuestras murallas —dijo Mahmud, y chocó puño contra palma—. El herido puede ser la clave de nuestra victoria, hermana. Si los francos nos enviasen sus ejércitos...

—¿Crees que los cristianos del norte lo consentirían? —La voz Yamílah sonó incrédula, abatida—. ¿Dejarían que un ejército extranjero cruzase sus tierras? Y luego, tras vencer a *Qúrtuba* ... ¿Qué? ¿Nos someteríamos a los cristianos? A veces pienso que Suleymán es un soñador, un demente que ha conseguido insuflarte su locura...

—¡No hables así de tu marido! —exhortó Mahmud, enfadado, poniéndose en pie—. Escuchará lo que nuestro nuevo huésped tenga que decir y dará su sabio consejo. Además, llamaremos a Ariulfus, que está en contacto con los cristianos del norte y podría convencerlos para que dejen pasar a los francos.

Yamílah se levantó, regresó junto al alféizar y se arrebujó llena de inquietud. Siempre anteponía los intereses de su amada ciudad, aunque deseara el perdón de *Qúrtuba* con toda su alma. Entonces suspiró y habló de nuevo antes de girarse hacia su hermano.

—Sabes muy bien que deseo la paz más que nadie. Bastante ha sufrido nuestra gente con los altos impuestos del Emir, que prefiere estudiar poemas y costumbres de tierras lejanas, antes que preocuparse por su propio pueblo. —Avanzó lentamente hacia Mahmud, frotando sus manos encallecidas—. Sin embargo, es imposible que los francos acudan a nuestra llamada, a pesar de esas patéticas epístolas que recibe Ariulfus. Quieren que nos rebelemos para que *Qúrtuba* no ponga la vista en sus tierras, pero jamás vendrán a apoyarnos. Estamos solos, hermano, y eso no va a cambiar...

Mahmud golpeó la mesa con fuerza y negó con la cabeza, intentando resistirse a la realidad. Después de unos instantes de silencio, el gobernador habló con voz pausada.

—Yam, ve y descansa. —Parecía que él necesitaba lo mismo—. Si el franco despierta mañana, lo escucharemos y espero, por nuestro bien, que estés equivocada. Que Dios nos asista.

Mientras bajaba las escaleras que conducían a la planta inferior, Yamílah vio salir a Samir, *el Médico*, de una de las habitaciones. El viejo erudito conservaba el canoso pelo, y una rala barba blanca cubría su escaso mentón. Sus dedos finos y llenos de manchas, con las yemas ennegrecidas por el trabajo, aparecían tras las mangas de una túnica morada, añeja y desgastada. La muchacha se acercó a él y lo saludó cordialmente. Luego, viendo la tranquilidad que desprendía el anciano, esperó a que hablase sobre el herido.

—Mi señora... —La voz le temblaba, decaída por la edad—. Vuestro acogido tiene un buen golpe en la cabeza, necesita reposo. Ha preguntado dónde está y cómo ha llegado hasta aquí. Le he dado lavanda, menta y romero en infusión, para que concilie el sueño y pase mejor el dolor.

—Gracias, Samir. Que Dios esté contigo. —Se despidió con respeto.

—Mi señora, yo conozco a ese hombre. —La frenó antes de que abandonase el lugar—. Habéis hecho bien en traerlo, pues es un importante enviado de la corte de los francos. —Sonreía, limpiándose las manos con un trapo sucio—. Parece que Dios nos ha escuchado.

Yamílah no articuló palabra. Negó con gesto reticente y volvió a salir a las embarradas calles que circundaban el palacio.

«Si Samir tiene razón, puede que *Márida* tenga salvación. Ahora que la desgracia está tan próxima ¿habrá sido Dios misericordioso con nosotros?».

El galeno era tan escéptico como ella, pero la aparición de aquel antiguo conocido había agitado la confianza en su interior.

Sus hombres la esperaban detrás de la salida del palacio. Estaban todavía subidos en sus extenuadas monturas, así que los liberó con afabilidad. Deseaba llegar a su casa, estar a solas y pensar con calma.

Cuando alcanzó la puerta de su hogar, vio que estaba entreabierta. La ciudad era segura; no obstante, su marido era demasiado importante para descuidar de aquella manera su integridad, pues el Emir tenía ojos y manos por todo Al-Ándalus. Se adentró en la habitación principal y, junto al fuego, le aguardaba su esposo, Suleymán ibn Martín. El hombre, un curtido guerrero de edad avanzada, leía unos documentos con dificultad. Mostraba una calva morena entre cabellos grises y un rostro completamente afeitado. Dejó los pergaminos sobre una mesa y la recibió con una grata sonrisa.

—Bienvenida a casa, pequeña —sonó su ronca voz—. ¿Ha ido todo bien?

—No deberías dejar la puerta abierta, alguien podría...

—Cosas de la edad —bromeó Suleymán—. Sabes que me gusta el olor y el sonido de la lluvia.

—Hemos encontrado a un franco herido. —Yamílah no se anduvo con rodeos al despojarse de la capa.

—¿Un franco, dices? ¿Está grave? Debemos informar a Ariulfus de inmediato —dijo incorporándose.

«Qué tendrá la esperanza que reaviva los corazones, incluso si proviene de tierras tan lejanas».

—Por lo que a mí respecta lo habría dejado desangrándose, pero sabía que no me lo perdonaríais. Tranquilo, se recuperará.

—Tengo que verlo de inmediato. —Suleymán fue en busca de su embozo, pero Yamílah lo detuvo posando una mano en su hombro.

—Comprendo tu anhelo, Suleymán. Sin embargo, no debes molestar al extranjero a estas horas.

Samir ha dicho que debe descansar. Mi hermano y tú lleváis mucho tiempo esperando esto, así que mañana escucharemos lo que tenga que decir. Ten paciencia por ahora. Si me disculpas, voy a asearme y a dormir. Estoy agotada.

Yamílah besó a su marido en la mejilla. Cuando ambos rostros se separaron, ella contempló los ojos verdes de Suleymán, admirándola con orgullo e ilusión. Luego, la muchacha entrecerró los párpados y gimió mientras ponía rumbo a sus aposentos. Estaba cansada, no tanto por la larga cabalgada por el norte, sino debido a aquella situación de incertidumbre que vivía *Márida* desde hacía más de un año. Era como esperar la muerte de un familiar que agoniza postrado en un camastro: los días se hacían estaciones.

Tiempo atrás, los impuestos cordobeses comenzaron a ser insoportables en toda la región, y el ascua de la rebelión se prendió. Ella instó a sus allegados para que alcanzaran un trato justo con *Qúrtuba*, y al final todo se torció por culpa de aquel caprichoso *walí*, Marwán ibn Yunus. El susodicho puso su lasciva mirada en Yamílah. Al principio, la agasajó con costosos presentes y hermosas palabras pero, desesperado ante la constante negativa de la joven, le lanzó una acusación de incesto y sodomía ante los faquíes. Pretendía de esa forma acabar con el caudillo de los Masmuda, que se perfilaba como uno de los cabecillas de la revuelta, y esclavizar secretamente a Yamílah para que cumpliera sus deseos más ominosos. Para evitar que la situación desembocara en el desastre, Mahmud y Suleymán acordaron una solución, y éste se propuso como amante y candidato a desposarla, sólo para acallar los rumores.

«Ha sido un buen hombre. Cualquier otro habría exigido sus derechos», pensó al arrebujarse entre las mantas, recién bañada.

El enlace apaciguó los ánimos por un tiempo. Marwán, en cambio, continuó conspirando entre las sombras, con el rencor por estandarte. Después de espiarlos, el gobernador de *Márida* inculpó el matrimonio como falso y no consumado y, antes de que los religiosos decidieran anularlo, Yamílah fue capturada y encerrada en el palacio. El insulto a Suleymán no quedó sin respuesta. Fueron momentos terribles y de mucha angustia, aunque aquella misma noche, antes de que Marwán pudiera ponerle una mano encima, estalló la revuelta en la ciudad y el *walí* fue decapitado a las puertas de su propia vivienda. Mahmud se abrió camino entre los guardias hasta Ibn Yunus y le cercenó de un limpio tajo la cabeza, ante la pávida mirada del joven nieto del gobernador.

«A él no le gusta recordarlo pero, cuando me liberó, vi la furia en sus ojos y la sangre en su espada. Al menos, pude impedir que matara al pobre huérfano».

Márida se rebeló abiertamente desde entonces y, hasta el momento, *Qúrtuba* no había podido doblegarla. Así comenzó su nueva vida, rodeada por los dos señores de la ciudad. No podía quejarse del trato que su marido le ofrecía. Suleymán no era joven como ella; tampoco un hombre decrepito como Samir. A pesar de su carisma, Yamílah no se sentía atraída por él. En realidad, nunca había conocido a un hombre que le resultase interesante. No era indiferente ante los torsos desnudos de los herreros que trabajaban en las fraguas cercanas a la mezquita, ni cuando las miradas de los mozos curtidores se posaban en ella. Sin embargo, no había sentido amor. Solía leer historias pasionales, alegres y trágicas, pero no experimentaba cuanto en ellas se describía. Era feliz junto a su hermano y, a su manera, con Suleymán. El hecho de ser la líder de los exploradores emeritenses la complacía por encima de cualquier cosa: percibir la calidez de su

montura, el tacto del cuero de la empuñadura de la espada y el viento en el rostro al cabalgar, era todo un privilegio dada su condición de mujer. No existía otro lugar en el mundo excepto *Márida* para ella, y deseaba proteger lo que tenía con todas sus fuerzas. Por eso, la tristeza la consumía al pensar en todo lo que acontecería en breve. Aunque las robustas murallas ya habían resistido en más de una ocasión la cólera de los emires, Yamílah no podía evitar la inquietud al imaginar la aparición de las huestes cordobesas en el horizonte. Toda su vida había estado entre aquellos hermosos muros y las ricas tierras que los rodeaban. Conocía a la mayoría de sus habitantes y notaba el cariño de la gente en sus gestos sinceros, en sus semblantes agradecidos, en las fragantes flores que lanzaban a su paso al cabalgar por sus ajetredeadas calles. Aquel pueblo iba a padecer el hambre, la peste, la pena y la muerte, y no podía soportarlo. Quería salvar a cada alma emeritense, evitar a toda costa el enfrentamiento con *Qúrtuba* .

«De cualquier forma, incluso si pidiésemos el *ammán* ⁶¹, no aplacaríamos la ira de Abd al-Rahmán».

* * *

El cielo amaneció con un color gris azulado. Las nubes negras se habían alejado, pero el paraje seguía teñido de tristeza. Yamílah se colocó una ropa cómoda y gruesa, apta para montar y sin ningún adorno. Salió de sus aposentos y descubrió que la casa estaba vacía. Su marido le había dejado un poco de cordero asado y pan en una escudilla, junto con un par de limones, sobre la mesa de la estancia principal. Tras el refrigerio, abandonó la casa y cruzó de nuevo las calles llenas de humedad.

Cuando llegó a la sala de audiencias del palacio, todavía mordisqueaba uno de los cítricos. El franco estaba de pie frente al sitial del gobernador, con porte solemne a pesar de los vendajes sanguinolentos que rodeaban su cabeza. Llevaba puesta la impresionante armadura y unos calzones de lino con ribetes de cuero. Presentaba un aspecto aseado, y parecía observar cada detalle de cuanto acontecía a su alrededor.

Además, habían acudido las personalidades más influyentes de *Márida* : Yajdiel *el Judío* , un taimado notable de mediana edad que conversaba con otros ricos comerciantes entre un mar de prendas de seda; Cornelius *el Romano* , que sujetaba su capa con fíbulas aquiliformes de bronce y observaba con interés al enviado franco, acariciando su afeitado rostro, rodeado de otros poderosos hombres de armas; también estaba presente Ariulfus, el joven obispo de los cristianos, con su barba de color castaño, alto y delgado como su báculo, que ostentaba un rico manto bordado en hilo de oro; Suleymán, cuyo porte rígido y marcial contrastaba con su afabilidad; y, por último, su hermano Mahmud, vestido con la cota de malla y la espada al cinto, sentado como un emir en el lugar principal.

«Hermano, Suleymán es tan gobernador como tú».

—Te estábamos esperando —dijo Mahmud—. Podemos comenzar.

Yamílah miró a su marido con aires recriminatorios por no haberla despertado con antelación. Él se limitó a encogerse de hombros y a dedicarle un gesto tierno.

«Odio que me trate como a una chiquilla».

Cuando el emisario comenzó a saludarlos, hablando en un árabe algo tosco aunque inteligible, los más jóvenes se asombraron. Aunque ninguno de los presentes desconocía la jerga latina, aquel detalle hizo brillar los pequeños ojos del obispo, llenos de esperanza.

—Para quien no me conozca, mi nombre es Arband de *Suessionum*. Soy un enviado del Emperador de los francos. Hace algunos años que tuve el placer de conocer esta noble ciudad, de la que me marché en contra de mi voluntad, pues sus gentes me acogieron como a un hermano. — Lanzó una mirada cómplice a Cornelius, que asintió solemne—. Ahora, regreso con desazón... — Hizo una pausa, apesadumbrado—. Detesto ser portador de malas nuevas —continuó—, pero mi señor Ludovicus guerrea en sus propias tierras y no podrá acudir a vuestra llamada, pese a haber reunido un ejército con tal intención. Reza todos los días una plegaria por las buenas gentes de *Emerita Augusta*, para que Dios os ayude a luchar contra vuestros opresores.

Hubo silencio tras escuchar aquella sarta de excusas. La alegría inicial comenzó a dar paso al desánimo. Suleymán apretaba los labios y negaba con la cabeza, disconforme. Ariulfus parecía rezar, asiendo su bastón con fuerza. Yamílah clavó sus ojos en Mahmud.

«Te lo advertí. Estamos solos».

—¿Y para eso envían aquí a un emisario? ¿Para negarnos la ayuda? —se preguntó Mahmud en voz alta, empachado de reproche.

—No es tal mi único cometido, mi señor. —Arband parecía justificarse—. Pensé que debíais conocer dicha circunstancia por las palabras de un franco, en lugar de leer otra escueta epístola. Sin duda, os lo merecéis. Pocos han osado desafiar al mayor poder de occidente, y os admiramos por ello...

—Escuchar o leer. Poco importa si el mensaje es el mismo. —Mahmud frunció el ceño—. Vuestra admiración no traerá más espadas a nuestra causa.

Después de un incómodo silencio, el gobernador se levantó de su silla y volvió a pronunciarse con voz solemne.

—Todo ha quedado claro. Nadie vendrá a auxiliarnos en esta hora oscura. Debemos permanecer juntos y confiar en nuestra amada ciudad. Sus muros nos salvarán de todo mal. La defenderemos con nuestras vidas, pues es nuestra tierra y nuestro hogar. Y si caemos, no será sin provocar una herida en nuestros enemigos de la que no puedan recuperarse. —Desenvainó la espada y la alzó hacia el cielo—. Lo juro por Dios *el Victorioso*.

Todos asintieron solemnemente. Suleymán puso su mano sobre el hombro de Mahmud infundiéndole ánimos, como viejos compañeros de armas que habían sido. Ariulfus sonrió con timidez, sin muestras de un pleno convencimiento. Todavía miraba con amargura al emisario.

Arband, tras estrechar el brazo de Cornelius con afecto, se acercó a Yamílah y la saludó.

—Mi señora, siento no haber traído las noticias que esperabais —dijo para disculparse—. Sólo quiero daros las gracias por salvarme la vida. En mis últimos pensamientos no cabía la

posibilidad de que una mujer tan bella apareciese sobre un corcel, comandando a hombres, y me llevase hasta mi destino.

—El Profeta, bendito sea su nombre, nos enseña que es voluntad de Dios ayudar a los necesitados.
—Ella se ruborizó.

—Si no me hubieseis recogido, ahora estaría muerto. A pesar de la triste pérdida de mi compañero, lo que dificulta en extremo mi regreso, me alegro de haber dado con alguien tan gentil.

«Sus movimientos al hablar, la cadencia y el tono de sus palabras... Sus modales son embriagadores. Debe ser alguien importante, pero ¿qué hará realmente aquí?».

—Prepararemos una pequeña escolta para vos, si la necesitáis, que puede guiaros hasta vuestro próximo destino.

—He de volver hacia las tierras del norte —comentó Arband—, entre las vuestras y el *Pirineo*. E rey Adefonsus me espera.

—¿También portáis malas nuevas para él, un hombre tan afortunado? —Por lo que ella conocía, el líder cristiano había derrotado a *Qúrtuba* en más de una ocasión y había logrado sostener su reino, pese a la desigualdad entre ambas fuerzas.

—Así es —afirmó Arband—. Sin embargo, yo no llamaría suerte al tesón y al coraje. Aquellas son tierras acostumbradas al desamparo, donde no es fácil sobrevivir. Allí, los hombres tienen corazón de hierro.

—De igual forma, *Márida* siempre ha estado sola. No somos tan diferentes...

En ese momento, los cuernos retumbaron en las murallas e interrumpieron a la muchacha. Las campanas de los arrabales sonaron con desesperación, y la gente comenzó a gritar por las calles. Un guardia irrumpió, jadeante, en la sala y se dirigió a los presentes.

—¡Mis señores...! —articuló entre bocanadas de aire—. ¡Los sirios ya han partido...! ¡Los *aynad*⁶² de *Qúrtuba* vienen hacia nosotros!

⁵⁴ Pequeña fortificación o torreón.

⁵⁵ Aljucén, en Extremadura.

⁵⁶ Gobernador.

⁵⁷ Ciudad interior fortificada.

⁵⁸ Santa Cruz, en Extremadura.

⁵⁹ Cáceres, en Extremadura.

⁶⁰ Alburquerque, en Extremadura.

⁶¹ Perdón concedido por el Emir a cambio de sumisión.

CAPÍTULO 7

SUEÑOS Y TENTACIONES

Qalat-Rabah ,

Al-Tagr al-Awsat (*Marca Media* de Al-Ándalus).

Safar (marzo), año 217 de la Hégira (832 d.C.).

Todavía no había llegado el mediodía cuando las puertas de la fortificación se abrieron y dejaron paso a la enorme columna de los Jinetes de Dios, los llamados *Rakaballah* , que con sus espléndidos pertrechos cruzaron el patio y llegaron a la zona de caballerizas. A las órdenes de Tamán, los caballeros estuvieron practicando maniobras de carga, de reagrupamiento y envolventes, al son de un cuerno de guerra y bajo la inspiración de un magnífico estandarte. En aquella ocasión, también ensayaron cómo dispersar y compactar, a última hora, la formación durante un embate, para enfrentar a grupos de arqueros. Entre ellos, comentaban los mejores movimientos de la mañana, mientras vaciaban cubos de agua sobre sus cuerpos y los de sus monturas.

Las maltrechas torres se erguían hacia el cielo y proyectaban sus sombras al polvoriento suelo, lo que otorgaba cierto respiro durante aquel caluroso día de primavera. El patio de armas de la vieja fortaleza era un hervidero de guerreros: se entrenaban con armas romas y palos de madera, y eran supervisados por el *amir* Ibn Rustum desde una tosca balconada. Algunos arqueros practicaban su arte disparando saetas a rudos troncos clavados en la tierra, en cuyos extremos se habían colocado bolas de esparto trenzado, que atrapaban los proyectiles sin estropearlos. Al finalizar un ejercicio, se permitía a los hombres beber un poco de agua dispensada por varios poceros. La fortaleza no estaba en buenas condiciones, aunque cumplía con el cometido de proteger al *yund*⁶³ y controlar el paso que comunicaba el sur con la *Marca Media* .

Para *el Buitre Negro* ya no tenía sentido su presencia en el sitio de *Tulaytula* , pues el pacto con Ibn Muhayr era más que suficiente para cobrar los soterrados pagos que el caudillo les enviaba, sin conocimiento de los toledanos ni de los cordobeses. De haber estado la ciudad en manos del *amir* , los ingresos habrían sido mayores, pero una gran parte habría ido a parar a las manos de Abd al-Rahmán. Ibn Rustum no consideraba el cobro de impuestos ilegales como perfidia, pues se trataba más bien de una gestión que pretendía un fin elevado hacia el Emir: la reconstrucción de *Qalat-Rabah*⁶⁴, una ruina que pretendía convertir en fortaleza, para controlar el sur de la *Marca Media* con brazo de hierro. También aseguraría firmemente la vía hacia la capital. Tamán era el único que conocía plenamente tales propósitos.

«Si los tributos llegasen a *Qúrtuba* , los burócratas del *Qasr* hechizarían a Abd al-Rahmán para adornar salas y comprar concubinas, en lugar de reforzar este bastión».

El *qaíd* caminaba con la mirada entrecerrada, cansado después de una larga jornada de cabalgada. Se adentró en los barracones, puso su caballo a buen recaudo y dejó los pesados fardos que

portaba en el suelo, cerca de su camastro. Ni siquiera estaba hambriento tras los grandes buches de agua clara que había bebido en el patio. La tentación de acostarse y descansar lo embriagó, ayudada por la brisa que corría al amparo de la agradable sombra que proporcionaba la estancia. Dudó unos instantes, pero decidió cumplir con su deber e informar a su superior acerca de la evolución de sus hombres.

Tamán se había consolidado como uno de los mejores luchadores de Al-Ándalus desde que fue pupilo de Ubeyd Allah ibn Ubeyd Allah al-Balansí, señor del Levante. El hedonismo de su viejo mentor lo había alejado de *Qúrtuba* tras llegar al poder Abd al-Rahmán, su pariente. El nuevo Emir se dejaba influenciar por los piadosos faquíes, quienes inculpaban a Al-Balansí como “el padre de todos los pecados”. Para el *Qasr* cordobés no fue sencillo apartar a aquella bestia que pretendía restaurar las antiguas costumbres, propias de la época de su abuelo *el Emigrante*, en la capital del Emirato; incluso, apareció borracho en pleno salón del trono y se meó encima de Ziryab mientras este deleitaba a la audiencia con su canto. Aun estando ebrio, ni siquiera la guardia eslava pudo reducirlo; luego, entró en el serrallo y se llevó a varias concubinas, quienes jamás regresaron al harem, porque según dijo Ubeyd Allah: “habían probado a un verdadero Umayya entre sus piernas”. Abd al-Rahmán, siguiendo los consejos del viejo *faquí* ⁶⁵Yahya ibn Yahya, decidió desterrarlo por su ofensa, pues no deseaba matar a los de su propia sangre. El Emir ratificó a su pariente como señor de *Balansiyya* y de la costa levantina, y le encomendó castigar a los impiadosos francos que moraban al norte. No sólo lo apartó de su lado, sino que se aseguró de que su frontera oriental no corriera peligro alguno. En aquella época, Ubeyd Allah conoció al padre de Tamán, Qaisar ibn Antún, un distinguido toledano que se le unió en sus hazañas. Entablaron una grata amistad, por lo que juntaban a sus familias con frecuencia, compartían grandes asados y, cuando las mujeres y los niños se retiraban, enormes barricas de vino tinto.

Tras la muerte de Qaisar a manos de Al-Darrab, Tamán regresó a *Balansiyya* con Ubeyd Allah y pasó algunos años con él. En una ocasión, el toledano logró desarmar a su maestro en un entrenamiento de espadas, pues este regresaba aquella mañana de una noche de excesos. En lugar de reprimir a su pupilo o poner excusas, Al-Balansí estalló en carcajadas, mostrando su mellada sonrisa tras la abundante barba rojiza, y lo convidó a su primera jarra de vino. Quienes achacaron aquella victoria a la suerte, probaron el sabor de la tierra y tuvieron que reposar varias semanas con narices rotas y costillas fracturadas. Por otro lado, Ubeyd Allah no volvió a ser vencido en adelante durante ningún ejercicio.

Tamán se curtió en diferentes campañas, tanto en la *Marca de los Francos* como en *Yaliqiyya*, en el noroeste. Su capacidad para liderar hombres, debida en parte al respeto y la seguridad que infundía en el campo de batalla, lo llevó a situarse bajo las órdenes de Ibn Rustum al comenzar la caza de Al-Darrab. En principio, había acudido bajo las alas del *Buitre Negro* por venganza; más tarde, gracias a las enseñanzas de su nuevo mentor, su ira se fue aplacando, aderezada con la razón y la frialdad, por lo que en pocos años estaría capacitado para ser *amir*.

«El *amir* más joven que se recuerde...».

El carácter impetuoso de Tamán y su tendencia a pecar con la bebida y las mujeres, menesteres propios del oficio de la guerra, no habían restado un ápice de su profunda fe incluso antes de ser templados por Ibn Rustum. El *qaíd* vivía para el deber, como un instrumento de las altas

voluntades, y así sería hasta el fin de sus días. Cuando combatía, cuando saqueaba, cuando imponía su firme puño sobre las tierras sometidas, lo hacía por Dios y por el Emir. Sus guerreros se contaban por centenares y tenían una ciega confianza en su criterio. Se hacían llamar los Jinetes de Dios porque, a diferencia del resto, eran temerosos y piadosos con las cuestiones del alma.

«Llévate a estos beatos que rehúyen el vino aguada y los coños con ladillas», le había ofertado Ubeyd Allah, antes de que Tamán abandonara *Balansiyya*. «Mis hombres podrán sobrevivir sin ellos durante los saqueos en tierras de los francos».

* * *

Los guardias vestidos con negros ropajes permitieron a Tamán adentrarse en la estancia de Ibn Rustum, situada en la torre más alta de *Qalat-Rabah*. El general se encontraba en la balaustrada, contemplando los reflejos del sol sobre las aguas del *Nahr Ana* ⁶⁶.

—Me he untado vinagre, pero mientras haya mosquitos habrá picaduras —dijo el *amir*, rascándose un hombro, sin dejar de mirar hacia lo lejos.

—Lo mismo ocurre en las inmediaciones de *Tulaytula*, mi señor —comentó el guerrero, secándose las gotas de agua que todavía caían desde sus largos cabellos hasta su rostro.

Ibn Rustum se dio la vuelta, perdido todavía en sus pensamientos, con las manos entrelazadas a la espalda. Luego sonrió, tras asimilar el comentario de su subordinado, si bien su rictus regresó a la seriedad antes de volver a hablar.

—Los sirios están haciendo un buen trabajo manteniendo el sitio —explicó el general—. Han tenido pocos incidentes desde que los dejé allí. Sin embargo, tengo algo que contarte.

—¿Ha aparecido Eliyahu?

—No. —La cara del *amir* se endureció—. Parece haberse esfumado. El judío cree que no mataremos a su hija hasta que hayamos cazado al rebelde, está jugando con fuego. No obstante, deberíamos cuidarnos de cuanto esté tramando.

—¿Entonces, de qué se trata, mi señor?

—Esta mañana ha llegado un hombre extraño. Parecía tuerto bajo la capucha parda, con un ojo de color arena y otro completamente blanquecino, aunque aseguraba ver bien por ambos. Trajo con él suculentas noticias. —Se frotó las manos con calma—. Los bereberes de *Santabariyya* ⁶⁷ piden venganza. Quieren las cabezas de los Banu Majsi ⁶⁸, por haber permitido las incursiones de Al-Darrab.

Tamán asintió apretando los labios.

—Podrían ser reclutados y adiestrados —propuso el *qaid* —, desempeñarán un buen papel si tenemos que tomar la ciudad al asalto. Suelen ser fieros si buscan represalias. —Rascó su barba—. Tengo buenas referencias sobre los Banu Di-l-Nun ⁶⁹. He oído que poseen guerreros fuertes en su familia.

—Te he dicho cien veces que no atacaremos la ciudad si no es por orden expresa del Emir —recordó Ibn Rustum, ante la impulsividad de su discípulo—. Aun así, esto no es tan relevante como lo que voy a contarte. El visitante dijo tener nuevas sobre nuestros incómodos insectos. Han atacado a los batidores que enviamos a buscarlos y han colgado a casi todos de la Atalaya de las Nieves, tras matar a los vigías. Luego, han quemado la torre, que se ha derrumbado entre llamas ante la lejana vista de los toledanos. Una osadía, sin duda...

Tamán tuvo que contener la ira. Delante de sus hombres habría partido una puerta de un puñetazo, pero ese gesto sólo implicaría el desprecio de su superior.

—No entiendo vuestra paciencia, mi señor —se limitó a decir—. Ya ha pasado mucho tiempo y nada ha dado fruto. Si me permitieseis ir a por él, con tan solo unos pocos jinetes...

—Te aprecio demasiado, mi estimado Tamán —lo interrumpió el *amir*, con su voz tranquila—. No enviaría a un león a cazar a un lobo, pues la manada lo hace fuerte. Debemos esperar a que salga de su guarida. Entonces será el momento.

—Lobo... —masculló Tamán—. Querréis decir perro, uno sarnoso y traicionero. Podría acabar yo solo con esa jauría, y colgar sus cabezas frente a *Tulaytula* para que Ibn Muhayr mojase sus calzones.

—Deberías respetar a tus enemigos por insignificantes que sean. —Ibn Rustum mantuvo las manos a la espalda—. Si tomas siempre las medidas oportunas para conseguir una enorme victoria, las complicaciones nunca desharán tus planes.

—Y ¿cómo lo haréis salir de su agujero? Hasta ahora nuestro cebo no ha servido de nada. Ni siquiera la carta que le obligamos a escribir a la muchacha ha hecho que ese cobarde aparezca.

El general no respondió. Comenzó a caminar de un lado a otro de la habitación, pensativo. Tamán sabía que debía darle su tiempo, a pesar de la inquietud que recomía sus entrañas. Finalmente, Ibn Rustum se detuvo y arqueó una ceja.

—Cásate con ella, mi estimado Tamán.

El guerrero no supo cómo reaccionar. Se quedó atónito, estupefacto, las palabras no acudían a su mente.

»Si la noticia de tu matrimonio llegase a ese bandido —continuó el *amir* —, estoy seguro de que no podría resistir la tentación de acudir a rescatarla. Incluso su padre daría señales de vida.

—Pero... Es judía —titubeó Tamán—, y muy joven. Yo me debo a mi señor y al Emir... ¿Por qué no otro?

—Ya mancha las sábanas con su sangre y, si te preocupan sus creencias, te aseguro que la haremos abrazar la auténtica fe. Es una mujer hermosa que puede darte hijos sanos, y su padre es rico. —Arqueó de nuevo la poblada ceja—. Algún día ocuparás un cargo de mayor responsabilidad, y tamaña herencia no debe ser obviada. Eliyahu no durará eternamente, y no tiene otra descendencia. De esta forma, tendrás una bella esposa, una abundante fortuna y la cabeza de un rebelde.

—¿Cómo sabéis que todavía la desea? —Continuaba nervioso—. ¿Por qué habría de regresar, después de tanto tiempo en las sombras?

Ibn Rustum rebuscó entre su túnica y lanzó varias epístolas sobre una mesa que se interponía entre ellos.

—Un regalo de nuestro excéntrico informador —aclaró el general—. Se trata de una serie de cartas que el insurrecto ha intentado hacer llegar a su amada. Ese tuerco las ha interceptado, no me preguntes cómo... En ninguna hay información sobre su paradero, aunque siempre escribe lo mismo: “Espérame”.

Las palabras de Ibn Rustum comenzaron a tener sentido para Tamán, que acabó por ceder y se inclinó con respeto.

—Haré lo que me pedís, mi señor.

* * *

Al día siguiente, Tamán partió hacia *Tulaytula* junto a veinte hombres armados. Se detuvieron una única noche en un agradable *manzil*, donde el *qaíd* degustó un trozo de hembra de venado a la brasa con guarnición de cerezas, y caldo de perdiz con picatostes de torta de bellota amarga. El cocinero, al que llamaban Al-Muytahid, un joven moreno de barba rala y rostro aceitoso, se jactaba de poseer un recetario superior al de Ziryab, y estudiaba leyes en la ciudad.

—Os aseguro que alcanzaré un buen puesto como jurista —dijo al servir la cena—, y cuando sea rico procuraré dar mi comida a todos los hambrientos.

El dueño de la hostería, Boutrus al-Jamis, sonreía de brazos cruzados, como quien escucha a un loco, mientras Tamán saboreaba el exquisito cocido y masticaba los pedazos crujientes.

—¡No existe la ley en una ciudad insurrecta! —replicó Tamán al terminar su bocado, y dio un fuerte puñetazo en la mesa.

El cocinero y el propietario abandonaron el comedor en silencio, como se mantuvo el resto de sus hombres hasta que todos acabaron su comida.

El grupo cabalgó de nuevo antes del amanecer. Durante el viaje, los tres exploradores de Ibn Rustum, que habían sobrevivido a los bandidos, contactaron con él y le informaron sobre el desastre.

—Eran menos que nosotros, pero atacaron de noche —le dijo uno de ellos con voz temblorosa. Llevaba el brazo y la cabeza envueltos en sucios vendajes sanguinolentos—. Había fuego, flechas y filos, y luego llegó la oscuridad y los gritos de quienes agonizaban. No tuvimos oportunidad ni siquiera de defendernos. Con ellos iba un sacerdote escuálido que se mantuvo al margen de todo, aunque contemplaba a los muertos, complacido.

«Los han dejado escapar para que cuenten el horror que vivieron. Es una deshonra para Ibn Rustum».

—Arrancadles la lengua —ordenó el *qaíd* a sus jinetes.

Cuando los *Rakaballah* cumplieron su dictamen, Tamán arrojó una bolsa con dinares cerca de los batidores, que se retorcían en el suelo y temblaban de dolor entre sollozos de mudo, con los rostros ensangrentados.

—Esto por vuestro silencio.

* * *

Tamán alcanzó la *munityat al-Yahud* antes del siguiente mediodía. Era un bello paraje situado en las cercanías del río, cuyos árboles regalaban gratas sombras. Varios bueyes tiraban de arados que labraban las pequeñas parcelas de los alrededores, guiados por siervos. La edificación principal estaba rodeada de fragantes jardines, que en aquel momento eran regados por varias mujeres. Los suelos cercanos a la casa acumulaban hojas de encina secas y la brisa templada las movía de un lugar a otro.

«Podría vivir y morir aquí, rodeado de paz...».

Los campesinos dejaron sus labores y comenzaron a cuchichear entre ellos tras la aparición de los caballeros. El *qaíd* hizo un gesto a sus hombres cuando se apeó de su montura, para que lo esperasen a las afueras del lugar. Luego, se adentró en la casa después de ser saludado por los dos guardias que custodiaban la entrada. Sus rostros mostraban que los mosquitos se habían cebado con ellos la noche anterior. Dentro de la vivienda olía a azahar y a jazmín.

«Aquí hay una mujer, no una niña».

Mariam salió de sus aposentos hasta el salón principal en cuanto oyó la puerta. Tamán no la recordaba tan hermosa. La última vez que la vio, al partir del campamento de Ibn Rustum, parecía una mendiga. Ahora, sus formas femeninas eran más nítidas para los ojos del guerrero; además, la muchacha lucía joyas discretas, un vestido ceñido y cómodo para las tareas domésticas, y lozanía en el blanco rostro. Sus cabellos dorados caían en tirabuzones largos hasta la cintura, y sus ojos esmeraldinos se posaron en él con inquietud.

—Nada debes temer, Mariam —dijo Tamán, conciliador—. Vengo a tu casa para contarte algo que deberías saber.

La hija de Eliyahu permaneció en silencio, con los labios cerrados y las manos juntas sobre el vientre.

—He de decirte la verdad —explicó Tamán, y le mostró las cartas de Álvaro.

—¿De qué se trata? —preguntó Mariam con timidez. La voz apenas salía de su interior.

—Son mensajes del cristiano que te frecuentaba. Un extraño nos los hizo llegar.

La doncella arrebató los pergaminos a Tamán con rapidez. Las lágrimas se agolparon en su rostro al hojearlos.

«Sabe leer el *rumí* ⁷⁰. Su llanto delata la veracidad de los documentos y que no lo ha visto en mucho tiempo».

—¿Por qué me traes esto? —sollozó la judía—. ¿Le ha pasado algo a...?

—No —aclaró—, aunque no tardaré en dar con él. Quería que comprobases sus mentiras, para que su muerte no te sea tan dolorosa.

—¿Mentiras? ¿Qué mentiras?

El *qaíd* hizo una pausa, mirando a Mariam a los ojos.

—En las epístolas dice que vendrá a por ti y te pide que lo esperes. Su parte la ha incumplido, después de tantas lunas. Si hubiese aparecido lo habríamos capturado.

—Estoy segura de que vendrá —dijo ella, que parecía coger fuerzas.

—Mariam, a día de hoy eres un simple cebo y una rehén para controlar a tu padre. Acuda a ti ese cristiano o no, su destino será la muerte y el tuyo estará en manos de Ibn Rustum, como moneda de cambio. Sin embargo, yo te brindo otra posibilidad...

El guerrero titubeó. En cuestiones militares no existía creyente más decidido, pero delante de aquella joven se sentía incómodo, inexperto. No había finta alguna para aquellos ojos verdes cargados de emoción. Aun así, se sorprendió a sí mismo cuando las palabras fluyeron de su boca, de su alma.

»Te ofrezco un futuro lleno de prosperidad —continuó Tamán—, siendo dueña de tu destino. Te ofrezco una vida.

—Y si no acepto, ¿qué harás? —La actitud de la mujer era desafiante—. ¿Me cortarás los dedos?

—Reconozco mi intemperancia en aquella ocasión. —Tamán perdía la paciencia—. La situación requería medidas drásticas. Otros habrían rajado más arriba, y ahora todavía tienes un padre vivo.

—Entonces he de agradecerte tus actos. —Sonrió con amargura—. Por favor, abandona la casa que tu señor ha robado a mi padre, déjame sufrir en paz.

«Esto no va a ser fácil por las buenas».

—Si quisiera poseerte, lo haría aquí y ahora —dijo el *qaíd*, sombrío. Mariam dio un paso atrás—. Podría desposarte, pues tengo la complacencia de mi superior. Te obligaría a convertirte a la verdadera religión y a ser la madre de mis hijos a la fuerza. Abusaría de ti todos los días, uno a uno. Pero no voy a hacerlo. Nunca lo haría, porque te respeto. Has mostrado lealtad y valentía, a pesar de las mentiras de tu cristiano. —Tamán se acercó a ella y le elevó el rostro para que las miradas se cruzasen. «Huele a perfume de manzana».

»No te pido que traiciones, Mariam, sino que recapacites. Los sueños basados en farsas se desvanecen, mientras que de la realidad proceden el dolor y la alegría. Por eso vendrás a mí y yo

te esperaré. Tú eliges. Con sufrimiento o con gozo, serás mi mujer.

Mariam quedó en silencio, cabizbaja. Tamán dio media vuelta y abandonó la *munyat*.

⁶³ Ejército emiral.

⁶⁴ Calatrava, en Ciudad Real.

⁶⁵ Persona que conoce y estudia el Islam en profundidad.

⁶⁶ Río Guadiana.

⁶⁷ Región circundante a la actual Cuenca.

⁶⁸ Banu Majsí: tribu bereber aliada con Hashim al-Darrab y que habita la ciudad de Toledo.

⁶⁹ Banu Di-l-Nun: tribu bereber que habita una región de los alrededores de Toledo, *Santabariyya*, y que es liderada por el joven Masarra.

⁷⁰ «Romano», todo lo relacionado con la cristiandad desde la perspectiva andalusí.

CAPÍTULO 8

LA BESTIA BAJO EL MAR

Massalia,

Frankia.

Marzo de 832 d.C.

Tumbado sobre el incómodo jergón, Faramund abrió los ojos sobresaltado, con el vívido recuerdo de la reciente pesadilla todavía latiendo en sus sienes. El sueño era recurrente y rememoraba un agradable paseo con su padre por las calles de *La Embarrada*, cuando era un niño cargado de ilusiones. Fueron asaltados a punta de daga por un ladrón de poca monta en un callejón, al anochecer. Arband, lejos de desenvainar la espada, usó la palabra y evitó el robo.

«Todavía no comprendo cómo pudo convencer a aquel desgraciado, cómo lo amenazó y lo amedrentó hasta el punto de hacerlo salir corriendo, como si fuera perseguido por un demonio».

La decepción de Faramund fue significativa en aquel momento y, en su sueño, él mismo aferraba la hoja de Arband y atacaba al delincuente. Sin embargo, en lugar de vencerlo y sentirse un héroe como Hruodland ⁷¹, el asaltante mataba a su padre y lo humillaba a él, mostrando sus dientes podridos en unas perniciosas carcajadas.

«Hice lo mismo cuando intenté liberar a Ludovicus. Desenvainé la espada en lugar de seguir los consejos de mi padre, y ahora puedo haberlo perdido para siempre».

Aquella mañana el aire entraba más fresco y húmedo por la pequeña ventana. Se incorporó dolorido y se acercó al hueco para contemplar el cielo. Si se alzaba lo suficiente, podía incluso

llegar a ver las aguas y los barcos que no cesaban de entrar y salir del enorme puerto. Era otro amanecer nublado y lluvioso, triste; pero, tras cerrar los ojos, el franco escuchó el rítmico sonido de las olas bajo el vivo graznido de las gaviotas, y se dejó embriagar por el penetrante aroma a salitre. Entonces, recordó la primera vez que vio el mar. Fue en aquella misma ciudad más de diez años atrás, desde las colinas que dominaban el paisaje. Se encontraba junto al padre Hanne cuando admiró, impresionado, la inmensidad azul y las enormes rocas que emergían cerca del puerto. Se asemejaban a una descomunal sierpe marina que acechaba la costa, por lo que apretó la mano de su mentor y se abrazó a él temiendo que el monstruo lo devorara y lo arrastrara hacia las profundidades.

«Al final me ha atrapado y me mantiene cautivo en sus entrañas».

Las campanas anunciaron la hora del primer rezo matinal y Faramund pensó que no faltaría mucho para que llamasen a su puerta. Pese a estar prisionero y encerrado en una celda, en los sótanos de la iglesia de San Víctor de *Massalia*, el trato que recibía no había sido cruel hasta la fecha. Cada día, rondando aquella hora, le servían comida más o menos decente y, de vez en cuando, le mandaban cubos con agua para sus necesidades. «Todo un detalle, no tener que cagar en una esquina». En alguna ocasión, además, le habían permitido salir y pasear por los oscuros pasillos que albergaban los calabozos. Meses atrás, se negó a jurar lealtad a Ludovicus, esperando la muerte, aunque todavía esta no había llegado. En lugar de ser ajusticiado, fue confinado allí por petición expresa de Ilthar, aquel sureño traidor y prepotente que se había adelantado a sus planes.

Para alguien como Faramund, el cautiverio era peor que la muerte. No tenía contacto alguno con el exterior desde que fue encarcelado, lo que hacía mucho más dura su estancia entre aquellos muros húmedos y mohosos. Trató de entablar conversación con los monjes que le llevaban la comida y el agua, con los custodios que le acompañaban en sus breves y lúgubres caminatas; no obstante, todos guardaban silencio como si hubiesen hecho votos. Sólo un sacerdote de aspecto delgado le contestó unas semanas atrás, y fue para decirle que le habían ordenado que nadie hablase con el prisionero. Poco después, intercambió algunas palabras con aquel religioso, quien no supo decirle nada sobre su familia o sus hombres, si bien le anunció entre susurros que Lotharius seguía vivo y estaba en la *Langobardia*⁷².

«Como siempre, mi padre tenía razón».

Faramund se sentó sobre el lecho de paja, pensativo. El monje le había revelado algo más: un asunto que no cesaba de merodear por su cabeza, pues no sabía muy bien a qué se refería y no tuvo ocasión de preguntarle.

— *El Dragón Negro* vuelve a cabalgar, joven señor —había comentado el tonsurado, con aquella cara de rata asustada. Después, no volvió a ver a quien decía llamarse *frater* Stephanus.

«Como el mártir de *Batavodurum* ...».

Faramund nunca había oído nada parecido ni de boca de su padre, ni en las lecciones del padre Hanne... O tal vez sí. No estaba seguro, pues su cabeza había estado lejos a menudo, pensando en muros de escudos, espadas y caballos, cuando su viejo maestro impartía el *trivium*⁷³ en *Suessionu*. No podía quitarse aquellas palabras de su cabeza, y la ausencia de noticias del exterior lo estaba

enloqueciendo.

«Dios, dame fuerzas para seguir aguantando. Mi familia y Lotharius me necesitan».

Sin duda, la peor parte de su aislamiento era la soledad. Antes de aquel cautiverio, siempre pensó que lo más duro de cualquier confinamiento era la falta de alimento y agua, o la poca actividad. Pero no había tenido en cuenta la incomunicación y la infinidad de tiempo que pasaba solo, con la única compañía de sí mismo. Aquella situación acabó por acercarle a Dios, y entendió entonces por qué los anacoretas y eremitas buscaban sitios alejados y solitarios para sus retiros.

«Soy Jonás dentro del gran pez. He desobedecido y estoy pagando mi culpa».

No se había convertido en un beato, desde luego, aunque empezó a cuestionarse muchos avatares de su vida y pronto se dio cuenta de que no había sido la más ejemplar. Llegó a la conclusión de que sus actos imprudentes y temerarios le habían llevado hasta allí. También recordaba a menudo a su mentor, el padre Hanne. Acudían a su cabeza las historias que le contaba junto al fuego, su amable sonrisa y aquella mirada llena de paciencia. Había sido para él como el abuelo que nunca conoció y había ejercido de padre cuando Arband estaba fuera en sus largas misiones, lejos de casa. En su celda, Faramund comenzó a entender la personalidad austera de su maestro, sus gestos lentos y escasos, como si no quisiera desgastar su ya maltrecho cuerpo, y aquella sabiduría cultivada con interminables horas de lectura.

—Pero no todo el conocimiento está en los libros, Faramund —le había dicho en más de una ocasión—. Debes aprender de ellos y más allá de ellos.

A continuación, solía repetirle una vieja anécdota.

—El gran rey Karolus tuvo por mentor y amigo a Alcuinus, un sabio monje que había llegado desde la lejana *Eoferwic* ⁷⁴, una ciudad más allá del mar septentrional. Alcuinus, versado en infinidad de saberes, con un vasto conocimiento forjado frente a antiguos legajos entre las paredes de aislados monasterios, sabía perfectamente lo que “debía” —enfaticaba esa palabra— hacerse para el buen gobierno del reino. Sin embargo, Karolus, al que le encantaba cabalgar por sus territorios, conocer a sus gentes y que apenas sabía leer y escribir, tenía muy claro lo que “podía” —volvía a resaltar— hacerse. Por eso se entendían tan bien, se complementaban el uno al otro, y su pueblo lo agradeció. Siempre he pensado que tu padre y yo éramos como ellos, que *Suessionum* iba a tener a sus particulares Karolus y Alcuinus, mas Arband demostró desde muy joven que no necesitaba consejos, querido Faramund.

«¡Cómo te echo de menos! Yo jamás seré como el Gran Karolus, pero estoy seguro que tú sí eres mi Alcuinus...».

A un lado del jergón, el franco vio el cuenco de comida y el mendrugo de pan del día anterior, partido por la mitad y con apenas unos bocados. Cuando supo que iba a ser encerrado en la abadía, recordó la historia sobre el martirio de San Víctor, un curtido guerrero. Tras negarse varias veces a hacer los sacrificios habituales a los dioses paganos, el emperador romano ordenó que lo metieran bajo el molino de piedra del panadero. Faramund abría y escudriñaba siempre el pan que le llevaban, esperando encontrarse dentro los restos de algún pobre desdichado.

«Estoy perdiendo la cabeza, además del apetito».

Unos pesados pasos hicieron girarse al franco hacia la puerta. No eran los suaves y amortiguados andares de los monjes, sino unas zancadas largas y decididas de alguien que se acercaba hasta la celda. Se levantó rápidamente y sacudió sus ropas gastadas, pues le gustaba dar a todos sus visitantes una imagen de hombre íntegro, para no otorgarles el placer de verlo ahogarse poco a poco en el mar de dudas que lo rodeaba. El cerrojo se movió tras la madera y una figura se adentró en el calabozo, agachándose para cruzar el umbral. Vestía ropas de lino blanco, una larga capa celeste que caía desde sus hombros, propia de los guardias de la *Scola*⁷⁵, y calzaba botas altas de cuero bien curtido a juego con el cinto, del que colgaba una buena espada.

«No parece un arma hecha por un herrero franco».

El recién llegado se irguió ante Faramund, quien pudo comprobar que era casi tan alto como él, pero de complexión más esbelta y rostro afeitado. Llevaba la melena rubia peinada hacia atrás y recogida sobre la nuca, al estilo sureño.

—Hoy es tu último día aquí, Faramund. —Las palabras de Ilthar salieron de su boca sin rodeos, y comenzó a caminar hacia la pequeña ventana—. He pensado que quizás necesites algunas respuestas, después de tanto tiempo. Aunque he de reconocer que ha sido menos del que esperaba. —Había dado la espalda al de *Suessionum* y miraba hacia el exterior.

Faramund apretó sus mandíbulas y permaneció en silencio, pues no sabía cómo interpretar aquellas palabras: o lo dejaban marchar, cosa que dudaba, o su destino era la muerte.

—¿No tienes nada que preguntar? —dijo Ilthar con voz tranquila—. ¿No hay nada que quieras saber? Te estoy ofreciendo una última muestra de gratitud.

—Nadie te la ha pedido, traidor —acusó con rabia, sin poder contenerse.

Ilthar endureció el gesto y, por unos instantes, Faramund pensó que lo iba a golpear. Sin embargo, el sureño giró sobre sus talones y volvió a mirar a través de la oquedad. Las olas golpeaban los cimientos de la abadía. Habló en voz baja, no desprovista de cierta emoción contenida.

—Soy el señor de *Massalia*, así que mide tus palabras. Por asuntos menores otros yacen bajo tierra. —Volvió a acercarse lentamente hasta él y se detuvo a escasa distancia de su rostro—. Me llamas pérfido, pero ¿acaso no reconoces a un ángel custodio cuando lo ves? Cuando te negaste a jurar lealtad a Ludovicus, podría haber dejado que te llevaran a las mazmorras de *Sanctus Dionisius*⁷⁶, y que la muerte te llegara como a otros tantos miserables. ¿Crees que al Emperador le hubiese importado tu vida?

Faramund no respondió.

»¿Todavía me odias por lo que hice? —Ilthar se alejó un poco—. Mi padre, en su lecho de muerte, me susurró un nombre... “Ludovicus”. Tú mejor que nadie deberías saber que un hombre se debe a sus ideales. El padre de mi padre estuvo al lado del Gran Karolus durante la caída del árbol *Irmisul*⁷⁷, y manchó su espada de sangre sajona durante años. Incluso cabalgó junto a Unruoch⁷⁸

de *Friuli*⁷⁹ en busca del *Tesoro de los Ávaros*. —Ilthar lo señaló con el dedo—. Mi padre y el tuyo marcharon más allá del *Pirineo*, rescataron a un rey y derrocaron a un usurpador.

El señor de *Massalia* calló de pronto: parecía esperar algún reproche. Faramund aguardaba como una vieja estatua en el centro de la celda.

—Entonces, en algún momento abandonaste el camino de la lealtad —le recriminó a Ilthar, con voz más sosegada—, y defendiste la muralla equivocada.

—Voy a preguntarte algo que quizás no te hayas parado a pensar. —La voz del massalio se endurecía por momentos—. Si tu padre te concediese el honor de compartir su cargo de Señor de *Suessionum* con él, ¿se lo arrebatarías? ¿Serías capaz de acusar a tu medio hermano para que lo condenaran a muerte? ¿Conjurarías con tus otros hermanos para asesinar a tu generoso padre?

—Mi padre nunca gobernaría de forma tan pusilánime —contestó, sabiendo adónde quería llegar su captor—. Tampoco celebraría nuevas nupcias mientras guarda el luto por su difunta mujer...

—¿Crees conocer a tu padre? —lo interrumpió con vehemencia—. ¿Crees conocer a alguien que ha pasado la mayor parte de su vida fuera de su hogar?

—No importa lo que yo sepa —respondió Faramund—. Si realmente quieres otorgarme gratitud, dime... ¿dónde está?

Ilthar bajó la mirada y guardó silencio antes de contestar.

—Tu padre fue desposeído. Ya no está entre nosotros.

El corazón de Faramund se aceleró. Aquella respuesta lo dejó sin habla, pues esta vez lo había perdido para siempre. Su madre apareció en sus pensamientos, callada y triste, aguardando el regreso de su esposo.

«Todo ha sido por mi culpa. Merezco algo peor que estar en esta celda».

El nudo que sentía en el estómago subió hasta su pecho y Faramund comenzó a llorar. No pudo contener las lágrimas, que nublaron el rostro de Ilthar, y toda la tensión acumulada durante el encierro, la ausencia de noticias, la soledad y el sentimiento de culpabilidad, acabaron por derrumbarlo. Lloró como no recordaba haberlo hecho en su vida, y apenas sintió la mano del massalio que se posaba sobre su hombro.

—Acompáñame, Faramund —dijo Ilthar con amabilidad—. No quería tener esta conversación aquí abajo.

El de *Suessionum* se secó la cara con las mangas de su camisa desgastada y salió de la celda tras el sureño. En el pasillo esperaban seis guardias con espadas cortas al cinto y ropas celestes, quienes les siguieron sin decir palabra. Tras subir varios escalones y atravesar pasillos iluminados por antorchas, Ilthar se paró frente a una puerta de doble hoja de recia madera.

—Ahora nuestros caminos se separan, Faramund. Un ejército rodea mi ciudad y no deseo que se

derrame sangre en este suelo. —«¿De qué está hablando?»—. Tu vida salvará a la de mis gentes. Puede que volvamos a encontrarnos, y entonces podremos saldar nuestras diferencias en el campo de batalla. No te desearé suerte, porque tu causa no es la mía, pero ojalá la muerte nos llegue como merecemos y no en una lóbrega mazmorra. —Se detuvo un momento y abrió las puertas que daban a una espaciosa estancia.

—Que sea como dices... —La quebrada voz de Faramund apenas si se escuchó.

—Una cosa más. Podríamos haber combatido juntos. Todo habría sido más fácil, aunque entenderás que debo cumplir la voluntad de mi padre. —Ilthar dio media vuelta y se marchó por donde habían venido.

Faramund cruzó el umbral. Era una habitación con numerosos ventanucos que daban al ajetreado puerto y a las verdes y brumosas colinas que se alzaban tras él. Junto a los huecos, observando la lluvia caer, una familiar figura le daba la espalda.

—¿Qué está ocurriendo, padre Hanne? —dijo Faramund a modo de saludo y se acercó al anciano monje—. ¿Qué demonios está ocurriendo?

—Me han enviado para sacarte de aquí. —El padre Hanne se volvió lentamente y sonrió a su pupilo, alzando la mirada. Su voz era como agua fresca en un día caluroso—. Hay muchos asuntos que atender. —Levantó sus manos suaves y le cogió el rostro delicadamente, para observarlo de cerca—. Me alegro mucho de verte, hijo mío.

—¿Es cierto que mi padre ha muerto? —preguntó Faramund, pesaroso.

—¿Por qué dices eso? —respondió asombrado el religioso.

—Ilthar me ha contado que ya no se encuentra entre nosotros...

El viejo maestro sonrió amargamente y suspiró. Parecía muy cansado.

—El marido de tu hermana es ahora el Señor de *Suessionum*. Tu madre vive con ellos y tú vas a ser tío. Hildegarda está encinta y su barriga era enorme la última vez que la vi. Tu padre... —Tragó sonoramente—. Fue despojado del título y enviado más allá de la *Marca Hispánica*, para atender los asuntos de Ludovicus en aquellas tierras, como prueba de lealtad.

—Entonces, ¿está vivo? —Faramund no pudo contener su alegría—. ¡Mi padre está vivo!

—Hasta donde yo sé, sí, aunque vive en una tierra peligrosa. No existe lugar más inseguro, ni siquiera el norte sajón o las estepas del este. Ha enviado una carta en la que dice estar bien y añorar a su familia, y sé que sus preocupaciones se aliviarán cuando conozca que vuelves a ser libre, hijo mío.

—¿Mantienes contacto con él?

—Así es. Remito las cartas a *Ovetum*⁸⁰, sede del rey Adefonsus, en el norte de *Hispania*. Allí se aloja como emisario. Según relata, ha estado viajando por las tierras de los sarracenos, y cuenta

numerosas historias, todas interesantes, de los lugares que visita. Pero asuntos más importantes nos apremian, y alguien nos espera en las afueras de la ciudad.

—¿Y mis hombres? ¿Qué hay de Kerold y Silvanus?

—Los están buscando entre los siervos de las minas de la región. Los que no escaparon fueron enviados allí. —El anciano parecía tener pocas esperanzas.

—¿Estás diciendo que no todos fueron capturados? —A Faramund le vinieron varios nombres a la cabeza de inmediato—. ¿Qué hay de Markus? ¿Y Clovis?

—Desconozco qué fue de Clovis, pero huyó dejando tras de sí un reguero de cadáveres bretones. No hemos vuelto a saber de él —dijo apesadumbrado—. En cuanto al pobre Markus, fue gravemente herido, y dudo que pueda salir adelante. Yace postrado en una cama...

«No merezco a mi *scara*⁸¹, guerreros fieles que jamás me han fallado». Se juró a sí mismo que no volvería a decepcionarles.

—Vámonos —dijo a su mentor—. Estoy preparado. Sólo Dios sabe cuántas ganas tengo de salir de aquí.

Faramund se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta. Estaba ansioso por abandonar aquellos muros, dejar atrás aquella ciudad de la que su padre decía: “*Massalia* tiene un puerto que nunca duerme, pero un vino que invita al sueño”. No la recordaría por tales dones, precisamente.

—No sabes cuánto me alegro de que no hayas perdido la fe, hijo mío —comentó el padre Hanne—. Piensa que este cautiverio no es más que otro capítulo de tu vida, otra prueba que Dios pone en tu camino. Tan importante es creer en Dios como en uno mismo. Justo bajo nuestros pies, en las criptas, yacen los cuerpos de varios mártires que vencieron al Diablo sin esgrimir más arma que su voluntad. Mantenla intacta y serás capaz de hacer grandes cosas.

—¿La primera será salir de aquí! —La cercanía de la libertad le hizo volver a sentir la sangre bullendo por su interior—. Dime... ¿Quién comanda el ejército que amenaza *Massalia*?

El monje le miró fijamente a los ojos.

—Tu salvador. *El Dragón Negro* .

⁷¹ Hruodland: caballero de Carlomagno que dio lugar a la *Chanson de Roland* .

⁷² Lombardía, en Italia.

⁷³ Estudios básicos en gramática, dialéctica y retórica.

⁷⁴ York, en Inglaterra.

⁷⁵ Guardia de élite montada del emperador franco.

⁷⁶ Saint Denis, en Francia.

77 Árbol sagrado de los sajones.

78 Unruoch de *Friuli, el Cazador del Este* : poderoso noble franco que fue emisario de Carlomagno y destacó en la campaña contra los ávaros, saqueando su famoso tesoro. Portó el Dragón Negro en sus días de juventud.

79 Región histórica del noreste italiano, llamada *Forum Iulii* en tiempos romanos.

80 Oviedo.

81 Unidad de caballería de élite franca.

CAPÍTULO 9

EL MALEFICIO DE CRISTAL

Qúrtuba,

Al-Ándalus.

Jumada Ath-Thani (julio), año 217 de la Hégira (832 d.C.).

Las caricias de la sirvienta eran suaves. Frotaba la espalda de Tarub con un ritmo delicado, lo que relajaba profundamente a la concubina del Emir. El tacto cálido del guante, unido a los embriagantes cantos acuáticos del *hammam* ⁸²—de palacio, le hacían entrar en un sopor de tranquilidad inigualable.

«El baño es el rezo para el cuerpo». Era una de las lecciones que había aprendido en la escuela del *Mirlo* .

Ella sabía que no todo el mundo tenía acceso a tales privilegios. Cuando era una niña, tenía que lavarse con unos cubos de agua en el patio de su casa, y aquello era duro en invierno, pero ese tiempo había quedado atrás. Ahora era una de las favoritas de Abd al-Rahmán y, si no hubiese sido por Al-Shifá, la perfecta mujer que hacía las veces de esposa del Príncipe y madre adoptiva de su primogénito, en tan sólo un año habría sido encumbrada en el *Qasr* .

«Todavía es pronto». Recordaba las palabras de ánimo de Naser durante sus secretas noches de pasión. Sorprendentemente, el eunuco conservaba su miembro, si bien no podía dejarla encinta: los testículos habían sido brutalmente arrancados, y la piel cauterizada con un hierro al rojo vivo. Naser se había negado a contarle, hasta el momento, cómo había acontecido su castración. Siempre que Tarub intentaba sonsacarle alguna información relacionada con aquel tema, el *fatah* sonreía con tristeza, acariciaba su extraño collar y cambiaba rápidamente de tema. Sin embargo, en cierta forma cruel, tal ventura era ventajosa para ella. Estaba segura de que la criatura que llevaba en sus entrañas era un vástago de Abd al-Rahmán, lo que la inundaba de felicidad. Sonrió admirando su hinchada barriga, acariciándola con ambas manos.

«Espero que seas un varón. Tú serás el heredero de Al-Ándalus».

Cuando su criada comenzó a lavarle el cabello, salió de sus propios pensamientos. Miró hacia atrás con una sonrisa de agradecimiento que fue respondida de forma cómplice. Charlaron

distendidamente sobre chismorreos insulsos, entre susurros y carcajadas, cuidándose de los guardias que custodiaban la entrada al *hammam*. En realidad, estaban solas en el interior de los baños, así lo había dispuesto el Emir por deseo de Tarub. No obstante, no era lo habitual, pues las concubinas menos importantes se trataban en grupo, convivían como una familia a pesar de las rencillas y los celos. Parecían haber hecho causa común contra su persona, y la instigadora de todo el odio que el harem le profesaba era Zinaida, una ramera griega. Probablemente la causa era Naser. La muy envidiosa amaba al eunuco, a pesar de que éste sólo le dedicaba sonrisas y bromas. Pero a Tarub nada le importaba, pues su querido protector controlaba la mayoría de las intrigas cortesanías y la tenía bien custodiada. Además, Abd al-Rahmán no permitiría que le ocurriese nada malo. Hasta tal punto estaba obsesionado con su cuerpo que, aunque su corazón pertenecía a Al-Shifá, su entrepierna apenas podía pasar una noche sin ella: ni siquiera en su avanzado estado de embarazo.

—El cabello de la señora es hermoso como la noche, ¿querrá *henna* ⁸³esta vez? —preguntó la doméstica.

—No, Sihama, puedes comenzar con mis pies.

Durante los frotos con la piedra porosa, sintió algunos cosquilleos. Debía estar perfecta para la fiesta privada que el Príncipe iba a celebrar junto con sus amistades cercanas. Cada señor llevaba a sus propias concubinas, pues no estaba permitido compartirlas, y la noche prometía música, bebida y excesos carnales, como de costumbre. Sin embargo, Abd al-Rahmán no era como sus hedonistas antecesores. Su frenética pasión por los vicios era templada por el amor que sentía por las artes, incluso las arcanas. Nadie lo habría catalogado como necio o bárbaro, a pesar de su vida oculta llena de placeres.

La sirvienta se mordió el labio y bajó la mirada.

—¿Pretendes decirme algo, Sihama? —inquirió Tarub con el entrecejo arrugado.

—Mi señora... yo... —Titubeaba y temblaba—. Mi señora es muy buena conmigo.

—Soy generosa con quienes me sirven bien —dijo la dueña con dulzura, elevando la barbilla de Sihama, quien la miró con lágrimas incipientes.

—Mi señora... Alguien... Esta mañana escuché vuestro nombre tras las celosías...

Tarub se incorporó, con su rostro lleno de interés. Las gotas de agua salpicaron a su cuidadora, quien continuaba nerviosa: tenía la piel erizada y sus pezones oscuros se habían endurecido.

—Habla, Sihama —exhortó la favorita del Emir.

—No sé demasiado. —La esclava se ruborizó—. Pero deberíais cuidaros de Ibn Farid.

«¿Habib ibn Farid? ¿Ese mantecoso eunuco? ¿Qué podría hacer ese cerdo castrado contra mí?».

Comenzaron a llegarle a la mente miradas complacientes, hipócritas, susurros cortados cuando ella aparecía, aquella sonrisa que hacía asomar los incisivos menores pronunciados del

emasculado. No había dado importancia a su escasa e indiferente relación con Habib, al fin y al cabo no se podía llevar bien con todo el mundo, aunque de ahí a la conjura distaba un abismo.

«Debe ser cosa de Zinaida», afirmó para sí misma, mientras Sihama comenzaba a tratar su otro pie.

La griega había perdido notoriedad frente al Príncipe y, sobre todo, con Naser, desde que Tarub había llegado al *Qasr*. Tendría algunos años más que la cordobesa, su figura esbelta era atractiva y su rostro llegaba a ser encantador: los dientes como perlas, los ojos grandes y castaños, las mejillas tersas y rosadas. Ahora bien, poseía unos excéntricos andares, con las piernas arqueadas, que la situaban entre las mujeres comunes del harem.

Zinaida había intentado quemarle la cara en el *hammam*, poco después de ser apartada de entre las favoritas. Los eunucos lo evitaron cuando la vieron entrar con el recipiente lleno de agua hirviendo, que se quebró en el suelo echando vapores cuando la detuvieron. Abd al-Rahmán fue informado y ordenó dejar a la griega una semana a pan y agua, recluida en una celda, y luego mostrarla en público hecha un adefesio, con el vestido lleno de heces. Zinaida había urdido otro intento de desprestigiarla ante el Palacio: la había acusado de haber sido observada desnuda por Naser. El eunuco había respondido que para él significaba lo mismo un pecho de Tarub que un capicete de la guardia eslava, y la calumniadora se salvó del escarnio público gracias a la intervención de Habib ibn Farid, quien lo amañó todo para que pareciese un malentendido, e inculpa falsamente a un inocente para que fuese ajusticiado en público.

«Llegué a pensar que Habib era misericordioso y que la protegía, como podía haber cuidado a cualquiera. La próxima vez que intentéis hacerme daño, no me quedaré de brazos cruzados...».

Tiempo atrás, el carácter cultivado y afable de Zinaida la había situado por encima del resto, exceptuando a Al-Shifā y las tres medinesas, lo que no era sencillo en un harem con más de cien mujeres. Poco después de alcanzar su gloria, había sido desplazada a la realidad, pues de nada le sirvió su conocimiento sobre muchos pueblos lejanos, que relataba con dulce voz, ni su canto melancólico junto al tañido de las cuerdas del *ud*⁸⁴: todo aquello era eclipsado, a ojos del Emir, por la hermosura de Tarub.

La cordobesa era, además, tan versada en saberes como su rival helena y mejor dotada para el canto. Habían llegado notables de las tres marcas y del norte de *Yfriqiyya*⁸⁵, para contemplarla; tanta era su fama, gracias en parte a los comentarios y a las canciones del *Mirlo*, que era conocida incluso en *Yfranyya*⁸⁶. Abd al-Rahmán la exhibía como un tesoro preciado a sus subordinados e invitados, orgulloso y superior: aquellas noches la poseía con pasión. Sin embargo, había cumplido su promesa acerca de la gentileza hacia ella y nada tuvo que reprochar al Príncipe en su lecho, desde el primer día en que yació con él.

«La griega habrá buscado refugio en ese gordo necio, y algo tramarán. Pero, ¿qué gana él protegiéndola?».

—Sihama, quiero que vigiles a Zinaida —ordenó a la esclava, quien asintió dócilmente—. Si de verdad trama algo junto a Habib, les pagaré antes con una moneda más valiosa.

Tras acabar el baño y secarse, era la hora de vestirse. Sihama le colocó las sandalias y un cómodo vestido de color azul, que hacía juego con sus ojos y disimulaba en parte su barriga, con transparencias ribeteadas de oro en los brazos. Luego, se puso sus doradas joyas en las orejas, el cuello y las muñecas, y se dejó acicalar mediante perfumes de azahar y afeites para el rostro. Cuando se vio reflejada en el espejo de plata, sonrió.

Al salir del *hammam*, la luz diurna le hizo entornar los párpados, y sintió la frescura del jardín palaciego: naranjos, olivos y laureles eran suavemente mecidos por una brisa ligera y los estanques cristalinos reflejaban el cielo brillante del mediodía, iluminando y refrescando el recinto. Ella se dejó embriagar por aquella canción de fragancias y emociones, con el fluir del agua como instrumento principal.

Cruzó el jardín hasta la entrada de las estancias de las mujeres del Emir, donde esperaba su amado Naser con algunos guardias esclavos castrados. El *fatah* lucía unas ropas blancas con bordados en plata, y portaba una espada al cinto con empuñadura argéntea que combinaba con su atuendo. Parecía el hombre más bello del mundo.

—La maternidad te hace hermosa, Claudia —le susurró él al oído—. No dejes de pensar en que pronto volveremos a estar juntos.

Tarub sonrió con picardía y se cogió de su brazo, ante la impasividad marcial de los custodios que los rodeaban.

—Llévame junto a mi señor, Naser —dijo ella.

* * *

La música se escuchaba con claridad tras las sedas y los doseles de las estancias del serrallo, suave e incitante. Después de cruzar varios pasillos tenuemente iluminados, llegaron a la puerta del salón privado y las cortinas se abrieron. Naser le cedió el paso y Tarub se adentró en la habitación, perfumada por inciensos y preparada con lo necesario para una larga celebración. Los invitados y sus concubinas estaban colocados en círculo, recostados en suaves almohadones, alrededor de una gran mesa baja que soportaba multitud de platos, llenos de comida elaborada y fruta fresca, así como hermosos recipientes cristalinos repletos de vino. El olor a especias, dulces salsas y cereales recién tostados hizo que sintiese hambre. «Mi criatura exige alimento». Pegados a la pared como estatuas, custodiaban el evento otros esclavos emasculados a los que se unieron los de la comitiva de Naser. Además de su apuesto eunuco, dos sirvientes del Emir aguardaban tras la puerta: el taimado y temido Masrur, la persona más cercana a Ziryab en el *Qasr*, y el despreciable Habib ibn Farid, con sus mantecas a la vista. Al fondo de la sala, los músicos destilaban su arte con virtuosismo. Destacaba, por vestimenta y porte, un atractivo hombre maduro con aires extravagantes, quien cantaba una canción erótica con voz grave y suave.

«Han llamado a Al-Gazal para que les cante, *el Mirlo* no es tan libertino. Esta fiesta va a ser más privada de lo que pensaba».

En efecto, de los cinco huéspedes que disfrutaban el banquete, dos eran hermanos del Emir. Al-Walid, con sus hombros anchos y su barba larga y recia, como la de un judío, mantenía siempre un gesto ceñudo que dificultaba conocer su verdadero estado de ánimo; todo lo contrario que Al-Jayr,

el encantador y risueño miembro de la familia, cuyos ojos azules y sonrisa de nácar, unidos a su astuta elocuencia, atraían a tantas mujeres. También estaban presentes Isá ibn Shuhayd, un gran amigo del Príncipe, que escalaba puestos en la administración por su eficiencia y meticulosidad; Qumis ibn Antuniyan, el lozanísimo y altivo cristiano cobrador de impuestos, cuya mirada orgullosa rivalizaba con la de muchos señores musulmanes; y, por último, un joven comensal al que Tarub no reconoció, aunque poseía facciones serenas y astutos ojos de lechuza.

—¿Quién es ese? —susurró a Naser.

—Es Ibn al-Salim, el nuevo *sahib al-Shurta*⁸⁷. Comanda a la guardia de la ciudad.

—No parece un guerrero —masculló ella.

—Era un hombre de leyes, pero su habilidad para mantener la paz se puso de manifiesto al día siguiente de alcanzar su cargo. La primera denuncia probada por violación provocó que él mismo castrase a su subordinado ante el padre de la víctima, quien recibió también todos los bienes del malhechor. La gente está contenta con él.

«No podías faltar tú...». —La atención de Tarub se centró en el círculo del Emir. Entre las mujeres de Abd al-Rahmán que habían acudido a la fiesta no se encontraban ni Al-Shifá ni las tres medinesas. Sin embargo, Zinaida *la Griega* se sentaba allí, adulando con su risa falsa a todos los presentes. Además, se reunían en torno al Príncipe otras dos mujeres: Qalam al-Rumiyya, una ruda cristiana del norte, con el pelo como plumaje de cuervo y los ojos grises como las nubes; y la piadosa Fajer, con sus enormes labios y pechos tersos, que no tenía límites ni en la oración ni en la cama.

Tarub llegó hasta su señor y se postró, ante la admiración de los invitados. De nuevo, había eclipsado al resto de las féminas con su perfección, a pesar de la enorme barriga de embarazada, por lo que quedó complacida.

—Este es mi *Hechizo*, hermano —dijo el Emir a Al-Jayr, quien se alzó de su puesto librándose de una belleza rubia y se acercó a contemplarla.

—Nunca la había visto de cerca, la tienes bien custodiada. He de admitir que es tan agraciada como Muntaha al-Muná, *el Colmo de los Deseos*, aunque me quedo con la mía. Prefiero a las de cabellos dorados. —Su sonrisa nívea salió a relucir.

—Esa franca es una sombra al lado de este *angelus* —dijo el cristiano, a pesar de su juventud—. Debes cederle a tu hermano tu remesa de corceles —se dirigió a Al-Jayr—, tal y como habíais apostado.

—Es la rosa más lustrosa de vuestro jardín, sin duda —comentó Ibn Shuhayd—. Probablemente solo será superada por la hija de Al-Walid, la bellísima Sayyida.

—Deja que mi sobrina crezca sana y hermosa. No pongas tus libidinosos ojos en ella —bromeó el Emir, antes de que su rudo hermano rompiese algunos enseres.

El resto de los presentes apoyaron a Qumis de forma distendida, ante las burlonas protestas de Al-

Jayr, y la fiesta continuó.

Tarub se sentó junto al Príncipe, aunque no se recostó encima de él debido a su estado. Sus ojos se cruzaron con los de Zinaida y percibieron la envidia, como si dijeran: “Todo iba bien hasta que apareciste en este *Qasr*”. En aquel momento, los músicos comenzaron una nueva canción.

—No, no, ¡por Dios! —dijo Al-Walid a los artistas con su voz ronca, arrugando la nariz—. No toquéis nada más sobre amores y ratos de alcoba, ni siquiera acerca de guerras y hazañas. Es tiempo de festejar con tranquilidad.

—Eso, eso. —Al-Jayr lo apoyó con sorna—. Cantad sobre vinos y borracheras, o sobre bromas y cuentos de imbéciles. —Señaló de soslayo a su enfurruñado hermano, sin que este se percatase.

Las carcajadas de Isá y de Qumis encubrieron el inicio de la nueva canción, una obra instrumental que, con todo, se asemejaba a las campechanas piezas de *manzil*.

«Al-Gazal, no cantas porque deseas estar atento a las conversaciones... Pretendes ser como *el Mirlo*, pero tienes menos cuerdas en tu *ud*».

—Hablando de vinos —dijo Ibn Shuhayd—. Los que habéis elegido son excelentes, mi señor. ¡Si los faquíes nos viesan ahora!

—Hace tiempo —comentó el Emir—, antes de que mi padre ordenase quemar el arrabal de *Saqunda*, mandé traer al palacio algunos recuerdos de su lonja.

—Nuestro padre bebía sin tapujos —explicó Al-Jayr—, a pesar de que ninguno lo aprobábamos.

—De poco sirve mostrar tus pecados si no llevan sangre de por medio —dijo Ibn Shuhayd.

—Nuestro padre fue demasiado... público —aclaró Abd al-Rahmán—. Yo dejo que el pueblo vea en mí lo que quiere ver, y disfruto la vida junto a mis amigos y familiares. Brindo por vosotros.

Todos bebieron con ganas hasta que sus barbas se mojaron, mientras sus concubinas los acariciaban.

—¿Ves, sagaz Isá? —dijo el Príncipe mostrando la copa—. La libación es más sabrosa en el vidrio. —Dio un gran sorbo y sonrió—. Voy a crear un taller para disponer de copas y recipientes agradables a los labios y al gusto.

—¿Estáis seguro, mi señor? —preguntó el sirviente—. La cerámica puede ser menos delicada, aunque también más barata y útil. Porque, ¿para qué otra cosa se utiliza ese material, si no es para el vino? Los faquíes crucificarán a vuestro obrador, no lo dudéis. —Ibn Shuhayd alzó su recipiente y apuró el resto de la bebida.

—Sagaz Isá, cuán equivocado estás —afirmó Abd al-Rahmán entre risas—. El vidrio tiene muchos usos, es hermoso para decorar joyas y casas. Podremos venderlo más allá de nuestras tierras a un precio mayor del que merece. Mientras que un artesano da la cara a los faquíes, otro de manos delicadas y poderosos pulmones confeccionará finos receptáculos para estas agradables

veladas.

Comieron y bebieron hasta el atardecer. Al-Gazal, tras algunos ingeniosos chascarrillos obscenos que desencadenaron carcajadas entre los presentes, ensalzó las virtudes musicales del Emir. Abd al-Rahmán se atrevió a componer versos sobre el tañido del *ud*, mirando ardorosamente a Tarub, tras los cuales recibió el reconocimiento de los invitados; y, entre todas las voces, era la de Habib ibn Farid la que más se alzaba para adularlo. Naser y Masrur, en una esquina, conversaban entre susurros, y los esclavos no pestañeaban en sus puestos.

Ibn al-Salim se excusó con exquisita educación, pues durante la noche debía atender asuntos relacionados con el orden público. Cuando abandonó la estancia, Abd al-Rahmán alabó su propia decisión acerca del nuevo *sahib al-Shurta*.

—Hombres como él, que hacen honrada y eficazmente su trabajo, son los verdaderos cimientos para los emires. Ha lavado de ladrones mi Palacio, y mi oro ya no cae de mi bolsillo roto. Eso me ha permitido enviar a Yabir ibn Malik⁸⁸ y a sus sirios a sitiar la pérfida *Márida*. ¡Ah, cuando Ibn Bazí sea liberado...! ¡Lo enviaré a la *Marca Superior* para recaudar tanta riqueza como para someter a los francos! —Dio un trago a su copa—. Necesitamos más recursos, tenemos que aumentar los impuestos...

—Pero mi señor —interrumpió educadamente Isá—, el pueblo ya no puede aguantar con más cargas. Vuestro pequeño hijo ya ha sido increpado por las calles junto a su tutor, Yahya, debido a este asunto. Muhammad no está de acuerdo con presionar más a la gente en estos momentos.

—¿Ahora eres la voz de mi sobrino? —preguntó Al-Jayr arqueando una ceja, a la vez que limpiaba su boca de restos de comida—. Todavía es un niño, que juegue con espadas de madera y cabalgue potros no lo hace un *amir*.

—Sin duda soy afín al primogénito —aclaró el funcionario—, y, si se me permite decirlo, creo que tiene bien puesta la sesera para su edad.

—Ni siquiera Ibn Rustum se ha atrevido con *Tulaytula* —comentó Al-Walid con desdén—. Yo los habría pasado a hierro y fuego desde hace tiempo.

—Si Ibn Rustum no ha asaltado la ciudad, sus motivos tendrá —afirmó el Príncipe—. Con la recaudación del año pasado no podremos afrontar las rebeliones. Si aumentamos los tributos este año, las ganancias nos permitirán acabar de una vez por todas con la desfachatez de *Márida* y de *Tulaytula*, y volver a obtener sus preciados bienes. Eso permitirá aliviar la carga en las zonas que dominamos, y el pueblo se calmará. Solo así podremos culminar el sueño de nuestro padre, el sometimiento de los cristianos del norte. No paro de fantasear con el día en el que aplastaremos a esos sediciosos politeístas. —Cogió un pequeño trozo de cordero empapado en espesa salsa de almendras, y lo puso en la boca de Tarub. A ella le supo a gloria.

«¿De verdad pretende doblegar a esos salvajes?».

Masrur y Naser se acercaron a la mesa y se sentaron en un hueco, junto a Habib.

—¿Vosotros qué decís? —preguntó Al-Jayr—. ¿Creéis necesario exprimir más la naranja?

—Sin duda —dijo Naser—, el Emir lleva razón. Sin impuestos no podemos crear ejércitos, y sin ejércitos no podemos recuperar el control que nos permita enfocar nuestros esfuerzos en esos rebeldes. Además, debemos honrar a Dios para que nos conceda las cosechas y las victorias, y nada mejor que embellecer la Gran Mezquita. *Qúrtuba* ha crecido desde los tiempos de vuestros ancestros, y la oración de los viernes congrega a demasiados creyentes. Hay que aumentar su capacidad, mi señor. Si Qumis hace su trabajo, Masrur y yo haremos el nuestro.

—Y ¿ya tienes pensado cómo lo vas a hacer? —preguntó Isá.

—No soy constructor —aclaró Naser—, aunque puedo contratar al mejor de ellos. Un templo debe ser como una mujer... —Miró a Tarub—. Capaz de mostrar toda su belleza a la vez que recita las maravillas de Dios. Ese sería mi proyecto.

Tarub se sobrecogió en su asiento. Por un momento pensó que Abd al-Rahmán se había percatado de los sentimientos del eunuco hacia ella, pues los ojos de Naser habían sido heraldos de su corazón, pero mantuvo una pose hierática y un tanto distraída. Las caricias que el Príncipe otorgó a su concubina, utilizando el mismo patrón rítmico y periódico que de costumbre, la tranquilizaron en parte, aunque algunas gotas de sudor resbalaban por la frente de la muchacha.

—Estoy con Naser —dijo Masrur con voz ronca, apenas inteligible—. A nadie le gusta rezar apretado, y vuestra seguridad será mayor si agrandamos la Mezquita. —Sus ojeras se acrecentaron a la luz de las lámparas de aceite.

—Así se hará entonces —anunció el Emir—, me habéis convencido. No quiero pasar al Paraíso como un impiadoso, deseo que se me recuerde por haber alabado a Dios y haber obtenido prosperidad y triunfo frente a mis enemigos.

Al-Walid gruñó. Todos sabían que prefería invertir en espadas antes que en piedras.

—Nuestro padre pudo ser precipitado y pecador—recordó en voz alta—, si bien sometió a todo el que se le opuso y te dejó una tierra pacificada. Tus impuestos la han devuelto a la insurrección.

Abd al-Rahmán endureció sus facciones ante el comentario de su hermano.

«Eso es, hacedlo enfadar. Que piense en otras cosas. Por Dios, que no haya descubierto nada...».

—¡Rellenad mi copa! —gritó el Emir a sus concubinas. Sus ojos comenzaron a parpadear debido a su irritación, como de costumbre.

Los músicos casi perdieron el ritmo de la canción. Habib dio un respingo y un pequeño grito, y Zinaida se apresuró a tomar la botella de vino y cumplir los deseos de su señor. Cuando fue a depositarla de nuevo sobre la mesa, tropezó y derramó el líquido sobre Tarub.

—¿Qué crees que haces? —dijo la embarazada, tras contemplar su vestido manchado.

Los presentes, excepto el Príncipe y los eunucos, comenzaron a reír con ganas.

—Perdona, ha sido sin querer —se disculpó Zinaida, endureciendo su rostro para que la risa no

aflorase.

—¡Lo has hecho aposta! —gritó Tarub—. ¡Me has arruinado el vestido!

—¡No es cierto! —La griega se indignó—. ¿Por qué iba a hacer algo así?

—Estoy seguro que tu dadivoso señor te comprará uno nuevo —comentó Habib—, deja de gritar y de importunar a nuestros invitados.

—¡Cierra esa boca de cerdo! —Tarub se levantó, desafiante, y los comensales, afectados ya por el vino, sembraron la cizaña a base de ruidos y comentarios rápidos.

—¡Cuidado, hermano! —dijo Al-Jayr—. Esa mujer tuya tiene más carne entre las piernas que el eunuco.

—El embarazo le afecta, mi señor —dijo Habib al Emir—. No debería haber acudido a deslucir vuestra hospitalidad. Si queréis, la acompañaré de vuelta al harem.

—Preferimos verla a ella que a ti, Habib —comentó Al-Jayr tras dejar de besar los pechos de Muntaha.

—Sí, maleducada, vete de aquí ahora mismo con tu adorado Naser. —Zinaida agarró el brazo de Tarub y tiró de ella.

«No insinuarás nuestro amor de nuevo, ramera...».

Cuando Naser se levantaba para acabar con el espectáculo, Tarub cogió una copa, la quebró sobre la mesa y la cruzó en la cara de su captora. A todos se les heló el corazón cuando contemplaron una línea roja que se iba abriendo poco a poco, desde la barbilla hasta la ceja derecha, en el rostro de la griega. La música cesó. La carne se separó y la sangre brotó abundante. Resbaló hasta el cuello y el pecho, y cayó sobre el suelo en grandes goterones. Zinaida gritó horrorizada y se llevó las manos a la herida. Habib parecía mareado y se fue a una esquina a vomitar. El resto miraba al Emir, incrédulos.

—Lleváoslas de aquí y llamad a las siervas para que limpien la inmundicia —dijo Abd al-Rahmán con el rostro serio—. Curad a Zinaida, dadle un tónico a Habib y meted a Tarub en sus aposentos, sola.

Antes de que la guardia se encargara de cumplir las órdenes, la griega contempló sus manos ensangrentadas, entre escalofriantes sollozos. Luego salpicó con su propia sangre el rostro de Tarub.

—¡Nunca parirás un hombre, *Turab* ⁸⁹! —le gritó con furia y dolor—. ¡Nunca parirás un hombre! ¡*Turab*, *Turab*!

Los esclavos acataron su cometido. Cuando todo volvió a la calma, la sala quedó en silencio mientras las sirvientas limpiaban los desperfectos.

—¡Tocad otra canción! —ordenó Abd al-Rahmán con el ceño fruncido, y sus músicos obedecieron. Esta vez cantaron sobre las excelencias del vino.

Después, Al Jayr rellenó su copa tras olfatear los cabellos de su concubina.

—Llevabas razón, hermano. —Se dirigió al Emir, mostrando de nuevo su irresistible y blanca sonrisa—. El cristal tiene muchos usos.

[82](#) Baño árabe.

[83](#) Tinte natural de color rojo para cabello, barba e incluso piel.

[84](#) «Laúd». Instrumento de cuerda de origen oriental.

[85](#) África.

[86](#) Francia. Tierra de los Francos.

[87](#) Encargado de la seguridad de la ciudad.

[88](#) Yabir ibn Malik: general cordobés, pacificador de las Tierras de Tudmir.

[89](#) Inmundicia.

CAPÍTULO 10

VINO ESCARLATA, VINO DORADO

Camino del Emir de *Qúrtuba* ,
a la altura de la vieja ciudad de *Raqaubal* .
Al-Tagr al-Awsat (*Marca Media* de Al-Ándalus).
Tamuz (julio), año 4592 (832 d.C.).

Eliyahu estaba nervioso y el traqueteo del carronato no ayudaba a calmar su tensión. Sus ojos pequeños, enrojecidos tras días y noches llorando por su hija, miraban bien abiertos a ambos lados del camino, como si estuviesen esperando algún repentino e indeseado incidente. La brisa nocturna mecía su barba y sus cabellos, blanquecinos y deshilachados, mientras la luna llena facilitaba la visión durante aquella agradable noche. Se pasaba la mayor parte del tiempo con los temores a flor de piel, aunque luego descargaba toda su inquietud echando una ligera cabezada. Los sonidos de los bosques circundantes lo relajaban, casi hasta el punto de dormirse profundamente, pero pronto recordaba el viaje, la caravana y, sobre todo, a Mariam.

«No he podido protegerte con mi oro. De nada me ha servido tanto esfuerzo».

Tuvo que ocultarse durante mucho tiempo y separarse de su querida hija para escapar de las garras del *Buitre Negro*. *Tulaytula* quedaba atrás, y con ella su propio pasado y gran parte de su patrimonio. La esperanza estaba en *Arnit* , pues solo existía una familia que pudiese hacer frente a

Ibn Rustum, mediante la paz o mediante la guerra: los Banu Qasi. Musa ibn Musa y su parentela lo protegerían de la ira del *amir*, tal y como habían pactado, y harían todo lo posible por recuperar a su heredera; además, Fortún, uno de los hijos de Musa, había acordado desposarla por su belleza.

«Y por su dote».

De nuevo, Eliyahu percibió los sonidos de la floresta, y esta vez le erizaron la piel. Varias lechuzas parecían ulular en la lejanía, o quizá era solo una... El sudor frío cayó de sus sienas y recorrió su rostro hasta ser absorbido por su tímido bigote. Una mano reconfortante agarró la suya y, en aquel momento, tuvo conciencia de que no viajaba solo. Escuchó los cascotes de los caballos de su escolta, un grupo de hombres curtidos en cientos de periplos, que rodeaba el cargamento a una distancia prudencial; después, miró hacia atrás, asomándose por un lado del carro, y advirtió las otras dos carretas que lo seguían en caravana.

—Tranquilizaos, mi señor Eliyahu —sonó la voz ronca de su acompañante—. Nada debéis temer. —Su sonrisa parecía forzada, casi cínica, pero ya estaba acostumbrado a ella.

«Ni él ni el resto saben nada. Ni siquiera lo sospechan. Cuando lleguemos a nuestro destino, el salvoconducto nos protegerá».

El judío miró a su compañero, aquel joven con un ojo blanquecino, arropado por linos de *Ilbira*, cuyo manto cubría una calva incipiente y una barba negra y rizada. Desde que Eliyahu había accedido al Consejo Secreto de *Tulaytula*, años después de la *Noche Sangrienta*, *el Tuerto*, apenas un adolescente, lo había servido como espía y mensajero.

«Y sin embargo, todavía no confío en él».

—Al-Aauar —le dijo—, esta es la travesía más dura que he emprendido en mi vida. —La voz le temblaba y se le quebraba—. He dejado tras de mí la joya más preciada, la que me es más cara, y toda mi heredad ha quedado en manos de un *amir* sanguinario. Llevo un cargamento de especias y odres de vino para ganarme la hospitalidad de unos bárbaros. ¿Y dices que me calme? ¿Que nada he de temer?

El Tuerto se frotó las manos cerca del rostro, manteniendo aquella extraña alegría en sus rasgos.

—El hijo de Musa es un hombre peligroso, pero mi señor siempre ha sabido tratar con él. Creo que habéis tomado la decisión correcta, y que la hora de vuestra venganza llegará. La cabeza de Ibn Rustum colgará de la Puerta de los Judíos en poco tiempo. Ellos lo desean tanto como vos.

—La de Ibn Muhayr estará a su lado —matizó el judío—. Jamás pude imaginar que pactaría con ese *Buitre Negro*. Él le abre las puertas durante la noche, él ordena que todos miren hacia otro lado cuando sus hombres cometen sus felonías. No, eso no es tolerable, necesitamos que el pueblo se entere del pacto entre ambos traidores y que deje de apoyar a ese falso gobernador.

—No estoy tan seguro de que las cosas sean tan simples, mi señor —dijo Al-Aauar—. El *amir* comienza a tener sus apoyos en la ciudad. Se dice que ha pacificado a los bereberes de los alrededores, quienes planeaban saquear *Tulaytula*.

—Patrañas —gruñó Eliyahu y escupió hacia el camino entre los meneos del carro—. Otros dicen lo contrario, que los ha unido a su causa para que lo ayuden a tomar la ciudad por asalto.

—En cualquier caso, las tribus no supondrán una amenaza, mi señor. Poco podrán hacer contra los muros y el río. Son alimañas alimentadas de parentesco y de gachas.

Una sabandija se cruzó en el camino y estuvieron a punto de arrollarla con la carreta, por lo que Eliyahu dio un respingo. El escurridizo animal salvaje se deslizó a través de los mulos y el carro, y se perdió por unos matorrales. Uno de los jinetes que custodiaba a la comitiva hizo un gesto para que el judío se calmase, y picó espuelas para adelantarse al resto, sin separarse demasiado del grupo. *El Tuerto* volvió a sonreír tras el incidente.

—Muy oportuno —comentó.

—El respeto a la familia no es algo desdeñable, Al-Aauar, y los bereberes lo poseen. Si todos mis planes se tuercen, ¿a quién crees que podré acudir? Probablemente huya a *Massalia*, donde residen mis primos, los que tantos lujos me compran para vender allí a un valor desorbitado. El *País de los Francos* es un mercado interesante. En la *Marca Superior* no podríamos vender a esos precios.

—Los judíos sois increíbles. — *El Tuerto* se agarró al asiento del carro, debido a un bache del camino—. Habéis crecido como malas hierbas y florecido como hermosas rosas. Si gobernaseis las ciudades seguro que serían más prósperas.

—O quizá solo prosperaríamos nosotros. —Eliyahu enarcó una ceja—. Como ocurre con cristianos y musulmanes. Es verdad que hemos conseguido poder desde el tiempo de nuestros antepasados...

—Ya no hay ferias en sábado —bromeó Al-Aauar.

—De cualquier forma, la vida me ha enseñado, a mi vejez, que la riqueza no puede con todo. —El judío se llevó las manos al rostro—. Ofrecí a Ibn Rustum más dinares de los que él podría conseguir sirviendo al Emir de *Qúrtuba* el resto de su vida, pero eso no quebró su lealtad. A veces, y sólo a veces —enfaticó—, los principios son más fuertes que el oro.

—Todo hombre tiene un precio —afirmó Al-Aauar—, aunque no siempre se paga con monedas.

De pronto, *el Tuerto* frunció el ceño. Olisqueó el ambiente, miró hacia atrás por un lado de la carreta y se topó de bruces con un caballo maloliente, montado por un fornido jinete que hedía peor. El recién llegado portaba un jubón de cuero con tiras de malla oxidadas en el pecho y los hombros, su cabello corto parecía lleno de parásitos. Una horrenda cicatriz cruzaba su rostro, desde la ceja izquierda hasta la barbilla, que dejaba un aspecto leporino en su boca.

«Si alguien intenta hacerme daño, él lo enviará al Infierno».

Se trataba de Leovigildus, también llamado Leo *Cuatrolabios*, uno de los mercenarios mejor pagados de *Tulaytula*. En cuestiones de seguridad, Eliyahu no había escatimado en gastos. Leo pertenecía a una vieja y acomodada casta de espartarios godos, con gran presencia en la ciudad a

pesar de la conquista musulmana. Sin embargo, su condición de segundo hijo y su falta de fe lo habían obligado a ofrecer su espada al mejor postor. Se decía que era el único que se había medido como igual al rebelde Al-Darrab y había sobrevivido para contarlo, si bien el herrero había dejado aquel ingrato recuerdo en su cara. Alguien había contratado sus servicios para acabar con la insurrección en sus primeros tiempos; empero, el intento había sido infructuoso. A pesar de que la partida de Leovigildus quedó diezmada, poco a poco volvieron a acudir hombres a su causa. Ahora, muerto su antagónico rival, su reputación era incluso más temida.

«Tiene muy descuidado al andalusí que le regalé. Cualquiera en su sano juicio atendería a semejante montura mejor que a su esposa».

El Consejo Secreto lo había agasajado con dones y le había pagado más que Ibn Rustum, por lo que Leovigildus se había encumbrado como la espada protectora de la ciudad; con todo, Eliyahu lo necesitaba ahora cerca de él, al menos hasta que llegaran a *Arnit*.

—Mi señor, nos acercamos a las *Piedras Antiguas* —dijo Leo con la voz más grave que el comerciante había escuchado. Su aliento apestaba a vinagre—. Hay una atalaya varias millas hacia el noreste, pero no vemos fuego en su cúspide. —Su marcado e inexpresivo rostro se torció en una mueca, que Eliyahu interpretó como extrañeza.

—¿Hay peligro? —Al-Aauar se inquietó.

—Siempre lo hay —dijo el mercenario sin mirarlo a la cara. No sabía si el extraño tono de su voz se debía a la cicatriz o al vino—. Envié a dos hombres para que se adelantasen y oteasen los anejos de la vía...

—Bien —interrumpió Eliyahu, con las palmas de las manos sudadas—. Toda precaución es poca en estos caminos.

—El problema es que tendrían que haber regresado hace tiempo —explicó *Cuatrolabios*.

Apenas tuvieron tiempo de preocuparse pues, tras haber alcanzado la cumbre de una liviana colina, la caravana divisó a su lado los enormes y ancestrales bloques de piedra que se erigían hacia el cielo, en círculo, desgastados por el pesado paso de los años. Se asemejaban a un arcano sanedrín reunido en las sombras.

«Testigos del pasado. Si las piedras hablasen quemaríamos los pergaminos».

El camino continuaba y se adentraba en una arboleda en la lejanía. Dos grandes hayas daban la bienvenida a los viajeros hacia sus profundidades y, tras aquella, la vía se extendía hacia el oscuro horizonte, amparada por una solitaria atalaya que parecía un gigante inerte. Al bajar hasta el pequeño valle, los tres hombres se miraron entre sí y comprendieron que la floresta que se alzaba ante ellos era un lugar propicio para una emboscada.

—Avanzaremos hasta las lindes y acamparemos a un lado de la vereda —dijo Leo con estoicismo—. Reanudaremos el viaje cuando amanezca. Antes, me llevaré a unos cuantos hombres y exploraremos el bosque.

—Es muy peligroso —advirtió Eliyahu—. No debes arriesgarte.

—¿No oléis algo raro? —comentó Al-Aauar.

—¡Bajad de los caballos! —vociferó *Cuatrolabios* a sus hombres, pero era demasiado tarde. La saeta partió desde la colina, surcó la noche con su punta de fuego y se clavó en el suelo, donde prendió un gran círculo de aceite de piedra. Las monturas se encabritaron y sus jinetes cayeron, mientras que las carretas crujieron y las llamas anaranjadas rugieron en un estruendo. El caos se apoderó del grupo que protegía la caravana, y la mayoría se arrastraba por el suelo con los rostros iluminados por la flama. Muchos de ellos rodaban para evitar ser aplastados por los caballos, que huían despavoridos de la prisión ígnea. Los mulos hicieron volcar dos de las carretas con sus ansias por escapar de las ligaduras, por lo que Eliyahu degustó el sabor de la tierra y la sangre en su boca. Cuando el carro se arrastraba hacia él para aplastarlo, *Cuatrolabios* cortó apresuradamente las cuerdas que ataban a los animales de tiro y los liberó, de manera que el judío quedó a salvo.

Los hombres se quejaban, echados por tierra. Leo organizó rápidamente a varios subordinados y, cargando a Eliyahu con sus propios brazos, dejaron atrás las llamas para caer en una andanada de flechas. Los dardos atravesaron piernas y costados, provenientes de ambos lados del camino; mientras las saetas volaban, a Eliyahu le pareció escuchar risas incontrolables en la lejanía.

«Quieren que nos adentremos en el bosque», advirtió el comerciante, quien agarró el brazo de Leovigildus con fuerza cuando puso rumbo hacia las hayas.

—¡No tenemos alternativa! —gritó el mercenario dejando a su señor en el suelo—. Puede que haya más allá, pero nos protegeremos de sus flechas.

Eliyahu miró hacia atrás buscando a Al-Aauar, aunque no había ni rastro de él. De pronto, mientras corrían, varios bandidos, armados con filos oscurecidos con hollín, cayeron sobre ellos. Se libró un combate encarnizado en el que Leo abatió fácilmente a dos enemigos con su espada, cortando sus cuellos. Un hombre con un parche en el ojo se acercó a Eliyahu con un cuchillo ensangrentado. *Cuatrolabios* se interpuso entre ellos, desvió la hoja y abrió en canal la garganta del atacante.

—¡Eudaldus! —aulló alguien. Cuando se escuchó la voz, las carcajadas cesaron. Una flecha surcó el aire, rozó el brazo de Leo y se incrustó en el estómago del judío, quien sintió una punzada penetrante de dolor, se mareó y cayó al suelo de rodillas.

—¡Vamos, mi señor! —instó Leo—. ¡Tenemos que salir de aquí!

El mundo daba vueltas alrededor. Eliyahu vomitó y contempló el líquido escarlata iluminado por el fuego y la luna. Un incómodo silbido le atormentaba las sienes, y su corazón latía con insistencia y retumbaba en su cabeza, como el trote de un andalusí. Las fuerzas comenzaban a abandonarlo, quería incorporarse pero le era imposible: sus piernas no le obedecían.

«Me estoy muriendo...».

Volvió a ser levantado bruscamente por Leo. Lo cargó como un fardo en los hombros, a pesar de

la saeta clavada, y avanzó de nuevo hacia la entrada del bosque. El dolor era insoportable. Eliyahu pudo discernir entre su borrosa visión a varios bandidos más que habían acudido a la lucha, quienes combatían ferozmente contra los desorientados custodios supervivientes.

Al llegar ante las hayas, de cada una colgaba un ahorcado que se mecía con serenidad ante la brisa nocturna. Ambos vestían las ropas de los batidores de Leo.

—Son mis adelantados —pensó *Cuatrolabios* en voz alta—. ¡Maldita sea!

Recostó a Eliyahu sobre uno de los árboles, se dio media vuelta y blandió su espada. Allí, varios hombres, desafiantes, lo rodeaban con sus cuchillos.

El círculo de fuego se consumía, los lamentos de los heridos inundaban el ambiente y un jinete solitario escapaba hacia el sur. Los bandidos parecían haberlo ignorado y se centraban en Leovigildus y Eliyahu.

—Solo sois cuatro —advirtió el mercenario, extendiendo su hoja—. He acabado con más hombres a la vez, y vosotros no llegáis a perros.

Tras el aviso, unos crujidos de ramas se escucharon a sus espaldas y Eliyahu advirtió a un individuo vestido de monje que se acercaba, con parsimonia, desde el bosque. Era flaco, menudo, con una cara de roedor que al tembloroso judío le resultó familiar. Leo se pegó al costado del otro árbol, para mantener a la vista a todos los presentes.

—Una cálida noche —comentó el sacerdote recién llegado—. Demasiado triste, y aun así necesaria.

—Pienso tonsurar tu cuello como no te apartes —dijo *Cuatrolabios*—. Ya lo he hecho con tres de los vuestros...

—¡Qué descortés! —El religioso caminaba con tranquilidad hacia las hayas, protegido por las sombras del bosque—. Sobre todo de alguien que tiene a la Muerte tan cerca.

El mercenario no amenazaba dos veces. Elevó su espada para arremeter contra el extraño encapuchado, pero de repente cayó sobre él uno de los ahorcados desde arriba. El cadáver portaba una daga que incrustó en el cuello de Leo, y amortiguó la caída con el propio cuerpo de la víctima. Los ojos de Eliyahu se abrieron de par en par cuando contempló el rostro del muerto que había acabado con su protector.

—¡Tú! —gritó el judío, incrédulo, entre lamentos—. ¡Demonio de las sombras! ¡Calamidad de mi casa!

El ahorcado limpió la daga con su propia capa y comenzó a rasparse el tizne del rostro con las manos.

—Nunca has sido de mi agrado. —Negó con la cabeza al verle la herida—. Pero esto ha sido desafortunado.

—Así es —lo secundó el sacerdote—. No debería haber pasado de esta manera. Los designios del Señor son inescrutables —afirmó con condescendencia.

—Debemos darnos prisa —dijo otro de los jóvenes bandidos—. Hay que quemar los cadáveres y llevarse las carretas.

Eliyahu no pudo resistir el dolor y gritó con fuerza. Se retorció en el suelo y sintió como varios brazos lo sujetaban y lo arrastraban hasta los carros. La imagen de su hija lo embriagó en aquellos momentos, a pesar de que apenas mantenía la consciencia. Lo tumbaron cerca de hombres caídos, en un lugar donde todavía se respiraba el olor aceitoso y ahumado del ambiente.

—Monje, ¡son toneles! —se quejó otro que parecía cojear—. ¡Hemos sangrado y perdido a compañeros por unas barricas de vino! —Dio una patada al recipiente desde el interior de la carreta y cayó rodando hasta detenerse cerca del religioso. Este tomó un hacha de un forajido que cojeaba y propinó un tímido golpe en la madera, que apenas infligió un rasguño al barril. Luego dio otro hachazo, y otro, hasta que un hilillo de vino escarlata resbaló entre las astillas y formó un pequeño charco en el suelo. El propietario del hacha se la arrebató y, con gran ferocidad, hendió más el recipiente, hasta que los borbotones de vino cesaron y el líquido quedó en calma. El siguiente impacto provocó un traqueteo metálico, y del interior de un saco empapado fluyeron unas monedas brillantes y se desparramaron por el suelo.

—¡Vino dorado! —gritó el cojo, cuyos dientes apenas asomaban de sus encías—. ¡Prefiero el vino dorado!

Las risas y vítores reemplazaron el enfado de los presentes. En ese momento, el mundo giraba más deprisa para Eliyahu, y perdió la consciencia por unos instantes. Cuando despertó, los bandidos ya habían comprobado su botín en cada carreta, y algunos se revolcaban en oro junto a los cadáveres y los restos quemados del aceite de piedra, como en un sueño más allá de toda esperanza. Otros, sin embargo, lloraban silenciosamente a sus compañeros caídos.

Entre tal jolgorio, el joven de rostro tiznado hizo llamar con la mirada a uno de sus hombres, quien examinó al comerciante y chascó los labios en señal de que poco se podía hacer.

«Me muero, y la dejo en este mundo sola y desamparada. He fracasado como padre y como miembro del Consejo. He antepuesto mi egoísmo y mi ambición a mi hija. Me muero sin poder remediar nada...».

Eliyahu agarró a Álvar por el brazo y, con los ojos inyectados en sangre, lo acercó hacia sí.

—Cuida de ella —le suplicó. Y todo se ennegreció para él.

CAPÍTULO 11

EL RAPTO DE HELENA

Inmediaciones de *Toletum* ,

Marca Media de Al-Ándalus.

Julio de la Era 870 (832 d.C.).

No fue fácil separarse de ellos, sobre todo de Khalil. El momento que tanto había deseado se convirtió en agridulce. El asalto a la caravana del judío había procurado una pequeña fortuna a cada integrante de la banda, incluso después de pagar al sacerdote. Los supervivientes decidieron comprar una pequeña tierra y cultivarla junto a sus mujeres. A las demás libertas, Álvaro les procuró el dinero suficiente como para que empezasen una nueva vida, allá donde el destino se la tuviese reservada. El joven líder, a pesar de la muerte de Eudaldus *el Tuerto* y otros tres allegados, estaba satisfecho: Al-Darrab habría estado orgulloso de ellos. Le agradaba que sus hombres abandonasen las labores de bandidaje y, por otro lado, debía cumplir su promesa y volver a *Toletum* para desposar a Mariam. La riqueza que había conseguido le permitiría vivir con soltura en cualquier emplazamiento septentrional, lejos de la frontera, en tierra de los cristianos. El dilema que empañaba tanta felicidad era si contarle o no a su futura mujer que su padre, Eliyahu, había fallecido desafortunadamente a manos de sus hombres. En principio, decidió obviarlo para evitar problemas, aunque más tarde pensó que un matrimonio se debía a la verdad. Aquello le producía un nudo en las tripas.

—Nada te queda aquí, Álvaro —le había dicho Eligius—. Debes acompañarme hacia el norte, donde te espera tu destino y tu redención.

—Sólo pretendo descansar y ser feliz. Ya que no puedo lavar la sangre de mis manos, al menos cumpliré la última voluntad de un moribundo. Iré al norte, pero no contigo —concluyó, antes de despedirse del monje.

Álvar se acercaba a *Toletum*, cabalgando el hermoso andalusí de Leo *Cuatrolabios*, que había conseguido como botín. La montura lucía un semblante espléndido tras los cuidados de Atrius *Dienteslargos*, y resultaba muy agradable a las riendas. Caía una llovizna veraniega mientras las copas de los árboles oscilaban con la brisa de la tarde. Evitó, en la medida de lo posible, la vía principal, y tomó el sendero que cruzaba un bosque despejado, pleno de esa pureza natural repleta de matices discordantes: el olor a tierra húmeda mezclada con piñas inertes, las refrescadas heces de lobos y jabalíes, las repentinas bandadas de pájaros y, de vez en cuando, el silencio solo quebrado por la caída de las gotas de agua y los cascos del corcel.

«Es una bendición que llueva en este tiempo».

Cuando la lluvia cesó, hizo una leve parada bajo unos frondosos árboles. Entre sus fardos portaba un hatillo con libros, regalo de Cletus, su mentor. Su preferido, la *Ilias*, narraba la vieja Guerra de Troya. Le tenía un cariño especial, pues con aquella obra había aprendido a leer junto con la *Eneida*.

«Has de reconocer la valentía de Héctor, *Pelida Aquiles*», pensó mientras abría el tomo.

Tras un rato de agradable lectura, y una vez hubo comido algo de carne desalada, prosiguió su viaje. Cuando la floresta se abrió, aceleró el trote y se adentró en el camino que llegaba a la ciudad. Alcanzó el arrabal y respondió a un par de preguntas sin demasiado recelo: unos *dirhams*² a los guardias abreviaron su entrada y acallaron la curiosidad. No obstante, maldijo al ver cómo

llamaba la atención su caballo por su elegancia y brío. Desde aquel barrio, la muralla presentaba un aspecto imponente. Algunos soldados la recorrían con monotonía, arcos a la espalda y charla distendida.

Simón era un hombre acomodado en *Toletum*, viejo vendedor de mentiras y comprador de voluntades, guardián de los mejores quesos y vinos del lugar, con la complacencia, previo pago soterrado, de las autoridades. Como no podía ser de otra forma, ofrecía sus tesoros fuera de la *madinat*, precisamente en aquel arrabal. La hostería que regentaba su costilla, Julia, tenía una pequeña taberna en la misma planta. Era el peor antro que podía encontrarse por los alrededores, frecuentado por malhechores y vividores, y sitiado por mujeres de dudosa moral.

Cuando Álvar se acercó a las puertas de la lonja, un par de mozos se llevaron a su andalusí a unos ridículos establos que normalmente se encontraban vacíos.

—Lo que le pase al caballo os ocurrirá a vosotros. —Tras advertir a los muchachos en tono gélido, asintieron con temor y no necesitaron musa alguna para loar cuánto bien recibiría la bestia.

Un trueno se escuchó en la lejanía. Una vez hubo abierto la puerta de aquel tugurio, los espesos humos le hicieron fruncir el ceño, pero sintió el calor del hogar en su rostro y agradeció a los hados haber llegado sano y salvo a un lugar como aquel, tras tantas jornadas de viaje en solitario. A primera vista, sólo había un comensal, por lo que no se preveía gresca. Los olores a guiso de perdiz y a jamón asado le hicieron regresar diez años atrás, cuando era un mocoso que jugaba por aquellas callejuelas, tirando piedras a las rameras e insultando a un pobre retrasado que, tras enfadarse, corría hacia ellos como un torbellino. Echaba de menos los juegos en el río, las noches de verano junto a Mariam y las excitantes internadas en las ruinas subterráneas de la ciudad.

«Qué poco tiempo tuve para ser niño...».

También recordó las tardes aprendiendo el arte de la forja junto a Al-Darrab, y las duras lecciones de *trivium* impartidas por el *pater* Cletus, que ahora sabía valorar.

Afuera, la lluvia comenzó a caer con fuerza y un relámpago iluminó el arrabal.

«Por Santa Leocadia, ¡la que está cayendo y es verano!».

Álvar deseó más que nunca un caldo de gallina y un mendrugo. Se despojó de la capa y dejó lucir su estropeado justillo de cuero sobre la camisa gris de lino. Al cinto solo llevaba su daga; además, oculta bajo la ropa, bien doblada para que no tintinease, reposaba su bolsa con las monedas. El resto de los fardos los aglutinaba en varios hatillos que dejó caer sobre una de las mesas.

—¿Qué va a ser? —Escuchó una voz madura y femenina a sus espaldas.

Observando a Julia, se diría que no hubo carestías desde el nacimiento de Cristo. La morena mujerona, amplísima de pecho y panza, era amante del buen yantar y, por tanto, había desarrollado unas artes culinarias dignas de la escuela de Ziryab. Al tener menos recursos, su habilidad tenía más mérito, aunque Álvar nunca había tenido el placer de probar las exquisiteces cordobesas.

—Cena, tinaja y techo —respondió Álar. La dueña dio un silbido y una moza feúcha, con el cuero cabelludo comido por la tiña, subió a la planta de arriba para preparar la habitación.

«Pobre chica».

Las hijas de Julia, Vera y Paula, eran otro cantar. Sus gráciles contornos y perfumados fondillos, congraciándose con una bella dentadura, levantaban asiduamente las envidias, los deseos, los odios y las entrepiernas de los parroquianos.

Cruzó la taberna y advirtió al extraño cliente que degustaba un plato de gachas de trigo, sentado en la misma mesa que el dueño. Se plantó junto a ellos, quienes lo escrutaron con hosquedad; incluso las hijas, que regresaban de la cocina con pan recién horneado, sintieron interés por el desconocido. Él encaró a Simón y lo saludó cortésmente.

—¿Cuánto costará el forraje para la bestia que he dejado en tu establo?

—Por tu aspecto, diríase que no puedes pagarlo —contestó el patrón rascándose la barba—. Sin embargo, hay muchos hombres ricos que se hacen pasar por pobres. Seas lo uno o lo otro, me conformo con un par de dinares por todos los servicios, que como están los tiempos ya son bien recibidos. Eso sí, por adelantado. Y sé bienvenido a mi posada, seas rico, pobre o lo que seas.

—Te pagaré tres si mi andalusí come y descansa tan bien como tus hijas. Soy un hombre de fuera, ni rico ni pobre, sino curioso. Necesito información.

—Si tratas tan bien a tus informantes como a tus caballos has llegado al lugar indicado, curioso hombre de fuera. —Simón sonrió con cierta sobreactuación.

Álar rebuscó entre su ropa, hurgó dentro de su bolsa y palpó una, dos, tres... hasta siete monedas, y las colocó cerca del plato de gachas bajo su mano abierta. El comensal se detuvo un momento, lo miró a los ojos con cierto reproche y continuó comiendo como si tal cosa. El muchacho empujó tres monedas con el dedo índice, una tras otra, hasta el patrón y mantuvo el resto custodiado por su palma. Simón cogió los dinares y los observó con recelo.

—¿Tú qué dices, Ciprianus...? —Siguió observando el pago—. ¿Crees que son falsas?

El acompañante acabó la última cucharada y apartó el plato. Eructó con discreción, tomó una de las monedas y la escudriñó como un relámpago.

—Estas son más honestas que tu madre —dijo con cierta generosidad. Con las boqueras llenas de gachas, miró a Álar—. ¿Dónde las has conseguido?

El cabello oscuro y liso bien cortado, el afilado rostro aquilino con piel suave y barbilampiña... Olía a especias raras, mezcladas con sudor y cera de vela.

—Sí —afirmó Simón—, con varias de estas me podría hacer un anillo como el del obispo Wistremirus. ¡Jo, jo! Dicen que fundió el viejo cáliz y el copón de los godos para forjarlo, pero claro, ya se sabe cómo es la gente...

—Charlatana —interrumpió Ciprianus—. Pero he hecho una pregunta a tu invitado. —La mirada serena, de ave rapaz, se clavó en su presa.

—En la *Marca Superior* —se limitó a decir Álvar—. He vendido una pequeña tierra a unos monjes para que funden.

Ciprianus arqueó una ceja. Álvar sabía que, por alguna razón, el comensal había reconocido el oro de Eliyahu, aunque no hizo comentario al respecto. Aquello lo incomodaba.

—Así que eran tuyas las tierras —dedujo Ciprianus con simpleza—. Eso te hace distinguido; pero... ¡nunca te fies de los beatos! Ese ha sido y será el mejor consejo que yo pueda ofrecerte. Seguro que los monjes pagaron menos de lo que valía el parterre. Siéntate y comparte esta mesa conmigo, que yo te contaré algunas historias de mis viajes por el sur, el levante y la propia Roma. ¡Son tantas las maravillas que he contemplado! Pocos podrían decir por aquí que han estado junto al Papa y que a la vez han probado los mejores burdeles que hay en las siete colinas. ¡Incluso he visto a Al-Balansí matar a un toro de un golpe de espada!

El repentino cambio de actitud del mercader elevó la cautela de Álvar, pero decidió seguir con el juego.

—Parece que tienes mucho que contar —admitió—. No tengo inconveniente en tomar unas jarras de vino y degustar algo de queso contigo.

Y así, tras presentarse el recién llegado como “Severus”, uno relatando y otro escuchando, devoraron todo un añejo regado con tinto, junto a un pan de hogaza bien tostado y crujiente. El guiso de perdiz y el jamón tuvieron que esperar.

Ciprianus se dedicaba al comercio de telas y materiales exóticos; cuando acabó de narrar sus periplos, comentó el asalto a su caravana por parte de unos bandidos poco antes de llegar a *Toletum* y realizó un exhaustivo y peculiar recuento de las pérdidas con rabia y amargura. Sus historias habían sido entretenidas, algo exageradas y al final, aunque la bolsa de Álvar seguía bajo su ropa, el toledano acabó por pagar las dos cenas.

—Las vías están repletas de malhechores —intervino Simón, que no había parado de mirar las monedas que aún reposaban sobre la mesa—. Cuanto más al norte, peor.

—Cierto —confirmó Álvar, subiendo y bajando la cabeza varias veces—. Es peligroso aventurarse por los caminos sin la protección adecuada.

—A veces no es suficiente —matizó el lonjero, levantando el dedo índice—. Puedes darte por afortunado, pues aún puedes llenar la panza. Incluso Leo *Cuatrolabios*, la mejor espada de la ciudad, cayó hace poco a causa de un grupo de ladrones.

«Antes era un héroe griego y ahora me llaman ladrón».

—Los Príncipes de *Corduba* viven como Reyes de Oriente. —Ciprianus se quejó amargamente—. Mientras, sus tierras son saqueadas por mendigos e indeseables. ¿Quiénes pagan por su indiferencia? Los pobres habitantes de las marcas y honrados mercaderes como yo.

Se hizo el silencio y se apuraron las jarras.

—Y bien, Severus... —El dueño volvió a sonreír, esta vez afablemente—. ¿Qué información estás buscando?

—Dicen que hay una mujer muy hermosa en la ciudad. —Álvar sujetó el recipiente vacío cerca de sus labios—. Se trata de la hija de un judío llamado Eliyahu...

—Ah, ese que murió precisamente a manos de los mismos que mataron a *Cuatrolabios* —comentó Simón—. Dios lo tenga en su gloria —alzó las palmas de sus manos—. Puede que fuera un tacaño, pero era toledano.

—Busco a esa mujer para ganar su dote. —Álvar simuló dar un sorbo al inexistente vino, manteniéndose frío, sin emociones.

— ¡Jo, jo! —El dueño rio con ganas—. Celebras calendas y estamos en nonas. Esa mujer ya está casada.

El añejo y el tinto se empezaron a convertir en cicuta.

—¿Estás seguro de eso?

—¡Y tanto! Se llama Mariam, ¿verdad? Su orfandad ha sido muy comentada. Muchos solteros de toda clase la pretendieron pero, cuando se metió otro de por medio, perdieron rápidamente su interés. Su marido es alguien bastante persuasivo con un filo en la mano. Primero corta y luego habla. —Simón hizo un gesto con el brazo para simular el tajo de una espada—. Se trata de Tamán ibn Qaisar, un comandante del *Buitre Negro* .

«Cuida de ella... —Las palabras de Eliyahu acudían a su mente—. Cuida de ella...».

»Lo cierto es que el susodicho administra ahora la *munyat* que Eliyahu tenía en las afueras — continuó el lonjero—. No sólo ha ganado una preciosa mujer, sino una más hermosa dote.

No podía ser cierto. Todos aquellos años de bandidaje, de crímenes, escondido como un vulgar *bagauda* ²¹, habían tenido sus consecuencias. Cuando al fin consiguió los medios para sacarla de allí y comenzar una nueva vida en el norte, alguien la había desposado. El corazón comenzó a latirle con fuerza, los rostros de sus acompañantes se nublaron, no pudo reaccionar ante la sonrisa delicada de Vera mientras rellenaba la copa de su padre.

«La rescataré. La arrancaré de las garras del Demonio si fuese necesario».

—Severus, ¿te encuentras bien? —Ciprianus colocó una mano en su hombro.

—Debe ser el cansancio del viaje y... Y el vino. —Sonrió lo mejor que pudo—. Tenéis que disculparme.

De pronto, se abrieron las puertas de la lonja y un grupo de cuatro personas se adentró en el local. Todos reían a causa de alguna broma, mientras se quitaban sus capas y las colocaban junto al

fuego. Uno de ellos, de porte más digno y cabellos mejor cuidados, que vestía los ropajes más ostentosos, dio un respingo cuando se topó con Álvaro. Su rostro demudó del asombro a la afabilidad.

—¡Álvarus Severus! —dijo el visitante—. ¿Cuánto hace que no te veo? ¿Un par de años quizá?

No podía ser cierto. La noticia sobre Mariam quedó en segundo plano cuando apareció ante Álvaro el traidor más ruin que había conocido, un ser despreciable cuya perfidia acabó con una partida de buenos hombres, incluido su padre adoptivo. El resto del mundo desapareció para Álvaro y solo estuvieron los dos, uno frente al otro, con el odio como aire para respirar.

—¡Ibn Muhayr! ¡Perro carroñero! —Álvar desenvainó su daga y los hombres que rodeaban a su interlocutor hicieron lo propio. Julia y sus hijas se refugiaron en la cocina, y tanto Simón como Ciprianus se mantuvieron al margen, cautos.

—¡Menudo saludo tras tanto tiempo! —dijo el viejo miembro de la banda de Al-Darrab—. ¡Quién diría que hemos combatido juntos a las huestes del *Buitre Negro* y hemos vivido para contarlo! — Los custodios de Ibn Muhayr se colocaron ante él, con miradas amenazadoras y hojas afiladas.

—¡Tú has sobrevivido, desde luego! —le reprochó Álvaro—. Nos vendiste a *Corduba*, mataste a Hashim y te encumbraste como gobernador de un lupanar... ¡Pactaste con Ibn Rustum!

—No te confundas —dijo Ibn Muhayr. Apartó a sus hombres y se colocó frente a su antiguo compañero—. Por supuesto que tuve que pactar con él, pero así evité una matanza. La gente lo sabe y, aunque algunos cierran sus puños a mi paso, muchas fieles esposas y buenas madres me lo agradecen. La causa de Al-Darrab estaba perdida, ¿pretendías que me quedase cruzado de brazos viendo cómo nos masacraban, nos capturaban y nos crucificaban en cualquier puente? Yo amo a mis hermanos, Álvaro. Hashim perdió la cordura y tuve que poner remedio.

—¡Lo mataste! —gritó Álvaro, quien acercó la daga a la garganta del gobernador. Cuando sus guardianes se dispusieron a actuar, Ibn Muhayr los detuvo con un gesto y permaneció, desafiante, con su cuello sobre el gélido metal.

—¿Por quién me tomas? —Se ofendió—. Es cierto que lo delaté a los cordobeses para salvar al resto. Él mató a quienes me apoyaban para entregarlo, aunque yo hui antes de que me alcanzase. Lo reconozco, me porté como un cobarde, pero ¿quién podía hacerle frente? Algunos preferimos vivir tras la rendición que morir con orgullo. Luego llegué a la ciudad y fui nombrado gobernador por aclamación del pueblo, como en las viejas historias. Soy el pilar sobre el que se sustenta esta ciudad, no lo olvides. Si haces que caiga, todo caerá conmigo.

—¿Gobernador? ¡Más bien lacayo de *Corduba* ! ¡Te has encumbrado traicionando a Al-Darrab y vendiendo tu alma al Emir! Todas las vidas que has salvado no valen ni la mitad de la de Hashim. ¡No voy a perdonarte nunca!

—Eres un cínico, Álvaro. En el fondo, sabes que yo no lo hice. Sin embargo, cuando murió, el ejército de Ibn Rustum no había llegado todavía a nuestra guarida. Tú habías desaparecido hacía unos días, así que ¿quién dice que no lo hiciste tú?

—¡Por Santa Leocadia, era como mi padre! ¿Por qué iba a hacerlo?

—Esa misma pregunta podría hacerla yo. —Ibn Muhayr arqueó una ceja—. Piénsalo bien, Álvar... Yo ya lo había traicionado, su vida estaba en manos de Ibn Rustum, sus huestes lo tenían rodeado. ¿Para qué arriesgarme? ¿Me crees capaz de matar a un hombre como él? ¡No soy un sicario como tú!

«Maldito perro carroñero... Tuvo que ser él...».

—Eres un maestro de mentiras, un charlatán —acusó Álvar—. Si no fue tu mano la que esgrimió la hoja, seguramente pagó a alguien para que lo hiciera. No mereces seguir respirando.

—Si apartas tu daga, mis hombres no te matarán. —La propuesta del gobernador fue expuesta con calma—. Dejaré que te vayas de la ciudad... Por los viejos tiempos. Pero, si vuelves alguna vez, serás ejecutado públicamente y recordado como el hombre que mató a Al-Darrab.

Álvar sopesó la situación. Deseaba con todas sus ganas incrustar la punta de su arma en la garganta de aquel lenguaraz, aunque sabía que después le llegaría la muerte. Cuatro hombres habrían sido un problema incluso para Hashim.

«No tengo alternativa. Debo vivir por Mariam».

Tomó a Ibn Muhayr como rehén hasta la puerta, tras recoger los hatillos y, una vez en el umbral, lo empujó hacia sus custodios. Cuando salió a la calle, se escuchaban las voces de Ibn Muhayr.

—¡Yo no fui, Álvar! ¡Yo no fui!

El fugitivo llegó a los establos y se topó con un grupo de chiquillos mugrientos que reían a carcajadas. Uno de ellos incordiaba a la montura, golpeándola con una vara flexible y volviéndose hacia el resto con cara de bobalicón. Álvar se acercó raudo y lo cogió del pecho, ante los gritos de los demás, para estamparlo contra las maderas que hacían de pared del cobertizo. Tenía ganas de matarlo, de pagar con sus entrañas toda su frustración. El niño se orinó encima e intentó en vano mascullar unas palabras.

«Por Santa Leocadia, es un maldito crío. El caballo está bien y este pobre desgraciado no tiene culpa de nada...».

Acabó por soltar a su presa, que parecía portar las *talarias*⁹² de Mercurio en manos y pies cuando huyó junto a sus compinches. Después, Álvar afianzó rápidamente los fardos en la grupa y cabalgó hacia las afueras, rumbo al sur.

* * *

La tormenta veraniega continuaba. Al llegar a la *munyat*, esta parecía desolada. En plenas *maitines*⁹³, apenas se avistaban unas pocas luces en su interior. Los huertos y la entrada debían de estar vigilados, por lo que Álvar decidió dejar su andalusí en las inmediaciones y arrastrarse entre las sombras mientras daba un rodeo, evitando así el viejo roble y el camino de olivos que llevaba hasta la puerta, para acceder a la edificación desde una cerca posterior.

«No necesitaré el arco, sino un milagro».

Una vez dentro de la finca, se acercó a la vivienda y echó un vistazo a su alrededor. La estancia de Mariam debía de ser la que solía ocupar su difunto padre, la más grande, en la segunda planta. Escalar hasta ella no iba a ser fácil, por lo que tuvo unos momentos de duda. Cuando alcanzó la pared trasera, reptó hasta uno de los laterales y se asomó para otear la fachada principal. Los ronquidos de los trabajadores se escuchaban desde varias casuchas de madera construidas en las cercanías.

«No hay nadie. Por alguna razón, no necesitan guardias, o están escondidos».

Empapado, tomó barro del suelo con las manos y se embadurnó el rostro. Echó la oscura capucha sobre su cabeza y continuó hasta el portón sin llamar la atención: la noche tormentosa era su aliada.

«Cerrado, por supuesto».

Sin embargo, un estrecho ventanuco daba a un patio cubierto. Álvar no era corpulento, por lo que no tuvo problemas para adentrarse en la *munyat*, pero lo hizo lentamente, evitando siquiera que las estrecheces provocasen ruido alguno. En el interior, varias criadas charlaban en una de las habitaciones que hacían esquina, y un hombre enorme que le daba la espalda parecía meditar bajo la techumbre, apoyado en una columna. El intruso avistó la escalera que subía a la planta superior y tuvo que pasar junto al descomunal varón que masajeaba sus muñecas y miraba a los cielos, pensativo. Una gran espada colgaba de su cinto, en una funda decorada con bendiciones coránicas.

«Este toro contemplativo debe ser el marido. Ahora podría matarlo aunque, si hubiese algunos hombres armados cerca, todos acabaríamos en el Tártaro».

Aguantó la respiración y fue subiendo escalón tras escalón, mirando hacia posibles lugares desde los que podía ser descubierto pero, sobre todo, observando a aquel verraco de brazos como troncos de árbol.

«¿En qué estará pensando ese patán? Ya voy Mariam, nos iremos pronto. Los hados nos deben ser propicios hoy». De repente, le vino a la cabeza la historia de Paris y Helena. «Éste debe ser más grande que Menelao».

Alcanzó la planta alta de la casa y se internó por un pasillo. Antes de lo esperado, dilucidó en una de las habitaciones, entre los oscilantes resplandores de las lámparas de aceite, la silueta de una mujer desnuda que se colocaba ropajes de cama. Echó hacia atrás su embozo y cruzó el umbral de la puerta; cuando caminó como un gato hacia ella, se dejó ver. A la joven se le cayó un peine de las manos. El colchón de plumas amortiguó el sonido. Álvar colocó un dedo en sus propios labios, pidiéndole silencio mientras se acercaba. El corazón le latía con fuerza, había pasado mucho tiempo. Por fin la tenía ante él, hermosa y radiante tras su baño nocturno, con el perfume de manzana inundando su alrededor. Aquel momento había sido tan lejano para él que apenas creía estar fuera de un sueño.

—Ya estoy aquí, amor mío —le dijo a Mariam en voz baja—. Nos vamos.

La muchacha se echó sobre él con lágrimas en los ojos, y se abrazaron con fuerza. La separó de él con delicadeza y la besó en los labios, sintiendo su calidez y la suavidad de su piel. Ella no le respondió: seguía sollozando.

—Tenemos que marcharnos —susurró Álgvar con premura.

—Has tardado mucho tiempo —murmuró la muchacha—. Te he esperado demasiado...

—Lo sé, lo sé. Nada ha sido fácil, he pasado los peores momentos de mi vida, pero ya estoy junto a ti. Ni me imagino lo que habrás soportado tú, amor mío. Cuando me enteré de que estabas casada...

—No he sabido nada de ti durante tantas noches...

—Mis cartas —dijo Álgvar, intentando consolarla—. Mariam, te pedí que me esperases una y otra vez.

—Mi marido me las enseñó, me mostró tus mentiras y tus falsas promesas.

«Te esperaré hasta más allá de la muerte».

—No hay tiempo para esto. —El rostro del joven se endureció—. Ya hablaremos cuando estemos a salvo.

—Yo ya estoy a salvo, Álgvar. Estoy casada con un buen hombre que vela por mí y por la herencia de mi padre... ¡A quien tú mataste!

«Cuida de ella».

Los ojos de Álgvar se posaron en los de Mariam. Los cálidos soles de verdor se habían transformado en dos gélidas esmeraldas que lo contemplaban con dureza. Los labios carnosos estaban entrecerrados y los puños apretados junto a las caderas. En aquel momento, todo cuanto él había sido se desmoronó. Los años de fatigas, muerte y sufrimiento; los pecados cometidos, a costa de su propia moral; el esfuerzo por una nueva vida junto a ella, más allá de la frontera norte, para darle un futuro de paz y felicidad. Nada tenía sentido.

«Te esperaré hasta más allá de la muerte».

—¿Por qué? —preguntó él—. ¿Por qué no has esperado el mismo tiempo que yo?

—Tenía miedo y no te tenía a mi lado. —La voz de la judía mostraba más reproche que arrepentimiento—. Tamán es un gran hombre, pero si me entregué a él fue porque, en el fondo, tuve que elegir. O nosotros, o yo. Pensé en mi propia vida, en mi futuro sin el padre que me arrebataste. Porque tú no estabas.

«Cuida de ella».

—Las ramerás se venden por necesidad y tú lo has hecho por egoísmo. ¿En qué lugar te dejan tus actos?

Mariam lo abofeteó con rabia, arrancando barro de su cara. Él ni se inmutó. Varios pasos se escucharon desde las escaleras; luego, sonó el filo deslizándose por el cuero, hasta que el metal refulgió con los fuegos de las lámparas. Tamán apareció tras la puerta de la estancia, con los cabellos empapados de lluvia sobre unos hombros semejantes a capiteles de arcaicas columnas.

—¿Qué está pasando aquí? —inquirió el marido con voz malhumorada.

Aquella pregunta no necesitó respuesta alguna. El recién llegado alzó la espada y Mariam dio un grito.

—¡Espera! ¡No lo mates!

«¿No lo mates? ¿A quién de los dos le habla?».

El guerrero hizo caso omiso de la mujer, la apartó de un empujón y acabó tumbada en el camastro, mientras la hoja descendía para dar un amargo final al intruso.

—¡Muere, perro! ¡Sabandija! —bramó el toro.

Álvar consiguió esquivar el terrible golpe, rodando entre un ruidoso salpicar de astillas. Su espalda acabó sobre una de las paredes.

«Le habla a él, sin duda».

El toro volvió a arremeter contra su rival, quien no parecía tener escapatoria. El tajo se dirigió a su garganta, letal, pero Álvar agachó su cuerpo, sacó barro de uno de sus bolsillos y lo arrojó a los ojos de aquel gigante, lo que provocó que gritase de rabia e intentase aliviar el escozor con una de sus manos. No dejaba de sostener su arma, una espada bien conocida por Álvar.

«Y a mí me llaman ladrón...».

El joven aprovechó para arrastrarse hasta la ventana como una lagartija, pues no había otra salida. Antes de saltar hacia el vacío se giró, cruzando la mirada con Mariam.

—¡Ramera! —le gritó, y se lanzó por la fenestra.

A pesar de estar acostumbrado a caer desde distancias parecidas, el suelo lo recibió con hostilidad antes de que pudiera rodar sobre sí mismo; el tobillo se torció y un latigazo le recorrió hasta llegar al alma.

«O corres, o mueres».

Y corrió, corrió como el *Pelida* Aquiles, tan rápido como una de las crueles saetas de bronce que daban muerte a los héroes griegos y troyanos, a pesar de la cojera. Cuando alcanzó el andalusí, no sabía si sollozaba por el dolor, por la frustración o por el agotamiento. Probablemente sus lágrimas se debían a todo cuanto un hombre podía tener como motivo para llorar.

«Te esperaré hasta más allá de la muerte».

Sin embargo, el roce con el pelaje de su montura lo reconfortó. El movimiento ya no suponía una agonía y el viento y la lluvia, que azotaban su rostro, mitigaban su mareo. Desconocía hacia dónde se dirigía, aunque poco le importaba. Sólo quería morir, pero no a manos de aquella bestia que ahora poseía a su amada. Entonces, los rostros de sus víctimas aparecieron ante él, burlescos, riéndose ante la perspectiva de que sus muertes habían sido en vano, y porque sus actos tendrían sus consecuencias en el Infierno. Allí estaban, entre otros, Leo *Cuatrolabios*, con su horrenda sonrisa partida, mostrando su dentadura amarilla con desprecio ante un hombre que era inferior a un perro; luego, apareció Eliyahu, con un rostro severo lleno de reprensión. «Cuida de ella». Después, Ibn Muhayr desplegaba la mejor de sus caras, sin culpas, sin remordimientos. «Yo no fui, Álvar. Yo no fui»; y, por último, Al-Darrab, su padre, su maestro, su persona más querida desde que tuvo uso de razón. Los ojos grises de Hashim mostraban tristeza, quizá por la empatía de haber sufrido y muerto por una causa perdida, como él mismo; o bien por compasión, por misericordia hacia un hombre sin sentido.

«¿Acaso lo maté yo?».

Alcanzó el camino que iba a *Cesaraugusta* y decidió seguirlo, pues el caballo era más fácil de guiar en su estado. Tiempo después, junto a la vía, se topó con una figura embozada que sostenía, a pie, las riendas de un mulo cargado con fardos. Álvar se detuvo, casi inconsciente, ante el extraño viajero que parecía estar esperándolo. Entonces escuchó una voz que le era familiar.

—Nada te queda aquí, Álvar. Debes acompañarme hacia el norte, donde te espera tu destino y tu redención.

⁹⁰ Monedas de plata.

⁹¹ Bandido.

⁹² Sandalias aladas.

⁹³ Entre la medianoche y el amanecer.

CAPÍTULO 12

SOMBRAS EN LA NOCHE

Tulaytula ,

Al-Tagr al-Awsat (*Marca Media* de Al-Ándalus).

Jumada Ath-Thani (julio) del año 217 de la Hégira (832 d.C.)

«Una tormenta veraniega. Muy apropiada».

Las últimas noticias que había recibido por parte de sus informadores no podían ser más nefastas, pero estaba dispuesto a solucionar los problemas con decisión. Tras enterarse de la muerte del viejo comerciante Eliyahu y del asalto a su caravana, Fortún avisó a sus espías de la vieja capital y convocó al Consejo Secreto de *Tulaytula* .

«No sólo se han llevado mi oro. Me han desafiado».

La noche era oscura y lluviosa. A pesar de la ligera brisa, Fortún sudaba bajo sus negros ropajes, mientras transitaba junto a su comitiva por los estrechos callejones del barrio judío. Acompañados por el suave eco de sus pisadas, la neblina inundaba el ambiente; solo la esbelta luna menguante les permitía atisbar, apenas, los contornos de las esquinas y los portones cerrados que los flanqueaban a su paso.

Sus adláteres le precedían silenciosos y cubiertos por sus mantos. Athim, el fiel custodio, encabezaba la comitiva seguido del primogénito de la familia, Lubb ibn Musa. Su hermano mayor llegó a la ciudad unos días atrás, enviado por su abuela Onneca después del mensaje apremiante que había recibido. Latif, siervo en las sombras, había interceptado al heredero de *Arnit* cerca de *Segontia* ⁹⁴ y ambos cruzaron exitosamente el cerco que Ibn Rustum mantenía alrededor de la ciudad.

«Mi abuela ha debido convencer a mi padre. Dejar marchar a su predilecto no habrá sido fácil para él».

Fortún deseaba que su hermano Lubb se instalase allí y que tomase un puesto de responsabilidad como miembro del Consejo, ahora que Eliyahu había muerto. Así, cuando llegara el momento de elegir un gobernador, los toledanos lo verían con buenos ojos al no tratarse de un extraño recién llegado a *Tulaytula* . Todavía quedaba mucho por enseñarle sobre la ciudad a la que su familia aspiraba, pero Fortún estaba dispuesto a hacerlo. Algunas donaciones y otros tantos discursos llenos de promesas de prosperidad ayudarían a consolidarlo en el poder.

Asimismo, por custodiar intacta la caravana hasta que llegase a *Arnit* , Fortún prometió a Leo *Cuatrolabios* el sitio de su propio hermano Childericus en el Consejo. Para bien o para mal, ya no tenía que preocuparse al respecto.

«Childericus pretende una *Tulaytula* sometida a los cristianos, decadente como en tiempos del *Maldito*».

El nefasto reinado de Rodericus, último rey visigodo, era algo que no se podía repetir. Cambiar a un Cristo Dios por un Profeta Elegido no había sido difícil, y había traído una prosperidad inusitada. Su antepasado, el *comes*⁹⁵Qasi, ya lo había comprendido muchos años atrás.

«No lo puedo consentir. Así la perdimos antaño».

El cambio de Leo por Childericus hubiese sido una excelente estrategia, pues mientras el primero era fácilmente controlable con sangre, vino y ramerías, su hermano, en sus delirios de grandeza, era un hombre insobornable.

«Maldito seas, Leo, seguro que te mataron borracho».

—Hemos llegado, señor —anunció Athim tras detener su marcha.

Se encontraban en una pequeña plaza, en cuyo centro había una vieja fuente achaparrada, que no otorgaba agua aunque estaba encharcada por la lluvia. Tenía algunos cirios encendidos, protegidos por recipientes cerámicos y colocados alrededor de su murete circular. Las casas que cercaban el lugar parecían abandonadas y sus ventanucos se mantenían cerrados a cal y canto. La hechizante luz que proyectaban las velas hacía temblar las sombras en las desgastadas paredes, como espectros danzantes en un baile onírico. El hedor acentuado por la llovizna, una mezcla de orina, heces y vinagre, devolvió a Fortún a la realidad.

Los recién llegados aguardaron en silencio, mirándose de vez en cuando y contemplando las callejuelas que se adentraban en la oscuridad. Athim frunció el ceño cuando se oyeron unos pasos lentos frente a ellos.

«Ya está aquí. A esta compañía de sepultureros que me acompaña únicamente le falta el cadáver».

Una alta figura de finos ropajes oscuros asomó por el callejón que había frente a ellos. No solo su extrema delgadez y la ausencia de pelo convertían su semblante en cadavérico, sino que la tenue y titilante claridad que emanaba de las ceras le dotaba de un aspecto tétrico. El aparecido hizo un leve gesto con su cabeza, a modo de saludo.

«Si *Malak al-Mawt*⁹⁶ tuviese rostro...».

Antún ibn Boutrus, la voz de los Banu Qasi en el Consejo Secreto, sería el encargado de llevarlos a la reunión. Se trataba de un toledano de mediana edad, único hijo de unos ricos terratenientes que desconocían sus verdaderas ocupaciones, más aficionado a visitar lonjas encubiertas que sus vastas tierras de cultivo. Tampoco le era necesario. Antún *el Muerto* se granjeó una terrible fama entre los malhechores de la ciudad pues, gracias a sus recursos, había construido una eficaz red de contrabando y espionaje que le permitía controlar el mercado clandestino del vino. Además, su apodo estaba por encima de su aspecto: se decía que ya había fenecido a raíz de seis cuchilladas recibidas en una disputa nocturna acerca de sus caldos. No sólo había escapado al abrazo de la muerte, sino que, cuando se recuperó, cortó las cabezas de los parientes de sus agresores, las metió dentro de una barrica de su mejor cosecha y, tras capturar a los culpables, les hizo beber un

vino muy familiar. Cuando saciaron su sed, terminó con sus vidas después de torturarlos con crueldad.

Se topó con *el Muerto* por primera vez en el antro de Iskandar, en *Qírtuba*. Supo, en cuanto lo conoció, que se trataba de un hombre inteligente, digno de convertirse en un poderoso aliado de su familia. Los tratos quedaron sellados de forma permanente cuando, algún tiempo después, Antún desposó a una de las hermanas pequeñas de Fortún.

—¡Buenas noches, cuñado! —saludó el arnitiano con efusividad—. Que Dios esté contigo. ¿Cuánto tiempo llevábamos sin vernos?

—Desde la última vez —respondió lacónico *el Muerto*—. Seguidme, no hay tiempo para bienvenidas.

—Me encanta cuando quieres parecer gracioso, Antún.

El larguirucho esqueleto andante se acercó a una de las puertas que daban a la plaza, sacó una llave de los bolsillos de su amplia túnica y, tras abrir la cerradura, los invitó a entrar. Cerró a sus espaldas y una incómoda negrura los envolvió. Algunos chasquidos se oyeron ante ellos, seguidos de una explosión de luz provocada al encender una antorcha. *El Muerto* se acercó a una chimenea situada en uno de los rincones de la estancia y les hizo un gesto para que lo siguieran a través de ella. Una vez que dejaron los mantos y la cruzaron, ensuciando sus cabellos y sus ropajes de ceniza y polvo, salieron a una nueva habitación que pertenecía a la casa contigua. Esta vez, Antún golpeó el suelo con su pie hasta que sonó hueco para, posteriormente, levantar una trampilla de madera oculta bajo los ajados restos de una vieja alfombra. El pasadizo conducía, escalinatas abajo, hacia las entrañas subterráneas de *Tulaytula*.

Existía otra ciudad bajo las calles de la vieja capital, pero sin el alboroto de sus mercados ni el ajetreo de sus calles. Se encontraban en una zona despejada del subsuelo, rodeada de grutas y corredores misteriosos, cuyo trazado era tan conocido para Fortún como el de la incipiente urbe de la superficie; no en vano, en más de una ocasión le había ayudado a salvar la vida, pues existían rutas de escape que conectaban con el río. Con todo, tan fácil resultaba salir de aquel mundo subterráneo como difícil era entrar, debido a las corrientes fluviales.

El grupo avanzó por uno de los estrechos y húmedos pasadizos, adornado con escrituras antiguas en sus paredes y pequeñas oquedades con altares. Llegaron hasta una zona que se abría camino hacia una discreta explanada llena de columnas semiderruidas, que en conjunto se asemejaba a un viejo cementerio. Un par de braseros conferían una claridad mortecina a las dos únicas siluetas que se atisbaban frente a ellos, delante de un pozo desde el que emanaban los cantares de las profundas aguas que por debajo discurrían.

—Ya estamos aquí —comentó *el Muerto* con tranquilidad.

Fortún y el propio Antún se adelantaron, dejando a sus acompañantes en las sombras, y se unieron a quienes los esperaban.

«Falta uno...».

El arnitiano sabía que los escoltas de los presentes aguardaban en la oscuridad, al igual que su fiel Athim. Sólo Antún acudía a las reuniones sin protector.

«¿Qué puede temer un muerto?».

Los dos miembros que los aguardaban eran altos y corpulentos, pero el que estaba a su derecha destacaba sobre el otro, fruto del oficio de las armas. Entre la oscuridad, se discernía su media melena recogida hacia atrás, al estilo de los godos, y el brillo de sus intensos ojos verdes que rezumaban una prepotente superioridad en cada uno de sus gestos.

Se trataba de Childericus, hijo de Marcius *el Adopcionista*, el cristiano más poderoso y respetado de *Tulaytula*. Se decía que cada semana sacaba de la pobreza a una familia de su credo y que hacía grandes donaciones al obispado, además de alzarse como el más ferviente opositor a la tiranía cordobesa. Childericus había pretendido en varias ocasiones el gobierno de la ciudad, por lo que no apoyó abiertamente la causa de Al-Darrab cuando el rebelde se alzó contra el Emir. Aquel hecho le privaba, en la actualidad, de ocupar el asiento de Ibn Muhayr.

«Helo aquí, el arrogante hermano de *Cuatrolabios*».

Al pensar en el mercenario, volvió a su mente la fatídica noticia de la caravana de oro.

«Si hubiese enviado a Athim a custodiarla, las cosas ahora serían distintas».

Sin embargo, todo ocurría por alguna razón, fruto de los caprichos del destino.

La otra silueta que estaba aguardando era Ibn Qaisar, hermano mayor del *qaíd* Tamán, aquel al que habían propuesto desde *Qirtuba* para gobernar la ciudad cuando fuese retomada. Su ceño estaba permanentemente fruncido, como si estuviese enfrentado a cuanto le rodeaba, y razón tenía para ello: su padre, el converso Qaisar Abú al-Ataff, lo había desheredado por no compartir su lealtad hacia el Emir.

«Será fácil convencer a Ibn Qaisar. La elección de su hermano va a ser como una puñalada para él. Ninguna familia de *Tulaytula* alberga tanto odio entre su propia sangre».

Unos pasos entre las columnas delataron la llegada de dos nuevas figuras: la primera permaneció entre las sombras con los brazos cruzados delante del pecho, contemplando la reunión desde el interior de su capucha; la segunda, el sacerdote Cletus, con el hábito desgastado y una cruz de madera colgándole del cuello, apareció detrás y se acercó lentamente hasta los presentes. Sus sandalias estaban cuarteadas y sus escasos cabellos blancos facilitaban la descuidada tonsura.

«Está más viejo y desmejorado que la última vez. Este hombre vale por cien obispos, espero que siga en el Consejo por muchos años. Ahora sólo queda convencerlo acerca de Lubb».

—Saludos a los presentes. Que Dios esté con vosotros —alzó la suave voz Cletus, como si estuviese en su púlpito, hablando en perfecto latín, tal y como era habitual en las tertulias del Consejo—. Nos hemos reunido a causa de una epístola enviada por Musa hijo de Musa, en la que se nos informó de la muerte de nuestro querido Eliyahu, y con la intención de dilucidar quién ocupará su cargo.

—Me hago una idea del aspirante —interrumpió Childericus con tono arrogante—, resulta que el hijo de Moisés tiene el don de la oportunidad. Pero dinos, ¿por qué Eliyahu acudió a vosotros en su momento más sombrío? —preguntó mirando a Fortún.

«Porque nunca confió en vosotros, hatajo de serpientes. Especialmente en ti».

—¿De verdad quieres que responda a esa pregunta, hijo del *Hereje* ? —respondió Fortún—. Nunca comprenderé tus dudas, tus ofensas, tus miedos hacia mí. ¿Desde cuándo mi familia ha sido portadora de malos agüeros, con intención o sin ella, para nuestra ciudad? A Eliyahu le habría gustado hacer las cosas de otra manera, pero Ibn Rustum lo precipitó todo con la maldita boda, así que en estos momentos de nada sirve echarnos barro entre nosotros. La muerte de nuestro amigo y de *Cuatrolabios* no fue casual, los estaban esperando, así que deduzco que alguno de vosotros se fue de la lengua. —Los escudriñó a todos de arriba abajo, posando su mirada en los ojos de los demás, quienes la aguantaron impertérritos.

—Esa es una acusación muy severa, Ibn Musa —dijo Ibn Qaisar alzando un dedo—. Si no tienes pruebas, será mejor que retires tus palabras...

—¿Acaso crees que ayudaría a matar a mi propio hermano, *ismaelita* ⁹⁷?! —gritó Childericus con el cuello rojo de la rabia.

—¡Callaos! —atajó Fortún—. En otras circunstancias os haría matar a todos aquí mismo. He invertido mucho en la protección de Eliyahu, y he perdido una fortuna por el camino. A pesar de todo, como antes he dicho, no es momento de conflictos sino de acuerdos.

La tensión en el ambiente parecía una ola antes de embestir contra las rocas. Las manos se posaron en las empuñaduras de las espadas y los crucifijos fueron asidos. Las miradas no cesaron de acumular desconfianza.

«Ahora temedme, odiadme. Que la figura del noble y justo Lubb sea un bálsamo para vosotros, pero mi sombra siempre estará detrás de él».

—Tamán ha desposado a una mujer que se había prometido a un cristiano —dijo Ibn Qaisar con desprecio, casi pensando en voz alta—. Nunca se cansará de recoger las sobras de los demás. La cuestión es... ¿de qué le sirve ahora su dote perdida? No es un hombre de negocios, y una *munyat* en las afueras y un palacete en el barrio judío no merecen tanta deshonra.

—Eso no es todo —comentó Fortún—. En cuanto *el Buitre Negro* se canse de jugar con Ibn Muhayr, es decir, cuando *Qalat-Rabah* sea reconstruida y bien guarnecida, nuestra ciudad caerá y el Emir designará a Tamán —miró a Ibn Qaisar— como nuevo gobernador de *Toletum* . Entonces todos seréis crucificados.

Los presentes guardaron silencio, sorprendidos, intercambiando miradas cargadas de emociones.

«Eso es, dudad, sentíos inseguros. Sabed que siempre iré un paso por delante de vosotros».

—¿Cómo estás tan seguro de eso? —preguntó Ibn Qaisar, intranquilo.

—Lo escuché de los labios del Emir.

—¿Qué propones entonces, hijo de Moisés? —preguntó Childericus, dando un paso al frente—. Ninguno de nosotros quiere a un esclavo de *Corduba* como señor, por buen guerrero que sea. Aunque, con mi hermano muerto, tenemos pocas posibilidades de enfrentarnos a él.

—Permitimos que gobierne un hipócrita —dijo Fortún—. Su pacto con Ibn Rustum nos hace respirar. Pero si Tamán llegase al poder... Sería como tener el aliento del Emir sobre nuestras cabezas. Sin embargo, creo que se trata de un asunto que puedo solucionar...

—Convirtiéndote en gobernador, por supuesto —concluyó el guerrero cristiano con sarcasmo.

—Te equivocas, Childericus, como de costumbre. —Fortún sonrió con calma—. Mi familia, en un nuevo gesto de magnanimidad, ha decidido donar una importante suma de dinero para que podamos hacer frente al ataque que se avecina. Con el poder militar suficiente y nuestra presencia, llegaremos al mejor acuerdo posible, lo que nos dará tiempo para elevar a *Toletum* al estatus que se merece. Señores —continuó con solemnidad—, os presento a Lubb ibn Musa, heredero de *Arnit*.

Fortún hizo un gesto para que su hermano se acercase hasta la zona del pozo. El porte de Lubb era imponente, parecía sacado de viejas historias de conquistadores orientales. Cuando estuvo ante ellos, saludó con humildad y los contempló con gesto sincero.

—Será un honor para mí defender la ciudad y me pongo a disposición del Consejo para cualquier menester que necesite.

—¿Por qué iba a venir a guiar nuestros pasos un extranjero? —recriminó Childericus, recalcando con odio la última palabra—. ¿Qué podría aportar él que no pueda hacer yo?

—Dinero y valor —dijo con sequedad Antún, hasta entonces silencioso—. Asuntos que, sin duda, recuerdan a vuestro hermano Leo. Deseaba el primero y le sobraba el segundo.

—No voy a consentir que un norteño y sus cobardes secuaces planifiquen la defensa de *Toletum* —advirtió Childericus señalándoles con el dedo—. Reuniré las huestes necesarias, mi hermano tenía contactos con otros mercenarios y...

—Amigo Childericus —interrumpió Fortún con una sonrisa—, tu hermano te vendió por un puñado de oro. Le prometí tu puesto en el Consejo si conseguía llegar a *Arnit* con el judío y su fortuna. Estás solo.

—¡Te costará cara tu ofensa! —espetó el noble e hizo un gesto a su custodio, quien apareció de entre las sombras con una espada desenvainada. Todos retrocedieron un paso. El guardián del cristiano alzó su hoja ante Fortún y, de repente, la bajó girándose hacia atrás para impactar de lleno en la cabeza de Childericus. Sonó un fuerte chasquido, para dejar paso a un manto escarlata que resbaló desde la coronilla hasta los pies: primero cayó de rodillas, con los ojos muy abiertos, llenos de incredulidad, y luego la testa abierta del consejero golpeó el suelo de tierra.

—¡Sangre de Cristo! —Cletus se persignó, horrorizado.

Tras los hechos, el lacayo de Childericus tomó el cadáver y, después de arrancarle las fibulas doradas y la hoja del cinto, lo tiró por el pozo.

Un trueno retumbó en la superficie. Ninguno de los presentes pronunció palabra alguna. No mostraban miedo, eran señores toledanos, pero Fortún sabía que aquella maniobra incrementaría la predisposición para que su hermano Lubbo ocupase el puesto vacante.

—Gracias por tus servicios, Euricus —comentó Fortún—. Respecto a vosotros... —Miró a Ibn Qaisar y a Cletus— ...tomaré vuestro silencio como una aprobación. Mi hermano sustituirá a Eliyahu en el Consejo. Además, necesitamos a alguien que ocupe el lugar del infeliz que acaba de morir. —Se asomó al pozo con cierto dramatismo—. He pensado que el obispo Wistremirus sería un candidato excelente, si al buen Cletus le parece adecuado. En mi familia se respeta a los cristianos, como bien sabéis, tal y como recomienda el Profeta, bendito sea su nombre.

El clérigo asintió con timidez, agarró la cruz de madera y musitó una plegaria entre dientes.

—Bien, amigos míos —concluyó Fortún, haciendo un leve gesto de despedida—. Si me disculpáis, tengo asuntos más importantes que atender.

* * *

La mollina que impregnaba la noche era persistente, pero el galope sobre el caballo la hacía más llevadera. Tras abandonar la reunión y alcanzar de nuevo las oscuras calles, dejaron atrás las murallas desde la puerta occidental, silenciando a los guardias con algunas monedas, y pusieron rumbo a la *munyat al-Yahud*. Habían despedido a Lubbo y a Antún frente a la puerta de una lonja de vinos clandestina.

La lluvia cesó cuando llegaron al viejo roble que marcaba la linde de la almunia, después de medianoche. Desde donde estaban, una hilera de olivos conformaba un camino de unos cien pasos que conducía hasta la entrada principal. Los campos de los alrededores emanaban fragancias de azahar. Latif no se encontraba allí, incumpliendo lo que habían acordado. Un cuervo graznó escondido entre las ramas.

«Pájaro de mal agüero. Maldito sea *Iblis* ...».

El plan era desesperado. «Posiblemente el peor que he concebido en mi vida». Muerto el judío y casada su hermosa hija, la única forma de heredar tamaña herencia era dejarla viuda. De esa forma, también acabaría con la amenaza cordobesa que se cernía sobre ellos. Había que matar a Tamán ibn Qaisar.

«Tal vez la mejor espada de *Tulaytula* ... Quizá de Al-Ándalus».

—¿Seguro que podrás encargarte, Athim? —preguntó a su fiel sirviente.

—Todo se verá, mi señor. —Fue la respuesta que obtuvo. Era la primera vez que Athim no estaba plenamente convencido en un asunto de armas, y el hecho de que Latif no se encontrase en el lugar convenido le hacía dudar doblemente.

«Nunca había fallado hasta ahora, excepto con ese tuerto. Tenía que preparar la ruta de escape teniendo en cuenta que cargaremos con mi futura mujer. Y no es tarea fácil».

Fortún odiaba el hecho de no dominar la situación y que el azar dispusiera obstáculos inesperados en su camino. Procuraba premeditar cada una de sus acciones, provocar que sus enemigos errasen para acabar con ellos. “No todo en la vida es controlable, querido”, le había dicho su abuela en más de una ocasión, “te encontrarás situaciones en las que debas improvisar, actuar con rapidez y decisión. Confío en que así lo harás”. Las palabras de Onneca le recordaron su delicado tacto, sus tiernas caricias. Tocó su anillo casi sin darse cuenta, buscando confianza y fuerza.

—Debemos acercarnos a las inmediaciones —comentó—. Hay que encontrar a Latif y replantear la situación.

Pusieron rumbo hacia la entrada de los huertos y, cuando divisaron los aperos, se convirtieron en parte de la noche. Fueron examinando una a una las rudas casas de los siervos que trabajaban en la *munyat* : tenían las puertas abiertas y se encontraban vacías. Luego, se dispersaron por los fragantes jardines y se reagruparon tras unos jazmines, a cierta distancia del portón principal. Allí, esperaron tumbados un buen rato para advertir posibles movimientos, pero todo siguió igual.

«¿Dónde estás, Latif? ¿Por qué no has aparecido?».

Se oían algunos gritos en el interior de la vivienda, con timbres de mujeres desesperadas y de hombres enfadados, que posiblemente proviniesen del gran patio central.

Cuando se disponían a buscar un posible acceso, otras voces se escucharon tras ellos.

—¡Eh! ¿Qué hacéis ahí?

«Más problemas. Ahora Tamán se percatará de nuestra presencia. ¡Maldito sea *Iblís* !».

Un grupo de cuatro guardias bien pertrechados se les acercaba, corriendo, desde la misma zona que acababan de explorar. Athim se levantó como un rayo, espada en mano, y cargó contra ellos. Cruzó su arma con el primero, desviando la lanzada y entrando en su guardia, para terminar propinando un terrible tajo desde el cuello hasta el abdomen. Retiró la hoja con rapidez, el adversario cayó a sus pies y Athim tuvo que rodar hacia un lado para evitar una segunda punta de asta. Desde la tierra húmeda del parterre, agarró el palo y lo partió de un golpe seco, para más tarde alzarse y llevarse por delante la pierna de su contrincante. Los gritos del infeliz fueron silenciados con hierro en la garganta.

«Es una bestia en busca de sangre».

Athim estaba fuera de sí, a pesar de los precisos movimientos con los que iba dando muerte a sus rivales. Encaró al tercer custodio quien, aun plantándole cara con más ahínco, no tardó en ver sus tripas sobre un círculo de setas y acabó decapitado. Sin embargo, durante la contienda, el cuarto se había acercado hasta Fortún, poco acostumbrado a este tipo de enfrentamientos. Solo ante su enemigo, blandió el cuchillo que portaba e intentó, en vano, acercarse a él. Recibió una puntada en el brazo y otra en el muslo, poco profundas, aunque comenzó a sentir escalofríos. «No son rústicos protegiendo una *munyat* , deben ser soldados de Ibn Rustum. Por *Iblís* , Athim, date prisa». Perdió

su arma tras detener otro de los ataques y se vio completamente indefenso, hasta que su contrario fue atravesado por una sombra encapuchada que apareció tras de sí.

—Buenas noches, mi señor —dijo Latif en voz baja, descubriendo su rostro y guardando su daga—. Han ocurrido eventos... —hizo una pequeña pausa— ...inesperados.

—Apareces tarde pero oportunamente, mi querido sirviente —agradeció Fortún—. Debemos entrar antes de que lleguen más guardias, Tamán podría...

—Tamán y la judía no se encuentran aquí, mi señor —aclaró Latif—. No hay de qué preocuparse, solo de curar vuestras heridas.

—¿De qué estás hablando? —El arnitiano se sorprendió—. ¿Por qué no estabas en el viejo roble cuando llegamos?

—Justo a medianoche estaba esperando vuestra llegada bajo el roble, cuando pude contemplar un jinete embozado sobre un brioso andalusí que cruzaba la *munyat* campo a través. Me extrañé por su presencia y me acerqué a investigar, pero en el momento en que iba a alcanzar las puertas, éstas se abrieron de par en par y salió una columna de jinetes custodiando a Tamán, quien llevaba en brazos a su mujer. Han puesto rumbo al sur, mi señor.

«Probablemente a *Qalat-Rabah*, a protegerse bajo las alas del *Buitre Negro*. ¿De qué tienes miedo, Tamán?».

»Luego salieron de la *munyat* algunos grupos armados para otear los alrededores —continuó el sirviente—, por lo que tuve que ocultarme de ellos. Precisamente me acerqué a estos que yacen a nuestros pies, para ver si hablaban algo relacionado con los sucesos que acababan de acontecer. Parecían asustados, nerviosos, murmuraban fórmulas contra los malos hados...

«Han hecho bien. Esta es una noche aciaga».

—¿Pudiste enterarte de algo? —Fortún se interesó—. ¿Por qué abandonarías Tamán la *munyat* ?

De pronto, el último de los guardias, moribundo, asió la bota de Fortún con fuerza y balbució algo. Él se agachó y acercó su oreja a la boca ensangrentada del desdichado. Tras escuchar unas palabras, Fortún estalló en carcajadas, tal y como no había reído en mucho tiempo.

—¿Qué ha dicho, mi señor? —se interesó Latif con rostro inquisidor.

—Dice que Tamán huye de Al-Basir...

⁹⁴ Sigüenza, en Guadalajara.

⁹⁵ Conde.

⁹⁶ Ángel de la muerte.

⁹⁷ Musulmán, desde la perspectiva cristiana de la época.

CAPÍTULO 13

LAS GARRAS DEL DESTINO

Márida ,

Al-Tagr al-Adna (*Marca Inferior* de Al-Ándalus).

Rabí Al-Awwal (abril), año 218 de la Hégira (833 d.C.).

«Hambre, miseria y muerte... Eso hemos traído a nuestro pueblo», pensó Yamílah.

El sitio de los sirios se prolongaba casi un año y, dentro de las murallas, la desesperanza era cada vez más visible. Un silencio sepulcral inundaba las calles de la urbe durante todo el día y sus habitantes deambulaban por ellas como almas en pena. Los defensores solo se habían empleado a fondo en dos ocasiones. La primera de ellas, hacía ocho lunas llenas, cuando los enemigos enviaron una gran ofensiva desde el norte. Mahmud y Suleymán planificaron la defensa y la disciplinada infantería aguantó la embestida en los muros, no sin pérdidas. La última había ocurrido hacía pocos días: un grupo de cordobeses aprovechó la oscuridad de la noche para atravesar por sorpresa las pobres guarniciones del barrio cristiano, junto al río *Al-Barraqa* ⁹⁸, causando numerosas bajas. La caballería de Mahmud dispersó a los atacantes, quienes huyeron caudal abajo. Cornelius *el Romano* , custodio de la empalizada cristiana, comenzaba a acusar las profusas muertes que la peste y el hambre provocaban entre los suyos.

«Pero las familias se niegan a abandonar sus casas y sus mártires...».

Yamílah sabía que el final del asedio era cuestión de tiempo. «En cuanto llegue *el Buitre Negro* , cerrará sus garras sobre *Márida* y nuestro destino quedará en manos de Dios». La pestilencia también había mermado a los emirales y, sin embargo, tenía la sensación de que sus enemigos podían atacar en cualquier momento. Jamás había conocido tesón como el de aquellos soldados. «Solo esperan la llegada de un nuevo amo que les acaricie el lomo antes de abalanzarse sobre nosotros, pero se toparán con nuestros muros una y otra vez, hasta que todos y cada uno de ellos caigan bajo flechas y piedras».

Las huestes de Abd al-Rahmán, en lugar de utilizar los campos circundantes para su avituallamiento, los habían quemado junto con los cadáveres de sus apestados. El humo y las cenizas formaban parte del paisaje desde hacía meses. «Quieren que el pueblo sea testigo del castigo que les espera». Los acueductos que llegaban a la ciudad fueron bloqueados nada más comenzar el sitio de la plaza, aunque los aljibes y los pozos bastaron hasta el momento. «Porque cada vez somos menos...». Las aguas tampoco fueron envenenadas, así que ni el enemigo contaba con infiltrados, ni había sido capaz de llegar a ellas. «Eso demuestra la gran labor de Mahmud y Suleymán en cuanto a nuestra seguridad». De traidores y desertores no había rastro alguno, lo que reforzaba la lealtad del pueblo respecto a la causa.

Mahmud era una persona fácil de seguir. Su liderazgo y el amor que profesaba a la ciudad estaban fuera de dudas. Suleymán, *el Romano* y *el Judío* no titubearon cuando su hermano expuso sus plane de rebelión, y algo parecido ocurrió con el resto de los emeritenses. Incluso en aquella hora

aciaga, la mayoría de los artesanos, herreros y curtidores se afanaban en fabricar utensilios para la guerra: espadas, hachas, jubones y flechas, bajo la supervisión y patrocinio de Yajdiel; además, los campesinos ayudaban a los panaderos y las matronas socorrían a un desbordado Samir en el cuidado de los heridos y enfermos. Todos aportaban su grano de arena en los infelices momentos que vivía su amada *Márida*. Habían apoyado la ruptura del pacto con Abd al-Rahmán cuando capturaron a Ibn Bazí, y soportado un año de asedio. Sus esperanzas residían en una vida mejor y deseaban que, tarde o temprano, se alcanzara un acuerdo con el Emir que aliviara sus impuestos, para poder retomar sus vidas tal y como eran antes. Mahmud y Suleymán portarían aquella justicia a sus hogares.

Cayó el atardecer mientras Yamílah caminaba en silencio por los secos callejones de la urbe, que parecían cauces de arroyos en verano, otrora adornados con floridos y frescos jardines. Le acompañaban su fiel Amín y media docena de hombres que portaban algunos sacos de grano escondidos bajo sus capas. Habría sido provocador y temerario mostrar sus hermosos alazanes, custodiados fuertemente en los establos del palacio, ya que los habitantes de los arrabales llevaban comiendo pan mohoso durante semanas. Allí, no solo los mendigos pasaban hambre, sino que muchas familias, antes bien nutridas, presentaban rasgos famélicos, e incluso algunos de sus miembros perecían por la falta de sustento. «Alimentamos caballos y matamos personas... Hasta el despreciable Ibn Bazí llena su barriga a diario mientras *Márida* agoniza. ¿En qué nos hemos convertido?».

—Quienes empuñarán el hierro en el momento decisivo deben mantener sus fuerzas —había argumentado Mahmud ante las quejas de Yamílah—. Y sabes tan bien como yo que ese instante se acerca y que, si fallamos, debemos tener en reserva una última treta. Un estandarte llamado Ibn Bazí. Es la única manera de llegar a un acuerdo con el Emir...

«En su mundo, lleva razón». Abd al-Rahmán apreciaba a aquel hombre por su capacidad para gobernar un territorio. «No en vano lo llaman *Manosdeoro* ». Pero Mahmud conocía al gobernador, cuya más poderosa arma no era su cabeza para la administración, sino su labia viperina. «Hizo bien en no dejarle dirigirse al pueblo cuando cruzó las puertas e incluso amordazarlo en su celda». De haber conseguido hablar en público, la rebelión probablemente habría fracasado debido a sus succulentas promesas, tan tentadoras como falsas.

Los cadáveres de ancianos y niños comenzaban a aflorar por las esquinas. Algunos hombres se habían organizado en grupos que recogían a los muertos y los quemaban. Llevaban trapos húmedos en sus rostros para evitar el hedor de las grandes piras, que ardían cerca de la explanada y vigilaban los siete enormes sitiales de piedra, unas arcanas construcciones agonizantes desde tiempos remotos. «Por Dios Misericordioso. Hay muchos más muertos de los que pensaba». Se cruzó con un desdentado y harapiento viejo que estaba sentado en una esquina y advirtió en él una extraña forma de contemplarla: la *última mirada*.

«La misma que percibí en Arband cuando nos separamos. La misma que me decía que, probablemente, nuestros destinos se separarían para siempre».

Instintivamente, acarició la joya que colgaba de su pecho, recuerdo del emisario franco. A pesar de que *el Romano* se ofreció para custodiar al extranjero hacia el norte, Arband prefirió que fuese ella su acompañante. «¿Por qué me eligió?». Había algo en aquel hombre que le intrigaba, una

sensación que perduró incluso tras separarse de él en *Al-Qanatir*⁹⁹. Quizá fue el halo de misterio que lo envolvía como un suave velo de seda, o tal vez las historias que contaba, con su voz hechizante, acerca de sus viajes: *Suessionum*, la añorada ciudad que le vio nacer; *Pictavium*¹⁰⁰, *Remorum* y París, que él llamaba *la Embarrada*; Roma, cuna de los fundadores de *Márida*; y *Aquis Granum*, sede del poderoso rey Karolus. Todo aquello le pareció inmenso, inabarcable. «¿Acaso el mundo es infinito? ¿Tal es la grandeza de Dios?». Le vino a la mente la última conversación que mantuvieron.

—¿Quién te espera en *Suessionum*? —preguntó Yamílah, mientras asaban una pequeña liebre en la hoguera.

—Mi mujer, mi hija y... —La emoción afloraba en sus ojos—. Y mi primogénito, del que no tengo noticias desde hace tiempo. ¿Sabes? Es un orgullo ver crecer a tu heredero y contemplar satisfecho que se convierte en alguien mejor que tú mismo, haciéndote apreciar lo pronto que se envejece y que nuestros huesos ya no soportan según qué cosas. —Hizo una pausa, mirando pensativo hacia la lumbre—. Es curioso que los recuerdos que llegan a mi mente no sean recientes, de cuando nos vimos por última vez. Por el contrario, acuden a mí pasajes de su infancia. Lo veo en la biblioteca de *Sanctus Medardus*¹⁰¹, arrancando las hojas de un viejo manuscrito para poder contemplar los dibujos durante la noche. —Una sonrisa melancólica se esbozó en sus labios—. O cuando bebió aguamiel por primera vez, creyendo que era zumo de uvas. El líquido chorreaba por su incipiente barba y él apenas apreció la diferencia hasta que se hubo acabado el cuenco. Así es mi hijo. Lo mismo destroza un valioso libro que bebe hidromiel por equivocación. ¡Cuánto lo echo de menos, por el amor de Dios! El tacto de su menuda mano cuando me acompañaba en mis viajes, las curiosas preguntas que me hacía... —Aguantó una mueca de emoción en su rostro, que intentó disimular con una sonrisa—. Cuánto desearía volver a hablar con él. Hay tantas cosas que no le he contado...

Yamílah guardó silencio durante unos instantes, bebiendo un trago de agua de su pellejo y moviendo distraída los troncos que ardían en el fuego. Después, volvió a preguntar.

—¿Qué necesitas en esta tierra? ¿Por qué dejar atrás a quienes amas?

—Eso es complicado de explicar. Allí la situación no es tan sencilla...

—¿Insinúas que nuestros problemas son fáciles de resolver? —interrumpió, molesta.

—Sólo digo que, aunque os rebeláis y reclamáis justicia, tenéis claro quién es vuestro señor. En mi tierra, la lucha es traicionera y cruel. No existe nada peor que una guerra intestina.

—Has hablado en vano. No has contestado a mi pregunta. —Yamílah se había contrariado. Arband rio con ternura, enjugando sus livianas lágrimas.

—En ocasiones, ese es mi trabajo como diplomático. Hacer ver que he respondido a una cuestión sin decir nada. Sin embargo, tú has demostrado ser más audaz que la mayoría de los hombres con los que trato. Si no confieso es por tu propio bien. La ignorancia es, a veces, un gran aliado.

«Otro que me trató como a una chiquilla».

—¿Qué buscas aquí, tan lejos? —Volvió a insistir.

—Antes de llegar a mi destino —comentó, esquivo de nuevo—, haré escala en *Helmantica* ¹⁰², donde algunos francos labran tierras gracias a un antiguo rey de *Gallaecia*, al que llamaban *el Cántabro* ¹⁰³. Dicen que fue cruel e inclemente, pero regaló a mis compatriotas una tierra infecunda que ellos mismos le habían ayudado a yermar. Hace mucho que no practico mi propia lengua, a veces pienso que voy a olvidarla.

Arband carcajeó entre dientes y retomó la conversación.

»Hablando de regalos. —El fuego había hecho brillar algo bajo las mangas del franco—. Quiero que aceptes esto. Fue una suerte que salvaras mi vida, así que espero que mi don llene la tuya de fortuna. —Había colocado algo entre sus curtidas manos y le había tapado la boca con un dedo para evitar cualquier negativa. Se trataba de un hermoso colgante con la forma de una rosa de ocho pétalos, hecho en codiciado y delicado rubí.

»Es mi bien máspreciado, además de mi familia —continuó tras guardar silencio unos instantes. Arband volvió a mirar absorto el crepitar del fuego. Luego, sacudió levemente la cabeza y clavó sus ojos en Yamílah, sonriente, como si hubiese regresado de algún lugar lejano.

»Esta joya perteneció a una mujer muy hermosa, como tú. Estará mejor colgando de tu cuello que entre mis viejas manos. Deseo que te sea de ayuda en horas oscuras, ¡pues bien vale un reino!

«Fue una dádiva abrumadora. ¿Se habría acabado este sufrimiento si hubiese ofrecido esta maravilla al Emir? ¿Nos habría otorgado el *ammán*? Probablemente sí, pero, de haberla ofrecido a cambio del perdón, habría traicionado a mis seres más queridos. Mahmud y Suleymán jamás se rendirán».

Volvió a la realidad y recuperó algo de confianza. Al fin y al cabo, *Márida* podría resistir muchas estaciones más de asedio pues no faltarían ni el agua ni el grano, al menos intramuros. La situación en los arrabales era muy diferente. Cada día, el grupo de Yamílah se aventuraba más allá de la puerta septentrional, hasta el barrio cristiano, custodiado por las humildes defensas de madera que había improvisado *el Romano* al inicio del asedio. El río también servía de protección natural ante los sitiadores, y permitía anticipar posibles ataques diurnos. Con todo, estaba segura de que su hermano, si conociese la verdad, entraría en cólera. «No sé si le molestaría más el riesgo que corro o que esté alimentando a estos pobres cristianos».

Llegaron hasta los árboles que rodeaban la vieja iglesia de Santa Eulalia, una acogedora construcción que destacaba entre las que la circundaban, con el techo en diferentes alturas y cubierto de tejas rojas. Allí pretendían dejar los fardos de trigo para que el obispo Ariulfus los repartiese entre los suyos. El invierno había sido especialmente duro bajo el asedio y las toscas cruces que los *arwam* utilizaban para señalar sus enterramientos se habían multiplicado en torno al templo. «Si viviese bajo dominio cristiano, ¿sería yo capaz de mantener mi fe como ellos?», pensó mientras empujaba uno de los ajados portones de madera de la edificación. Un fuerte olor a incienso y humedad impregnaba el ambiente. Notó el agradable frescor del lugar y tardó unos instantes en acomodar la vista a la penumbra de su interior, apenas perturbada por los pequeños cirios que ardían bajo el altar que presidía el templo. «Uno por cada alma que ha partido hacia su

Paraíso en estos últimos meses». Las columnas, que se disponían como guardianes pétreos en perfecta formación, apenas dejaban ver más allá de unos pasos. «Los vigilantes de un cementerio que antes fue un lugar glorioso». Desde la parte más alejada, el rumor de una plegaria llegó hasta sus oídos, acompañado por un triste gimoteo. Avanzó a la cabeza de sus hombres, tratando de no hacer ruido, y se topó con dos figuras. Ariulfus rezaba en un suave rumor bajo la pintura de la mártir que honraba aquella iglesia. Estaba de pie, junto a una mujer de rostro macilento que lloraba sin derramar lágrimas y clamaba a la imagen, mientras acunaba el cadáver de un niño en su regazo. Los pequeños brazos del difunto colgaban, inertes, hacia el suelo: huesos apenas recubiertos de carne y piel. Yamílah tuvo que apartar la mirada de aquella macabra escena. El religioso se percató de su presencia y se acercó hasta ella, mostrando una fatigada sonrisa. Dirigió su menuda cabeza hacia Amín, quien ordenaba al resto del grupo que dejaran el grano junto a una columna cercana, y asintió agradecido.

—Dios atiende mis oraciones, sin duda. Tú eres su ángel, Yamílah.

—Díselo a esa pobre mujer. —Las palabras de la muchacha estaban cargadas de pena.

—Cuando unos crueles bárbaros saquearon estas tierras, siglos atrás, las madres se comían a sus propios hijos a causa del hambre. Tu noble corazón evita que nuestras desgracias sean mayores, amiga mía. Y todos los cristianos te lo agradecemos en nombre de Dios.

El obispo hizo un gesto para que lo acompañase hacia uno de los laterales del altar principal, por el que se accedía a una cripta subterránea. Hacía muchos años que no bajaba allí, por lo que ordenó a sus hombres que la esperasen. El báculo de Ariulfus retumbaba con cada apoyo mientras alcanzaban las escaleras que descendían hacia la oscuridad. «Está demacrado y envejecido. ¿Quién no lo estaría en estas circunstancias?». A pesar de las apariencias, era un hombre joven para desempeñar un cargo tan distinguido, solo unos años mayor que Yamílah. Su delgado cuerpo apenas se percibía bajo el pesado hábito y sus cabellos lucían largos y descuidados. La miró desde sus apagados ojos marrones.

—Aquí yació nuestra querida mártir —dijo Ariulfus rompiendo el silencio—. Era unos años menor que tú cuando murió a manos de quienes le habían prohibido adorar a Dios. Me recuerda mucho a ti —afirmó con una sonrisa—, que enfrentas con valor las injusticias que nos oprimen. Tenemos suerte de tenerte cerca, amiga mía. No pierdas nunca tu fe, pues te necesitamos más de lo que imaginas. *Márida* te necesita.

Yamílah se ruborizó. Intentó besar el anillo de Ariulfus para ocultar su sonrojo y su asombro, mas el religioso se lo impidió amablemente.

—Ahora baja, te están esperando —anunció el obispo, señalando hacia las profundidades.

Yamílah se sorprendió. «¿Me esperan? ¿Aquí? ¿Quiénes?». Sin confiarse del todo, tomó un cirio encendido, se agachó y bajó por los angostos peldaños que se adentraban en la cripta. El murmullo apagado de una conversación llegó hasta ella, junto con el tenue fulgor que proyectaba una tea. Pudo reconocer la voz de Suleymán en uno de los interlocutores. «¿Qué hace él aquí?», se preguntó intrigada.

Aquel lugar, sagrado para los cristianos, le impresionaba de alguna manera, sin saber muy bien el

porqué. Siempre se había planteado si su esposo echaría de menos el hecho de rezar a Cristo y a sus santos. En el interior del reducido túmulo, su marido hablaba con alguien de forma queda. El otro estaba oculto entre las sombras que provocaba el oscilante fuego de la candela.

—Será al anochecer, pues —sentenció Suleymán—. No habrá luna. Una buena noche para sangrar.

Estrecharon sus manos y el acompañante se dejó entrever mientras salía de la tumba. No pudo atisbar su pálido rostro con precisión, pues lo cubrió con una capucha cuando pasó ante ella. Era un hombre muy alto, casi dos cabezas más que el resto, y cuya complexión parecía bastante escuálida. No dio muestras de sorpresa al verla e hizo un elegante gesto, a modo de saludo. Luego se agachó cuanto pudo para subir las escalinatas, salió de la cripta y se perdió de vista.

Suleymán se acercó, escondiendo algo entre sus ropajes. Yamílah sabía que, desde hacía tiempo, la ciudad recibía ayuda pecuniaria desde el exterior, lo que permitía mantener la rebelión de forma eficaz. Le sorprendía el hecho de que tal auxilio llegase a pesar del sitio del *yund* emiral, pero imaginó que había formas de entrar y salir de la urbe que pocos conocían. «Mahmud es la luz y Suleymán la sombra. La moral de los guerreros no se alimenta solo de arengas y promesas, se necesita dinero para sus pagas». Se estremeció al pensar que una persona tan gentil y bondadosa tratase asuntos tan turbios. Su marido nunca había querido hablar con ella sobre los benefactores anónimos que sostenían la insurrección. «Lo hace para protegerme», se decía a sí misma. Empezaba a estar cansada de tanta salvaguardia hacia su persona, de tanta mirada paternalista que hacía aparecer surcos en el contorno de aquellos ojos verdes. Suleymán tenía la barba descuidada desde hacía algunos días, algo impropio de él, lo que indicaba que sus obligaciones eran muchas y complicadas. Parecía mayor, cansado y sin energía, aunque ella sabía que las apariencias engañaban.

—Ya veo que eres capaz de desobedecer a Mahmud. ¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto, pequeña? —Besó cariñosamente la mejilla de su esposa.

—¿Te importa demasiado?

—En absoluto. Recuerda que tengo parientes entre ellos, Yamílah. Pero tu hermano debería saber lo que haces, pues podría sospechar que tenemos traidores entre nosotros. ¿Piensas que no se dará cuenta de que falta comida para nuestros guerreros?

—¿Ese hombre alto es quien paga nuestras armas y el grano que cruza las defensas emirales? —preguntó a su vez la joven, haciendo caso omiso de la cuestión que le acababan de plantear.

—Hay noticias que deberías saber —dijo Suleymán, tras guardar silencio unos instantes y mirarla con compasión.

—¿Qué ocurre?

—Que Dios nos asista. Esta noche atacarán.

* * *

Otros leales al Emir ya lo habían intentado sin éxito. Los traidores, bereberes y conversos, habían

desafiado al poder de *Qúrtuba* y era intolerable. Tras varias estaciones de duro asedio, Abd al-Rahmán no había tenido más remedio que acudir a su mejor general, Ibn Rustum, para castigar a los sediciosos emeritenses. Se trataba de una solución drástica a un problema que se alargaba en el tiempo durante años, tras infructuosos intentos de colocar un gobernador afín a los intereses de los Banu Umayya.

«Ni siquiera *Manosdeoro* ha sido capaz de controlar a estos perros», pensó Tamán.

Los enormes muros de la ciudad y la peste se habían encargado de diezmar a sus huestes durante demasiado tiempo, así que el Príncipe de Al-Ándalus quería arrancar de raíz cualquier futuro atisbo de revuelta. La expiación debía ser implacable.

«Nada de esto tendría sentido sin el pacto que hicimos con Ibn Muhayr».

Dejar el sitio de *Tulaytula* en manos de bereberes había sido una maniobra fructífera para estrechar los lazos con ellos, pero no tenían la disciplina ni los medios para rechazar un intento de ruptura del cerco.

«Si Ibn Muhayr se atreviera a traicionarnos...».

Todo el contingente del gobernador de la *Marca Media* había marchado desde *Qalat-Rabah* hasta las inmediaciones septentrionales de *Márida*, encontrándose con el refuerzo sirio que *Qúrtuba* había enviado tiempo atrás. Cuando apareció el nuevo *yund*, la enfermedad ya había destrozado el campamento. Incluso el temible Yabir ibn Malik, el afamado *amir* a cargo del asedio desde sus inicios, cayó en las garras de la pestilencia. Los soldados estaban cansados y con la moral desplomada, aunque su tradicional metodismo los mantenía firmes en sus posiciones. La aparición del *Buitre Negro* enervó de nuevo sus ánimos, pues a los tres mil guerreros emirales que mantenían el perímetro se unieron cinco mil efectivos toledanos y mil cordobeses, conformando una partida difícilmente superable. Parecía que Abd al-Rahmán había encontrado nuevos y generosos ingresos.

«Y sin embargo, no veo forma de tomar esta ciudad».

Había otro problema. Al menos la mitad de los viejos sitiadores eran labriegos y campesinos que se habían reclutado por las circunstancias, con peores maneras para la guerra que los bereberes.

«Las espadas no son arados. Deberían formar en retaguardia».

Días atrás, tras una incursión de los sirios en el barrio cristiano, Ibn Rustum había recorrido todo el cercado para comprobar si había fallos en la estrategia y planificar el inminente asalto que el Emir anhelaba.

— Que toda la ira de Dios caiga sobre ellos mediante tu brazo. Que no quede en pie ni un guijarro de sus murallas. Que no haya *ammán* para los Masmuda —había ordenado Abd al-Rahmán en su mensaje.

Ser un hombre de armas era un duro oficio. No se trataba solo del arduo trabajo que suponía mantener el asedio, la propia vida se convertía en algo efímero,preciado tras los momentos más

críticos y, a la vez, fácil de tomar y regalar mediante el hierro. Cada batalla podía ser la última, cada combate singular implicaba grandes riesgos más allá de salvar el pellejo: perder un miembro, un ojo o la propia virilidad.

«Y perderla a ella...».

Desde que había abandonado *Qalat-Rabah*, Tamán no podía dejar de pensar en Mariam y en su embarazo. Amaba a aquella mujer con toda su alma, más de lo que ella probablemente era capaz de imaginar. Un matrimonio de conveniencia se había convertido en una experiencia totalmente nueva para él.

«¿Cómo puedo entregarme a la guerra si mi corazón reposa allí?».

Durante el adiestramiento con Ubeyd Allah, el toledano había aprendido a desterrar las preocupaciones de su interior antes de empuñar la espada, aunque en aquel momento le resultaba imposible. El mar de sentimientos que lo inundaba no cesaba de ahogarlo durante cada momento que pasaba lejos de su mujer: sus dudas, sus celos y sus añoranzas. La visión de Álvar, un año atrás, en los aposentos matrimoniales de la *munyat al-Yahud* lo atormentaba sin cesar.

«Te escapaste en aquella ocasión pero, la próxima vez que nos veamos, no habrá ventanas».

Mariam lo había elegido a él, su esposa se lo repetía una y otra vez. Sin embargo, de poco le servía para mitigar las imágenes que acudían a su mente acerca de los intensos momentos que habrían vivido los antiguos amantes, a pesar de su juventud.

«Mi mujer ha estado en sus brazos... ¡No puedo soportarlo!».

Dio un puñetazo en el agua antes de purificarse. El frescor del río acariciaba su rostro cuando el sol comenzaba a enrojecerse, cada vez que alzaba su torso desde el suelo durante las plegarias, acompañado de sus mejores hombres. El ambiente estaba todavía impregnado por las piras de cadáveres que ardían en las afueras de los campamentos: columnas de humo y ceniza que provocaban tristeza y respeto, a pesar de que era algo a lo que estaba acostumbrado.

«En la guerra, la peste golpea más fuerte que cualquier espada».

Apenas terminaron sus oraciones, cuando varios mozos aparecieron con caballos y pertrechos, así que comenzaron a armarse con calma, atando minuciosamente las correas de las cotas de malla, y comprobaron el filo de las espadas, las maderas de las lanzas y los ajustes de los cascos. Las monturas contaban con una salud excelente no solo por su brío, sino por los incesantes cuidados que les proporcionaban sus dueños. Nada era más importante para los *Rakaballah* que el vigor de sus andalusíes y la dureza de sus armas, nacidas en las mejores fraguas de Al-Ándalus, en *Tulaytula*.

Cuando se colocó los guantes tachonados, Tamán contempló *Márida* y, en cierto sentido, le recordó a su hogar. La antigua urbe se erigía, indómita y jactanciosa, con sus murallas centenarias desafiantes; también era acariciada por el inmenso río en la zona sur y un larguísimo y estrecho puente lo cruzaba hasta las puertas, en cuyo último tercio se situaba una enorme explanada en forma de espolón. El tajamar debilitaba las corrientes fluviales que golpeaban la titánica

estructura.

«Jamás vi cosa igual. Es una ciudad tan inquebrantable como la mía, y podría estar sitiada bastante más tiempo sin carestías significativas».

A lo largo de la *Marca Media* se narraban muchas historias sobre el valor de Mahmud, su habilidad con la espada y su carisma, por lo que Tamán estaba deseando medirse en armas con él.

«No comprendo por qué Ibn Rustum me ha puesto a vigilar el puente sureño, es trabajo de exploradores».

De pronto, un grupo de jinetes oscuros se acercó a la ribera desde los campamentos septentrionales. De entre ellos apareció un caballero cuya loriga había sido tratada para conferirle un aspecto sombrío. El almófar anillado bajo el capacete le cubría la cara y el cuello, al estilo de los esclavos, y sólo dejaba a la luz aquellos dos pozos de negrura que formaban sus ojos. Tamán se arrodilló.

—Mi señor —dijo con respeto.

Ibn Rustum hizo un gesto con la mano y se adelantó un adalid de los sirios. Su sobreveste era verde claro y sus armas chapadas en plata. Llevaba el cabello castaño al viento, sosteniendo el casco en el regazo con sus enormes manos. Su rostro era cuadrado y anguloso, su cuello como el de un jabalí, y lucía la sombra de una barba de varios días de cabalgada: parecía hecho para la guerra.

—Mi estimado Tamán ibn Qaisar, te presento a Dawash ibn Rashid —dijo el *amir*—. Es el *qaíd* que comandará la caballería septentrional.

El converso y el sirio se inspeccionaron mutuamente con la mirada.

—Aunque estoy aquí con la misión expresa de liberar al noble Ibn Bazí, quiero enfrentarme a esa *serpiente* llamada Mahmud —comentó Dawash desde su montura—. Vas a comandar el ataque desde el sur, no será tarea fácil. Sin embargo, aunque he escuchado algunas cosas sobre ti, espero que demuestres en combate la valía que les suele faltar a los nuevos creyentes.

—¿Insinúas que mi condición de converso me hace menos capaz? —Los ojos de Tamán acuchillaron al recién llegado.

Dawash sonrió. Ibn Rustum se mantuvo al margen, con la mirada absorta en la ciudad.

—Joven, si eres capaz de mencionar un único rebelde de sangre pura, retiraré mis palabras y te pediré disculpas —dijo el sirio—. Pero no me valen esos rústicos nativos que pasan las horas al sol, para curtir sus rostros y hacerse descender del Profeta. ¡Vamos, adelante, di un solo nombre!

Los caballeros de negros ropajes rieron entre dientes. Tamán no pronunció palabra alguna, aunque se mantuvo desafiante.

—Lo que me temía. —Dawash se decepcionó y bajó la cabeza con cierta sorna—. Recuerda esto.

Si tiras de las riendas y das media vuelta, allí estaré yo, esperándote.

—Y yo no derramaré tu sangre antes del asalto, aunque tu ofensa lo merezca —amenazó Tamán—. Cuando hice mi profesión de fe, y mi padre antes que yo, ambos nos sometimos a Dios con todas las consecuencias. Te demostraré que Él está conmigo y con mis guerreros. Tu grupo de mujeres bien vestidas de plata y esmeralda no aguantará la carga de Mahmud.

—Ya lo veremos. —El sirio hizo una reverencia y se retiró hacia sus hombres al galope.

El *amir* se aclaró la garganta sobre su corcel.

—Fatuó, impetuoso, irreverente y, pese a todo, necesario —comentó Ibn Rustum con su voz tranquila, sin dejar de observar *Márida*—. No hay guerreros más disciplinados que los sirios, Tamán. No dejes que su talante te afecte. Cumple con tu cometido, como siempre. Yo estaré vigilando que *la Serpiente* no pueda romper nuestro cerco.

—A veces pienso que *Qúrtuba* se está convirtiendo en un gran burdel lleno de rameras y poetas —masculló Tamán mientras se montaba en su andalusí.

—*Márida* es nuestra prioridad ahora —afirmó Ibn Rustum—. Todo se decidirá esta noche. Vamos a cruzar el río y a crear un infierno de fuego.

—Que así sea —dijo Tamán mientras cabalgaba hacia el resto de sus hombres junto a su líder—. Que Dios nos juzgue y nos bendiga con la victoria.

—No creo que esta guerra sea del agrado de Dios —aseveró Ibn Rustum pausadamente—. Debe estar enfadado para enviar semejante pestilencia. En todos mis años de guerras, jamás vi un brote tan acuciante. Pero estoy de acuerdo contigo, estimado discípulo. Ojalá nos consagre con Su piedad. La vamos a necesitar.

—La mejor forma de que se cumplan nuestras plegarias es actuar de forma implacable. Esta batalla será la más sangrienta que se recuerde, perderemos más hombres de los que seremos capaces de perdonarnos. Esto me lleva a preguntaros... ¿por qué me situáis en el sur, mi señor? ¿No sería más útil junto a vuestros guerreros, una vez que caigan las puertas del norte?

—Mantendrás tu posición, mi estimado discípulo.

—Pero...

—Esta ciudad no puede ser tomada al asalto —interrumpió Ibn Rustum—. Sin embargo, recibirás mis órdenes más adelante.

«¿De qué está hablando?».

El *amir* espoleó su montura y regresó hacia las distantes posiciones del norte junto a su Guardia Negra.

99 Garrovillas de Alconétar, en Cáceres.

100 Poitiers, en Francia.

101 Abadía en Soissons, Francia.

102 Salamanca.

103 Adefonsus, *el Cántabro, el Primero* : primer rey de los astures, que asoló el valle del Duero para crear una frontera sin recursos respecto a sus enemigos musulmanes.

CAPÍTULO 14

LOS JINETES DE DIOS

Márida ,

Al-Tagr al-Adna (Marca Inferior de Al-Ándalus).

Rabí Al-Awwal (abril), año 218 de la Hégira (833 d.C.).

«Ya vienen. Ya ha empezado».

La noche se acercaba como una oscura y gigantesca ave que cubría las inquietas almas que quedaban en la ciudad. En las enormes murallas sureñas, todos aguantaban la respiración, escuchaban los intensos latidos de sus corazones. Yamílah observaba a sus hombres en silencio, advirtiendo el miedo y la impaciencia. A pesar de que las defensas de la ciudad eran impenetrables, todos sabían que el asalto se cobraría muchas vidas en ambos bandos. «Al fin y al cabo tenemos enfrente al *Buitre Negro* ». Amín la miró de una forma peculiar: ella sabía que su leal compañero, su mano derecha, la amaba; que aquellos ojos negros se sumían en la tristeza cuando se separaban y se iluminaban cuando volvían a reencontrarse. Sin embargo, en aquella ocasión, lo que trasmitían era incertidumbre y, ante todo, eran heraldos de la *última mirada* . «Otra vez, como la de aquel anciano mendigo del barrio cristiano, como la de Arband antes de separarnos».

¡Duuuu-oooooooooooooooooh!

El lúgubre sonido de un solitario cuerno anunció lo que ya sabían: los cordobeses atacaban. Le siguió otro aullido triste, más cercano.

¡Aah-uuuuuuuuuuuuuh!

«Que Dios nos proteja...».

—¡Es la hora! —gritó a sus guerreros—. ¡El enemigo nos desafía!

Los rostros de los emeritenses que lideraba parecían de cera.

«¿Estarán poniéndose una máscara de valentía como yo?».

Ibn Rustum se había dejado ver días atrás, levantando sus negros estandartes al norte. Llegó acompañado de numerosas huestes, que construyeron enormes armazones de madera como afanadas hormigas en la lejanía.

«Pretenden pegar esas torres de asedio a los muros e infestar la ciudad... como una plaga de langostas».

Según el plan acordado, Mahmud y *el Romano* protegerían las murallas septentrionales y sus arrabales, pues recibirían la embestida más cruel. Yajdiel y Ariulfus defenderían el corazón de la ciudad y el palacio del *wali*, mientras que el grupo de Yamílah salvaguardaría la Puerta Sur, allí donde el largo puente con su enorme espolón y el río los separaban del Infierno. Llegado el momento, el enemigo sólo podría atravesar el puente con escalas y ariete, por lo que el asalto a la muralla meridional se vaticinaba menos peligroso.

«Por eso estoy aquí. Siguen tratándome como a una niña...».

Pensó en los últimos momentos junto a su hermano y su marido. Mahmud se despidió de ella con una sonrisa, confiado, y puso rumbo a la muralla norte. «Puede que no nos volvamos a encontrar». Su esposo tampoco pronunció palabra alguna. En lugar de eso, la atrajo hacia él y la abrazó con una fuerza inusual. Luego, besó su frente, como un padre besaría a su hija, con los hermosos ojos verdes llenos de orgullo en su arrugado rostro. Aquel olor a cuero sudado y aquel tacto, duro y cálido, hicieron que las dudas de la muchacha se despejasen. «Necesitaba tanto ese abrazo...».

Yamílah paseó entre sus hombres, quienes la esperaban como cachorros, anhelantes de su presencia en aquella hora tenebrosa. «Si ven a una mujer entera en este momento, no tendrán más remedio que sacar el valor que les queda». Cuando regresó a su posición original, sobre la puerta sur, Amín fue a buscarla.

—¿Todo correcto? —preguntó ella.

—Mi señora, los arqueros están dispuestos. El aceite sigue hirviendo y la avanzadilla del tajamar ha tomado posiciones. Si la infantería enemiga intenta atacar la puerta sur, tendrán que sobrepasar un muro de lanzas.

La muchacha apoyó la espalda en la muralla, relajada. La sonrisa que le dedicó a Amín fue tornándose en un gesto de sorpresa y, más tarde, de pánico. Todos se giraron hacia el norte, tras la exclamación instintiva de Yamílah, para contemplar, aterrados, cinco estelas de fuego surcando el cielo nocturno, como la macabra y hermosa visión de un castigo divino. Acabaron por impactar en el muro septentrional, provocando una lejana apoteosis de trueno y fuego. Los distantes alaridos parecían un coro del Inframundo, Yamílah los sintió en lo más profundo de su alma, en su encogido corazón. Como una centella, subió por la escalinata de una atalaya que sobrepasaba la muralla. Desde allí, con la brisa azotando su rostro y mesando sus largos cabellos, pudo contemplar una columna de jinetes con antorchas que se disponía a cruzar el larguísimo puente hasta el islote.

—¡Preparad las flechas y el fuego! —ordenó a los arqueros del muro, sobreponiéndose a aquella estrategia absurda—. Si sobrepasan el tajamar, ¡hay que acabar con ellos!

Sonó un cuerno extraño desde el patio, muy estridente. *¡Tuh-iiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiih!* «¿Qué ocurre?». El puente temblaba, el choque entre los jinetes y los lanceros se iba a producir en breve. Sin embargo, las huestes emeritenses se abrieron y dejaron paso a una enorme columna de caballería pesada que se abalanzó sobre las puertas que ella debía proteger. «No puede ser...». Yamílah sintió cómo su vientre daba un vuelco al contemplar la figura de un caballo rojo en sus orgullosos pendones. «*Rakaballah* ... ¡Han enviado a los Jinetes de Dios!».

Otros cinco haces candentes surcaron la noche a sus espaldas, lejanos, macabramente hermosos, dolorosamente poéticos. «Abd al-Rahmán nos ha enviado a *Iblís* ...». Yamílah tragó saliva, se ajustó el capacete y empuñó con fuerza la espada para enfrentarse a sus demonios; aunque Suleymán le había ayudado a vencer sus dudas, ella misma debía superar el peor de sus terrores: la pérdida de su ciudad. Giró la cabeza hacia su querida *Márida*, herida, humeante y, aun así, bella como siempre. Posiblemente fuese la última vez que la contemplaría. Intentó animarse mirando la firme muralla que había entre ella y sus enemigos, de nada serviría una carga de los Jinetes de Dios si estaba protegida tras...

—¡Las puertas! —gritaron desde abajo—. ¡Las puertas, las puert...! ¡Arrggg...!

Se escuchaba refriega en el patio interior. No era posible, nadie habría podido entrar. Parecía tener alas mientras bajaba los escalones del otero, pero escuchó las grandes hojas de madera crujir y moverse. «Dios Todopoderoso, hemos sido traicionados...». No podía asimilar aquello, no podía pensar en una perfidia interna.

—Amín, encárgate de los arqueros y del aceite —comandó mientras seguía bajando escalinatas—. Disparad hierro y fuego sobre ellos en cuanto estén a tiro. ¡Veinte hombres, conmigo! ¡Tenemos que evitar que entren!

Las saetas incandescentes comenzaban a surcar la noche, como oleadas de luciérnagas, cuando Yamílah y sus guerreros alcanzaron la planicie. Allí, los guerreros luchaban, hermano contra hermano. No podía distinguir a traidores de leales, así que ordenó a los suyos que acabasen con cualquiera que les impidiese cerrar las enormes puertas y atrancarlas de nuevo. Apenas si había tiempo, la sangre y los gritos la rodeaban, un zumbido machacaba sus sienes y su corazón latía como un alazán al galope. Tras dar un tajo a uno de los pérfidos, cayó de rodillas y vomitó. Sus ojos lagrimeaban de rabia, de dolor, de decepción. Probablemente habría compartido pan y carne con la persona que acababa de matar. Quiso gritar, quiso evitar lo imposible.

«Demasiado tarde...».

Alzó la vista y los contempló. Formaban de a tres, como bestias salidas del averno, cuando cruzaron las puertas. El primero de ellos, una criatura descomunal, blandió su espada para acabar con dos de los hombres que se le habían cruzado. Alzó su montura sobre las patas traseras, triunfante, mientras el resto de jinetes se esparcían a su alrededor. Los ojos de Yamílah se cruzaron con aquel ser creado para la guerra. Lo enfrentó, consciente de que aquello podría significar su propia muerte. Entonces, cuando el jinete se disponía a espolear su montura, se escuchó un poderoso cuerno: *¡doooo-uuuuuuuuuuuuuuuh!* Un sonido familiar, lleno de esperanza...

* * *

Ya había sonado la señal. ¡*Tuh-iiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiiih!* Mientras cabalgaban, tras cruzar un tajamar repleto de traidores que no opusieron resistencia, los titánicos portones meridionales comenzaron a abrirse, como las piernas de una ramera, ansiosas por recibirlos. Tamán miró a los dóciles emeritenses con desprecio: habría preferido enfrentarse a ellos, pero estaba cumpliendo órdenes de Ibn Rustum. La riada de jinetes que comandaba, lejos de dar alaridos o gritar improperios, recitaban con voz poderosa, al unísono y rítmicamente, la *basmala* : “en el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso”. Las puertas dudaron, parecieron detenerse antes de quedar abiertas de par en par. Las flechas de fuego comenzaron a caer sobre ellos, por lo que se cubrieron con los escudos mientras galopaban. Escuchó los lamentos de algunos hombres y monturas, aunque no le importó. La mayoría seguía entonando la oración. Desenvainó la espada, la alzó bajo el cielo estrellado y ordenó cargar hacia el interior de la ciudad. Había contemplado con admiración los haces incandescentes que habían cruzado la noche, impulsados por las máquinas de guerra que Ibn Rustum había construido en el frente septentrional.

«¿Qué puede hacer el más valiente de los guerreros frente a eso, sino morir?».

Las dos hojas comenzaban a cerrarse de nuevo cuando la columna de jinetes entró como una torada salvaje, embistiendo con violencia a cuanto rebelde se ponía en su camino. El aceite hirviendo cayó desde las alturas, pero no frenó a una hueste que acometía con todo su poder. Habría una veintena de hombres en el patio, y los arqueros de la muralla podían ser peligrosos. El *qaíd* encaró a su primer rival, que sostenía su astil con manos temblorosas e intentaba afianzarse clavando en la tierra el extremo inferior. El guerrero evitó fácilmente la punta, arrolló a su contrincante con su andalusí y se dispuso a golpear al segundo adversario que se cruzó en su cabalgada, quien alzó su escudo. A través del filo, sintió cómo adarga y jubón fueron mordidos de un tajo lateral y, mientras pasaba de largo, hizo un giro rápido de muñeca que cercenó la nuca de su rival, destrozando su capacete y echándolo por tierra sin vida. La arremetida de sus caballeros entre las masas de rebeldes que salían a su paso parecía un cuchillo al rojo vivo cortando el *smen* ¹⁰⁴ de los árabes. A su diestra, la garganta de su portaestandarte fue atravesada por un proyectil, pero el Jinete de Dios que cabalgaba tras él tomó el pendón de los *Rakaballah* antes de que cayera y continuó recitando la *basmala* con furia. Aquello animó a Tamán, quien tiró de las riendas para alzar su corcel sobre dos patas, desafiante.

—¡Defended las puertas! ¡Que no se cierren!

Sus hombres arrojaban las teas a las edificaciones cercanas, que comenzaban a arder con fuerza, creando un festín de llamas a su alrededor. En ese momento, vio a un guerrero que trataba de encararse con él. Espoleó a su andalusí y gritó la oración mientras cargaba hacia su enemigo. No dejó de mirar su rostro: bajo el capacete de hierro había una piel delicada, los labios eran carnosos y los ojos negros como la noche.

«¡Es una mujer! ¡Envían a sus mujeres a la guerra!».

Tamán pudo ver la determinación en el rostro de la muchacha cuando él mismo enarboló la ensangrentada espada de Al-Darrab, amenazante.

«¡Ven, perra bereber!...».

Entonces, cuando ya casi alcanzaba a la doncella guerrera, un nuevo cuerno se escuchó en la vía principal de la ciudad.

¡Dooooo-uuuuuuuuuuuuuh!

Una enorme columna de caballería apareció ante él como un violento torrente de hierro, cargando con furia, aullando al estilo Masmuda con los largos cabellos al viento. Los *Rakaballah* habían perdido vigor tras sobrepasar a los custodios de las puertas, y las monturas de sus enemigos estaban frescas, hambrientas de cabalgada y los superaban en número.

«No puede ser... ¡Mahmud debería estar defendiendo el norte! ¿Qué hace aquí?».

—¡Reagrupaos y cargad! —gritó con toda la fuerza que daban sus pulmones, espoleando a su corcel. Su portaestandarte, iluminado por el fuego, empezó a hacer círculos con el pendón para avisar al resto de los jinetes, quienes pusieron en práctica la maniobra y se dirigieron hacia la muerte.

El impacto entre ambas facciones fue cruento: dos ríos de metal chocaron y la tierra se tiñó de escarlata. Un amasijo de cuerpos inertes y miembros cercenados, tanto de hombres como de caballos, inundaba la explanada tras las grandes puertas abiertas. La batalla se había convertido en un caos sin control, si bien los toledanos conseguían, en parte, mantener sus posiciones. Miembros de ambos bandos caían por tierra, una tierra tan pérfida y dañina como las saetas que llegaban de los muros. Mahmud peleaba como una bestia salvaje, rápida y letal, derribando a cuanto oponente se situaba en su camino.

«Es un demonio... Pero lo hemos frenado».

Los tambores de la infantería toledana sonaron a sus espaldas, como pisadas de gigantes. *¡Bum-drom-drom-drom-bum-drom-drom-drom...!* Sus guerreros habrían cruzado el puente resguardados por grandes parapetos, para subir a la muralla y acabar con los arqueros enemigos.

—¡Aguantad! ¡Aguantad! —comandó el *qaíd* a su hueste—. ¡Llegan los lanceros!—aulló, aunque en aquel momento se dio cuenta de que su infantería mantenía su propia batalla.

«¿Qué...?».

Desde la gran cloaca de la ciudad, un grupo de hombres embozados se había escurrido entre el caos y la oscuridad y había tomado por la retaguardia a los peones toledanos. Los degollaban con cuchillos afilados, sembraban el pánico entre las líneas.

«Ratas... Llegan desde las profundidades portando muerte. Vamos a perder esta batalla y Dawash, ese hijo de perra sirio, va a mearse en mi cadáver. Si es que él sale con vida...».

Sin embargo, el *naqib* ¹⁰⁵ de los lanceros consiguió reagrupar a la mitad de las fuerzas para hacer frente a aquel sombrío enemigo.

—¡No rompáis la fila! —advirtió—. ¡A quien dé un paso atrás le saco el corazón por el culo! ¡Os haré tragar todas las mierdas de caballo que encuentre si retrocedéis! ¡El resto, subid las

escaleras y acabad con los arqueros!

«A la *Serpiente* le saldrá cara la victoria, no permitiré que escape por estas puertas».

—¡Abridme paso! —exhortó Tamán, y sus adláteres se apartaron.

Avanzó, echando por tierra a todo el que se le cruzaba, hacia el caudillo enemigo, y lo desafió desde la lejanía.

—¡Mahmud! ¡ *Serpiente* ! ¡Mahmud!—gritó desde su montura, y la voz se escuchó sobre el estruendo de la batalla.

La guardia personal del bereber hizo un amago de carga hacia él pero, tras escuchar a su señor, se hizo a un lado. Entonces apareció el rebelde, imponente sobre su montura. Vestía a la manera de los eslavos, aunque con los colores púrpuras propios de los Masmuda; además, cubría su rostro con un almófar plateado que colgaba del capacete, y era de los pocos adversarios que portaban anillas de hierro cosidas al cuero, en cuyo pecho tomaban la forma escamada de la cabeza de una serpiente. La espada larga y afilada goteaba sangre, camuflada por el reflejo del fuego y las estrellas.

Antes de enfrentarse, ambos descabalgaron y se miraron a los ojos, retadores. El primer cruce de armas provocó que los hombres de alrededor dejaran de combatir y se mantuvieran pendientes del duelo: la rabia de Mahmud contrastaba con la frialdad metódica de Tamán. Las espadas se besaron, los escudos se astillaron, las protecciones cedieron, la carne sangró.

«No puedo fallar».

Mahmud recibió un fuerte impacto en el pecho. Sonaron las anillas rotas y el cuero rasgado, y mordió el polvo. Aquello hizo que un grupo aislado de lanceros emeritenses protegiese el cuerpo de su señor, como puercoespines amenazados, y que los restos de la infantería embozada, que había sido repelida por el *naqib* , se echase encima de Tamán.

—¡A mí! ¡A mí! —clamó en vano el *qaíd* , subiendo de nuevo a su montura y advirtiendo la avalancha de muerte que se cernía sobre él. Su falange ya estaba tomando los muros, así que no había muchas opciones de ayuda.

A pesar de que no tenía escudo, pudo matar a tres rivales. Luego, lo derribaron con un golpe de maza en la rodilla y un espadazo en los riñones. Se hizo daño en el cuello al caer, y tragó tierra bajo la capucha de mallas. Su andalusí salió despavorido, abriéndose camino entre los traidores, quienes lo ignoraron.

—¡El *qaíd* ha caído! —gritaron algunos de los *Rakaballah* que aún mantenían las fuerzas, con muchas heridas en piernas y costados—. ¡Salvemos al *qaíd* !

Aun magullado y asustado, se sintió orgulloso por la ciega temeridad que aquellos hombres demostraron, abriéndose paso hacia él entre un enemigo más numeroso. Los sicarios lo golpeaban con sus pies y con sus armas, y él encajaba y esquivaba los golpes que podía. Su espada estaba lejos y sólo tenía sus brazos para protegerse. No le permitían ponerse en pie: su pecho y su

costado estaban doloridos, aunque la cota toledana no cedía ni quebraba ante los envites. Entre todos sujetaron sus extremidades mientras uno de ellos sacaba una daga para degollarlo, con el rostro lleno de barro y sangre, y la mirada entre la locura y la venganza.

«Voy a morir... Mi hijo nacerá sin un padre...».

De repente, la cabeza del matarife se desprendió de sus hombros, tras el tajo de un oscuro jinete. Parecía que la Muerte hubiese aparecido ante Tamán sobre un negro corcel. La advertencia de un cuerno sombrío retumbó en sus oídos: ¡ruuuuu-oooooooooooooooooooooh!

Se trataba de Ibn Rustum junto a su negra guardia, que dio buena cuenta a quienes lo atacaban.

—¡La ciudad! —gritó el *amir* con poderosa voz—. ¡Tomad la ciudad! ¡Que no haya piedad para los Masmuda! —Señaló las puertas abiertas con su hoja teñida de sangre y la caballería verde y plateada de Dawash las cruzó para adentrarse en las profundidades de *Márida* .

Tamán fue alzado por varios de sus hombres y pudo ver cómo escapaba el herido Mahmud, tras montar en un caballo que vagabundeaba por el campo de batalla, y se perdía entre las desoladas calles, ayudado por uno de sus lacayos.

«Perro bereber...».

Miró con anhelo a Ibn Rustum. Su superior negó con la cabeza.

—No podrá escapar. Tenemos bien custodiadas las puertas. Hemos conquistado la ciudad.

—¡La espada y el caballo! —ordenó Tamán mientras lo sacaban de la refriega—. ¡No dejéis mi espada y mi caballo!

Tras recuperar un poco el resuello, el *qaíd* se encontró protegido por los lanceros, quienes habían limpiado los muros de enemigos y mantenían líneas de defensa tras la siniestra caballería del *amir* . Casi no podía tomar ni echar aire de sus pulmones y los dolores acudían a él, pero lo único que deseaba era recobrar las fuerzas y el aliento para regresar a la batalla. Entonces, perdió el conocimiento.

* * *

Cuando despertó, lo estaban metiendo en su jaima. No tenía fuerzas ni para quitarse la cota de mallas. Harún le ayudó a desatarse las correas de sus pertrechos; poco después, Tamán se percató de que el joven tenía una gran herida en el rostro, que sangraba bajo una venda improvisada. El *qaíd* se relajó cuando otro siervo entró por la abertura de la tienda, con una tinaja de agua caliente. El esclavo parecía sumiso y buen conocedor de su arte. Al quedar desnudo sobre el camastro, los cuidadores advirtieron una punzada fea en su pantorrilla. Brazos, pecho y abdomen eran un hervidero de cortes y magulladuras, algunas con sangre coagulada, pero lo más importante sería recuperarse de las costillas fracturadas. El muchacho comenzó a lavarlo con el líquido primordial y Tamán sintió un gran alivio. Le dolía bastante el cuello tras la caída y le ardía una herida que Mahmud le había infligido en el hombro.

«Dios me ha salvado de esa carnicería».

Luego, el recién llegado preparó unos emplastes y unas gasas para evitar que entrase polvo en las heridas y contener las leves hemorragias. La lanzada de la pierna tuvo que ser cosida, aunque pronto caminaría sin problemas. Tras beber una amarga infusión, quedó dormido lenta y profundamente.

No sabía el tiempo que había transcurrido hasta que recobró de nuevo la consciencia. La luz diurna entraba por la puerta de su pabellón como un nuevo atisbo de vida.

«He sobrevivido a otra batalla. Que Dios me proteja siempre, para que pueda cuidar de mi familia».

Se incorporó con esfuerzo y notó el sabor ferruginoso en su boca, por lo que bebió un poco de agua de un cazo que tenía a mano. Su espada colgaba de un poste de madera, en su funda, por lo que respiró aliviado. Harún apareció poco después.

—Mi caballo...

—Tranquilizaos, mi señor —dijo el sirviente—. Lo hemos recuperado y está sano y salvo.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Cuánto llevo dormido? —Tamán se impacientó —. ¡Háblame!

—Todo ha ido bien, *sayyid*¹⁰⁶. Lleváis varios días en la cama, pero la ciudad es nuestra. Un judío emeritense la entregó a Ibn Rustum. Fue quien compró a la avanzadilla del tajamar y procuró que las puertas estuviesen abiertas cuando las alcanzasteis.

—¿Qué judío? ¿Con qué potestad?

—Sólo sé que el propio Ibn Rustum lo evisceró tras la victoria. Como sabéis, no soporta a los traidores.

«Judíos... Solo son leales a sus riquezas. ¿Será Mariam igual?».

—¿Dónde están mis hombres? ¿Cuántos cayeron? —El mozo apretó los labios y bajó la cabeza.

—Me temo que perdimos a muchos compañeros, casi la mitad... —No se atrevía a dar más detalles.

El rostro del *qaíd* palideció. Nunca había tenido tantas bajas entre sus seguidores.

—¿Y qué ocurrió con Mahmud? ¿Lo han capturado?

—No, mi señor. —El muchacho volvió a agachar el rostro, avergonzado—. Mahmud huyó del campo de batalla y se desconoce su paradero.

—¡Maldición! —masculló Tamán, furioso, y dio un gran golpe que desparramó todos los utensilios de curación que había sobre la mesa—. Ayúdame —ordenó—. Quiero respirar aire fresco.

Se colocó algunas ropas limpias y, apoyándose en Harún, salió de la jaima. Los hombres, con rostros sucios y cansados, lo miraban con admiración y orgullo. Comenzaron a gritar de júbilo al verlo aparecer y vitorearon su nombre con fuerza. Algunos de los oficiales menores se acercaron para darle las gracias.

—Habéis llevado el peso del ataque, y salvado muchas vidas gracias a vuestra valía, mi señor —dijo el *naqib* de los lanceros.

—Otras se han perdido. —Una sombra pasó por el alma de Tamán—. Buenos hombres han dejado sus días en el barro ensangrentado, y no volverán. Ahora morarán en el paraíso, pero merecían disfrutar de esta victoria.

—La carga de los *Rakaballah* será cantada por mucho tiempo, ellos serán recordados por los poetas —dijo uno de los arqueros.

«Sus familias también los recordarán, entre lágrimas. ¿Llorarías por mí, Mariam, como lloraste por Álvár tiempo atrás? ¿Qué sabría de su padre el hijo que portas en tus entrañas?».

Cuando Tamán contempló la ciudad desde la distancia, se percató de que un gran grupo de hombres trabajaba en las murallas. Miró a Harún, extrañado, esperando una explicación.

—Son cristianos, mi señor —dijo el mozo—. Han sido esclavizados por el nuevo gobernador, Ibn Qulayd, para demoler el muro, piedra a piedra. Pretende construir con ellas una fortificación para mantener sometidos a los habitantes de la ciudad.

En ese momento, una hilera de caballeros, verdes y plateados, se acercó a la zona de los pabellones. A su cabeza cabalgaba Ibn Rashid, triunfante, con su magnífica sobreveste y su rostro salpicados de sangre y hollín. Junto a él cabalgaba Ibn Bazí, quien no parecía haber pasado demasiadas fatigas durante su cautiverio.

«Ha liberado a *Manosdeoro*, el Emir estará contento. Se rumorea que lo quiere en la *Marca Superior*».

Cuando el sirio llegó ante Tamán, lo miró con una sonrisa y descabalgó. El resto de los caballeros hicieron lo mismo.

—Que Dios esté contigo, Tamán —saludó.

—Y contigo —respondió el toledano con reservas.

—Has tenido el privilegio de enfrentarte a Mahmud de forma inesperada. —El gesto de Dawash era impasible—. Ibn Rustum no previó que intentaría salir por el sur aunque, al poco tiempo de comenzar la batalla, su instinto le hizo cabalgar hacia tu posición. Era extraño que el bereber no plantase cara a los almajaneques septentrionales, a pesar de estar destrozando la ciudad. Intentó sobrepasarte mediante una gran carga, pero tuvo que esconderse entre los callejones tras vuestro encuentro.

—¿Tienes noticias de ese perro? —preguntó Tamán con impaciencia.

— *La Serpiente* se nos escapó por las puertas occidentales. —La rabia apareció en el rostro de Ibn Rashid—. Nuestras monturas llegaron cansadas desde el norte, no pudimos atraparlo. Rompió las líneas de lanceros y puso rumbo hacia el *hisn* de *Sant Qurush*, que pertenece a su parentela.

—¡Maldita sea la sangre de los Masmuda! —vociferó Tamán. Sin embargo, Dawash esbozó una sonrisa pícaro.

—Puedes estar tranquilo, tengo a algunos buenos batidores tras su rastro. Antes de dirigirme personalmente a cazarlo, tenía que visitarte para ver cómo te encontrabas. Has perdido muchos hombres en la batalla, Tamán...

—Más de los que me puedo perdonar —interrumpió el herido con rostro tenso, todavía apoyado en Harún.

—No obstante —continuó Dawash—, frenaste el avance de Mahmud con bravura y disciplina, los guerreros dieron su vida por ti y portaste la muerte en tu espada con todo el favor de Dios. —Se arrodilló, sumiso, y sus hombres lo imitaron—. Vengo con mis mejores guerreros para hacerte una humilde petición. Permítenos jurarte lealtad, mi *qaíd*, y déjanos servirte como Jinetes de Dios.

Y, uno a uno, todos rasgaron sus ricos ropajes, dejando al descubierto sus firmes cotas de malla.

¹⁰⁴ Mantequilla amarga.

¹⁰⁵ Capitán.

¹⁰⁶ Señor, amo.

CAPÍTULO 15

LA PIEL DE SAN TIRSO

Proximidades de *Columbarium Fiscum*,

Frankia.

Julio de 833 d.C.

El silencio era abrumador. Bajo un calor sofocante, los dos ejércitos se medían en la distancia, a tiro de flecha, expectantes. Faramund jamás había contemplado tamaña muchedumbre junta, preparada para matarse, para acuchillarse sin piedad. Los pendones colgaban inertes por la ausencia de brisa, como el manto de una santa esculpida en madera. El sudor recorría la piel del guerrero bajo el acolchado que sostenía la desgastada cota de mallas. Tenía la espada al cinto, el escudo a la espalda y observaba, sonriente, a sus adversarios. Las fuerzas de ambos bandos parecían parejas. Los *potentes* que hasta el momento se habían mantenido impasibles o indiferentes ante alguna de las dos causas, acudieron hasta *Rothfeld*¹⁰⁷ y sus intenciones quedaron al descubierto.

Ludovicus había traído un ejército numeroso, flanqueado por bretones y aquitanos, con la temida infantería sajona en vanguardia. Faramund también veía entre los enemigos las capas celestes de los soldados de Ilthar de *Massalia*.

«Ahora podremos saldar nuestras diferencias en el campo de batalla...».

El de *Suessionum* miró a su derecha, donde se desplegaban las tropas del *Dragón Negro*. Lotharius, protegido por sus dos hermanos, orgulloso en su oscura *brunia* sobre un semental también azabache, desafiaba a su padre. Resaltaban los pendones rojos sobre los que se distinguía la negra bestia reptiliana, como árboles que crecían sobre arbustos de cuero y metal. Los *nobiles* Matfridus y Lambertus aguardaban con sus *scaras* en retaguardia. En vanguardia, Faramund observó los rostros asustados de las levas de infantería campesina: labradores y ganaderos arrancados de sus tierras por el deber del juramento, armados con arcos y lanzas. Los más afortunados, se ceñían al cinto hachas de pobre manufactura, sin más loriga que la lealtad a su Emperador.

«Ha hecho cumplir las leyes de su abuelo y no ha permitido que acudan con hoces y palos. Sin embargo, sigo pensando que los campesinos no deberían ir a la guerra».

Luego, contempló su *scara*, compuesta por fieles jinetes con la mirada llena de determinación, dispuestos a morir sin vacilar, preparados para regar con sangre aquel valle ya escarlata y pertrechados con hierro anillado y armas afiladas como garras.

«Somos la primera línea de Lotharius. Vamos a encarar a esos malditos bretones y destrozarlos».

Faramund estaba ávido de lucha, exultante ante la oportunidad de enfrentarse a Ludovicus y acabar con las luchas intestinas del Imperio de una vez por todas.

«Ese pusilánime beato ha exiliado a mi padre al lugar más peligroso. Obtendrá su merecido».

Ni siquiera la presencia del *Servus Christi* ¹⁰⁸, Gregorius, había conseguido evitar lo que iba a ocurrir. El Papa había llegado varios días atrás con la intención de mediar entre padre e hijo, pero los ánimos ya estaban inquietos debido a las epístolas que se habían intercambiado con anterioridad, y las reuniones que había mantenido con Ludovicus no hicieron sino empeorar la situación. La noche anterior, se habían conocido las ansiadas noticias que Faramund estaba esperando. Ninguno de los contendientes reconocía al otro como emperador, y Gregorius había abandonado el cobertizo donde se parlamentaba, apoyado en su báculo y con el rostro compungido, rumbo a su campamento. El enfrentamiento sería a la mañana siguiente y allí se encontraban los dos ejércitos, tras un despejado amanecer, en las cercanías de la estratégica ciudad de *Columbarium Fiscum* ¹⁰⁹, con un radiante sol de verano que arrancaba destellos de las cotas de malla y de las lanzas enhiestas.

«Por fin. Aquí se decidirá el destino del Imperio».

—¿Cómo pueden seguirlo? —dijo Kerold con incredulidad, casi hablando para sí mismo. El corpulento guerrero se situaba a la diestra de Faramund, como era habitual—. A Ludovicus, digo. Primero lo de su sobrino Bernardus...

—Te recuerdo que su intención fue cegarlos, no matarlos —aclaró Aberfal, el isleño, con el fuerte acento de sus tierras—. Ya pagó con creces su penitencia, doblegándose públicamente como los antiguos.

—A eso me refería. ¿Cómo seguir a alguien que se ha humillado de esa forma por congraciarse con la Iglesia, con una panda de clérigos hartos de carne y miel? Además, luego se unió a esos perros hambrientos bretones y llenó sus filas de borrachos...

—Gente tan peligrosa como otra cualquiera. —Aberfal se limpió con su antebrazo las barbas rojizas tras dar un trago de hidromiel desde un pellejo—. Y le son fieles, así que venderán muy cara su derrota.

—Más allá de sajones y bretones, estamos ante francos —recordó Faramund—, nuestros hermanos. No será como luchar contra los *nordmanni*. Puede que Ludovicus sea manejable por egoístas sodomitas llenos de cruces, pero su capacidad de sorpresa y ambición hacia la corona son innegables.

—Entonces su segunda mujer ha conseguido lo imposible, ¡que anteponga sus tetas a los culos de los párrocos! —sentenció Kerold y golpeó a Aberfal en la espalda.

Quienes los rodeaban carcajearon con ganas, una buena forma de mitigar los nervios previos a la contienda.

—Parece que anoche no estuviste con suficientes putas —consiguió articular Faramund, entre risas.

—Cuando llegó la caravana de rameras al campamento no podía creerlo. —Kerold tenía los ojos muy abiertos y se echó las manos a la cabeza—. ¡El estandarte del Papa ondeando en una colina a la vista, y nosotros fornicando a pierna suelta! Estoy escocido como un recién nacido. ¡Y habrá más si vencemos! —Se frotó las manos, satisfecho—. O al menos eso dijo uno de los hombres de Hucus de *Turonorum* ¹¹⁰.

—¿De Hucus o de su mujer? —bromeó Faramund. El suegro de Lotharius era alto y de porte solemne, una de las personas más poderosas del Imperio, aunque se decía que carecía de potestad alguna en su matrimonio.

—Silvanus dice que vio a algunos con los colores del Papa por aquí a esas horas, husmeando —informó Kerold—. Debían de saber que en el campamento de Ludovicus no se permiten mujeres públicas...

El explorador asintió, sonriente, sin dejar de mirar el horizonte plagado de enemigo.

—Quizá querían confesarlas —comentó el orondo Markus y las algarazas resurgieron. Sin embargo, fueron rápidamente ahogadas por el soplo de un gran cuerno de guerra.

¡Thooooouuuuuuuuuuuuuuuuuuuuh!

—¡Ha llegado el momento! ¡Embrazad los escudos! —ordenó Faramund, recuperando la seriedad.

Luego, salió de la fila para recorrer toda la vanguardia de Lotharius con su corcel.

— ¡Haaaaaaa! ¡Haaaaaaa! —gritaba a las tropas alzando el puño con rabia, y estas respondían con alaridos de batalla. Después se giró y señaló con su espada hacia las filas enemigas, donde Ilthar aguardaba sobre su montura, sereno bajo su capa celeste.

«Ya veremos a quién otorga Dios la gloria».

Saludó al massalio inclinando la cabeza, sin perder del rostro la sonrisa y la seguridad de la victoria. No hubo respuesta. Entonces, el cuerno volvió a resonar y *el Dragón Negro* levantó un brazo, solemne.

¡Thoooouuuuuuuuuuuuuuuuuh!

Faramund regresó al frente de su *scara* y se ajustó el casco. Su corazón latía, nervioso, como un púber que aguardaba recibir su primera arma de hierro.

«He nacido para este momento. Mi destino está ligado al del Imperio».

—¡Victoria o muerte! —arengó el de *Suessionum*, como habían hecho sus antepasados desde la caída de Hruodland.

—¡Victoria o muerte! —gritó su *scara* al unísono, mientras retenían la embestida de sus monturas. Necesitaban la orden para iniciar la carga, ansiosos por lanzarse hacia el enemigo. No obstante, el brazo de Lotharius no bajaba.

¡Thoooouuuuuuuuuuuuuuuuuuuh! Una tercera vez.

«¿Pero qué...?».

Los hombres de Mattfridus se apartaron a un lado, y dejaron paso a un grupo de caballeros que había permanecido oculto entre una pequeña arboleda de hojas cobrizas. Vestían ropas ajadas y custodiaban a un cabecilla envuelto en una curtida capa. El extraño pasó ante Lotharius y sus hermanos, y Faramund contempló, atónito, las órdenes para que dejaran que aquella comitiva se adelantara a la vanguardia.

Los jinetes se colocaron frente al enemigo, más allá de sus propias líneas. Allí, enarbolaron un pendón rojo y amarillo. «No puede ser...». El líder echó hacia atrás su embozo y apareció una figura entrada en carnes con el rostro afeitado, luciendo un camauro escarlata que ocultaba un capacete de metal. En la mano derecha esgrimía una lujosa espada, y en la izquierda sostenía un báculo dorado que terminaba en una fina voluta. Bajo la capa, lucía una pulida *brunia*. El palio, que mostraba cruces carmesíes, se cruzaba en el hombro y colgaba de forma característica, identificando sin error a su portador.

«¡No puede ser! ¡El Papa! ¡Gregorius ha acudido a la batalla!».

Un murmullo de sorpresa recorrió ambos ejércitos y muchos se santiguaron con devoción. Entre los infantes, los más fervorosos hincaron sus rodillas en tierra. El *Servus Christi* estaba allí y su

guardia se despojó de los viejos harapos que cubrían sus fuertes cotas de mallas.

«Ludovicus dio una *brunia* a un bretón, y su hijo ha hecho lo propio con un romano...».

—¡Que vengan a mí todos los cristianos del *Imperium* !—Gregorius alzó su enérgica voz—. Pues el poder de Dios está por encima de aquel que Él mismo ha otorgado al hombre, ¡y los incrédulos serán arrojados al Lago de Fuego con la Parusía!

Se escucharon algunos gritos y lamentos, que oscilaban entre el asombro y el miedo.

»Yo afirmo que Lotharius es el verdadero *Imperator* , aquel que traerá la paz. ¡Así que os exhorto —señaló a las tropas que tenía ante él— a que renunciéis a una causa equivocada y que os adentréis en el sendero de la concordia! Y quien no lo haga, ¡sea excomulgado!

Lotharius se adelantó y se colocó junto al Papa. Miraba triunfante a su padre, y alaridos de victoria empezaron a escucharse tras él, entre sus filas, donde sólo la *scara* de Faramund callaba. Enfrente, la situación era muy diferente: la duda y el terror consumían las miradas de la mayoría. Poco a poco, los *fideles* ^{III} de Ludovicus fueron desertando de su ejército y arrojando sus armas en una pila. A continuación, sumisos y cabizbajos, se acercaban hasta donde el Emperador y el *Servus Christi* los aguardaban. Ludovicus, abatido sobre su montura y observando cómo sus guerreros lo abandonaban, se convirtió en la figura más triste y desamparada que Faramund había contemplado nunca.

«¿Acaso no hay honor en esta tierra? ¿Es que nadie nos va a plantar batalla? ¿Dónde quedan sus juramentos?».

Muy pocos permanecieron fieles: los bretones, por ignorancia e indiferencia; los sajones, por lealtad; los massalios... «Ha elegido su palabra, su honor, antes que la salvación. ¿Qué clase de hombre es Ilthar?». Sin embargo, el descorazonado Ludovicus, quien parecía haber envejecido un decenio en un instante, se acercó a los pocos que restaban y pronunció unas palabras que parecían liberarlos de su lealtad hacia él. Lentamente, sus seguidores más rectos fueron partiendo hacia sus tierras, con reticencias, hasta que no quedaron más que su mujer, Judith, el joven hijo de ambos, Karolus, y él mismo: las tres esencias de aquella guerra intestina.

«Llaman a esta región los Campos Rojos. Pero son Campos de Traición, de Mentiras...».

Cuando Ludovicus se postró ante sus hijos mayores y el Papa, implorando clemencia para su otra familia, Lotharius bajó de su montura y lo abrazó con ternura. Con el brazo sobre su hombro, protector, lo sacó del campo de batalla seguido de sus hermanos y el *Servus Christi* . Quizá, a pesar de aquel ignominioso pasaje, todavía hubiese esperanza para los francos...

* * *

El sol era una perfecta esfera naranja que buscaba el reposo nocturno tras el horizonte. Después de una anodina ceremonia en la que el Papa había atribuido aquella victoria al poder de Dios, Faramund fue llamado al pabellón de Lotharius, junto a los demás leales, para discutir qué hacer con los desertores y traidores.

El Dragón Negro apareció rodeado de religiosos. Una vez se arrodillaron y rezaron levemente, los despachó y quedaron solo los más allegados. Faramund se encontraba entre aquellos grandes señores y consejeros: Lambertus de *Namnetum* ¹¹², con su barba canosa y la *brunia* impecable; Mattfridus de *Aurelianorum* ¹¹³, con el rostro lleno de arrugas y sus bigotes rubios enrojecidos por el vino; el suegro de Lotharius, Hucus, el de *Turonorum*, alto y arrogante, antaño acusado de cobardía junto a Mattfridus por llegar tarde a la guerra en *Hispania* ... «No obstante, fueron indultados por el propio Ludovicus, y ahora son grandes señores que intentan desprenderse de tal estigma. A pesar de ello, no dudaron en abandonar a quien les perdonó y cada uno intenta arrancar una pata del cerdo asado en que se ha convertido el Imperio...». A Faramund le aburrían aquellas conversaciones en las que adulaban a Lotharius y se repartían los territorios. Por el contrario, pensaba más en la vergüenza ajena que había pasado tras las numerosas deserciones, algo que consideraba inaudito.

—A pesar de que mi padre siempre ha estado rodeado de sacerdotes y obispos, nunca supo ganarse la confianza de Roma —comentó el *Imperator*—. ¿Acaso creía que yo no volvería a cruzar el *Mont Cenis* ¹¹⁴ e iba a quedarme cruzado de brazos mientras el reino se desmoronaba delante de sus narices? Su miedo a los lombardos y a Roma me ha servido esta victoria en bandeja. —Apretó el puño, eufórico.

«Yo habría usado a esos guerreros para someter a Ludovicus y llevarlo ante el Papa a exigirle un juramento de lealtad». Era cierto que con su plan había evitado manchar la tierra con sangre, aunque la gloria alcanzada estaba mancillada por la deshonra de la sedición. «Les ha mostrado al Papa como si fuese una corona, un símbolo de sometimiento. No los ha subyugado por la espada. En el fondo, ha actuado como su padre».

»Ahora —continuó el Emperador—, tenemos que terminar lo que hemos empezado y no cometer los errores del pasado. —Miró a cada uno de los presentes, indicándoles sus órdenes—. Lambertus, te ocuparás de perseguir a esos sucios bretones comandados por Nominoé, pues debe saber que las *bruniae* no son dignas de cualquier despreciable. Mi buen Mattfridus —dijo dirigiéndose al anciano señor de *Aurelianorum*, que apuraba el vino de una jarra—, custodiarás a Judith hasta *Dertona* ¹¹⁵. Mis hermanos ya han partido con el pequeño Karolus hasta *Prum* ¹¹⁶, para que crezca cuidando el *hortus* ¹¹⁷ de la abadía. —Sonrió orgulloso, acompañado de las risas que había causado el juego de palabras—. Yo partiré hacia la abadía de *Sanctus Medardus* con mi padre.

—¿Será ajusticiado, señor? —preguntó Mattfridus, mientras mesaba su bigote.

«Desagradecido...».

—No pienso convertir a mi padre en un mártir. El arzobispo Ebbon se encargará de todo. Faramund —dijo mirándole—, espero que puedas perdonarme por mantenerte ajeno respecto a lo de Gregorius, todos sabemos que no lo habrías aprobado. —Faramund bajó la mirada, incómodo—. Ahora partirás hacia *Massalia*, para capturar a Ilthar —concluyó.

—¿Qué será de él?

—Eso lo dejo en tus manos, señor de *Suessionum* ... —Faramund no pudo ocultar su cara de

sorpresa. —Quiero que ostentes el cargo del buen Arband hasta su regreso, pues dispondré todo lo necesario para su retorno inmediato. Ahora estamos en paz, amigo mío. No he olvidado tu valor y fidelidad.

Faramund pensó en Ilthar, quien había mostrado una determinación indoblegable y ahora sería perseguido como un proscrito. Sin duda, era mejor que muchos nuevos *fideles* de Lotharius, cuyos estandartes se habían alineado, suplicantes unos, tardíos y amparados en la oscuridad de la noche otros, junto al que mostraba el símbolo del *Imperator*. «Es un dragón rodeado de cuervos que buscan su tesoro». Faramund, por su parte, tenía claro que le daría la oportunidad de redimirse al hombre más leal que había conocido: Ilthar.

«Se lo debo. Luego, esperaré la vuelta de mi padre».

* * *

Tras una dura semana de cabalgada con largas y calurosas jornadas, el atardecer murió y el lejano repicar de unas campanas delató su destino: *Lausannus* ¹¹⁸. Se trataba de una villa con pequeñas casuchas de madera en torno a una suave colina, coronada por una vieja iglesia. La tímida luna asomaba en el azul oscuro del cielo y algunos candiles resplandecían a lo lejos, como pequeños ojos de alimañas. El lago que bañaba los pies de la aldea comenzaba a reflejar la luz de las estrellas y se perdía en un fusco horizonte, donde se recortaba la silueta de unas enormes montañas.

«Ilthar no debe estar muy lejos».

—Pasaron por aquí hace menos de una jornada —anunció Silvanus tras acercarse al galope.

—Extrema las precauciones —ordenó Faramund—. En estas tierras obedecen todavía a Ludovicus.

—No os preocupéis, mi señor —respondió el explorador mientras partía de nuevo hacia la oscuridad que ya envolvía al grupo.

—Seremos bien acogidos en la iglesia de Santa María —dijo Pacatus intentando controlar su jamelgo—. Quizás queráis conocer la historia de ese templo...

Faramund sonrió con serenidad. Recordaba a Pacatus desde que era un niño, cuando el religioso había llegado a *Suessionum* en una caravana procedente de *Hispania*. El padre Hanne lo había acogido como novicio en la abadía de *Sanctus Medardus*, tras sorprender al crío entre las viejas estanterías de la biblioteca. Desde entonces, su vida había pasado rodeada de legajos y manuscritos, velas de sebo y tinta, buena comida y bebida, y alguna que otra campesina. A pesar de su tendencia a incumplir el sexto mandamiento, había demostrado ser un *scriptor* ¹¹⁹ capaz y eficiente, e incluso había estado en otros monasterios enseñando a los copistas a hacer su trabajo. Era teatral y pomposo a la hora de hablar, pero había que reconocer que, bajo aquellos rizos castaños que se desparramaban desde la tonsura, encerraba grata sabiduría e historias interesantes que narrar, fruto de sus interminables ratos de lectura.

—Cuéntame esa historia —dijo al *scriptor* —, al fin y al cabo pasaremos la noche entre sus muros

—Santa María fue erigida mucho tiempo atrás —comenzó Pacatus con su grave voz—, bajo la advocación de San Tirso. El santo fue un joven cristiano que gustaba de la vida contemplativa y anacoreta. Era conocido por sus sabios consejos en todas las tierras de alrededor; tanto fue así, que se formó un grupo de seguidores a los pies del monte donde vivía. Este hecho llegó a oídos del emperador de Roma, Decius ¹²⁰, quien mandó capturar al ermitaño y a los cabecillas de la congregación para darles un escarmiento público, como era costumbre entre aquellos paganos. Tirso contempló con parsimonia la muerte de sus discípulos, por lo que sus captores, hartos de su entereza, mandaron cortarlo en dos. —Pacatus hizo una dramática pausa—. Sin embargo, los guardias encargados de tan atroz tarea no pudieron ni siquiera herir su piel, que se había vuelto dura como una roca. Al cabo de varios intentos, tuvieron que soltar la gran sierra que utilizaban, con los brazos abotagados por el esfuerzo.

Calló unos instantes y apartó los rizos que caían sobre su frente.

»Este es un ejemplo más de la fuerza de la fe y del amor hacia Dios. La hazaña de San Tirso enseña que mantenerse fiel a unos ideales —«tanto como tú al vino»— puede conferirnos una armadura contra la maldad. —Finalizó con el aire paternalista y represor, propio de los religiosos.

—Imagino que al final murió de alguna forma —dijo Faramund—, aunque fuese de viejo. Siempre obvias esos pormenores. —Pacatus le miró con aire recriminatorio y ahogó una queja en sus labios.

En aquel instante, llegaron a la pequeña plaza del pueblo, donde varios carros vacíos ocupaban el centro de la misma, sobre el suelo terroso. Se escuchaban gritos y algunos golpes, recipientes cayendo al suelo y llantos de niños, pero había prohibido el pillaje y las muertes innecesarias a su *scara* mientras buscaban cualquier indicio del paso de las tropas de Ilthar. No eran vulgares ladrones, sino servidores del Imperio cumpliendo órdenes.

El religioso y el guerrero se encaminaron hacia el templo que coronaba el poblado, por una suave cuesta que partía desde la propia plaza. Algunas casuchas flanqueaban la vieja iglesia, junto con un huerto y un pequeño camposanto cercado. Faramund se percató de que, junto a una de las viviendas, una figura solitaria les aguardaba. El celeste de sus ropas se entreveía gracias a la luz que se desparramaba desde la puerta abierta.

«Ilthar... ¿acaso está solo?».

—Me estaba preguntando cuánto tardarías en aparecer, Faramund —dijo Ilthar a modo de saludo—. Tus hombres no encontrarán a nadie más, he disuelto mi *scara* antes de llegar. —Tras una breve pausa, continuó—. Acompáñame, quiero enseñarte algo.

Faramund silenció con un gesto una protesta de Pacatus y se encaminó tras el massalio, que se adentró en la casa. Parecía ser el refugio de los guardas de la iglesia.

Una vez dentro, se encontró con un hogar en el que humeaban las ascuas. Olía a pescado asado y, sobre unas toscas maderas, había restos de raspas rebañadas. Tres personas estaban abrazadas, asustadas, en uno de los rincones. El *paterfamilias*, delgado y con la piel curtida por el sol, protegía a su mujer y a su hijo intentando infundir seguridad con la mirada.

—No aviséis a los monjes —dijo Ilthar a los anfitriones—, solo vamos a visitar la cripta. Y no temáis. Los de fuera no os harán ningún daño.

La mujer empezó a llorar con más fuerza, mientras el muchacho, algo más entero que sus padres, se acercó hasta una de las esquinas de la casa, apartó un fino jergón de paja y levantó una trampilla que apareció ante ellos. Ilthar hizo un gesto a Faramund para que le siguiera.

Las escaleras se presentaron oscuras ante el de *Suessionum*, perdiéndose hacia un bajo pasadizo que hedía a moho y humedad. Los pasos de ambos resonaban en el pasadizo. Cuando hubo acomodado la vista, Faramund observó que un tenue fulgor alumbraba el subterráneo, como si más adelante hubiese alguna tea colgando de las paredes. Bajaron decididos los peldaños y, agachados, avanzaron por el estrecho pasaje. Sin duda se trataba de un corredor secreto que comunicaba con la iglesia alledaña. Tras andar cierto trecho, entraron en una cripta rectangular donde pudieron erguirse por completo. La estancia era iluminada por unos cirios que descansaban, casi derretidos, alrededor de un ara de piedra desgastada. Sobre el altar, una pintura en la que aparecía un obispo rezando a un santo, adornaba la pared.

«Debe de ser San Tirso».

—Mi padre solía traerme aquí desde que yo no era más que un niño. —Ilthar pasó lentamente su mano sobre la piedra rodeada de candelas—. Esta es la tumba del obispo Marius, un lugar que siempre me ha transmitido paz...

—Basta de palabrería —zanjó Faramund, impaciente—. Se te acusa de perfidia y conjura contra el Emperador. ¿Qué piensas hacer? No es mi deseo derramar tu sangre. Incluso estoy dispuesto a darte la oportunidad de redimirte. Tendrás un juicio justo, te lo prometo.

—¿Justo? —preguntó Ilthar—. ¿Acaso existe la justicia en una tierra gobernada por *el Robacoronas*? La justicia sirve para preservar, no para destruir...

—No tengo tiempo para lecciones —interrumpió Faramund. Estaba cansado, y aquel sitio lóbrego y húmedo le inquietaba—. Recapacita, o no tendré más remedio que prenderte por la fuerza.

Tras un breve silencio, el massalio prosiguió, haciendo caso omiso de la advertencia.

—¿Sabes lo que nos dijo antes de entregarse en solitario a vuestro ejército, a sus propios hijos? “¡Marchaos ahora que podéis, que no se derrame sangre por mi causa!” Tales palabras no se borrarán jamás de mi alma. Tampoco la visión de sus propios seguidores, cobardes y pérfidos, abandonándolo pese a sus juramentos. Si me fui de su lado fue por sus propias órdenes, porque decidió entregarse. No consigo conciliar el sueño desde entonces. ¿Puedes tú?

Faramund no logró responder. Las palabras se le ahogaban en la boca, llenas de vergüenza. O quizá de envidia.

»No hace falta que contestes. Lo veo en tus ojos y con eso me basta. Tu nuevo emperador no durará mucho en el trono. La escena de la que fuimos testigos lo perseguirá como a nosotros, como a todos los allí presentes, allá a donde vaya. Le hará despertarse entre sudores, y será consciente

de que ningún imperio se sustenta sobre la mentira.

—Ese beato al que seguías no merecía otra cosa —pudo contestar por fin Faramund—. No obstante, te compadezco. Solo unos pocos os mantuvisteis fieles y ¿cómo os lo paga? Rindiéndose, sin presentar batalla. Os vendió. Hizo lo que tú no pudiste.

—Lo hizo por su mujer y su hijo, Faramund. Suplicó y se arrodilló ante Lotharius por ellos. ¿Acaso no harías tú lo mismo? —Ilthar miró de nuevo la pintura de la pared—. Y, ¿cómo se lo pagó Lotharius? Lo engañó y se los arrancó de los brazos para encerrarlos... —De pronto, parecía lejos de allí—. Perder la vida no me asusta. Lo único que desearía es poder abrazar a mi hijo una vez más y volver a besar a mi esposa.

—Ven conmigo y podrás hacerlo. *El Dragón Negro* te ofreció cabalgar junto a él en *Massalia*, bajo su estandarte. —Era casi una súplica. Había algo en aquella persona que le impedía odiarla por completo. La risa de Ilthar retumbó en los viejos muros de la cripta.

—¿*El Dragón Negro*? ¿Acaso crees que desempolvar un viejo pendón lo convierte en el Gran Karolus? Voy a hablarte de tu emperador, Faramund. El poderoso señor de *Nemausus*¹²¹, leal a Lotharius, quiso hacerse con el control de *Massalia*. Las gentes de la ciudad podrían haber abandonado a mi familia, pues no atravesaban una buena situación. Aun así, no lo hicieron. Mi padre aprendió una lección de aquel gesto de fidelidad y por eso me traía aquí a rezar a San Tirso, patrón de los fieles. Eso es lo que quería enseñarte. Yo no lo he olvidado y Lotharius tampoco. En cuanto tuvo ocasión, desterró a mi padre para forzar que yo le jurase lealtad. Al final, sólo provocó que el viejo señor de *Massalia* muriera lejos de sus tierras y de su familia, después de haber entregado su vida al Imperio.

«Yo he odiado a Ludovicus por la misma causa, aunque mi padre aún está vivo. ¿Cómo puedo culpar a Ilthar? ¿Cómo puedo juzgarlo?».

Ambos se miraron un rato, en silencio, ante la trémula luz de los cirios. Faramund tuvo ocasión de observar con mayor detenimiento a su enemigo, que estaba más delgado y desmejorado que la última vez. «Me salvó de una muerte segura encerrándome en San Víctor...».

—Nuestros padres... —continuó Ilthar, como si escogiera las palabras—. Ellos eran buenos amigos, antes incluso de que yo naciera. Viajaban juntos, como *missi dominici*, siempre acompañados por Hanne y Agobardus¹²². Llevaron a cabo numerosas misiones para el Gran Karolus, incluso lejos de nuestras fronteras. —Hizo una pausa y se acercó un poco más a Faramund—. Arband gustaba de visitarnos cada cierto tiempo y era recibido como si de un hermano de mi padre se tratase. En una ocasión, siendo yo apenas un niño, me quedé dormido con una vela de sebo encendida sobre mi jergón. Sólo recuerdo mucho humo y a un hombre llevándome en brazos. Luego supe que era él. Durante muchos años fue un héroe para mí y llegué a conocerlo muy bien, mucho mejor que tú. —«Esto explica todas las molestias que se tomó para no dejarme morir...»—. Ahora, con la lucidez que sobreviene con la muerte merodeando, me he planteado ciertas cosas. Detalles y gestos cotidianos acuden a mi recuerdo y he disipado mis dudas con claridad...

Ilthar se santiguó mirando la pintura de San Tirso, se desabrochó la capa celeste y la arrojó a una

esquina; después, desenvainó su espada.

»Por fin vamos a medirnos sin interrupciones, sin remordimientos en mi conciencia y sin nadie que pueda velar por nosotros. Agradezco tus ruegos, pero no pienso jurar lealtad ni ser cautivo de Lotharius, por la honra de mi padre muerto.

Faramund asentó los pies sobre el polvoriento suelo y se dispuso a esperar a su oponente. El espacio no era lo suficientemente amplio para batirse con soltura. Supo que aquella húmeda cripta iba a convertirse en la tumba de alguno de los dos, quizá de ambos, cuando comenzó el cantar del hierro. Sus movimientos hacían oscilar las exiguas llamas de las velas, que proyectaban sombras macabras en las paredes. Ilthar resultó ser un contendiente magnífico, elegante en sus embestidas y rápido en sus decisiones. Faramund, por el contrario, sentía su brazo encogido y no dejaba de darle vueltas a todo cuanto su contrincante le había narrado.

«Céntrate. Sólo te ha contado todo eso para hacerte dudar».

Sin embargo, era incapaz de concentrarse del todo en el combate. La paciencia no era una de sus mejores virtudes, por lo que arriesgó y asestó dos fuertes tajos a su rival, que le hicieron trastabillar y retroceder. Faramund aprovechó y, con un mandoble lateral, golpeó el costado de Ilthar, que cayó al suelo, rodó hacia atrás y se incorporó, palpándose el vientre. No había sangre, así que sonrió satisfecho y volvió a encararlo.

«Ese golpe era mortal, habría abatido a cualquiera... ¿Cómo es posible?».

“Mantenerse fiel a unos ideales puede conferirnos una armadura contra la maldad”. Las palabras de Pacatus resonaron en su mente. «¿Acaso seguir la causa de Ludovicus ha convertido su piel en piedra?».

Ilthar aprovechó el momento de duda y atacó sin contemplaciones. Le hirió en el brazo y en el muslo derecho. A Faramund le costaba asir su arma y resoplaba fatigado.

«¿Soy yo el mal? ¿He luchado por una causa injusta? ¿Voy a acabar mis días aquí?».

Pensó en su padre, que estaría en algún lugar de la remota *Hispania*, con la Muerte acechándolo a cada paso; también en su madre, esperando triste el regreso de su esposo y de su hijo; y en el padre Hanne, en los jinetes de su *scara*, e incluso en Pacatus...

«Siempre olvida mencionar un detalle en las historias de los mártires. Al final, siempre mueren».

Tras aquel pensamiento, las fuerzas volvieron a sus miembros y, lanzándose de nuevo hacia Ilthar, con un movimiento de su muñeca hizo resbalar el hierro de su rival sobre el suyo, para provocar que perdiera el equilibrio. Pero Ilthar era un guerrero avezado y no cayó en la treta: adelantó un pie y le empujó para ganar espacio. Aquello impacientó aún más a Faramund, que atacó con todas sus fuerzas dos, tres y hasta cuatro veces.

¡Crac!

El hierro de Faramund se quebró. Ambos se miraron sorprendidos. El de *Suessionum* reaccionó

primero. Con el trozo puntiagudo que aún sobresalía de su empuñadura, desarmó a su adversario y acto seguido, le atravesó el estómago. Ilthar lo miró sonriendo, se diría que casi satisfecho, intentando contener la sangre que se le escapaba entre sus dedos.

—Tú no conoces a Arband... No lo conoces... —dijo en su último suspiro, mientras su mirada se apagaba en dirección a su espada.

Faramund, petrificado durante un buen rato, contempló con tristeza cómo la vida abandonaba el cuerpo del massalio. Después se acercó hasta él, cerró sus ojos y lo cubrió con la capa celeste. Sintió un escalofrío y un vacío extraño. Apretó las mandíbulas, recogió el arma de Ilthar y subió las escalinatas, de nuevo hacia la casa, dejando atrás aquella fatídica cripta.

—Dadle un entierro digno —ordenó a la asustada familia que seguía apretada en un rincón.

Su *scara* esperaba afuera, expectante. Pacatus se acercó al ver que sangraba, aunque Faramund rechazó su ayuda sin decir palabra.

—¿Ha muerto, mi señor? —preguntó el *scriptor*, mientras miraba el filo de Ilthar.

Faramund asintió lentamente.

—Debéis estar orgulloso —aconsejó Pacatus, satisfecho—. ¡Son noticias excelentes! Un traidor ha perecido y se ha cumplido la voluntad de Dios a través del *Imperator*. Ahora podéis volver a vuestras tierras como señor y, allí, esperar tranquilo el regreso de vuestro padre.

«Realmente son noticias excelentes. Entonces, ¿por qué tengo un nudo en las tripas?».

[107](#) Campo Rojo, lugar cercano a Colmar, en Francia.

[108](#) «Siervo de Cristo». El Papa.

[109](#) Colmar, en Francia.

[110](#) Tours, en Francia.

[111](#) Leales.

[112](#) Nantes, en Francia.

[113](#) Orleans, en Francia.

[114](#) Monte de los Alpes franceses.

[115](#) Tortona, en Italia.

[116](#) Prüm, en Alemania.

[117](#) Huerto cercado, en este contexto con el sentido de cautiverio.

[118](#) Lausana, en Suiza.

[119](#) Escriba.

¹²⁰Decius (*Gaius Messius Quintus Traianus Decius*) : emperador romano del s. III.

¹²¹Nîmes, en Francia.

¹²²Agobardus: arzobispo de *Lugdunum* , actual Lyon. De origen hispano y contrario a las tesis adopcionistas de Félix de Urgel.

CAPÍTULO 16

LA ROSA Y LAS ESPINAS

Fortificación de *Arnit* ,

Al-Tagr al-Awsat (*Marca Superior*) de Al-Ándalus .

Ramadán (octubre) del año 218 de la Hégira (833 d.C.).

El rastro de perfume de su concubina favorita todavía impregnaba las mantas. Aquella noche, tras reponerse del ayuno, la dulce Hamra le había atado las manos en la nuca con un cordel de seda, y él se había dejado llevar. Después de una breve duermevela sobre los confortables almohadones, la muchacha había abandonado la habitación para dejar a Fortún a solas con sus pensamientos.

Eran muchos los avatares que intentaba manejar a su antojo, con el fin de proteger y engrandecer a su familia. Desde hacía unos años, sus quehaceres y preocupaciones habían aumentado hasta casi hacerle perder por completo su ya exiguo apetito, y conseguir que sus pocos períodos de sueño se redujeran a unas ligeras cabezadas.

«Y, sin embargo, solo mi abuela es capaz de reconocer mi trabajo».

La vela que había colocado junto a la ventana se había consumido hasta la mitad, pero su estilizada llama continuaba danzando de forma hechizante. Tuvo que sacudir la cabeza para dejar de mirarla. Las noches comenzaban a ser frías, por lo que se incorporó arrebujado en las mantas y, sentado sobre el filo de la cama, sacó un pequeño arcón que escondía debajo. En él guardaba los últimos manuscritos que acababan de llegar a sus manos a través de su siervo Hakim. Los estudiaría y memorizaría una última vez antes de arrojarlos a las llamas, que en aquel momento no eran más que un ascua que emitía un tenue brillo rojizo desde la pequeña chimenea. Su prodigiosa memoria le permitía deshacerse de aquella información escrita y evitar que pudiera caer en las personas equivocadas. Tras levantarse, caminó por la estancia y se acercó hasta el hogar para avivar la lumbre. Poco después, mientras comenzaba a leer los legajos, notó cómo el fuego calentaba su improvisado abrigo de pieles y acariciaba su rostro.

« *El Buitre Negro* ya sobrevuela *Márida* ». El Emir había enviado a Ibn Rustum a desmoronar la rebelión de Mahmud. Aquella situación, que había hecho ganar tiempo a Fortún y permitirle poner un poco de orden en *Tulaytula*, llegaba a su fin. «Ahora *Qúrtuba* podrá dirigir todo su poder sobre mi querida ciudad». Fortún se preguntaba si la urbe que bañaba el *Tagus* caería sin oponer resistencia, o si Ibn Muhayr encontraría algo de valentía para defenderla. «Dudo que el coraje esté entre los intereses de ese hipócrita», se contestó a sí mismo. Aunque Fortún consiguió poner al Consejo Secreto toledano en una situación favorable hacia su familia, tras el nombramiento de su hermano Lubb, la pérdida del oro de Eliyahu había sido un golpe terrible. Ahora, hacer frente a lo

que se le venía encima se antojaba casi una quimera.

«Mi buen amigo Abd al-Rahmán... Has elegido mal. Tamán será tu perro fiel y te procurará los impuestos que necesites. Por el contrario, yo engrandecería *Tulaytula* por encima de *Qúrtuba*. Ha traicionado los lazos de aprecio que nos unían, ¡maldito seas cien veces!».

Lanzó el pergamino a la chimenea y comenzó a arder con fuerza, devorado por las llamas que bailaban sobre la madera seca. Tenía que actuar con cautela y precisión. «La cuestión es... ¿Cómo desviaré de nuevo la atención del Emir?». Poco después, sin obtener una respuesta a su pregunta, negó con la cabeza y tomó otro manuscrito. Lo observó detenidamente a la cálida luz que proyectaba el fuego.

«Veo que los pagos a Al-Balansí han llegado a su destino. Otro año más, esa bestia no será un problema para nuestras tierras». Desde que había sido nombrado señor de *Balansiyya*, Ubeyd Allah y sus huestes no habían quitado sus ojos del norte y del levante, regiones que arrasaban y saqueaban hasta que el aburrimiento les hacía regresar a sus hogares. Fortún confiaba en que el periódico oro siguiera manteniendo la mirada de aquel animal lejos de los dominios de los Banu Qasi.

Ahogó un bostezo, cansado, y se dirigió hacia el camastro de nuevo, donde se recostó sobre los almohadones para terminar de mirar los últimos escritos. La mayoría estaban relacionados con sobornos y pagos a confidentes, pero algunos llevaban consigo mensajes cifrados que no tardó en vislumbrar.

«Según este informe, Garsiyya ibn Galín, *el Matador de Francos*, nuestro fiel aliado, ha muerto... —Sus ojos se abrieron de par en par—. El nuevo *walí* de *Iaca*¹²³ es su afeminado hijo. Nunca fue amado por su padre y ha demostrado poco afecto hacia nosotros. Veo en su ascensión la mano de los Banu Balask de *Banbaluna* ».

Las dos castas más importantes de *Banbaluna*, los Banu Balask y los Arista, luchaban por la supremacía en la ciudad y en los territorios circundantes. A pesar de que ambas parentelas abrazaban la fe cristiana, la primera era favorable a francos y galaicos, mientras que la segunda tenía lazos de sangre y amistad con la familia de Fortún. Controlar a los señores del *Pirineo* se antojaba fundamental para sus intereses. De igual manera que al este de la cordillera, la influencia de sus enemigos de *Yfranyya* era incuestionable, los señoríos occidentales estaban bajo el dominio indiscutible de los Banu Qasi. Ibn Galín controlaba un enclave fundamental para el equilibrio de poderes de la zona, por lo que una intromisión de los Banu Balask mediante un mandatario pusilánime podía decantar la balanza hacia ellos.

«Tendré que avisar mañana a mi padre. Algo tan importante no puede quedar sin respuesta».

Se revolvió incómodo, tras percatarse de que sudaba de impotencia. Su corazón latía con rapidez y percibía un ligero hormigueo en las manos. Su garganta estaba seca, así que cogió una jarra de barro que permanecía junto al camastro y se deleitó con un buen trago de vino. Aquello no lo tranquilizó.

«¡Maldito sea *Iblis*! Una conjura tan cercana es lo que menos necesitamos ahora».

Tuvo que echar mano de recuerdos más placenteros para calmarse: el pelo cobrizo y los labios sensuales de Hamra acariciando todo su cuerpo, el perfume de su entrepierna, el pecho terso y proporcionado oscilando sobre él. La añoranza de aquella escena terminó en una carcajada contenida.

«El peligro se cierne sobre mi familia y me dedico a pensar en mujeres... ¡Propio del gran Abd al-Rahmán! ¡Qué difícil es odiarte, amigo mío!».

Pero Fortún se sentía asediado y notaba que su poder e influencia menguaban. Se encontraba ante una encrucijada y, por primera vez, no sabía qué hacer, no controlaba todo cuanto ocurría a su alrededor. Se vio a sí mismo solo e indefenso ante tal cantidad de contrariedades.

«Al menos, de momento, los galaicos no parecen ser un problema», meditó para consolarse.

Los rebeldes del noroeste parecían disfrutar de una paz ficticia pues, en cuanto las estaciones lo permitían, Abd al-Rahmán enviaba a sus *aynad* para castigarlos. Era cierto que los mejores generales cordobeses intentaban aplacar los problemas internos, aunque la mano de *Qúrtuba* siempre suponía un peligro, aun sin un brazo insigne que la guiase. Adefonsus, que insolentemente se hacía llamar *Rex Asturorum* ¹²⁴, rezaba y cabalgaba; no obstante, proteger y fortificar sus fronteras septentrionales era lo único que hacía de momento, así que poco debían preocuparle sus enemigos occidentales.

«Sin embargo, el oro de Eliyahu sigue sin aparecer».

Ni *Banbaluna*, ni *Qúrtuba*, ni la propia *Tulaytula* habían arrojado pistas de dónde podría encontrarse el tesoro del judío. Fortún aún desconocía la identidad de quien había osado desafiarle. Solo faltaba por comprobar los suburbios de los bárbaros cristianos del norte, para descartar que el oro hubiese ido a parar a sus manos.

«Si la afrenta vino de allí, no sé qué va a ser de nosotros».

Volvió a bostezar, esta vez con ganas, abatido por la desesperación. El sopor acabó por conducirlo hasta el sueño durante un rato. La duermevela hizo que apenas pudiese escuchar un suave roce, procedente de algún lugar cercano a la puerta.

«Qué raro, no han golpeado la puerta con la secuencia que he ordenado».

Miró con detenimiento hacia la entrada y, en la penumbra, pudo discernir el cordel con cascabeles, que siempre colgaba en el picaporte, sobre el suelo. De súbito, fue consciente del peligro que entrañaba la situación.

«Alguien podría entrar sin que me percatara...».

Justo en el momento en el que se disponía a levantarse para volver a colocar la cuerda en su sitio, vio una silueta pegada a la pared cerca de la chimenea, y dos ojos fríos se posaron en él. Sin hacer movimientos bruscos, Fortún trató de despabilarse con premura, parpadeando con fuerza.

«La vela... He de apagar la vela de la ventana...».

El sonido de una hoja deslizándose bajo la funda aceleró su respiración, mientras un hombre embozado, decidido y silencioso, se acercaba para matarlo. Fortún cogió su espada, apoyada en la pared junto a la cama, con la rapidez de un ave que echa a volar. Pero, al intentar desenvainarla, se percató de que la empuñadura había sido atada fuertemente a la funda con un lazo de seda.

«Hamra... ¡Maldita puta! ¡Voy a verle la cara a *Iblis* por culpa de una puta!».

El sicario se abalanzó sobre él y le propinó dos punzadas con determinación. Fortún sintió el frío intenso del metal en un costado, lo que hizo que se encogiese y agarrotase, tumbado boca arriba. Su grito de dolor fue amortiguado por la mano de su enemigo, quien se preparó para rematarlo. El hijo de Musa agarró como pudo la muñeca de su agresor y miró a la ventana, jadeante, anhelando un milagro. Con la otra mano, arrojó su arma enfundada hacia la vela, en un gesto desesperado, para intentar derribarla. Fue en vano: su lanzamiento erró sin remisión. Ahora bien, el cirio estaba prácticamente consumido. El descuido de no haberlo cambiado en su momento iba a ser beneficioso en aquella ocasión, ya que la llama agonizó hasta desaparecer en una voluta de humo. Instantes después, un fuerte chiflido se escuchó desde el patio y su atacante titubeó. No hizo falta más tiempo para que la puerta de la estancia se abriese en un estrépito y dos dagas volasen por los aires hasta incrustarse en la espalda y el cuello del victimador, que cayó pesado e inerte sobre Fortún. Cuando este pudo desembarazarse del cadáver, contempló a Latif con el rostro desencajado, incrédulo, casi admirando la escena. Al momento, Athim, ceñudo y con el arma desnuda, llegó por los pasillos y, tras él, Hakim se adentró en el habitáculo y comenzó a dar gracias a Dios por hallar con vida a su dueño.

—¡Por *Iblis* ! —gritó Fortún y sujetó su sangrante costado—. ¿Por qué lo has matado, necio? ¡Ahora no sabré quién se ha atrevido a atacarme en mi propia casa!

—Ha acabado con dos guardias, mi señor —se excusó Latif de forma pausada—, y al ver que estabais en peligro...

Fortún no pudo escuchar más explicaciones porque perdió la consciencia.

* * *

Abrió los ojos. El fuego ardía con viveza en el hogar que había junto al camastro donde yacía. Una figura solitaria le acompañaba, con un rostro familiar que se atisbaba entre los vapores oníricos de la vigilia.

«¿Padre? ¿Eres tú, padre?».

Mas aquella cara fue cobrando formas femeninas, arrogantes, maduras, preciosas y turbadas, hasta que, aún con la expresión de quien mira al sol directamente, Fortún reconoció a la dama Oneca. Ninguna fémica había alcanzado una edad tan avanzada conservando tanta belleza. Su rostro era ovalado y claro, con labios carnosos y nariz delicada, adornado con dos ojos almendrados que mostraban un iris de color gris luminoso. Los cabellos, largos, lisos y oscuros, estaban recogidos en un cuidado moño que liberaba dos mechones que caían sobre su pecho, y trataban de ocultar los surcos que los años habían hendido hacia sus sienes y pómulos; pero la huella del tiempo no restaba beldad a un cuerpo esbelto, de senos grandes, ni al cuello largo y altivo. No lucía joya alguna, y las sedas y pieles que vestía, de serenos colores, realzaban, si cabía, su elegancia

natural.

—Bendito sea Dios por permitir que sigas vivo, querido —dijo la señora en la jerga latina.

—Abuela —balbució él a duras penas, contemplándola con admiración—. ¿Dónde está mi padre?

—Atiende a un emisario de los cristianos de *Iaca*. —El rostro de la dama se ensombreció—. Son muchas las ocupaciones que le retienen, querido.

—Es por lo de Garsiyya ibn Galín... —La sonrisa de Onneca confirmó sus sospechas—. Su primogénito, el que rehúye a las mujeres, él... —Hizo una pausa y una mueca de dolor. Tuvo que agarrar su costado para poder continuar hablando—. Él debe haber pactado con los Hijos de Balask...

—Cálmate, querido. Tu padre se encargará de ese asunto. Hemos estado muy cerca de perderte —dijo con tono melifluo mientras acariciaba su mano. Contempló el anillo de plata que Fortún llevaba puesto y sonrió con melancolía—. Veo que todavía lo conservas, como yo el mío...

—Sí. Nuestros anillos gemelos me recuerdan los años que pasé contigo, mi infancia...

—¡Qué pronto se fueron aquellos tiempos! —Onneca acarició el rostro de Fortún, acercando su cuerpo hasta él. La silueta de sus senos y el inicio del escote aparecieron ante sus ojos. «Ningún hombre podría resistirse a ella...». A su mente acudieron multitud de recuerdos. Fortún siempre se había preguntado si aquella sensualidad en cada uno de los movimientos de Onneca era espontánea o fruto de la premeditación. «Sea como sea, debe haber pactado con *Iblís*».

El hijo de Musa, a su manera, estaba enamorado de su abuela. La consideraba perfecta, con una gran belleza que quedaba eclipsada por su inteligencia y aplomo. No podía evitar comparar a todas las jóvenes que conocía con la dama Onneca y, por supuesto, ninguna estaba a la altura. Además, todo cuanto sabía era gracias a ella y, en aquellos fatídicos momentos, la necesitaba más que nunca.

—La situación se escapa de mis manos —reconoció el arnitiano, consternado—. No he sido lo suficientemente cauto en mis acciones, pues me han atacado en mi propia casa. Saber que podría haberte puesto en peligro a ti y al resto de la familia me llena de desasosiego...

—Tranquilízate, querido. Nuestra familia ha tenido siempre enemigos.

—Puede ser —dijo poco convencido—, solo que ahora son muchos y más fuertes. Únicamente los galaicos parecen dar un respiro. El resto de fuerzas que se nos oponen cierran sus garras fuertemente sobre nosotros. *Corduba* dejará de sacarse las espinas en breve, y los Hijos de Balask parecen estar abriendo las puertas a los francos...

— *Shhhhhhhh...* —La dama Onneca puso su dedo índice cariñosamente sobre los labios de Fortún, haciéndole callar. Su piel desprendía un aroma suave y grato. Evocaba la tierra removida de un huerto de árboles frutales—. Sé que estás sometido a demasiados menesteres, que tu privilegiada mente se encuentra sola, como el primer copo de nieve que cae sobre un inmenso bosque caduco. —Apretó cariñosamente su mano, entre las suyas. Su tacto era caliente y suave.

—No me atrevo a hablar sobre esto con mi padre por miedo a que su ignorancia me decepcione...
—Era la primera vez que decía aquello en voz alta. Ella lo miraba como si lo comprendiera, por lo que continuó—. No sabe por qué está ahí, por qué nos lidera... ¡Desconoce el poder que podríamos ostentar! —La tristeza dio paso a la rabia.

—Sin embargo, le honra haber nacido para ser el mejor de los nuestros. Ningún descendiente de Qasi —el árabe sonaba extraño en los gruesos labios de su abuela— es o ha sido como él. A tu padre no le falta inteligencia y valora lo que haces, a pesar de preferir otros medios, como la mayoría. Pretendes controlar tú solo algo que nadie ha conseguido. Y aunque no tengo la más mínima duda de que lograrás devolver el esplendor a la familia, debes permanecer a la sombra de tu padre, como hasta ahora. Entiendo que te asalten las dudas, incluso la envidia por ver cómo los reconocimientos son para otros... Ese no es nuestro cometido, querido. A tu edad, yo no era capaz de manejar ni la mitad de los asuntos que ahora están en tus manos.

—Pero lo conseguiste, abuela. Y siempre me he preguntado cómo pudiste gobernar los avatares de nuestra familia durante tantos años.

—En silencio, querido —respondió Onneca casi en un susurro—. Cuídate de aquel que no habla, de aquel del que no se habla, del que escucha tras las celosías, del que observa oculto tras la negrura de una columna.

—He aplicado cuanto me enseñaste, abuela, y no ha sido suficiente...

—Por lo que veo, los pasos que diste para servir los propósitos del Emir con la muerte de Al-Darrab y con la pacificación de las *Tierras de Theodemirus* no dieron sus frutos.

—Invertí una gran suma en ambos casos, y no he obtenido más beneficio que el desprecio y la traición por parte de mi mejor amigo. Abd al-Rahmán fue manipulado, su hermano Al-Walid y el Gran *Qadí* lo convencieron para que eligiese a Tamán, un asno leal que guiará a un rebaño de corderos. ¡Me lo prometió! ¡*Toletum* iba a ser para nosotros!

La dama Onneca sonrió con cierta condescendencia, sin dejar de apretar su mano. Aquellos ojos grises brillaron con más amor que nunca.

—Piénsalo bien, querido. Que hayas trabado amistad con Abd al-Rahmán lo sitúa fuera de entre los necios. El Emir no es un borracho autoritario como su padre, ni un guerrero temerario como su tío Al-Balansí. De ninguna manera se ha dejado manipular. Su decisión está bien premeditada. Te utilizó para que resolvieses algunos de sus problemas más acuciantes, confiando en tu habilidad, y usará igualmente vuestra relación para suavizar su falta. Sabe que, si pusiera *Toletum* en nuestras manos, se convertiría en un problema superior a cien rebeliones. Crearíamos un nuevo reino que ensombrecería a los demás, sentados en el trono que soñó tu antepasado, el visionario Casius, el trono con el que aún sueña nuestra familia.

«Tiene razón. Mi amistad con el Emir nubla mis razonamientos...». —Se revolvió en el catre, incómodo ante su falta de juicio. Poco después, recuperó la calma.

—Mostré mis dientes a Al-Walid, aunque no pude tañer las cuerdas de mi *ud* para cumplir tales amenazas. Mis contactos en *Corduba* pierden peso, y el oro de Eliyahu...

—Como bien has dicho antes, te duelen más las heridas en tu orgullo que las de tu costado. Recupérate, recobra fuerzas y piensa con claridad. Pronto obtendrás lo que tanto tiempo has estado buscando.

—Llevas insuflándome el amor por *Toletum* desde que tengo uso de razón. El abuelo estaría muy orgulloso de ti...

—Era un gran hombre —afirmó con cierta nostalgia—. Cada noche recuerdo sus últimas palabras, herido de muerte: “Hasta la última gota de sangre por la Rosa de Ocho Pétalos sobre el trono de *Toletum*”. —Bajó la mirada un instante—. He visto al hijo de mi primer esposo hacerse llamar *rex* ante una multitud. Y tu padre podría reclamar el gobierno de la *Marca Superior* al Emir, pero no lo hará hasta tener en sus manos nuestra querida ciudad. Ese ha sido y será el mayor anhelo de los Banu Qasi.

—Algunos se han creído con más derechos que nosotros, y ahora arden en el Infierno. Si las cosas no se hubiesen torcido tanto...

—Cuando *Toletum* era regida por los godos, cualquiera podía reinar, si conseguía los apoyos suficientes. Tu antepasado Casius no era peor candidato que Rodericus ¹²⁵ o Ágila ¹²⁶, quienes se enfrentaron en una guerra intestina y provocaron el advenimiento de los señores musulmanes. Entonces, Casius conoció al gran Musa ibn Nusayr ¹²⁷ y quedó deslumbrado por su grandeza. Se convirtió al islam y, como bien sabes, llegó incluso a visitar los lejanos y mágicos lugares que habitó su Profeta, donde recibió el símbolo de nuestra casa. Al regresar a sus tierras, siempre aspiró a servir a los reyes de Oriente como señor de *Hispania*, y hacerlo desde una gloriosa *Toletum*. Nuestra familia tiene el mismo derecho que cualquier descendiente del *Pueblo Maldito* ¹²⁸...

—En cualquier caso, matar a los herederos más legítimos tampoco nos ha dado las llaves de la ciudad —dijo recordando a Childericus—. Quizá otros, por vías diferentes, lo habrían hecho mejor que yo. —Fortún se desanimaba por momentos. No podía evitarlo.

—Querido...

La dama Onneca respiró hondo. Apartó los mechones de su rostro, los colocó tras sus orejas y dejó a la vista sus maduros y bellos rasgos. Los intensos ojos grises, como el cielo del otoño, se posaron en el alma de Fortún de una forma extraña, como nunca se habían adentrado en sus emociones y pensamientos.

»La diplomacia y la guerra no son la única forma de proteger los intereses de la familia. Deja la primera a tu hermano Lubb y la segunda a tu padre. Astucia, templanza, paciencia... Esas deben ser tus armas, junto al miedo... —Calló unos instantes, como si escogiera sus palabras—. Nuestros enemigos deben saber que el peligro les acecha, deben sentirse débiles en su propio hogar. Quizá así frenen su ímpetu hacia nosotros.

—Eso pretendo, pero ahora, tras los últimos acontecimientos, no dispongo de medios para llevarlo a cabo.

Onneca sonrió de forma extraña.

—Si tuvieses que dar un duro golpe, ¿dónde actuarías, Fortún?

Era la primera vez que su abuela lo llamaba por su nombre después de mucho tiempo. No dudó en la respuesta, que salió de su boca sin vacilación.

—En *Corduba* . Actuaría en *Corduba* .

La dama sonrió satisfecha y se acercó lentamente hacia su rostro. Sus ojos lo paralizaron como a una estatua. Después, lo besó con ternura.

«Cuántos hombres habrán muerto por besar estos labios...».

¹²³ Jaca, en Huesca.

¹²⁴ Rey de los astures.

¹²⁵ Rodericus, *el Maldito* : infame rey visigodo que perdió su corona tras ser derrotado por los musulmanes a principios del s. VIII. Tras su caída, se produjo la invasión musulmana de la Península Ibérica.

¹²⁶ Ágila: descendiente del rey Witiza y pretendiente al trono de *Toletum* durante la Guerra Civil visigoda de principios del s. VIII, opuesto a Rodericus.

¹²⁷ Musa ibn Nusayr, *el Conquistador* : cabecilla del ejército Umayya que conquistó la Península Ibérica tras la invasión musulmana.

¹²⁸ Visigodos.

CAPÍTULO 17

TERRA TREMUIT

Camino hacia *Lucus Augusti* ,
Gallaecia .

Diciembre de la Era 871 (833 d.C.).

Meses atrás, tras haberse ocultado en un pequeño monasterio cercano a *Complutum* ¹²⁹, Álvar y Eligius, el enjuto clérigo, se hicieron pasar por portadores de reliquias. El carro que llevaban era vigilado con cautela, ya que supuestamente cargaba con dos sarcófagos llenos de huesos de santos, cuando en realidad ocultaba una fortuna en oro. La maldición que suponía el hurto de aquella clase de bienes no iba a ahuyentar a la mayoría de los ladrones, pero tuvieron suerte durante el camino; tanta, que toparon con un mercader de conservas y le compraron víveres suficientes para el resto del viaje. El comerciante se dirigía igualmente hacia *Gallaecia* , y llevaba algunos matones protegiéndolo, si bien Eligius decidió que continuarían en solitario. Era demasiado arriesgado compartir un periplo con un grupo ansioso por riquezas, portando consigo el barril que saciaría la sed.

«Ramera».

Por las noches, el sacerdote y el muchacho buscaban refugio fuera de la calzada, cubrían la carreta con una manta de hojarasca y se escondían como *montaraces* ante los ojos de malhechores y animales. Durante el día, las cabalgadas eran perseverantes y agotadoras, parando sólo a mediodía para refrescar las monturas y comer; o, al menos, eso hacía Eligius, porque Álvar parecía haber perdido el apetito desde que partieron.

—Tienes que olvidarte de ella, niño —le decía el monje cada día—. Debes alimentarte, no eres ningún mártir, así que de poco me sirves muerto. —Álvar asentía, desganado, consumido por el pecado de acidia, inmerso en sus propios sufrimientos. Aunque no obedecía.

Hacía tiempo que no iniciaban sus habituales discusiones acerca del *adopcionismo* , una doctrina que Cletus, testarudo como Elipandus ¹³⁰, había insuflado en Álvar. Eligius pasó gran parte del tiempo que convivió con la banda intentando apartarle de tales herejías.

—No son las únicas imbecilidades que debes borrar de tu cabeza —había comentado el religioso—. No eres un héroe griego. El amor y las hazañas que plasman las obras blasfemas que lees, que tanto has soñado vivir, solo conseguirán alejarte de tu verdadero camino. ¡Si por mí fuera, esas letras arderían junto a tus heréticos pensamientos!

Álvar imaginó, absorto, las brillantes hojas retorciéndose, casi danzando de forma macabra entre las llamas, como las almas en el Infierno. Ni siquiera le importó, nada importaba ya. Pese a todo, conservó la *Ilias* .

Poco después de separarse de la caravana, alcanzaron las ruinas de *Legio*¹³¹ y sus dorados campos circundantes. El arcaico emplazamiento fue abandonado cuando todavía reinaba el *Pueblo Maldito* sobre los hispanos. Sus muros se alzaban hacia los cielos como vestigios penitentes de un ruinoso pasado. Algunos pastores y vagabundos se refugiaban bajo las piedras de aquel recinto, como cachorros protegiéndose mediante el cuerpo inerte de su madre. Las caras eran tristes, curtidas, orgullosas... Supervivientes que, más allá de los bandidos, conocían los peligros que acechaban en el sur, unos enemigos dispuestos a saltar como implacables leones sobre sus presas y devorarlas sin compasión. Muchos habrían perdido a sus familias por enfermedades, por hambrunas o por los saqueos de los *magi*¹³², los temidos adoradores del fuego que habitaban las montañas; otros, sin duda, habrían recibido el castigo de los señores sureños que, al menos dos veces al año, enviaban grandes ejércitos con el único motivo de imponer la ley del miedo: matando, violando, robando y dejando su huella hasta la siguiente aceifa.

«Ramera».

Los parajes grises y esmeraldinos aparecieron ante ellos hacía una semana, tras dejar atrás la ruinoso ciudad. En el día presente, ambos estaban guareciéndose de las duras inclemencias del tiempo en un antiguo templo de piedra, cubiertos por gruesas capas y vestidos como monjes. El cargamento y las monturas habían quedado a buen recaudo en las estancias anejas al santuario, cuyos cuidadores parecían contar con la confianza de Eligius.

Arrodillado, Álvár estaba débil y tiritaba bajo su embozo, con la mirada perdida hacia el altar, mientras que Eligius oraba con un intencionado gesto de reproche. Era el día de la Natividad del Señor y los religiosos entonaban cánticos extraños en latín. Tenían un aire sombrío, más arcaico y sobrecogedor que los matices musicales empleados en las misas de *Toletum*.

—*Terra tremuit et quievit, dum resurgeret iudicio Deus...* —coreaban al unísono.

«La tierra tembló y se detuvo, cuando Dios surgió para juzgarla...».

El vello de Álvár se erizó, y no supo si era por el frío que sentía o por los tonos tenebrosos y crípticos que emanaban de aquellas gargantas sagradas.

«Estoy condenado. Dios me juzgará y caerán sobre mí todos los sufrimientos del Infierno».

El muchacho, con lágrimas en los ojos, tomó las manos del religioso y suplicó el perdón con su mirada.

—Necesito confesarme —dijo en voz baja y triste, tras muchos días sin pronunciar palabra—. Tengo el corazón lleno de odio y la mente repleta de dudas. ¡Misericordia!

Eligius atrajo la cabeza de Álvár a su pecho y lo consoló cariñosamente, como un padre.

—Hijo mío, voy a revelarte el más profundo de los secretos, pues me consta que Cletus puso la semilla del conocimiento en ti. El Anticristo ya camina entre nosotros desde hace tiempo. Debió dar muerte a Elías y a Enoch, al regresar estos a Jerusalén. Tiene muchas caras. Se disfraza de santidad, para creyentes e infieles. Toma distintas formas, incluso de mujer, aunque yo puedo reconocerlo. Víctima a reyes y a santos para hacernos adorar a su gran ídolo de oro. Intentará que

los verdaderos cristianos padezcamos infinitas penurias, pero sabremos protegernos hasta la Parusía. ¡Cristo triunfará!

El rostro de Álvar parecía confuso en su dolor. Aquel sacerdote menudo, torpe y con cara de roedor parecía envuelto en un halo de sabiduría y grandeza cercano a los Profetas. Su seguridad e iluminación eran dignas de su maestro, Beatus ¹³³, y la seguridad e iluminación de su mirada no admitía réplica.

»Somos parte de un plan mayor. Tú y yo, Álvar. Hemos sido tocados por la Providencia, y haremos que el Ángel de la Muerte, el mayor siervo del Anticristo, sea destruido. Porque yo he visto la aniquilación, la obra de *Abaddon* ¹³⁴, el mayor de los horrores.

— *Terra tremuit et quievit, dum resurgeret iudicio Deus...* —segúan cantando los encapuchados.

—Soy... soy un pecador —balbució el muchacho—. No soy digno de afrontar tamaños designios.

—A veces, el pecado es la mejor forma de servir a Dios —susurró Eligius.

—¡He matado! ¡He segado la vida de muchos hombres sin dudar!

—¿Alguna vez lo hiciste por placer, necesidad o maldad? Eres un superviviente, Álvar. Muchos justos perecen de forma horrenda, mientras que los nefandos despilfarran sus largas vidas sumidos en los vicios. Mas una cosa nos enseña San Agustín... que nadie fue muerto sin que hubiera de morir algún día. ¿Qué más da una vida larga o corta, o una muerte amarga o dulce? Todos nos igualamos al morir, y lo importante es la eternidad que hay después. Que no tema el honrado, y que tiemble el impío.

— *Terra tremuit et quievit, dum resurgeret iudicio Deus...*

Álvar se separó del sacerdote, enjugó sus lágrimas con las mangas y contempló a su interlocutor con vacilación.

—¿No es, acaso, la duda el mejor medio para acercarse a la verdad? —Eligius se irguió y tomó a su adlátere del pecho, arrastrándolo con inusitada fuerza hacia una vieja pila bautismal, cuyos motivos esculpidos en edades anteriores apenas si se distinguían en la roca. Entonces, metió las manos de Álvar en el agua bendita. La tiniebla que embriagaba el interior del templo hacía difícil ver el color que iba tomando el cristalino líquido, aunque parecía teñirse de escarlata, algo parecido a la...

«Sangre...».

—Voy a absolverte de tus pecados, Álvar —aseguró Eligius—. Empero, todo arrepentimiento conlleva un propósito de enmienda, y todo perdón acarrea una penitencia.

«Sangre... Ha lavado la sangre de mis manos. Aquí, en la oscuridad, he sido perdonado».

—Comenzarás una nueva vida en *Lucus* ¹³⁵—prosiguió el religioso—. Debes donar tu oro a la Iglesia, como acto de buena fe, y has de ponerte a mi servicio. Yo te prometo el perdón y la

salvación, en esta vida y en la otra. En cuanto otorgues tu parte, mi buen Álvar, se te concederá una indulgencia que te permitirá combatir a los enemigos de Cristo. A todo el que interfiera en Su plan, sin temor a un castigo eterno. Yo seré la voz de Dios y tú serás el brazo que esgrima Su espada. Juntos, combatiremos al Abismo Profundo. —El corazón del muchacho latía con fuerza.

Eligius rebuscó en su hatillo y extrajo un volumen forrado de cuero, con símbolos raros en su cubierta.

—Deberías dejar el libro que te ha convertido en un paria soñador, y comenzar a estudiar otro. La obra cumbre de mi maestro Beatus. Aquí vislumbrarás cuán importante es nuestra labor, la labor de los siervos de Dios.

Álvar sostuvo el regalo con debilidad. Su vista, nublada por el cansancio, pudo atisbar el título, y entonces otro escalofrío recorrió su cuerpo.

« *Commentarium in Apocalypsin* . Por Santa Leocadia, para salvar mi alma voy a tener que venderla...».

* * *

Las murallas aparecieron ante ellos como una madre misericordiosa, dispuesta a abrazar a sus hijos tras una larga separación. Estaban orientadas hacia un río embrujado.

—Sus nieblas conducen al fin del mundo —afirmó el sacerdote. Luego sonrió para sí, como si recordase alguna anécdota, tras atravesar las puertas de la ciudad.

La vista de los altos muros era impresionante. Álvar jamás había visto algo parecido más allá de *Toletum* : la altura y el grosor convertían a *Lucus* en un bastión inexpugnable. El adarve era transitado por varios arqueros cuando cruzaron una de sus puertas. Un guardia los detuvo un momento, pero al ver a Eligius le palmeó su menuda espalda y los invitó a entrar sin inspeccionar los carruajes.

Las calles de *Lucus* presentaban un aspecto húmedo y embarrado al atardecer, a pesar de que la lluvia se había detenido. Caminaron un trecho hasta la zona alta de la ciudad, entre charcos y paredes mohosas, cruzándose con gente hosca y silenciosa, animales de tiro, agradables aromas de guisos caseros y, en contraste, enormes boñigas empapadas.

—Vas a conocer a alguien peculiar —comentó Eligius mientras caminaban—, muy dado a la sidra y a las historias. Es la persona más cercana al señor de *Gallaecia* . No desdeñes su amistad y aprende de sus vivencias. Si todo va bien, te aceptará a su servicio.

Finalmente alcanzaron un palacio hermoso. Se trataba de una amplia vivienda de dos plantas con columnas lisas y sogueadas, y arcos firmes, en cuyo frontal se erguía un hastial solemne a la vez que sencillo. Estaba rodeado por un entrañable pomar que parecía bien cuidado. Al llegar ante las puertas, se toparon con varios custodios que se ocultaban bajo las sombras de las coberteras, desafiantes ante las intemperies. Eligius se acercó a charlar con ellos y, en breve, se hicieron cargo de carruajes y bestias. Ambos fueron gratamente invitados a adentrarse en aquella acogedora morada.

Los fuegos del hogar los acariciaron y se sintieron reconfortados. Un sirviente se acercó a los viajeros, saludó efusivamente al monje y los condujo a una sala donde cambiaron sus ropajes por prendas secas y lavaron sus pies. Tras la excelente hospitalidad, un brote de sosiego después de tantas fatigas, caminaron hacia el gran salón del señor.

—Vamos —apremió Eligius—. Gutier está a punto de comenzar su relato para esta noche.

Lejos de encontrar a un noble guerrero sentado en su sitial con la espada cruzada entre las piernas y los perros de caza a cada lado, toparon con un corro de niños y mayores, sitios alrededor de una mesa alargada llena de manjares, atentos a un peculiar orador que la presidía. Los cabellos del locuaz eran castaños, con algunos hilos de nieve. Su rostro, de afable barba incipiente, empezaba a ser surcado por el tiempo: había conocido el dolor y la guerra, aunque inspiraba una calma abrumadora a quienes lo rodeaban. Para no llamar la atención, Eligius y Álvar se colocaron detrás de unas columnas sobrias y antiguas cuyos capiteles presentaban hojas talladas.

—Dejad que os narre la historia de la esforzada liberación de nuestro Rey —dijo el anfitrión con voz agradable y potente—. Mi padre y mi hermano la vivieron de primera mano, siendo yo todavía un niño, así que todo cuanto contaré es cierto. Por si alguno no lo sabe, en estos hechos participaron muchos magnates que poseían sangre de reyes. Mi propio padre, por ejemplo.

El agradable aroma de la comida impregnó las fosas nasales de Álvar e hizo que sus tripas se quejasen.

»Todo comenzó durante el verano en el que muchos cristianos del sur se unieron en un gran ejército y se dirigieron hacia nuestras tierras, hastiados de sus luchas con los sarracenos, buscando refugio. Liderados por un temible hombre de armas llamado Marcus, alcanzaron la frontera y fueron recibidos por el poderoso Sigericus ¹³⁶.

Los comensales llevaban los trozos de ave asada y las jarras a la boca por inercia, absolutamente inmersos en el relato.

»Sigericus *el Orgullosa* consideraba débil a nuestro Rey, a causa de su amistad con los francos. Pensaba que los de más allá del *Pirineo* acabarían haciéndose con nuestras tierras, por lo que usó las recién llegadas tropas sureñas para provocar una guerra intestina y tomar el Reino. Nuestro Rey, sin embargo, se negó a que la sangre de los cristianos fuese derramada por sus hermanos, por lo que se encerró en el monasterio de *Ablania* ¹³⁷ y dejó el gobierno al usurpador.

La sequedad acudió a la boca de Álvar. Contempló los cuencos llenos de incitante sidra y vino, y deseó saciar sus deseos sin tener en cuenta los buenos modales. Una mirada represora de Eligius, quien pareció adivinar sus pensamientos, lo frenó.

»Sigericus tuvo el apoyo de mi padre, aunque no así de mi hermano, quien, con tan solo nueve primaveras, se convirtió en el mozo del Rey, renunciando de esta forma a sus derechos y a su familia por lealtad.

El orador hizo una pausa, tomó un recipiente lleno de sidra y le dio un gran trago. Limpió su cara con la mano y depositó el pote de nuevo sobre la mesa. Álvar estaba desesperado por la sed.

—Nunca había contado esta historia antes —aclaró Eligius en un susurro.

Entre los presentes, una mujer joven y menuda, de cabellos castaños como el heno, cuyos ojos del color de la miel reflejaban los fuegos del gran hogar, posó su atención en Álvar. Le dedicó una liviana sonrisa cuando cruzaron sus miradas. Él se sintió incómodo, fuera de lugar: las doncellas no solían mostrarle ese tipo de atenciones. Prudente, el muchacho se arrebujo bajo su capucha y ocultó su cuerpo aún más tras la columna.

«Parece que soy la novedad, como en la lonja de Simón...».

Maldijo para sí tras perder el hilo de la historia durante un tiempo, y puso de nuevo su interés en el narrador. Le costaba trabajo comprender aquella jerga galaica tan alejada de *Toletum*.

—... y allí tuvo lugar la batalla contra aquel sarraceno, quien había derrotado a Vermudus ¹³⁸años atrás, condenándolo al ostracismo entre sus adláteres. Álvar *el Viejo*, señor de *Bracara* ¹³⁹, comandaba un ala de Sigericus, y la matanza de hostiles que provocó tras su heroica carga permitió el avance de los cristianos sureños. Pero, con la contienda aún sin decantar, apareció él. —Hizo una pausa—. Quienes estuvieron presentes lo recuerdan como el dios Marte. Con tan sólo quince inviernos, Ranemirus, hijo de Vermudus, cruzó con su columna de jinetes hasta la retaguardia enemiga y se enfrentó a su general en combate singular, dándole una muerte predestinada por la venganza. “¡Él mató a mi padre!”, gritaba una y otra vez, escupiendo sangre y saliva, mientras alzaba con orgullo la cabeza del infiel. Y todos comprendían sus palabras.

«Pues serían ellos quienes las comprendían...», pensó Álvar.

»Ahora bien, Sigericus, el gran vencedor, fue declarado una amenaza por los francos debido a las supersticiones que envolvían a su fe. Por eso enviaron a un grupo de conspiradores, encabezado por el fuerte Theuda ¹⁴⁰ y el astuto Agobardus ¹⁴¹, y flanqueado por Arband y Hanne de *Suessionum*. A todos ellos se unió Basiliscus de *Pampilona*. Los bravos emisarios se infiltraron en *Ablania*, disfrazándose de monjes, y rescataron al rey Adefonsus, ayudados desde dentro por mi hermano Osorius. Después, viajaron a la Corte de *Ovetdao* ¹⁴². Una vez allí, ajusticiaron a Sigericus en el *aula regis* ¹⁴³, acusándolo de herejía. Cuando su *armiger* ¹⁴⁴ Hermenegildus, mi padre, se dispuso a defenderlo... —Una sombra cruzó el rostro del narrador.

—¡Sigue, continúa! —le instó uno de los comensales que poseía un amplio vientre y tenía el jubón lleno de grasa de ave.

—Su propio hijo, mi hermano Osorius, lo mató.

Era la primera vez, desde que el orador había comenzado, que un murmullo se dejaba escuchar en la sala. Los comentarios se sucedieron con ahínco, en un tono respetuoso aunque, en suma, impedían al disertante continuar con su historia. Uno de los presentes siseó con fuerza, mandando callar al resto, y en breve volvió el silencio y el anfitrión pudo reanudar el relato.

»Hasta tal punto ha llegado la lealtad de mi hermano hacia el Rey —continuó el señor con orgullo—. Como muchos sabéis, a día de hoy es su *armiger*, y yo tuve que ser criado por una viuda.

—¿Y qué pasó con los sureños? —inquirió el gordo con la boca llena de carne.

—Fueron sometidos por ordalía, pues mi hermano dio muerte ante los ojos de Dios a su temible líder, Marcius, y todos ellos abandonaron su extraña fe y se mezclaron con nosotros. Pocas espadas hay en el norte como la de Osorius hijo de Hermenegildus. Así que... ¡no temáis! Pues nuestro Rey es santo y justo, y se merece a quienes le rodean. Ranemirus *el Implacable*, Álvar *el Viejo*, Osorius *el Parricida* ... Adefonsus pronto estará aquí, con nosotros, para protegernos de los sarracenos que llegan desde el sur. Y ahora, ¡disfrutad de mi mesa!

«Estamos en invierno y ya están temiendo las aceifas cordobesas. Sobrevivir en estas tierras debe ser terrible».

Todos los presentes brindaron y se complacieron ante la elocuencia del narrador. En ese momento, Eligius aprovechó el jolgorio para avanzar hasta el señor del palacio junto a Álvar. Cuando el muchacho pasó junto a la joven, volvieron a cruzar las miradas, pero hizo caso omiso del gesto.

«Ramera...».

El sacerdote se situó frente a Gutier y este lo abrazó con entusiasmo.

—¡ *Confesor* ! —lo nombró—. Que Dios me perdone, pues no recuerdo la última vez que vi tus raídos ropajes por estas tierras.

—He estado ocupado, mi señor Gutier —alzó la voz Eligius, debido al ruido de la comilona—. He venido a traerte a un joven para que entre a tu servicio. Se llama Álvar, como tu gran amigo.

El galaico escudriñó al toledano y sonrió con cordialidad.

—Un poco mal alimentado, diría yo. Servirá para atender a los bueyes.

Eligius soltó unas carcajadas y los ojos se le llenaron de lágrimas. Era la primera vez que Álvar lo escuchaba reír de aquella forma, en aquel tono tan jocoso propio de un ambiente de familiaridad.

Álvar no se tomó a mal el comentario, tampoco dio muestras de buen humor. Había que reconocer que, para estar en tierras del norte, la acogida había sido excelente y el anfitrión se estaba esforzando por avivar el fuego de la confianza entre los presentes.

—Es cierto que no ha comido mucho últimamente —explicó el monje—. Está un poco afectado por el mal de amores, aunque es más de lo que aparenta. Yo mismo lo juzgué erróneamente al conocerlo.

—¡Ah, las mujeres! —exclamó Gutier con simpatía, dando un manotazo en el brazo de Álvar—. En cuanto te descuidas muerden la manzana y... ¡adiós al Paraíso! ¡A taparse las vergüenzas! Pero todas esas calamidades se curan regresando a los brazos de la esposa.

El rostro de Álvar mostró un atisbo de sonrisa. De pronto, no pudo evitar girar su cabeza hacia la muchacha, sentada a su derecha, y encontró sus ojos de nuevo. Inmediatamente apartó la mirada,

pues pensó que podría ser la mujer del señor. Algunos niños intentaron levantarse y abandonar la mesa, recibiendo los pertinentes cogotazos por parte de sus ebrios progenitores.

—Creo que serviría bien entre los Capas Grises —propuso Eligius—, con el hijo de Gontroda ¹⁴⁵.

Gutier palpó los delgados brazos de Álvar, lo miró desde su mayor estatura y frunció el ceño.

—Joven, ¿sabrías esconderte en los bosques?

—Sí —respondió el toledano.

—¿Sabes disparar un arco a caballo?

—Mejor que cualquiera de los tuyos.

El señor dio una carcajada. Miró al monje con complicidad y volvió a dirigirse a su interlocutor.

—¿Podrías portar mensajes a través de las huestes enemigas? —Álvar lo entendió a duras penas.

—Sin duda.

—¿Tienes miedo a la muerte?

—Menos que un anciano y más que un niño.

El noble volvió a sonreír y apuró el recipiente con sidra, ordenando con un gesto que fuese rellenado por su escanciador. Cuando parecía que su jarra iba a recibir la bebida, de pronto la arrojó al rostro de Álvar, quien la agarró con reflejos felinos y la depositó en la mesa, ante su atacante, con tranquilidad.

—¡Este sureño es un saco de sorpresas! —comentó Gutier, dando un codazo al sacerdote—. Creo que, viniendo de tu parte, no nos arrepentiremos de vestirlo de gris y soltarlo en la frontera, como acabo de hacer con Aramirus, el bastardo de mi primo Theodemirus. Hacen falta más como ellos, que coman poco y tengan nervios de gato.

«Soy un lobo, aunque haya perdido a mi manada».

—Este tendrá que alimentarse bien —recomendó Eligius—. Conviene que reponga fuerzas y coja algo de peso antes de enviarlo a un lugar tan extremo.

—¿Sabes hacer algo más que afilar palabras? —preguntó Gutier.

—Puedo afilar espadas, y no se me da mal forjarlas.

—Me he dado cuenta de que tenías un brazo más fuerte que otro, pero pensé que era debido a tus noches de soledad. —El señor del palacio dio una grata palmada en la espalda del muchacho, desequilibrándolo—. Puedes quedarte en mis estancias por un tiempo, disfrutando de mi generosidad y recuperándote de tantas fatigas. Una jugosa comida, un baño caliente cada luna nueva y unos aposentos discretos es cuanto puedo ofrecerte a cambio de labrar hierro y espantar

intrusos.

«Por Santa Leocadia, he sido juzgado otra vez. Así que tengo un nuevo hogar...».

—Otra cosa, rapaz. —Gutier señaló a Álvar—. Como vuelvas a mirar a mi hija, ¡te corto los testículos!

129 Alcalá de Henares, en Madrid.

130 Elipandus de *Toletum* : obispo del s. VIII que encabezó la herejía del *Adopcionismo* en la Península, junto a Félix de Urgell.

131 León, en Castilla y León.

132 «Paganos». Adoradores del fuego que vivían en el norte peninsular.

133 Beatus de *Lebana* (Liébana): sabio hispano y referente eclesiástico, que vivió en el s. VIII. Su obra más notable fue *Commentarium in Apocalypsin*.

134 Ángel del Abismo.

135 Lugo, en Galicia.

136 Sigericus, *el Orgulloso, el Usurpador* : noble astur que se hizo con el trono tras desplazar al rey Adefonsus y encerrarlo en el monasterio de Ablaña.

137 Ablaña, en Asturias.

138 Vermudus, *el Diácono* : padre de Ranemirus y rey de Asturias antes de Adefonsus *el Segundo* .

139 Braga, en Portugal.

140 Theuda: noble que participó en el rescate de Adefonsus *el Segundo* , junto a Hanne, Arband y otros fieles, cuando el Rey fue confinado en el monasterio de Ablaña por su rival Sigericus *el Usurpador* .

141 Agobardus: arzobispo de *Lugdunum* , actual Lyon. De origen hispano y contrario a las tesis adopcionistas de Félix de Urgel.

142 Oviedo. Aceptación local.

143 Sala del Rey.

144 «Portador de las armas». Guerrero de élite, custodio de un gran señor.

145 Gontroda: primera mujer de Ranemirus de Galicia, famosa por su belleza y madre de Gatón.

CAPÍTULO 18

EL DRAGÓN NEGRO

París ,

Frankia .

Febrero de 834 d.C.

Los pasos retumbaban en el oscuro pasillo que conducía hasta la sala regia. Faramund, solitario, cavilaba a qué se debería aquella convocatoria urgente por parte de Lotharius. Había dejado a sus hombres custodiando la muralla oriental y había ordenado que las monturas estuvieran dispuestas: no sería extraño avistar huestes enemigas en el horizonte neblinoso, cualquier mañana de aquel gélido invierno. Notaba el lacerante frío incluso dentro del edificio y, con cada respiración, una nube de vaho envolvía su rostro.

«He vuelto a olvidar mi capa».

Dos guardias custodiaban la puerta que daba acceso al salón, cerrada a cal y canto. Consignaron la espada de Ilthar, que portaba desde *Laussanus*, y su viejo *scramasax*, pues Lotharius había prohibido que se llevaran armas en su presencia.

«¿Qué tiempos vivimos, en los que el Emperador no confía ni en sus propios *fideles*? ¿Acaso el Gran Karolus habría arrebatado sus espadas a quienes sangraban por él?».

Los custodios, con rostros serios y ceñudos, abrieron una de las hojas de madera sin mediar palabra y le permitieron el paso. Las antorchas que colgaban de las paredes oscilaron hasta casi apagarse, arrastradas por la corriente de aire que entró junto a él. Lotharius presidía la sala sentado en el tosco trono de madera. La corona de hierro parecía pesarle sobre la cabeza, pues su mirada estaba cansada y apesadumbrada. El de *Suessionum* ocupó un lugar apartado y contempló el pendón rojizo con el dragón negro que colgaba sobre el sitial.

«Ilthar tenía razón. Desempolvar el pendón de su abuelo no lo ha convertido en él».

Tras el vergonzoso episodio de *Lugenfeld*¹⁴⁶, Lotharius no se había comportado como se esperaba. Aun sin el apoyo de sus hermanos, que habían marchado a la guerra junto a él como iguales, se autoproclamó de nuevo emperador. Se dedicó a pasearse victorioso por todos los rincones del reino, presidiendo banquetes y misas mientras humillaba a su padre, del que no se separaba en ningún momento.

Faramund buscó por toda la estancia y, extrañado, no halló a Ludovicus por ningún sitio. Pudo observar que los hogares estaban apagados y apenas unos pocos braseros ardían junto a las columnas, por lo que los presentes se frotaban las manos para tratar de entrar en calor. Había grupos de sacerdotes que cuchicheaban entre ellos; otros, casi ocultos por las sombras que envolvían las paredes, portaban gruesas capas sobre los hombros, inmóviles como estatuas.

«Hace frío, aunque el ambiente es todavía más gélido».

Faramund localizó a los *fideles* del emperador, con Hucus de *Turonorum* a la cabeza. Alto y arrogante, el suegro de Lotharius vestía ricos ropajes dignos de un rey y escuchaba, ausente, las palabras que un religioso susurraba a su oído.

Lotharius se levantó y todos guardaron silencio, expectantes.

—Os he convocado porque la situación es muy grave. —Escudriñó a los presentes con aires desafiantes, pero Faramund observó que había un atisbo de miedo en sus ojos—. Ahora sé cómo se sintió Cristo durante su última cena, traicionado por aquel que creía de su parte. —La tirantez

era palpable y Faramund se encontró, de repente, tenso bajo su ropa—. Desde anoche, desconozco el paradero de mi padre, mas sé que ha sido alguno de vosotros quien le ha ayudado a huir...

—¿Huir? —De entre uno de los grupos de devotos se alzó una voz. Parecía alguien decidido, aunque Faramund no pudo discernir de quién se trataba—. Vuestro padre no ha huido. Sólo ha encontrado el valor para hacer lo que debió haber hecho mucho tiempo atrás...

—Valor que también has hallado tú, por lo que veo, tío Drogo. —Un tenue murmullo se empezó a oír en la sala.

—La gente está harta de vuestro trato vejatorio. Es el *Imperator* y... ¡es vuestro padre, Cielo Santo! —gritó Drogo, arzobispo de la poderosa sede de *Metis*¹⁴⁷—. Merece un respeto que le lleváis negando desde aquella pantomima en *Rothfeld* ...

El murmullo se elevó e inundó la estancia y los gestos se tornaron nerviosos. Faramund aguardaba apartado y contemplaba la escena, atónito. Era evidente que Lotharius no había actuado bien con respecto a su padre, pero de ahí a que se le acusara abiertamente... Era algo que no se debía permitir. Ahora bien, para mayor sorpresa del de *Suessionum*, el emperador guardó silencio: no se enfrentó al medio hermano de su padre.

«Debió matar a Ludovicus. Sin duda debió ajusticiarlo».

Lotharius alegó en su momento que si le quitaba la vida, convertiría a su padre en mártir. Faramund pensaba que al menos un mártir no estaría vivo ni sería causa de división del Imperio. De este modo, no sólo había convertido a Ludovicus en una víctima de la que el pueblo se apiadaba, sino que le había dejado escapar. El estómago de Faramund se encogió, mezcla de la incertidumbre y la decepción.

«Esta maldita lucha intestina no ha terminado, todo volverá a repetirse», pensó angustiado y recordó a los hombres que ya le había arrebatado aquella guerra.

—Ludovicus tiene el trato que se merece. —Hucus se había adelantado, colocándose junto a Lotharius, para enfrentarse a Drogo—. Ha demostrado una y otra vez que no es digno de portar la gracia del *Imperium*. Se esconde entre los hábitos de cobardes y traidores como tú —dijo señalando al prelado—. ¿Por qué no está aquí? Ya se postró ante Dios y reconoció ser culpable de haberlo ofendido, y de no traer más que desorden a nuestro pueblo. ¿Qué más pruebas necesitas, tú, que eres hijo de una ramera? —sentenció mientras miraba desafiante al metropolitano.

—Lo hizo obligado. —Las palabras salieron arrastradas de los labios de Drogo, llenas de ira contenida—. Si tuvierais una espada en la nuca y temierais por la vida de vuestra familia, ¿no haríais lo mismo, señor de *Turonorum*?

En aquel momento, como si hubiesen aguardado una señal, varios de los religiosos que aguardaban junto a las paredes apagaron las teas, otros golpearon los braseros esparciendo las ascuas por el suelo, lo que sumió el salón en una penumbra anaranjada, solo alumbrada por dos solitarias antorchas que flanqueaban el trono. Los sacerdotes que rodeaban a Drogo echaron sus mantos al suelo y dejaron al descubierto sus *scramassax*. Los *fideles* de Lotharius, desarmados, se lanzaron sin dudarlos hacia ellos, aunque fueron apuñalados sin contemplaciones por aquellos

sicarios que se dirigían hacia el Emperador.

—¡Guardias al *Imperator* ...! —gritó Faramund, pero su voz se ahogó. Las puertas habían sido atrancadas desde dentro por dos hombres vestidos de monjes. No tuvo más remedio que reaccionar y avanzar rápidamente hacia uno de los sacerdotes armados, quien sólo tenía ojos para Lotharius. Lo pateó fuertemente en la espalda, lo hizo caer al suelo y lo remató con su propia arma. Gritó, amenazó y llamó la atención de los matones, colocándose entre ellos y Lotharius.

—¿Acaso habéis perdido el juicio? —Hucus asentó los pies junto a Faramund, disponiéndose también a proteger al Emperador pese a estar desarmado. Iban a echar de menos a otros señores de la guerra como Matfridus y Lambertus, quienes habían partido días atrás para aplacar algunas revueltas.

«Los han alejado de aquí, lo tenían todo preparado», Faramund lo vio claro de repente.

Uno de los religiosos arremetió contra él tomando un gran impulso, pero dubitativo. Los sicarios no parecían haber tenido en cuenta que encontrarían resistencia en aquel salón. El de *Suessionum* se echó a un lado para dejarlo pasar y segar su vida desde la espalda. La sangre de aquel desdichado se extendía lentamente por el suelo. Le recordó a Ilthar, moribundo en la cripta de San Tirso, y sintió cierta vergüenza. «Fue leal hasta el final. Deberíamos estar combatiendo a los *nordmanni*, no matándonos entre nosotros». Con la pierna, arrojó la hoja del caído hacia Hucus, quien la recogió raudo. La trifulca se equilibraba, y los agresores armados, cuatro monjes más, se miraban entre ellos con el miedo creciendo en sus pupilas.

«El daño ya está hecho y las ascuas han vuelto a prender. Están sopesando si merece la pena arriesgar sus vidas». Faramund estaba dispuesto a dejárselo claro, de modo que cargó sin pensarlo contra el más cercano, que desvió sus punzadas con dificultad, antes de ser desarmado y contemplar, aterrado, su vientre atravesado. Hucus despachó a un alma desesperada que anhelaba alcanzar a Lotharius, y aquello bastó para que los demás huyeran hacia las puertas, con Drogo a la cabeza, y las desatracasen. No había ni rastro de los dos guardianes cuando los conspiradores cruzaron la salida. «Hijos de ramera muerta...».

Solo quedaron tres hombres en pie, rodeados de los cadáveres de *fideles* y traidores, que parecían nadar en un charco de oscura sangre que manchaba el suelo del salón regio. Los presentes se miraron entre sí, en silencio, con rostros llenos de incertidumbre, bajo la tenue luz que los iluminaba.

—Mi señor —dijo el de *Suessionum*, rompiendo el mutismo—, ¿os encontráis bien?

—¡Faramund! —La voz de Lotharius sonó preocupada, a pesar de haber sobrevivido a la conjura—. Sí, me encuentro bien. ¡Gracias a Dios que estabas aquí! Mi padre... ¡Él ha desencadenado todo esto! Sus antiguos seguidores han debido devolverle su voluntad...

—No debe haber más voluntad que la vuestra, mi señor —interrumpió Faramund impaciente—. ¿Cómo es posible que vuestro padre haya escapado? —No pudo contener el tono de decepción ante su rey.

—Le han ayudado desde dentro, sin duda. Ahora mismo desconozco quiénes están conmigo, salvo

vosotros dos. La situación es peligrosa y la ciudad no es segura.

—Mis hombres protegen las murallas del río y los de Hucus controlan la puerta occidental. Desplegad el resto del ejército y encontraremos a vuestro padre. No habrá podido dejar la ciudad. ¡Recordadle quién es el verdadero *Imperator* !

En los ojos de Lotharius apareció una sombra apenada que cubrió todo su rostro. Se acercó cabizbajo hasta Faramund para poner una mano sobre su hombro.

—¡Mi señor, si nos quedamos aquí moriremos! —Hucus, con el rostro serio, se aproximó hasta ellos. Miraba nervioso hacia las puertas—. ¡Es ahora o nunca!

«¡Van a abandonar la ciudad!». Las palabras del señor de *Turonorum* cayeron como un cubo de agua helada en el ardiente ánimo de Faramund.

—¡Desenvainad vuestro hierro y cabalgad junto a mí! —Faramund supo que no podía permitir que Lotharius se fuese y trató de convencerle—. ¡Portad el Dragón Negro como hubiese hecho vuestro abuelo! —Señaló el pendón que colgaba inerte sobre el trono. Luego, puso su propia mano sobre la del Emperador, en su hombro, para infundirle ánimo—. Hay muchos fieles que lucharán a vuestro lado. ¡No os marchéis! ¡Vuestros hombres os necesitan! ¡Yo os necesito!

Lotharius se irguió y la corona de hierro escupió un tenue brillo, reflejando una de las antorchas que aún ardían. Sin embargo, el Emperador no pudo sostenerle la mirada y Faramund supo que todo estaba prácticamente perdido.

— *El Dragón Negro* es una vieja leyenda del pasado —interrumpió Hucus—, ahora hay que salir de aquí cuanto antes. —La voz sonó desesperada.

«Está muerto de miedo. ¿Qué sabe, que tanto teme?».

De repente, un gran estruendo se escuchó en el exterior, acompañado de gritos agónicos y cuernos lejanos.

»Ya ha comenzado, mi señor. Hay que irse —el tono de Hucus delataba que estaba dispuesto incluso a dejarle allí.

—Sólo tú has demostrado ser digno de portar ese pendón, Faramund —dijo Lotharius con premura, avergonzado—. Un rey tiende a no olvidar, y yo no olvidaré tus servicios. Pero ahora, debemos irnos. —El pequeño ápice de esperanza que Faramund conservaba, se desvaneció.

Haciendo un gesto a su suegro, Lotharius se dirigió hacia una puerta lateral, con paso apresurado. Apretando los puños, Faramund no pudo contenerse.

—¡Pensad en toda la sangre que se ha derramado! —El recuerdo de Ilthar fue el primero que llegó a su memoria—. ¡Pensad en todos los buenos hombres que han perecido por vuestra causa! —La sonrisa de Arlik apareció en su mente—. ¡No os vayáis! ¡Pondréis el trono en bandeja a vuestro padre de nuevo! —Faramund gritaba. Lotharius ni siquiera se giró y dejó la estancia atropelladamente.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Faramund y la impotencia se apoderó de su ánimo. Lloraba como un niño, allí, frente al trono vacío coronado por el reptil azabache. En ese momento, fue consciente de que siempre había perseguido una causa equivocada y perdida. Y, si se hubiese puesto de parte de Ludovicus, el final habría sido el mismo. El Gran Karolus había dejado una descendencia indigna de su figura.

«Reyes cobardes que no merecen ser enterrados junto a sus gloriosos antepasados», pensó mientras contemplaba el pendón inerte sobre el sitial. «No merece quedar aquí olvidado, para volver a ser ondeado por cualquiera de esos dos despreciables».

Las puertas se abrieron de golpe y escuchó cómo un grupo de guerreros bien pertrechados se adentraba en la sala. Faramund enjugó sus lágrimas con las mangas de su ropa. Apretó la empuñadura del *scramassax* y su tacto le resultó extraño, ajeno a la piel curtida a la que estaba acostumbrado. Se giró, dispuesto a enfrentarse a aquellos hombres...

—¡Mi señor! La ciudad se ha sublevado. —Silvanus, acompañado de otros miembros de su *scara*, se erguía ante él—. ¡Estamos solos! Las tropas de Hucus y el Emperador han abandonado la puerta occidental y galopan sin mirar atrás. ¿Qué hacemos?

Faramund apretó las mandíbulas con ira silenciosa. Él se habría quedado, habría acabado sus días allí, sumido en la decepción, habría vendido su propio pellejo a precio de *brunia*. Con todo, allí estaban sus hermanos, quienes sangrarían sin dudarle a su lado en cualquier batalla.

—Descolgad el estandarte —ordenó Faramund—. Voy a sacaros de aquí...

* * *

Casi lo habían logrado. Cruzaron, sin oposición, la puerta oriental y el puente que llevaba a los malolientes suburbios, aunque el peligro aún los acechaba. Los ollares de las monturas exhalaban nubes inmensas de vaho, que se elevaban hacia el cielo lentamente, envolviendo a los jinetes. La *scara* de Faramund aguardaba expectante al final de una callejuela embarrada, que se iba llenando de sombras a medida que el sol escarlata bajaba tras ellos. A tiro de hacha, un imponente muro de escudos multicolor les cortaba el paso, el último obstáculo hacia el valle.

—Son ellos, mi señor —dijo Aberfal con su marcado acento. Había demostrado muchas veces tener casi tan buena vista como Silvanus, quien aguardaba con algunos arqueros a caballo, escondido tras unas casas.

«Sajones. Podría ser la última cabalgada junto a mi *scara* », pensó Faramund, dejándose abrazar por la desesperanza mientras acariciaba el pomo de la espada de Ilthar. Dudó si había hecho bien en cogerla, para que ahora fuese a caer a manos de algún desconocido.

«La honraré bañándola en sangre».

Varios escudos se apartaron para dejar paso a un hombre que se adelantó con aire decidido. Una vez estuvo lo suficientemente cerca como para poder apreciarlo, Faramund observó que se trataba de un fornido guerrero cubierto por una gruesa capa de oso, al que acompañaban cuatro canes de largo pelaje que correteaban nerviosos a su alrededor. Portaba una gran hacha y un escudo,

multitud de brazaletes adornaban sus fuertes brazos y un capacete con protección ocular y nasal encajaba en una abundante cabellera, que se fundía en las mejillas con una larga barba castaña. Se detuvo a mitad de camino y descubrió sus facciones. Faramund frunció el ceño al reconocer a aquel señor de la guerra.

«Athalberg». Azuzó a su caballo y se acercó hacia la figura, despacio.

El sajón era un viejo conocido de Arband, al que este ayudó en una ocasión cuando ambos eran jóvenes. Por más que se había interesado, nunca pudo saber lo que ocurrió entre los dos. Aquel importante señor — *dux* ¹⁴⁸ de la ciudad de *Brema* —, ofreció la mano de su única hija al primogénito de su benefactor. De aquella manera, el futuro de Faramund había quedado ligado a Tessa, su prometida. Athalberg, además, había ofrecido a Arlik *Puñorroto* para que se encargase de su adiestramiento marcial. Durante cuatro años, Faramund vivió en *Brema*, desde los primeros días del invierno hasta que los árboles comenzaban a florecer, acompañado por el padre Hanne. «Y ahora, mi futuro suegro es mi enemigo. Propio de esta estúpida lucha intestina». El destino se mostraba caprichoso a veces.

—¡Sabía que harías esta estupidez! —dijo Athalberg a modo de saludo, con su fuerte voz y su acento norteño—. Dejaré que salgas de la ciudad, por Arband y por los años que comiste en mi mesa, pero no te lo diré dos veces. Si lanzas a tus jinetes calle abajo, esta noche mis hombres y yo cenaremos carne de caballo, mientras que las alimañas se dan un festín con vosotros.

—Mi *scara* pasará por encima de esos despojos a los que llamas hombres. —Faramund había tragado saliva antes de hablar, para evitar que su voz sonara dubitativa.

La risa de Athalberg resonó en el callejón, donde las sombras ya eran muy alargadas. Nunca antes le había oído reír de aquella manera, y el vello del franco se erizó bajo los ropajes.

—¿*Scara*? ¿Llamas *scara* a ese hatajo de tiernos cachorros? Veo que seguir al *Robacoronas*, te ha llenado la cabeza de paja. Las verdaderas *scaras* seguían al Gran Karl, jinetes curtidos en mil batallas, capaces de tomar la mismísima Roma en un solo día. Si de verdad respetas sus vidas, márchate ahora. Bastante me costó controlar a mis tropas en *Rothfeld*.

«Está hablando mucho, sin duda no quiere pelear. Sin embargo, lo hará si no le queda más remedio».

—Habrían perecido —dijo Faramund. Acarició su caballo para dar a entender que las monturas les otorgaban cierta ventaja. Trató de mantener la mirada de su interlocutor y no dejar entrever el miedo que crecía en su interior—. No les prives del don que les concedió Dios aquel día.

—Faramund, esta es la última advertencia que te haré. —Athalberg se había acercado a escasos pasos, aunque su potente voz todavía retumbaba en el callejón—. Sé perfectamente que Ludovicus no es el líder que todos esperábamos, que se deja embaucar por cuervos de hábitos oscuros. Sé que es un pusilánime y jamás le perdonaré que no luchara en *Rothfeld*. Un gobernante no debe pensar en su mujer y su hijo antes que en la victoria y en sus súbditos. Pero es el *Imperator* —su acento en latín sonó ridículo— que designó el Gran Karl. ¿Necesitas algo más para seguirle?

Faramund guardó silencio, sin saber qué responder. La imagen de Lotharius abandonando

apresuradamente el salón real todavía lo apesadumbraba. Luego, miró a su suegro y asintió levemente. Athalberg se acercó aún más hasta él y sujetó sus riendas un instante.

—Tessa ha ingresado en el monasterio de *Argentoialum* ¹⁴⁹—dijo el sajón—. Será una monja de esa estúpida religión hasta que muera. Estaba destrozada, aunque nos haces un favor al alejarla de este reino cruel y con poca memoria.

Un nudo se hizo en las tripas de Faramund. Quizá no amaba a aquella mujer. No obstante, saber que la había perdido para siempre le había punzado algo por dentro.

»No estaba seguro si te atenderías a razones, ni negaré que tu madurez me ha sorprendido. Por fin has escogido el escudo antes que la espada —dijo recordando una de las lecciones que más le había repetido *Puñorroto* .

El sajón hizo un gesto con su hacha y sus hombres volvieron a abrir la formación cerrada que sostenían. Allí, entre hierro, madera y pieles, apareció una figura encorvada, cansada, vestida con ropajes de abrigo y capucha amplia. Era el padre Hanne, con rostro serio y la barba descuidada, algo impropio en él. Parecía agotado y más cercano a Dios que al mundo. Tras bajar de su montura, Faramund abrazó a su preceptor.

—Ludovicus quiere que te lleve ante él —dijo Athalberg con la preocupación de quien ha estado sopesando un asunto mucho tiempo—. No lo haré. Hanne me ha prometido que te alejará de aquí, porque eso es lo que debes hacer, Faramund. Abandonar estas tierras.

—¿Qué hacéis aquí? —inquirió Faramund, desconcertado, mientras miraba al recién llegado.

—Temo que traigo noticias poco favorables, hijo mío —explicó Hanne—. El tiempo apremia y hemos tardado mucho en llegar. Athalberg tiene razón, pues ahora eres un proscrito y él mismo, viejo amigo de tu familia, no tendrá más remedio que cumplir con su deber. Debemos partir cuanto antes.

—¿Partir? ¿Adónde?

—A *Hispania* , hijo mío. A *la Tierra de los Muertos* . —Oír aquella expresión en la fina voz del anciano, le erizó el vello—. Recibí una escueta carta de *Ovetum* , en la que tu padre pedía abiertamente tu presencia junto a él —sentenció.

—¿Mi padre? ¿Acaso le ha ocurrido algo? —preguntó angustiado Faramund, cuyo nudo en el estómago se agrandaba.

—Tu padre es un hombre extremadamente audaz. Vaticinó el triunfo de Ludovicus y pensó que tu presencia aquí sólo perjudicaría a tu familia. Mientras tu madre y tu hermana estén bajo el amparo de tu cuñado, nada les pasará. Sin embargo, tu mera presencia en el *Imperium* pondría en peligro sus vidas. Por eso no debemos perder tiempo. Nada te queda aquí, Faramund —Hanne le agarró del brazo, mirándolo desde aquellos ojos llenos de sabiduría—. Debemos partir hacia *Hispania* , donde te espera tu destino y tu redención...

« *Hispania* ... ».

Multitud de historias acudieron a su mente, entre ellas, la muerte de su abuelo al cruzar el *Pirineo* . Pensó también en su madre, que aguardaba angustiada el regreso de su esposo. «No puedo dejarla sola, pero, por otro lado, llevaría el dolor hacia ella...».

—Tu familia está mejor sin ti —dijo Hanne sin miramientos—. Además, hay algo en la epístola que me hace sospechar. Apenas hay anécdotas, detalles a los que tu padre suele acostumbrarnos. Temo que Arband pueda estar en peligro...

—¿Peligro? ¿Qué clase de peligro?

—No lo sé, hijo —contestó con sinceridad el anciano—. Es una sensación que me acompaña desde que leí la carta, un presentimiento que me impulsa a partir sin dilación.

«Es una muerte segura, no soportará un viaje tan largo con este frío invierno que parece no tener fin».

También sabía que su anciano preceptor no se quedaría allí teniendo la sensación de que Arband estaba en apuros.

«Y yo no lo abandonaré. Debo deshacer mi *scara* . No se merecen adentrarse en una tierra hostil e inmisericorde».

Cuando fue a darse la vuelta para librar a sus hombres de sus juramentos, todos, uno a uno, lo contemplaban con rostros decididos.

—Iremos contigo hacia el Infierno —anunció Kerold.

—¡Victoria o muerte! —gritó el resto de jinetes al unísono, alzando sus armas.

[146](#) Campos de la Mentira.

[147](#) Metz, en Francia.

[148](#) Líder cívico-militar.

[149](#) Argenteuil. Monasterio a las afueras de París.

GALERÍA DE IMÁGENES



Tamán ibn Qaisar, comandante de los Jinetes de Dios.



Faramund hijo de Arband, cabecilla de la scara de Suessionum.



Tarub de Qúrtuba, favorita del emir Abd al-Rahmán.





Fortún ibn Musa, maestro de secretos de la familia Banu Qasi.



Álvar, líder de los bandidos rebeldes de Toletum.



Yamílah ibna Abd al-Yabbar, capitana de los exploradores de Mária.

CAPÍTULO 19

ALMAS EN EL ESPEJO

Cercanías de *Sant Qurush* ,

Al-Tagr al-Adna (*Marca Inferior* de Al-Ándalus).

Jumada Al-Awwal (junio), año 219 de la Hégira (834 d.C.).

Desde el campamento, la frondosidad circundante hacía que no se divisara el *hisn* , situado sobre un escarpado monte bien escoltado por otras dos elevaciones de terreno. Por el contrario, la visibilidad desde lo más alto del emplazamiento debía de ser envidiable, pues el cometido de la fortificación era otear la vía entre *Márida* y *Tulaytula* para proteger varios asentamientos cercanos: los ojos alcanzarían hasta la vieja *Torgielo* ¹⁵⁰, que quedaba hacia el norte, y que era custodiada por parte de la Guardia Negra de Ibn Rustum. Con los alrededores asegurados, no era probable un ataque enemigo para romper el cerco. Tamán había dispuesto una avanzadilla siria en forma de media luna en la zona de ascenso al *hisn* , ya que la caída del cerro hacia el oeste era demasiado escarpada como para intentar siquiera huir. Por otro lado, reservaba al grueso de sus huestes a discreta distancia, en el campamento principal, donde se compartían vivencias de campaña con verdaderos guerreros y campesinos sin adiestramiento, quienes arrastraban a los virtuosos hacia sus ruines vicios.

«La carne de mujer y el vino...».

Tamán enarboló su espada de arriba abajo, dando un grito, y partió en dos el ancho tocón de árbol que se erguía ante él. De su frente caían hilos de sudor. Los ojos le escocían y la piel le abrasaba tras las horas matutinas que había pasado entrenando su arte. A su alrededor, sus hombres más cercanos comentaban con asombro la fuerza de sus tajos, mientras que el asentamiento estaba en pleno apogeo culinario, con los humos de los asados y las harinas cocinadas al fuego, impregnando las telas de las tiendas. Los sitiadores iban y venían, portando agua y piezas de caza, entre vítores e insultos jocosos de sus compañeros.

—¡Que les lleguen noticias de nuestra abundancia y mueran de envidia! —gritaban algunos.

«Este asedio se ha convertido en una fiesta...».

—¡Mirad, es el poderoso Mahmud, *la Serpiente* ! —bromeó el *naqib* de los lanceros, señalando a un nuevo tocón.

Otro trozo de madera saltó por los aires, hecho añicos, tras el golpe lateral de Tamán, lo que provocó más gritos y bromas. La espada de Al-Darrab parecía responder bien ante cualquier material, por lo que el toledano no dudaba en practicar contra objetos cada vez más duros y resistentes.

Haber estado tan cerca de la muerte en *Márida* había acrecentado su fe. Además, el ejemplo de los sirios se convirtió en un sueño a perseguir.

«No tengo la sangre del Profeta, pero acataré sus enseñanzas con más fervor que ellos».

El *qaíd* había prohibido cualquier contacto con la fornicación y la bebida hasta que todo estuviese resuelto, creyendo en vano que tal medida iba a motivar y atemperar a sus huestes. Nada más lejos de la realidad, ya que los sagaces contrabandistas se mezclaban entre los indisciplinados rústicos y repartían sus mercancías a cambio de pagos en comida, pertrechos o monedas. Tamán había amenazado con rellenar con orina de cabra cualquier odre de vino que encontrase, y hacérsela tragar a su propietario.

«Pronto montarán un prostíbulo a las puertas de *Sant Qurush*».

Recibió con gusto un cubo de agua de manos de Harún y se lo echó por la cabeza para refrescarse.

Al menos los sirios se mantenían alejados del pecado, o así lo parecía. Ibn Rashid discutía con él la mejor estrategia para asaltar la fortificación si, por la circunstancia que fuese, no se rendía en el plazo de un mes. Durante aquel proceso, evaluaban también el comportamiento y la moral de las huestes, y los mejores parados eran los de la escuela cordobesa.

Tras el rudo aseo, Tamán se dirigió a su tienda de campaña, malencarado, para afilar su espada.

* * *

«Ya ha pasado más de un año y todavía no hemos acabado con esto», pensó Tamán en las frescas sombras de su jaima, mientras daba un trago de agua con jugo de limón.

Una vez tomada *Márida*, planificado el sitio de *Sant Qurush* y enviadas las partidas de exploradores en busca de Suleymán hacia *Yábura*¹⁵¹, Tamán permaneció en *Qalat-Rabah* durante unos meses para recuperarse de sus heridas. La pierna mejoró tanto como su letalidad con la espada, tras medirse una y otra vez con Dawash ibn Rashid quien, resignado, aceptó su inferioridad.

«Y, a pesar de ello, es mejor que la mayoría de mis hombres...».

Los sirios se adaptaron bien a los *Rakaballah*. Su disciplina y tesón, propios de su escuela militar, les permitió aprender las tácticas de guerra que la caballería pesada de Tamán llevaba a cabo en el campo de batalla. De aquel menester era responsable, en gran medida, Ibn Rashid; en breve, sus prejuicios hacia los conversos desaparecieron y llegó a admirar a su *qaíd* hasta convertirse en su adlátere.

Durante aquel tiempo, Tamán pudo adiestrar a las tribus bereberes que se unieron a la causa de Ibn Rustum frente a *Tulaytula*. La mayoría mostraba cierta destreza sobre el caballo, pero sus pertrechos eran realmente pobres. Su cabecilla era Masarra ibn Faray de los Banu Di-l-Nun, un guerrero joven y orgulloso que, a pesar de sus aires de superioridad, comprendía su inexperiencia y atendía con interés a las enseñanzas de Tamán. «Lo siguen y respetan por la grandeza que tuvo su padre, aunque pronto forjará un destino propio». Cuando la instrucción terminó, los valientes agricultores y ganaderos, sitiadores de *Tulaytula* mientras Ibn Rustum tomó *Márida*, se convirtieron en temibles hombres de armas, ansiosos por vengarse de los Banu Majsi.

—Ellos permitieron que Al-Darrab saqueara nuestras tierras —le aseguró Masarra, con su terso rostro inundado de altivez—. Lo ayudaban con víveres, techos y camastros calentados por sus

mujeres, así que habrán de pagar antes o después. Sabemos que ni juntando a las tribus Hawara y Madyuna podríamos entrar en *Tulaytula*. No obstante, si nos permites restituir nuestro honor frente a los Banu Majsi, lucharemos y sangraremos junto a vosotros.

—Yo también tenía deudas de honra —confesó Tamán—, pues Al-Darrab mató a mi padre, pero una sombra se me adelantó y acabó con su vida. Ahora, mi única posibilidad de venganza es que *el Herrero* vea desde el Infierno cómo acabo con su legado.

—Y si en manos de nuestras familias está, te ayudaremos a cumplir tu desquite, *qaíd* —le prometió Masarra.

Mientras, la campaña de *Márida* se estaba sufragando con saqueos circundantes e impuestos especiales, para pagar las deudas contraídas con los prestamistas y aleccionar a sus ciudadanos sobre la sedición. Los emeritenses veían cómo sus muros iban desapareciendo, a la vez que se construía una poderosa fortaleza para someterlos.

«Si el Emir ha puesto a Ibn Qulayd como gobernador, en lugar de Ibn Bazí, ha cambiado una mano de oro por otra de hierro». Dio otro trago que acabó con la refrescante bebida.

Todo el tiempo pasado en *Qalat-Rabah* le permitió a Tamán dedicarse, también, a su familia. Durante el sitio de *Sant Qurush*, recordaba a diario, con añoranza, las noches de amor junto a Mariam: sus miradas y caricias a lo largo del día, aquella voz serena y culta, llena de encanto y portadora de embriagadoras palabras. No estaba bien dotada para el canto, aunque sus relatos acerca de muchos saberes fascinaban al toledano, lo hacían sentir nimio y rústico en comparación con su esposa.

Ante todo, la mejor experiencia de la vida de Tamán fue la paternidad. Muchos meses atrás, el parto de Ataff, cuyo nombre honraba la memoria de su fallecido hermano primogénito, removi6 en su interior más emociones que cualquier batalla: la angustia por la interminable espera, la tensión que le provocaban los gritos de Mariam sobre las voces tranquilizadoras de las parteras, los nervios hasta el esperado llanto de la criatura y, como un bálsamo, la saludable sonrisa de la madre mientras sujetaba a su hijo en su regazo.

—Mi vista es pobre, pero puedo afirmar que es un niño muy sano —comentó la más vieja de las comadronas, abuela de Harún, dejando ver sus encías desdentadas mientras sonreía.

Mariam estaba exhausta y su frente brillaba a causa del sudor. Sus carnosos labios mostraban una extraña mueca, una mezcla entre satisfacción, sorpresa y complacencia. Al poco tiempo, una de las siervas tomó al pequeño y lo puso en brazos de su progenitor. Jamás olvidaría la primera imagen de Ataff, borrosa a causa de las lágrimas que no pudo contener. Era la primera vez que lloraba tras la muerte de su propio progenitor, y no era solo por la emoción de obtener la *kunya*, el honor de ser padre incluido en su nombre. En esta ocasión, lo hacía por pura felicidad.

El verano anterior, pasó muchas noches contemplando el cielo despejado, disfrutando del silencio apenas quebrado por las voces de los siervos que llegaban desde las cocinas. En algunas de ellas, unos titubeantes pasos le sacaban de sus pensamientos, cuando Mariam se acercaba a él cogiendo a su hijo por las manos, ayudándolo con cariño mientras el pequeño daba unas desequilibradas zancadas. Pero el ocaso que remembraba con más asiduidad era muy especial: Ataff, su vástago,

se soltó del apoyo de su madre y fue hacia los brazos de su padre, caminando con decisión. Tamán se hinchó de orgullo y sonrió a su hijo para insuflarle confianza. Aquellos primeros pasos fueron una sensación indescriptible, algo que siempre recordaría como un preciado tesoro, un don de Dios. A tal satisfacción se unía la responsabilidad de hacer de aquel hombrecito un buen creyente, y la esperanza de que lo tuviese por un buen padre, al menos tal y como él recordaba al suyo.

«Tengo que ordenar el asalto. Necesito volver con mi familia».

En aquel momento, los recuerdos se esfumaron, cuando las telas que cubrían la entrada de la jaima se abrieron y Harún asomó el rostro, por lo que Tamán se levantó sin decir palabra y salió al exterior. Un jinete sucio, con gesto atribulado, se abrió paso entre el gentío hacia él. Se trataba de uno de los sitiadores adelantados.

—¡Mi señor! ¡ *Qaid* ! —gritó mientras descabalgaba—. Me envía Dawash. El enemigo ha mandado un emisario para parlamentar. ¡Ha propuesto un encuentro con vos!

Tamán frunció el ceño. Ante la algarabía que se formó entre los presentes, no pudo sino buscar con la mirada a Harún e indicarle que preparase su montura y sus atavíos. Se dirigió hacia su jaima y comió con premura un resto de asado. Luego, ayudado por su criado, se pertrechó y partió sin demora hacia la zona de la avanzadilla.

* * *

Las aguerridas huestes de Dawash ibn Rashid, que cercaban el *hisn* como una enorme cadena brillante, dieron la bienvenida a su señor. El propio Dawash se acercó y señaló la linde que circundaba el cerro principal, donde un hombre esperaba con paciencia la llegada de un interlocutor, mientras su montura intentaba arrancar algunos hierbajos con la boca, y no paraba de frotar sus cascos con el suelo.

—Podría ser una trampa, *qaid* —advirtió el robusto Ibn Rashid, despojándose del capacete para secar el sudor de su frente.

—Hay que acabar con esto. Que tus guerreros estén preparados —dijo Tamán, y espoleó su montura hacia la maleza.

La abundante vegetación protegía a ambos heraldos del sol y de las saetas. La capucha que cubría el rostro del emisario no ocultaba del todo su barba canosa ni el brillo de su mirada. Tamán estaba ante un guerrero curtido, de aquello no había duda, aunque no se trataba de *la Serpiente*. Las arrugas surcaban el rostro bronceado del desconocido desde los ojos hasta las sienes, y el porte era confiado y sereno, conforme a quien ha superado el miedo a la muerte y se erige como un eficaz siervo de sus propias convicciones. Bajo la gastada túnica de lino se advertía una oxidada cota de mallas y una espada, que parecía un reflejo de su amo, colgaba del cinto. No obstante, los atavíos le quedaban grandes, por lo que probablemente no estaba bien alimentado desde hacía tiempo.

«No es Mahmud pero, si el traidor se rodea de personas como esta, no me extraña que haya puesto una lanza en el pecho del Emir».

—Que Dios esté contigo, *qaíd* —pronunció el mensajero con una voz que poseía matices hechizantes.

—Y contigo. ¿Cómo he de llamarte?

—Mi nombre no es relevante, aunque mi propuesta sí lo será. —Controló durante unos instantes a su montura, cuyo aspecto famélico contrastaba con el recio corcel de Tamán.

—Te escucho —dijo el toledano cruzando sus poderosos brazos.

—Eres un hombre de honor, Tamán. Me recuerdas a tu padre.

«¿Conoció a mi padre?».

»No te sorprendas, he servido a grandes señores y he tenido grandes siervos. Junto a Qaisar y al poderoso Ubeyd Allah, crucé el *Pirineo* hasta el *País de los Francos* varias veces, honrando a Dios *el Victorioso* con el hierro y el fuego, hasta que mis días de guerra acabaron en *Márida*, como un rebelde. Las edades han pasado por mí como las estaciones sobre las montañas, así que me duele el destino de los hombres. Únicamente quiero evitar que el filo abra las entrañas y la sangre sea vertida sobre las piedras.

—Hablas como un poeta, pero tus palabras son premonitorias —amenazó el *qaíd*.

—Sólo necesito tu palabra, Tamán, de que dejarás con vida a quienes pueblan esta plaza, y te será entregada.

—Junto a Mahmud y a sus fieles —matizó el *Rakiballah*—. Poco me importan esta ruina y su gente comparadas con *la Serpiente* y sus lacayos.

El emisario sonrió con aires de paternalismo y entrecerró los ojos.

—Sé que el Emir ha sido implacable, que perseguirá a Mahmud más allá de las Puertas del Infierno, y que no concederá el *ammán* a los Masmuda.

«¿Cómo puede saber eso?».

»Sin embargo, cuanto pides no está en mi mano concedértelo. Aun así, puedes tomar mi vida en compensación.

—¿Tu vida? —Tamán enarcó una ceja—. Destruiré cada roca de esos pobres muros, mataré a cada hombre, mujer o niño refugiado tras ellos y, tras atar a mi caballo al traidor, arrastraré su cadáver hasta *Qúrtuba* para ponerlo ante los pies del Emir y que todos sus hijos puedan escupirle. Si te han enviado a ti para parlamentar es porque tienes mejor aspecto que los demás, lo que no dice mucho sobre vuestra condición para afrontar una batalla. Tu montura debe ser de las pocas que os quedan con vida... ¿Qué tal sabe la carne de caballo viejo?

El rictus sereno y afable no abandonó el rostro del enviado.

—No puedo quitarte razón. No obstante, has de saber que aquel a quien buscas no está en *Sant*

Qurush . Engañé a Ibn Rustum en *Márida* y me cambié por Mahmud. Ahora estará a salvo, muy lejos de aquí.

«Por todos los caídos del Infierno... ¡No hay mentira en sus palabras!».

Tamán no necesitó ocultar sus emociones, pues hasta un imbécil se habría dado cuenta de su contrariedad. Su rostro se encendió y sus ojos ardieron con el vengativo fuego que anhela consumir la leña de la traición.

«Llevamos aquí un año, sitiando a un señuelo. ¿Para esto he dejado mi casa y mi familia? ¡Juro que veré morir a esa *Serpiente* !».

—Sabíamos que *Márida* estaba perdida —explicó el emisario—. Teníamos la baza de Ibn Bazí para pactar, pero alguien sobornó a Yajdiel. En cualquier caso, la vida de los Masmuda no iba a ser negociable. Solo podíamos salvar al pueblo, aunque queríamos también proteger su esperanza: Mahmud. Vosotros esperabais que él desplegara su fuerza en el norte, era lo lógico. Por eso decidimos huir por la zona más apropiada, la puerta meridional. Un lamentable error. No contamos con la traición del judío. Luego, *el Buitre Negro* supo leer nuestro plan y reaccionó a tiempo, acudiendo en tu ayuda con sus malditos sirios. Como no pudimos escapar por allí, tuvimos que atravesar las profundidades de la ciudad y romper el cerco occidental. Así pues, mi treta salió bien y vuestros esfuerzos han sido en vano. Dejemos esta farsa y lleguemos a un buen acuerdo.

—Así que eres Suleymán... —Tamán desenvainó su espada—. Podría matarte ahora y enviar tu cuerpo asado al *hisn* , como gesto hacia los sitiados. Sin embargo, por el recuerdo de mi padre, te daré un solo día para que vuelvas y rindas la plaza. Juro por mi sangre que ningún guerrero será privado de su vida o mutilado, aunque exigiremos su sometimiento y destierro. Ahora bien, cuando haya conquistado el castillejo, acabaré con tus actos de traición. No lo volveré a repetir. Tienes un día.

—Agradezco tu misericordia —dijo Suleymán con templanza—. Sé que podrías quitarme la vida en este momento, no sin esfuerzo —golpeó el pomo de su espada—, pero veo que eres hijo de tu padre. En cambio, tus inquietudes te limitan. Te duele ser tratado como un creyente de segunda, que los sirios te desprecien por tus orígenes, a pesar de que sirves mejor a Dios que ellos. Recuerda esto: serás juzgado por tus actos, Tamán, no por tu sangre.

«¿De dónde ha salido este hombre? Es como si me conociese de toda la vida».

—Que también seas un nuevo creyente no te da derecho a opinar sobre mí —dijo Tamán—. A diferencia de ti, yo soy fiel al Emir por encima del mundo y por debajo de Dios.

—Pude matarte en *Márida* , pues yo comandaba a las sombras que diezmaron a tus lanceros. En su lugar, preferí salvar la vida de Mahmud y sacarlo de la batalla. No somos tan distintos, Tamán. Los dos nos debemos a nuestros principios.

—¿Por qué sigues a un traidor? ¿Por qué no pides el *ammán* y vuelves al sendero del honor, a la grandeza de Al-Ándalus?

«¡Qué gran siervo serías!».

El emisario quedó pensativo por unos momentos, acariciando su barbilla. No parecía tener dudas sobre sus convicciones, sino estar buscando las palabras adecuadas para que su mensaje no fuese malinterpretado.

—Como emeritenses, somos herederos de un glorioso pasado y nos vemos empobrecidos por los impuestos y las aspiraciones grandilocuentes de un hedonista. Dicen que una entrepierna de mujer o de eunuco basta para decantar el favor del Emir. ¿Crees que eso es grandeza? —Sonrió con amargura—. Nunca ha habido dignidad en esta tierra desde que llegaron los Banu Umayya, pues por tal virtud entiendo la piedad hacia Dios y el bienestar del pueblo. Es conocida la afición del Príncipe por los libros, tal hecho es innegable, aunque su padre fue tan estricto y violento que no pudo sino criar a un pusilánime. Muchos hijos de *Márida* sangran y mueren por él en tierras de cristianos y, a pesar de ello, todo el botín va para *Qúrtuba*. ¿Cómo no vamos a seguir a quien se alza contra un indigno?

—La lealtad está por encima del dolor —afirmó el *qaíd*—. Puedes odiar a tu madre y desear a tu hermana, porque la primera es arisca y la segunda es hermosa, pero en el fondo estarías cometiendo dos pecados. Deberías enderezar el hierro en tu propia forja.

El curtido enviado negó con la cabeza, sin borrar la melancólica sonrisa de su rostro.

—Eres mejor luchador que filósofo, Tamán. En cualquier caso, tu rectitud hacia el Emir te hace digno de mi respeto. Puede que estemos en causas opuestas, si bien reconozco a un gran hombre en ti.

«Y tú posees más nobleza que *la Serpiente*, aunque tenga que matarte como a él».

—Sigo sin comprender por qué te sacrificas por Mahmud. Sabes que tu destino es la muerte.

—Si acabas venciéndome, entenderás el porqué —prometió Suleymán.

Tamán espoleó su montura y se alejó de la linde del bosque, de vuelta al campamento.

* * *

Al siguiente amanecer, la avanzadilla de asedio fue reforzada. En el campamento se quedaron las huestes auxiliares, los campesinos y artesanos llamados a las armas, pues Tamán no las iba a necesitar en caso de combate. Por otro lado, parte de los Jinetes de Dios se unieron a los efectivos de primera línea, sumando medio millar de hombres frente al medio centenar que ocupaba el *hisn*.

«Son mejores sobre un corcel, pero no querría tener a otros ahí. Me gusta ver el caballo rojo ondeando, desafiante».

El resto de los guerreros de Tamán cabalgó para cercar los alrededores y vigilar los caminos ante posibles huidas. La vía principal estaba bien custodiada tanto en dirección a *Márida* como hacia *Torgiello*, por lo que todo se preveía esperanzador.

«Tengo que comunicarle a Ibn Rustum que Mahmud anda suelto. Pronto volveré a vosotros, Mariam. Podré admirar a Ataff y lo tendré entre mis brazos antes de retomar mi cacería de

serpientes».

No se divisaban vigías ni arqueros en los alrededores. La calma tensa, apenas perturbada por la brisa veraniega, llegó a su fin cuando las puertas del *hisn* se abrieron y una procesión de famélicos hombres descendió desde las alturas. Aparecieron entre la maleza y depositaron sus armas en una gran pila, ante los gritos de júbilo y victoria de los sitiadores. Desde su montura, Tamán se puso en pie sobre los estribos para buscar con la vista a Suleymán. Fue en vano.

—Que traigan a su cabecilla —ordenó el *qaíd*—. ¡Quiero a su adalid ahora!

El *naqib* de los lanceros se adelantó con su grupo y mantuvo unas palabras con un fornido bereber con cabello canoso y dos ojos tatuados en sus mejillas. Preguntó por Suleymán, pero el Masmuda no supo decir su paradero. El resto de los rendidos encogían los hombros y mostraban sumisión. Al advertir Tamán el gesto negativo del *naqib*, envió a los batidores hacia los alrededores del castillejo, con gesto contrariado. Los rastreadores se desplegaron como una plaga de culebras y desaparecieron entre los arbustos, rodeando el emplazamiento por cada lado, para coincidir en la escarpada zona occidental.

«Ha escapado, como Mahmud... ¡Ese bastardo ha escapado!».

Ocupada ya la pequeña fortaleza, las sensaciones distaban mucho de la gloria. El sol tornaba del dorado al cobrizo, aunque algunos haces luminosos se colaban entre los pliegues de la jaima de Tamán. El interior presentaba un aspecto desaliñado, con varios objetos tirados por el suelo a causa de la rabia. Cuando el *qaíd* había decidido dispersar la hueste y formar una partida de rastreo para perseguir a Suleymán, una figura apareció por la entrada.

—Mi señor... —Harún se inclinó—. Traigo noticias que podrían cambiar sus planes y su humor...

—Habla —interrumpió Tamán, intentando templar su inquietud.

—Su líder, el llamado Suleymán ibn Martín... Ha muerto. Dicen que fue abatido por uno de nuestros hombres cerca del barranco occidental.

—¿Con arco o con espada? —Tamán frunció el ceño.

—Se combatió cuerpo a cuerpo. El vencedor pidió a Dawash una recompensa por la hazaña, pero el sirio se negó a pagar hasta que todo llegase a vuestro oídos, *qaíd*.

—Mostradme el cuerpo de Suleymán —dijo Tamán mientras ambos salían del pabellón.

Varios lanceros llevaron ante él un cadáver en una mortaja sucia, llena de huellas de manos y manchas de sangre seca. Lo colocaron sobre unos tablones a pie de jaima, en el suelo, y destaparon los paños: apareció un hombre decapitado con un brazo retorcido, cuya cabeza adjunta presentaba un gran golpe en la sien. Era, sin lugar a dudas, el jefe de los rebeldes de *Sant Qurush*.

«Fuiste grande en vida. Simplemente acabaste en el bando equivocado, por eso Dios no ha sido clemente contigo».

Tamán lo examinó con detenimiento, observando cada herida de su cuerpo. No parecía tener golpes ni tajos de armas, sino magulladuras y roces, aunque presentaba una punzada limpia cerca del corazón.

—¿Quién dice haber vencido a este traidor? —preguntó Tamán en voz alta—. Que acuda ante mí.

Nadie respondió a su llamamiento. Algunos soldados murmuraron entre sí, pero ninguno reclamó la victoria sobre Ibn Martín.

—Parece que el tuerto ha desaparecido tras la discusión con Dawash —comentó el *naqib* de los lanceros—. No lo hemos vuelto a ver.

—Ese miserable pretendía sacar tajada de un despeñamiento —comentó el *qaíd*—. Hicisteis bien en esperarme, que Dios lo maldiga por sus mentiras.

«Merecías una muerte mejor... De Dios somos y a Él hemos de volver».

—Probablemente el *amir* quiera colgar este cuerpo del tajamar de *Márida*, para dar ejemplo a sus habitantes —predijo el *naqib*.

—Tendrá un entierro digno, se le coserá la cabeza y mirará hacia la sagrada *Makkah*¹⁵²—afirmó Tamán, recostando al difunto—. Sus hombres serán liberados y portarán la noticia de nuestra victoria.

En aquel momento, notó algo entre los pliegues de la ropa de Suleymán y, tanteando entre ellos, sacó un pergamino pequeño y enrollado. La escritura era tosca e iba dirigida a Tamán. Con el asombro y la curiosidad que inundaban la mirada de los presentes, el *qaíd* desplegó el mensaje con privacidad, evitando ojos indiscretos. Entonces lo leyó: “*Es como un hijo para mí*”.

¹⁵⁰ Trujillo, en Extremadura.

¹⁵¹ Évora, en Portugal.

¹⁵² La Meca, en Arabia.

CAPÍTULO 20

LA MALDICIÓN DE GOG

Qúrtuba,

Al-Ándalus.

Jumada Al-Awwal (junio), año 219 de la Hégira (834 d.C.).

Aquellas caderas lo enloquecían. La estaba poseyendo desde atrás y, aunque se habían acostumbrado al sigilo mientras hacían el amor, sabía que ella estaba disfrutando: los gestos que atisbaba en su rostro al volverse hacia él; cómo agarraba las sábanas hechas con finas telas de

Ibira, con sus delicadas manos, cuando la embestía; la forma en la que mordía la almohada para no estallar en gritos de fruición. Naser se inclinó hacia delante, con su marcado torso perlado por gotas de sudor, y asió los enormes senos de Claudia, llenos de leche materna, que oscilaban sobre la cama.

«No ha perdido belleza tras sus tres partos. Debe de haber pactado con *Iblís*».

La concubina comenzó entonces a acariciarse la entrepierna, rozando a la vez a su amante, y aquello lo descontroló por completo. Ambos sintieron el látigo del placer al unísono, continuaron su danza durante unos momentos y, tras besar él la espalda de la mujer hasta las tersas nalgas, cayeron rendidos en el catre para reposar su merecido premio. Pasaron unos instantes de dulce descanso hasta que Naser giró el rostro para contemplarla. Claudia estaba hecha un ovillo, ajena a él. Parecía haberse quedado dormida.

«Que sueñe, en breve tendrá que amamantar a su pequeña».

La muchacha había conseguido embelesar al Emir con su sensualidad, hasta el punto de hacerle perder la razón al yacer con ella. Naser conocía bien las dádivas de Abd al-Rahmán, los regalos y halagos que profesaba ante la puerta de la alcoba de Claudia, con tal de acceder a sus encantos. Cualquier otro la habría poseído por derecho, la habría forzado sin miramientos, dada su posición y condición. Pero el Príncipe había jurado ante Dios no ser cruel con ella, y la mujer se aprovechaba con sutileza de aquella circunstancia.

La madre adoptiva del primogénito, la dulce Al-Shifá, seguía ocupando el corazón del Emir, y las tres medinesas lo dotaban del prestigio de un rey oriental. Por otro lado, Tarub inundaba sus pensamientos más lascivos: la mera imaginación de su desnudez lo atrapaba en una telaraña de deseo incontrolable que desembocaba en situaciones, cuanto menos, inapropiadas respecto al carácter educado y culto de Abd al-Rahmán. De hecho, la cordobesa había conseguido una abultada herencia para cada una de sus hijas, tan solo utilizando sus encantos, asunto que jamás había acontecido en el *Qasr* de no ser por voluntad directa del Príncipe.

«Si esta mujer le diese un hijo varón al Emir, probablemente ocurriría una guerra intestina en Al-Ándalus».

Hasta el momento, Abd al-Rahmán había concedido todos los deseos que su favorita le demandaba. Ahora bien, el eunuco estaba seguro de que el primogénito, Muhammad, se convertiría en un virtuoso gobernante, pues poseía todas las cualidades para aplastar a los malditos cristianos que se le oponían en el norte. Como Naser, muchos señores musulmanes pensaban que le darían su apoyo sin dudar. Sin embargo, si llegase un hijo de Claudia...

«La maldición de la griega nos beneficia a todos. Dios quiera que se cumpla».

Naser miró hacia el techo de la estancia, pensativo. Tenía multitud de menesteres en su cabeza, desde las intrigas palaciegas hasta la ampliación de la Mezquita Mayor que proyectó meses atrás junto a su compañero Masrur. Se rodeó de los mejores alarifes para llevar a cabo su plan, tras la complacencia del Emir y la supervisión del *qadí* y jefe de oraciones, Ibn Ziyad. Se trataba de agrandar la zona orientada hacia la sagrada *Makkah*, y de edificar dos naves más que se unirían a las nueve ya existentes. Eran las exigencias de una capital cuya población no paraba de crecer,

pues florecía como el corazón del mayor reino de Occidente.

«Padre... Me hablabas sobre cuánto se había extendido *Qúrtuba* desde tu infancia, devorando bosques y pariendo arrabales. Ahora yo podría decir lo mismo a mi hijo, si lo tuviese».

El tiempo había tratado bien a Naser. Escaló puestos entre los eunucos desde que entró como guardia del harem en la época de Al-Hakam¹⁵³, hasta alcanzar junto a Masrur el mayor cargo que podía ostentar en el *Qasr* : Gran *Fatah* . Antes de codearse con príncipes y concubinas, su acomodada vida giraba alrededor del viejo arrabal. Su padre tenía múltiples propiedades, tierras de labranza e inmuebles que alquilaba en la *madinat* . Naser era hijo único, por lo que su herencia lo convertía en un hombre deseado para muchas hijas. Cuando aconteció la revuelta de *Saqunda* , él florecía en su juventud, aunque la posición de su linaje permitió que se instalase en las afueras, en una pequeña *munyat* llena de árboles frutales. Poco después, ocurrieron los hechos que lo llevaron a perder su hombría y a abrazar la verdadera religión.

«Parece que ha pasado tanto tiempo...», pensó acariciando su colgante decorado con mechones de cabello.

Tras ser castrado, Naser tuvo suerte de conservar su miembro. Pocas personas conocían su secreto, pues la mayoría creía que la emasculación había sido completa. Al menos la vida le sonrió poniendo ante él a aquella hechizante mujer. No existía mejor sensación que complacerla en todos sus deseos y verla alcanzar el éxtasis.

«Nadie mejor que yo comprende al Emir...».

Antes de conocer a Claudia, había aceptado que no iba a disfrutar de los placeres de la carne, pues ninguna fémica era capaz de excitarlo; por otro lado, a pesar de haber superado aquel primer escollo, era consciente de que jamás se ganaría la *kunya* , la gloria de ser padre inmortalizada en su propio nombre. Aquello lo atormentaba sin cesar, empañando su felicidad pues, para él, lo peor de ser un eunuco distaba de las convenciones sobre la masculinidad.

«Algunos pensarían que soy afortunado, porque mi única desdicha es no poder engendrar hijos».

Como guardia del harem, Naser llevó una vida rutinaria y disciplinada, de la que conservó el entrenamiento del cuerpo y de la espada. Luego, llegó su formación espiritual, en la que trabó amistad con Yahya ibn Yahya, el sabio cascarrabias que apreciaba el interés del *fatah* por los asuntos del alma.

—Eres una tentación para las mujeres fornicadoras, pero Dios ha sabido privarte del fuego que las consume —le dijo el *mufti*¹⁵⁴ en una ocasión.

Naser elucubraba mientras contemplaba las curvas de Claudia, que respiraba suavemente en su plácido sueño, con sus hermosos pechos al descubierto.

«Mi fe ha hecho que Dios, alabado sea Su nombre, haya sido clemente conmigo, poniendo en mi camino este tesoro. ¿Seré merecedor de Su favor para ser padre alguna vez? ¿Obrará en mí el milagro?».

Su obsesión por la descendencia provenía de unas palabras del viejo *faqí* : “Cuando muere el hombre, se interrumpen sus actos excepto en tres casos: el de una limosna permanente, el de un conocimiento provechoso o el de un hijo virtuoso que pida por él” .

No podía soportar que se le privase de la inmortalidad, por lo que decidió participar activamente en las obras de la Mezquita Mayor, para que su legado perviviese por siempre glorificando a Dios.

Naser negó con la cabeza en un acto instintivo y se levantó de la cama sigilosamente tras besar a Claudia en el pelo. Se colocó el calzón y la camisa blanca, prendas propias de aquella calurosa estación; acto seguido, ató sus sandalias y se ciñó el cinto de la espada. Luego tomó un ligero manto gris y lo anudó sobre su cabeza y sus hombros, para evitar ser reconocido tras abandonar las estancias privadas de la favorita de Abd al-Rahmán, a las que sólo tenía acceso él. Sus hombres de confianza, Guren y Danis, aguardaban tras la puerta como de costumbre, protegiendo a Claudia, y respondieron al pequeño golpe que propinó Naser con otro parecido, dando a entender que no había nadie por las inmediaciones. El Gran *Fatah* abandonó los aposentos, saludó a sus sirvientes con sincera y rauda cordialidad, y se adentró en los pasillos en dirección a la salida del harem. Entre las tenebrosas luces que iluminaban el trayecto, se escuchaban ronquidos en las distintas habitaciones, algunas voces susurrantes de las mujeres despiertas y, a lo lejos, llantos nocturnos de los hijos pequeños de las concubinas. En unas pocas horas amanecería.

El eunuco alcanzó las calles que rodeaban el palacio y puso rumbo hacia el zoco. Divisó desde la distancia, en la penumbra que otorgaba la luna, los artilugios y grandes bloques de piedra que se iban a utilizar en la Mezquita, custodiados por aburridos guardianes, y se sintió satisfecho. Entre los materiales, destacaban las nuevas columnas talladas en hermosas rocas, apiladas como troncos, cuyos estilizados capiteles se distribuían alrededor.

«Serán como el agua fresca de un jardín. El Emir se ha empeñado en magnificar aún más la nave central, lo que supondrá un aumento del gasto. Que Dios nos provea».

La calidez de la noche y la cercanía del río atraían a los mosquitos, que zumbaban por doquier. Naser se iba acercando a la puerta del sudeste desde el solitario mercado, siguiendo su ruta habitual. El canto de los grillos en los alrededores enmascaraba sus pisadas pero, de repente, se detuvo a contemplar un muro cercano a la salida hacia los barrios cristianos. En él, había una inscripción latina hecha con tizón, que declaraba: “ *Como hiciste a Gog, así hará él contigo* ”.

Mientras intentaba interpretar el significado de las palabras, se sintió cansado. Demasiado esfuerzo durante el día, rematado por una noche de pasión. De pronto, a sus espaldas, escuchó una voz que hablaba en árabe vulgar.

—Buena vigilia tengáis, señor.

Cuando Naser se giró para ver al recién llegado, comprobó que en realidad eran dos personas. Ambos iban ataviados con ropajes marrones, botas de campo y capuchas de cuero.

«Cristianos...».

Los reconoció por su acento y arrugó la nariz debido al hedor que exudaban. Detestaba a aquella

gente a la que él mismo había pertenecido, pues conocía la incultura, el odio y el fanatismo que se ocultaban bajo el halo de santidad y victimismo que profesaban.

El eunuco echó disimuladamente mano a su espada bajo el manto pardo, cauteloso.

—¿Qué deseáis? —preguntó Naser con voz áspera.

En ese momento, advirtió que uno de ellos desviaba su mirada más allá de sus propios ojos y hacia arriba: fue demasiado tarde. Desde lo alto de la tapia, a su espalda, otro individuo saltó y le propinó un tajo durante la caída. Naser apenas si tuvo tiempo de echarse hacia delante un paso, lo que evitó un daño mayor; de inmediato, sintió el frío del metal rasgando la capa, la camisa y la carne. A su vez, pudo desenvainar su arma y ensartar a uno de los dos que tenía ante sí, quien abrió los ojos, estupefacto, y exhaló un agónico aliento. Utilizando el reciente cadáver, el Gran *Fatah* se protegió de la puñalada del acompañante, quien incrustó su hoja corta en las entrañas de su adlátere, provocando que escupiese su último grito. El tercero ya se recomponía desde el suelo e intentaba rodearlo, con el fin de sujetarlo y terminar la emboscada.

«No puedo morir a manos de unos ladrones. No puedo dejar este mundo mientras ella siga aquí...».

De repente, pensó en lo absurdo de sus propios pensamientos. Quería vivir por una mujer, por cuanto era capaz de darle en sus aposentos, por el hechizo que había lanzado sobre él más allá de sentimientos y emociones. Lejos quedaba su deseo de ser padre, de convertirse en una figura inmortal por el medio que fuese. Por eso, a pesar del dolor, Naser comenzó a reír. Las carcajadas fueron en aumento, como los rostros de asombro de sus agresores.

—¿Qué te hace tanta gracia, engendro del Diablo? —dijo el que tenía enfrente.

El eunuco sacó fuerzas de flaqueza y, desembarazándose del inerte, propinó un golpe con molinete al que intentaba rodearlo; luego, tras el crujir de las hojas, un hábil movimiento en finta del emasculado acertó en el rostro del cristiano y lo cegó. El infeliz se retorció en el suelo, soltando su arma y girando sobre sí mismo mientras sus manos manchadas de escarlata cubrían sus ojos. Los gritos del herido hicieron que algunas lámparas se encendiesen en casas cercanas, y comenzaron a escucharse ladridos lejanos. Aprovechando la contienda, su ileso enemigo le propinó un corte en el brazo izquierdo que rajó la camisa e hizo aflorar la sangre de nuevo, por lo que, antes de rematar al ciego, Naser tuvo que encararlo y cruzar hierro con él. Bastaron tres acometidas para desarmarlo y eviscerarlo. Se sintió mareado y, tras segar las gargantas de sus enemigos, se sentó con la espalda apoyada en el muro, rasgó la tela de su camisa y anudó un trapo sobre la herida.

—¡A mí la guardia! —comenzó a gritar—. ¡Guardias, guardias!

Estuvo así un buen rato, pero su voz era cada vez más débil. El mundo daba vueltas y sentía la espalda empapada de sangre, caliente y viscosa: imaginaba la herida y se comenzaba a sentir peor. De pronto, advirtió entre la neblina de sus ojos a un grupo de hombres armados, que portaban teas y antorchas, acercándose desde el barrio cristiano. La comitiva estaba encabezada por una cara familiar que fue desapareciendo, poco a poco.

«Qumis ¹⁵⁵... Gracias a Dios... Qumis».

* * *

Al despertar, se encontraba en los aposentos de su *munyat*, recostado de lado. La celosía estaba corrida, el ventanuco dejaba pasar varios haces de luz y, aun en candorosas horas, el día brillaba en su plenitud. Los ecos de un suave trinar distante lo hicieron dormitar entre sensaciones tan distintas como la placidez, el dolor y el miedo. Comprobó que podía mover las piernas y que sus heridas, a pesar de estar calientes, habían sido lavadas y vendadas, por lo que, con la imprudencia propia del convaleciente, se esforzó y se apeó del camastro. Roció su rostro con el agua fresca de una hermosa jofaina y se asomó al jardín. Los colores vivos de las flores resaltaban entre la verde uniformidad del paraje: lúteos sobre añiles, cárdenas sobre níveos y alguna mancha de hermosa grana. Las hojas de los árboles todavía custodiaban el rocío y, bajo aquellas copas frondosas, las flores parecían crías que anhelaban el eventual goteo cristalino. Desde allí, se divisaba una almazara, en el sureste, aunque las fragancias del parterre disimulaban el desagradable efluvio a orujo. Al otro lado del solar, se estaba construyendo otra *munyat* que se prometía tan hermosa como la suya.

Al momento, el eunuco escuchó pasos tranquilos y vio a Ibn al-Salim, el *sahib al-Shurta*, adentrarse en su habitación, con las manos colocadas en las lumbares. Canturreaba una nueva canción del *Mirlo*, con voz queda, desafinando con frecuencia. En su rostro de búho afloró un prudente gesto de desaprobación al ver a Naser fuera del catre.

—Me alegro de que estés bien, Naser —dijo Ibn al-Salim—. No obstante, esas heridas requieren reposo, y solo han pasado dos días y medio desde que te asaltaron.

—¿Qué habéis averiguado? —comentó el Gran *Fatah*, algo ansioso—. ¿Eran sicarios?

—¿Sicarios? —repitió el *sahib* arqueando una ceja.

—Intentaron matarme a traición —apuntó Naser, señalando el gran tajo que tenía cosido en su espalda.

—Yo los llamaría lacayos... Aficionados... A lo sumo, carniceros. En realidad, puedo asegurarte que son un pastor, un apicultor y un sacerdote cristiano. Probablemente el último hizo la pintada en el muro, y fue el que saltó hacia ti desde atrás.

—¿Cómo sabes eso? —Naser se asombró—. ¿En solo dos días has conseguido tanta información?

—Te equivocas, lo he averiguado en tan solo una mañana, en concreto esta. Lo siento, pero he estado ocupado con otros asuntos bastante más... complicados.

—Espero tu respuesta.

—Simplemente... —Ibn al-Salim comenzó a caminar lentamente de un lado a otro de la habitación, con las manos en la espalda, en un dramático silencio que puso nervioso a Naser. Tras unos instantes y algo de socarronería, el *sahib* continuó—. He examinado los cuerpos, no sin antes recomponerlos. Aún conservas tus dones como guardia palaciego. Estar rodeado de atribuladas

mujeres y conspiradores afeminados, quienes usan los venenos en lugar del hierro, no ha hecho mella en tu instinto para el combate.

—Tuvieron lo que se merecían. Entonces, ¿qué descubriste?

—El primero hedía a estiércol, tenía rostro, manos, orejas y cogote curtidos por el sol, grandes callos en los pies y cicatrices de mordeduras de perro en las manos. También portaba un colgante hecho en cuerno de cabra, así que deduje que era pastor. Recé a Dios para que la bagatela no fuese un recuerdo amoroso —bromeó Ibn al-Salim con tono risueño.

Naser asintió, serio y silencioso, interesado en que su acompañante prosiguiese.

—El segundo tenía restos de viejas picaduras de abeja en zonas que un apicultor experimentado no suele proteger, así que lo tuve fácil. Pero, en el caso del tercero, me costó algo más averiguar su dedicación, pues una simple cruz pequeña de madera en el cuello puede llevarla cualquier cristiano. A pesar de todo, advertí pequeñas cicatrices en el cuero cabelludo, propias de alguien que ha sido habitualmente tonsurado, aunque a este patán ya le hubiese crecido el pelo. Eso, y la reciente inscripción en el muro, que proviene del libro de Ezequiel, me hicieron pensar que se trataba de un sacerdote que llevaba tiempo preparándose para este cometido. —Volvió a arquear la ceja y acarició su barba—. Curioso, ¿verdad?

—¿Conoces las creencias y los libros cristianos?

—Digamos que poseo ciertos saberes acerca de la Ley Judaica, la Biblia y el *Qurán*. —Se encogió de hombros—. Al fin y al cabo vivimos en *Qúrtuba*.

—Entonces, sin duda eran fanáticos que deseaban matar a un buen creyente —dedujo Naser—. No se trataba de un simple robo.

—Llamas fanáticos a aquellos que mantuvieron su religión a pesar de estar sometidos. Es verdad que algunas ideas sobre el fin del mundo y el martirio han rebrotado en ellos, lo que podría llevarles a actos violentos un tanto arbitrarios. Sin embargo, no han sido un peligro hasta ahora.

—Son asnos vestidos de lino y con ínfulas de oro. No son dignos de Dios...

—¿Qué hay de quienes, siendo cristianos, abrazaron el islam? Hablamos de la inmensa mayoría de los pobladores de Al-Ándalus, y ahora se han convertido en los más fervientes creyentes, que curten sus rostros al sol en las terrazas y los campos de trigo para hacerse llamar descendientes del Profeta, y se resienten cuando los verdaderos sirios los miran por encima del hombro. No te ofendas —aclaró el *sahib* al ver el rostro contrariado del eunuco—, no es personal.

—No me he ofendido, pues mi fe es verdadera. Precisamente, por haber sido cristiano, conozco cómo son desde dentro y puedo advertirte de ellos. Pueden parecer huraños y ajenos, a pesar de que sus hijos hablen nuestra lengua, vistan a nuestra manera y reciten nuestros versos. No obstante, están esperando a que llegue su oportunidad para derrocar la verdadera fe con su ídolo crucificado. Se entrometen en nuestros asuntos más de lo que piensas.

—Es posible, sobre todo porque sabían que ibas a pasar por aquellas calles a horas tan

extemporáneas, ¿no te parece?

—Quizá esperaban a cualquiera...

—Seamos sensatos, amigo mío —interrumpió el *sahib*—. No he tenido problemas serios con los cristianos desde que comando a la guardia de la ciudad. Suelen ser cabezotas y poco versados, ¿quién no abrazaría nuestra religión pudiendo tener más de una mujer y ahorrarse una gran suma al año? La verdad es que les interesa vivir en paz y que nadie meta las narices en sus asuntos, ya que son cada vez menos. Por eso evitan mezclarse con los nuestros, más allá del pago de impuestos y el mercado sucio de uvas pisadas. Es demasiada coincidencia que preparen una insidia y topen con un Gran *Fatah*. Aquí hay algo más que fanatismo y, por mi experiencia, diría que se trata de oro.

—¿Oro? ¿Alguien pagaría por mi muerte? —A Naser se le erizó el vello.

—De hecho, el apicultor tenía una moneda cosida bajo la suela de su bota, algo común cuando se trata del preciado metal, pero lo más interesante es que... —Esperó unos instantes, con la teatralidad que tanto irritaba a Naser—...el oro procede de la *Marca Superior*.

Aquello era demasiado. La cabeza del eunuco comenzó a sentir punzadas de dolor, tuvo un ligero mareo y decidió sentarse en el camastro, ayudado por un educado Ibn al-Salim. Tras recuperar el resuello, Naser entrecerró los ojos y pensó en posibles enemigos que proviniesen del norte. Ningún nombre apareció en su mente, al menos en principio.

—No puede ser —dijo el eunuco.

—Es —afirmó Ibn al-Salim—. No hay duda de la procedencia de las pecunias. Sus antiguos poseedores tienen la costumbre de marcarlas sutilmente, con signos que solo ellos conocen, para controlar mejor sus riquezas.

—¿Quién, en el nombre de Dios, podría desear mi muerte en tierras tan lejanas? —El emasculado se enervó.

—Yo no lo sé —comentó el *sahib*—, pero podría darte nombres más cercanos. La última parte de mi investigación consistió en relacionar a las tres personas con una causa, y todo me condujo a un monasterio de las cercanías, todavía en construcción, llamado *Pinna Mellaria*, la Peña de la Miel. Tiene pastos cercanos, apicultores y sacerdotes, así que...

—¿Por qué querrían matarme a mí en concreto?

Ibn al-Salim sonrió como el padre que intenta explicar varias veces a un hijo una cuestión elemental.

—No son tan lejanos quienes desean tu muerte, ni tan cristianos. Seguramente alguien haya pagado al monasterio para que se encargue de todo. Sin embargo, hay algo que no me encaja. Volvías a tu *munyat* de madrugada, sin escolta, atravesando el zoco desde el palacio. Estabas cansado y cavilando. De otra forma, ningún rústico habría apuñalado a una de las mejores espadas de *Qúrtuba*.

Naser frunció el ceño e, instintivamente, hizo el gesto de llevar la mano a la empuñadura de su arma que, como no podía ser de otra manera, no estaba en su lugar.

«Lo sabe... Este maldito funcionario lo sabe...».

Ibn al-Salim enervó ambas cejas y abrió los ojos como si hubiese visto al Profeta. Se acercó a su interlocutor y, con rapidez, echó mano a su entrepierna.

—¡Dios todopoderoso! —gritó el *sahib*—. ¡Han puesto a un lobo a cuidar de los corderos!

El eunuco lo apartó con un empujón seco, se levantó y lo cogió del cuello con ambas manos, apretando con fuerza. El dolor era insoportable, laceraba su espalda como un látigo, pero no pudo contener su ira.

—Voy a tener que matarte, entrometido, por haber averiguado más de la cuenta —le increpó.

—Me importa bien poco que ocultes tus dientes para morder el pan —contestó Ibn al-Salim con esfuerzo, ante el asfixiante abrazo de Naser—. Juro por Dios que no diré nada, ¿qué ganaría yo con eso? Aunque todos vosotros perderíais a un buen sirviente y, ¿cómo íbas a demostrar tu inocencia, Gran *Fatah* ?

«Lleva razón. Me investigarían y condenarían».

La presión cedió. El rostro amarotado del *sahib* recobró poco a poco su color, entre jadeos y toses. El eunuco seguía agarrándolo por si se arrepentía de su propia clemencia, dando una oportunidad a su contrincante para explicarse mejor.

—No gano nada con delatarte al Emir —insistió Ibn al-Salim—, que cada pastor cuide de su rebaño. Por otro lado, tú sí obtienes mi criterio sobre quienes conspiran contra ti. Seguramente los cristianos han aceptado un oro que les beneficia. Son pobres y se han visto obligados incluso a vendernos sus templos para que construyamos mezquitas. Los impuestos los ahogan, nos odian y desprecian como invasores de una tierra que les pertenece. Pero ese pago ha llegado de manos cercanas a ti, alguien que hace favores a ricos hombres del norte desde dentro del palacio, y que desea verte muerto.

Las piezas comenzaron a encajar. Naser soltó a Ibn al-Salim y lo miró a los ojos, asintiendo de forma severa, como el hijo que ha madurado y comprendido la lección del padre.

—¿Por qué has tardado tanto en examinar los cuerpos? ¿A qué tipo de asuntos te referiste antes?
—preguntó el eunuco.

El *sahib* titubeó.

—Asuntos propios de mi cargo, tribulaciones bastante complicadas.

—¿Más complicadas que discernir los entresijos de mi emboscada?

Ibn al-Salim compuso sus vestimentas y siguió dudando con la mirada. Finalmente habló con

firmeza.

—Dado que acabarás por enterarte, voy a contártelo. Pero este es un menester que requiere de alta discreción.

El peculiar jefe de la guardia comenzó a caminar de nuevo por la estancia, con las manos en la espalda, regresando a su enervante dramatismo. Sin embargo, antes de que Naser pudiese increparle, continuó su explicación.

»Mientras deambulabas por las calles, la noche en la que fuiste atacado, una de las hijas de Al-Walid, la hermosa Sayyida, apareció muerta en sus aposentos. Tenía el divino rostro horriblemente desfigurado, con los ojos sacados y la lengua cortada. Además, en su lindo vientre, mostraba ocho círculos concéntricos grabados a punta de daga. La pregunta es... ¿quién habrá podido evitar a los guardias e infiltrarse en el recinto mejor protegido de Al-Ándalus, para matar a la semilla más bella de Al-Walid? A diferencia de tu caso, no he encontrado ningún indicio.

¹⁵³ Al-Hakam ibn Hisham al-Riddá, el Borracho, el Impío: padre del actual emir Abd al-Rahmán. A pesar de su fama de pecador, dejó a su heredero una tierra pacificada por la fuerza.

¹⁵⁴ Intérprete de la Ley Islámica.

¹⁵⁵ Qumis ibn Antuniyan: eficaz exactor del *Qasr*, de origen cristiano.

CAPÍTULO 21

LA CLEPSIDRA DE SANGRE

Alrededores del *hisn* de *Mont Salut*,

Al-Tagr al-Adna (*Marca Inferior* de Al-Ándalus).

Rajab (agosto), año 219 de la Hégira (834 d.C.).

El fuego elevaba hacia las alturas volutas incandescentes que se convertían en cenizas grises mientras iban tapizando el suelo. La edificación ardía por completo y creaba un particular infierno junto a la noria de molienda y los campos aledaños, sembrados de ascuas. Yamílah, flanqueada por sus silenciosos jinetes, contemplaba la escena desde lejos sobre su azabache yegua, que se mantenía impertérrita en la cima de una suave colina. Al poco tiempo, los primeros rayos de sol anunciaron un amanecer despejado que vaticinaba otro día de calor, por lo que la guerrera hizo un gesto con el brazo, espoleó su montura y todos sus hombres se pusieron en marcha. En la retaguardia de la columna avanzaban, como enormes tortugas, las dos carretas cargadas de provisiones que servirían para llenar un poco las despensas de *Mont Salut* ¹⁵⁶.

Tiempo atrás, Yamílah se había refugiado en aquel castillejo junto a su hermano después de huir de *Márida* y engañar a la guarnición al hacerse pasar por *yunud* emirales. Los moradores de la fortificación no tuvieron más remedio que soportar la presencia de los emeritenses debido a su superioridad: más de trescientos guerreros frente a los apenas treinta que custodiaban el *hisn*.

«Estamos alimentando el odio para saciar nuestra hambre. Pero me temo que no podemos hacer otra cosa, no hasta que seamos bienvenidos en el norte».

Desde que se establecieron en *Mont Salut*, los asaltos por los alrededores eran el único medio para conseguir víveres; además, se disfrazaban de bandidos para evitar males mayores.

—Mi señora, es mejor así —dijo el joven Amín, quien pareció leer la tristeza en su rostro—. Debemos subsistir hasta que llegue nuestra hora. Más vale que ardan los campos en lugar de que les corten las manos a quienes los trabajan.

Ella asintió y esbozó una tímida sonrisa, poco convencida. «Amín lleva razón. Si alguna alquería se uniese a nuestra causa, el castigo del *Buitre Negro* sería fatal. Es mejor que nos tomen por saqueadores».

El *hisn* de *Mont Salut*, habitado por conversos, no estaba preparado para tamaña hueste, por lo que sus reservas se agotaron en pocas semanas. La única opción que tenían para sobrevivir era la rapiña, teniendo en cuenta que cada día, cada instante que pasaba sin que los cordobeses apareciesen, era un regalo de Dios. Los ataques no tenían demasiado alcance, por lo que la mayoría de los asentamientos cercanos no podían ofrecer lo suficiente para alimentarles. A todo aquello se sumaba que Ariulfus no daba señales de vida desde que se separaron en *Márida*, pero había acordado hacerles llegar un salvoconducto, un documento que les permitiría alcanzar las tierras de *Yaliqiyya* y ponerse bajo la protección del Rey Adefonsus.

«No podemos salir de aquí hasta que no tengamos ese pliego. Sería una locura adentrarse en el norte sin él».

Abú Farhat, el custodio de *Mont Salut*, era un individuo cuya corta estatura se asemejaba a su valentía; poseía, además, cabello cano y ralo, así como el vientre prominente de quien acostumbra a los demás a su propio oficio. Los había recibido con el recelo de quien ve alterada su feliz monotonía, aunque se acobardaba ante la desafiante mirada de Mahmud. El bereber lo relevó en el cargo para preparar unas defensas adecuadas que les permitiesen ganar algo de tiempo si aparecían los emirales, el suficiente para escapar si se presentaba allí *el Buitre Negro* con sus *yunud*¹⁵⁷. De nada sirvieron las miradas sumisas y los balbuceantes elogios de Abú Farhat, pues Yamílah era mujer astuta para distinguir a los pérfidos, y advirtió en él una falsa obediencia y la paciencia de quien espera su momento. Sin embargo, su hermano no lo veía así.

—Todavía no me ha dado motivos para matarlo —le dijo varias veces—. Es demasiado cobarde para traicionarnos. Llegado el momento, sus hombres podrían servirnos.

—Recuerda lo que ocurrió en *Márida*, hermano. Alguien nos vendió desde dentro...

Mahmud la había mirado con condescendencia. Ella no podía soportarlo.

—¿Crees que habríamos aguantado la ciudad mucho más tiempo? ¿Crees que habríamos sobrevivido a la cólera de Ibn Rustum? Recuerda tú sus infernales máquinas de guerra...

—Si las puertas meridionales no se hubiesen abierto, habríamos tenido la oportunidad de hacer una incursión para destruir los almajaneques —argumentó ella—. Yo misma habría arriesgado mi

vida...

—No te engañes, Yam. Nada hubiese detenido a los cordobeses liderados por ese *Buitre Negro*. Pero los traidores pagarán tarde o temprano. El destino se encargará de ello, use o no mi mano.

—Con más razón, no confíes en Abú Farhat...

—No lo hago —la interrumpió—. Solo que por ahora lo necesito.

Yamílah negaba con la cabeza y apretaba los puños, si bien aceptaba que Mahmud tenía muchas preocupaciones que atender. Se conformó con saber que su hermano había negado cualquier salida del *hisn* sin su autorización. Incluso así, decidió poner a Ibn Bayyun, uno de sus mejores exploradores, a vigilar al pequeño y rechoncho cabecilla converso, como si fuese una sombra, por si aquel manso encontraba sus agallas en algún momento. Al menos había convencido a Mahmud para que parte de los guardias de Abú Farhat se ocupasen de corrales y establos, y así tenerlos mejor controlados.

«Es una pequeña humillación para semejante prole».

La vida de la amazona también había cambiado desde que dejó *Márida*: se encontraba en un lugar diferente, con paisajes solitarios y hostiles, en un estado permanente de tensión ante todo cuanto la rodeaba. En su mente había quedado grabada a fuego la visión de las máquinas de asedio. Las enormes rocas incandescentes surcaban la oscura noche y se estrellaban contra las murallas emeritenses, como si impactasen sobre su propio corazón. Apenas si se atrevía a dormir, temerosa de levantarse y ver en el horizonte aquellos terribles artefactos que la obligaran a huir una vez más. Durante sus reposos, cuando nadie la miraba, se permitía el lujo de llorar por el sufrimiento que le producía la caída de su amada ciudad.

«Han destruido mi hogar. *Qúrtuba*, el alma de Al-Ándalus... ¿Cómo pretende ser madre si trata así a sus hijas?».

Tras el enfrentamiento de Mahmud con el feroz *qaíd* de los *Rakaballah* al amparo de las murallas, Suleymán los había reunido en la puerta occidental, que padecía el asedio más liviano. Rompieron las filas enemigas junto a medio millar de jinetes, los más fieles a su causa, y tomaron la vieja vía hacia el norte durante muchas millas. Luego, su esposo hizo detener a la hueste y habló a ambos hermanos, con el rostro lleno de sudor y los muslos sangrando a causa de las lanzas cordobesas.

—Tenemos que separarnos. Vendrán a por ti —se dirigió a Mahmud—, así que debemos escondernos mientras dure la tempestad. La calma siempre llega, y el sol aparecerá tras las nubes grises.

—Bien —masculló el bereber—. Iremos hacia *Sant Qurush*. Allí, seremos protegidos por la familia de mi padre y podremos preparar una respuesta —razonó mientras dominaba a su montura con las riendas.

—Te equivocas —afirmó Suleymán—, debéis tomar la ruta hacia *Yábura*. Yo iré a *Sant Qurush* ..

—¿De qué estás hablando? —le replicó Mahmud—. Aunque seas el marido de mi hermana, mis

parientes...

—Ibn Rustum ya habrá previsto que huyas a refugiarte con los tuyos —aclaró el maduro guerrero—, por lo que el camino hacia el oeste es más seguro. Esperad allí hasta que amaine la tormenta. Si ponéis rumbo hacia *Sant Qurush*, estaréis cavando vuestra propia tumba.

«Justo lo que estás haciendo tú, mi querido Suleymán».

Pero no dijo nada. Ninguno de los presentes abrió la boca. Mahmud se acercó a su compañero y, tras entrelazar sus brazos con profundo afecto, se despidieron. Suleymán dirigió su caballo junto a la yegua negra de Yamílah, con la mirada paternalista que ella tanto detestaba, y tomó su mano.

—No sufras por mí. —Leyó sus pensamientos—. Tu hermano es la verdadera alma de *Márida*. Si deseas recuperar nuestro hogar, protégelo. No importa lo que cueste.

«Sus últimas palabras no fueron las de un padre a una hija, sino las de un hombre a una mujer en la que confía. ¿Dónde estarás ahora, mi buen Suleymán?».

Lo echaba de menos. Su separación le dejó un gran vacío en su interior. Era, al fin y al cabo, toda la familia que tenía más allá de su propia sangre.

En aquel momento, Yamílah y la partida que comandaba alcanzaron las inmediaciones de una hermosa laguna cristalina y los recuerdos y temores dejaron paso a la realidad. El calor iba en aumento y el cansancio se atisbaba en los rostros serios y decididos de sus guerreros. En una de las orillas se extendía una pequeña arboleda, propicia para ocultarse de los oteadores que frecuentasen aquella ruta, por lo que decidió internar a su grupo allí para descansar y abreviar a las monturas. La sombra del bosque y las frescas aguas dulces serían una buena medicina para renovar los ánimos.

—Amín, reposaremos hasta que el sol baje un poco —ordenó—. Yo me encargaré de vigilar. Que el resto descanse.

Cedió su yegua al subordinado, acalló con un gesto la protesta que salía de sus labios, y caminó, tras refrescarse en la laguna, hacia una pequeña elevación menos frondosa desde la que se avistaban bien los caminos. Al sur, como una enorme flecha gris clavada en la tierra, contempló la columna de humo que habían dejado atrás por la mañana y pensó en el sufrimiento de los lugareños, personas valientes que se resistían a perder sus víveres y cosechas enfrentándose a jinetes armados. Había dado orden de matar solo en caso de extrema necesidad, sin embargo, ocurría más de lo que ella deseaba. Yamílah languideció y la vergüenza acudió a lo más profundo de su ser.

«¿En qué nos hemos convertido? Hemos condenado a estas gentes, tanto si nos ayudan como si nos combaten. Si nos descubrieran, ¿cómo van a sangrar por nosotros cuando volvamos a *Márida*?».

Miró en dirección norte, de nuevo, y vio unos olivos que custodiaban la vía. Aquello le recordó al encuentro con Arband cerca de *Al-Husayn*, dos primaveras atrás. Entre todas las conversaciones que mantuvo con él, aprendió algo importante, y no lo valoró hasta que llegó la tragedia: «El dolor del destierro no consiste en estar más cerca o más lejos del hogar, sino en estar fuera de él y no

saber cuándo vas a volver». Acarició el colgante en forma de rosa bajo sus ropajes. Mientras oteaba de nuevo las inmediaciones desde la loma, pensó en el incierto hado del enigmático extranjero.

«Tan incierto como el de mi querida *Márida* ...».

La amazona había regresado a la ciudad tras acompañar a Arband justo cuando los *yunud* cordobeses tomaron *Al-Alanh* ¹⁵⁸, un pequeño asentamiento que era custodiado por un deteriorado *hisn*, que vigilaba el paso meridional hacia la capital. Los soldados emirales encontraron mucha resistencia pues, aunque el enclave era de difícil acceso, estaba controlado por la familia de Marwán ibn Yunus, el antiguo *walí* que la secuestró.

«¡Qué diferente sería todo si Marwán no se hubiese impacientado!».

La muchacha se preguntó dónde estaría el pequeño Abd al-Rahmán, el nieto de ibn Yunus. Pese a que las dos familias nunca se habían llevado bien, Yamílah y Abd al-Rahmán entablaron una bonita amistad. A la guerrera le encantaba visitar *Al-Alanh*, donde trataba de coincidir con el pequeño, un muchacho inquieto e inteligente que nada tenía que ver con su ruin y codicioso abuelo. Yamílah, incluso consideró la posibilidad de desposarse con el agradable crío en cuanto éste tuviese la edad suficiente y limar así las asperezas entre ambas casas.

«Sulayman, Arband, el niño Abd al-Rahmán... Todas las buenas personas que voy conociendo acaban por separarse de mí. ¿O seré yo la que se aleja de ellos?».

A pesar de sus temores y dudas, Yamílah anhelaba poner punto y final a aquella desesperante situación. Deseaba que la clepsidra en la que se había convertido su vida derramara la última gota. Las huestes del Emir los buscaban bajo el grito de “No habrá piedad para los Masmuda”, por lo que el salvoconducto de Ariulfus era su única esperanza.

«¿Cuándo aparecerá tu carta? ¿Sabrás hacerla llegar hasta nosotros? Eres nuestra salvación».

Volvieron a cabalgar con el sol casi oculto y, al poco tiempo, avistaron la serranía donde *Mont Salut* se asentaba. Mahmud no se había equivocado escogiendo aquel enclave, pues permitía controlar, de forma segura y sin ser avistados, los lejanos alrededores. Por el contrario, desde donde se encontraban, solo se podía intuir que el *hisn* estaba en la cumbre porque lo conocía: una construcción de aspecto empobrecido y semejante a un viejo guerrero que custodiaba la cima de aquella montaña. Sus oteadores comprobaron que no había signos hostiles cercanos, ni rastro de los cordobeses. Respiró tranquila y ordenó a su adelantado que encendiese una antorcha para avisar a los vigías de su regreso.

«Un día más... O quizá un día menos».

La escalada se presentaba empinada y agotadora, como de costumbre. Transcurría rodeada de árboles, arbustos y cardos, insectos molestos y traicioneras rocas, por lo que esperarían hasta el amanecer para realizar el ascenso. Varios jóvenes descargaban las carretas mientras los jinetes preparaban un campamento protegido por empalizadas.

—Estaré con el último turno de guardia, Amín —dijo la muchacha, y se quedó dormida en cuanto

se tumbó sobre sus mantas.

* * *

Al llegar el momento de su vigilancia, aunque entumecida y cansada, la exploradora ya estaba despierta. Se irguió, sintió un agradable frescor en su rostro y comprobó que la noche era clara y estrellada, con una nívea luna. Tras estirarse y bostezar, puso rumbo a la zona en la que descansaban las monturas y se mantuvo un buen rato acariciando y mimando a su yegua, *Brisa*. Para la amazona, su bestia era parte de ella. Le tenía un cariño tan especial que el mero hecho de separarse durante sus descansos le provocaba cierto desasosiego.

Más tarde, justo cuando se disponía a abandonar el lugar para tomar algo de altura en aquel terreno pedregoso, escuchó unos leves pasos. El vello se le erizó. Se agachó y echó mano a la espada instintivamente. Contuvo la respiración, mientras el corazón le latía con fuerza y las patas de las monturas disimulaban su silueta. Dos figuras se acercaban hacia ella, desde la lobreguez de la floresta que se extendía más allá del cercado. La segunda sostenía una daga sobre el cuello de la primera y la sujetaba desde atrás con firmeza mientras caminaban. Las pisadas que Yamílah había advertido eran de la víctima, no del verdugo. Decidió permanecer oculta.

—Sal de ahí, muchacho —dijo el captor con voz ronca y un fuerte acento—. Quiero hablar con tu *sayyid*, ¿deberías darte prisa en avisarlo! No nos queda mucho tiempo.

«¿Cómo ha podido verme entre la oscuridad?».

—Es a mí a quien buscas —contestó Yamílah con voz firme y se dejó ver en actitud desafiante, empuñando su hoja. Después, intentó tranquilizar al cautivo con la mirada.

—¿Una hembra guiando a los machos? —El recién llegado se burló—. ¡Así que los rumores son ciertos! Pero dejadme decir algo. Yo no trato con mujeres, al menos sin pagar. —Una risa cínica se dejó escuchar por entre sus labios, y dos filas de dientes obscenos asomaron a la luz que la luna otorgaba.

En ese momento, Amín y los demás rodearon a los tres presentes con filos y antorchas en las manos. Entonces, Yamílah pudo apreciar que el extraño presentaba un aspecto desaliñado y sucio. Portaba ropas de viaje muy gastadas, que no habían conocido el agua del río, y uno de sus ojos brillaba entre las sombras de la noche con un tono blanquecino. Ella sintió la mirada de oscuro deseo que el desconocido le dedicó, menospreciándola y ansiándola a la vez.

—¡Que no den un paso más! —gritó el tuerto y apretó su arma contra el gaxate del cautivo.

—Tranquilos todos —impuso Yamílah—. Creo que este viajero no ha acudido al campamento en vano... Habría sido una locura. ¿Cuál es tu nombre?

—Desde hace unos días me llamo Rufus —volvió a sonreír—, y pertenezco al séquito de Ariulfus. Las huestes cordobesas se han apostado ocultas a vuestros alrededores, y han esperado a que regreséis para cerrar el cepo... —Hizo un explícito gesto con una mano y sonrió otra vez de aquella repulsiva manera.

—Está bien. Si lo que dices es cierto, baja el arma y acércate para que podamos hablar con calma. Nada malo te ocurrirá si hay verdad en tus palabras.

Un nudo se había formado en el vientre de Yamílah. No sabía si lo provocaba el nombre del obispo en aquellos labios mugrientos, o bien la noticia de que los cordobeses conocían su paradero.

Con un rápido movimiento, el cristiano empujó a su presa, envainó la daga y alzó los brazos en señal de burlesca rendición. Luego, se agachó para sortear la valla y se acercó a la muchacha con cierta cautela.

—¿No hay ningún hombre al que sirvas? ¿Dónde está Mahmud?—preguntó, buscando con la mirada entre los presentes.

—Mi hermano no está aquí. Vas a tener que tratar conmigo —replicó Yamílah—. Sin embargo, no te hará falta sacar tu bolsa. No soy de la clase de mujeres que frecuentas. ¿Acaso vienes solo?

—Veo que la hembra es perspicaz —comentó Rufus con sorna—. Sólo comprobaba que los rumores eran ciertos, y que Mahmud se había refugiado en *Mont Salut* contra todo pronóstico. El hecho de que su bella hermana esté presente —la volvió a escudriñar con lascivia—, disipa todas mis dudas. Por ahí se dice que fornicas con él...

—Son todo calumnias y mentiras. —Yamílah intentó guardar la calma. Ya conocía las historias que se contaban sobre ambos—. Pero vuelve a mencionarlo y perderás tu otro ojo.

—Tranquila —sonrió el cristiano—. En realidad, me importa bien poco la virtud de una mujer. Así pues...

Rufus dio un fuerte chiflido y se escucharon nuevos pasos torpes acercándose. Vestido como un campesino harapiento con un anillo episcopal, se presentó ante ellos Ariulfus. Su rostro, otrora joven y lampiño, mostraba un aspecto macilento y más curtido de lo que ella recordaba.

«Ha sido capaz de traerlo hasta aquí, atravesar el cerco de Ibn Rustum con él y ocultarlo ante los ojos de nuestros vigías. Este tipo es más que el necio repugnante que aparenta. Aun así, ¿por qué habrá acudido Ariulfus en persona? Pudo haber enviado el salvoconducto por manos de otro».

—Que Dios esté con vosotros, hijos míos —sonó la voz fatigada del obispo—. He acudido al fin para salvar vuestros cuerpos y vuestras almas, mas temo desfallecer de cansancio y sed. Necesito reposo. No obstante, soy consciente de que no tenemos tiempo. ¡Miles de cordobeses nos rodean!

—Así que el tuerto ha sido sincero —dijo ella con premura. Se acercó a Ariulfus y besó sus manos. No había un instante que perder y aunque la idea de subir para refugiarse de sus acechadores se le pasó por la cabeza, lo mejor sería huir de allí cuanto antes—. ¡Amín, sube hacia el *hisn* y da parte a Mahmud! ¡Que todos bajen de inmediato al amparo de la noche! ¡Deprisa!

* * *

Las primeras luces del alba se insinuaban con timidez en la lejanía, tras las verdes serranías. El

grueso de los seguidores de Mahmud, con él al mando, ya había llegado al campamento, con una disciplina propia de sirios. Los hermanos se abrazaron al encontrarse, como de costumbre, y luego el bereber estrechó el brazo de Ariulfus. Frunció el ceño en cuanto vio al extraño compañero del obispo, exigiendo una explicación.

—Dice llamarse Rufus —aclaró Yamílah—, y, al parecer, ha protegido a Ariulfus durante su viaje. Según sus palabras, el enemigo nos ha cercado, e incluso así, han sido capaces de cruzar sus líneas y llegar hasta nosotros.

—No es la primera vez que camino bajo las alas del *Buitre Negro* sin ser descubierto —dijo el tuerto.

—Que sea bienvenido, pues —deseó Mahmud, sin dejar de escudriñarlo.

—¿Y el resto? —preguntó en un susurro la muchacha, preocupada.

—La mayoría de guerreros de la vieja guarnición han decidido acompañarnos —dijo señalando con su robusto brazo a un grupo de hombres de rostros serios y asustados que aguardaban junto a la caballeriza improvisada—. Solo unos pocos han permanecido junto a Abú Fahrat. No he podido convencerlos de que la cólera del Emir les alcanzará sin distinguir si nos acogieron a la fuerza o de buena gana.

«No veo a Ibn Bayyun, ni he recibido noticias de él... ¿Dónde estará?».

—Así que tú eres *la Serpiente*, ¿eh? —El ceñudo cristiano se acercó a Mahmud e hizo un despectivo gesto con la barbilla—. Se habla de ti en *Tulaytula* y en *Qúrtuba* como uno de los granos del culo del Emir. Sin embargo, también dicen que huyes en lugar de pelear, y que un toro converso te corneó bien a las puertas de *Márida*.

—¿De qué conoces a este vagabundo, Ariulfus? —preguntó Mahmud con serenidad.

—Como supondrás, te busqué en *Sant Qurush*. El asedio me impidió alcanzarlos. Cuando comencé a desesperarme, este tuerto apareció de repente entre los cristianos que pastoreo. Me dijo que sabía dónde te escondías y que era capaz de llevarme hasta ti. Le he prometido una gran suma de oro, pues tal y como os revelé, no podía abandonaros a vuestra suerte. Aquí os traigo el salvoconducto que necesitáis. —Le entregó un pergamino enrollado—. Yo no puedo acompañaros, pues mi deber está con mis rebaños, quienes aguardan ahora mi regreso, ocultos cerca del camino de piedras que discurre hacia el oeste.

—Te agradecemos el riesgo que has corrido por nosotros, sin duda, y el esfuerzo por traer personalmente el salvoconducto —aseguró Mahmud y guardó el documento entre sus ropas—. Ahora bien, si esta cagarruta de cabra continúa hablando en tales términos, el oro irá a parar a su viuda, si es que alguna mujer es capaz de soportar su hedor.

Rufus no dejó de sonreír de forma forzada, pero detuvo su lacerante discurso.

«Delante de mi hermano no eres tan valiente, sabandija. Yo misma te arrancaría las tripas, si no hubieses guiado a Ariulfus hasta nosotros».

Mahmud se acercó al obispo y asió del brazo al alto y encorvado religioso para llevarlo aparte del grupo. Yamílah se acercó disimuladamente a ambos, con sigilo, pues comprendió que algo importante habría tenido que ocurrir para que Ariulfus se hubiese presentado ante ellos.

— *Sant Qurush* ha caído, amigo mío —dijo el religioso en un leve susurro, aguzado por la tristeza—. Y Suleymán... Ha muerto.

El corazón de Yamílah comenzó a latir con fuerza y su alma quedó petrificada. Sus peores temores se habían hecho realidad. El bereber agachó la cabeza y asintió, apesadumbrado; en cambio, se repuso rápido y daba la sensación de que hacía tiempo que esperaba la noticia.

—Ibn Rustum enfureció al saberse engañado —continuó el obispo—, y no hará prisioneros. ¡Debéis huir de inmediato!

«¿Cuándo acabará esta pesadilla? ¿Cuándo acabará esta huida?».

Las lágrimas se agolparon en los ojos de Yamílah y comenzaron a correr por sus mejillas. Pero no tuvo tiempo de pensar más en Suleymán, ni en el último abrazo que se dieron, ni de recordar el afable rostro de su marido tras besarla en la frente. «Todo va a salir bien», habían sido sus palabras.

De pronto, los cuernos de la guarnición sonaron con fuerza, rasgando el pálido cielo que se extendía sobre ellos. Un fuego comenzó a arder entre las tiendas del campamento, con furia y rapidez. El desconcierto cundió y las monturas, nerviosas, piafaban y trataban de escapar. En ese instante, los guerreros de la vieja guarnición sacaron sus hierros y empezaron a acuchillar a los hombres de Mahmud.

«¡Solo han bajado para traicionarnos! ¡Así salvarán sus vidas ante el Emir!».

Una de las monturas rompió la empalizada que las retenía, y provocó la estampida de las demás. Más cuernos sonaron en aquel funesto amanecer y esta vez procedían del sur. Yamílah reconoció aquel sonido de aciago recuerdo. Miró a su hermano instintivamente y contempló su rostro demudado.

«¡Son los *Rakaballah* ! ¡Los Jinetes de Dios!».

—¡Os han vendido! —exclamó Rufus, mientras mantenía su desagradable gesto cínico—. ¡Huyamos!

Yamílah fue atacada por varios enemigos a los que hizo frente con dificultad. Cuando la amazona apenas podía defenderse, Amín y un pequeño grupo de guerreros sobrepuestos de la sorpresa inicial, comenzaron a contener el ataque de los secuaces de Abú Farhat. Esto permitió que el resto de los emeritenses pudiese hacerse con alguna montura y huir de aquella emboscada. Yamílah vio a *Brisa* entre dos jaimas que comenzaban a arder; se acercó hasta la desorientada yegua y la tranquilizó con caricias y suaves palabras. Sin perder un instante, montó; luego, observó el gentío que peleaba rodeado de fuego y buscó a su hermano. Se topó con la mirada de Mahmud a lo lejos, que defendía al obispo y al tuerto. Los cuatro se encontraron entre los improvisados establos, ahora humeantes y vacíos. Un reducido séquito se les unió y todos pusieron rumbo al noroeste.

Dejaron atrás las provisiones y gran parte de los pertrechos, para ser más livianos que los cordobeses y ganarles distancia. Avanzando en formación dispersa por si había arqueros ocultos en derredor, Rufus los lideró hacia un cruce de vías cercano. La cabalgada fue agónica. Yamílah, con los cabellos azotados por el viento, miraba hacia atrás y sentía cada vez más cerca la columna de los *Rakaballah*, quienes habían atravesado el campamento como una flecha que rasga un jirón de seda. La encrucijada, el anhelado deseo, parecía remota e inalcanzable. Finalmente, el frescor de las sombras de los olivos los acarició y aminoraron el galope, sin detenerse.

—¡Ahora dispersaos! —gritó Rufus—. Ningún grupo debe ir en la misma dirección. Si queréis reuniros, que sea cerca de la frontera cristiana.

—¡En *Bracara* ! ¡Vuelve a estar en manos de los cristianos! —alzó la voz Ariulfus, en la grupa del tuerto—. El viejo Álvar me recordará y os permitirá ver al rey Adefonsus. ¡Id a *Bracara* ! Yo me encargaré de los míos y, algún día, volveremos a *Márida* junto a vosotros.

—¡Así se hará! —dijo Mahmud—. ¡Escondeos y salvad vuestras vidas! —ordenó a sus seguidores—. En cuanto podáis, poned rumbo a las afueras de *Bracara* . ¡Buscadme! ¡Buscad el estandarte de los Masmuda tras seis lunas llenas! ¡No pienso abandonar a ninguno de vosotros!

«Todo vuelve a repetirse... ¿Por cuánto tiempo tendremos que continuar huyendo?».

El tuerto miró a Yamílah y sonrió con una críptica expresión.

—Hembra —apeló con voz ronca—. Ahora que eres viuda, en cuanto cobre mi fortuna te buscaré. Pienso comprar tu virtud o tu deshonra.

Antes de recibir respuesta alguna, Rufus giró su montura con maestría y se adentró en la frondosa oscuridad.

¹⁵⁶ Sierra de Monsalud, en Extremadura.

¹⁵⁷ Soldados.

¹⁵⁸ Alange, en Extremadura.

CAPÍTULO 22

EL LAZO CARMESÍ

Banbaluna,

Más allá de la *Marca Superior*.

Dhu al hijja (diciembre) del año 219 de la Hégira (834 d.C.).

El candil oscilaba al final del callejón, mecido por la gélida brisa nocturna. Proyectaba su solitaria luz sobre el angosto pasaje, mientras creaba sombras que bailaban al son de la susurrante melodía del aire, y colgaba sobre el robusto marco de una puerta de doble hoja. La casa era una

edificación con dos plantas, alta y estrecha, que se erguía sobre las demás, con fuertes paredes de nueva construcción. En la ventana del piso superior, la claridad salía atenuada a través de unas cortinas de seda roja.

«Al menos tuvo un pago considerable...».

Nadie paseaba por aquella calleja contigua al mercado a esas horas de la noche. Athim alzó la mano y se detuvieron bajo un portal, al amparo de la oscuridad, a unos pocos pasos de la casa. Silencioso como siempre, embutido en sus ropajes negros, embozado bajo una capucha y con la espada larga al cinto, su fiel custodio le miró con aquellos ojos faltos de expresión, haciéndole un gesto hacia el cielo. Entonces, comenzó a nevar.

Las calles embarradas y malolientes de *Banbaluna* comenzaron a teñirse de blanco. La vieja ciudad se estaba extendiendo alrededor del primitivo núcleo de la iglesia, y se había convertido en paso obligado para aquellos que viajaban hacia *Yaliqiyya*, tanto para los que venían del norte, como del este. Fortún conservaba todavía algunos contactos en la creciente urbe, pese a llevar tanto tiempo sin visitar aquellos lares.

«Si Arband ha pasado por aquí, lo sabré. Aunque mi regreso también será noticia».

Llegaron por la vieja calzada *rumiyya*¹⁵⁹, que discurría desde *Saraqusta*, hacía apenas unos días. *Banbaluna* era el sitio perfecto para empezar a investigar. Tal y como sospechaba, el hijo de Garsiyya se había posicionado en contra de su familia y rechazó hasta en dos ocasiones las peticiones de Musa de mantener un encuentro; después, aquel afeminado abandonó *Iaca* para asentarse aquí, en el corazón de estas tierras, buscando sin duda la protección de los Banu Balask.

«Y mi instinto me dice que están detrás del ataque de *Arnit*. Además, no puedo pretender el trono de *Tulaytula* dejando enemigos a mis espaldas. Con un poco de fortuna, toda esta trama quedará resuelta de un solo golpe».

La conversación que mantuvo con su abuela, sus consejos y apoyo en estos últimos meses, devolvieron a Fortún la confianza que había perdido tiempo atrás. Con las heridas y el ánimo restablecidos, el hijo de Musa trazó un plan para acabar con la amenaza que se cernía sobre ellos desde *Ovetum* y recuperar el emblema de su familia. «Todavía no termino de creérmelo». La dama Onneca, abatida y avergonzada, le contó que, tras la última visita de Arband, el emisario de los francos, la Rosa de Ocho Pétalos había desaparecido.

«A cualquier otro lo habría atravesado al instante con mi daga. Sin embargo, a ella...».

El recuerdo de la suavidad de los labios de su abuela, recorría con un escalofrío la espalda del arnitiano cada vez que acudía a su mente. Era incapaz de odiarla, por grave que fuera el asunto y, como agradecimiento por todo cuanto le había enseñado, decidió recuperar la joya para ella y también para la familia. Así se sentía, atrapado por dos sentimientos antagónicos que peleaban por asentarse en su corazón: el amor que cosquilleaba en su pecho y la decepción que revolvía sus tripas.

«Y luego está el otro asunto», pensó nervioso. «Si tuvieses que dar un duro golpe, ¿dónde actuarías, Fortún?». Las palabras de su abuela resonaron en su mente. Cruzó los dedos bajo sus

mangas y sacudió aquellos pensamientos de su cabeza.

Después de conocer que la hermosa hija de Al-Walid había sido mutilada atrocemente en el mismísimo palacio emiral de *Qúrtuba*, Fortún se decidió a atajar sus problemas en el norte. Imaginaba a Abd al-Rahmán parpadeando, nervioso, mientras se preguntaba cómo habían podido atentar tan cerca de su persona. La muerte de la pequeña Sayyida mantendría ocupado y aterrado al emir durante un tiempo, y Fortún podría dedicarse de lleno a la búsqueda del *missus* Arband para acabar con él, junto con cualquier posibilidad de alianza entre los astures, los Banu Balask y los francos.

«Yo mismo le arrancaré la Rosa de sus manos cuando yazca moribundo ante mí».

Fortún apartó los copos de nieve que caían sobre su rostro y escudriñó los alrededores de la casa con atención. Tampoco había olvidado a la dulce Hamra y su ruin traición, y la ramera aguardaba tras aquella puerta en la que colgaba el solitario candil. Se llevó la mano a uno de los bolsillos y acarició un suave trozo de seda.

«Pronto se enroscará de nuevo, pero esta vez en torno a algo más delicado».

Al recuperarse de sus heridas en el costado, le comunicaron que la concubina había desaparecido a la mañana siguiente del frustrado ataque, lo que corroboró sus sospechas. Lo lógico habría sido marcharse lejos, fuera de su alcance. No obstante, Fortún tenía la intuición de que Hamra había vuelto a su ciudad natal. En las noches que había compartido con la mujer, siempre hablaba con añoranza de *Banbaluna*, de las verdes riberas de su río y del silencio de sus noches, tan diferentes decía, de *Qúrtuba*, donde se encontraron por primera vez, en la lonja de Iskandar. Un mensaje encriptado, que había recibido de Latif, le dio la razón.

«Por cierto, ¿dónde se habrá metido?».

El viento mecía la nieve que comenzaba a acumularse en los techos de paja. El frío era insoportable por momentos y Fortún se arrebujó bajo sus gruesas pieles. Latif nunca llegaba tarde y, si no estaba en el lugar convenido, aquello era sinónimo de problemas.

«Me recuerda al asalto a la *munityat* del judío. Maldita sea su sangre...».

La puerta se abrió y derramó la acogedora luz de un hogar en el exterior. Una figura vestida de negro les hizo señas para que se acercaran. Fortún miró dubitativo a Athim, que se mantenía inmóvil entre las sombras.

—Es él, mi señor —dijo el sirviente, convencido—. Ha debido de adelantarse.

Latif había demostrado sobradamente ser un sirviente muy eficaz, algo impulsivo, pero uno de los mejores espías que Fortún conocía. Sin embargo, últimamente tomaba demasiadas decisiones por su cuenta. De momento no había fallado, aunque a Fortún no le gustaba dejar nada al azar. «Sin duda quiere enmendar su error en *Arnit*». Al matar al sicario, había desaparecido toda posibilidad de saber quién lo enviaba. A partir de aquel momento, Latif se había volcado en la búsqueda de Hamra hasta que se la sirvió en bandeja.

Una vez entraron en la casa de la hetaira, Latif apagó el candil y cerró la puerta tras ellos.

—Buenas noches —saludó mientras bajaba su embozo. —La ramera ya no recibirá más visitas... —dijo con una siniestra sonrisa—. Está arriba, esperando.

Frente a la puerta de entrada, había una chimenea encendida, donde colgaba una humeante olla. Olía a carne guisada. Latif señaló unas escaleras que ascendían iluminadas por una antorcha. En el rincón opuesto, sobre un camastro, yacía un cadáver con la cara destrozada y sanguinolenta. «Ese pobre rufián no ha tenido tiempo ni de defenderse». Fortún hizo un gesto de aprobación y subió los peldaños. Se encontró una estancia amplia, con una enorme cama en el centro. En el ambiente había un fuerte olor a exóticos afeites y perfumes de rosas. Unas cortinas de seda roja con ribetes dorados adornaban las paredes, levemente iluminadas por cuatro braseros que había en las esquinas. Se detuvo frente al lecho donde la concubina aguardaba con una sensual pose: su larga cabellera pelirroja cayendo sobre el mullido almohadón e insinuando sus encantos entre las mantas.

«Mi dulce Hamra... Qué pena...».

—No seáis tímido, mi señor. Aquí dentro estaréis más caliente —dijo con su provocativa voz, invitándole a acostarse junto a ella. —No suelo recibir a nadie a estas horas de la noche. Sin embargo, mi custodio me comentó que teníais un enorme interés en verme... Acercaos —concluyó haciendo un sensual gesto con sus manos.

«¿Cuántos habrán pagado por tus rojizos tesoros, mi dulce Hamra? ¿A cuántos habrás fingido amar con pasión, cuando solo vendías tu alma por un puñado de pecaminosa riqueza?».

Fortún se mantuvo en silencio. Tras esperar un momento, se despojó de las pieles todavía húmedas por la nieve y bajó el embozo que cubría su cara. Se aproximó lentamente hasta la muchacha, que sonreía insinuante, con aquellos labios rosados que tan bien conocía.

—Tus arcones deben estar repletos. Jamás había conocido a una puta con casa propia —dijo Fortún. La expresión en el rostro de la hetaira demudó y se incorporó un poco—. ¿Qué te ocurre? ¿Todavía no reconoces mi voz, Hamra...? —Pronunció su nombre arrastrando cada una de las letras y disfrutó con el miedo que iba apareciendo en los ojos de la mujer, mientras continuaba acercándose a la cama—. Eres muy atrevida o muy ingenua, si creías que estando tan cerca no te iba a encontrar. Aunque, en realidad, en ningún lugar hubieses estado a salvo... Ya deberías saberlo. —Su tono se endureció.

—No... No tuve opción, mi señor —balbució ella. —Me obligaron a hacerlo. Jamás pensé que intentarían mataros en vuestra propia casa... Yo... Yo os amaba... —Se tapó con las mantas, nerviosa, como si tras ellas pudiese estar a salvo.

—¿De veras? —preguntó Fortún con falso interés, siguiéndole el juego—. Mi dulce Hamra... —le susurró. Alargó la mano para acariciar su tembloroso rostro—. Siempre fuiste mi favorita. Aquella traición me dolió más en el alma que en el costado... ¿Y, quién dices que te obligó, querida?

—No... No lo sé... Nunca llegué a verlo... —contestó dubitativa.

—Bueno, no te preocupes, querida —volvió a rozar su rostro con ternura, despidiéndose para sus adentros de aquella sensual belleza—. Estoy seguro que esto te ayudará a recordar...

Sacó el trozo de seda que ella misma había utilizado para atar la espada y lo apretó en torno a su frágil cuello en un rápido movimiento. La concubina, sorprendida, trataba de zafarse inútilmente. Fortún sujetaba el pañuelo con fuerza y empezó a ver cómo el rostro de Hamra se congestionaba. Tras unos instantes de pelea, la mujer mostraba signos de debilidad y movía los brazos sin control. El hijo de Musa aflojó la presa y sujetó la cabeza de la ramera con delicadeza, mientras ella luchaba por mantener la consciencia.

—No te duermas, querida —le dijo, irónico—. La noche apenas ha empezado y, al fin y al cabo, he pagado por tus servicios...

* * *

La luz de una antorcha lanzaba sombras alargadas sobre el terroso suelo del sótano. Se trataba de una especie de despensa que había en la parte baja de la casa, con estanterías de madera de nueva manufactura donde se almacenaban carnes en salazón, vino y algunas especias. Hamra se encontraba en el centro de la estancia, maniatada al respaldo de una silla, custodiada por Latif. Al pie de las escaleras que descendían desde la planta superior, Athim aguardaba inmóvil, como una estatua.

—Despiértala otra vez —comandó Fortún.

Latif obedeció y arrojó un cubo de agua al rostro amoratado de la concubina, quien recobró el sentido ahogando un grito. Tenía el labio partido y las mejillas tan hinchadas que costaba reconocerla. Fortún sonrió para sus adentros y pensó en la escena que la ramera estaría contemplando en aquel momento, muy diferente, sin duda, de la que habría imaginado antes de comenzar la noche.

«Ahora sabré quién osó desafiarme».

—Yo creo que está diciendo la verdad, mi señor —afirmó Latif, con las mangas en los codos y el rostro sudoroso.

—¿Crees? ¿Desde cuándo nos sirven las suposiciones? Ya es hora de que pasemos a algo más serio —dijo Fortún, tajante.

—Como ordenéis, señor. —El sirviente asintió, algo abochornado, y sacó una daga de entre sus ropajes.

La muchacha se revolvió en la silla, tratando de soltar las ataduras y mirando aterrorizada a su torturador.

—Creo que nuestra dulce Hamra no necesitará más sus bellos ojos, pues jamás abandonará este lóbrego sótano y nadie volverá a contemplarlos—vaticinó Fortún—. Y si después de quedar ciega sigue sin decirnos la verdad, creo que tampoco necesitará sus bonitas orejas, no será necesario que escuche a más clientes. Ni sus suaves manos, ni sus pies... Ni siquiera sus pechos... Solo

quiero su lengua, y lo que con ella me pueda decir. —Miró fijamente a los ojos de la prisionera—. ¡Empieza! —exhortó sin el más mínimo ápice de compasión.

—¡Os he dicho toda la verdad, lo juro! —gritó Hamra desesperada. Latif le agarró fuertemente los cabellos y tiró hacia atrás de la cabeza—. Yo os amaba, mi señor... Yo os amo... —sollozó con la voz llena de desesperación.

—Entonces deberías saber que cuando se ama a una rosa, te acabas clavando sus espinas... —dijo Fortún, e hizo un gesto a Latif para que continuara.

La daga se hundió en el ojo de Hamra y un alarido desgarrador retumbó en la despensa. El enjuto carnicero ahogó los gritos tapando su boca con la seda que Fortún había dejado atada en el cuello de la concubina. La sangre manaba de la cuenca vacía y chorreaba por el macilento rostro hasta empapar el lazo, que adquirió un oscuro tono carmesí. Después de unos momentos, Fortún hizo un gesto a Latif para que aflojara la mordaza.

—No pude verle, mi señor, no pude verle... —aseveró Hamra, que lloraba sin parar—. Debéis creerme...

—No te creo. Déjala ciega, Latif.

Hamra se revolvió desesperadamente en la silla y miró, con su único ojo suplicante, a Fortún e intentó hacerse entender a través del trapo que volvía a taponar su boca. Al ver que su captor continuaba impertérrito, se derrumbó en un llanto pueril.

Latif continuó su trabajo, entre gritos ahogados y lamentos. Al finalizar, la mujer se convulsionaba fuertemente, aunque en silencio. Tras unos instantes, los movimientos se fueron apagando y Fortún supo que la había destruido.

—Dale un trago de agua y que aclare la garganta —dijo a su hombre—. Ahora nuestra dulce Hamra nos contará toda la verdad, ¿no es así, querida?

Tras beber a duras penas unos sorbos y tranquilizarse un poco, Hamra relató cómo un individuo vestido de monje se había puesto en contacto con ella para que, a cambio de mucho oro, inutilizara su espada y silenciara el hilo de cascabeles de la puerta de Fortún. «Por suerte no pensaron en la vela...». Después, podría volver a *Banbaluna* y ponerse bajo la protección de un poderoso noble de la ciudad, conocido como *el Mago*.

—¿*El Mago*? —Fortún no pudo evitar cruzar los dedos bajo sus mangas—. Y dime, ¿dónde se esconde ese *Mago*? —preguntó al cabo de un instante.

—Vive junto a la iglesia... La casa grande junto a la iglesia... —dijo Hamra. De repente, parecía muy débil—. No podrás acercarte a él... Es uno de los hijos de Basiliscus, *el Emisario* ...

«Tal y como sospechaba...».

—¿Has dicho Basiliscus? ¿El Balask que colocaron aquí los francos? —preguntó Fortún acercándose lentamente a la mujer.

—Sí... Su hijo controla la ciudad desde las sombras. Es poderoso, lo sabe todo... No podréis acercaros... —Hamra apenas podía hablar. Al parecer había perdido demasiada sangre. Miraba hacia el frente, a través de las cuencas vacías donde antes había tenido aquellos bonitos ojos color esmeralda.

De repente, la antorcha osciló, como movida por una fuerte corriente de aire y estuvo a punto de apagarse. Athim desenvainó la espada con un rápido movimiento y se acercó cauteloso hasta Fortún, sin perder de vista las escaleras. Latif subió su embozo y buscó refugio entre las sombras.

—Tenemos visita, mi señor —dijo escuetamente, antes de desaparecer tras uno de los anaqueles.

«¿Cómo nos han encontrado tan rápido?».

Fortún esperaba que los Banu Balask siguieran sus pasos en cuanto entrara en la ciudad; de hecho, es lo que pretendía, pero habían llegado demasiado pronto. «Sé a qué se refiere Hamra cuando dice que no podré acercarme... Ojos y oídos en cada esquina. Conozco bien esa magia...».

Una figura solitaria bajó las escaleras con lentos pasos. Estaba cubierto de pieles gruesas sin curtir, que se mecían por la corriente de aire. Se acercó tranquilamente hasta donde estaban, sosteniendo un báculo en su mano derecha. La luz de la antorcha le alcanzó el rostro y Fortún pudo contemplar, asqueado, que estaba totalmente desfigurado. No tenía nariz ni orejas y su cara era una enorme mancha agrietada.

«Fuego...».

—La sangre es más visible las noches de nieve —saludó la figura con voz ronca, y contempló el cuerpo inconsciente de Hamra. Se detuvo a escasa distancia, como si no temiera qué pudiera sucederle allí abajo.

—No era mi intención ocultarla... —contestó Fortún.

—Así que por eso nos encontramos tan pronto. He oído hablar mucho de ti, Fortún de *Arnit*. — Había un aire respetuoso en sus palabras.

—Yo también he oído hablar de ti —mintió—, y de tu feo rostro, aunque jamás imaginé que fuera tan horrible. Seguro que una fría noche como esta alivia tu quemazón —concluyó, Fortún.

—El fuego que ahora me quema está en mi interior, Fortún —contestó *el Mago* —, y ni cien inviernos podrían apagarlo. Es un fuego que conoces muy bien, el de la venganza...

—Así es —dijo tajante Fortún—. Y me temo que tu familia tendrá que sufrirla —amenazó—. Ha llegado el momento de que paguéis por todo cuanto hicisteis a los míos.

—No temo a la muerte...

—La muerte será lo que suplicarás —interrumpió Fortún y notó como la ira crecía en su interior—. Yo no soy como mis primos, los Arista. Pronto, esta ciudad crecerá libre de vuestras mentiras y del yugo de vuestros amos francos. Tú sufrirás por lo que tu padre le hizo a mi tío...

—Tu tío Mutarrif¹⁶⁰ obtuvo lo que se buscó...—Guardó silencio antes de continuar—. Esta ciudad nunca ha pertenecido a vuestros príncipes del sur. ¿Todavía no has comprendido eso? Él no lo comprendió, y además removió unas ascuas que prendieron el fuego de la rebelión. Mi padre no tuvo más remedio que matarlo... Eso sí, puedo darte mi palabra de que no fue nada personal. Hubiésemos actuado igual con cualquier otro enviado de vuestro Emir.

—Mi venganza tampoco es nada personal, créeme. Haría lo mismo con cualquier otro que hubiese matado a mi tío...

—Veo que estás a la altura de tu reputación. Ansiaba conocerte, pese a que eso conlleve poner fin a tu vida. Los Banu Qasi tenéis el pequeño defecto de estar en el sitio equivocado, en el momento equivocado... —Hizo una pausa, como si tratara de recordar lo que iba a decir a continuación—. Tu abuelo Musa en *Cesaraugusta*, Mutarrif aquí en *Pampilona*, Zahir¹⁶¹ en *Toletum* ... ¿Serás tú el siguiente? Tengo entendido que apenas puedes dormir por las noches, que el sonido de una hoja desvainándose te despierta entre sudores.

Se acercó lentamente hasta una de las estanterías y acarició una tinaja de barro con gesto ausente.

»Déjame que te cuente algo y comprobarás que tus pesadillas son historias para niños comparado con lo que puede llegar a ocurrirle a alguien. —Miró a Fortún con dureza antes de empezar el relato—. Hará unos años, yo me encontraba viviendo en los bosques de *Armentia*¹⁶². Me había casado con una mujer de allí, hija del caudillo de la zona, y era feliz. Todo transcurrió con normalidad hasta un caluroso día de verano. Recibimos la visita de un poderoso señor de *Gallaecia*, incluso decían que podría ser el próximo rey de los galaicos y que venía a estrechar lazos con la familia de mi esposa. El señor, que respondía al nombre de Ranemirus, apenas hablaba, y uno de sus subordinados se encargó de llevar el hilo de las conversaciones. Él sólo observaba, impassible y con rostro serio, todo cuanto ocurría alrededor. Al llegar la hora de la cena, el padre de mi esposa y sus hijos se arrodillaron para dar gracias a su Dios. Algunos otros nos levantamos mirando a las estrellas, tal y como se acostumbra en aquellas tierras.

Bajó la mirada, como si estuviese añorando tiempos mejores.

»Aquella misma noche, un violento estrépito me despertó. Habían entrado en la habitación y dos hombres me sacaron a rastras de la cama junto con mi esposa. Sin mediar palabra me llevaron ante su señor, Ranemirus, que esperaba implacable ante una enorme hoguera que ardía tras él. Allí mismo, decapitó a mi esposa y arrojó su cabeza al fuego. Luego me dijo que jamás compartiría mesa con paganos. De un fuerte empujón, me arrojó a la pira. Rodé por encima de troncos ardiendo y todo se volvió confuso. El calor me impedía respirar y el dolor estaba a punto de llevarme a la inconsciencia. Pensé que mi fin había llegado, sin embargo unas manos decididas me sacaron de allí y me tumbaron moribundo junto al fuego. «Vete y no vuelvas nunca», fueron sus palabras. Y eso hice.

—Vaya, una historia enternecedora, ¿no piensas volver? —preguntó Fortún, que había escuchado la historia atentamente—. Creía que los galaicos eran vuestros aliados.

—Y así es. A Ranemirus le tocará sufrir en su momento. El rey Adefonsus todavía vive y tiene en alta estima a nuestro pueblo. Y tú llegas tarde, pues Arband ya está en *Ovetum*. —Hizo una pausa

para que Fortún digiriera las palabras.

«No puede ser...», pensó el arnitiano, desanimado, sintiendo que el emblema de su familia se le escurría entre los dedos.

—Una alianza jamás contemplada hasta ahora será forjada —continuó *el Mago*—. Los francos acudirán y juntos os expulsaremos de estas tierras y os derrotaremos para siempre.

—¿Los francos? —dijo Fortún divertido—. ¿Acaso crees que un pueblo en plena guerra intestina vendrá en vuestra ayuda? *Ja, ja, ja ...* —Fortún no pudo evitar soltar unas carcajadas.

El Mago guardó silencio y miró detenidamente a Fortún. Algo parecido a una sonrisa se fue dibujando en su arrugado rostro, a la vez que deformaba su boca sin labios.

—La guerra de los francos ha terminado —dijo lentamente, disfrutando con cada una de las palabras—. Ahora pueden utilizar todo su poder contra vosotros, y no vendrán solos: Adefonsus se unirá a ellos. Ese *missus* así me lo ha confirmado.

«¿Cómo no me han informado de esto?».

»Hay cosas que escapan de nuestro alcance, Fortún —prosiguió tras guardar silencio unos instantes, como si leyera sus pensamientos—. Saber cuáles son y no obsesionarse con ellas es algo de enorme relevancia y que puede marcar el sino de nuestra vida. La pobre Hamra es un claro ejemplo de ello. —La contempló desde sus ojos quemados, con tristeza—. Es un mero instrumento de algo que está por encima incluso de tu entendimiento, una herramienta de alguien que maneja el porvenir del norte de *Hispania* .

—Cada uno es dueño de sus actos —dijo Fortún lentamente, mientras trataba de asimilar lo que acababa de escuchar—. Ella aceptó la bolsa y ha pagado. Y ahora, basta de charla. Dime quién osó desafiarme, dime a quién sirves —espetó para dejar claro que sabía que era la misma persona.

El Mago se había acercado hasta dónde estaba Hamra y la contemplaba inmóvil, como si estuviera lejos de allí. El silencio se apoderó del sótano. Latif emergió de entre las sombras y se colocó al pie de las escaleras, para impedir que el descendiente de Balask escapara. Este, absorto, acariciaba el lazo de seda empapado en sangre que colgaba alrededor del cuello de la muchacha. Fortún admiró el valor de aquel hombre, incluso cayó en la cuenta del tono carismático que poseía su voz, algo totalmente impropio de alguien que no tenía nariz ni labios.

«Tiene la tranquilidad de saber que ninguno de los dos queremos provocar una guerra abierta entre nuestras familias si nos acuchillamos aquí, pero eso no le resta valor. Ha venido solo».

—¿Deduces ya quién robó el oro de Eliyahu? — *El Mago* se regodeó con un gesto abominable en su faz.

Fortún quedó petrificado por dentro, aunque intentó no demostrar su desamparo. Si los Banu Balask estaban detrás del asalto a la caravana del judío, sus peores sospechas se habrían hecho realidad. Las dudas volvieron a aflorar: los cristianos del norte estaban forjando una alianza que

atraería a los francos después de muchos años. El único enemigo que Fortún pensaba que no suponía un problema, se acababa de convertir en la mayor amenaza a la que ahora se enfrentaba. Las palmas de las manos comenzaron a hormiguearle y un sudor frío recorrió todo su cuerpo.

—Habla —ordenó después de tragar saliva— y te procuraré una muerte rápida...

—Me temo que eso no va a ser posible, Fortún— anunció *el Mago*, acariciando todavía el lazo carmesí.

—Eres muy osado, *Quemado* —amenazó Fortún—, pero la paciencia se me empieza a agotar... — Pretendía recuperar el control de la situación.

—Paciencia es justo lo que deberás tener a partir de ahora —interrumpió de repente su interlocutor, que miró con dureza a Fortún—. Unas calles más abajo, en un oscuro sótano, hay otra persona sentada en una silla. Un lazo como este, rojo y húmedo de sangre se enrosca en su delicado cuello. De tu paciencia dependerá cuánto se apriete en torno a él.

Fortún dudaba, no sabía si aquella amenaza era cierta o aquel hombre decía la verdad. En un gesto nada habitual en él, decidió guardar silencio.

»Veo que el locuaz Fortún se ha quedado sin habla —continuó *el Mago*, y no había sorna en sus palabras. Lanzó un objeto al arnitiano que este atrapó al vuelo. Al notar su tacto, su corazón se aceleró y su vientre estuvo a punto de vaciarse. Luego, su interlocutor continuó, con aquella voz dura y autoritaria—. Abandona nuestra ciudad y dile a tu padre que escoja bien el bando en la guerra que se avecina. Hazlo, o el lazo carmesí se apretará hasta romper el cuello de tu querida abuela...

El Mago abandonó la silenciosa estancia, mientras Fortún luchaba por mantenerse en pie y acariciaba entre sus dedos el anillo gemelo de la dama Onneca.

¹⁵⁹ Romana.

¹⁶⁰ Mutarrif ibn Musa: hijo mayor de Musa ibn Fortún, hermano de Musa ibn Musa y tío de Fortún, que murió tras una revuelta en Pamplona, siendo él gobernador.

¹⁶¹ Zahir de *Tulaytula*: noble toledano que cayó en la Jornada del Foso, de la familia Banu Qasi.

¹⁶² Asentamiento al suroeste de Vitoria, en País Vasco.

CAPÍTULO 23

LOS CAPAS GRISES

Inmediaciones de la vía entre *Portus Cale* y *Bracara Augusta*,

Gallaecia, Asturorum Regnum .

Diciembre de la Era 872 (834 d.C.).

Llevaban caminando con premura durante más de medio día, rastreando a un peligroso e inesperado grupo de sarracenos que se había adentrado en las fronteras. La fatigosa marcha se había hecho más dulce gracias a un poco de tocino asado con pan de bellotas y unos tragos de sidra.

«Se sufre mejor con el estómago lleno».

Asomaba un sol grisáceo entre las nubes y no se veía apenas, debido a la frondosidad de aquel perverso bosque plagado de húmedas telarañas y heces de lobo. Las luciérnagas refulgían con timidez y proporcionaban una leve luminiscencia, mágica, a todo el entorno. Los cantares propios de la floresta eran quebrantados por los pasos de aquella adusta compañía. Las sombras iban y venían, por lo que Álvar puso una flecha en la cuerda y avanzó aguzando sus sentidos, pendiente de lo que pudiese aparecer tras las breñas. Mientras acariciaba el plumaje con el pulgar, algunos susurros de sus compañeros llegaron a sus oídos, si bien no pudo discernir su significado.

«Malditos galaicos, no me entero de nada...».

Le estaba costando trabajo, pero casi lo había conseguido. Acostumbrarse a aquella jerga tan cerrada era complicado, y más si procedías de una ciudad cuya habla bebía de las fuentes latinas más puras. Si a aquello se le añadía que la gente mascullaba hacia su propia ropa, como si se avergonzase de algo...

«Lo hacen para que no los escuchen —se recordó—. Lo hacen para que no nos descubran, aunque sigo sin enterarme de nada».

Los gestos de Gatón desde la cabeza del grupo llamaron su atención. Ordenó detenerse y señaló sus propios ojos con dos dedos. Luego, extendió el brazo hacia la ribera de un riachuelo que fluía, suave, a tiro de arco. Allí asomaron, de pronto, dos intrusos. Probablemente vigilaban un campamento cercano, el que llevaban buscando desde hacía días.

«No son suficientes como para saquear una ciudad. En cualquier caso, pueden hacer mucho daño en aldeas y monasterios. Sin embargo, es extraño que no se amparen en una fuerza mayor...».

Por el tipo de botas que se intuían a su paso, los centinelas debían de ser jinetes ligeros, a pesar de que no había rastro de sus monturas. Quizá formasen parte de una avanzadilla de exploradores, un anticipo liviano de lo que se acercaba a aquellas fronteras tenebrosas.

«Es extraño en invierno. ¿Qué clase de ejército se atrevería a adentrarse en estas tierras con las amenazas de heladas y tormentas?». Álvaro supuso que sus rostros debían estar impregnados de miedo y desconfianza. «Y nos doblan en número. ¡Qué gran aliada, la ignorancia!».

Los galaicos habían seguido el rastro de los invasores, desde las cercanías de *Portus Cale* ¹⁶³, y calcularon que podían ser unos treinta hombres medianamente pertrechados, pero poco podrían hacer ante una emboscada como la que se vaticinaba.

Una mano se posó sobre el hombro de Álvaro, desde atrás. Supo que era Aramirus. «Cómo me recuerda a Khalil. ¿Dónde estarás ahora, amigo mío? Seguro que cumpliendo tu sueño, cuidando de un pequeño huerto rodeado de mujeres con hijos recién nacidos en sus brazos. ¿Y tú, Basem? Llevando tu propio *manzil*, riendo a carcajadas ante los comentarios de cualquier borracho. Incluso Paschalis ha debido fundar su propio monasterio, con las despensas más grandes de *Toletum*. No, nunca os habría cambiado... pero ahora estos son mis hermanos».

— *Carasucia* ... Gatón vuelve a hacerte señales —dijo el delgaducho joven, apartando el castaño flequillo de sus ojos—. ¿Te ves capaz de acertar al de la izquierda?

«Sólo asoma la cara entre la maleza y hay menos luz que en un callejón de ramerías».

—Por supuesto —susurró Álvaro sin mirar a su compañero, asintiendo con su rostro tiznado para confirmar a Gatón que estaba preparado.

—¿Por qué delatarnos ahora? —Se inquietó el muchacho—. ¿Y si fallas?

Álvar sonrió con tranquilidad. Aunque había sido el último en formar parte de los Capas Grises, el grupo de exploradores que vigilaban la frontera de *Gallaecia*, otros como Aramirus tenían mucho que aprender. Le había tomado cariño a su adlátere, no sólo por semejarse a Khalil, sino porque era, junto a *Verres*, lo más parecido a un amigo que había aparecido en aquel mundo tan diferente. Quienes formaban los Capas Grises morían con frecuencia y eran reemplazados por jóvenes que no tenían más remedio que crecer para evitar el mismo destino que sus predecesores. «Así tuve que hacerme a mí mismo». La única verdad se basaba en que, tarde o temprano, alguien cercano desaparecería. Lo importante era dejar un legado que los demás aprovecharan, con el fin de alargar sus vidas al máximo. Por eso, clavó en Aramirus su mirada y lo serenó.

—Pase lo que pase, guarda la calma. No es relevante para el plan de Gatón.

—¿Cómo lo sabes? —masculló Aramirus. No parecía muy convencido—. Si el resto nos descubre...

«Porque he liderado a otros contra rivales más peligrosos que estos. Porque hay que conducir al enemigo allá donde se le pueda asestar el golpe más fuerte».

—Sabemos que están cerca, pero no exactamente dónde —explicó Álvaro—. Necesitamos un guía que nos lleve hasta ellos.

Un cuerno sonó desde la lejanía y los extraños giraron sus rostros: aquel era el momento. Brandanius *el Trampero* debía de haber terminado su trabajo en la única ruta de escape que tenían

aquellos intrusos, por lo que *Verres* agarró la pesada hacha con ambas manos, escudo a la espalda, mientras apretaba su podrida dentadura. Escudriñó a *Álvar* con el rostro desencajado, sediento de sangre, pidiendo combate.

«Este verraco huele peor que la cagada de un muerto, aunque podría matar a dos hombres del mismo golpe».

Álvar no borró la sonrisa de su boca, centrado en su cometido. Desentumeció sus hombros, tomó aire, tensó la cuerda hasta la oreja y contuvo la respiración unos segundos mientras apuntaba. Colocó el extremo del proyectil ligeramente hacia arriba y hacia la derecha respecto a su presa, previendo la distancia y el movimiento de la misma. Rezó a Santa Leocadia y soltó la cuerda en un sonoro *tong*.

«La amarga saeta...».

La trayectoria de la silbante flecha lo mantuvo sin aliento unos instantes. El impacto derribó al blanco, pero no fue mortal. Una rama desvió el proyectil y lo hizo descender hasta los riñones del centinela. El alarido desgarrador de su presa desencadenó la batalla.

«Gloria para nosotros, llanto para ellos...».

Verres dio un grito de guerra y se lanzó junto a cuatro Capas Grises hacia los enemigos, uno de los cuales huía sin mirar atrás. El otro, herido y aterrorizado, vio cómo se le echaban encima e intentó sacarse la flecha sin éxito: la mitad de su cuerpo había quedado inerte. Se arrastró gimoteando a través de la hojarasca hasta que el filo de *Verres* se incrustó en su espalda, provocando un enorme salpicón de sangre. Aquella catarsis de violencia había dejado inmóvil a *Aramirus*, quien dio un respingo al escuchar el silbido de *Gatón*.

—¡Vamos, panda de imbéciles! ¿A qué esperáis? —La sibilina voz del pelirrojo cabecilla martilleó sus cabezas—. ¡Seguidme!

Se movieron como una gran serpiente a través de la floresta, deslizándose entre los árboles y matojos sin apenas llamar la atención. Sus capas gastadas los protegían de los ojos más atentos, y sus jubones livianos les permitían desplazarse con rapidez. Había más aljabas que escudos en sus espaldas, y las hojas en los cintos eran cortas y de un hierro mediocre, aunque estaban bien afiladas. «De eso me he encargado bien». Cruzaron el agua del arroyo de un salto, dejaron atrás a *Verres* desvalijando al cadáver, y corrieron bosque traviesa hasta que *Gatón* alzó el brazo, ordenando detenerse. El líder examinó el musgo que crecía sobre la base de un árbol retorcido; luego, lo desmenuzó y lo olió en sus dedos.

«El vigilante ha pasado por aquí».

En cuclillas, aprovecharon la cobertura del sotobosque para avanzar. Advirtieron unas luces tenues en la lejanía, probablemente hogueras protegidas, y comenzaron a escuchar jaleo: voces y fardos siendo cargados, relinchos de monturas, armas preparándose... Al poco tiempo, alcanzaron las inmediaciones de un claro donde el resto de los sarracenos acampaba.

«Ahí estáis...».

Eran menos de treinta y aun así seguían superándolos. Posiblemente algunos hubiesen abandonado el campamento, por el motivo que fuese, empero, nada de eso tenía importancia. Ya habrían recibido las malas noticias por parte del que había huido del río, así que comenzaban a prepararse para la defensa.

«No tienen un líder claro. No podrán aguantar la posición».

Gatón *el Pelirrojo* dio la señal y los arcos cantaron tras los matorrales. Unos enemigos cayeron, otros interpusieron sus escudos, algunos de ellos incluso se atrevieron a utilizar su arco de jinete contra los fantasmas que los acechaban; sin embargo, la mayoría dudó primero y salió corriendo después. La segunda tanda de flechas de los Capas Grises convenció al resto de que lo mejor, en aquel caso, era ponerse en fuga. A caballo o a pie, todos los supervivientes abandonaron aquel campo de muerte llevados por la desesperación.

«Qué fácil es doblegar a un hatajo de hombres con miedo».

—Hemos cumplido con nuestra parte —afirmó Álvar, ante la mirada atónita de Aramirus—. No hay nada que temer.

El cuerno de Gatón sonó con fuerza, como nunca antes se había escuchado, así que *el Trampero* estaría advertido en la lejanía. *Verres* y sus acompañantes aparecieron por la retaguardia. El hombretón estaba exhausto: grandes gotas de sudor caían desde su frente e intentaba echar aire a sus pulmones.

—Hay que comer menos —comentó Gatón al acercarse, mostrando su perfecta dentadura—. Tenemos que darnos prisa. Brandanius no suele dejar supervivientes.

—¿Te parece que yo...? — *Verres* jadeaba—. ¿Quieres que vaya rematando a los muertos?

—Querrás decir a los heridos —comentó Calvus, su acompañante. *Verres* estalló en carcajadas hasta lagrimear y todos lo acompañaron con ganas, más por verlo reírse de aquel modo que por la broma. Aquello alivió la tensión de la emboscada.

—Hazlo —ordenó Gatón—. Deja con vida a los que parezcan más capaces, si tienen alguna posibilidad de salvarse. —Señaló a Álvar con la barbilla—. *Carasucia*, quédate con *Verres* e interroga a quienes estimes oportuno. Nosotros cogeremos algunas de sus monturas y nos uniremos al *Trampero*.

El toledano asintió y dio una palmada en la espalda a Aramirus para insuflarle confianza. Luego, continuó hasta donde se encontraban los heridos, quienes gemían y lloriqueaban como niños, entre los restos de fuegos y cobertizos improvisados con ramas. El panorama era desolador: además de no encontrar enemigos útiles para sus planes, habría deseado perseguir al resto para no aguantar el hedor de *Verres*.

—A ese puedes “rematarlo” —enfaticó con sorna tras apuntar a un sarraceno inerte con la daga de Al-Darrab. *Verres* enseñó sus dientes podridos y volvió a secar sus lágrimas.

—Le voy a clavar el hacha hasta el suelo.

«Hijo de perra, qué peste huele. Aun así, es mejor persona que todos los demás juntos».

De pronto, el cadáver comenzó a girarse hacia un lado y una temblorosa mano asomó tras él. Álvar dio un respingo y tensó sus músculos mientras *Verres* fruncía el ceño y hacía un gesto contra los malos augurios. Al acercarse, contemplaron a un viejo que había quedado atrapado bajo el muerto. Sus ropas estaban manchadas y curtidas, aunque tiempo atrás habrían sido elegantes. Las canas poblaban la cabeza de aquel viejo, que parecía superar la setentena. La barba estaba descuidada y sucia, como si no hubiese estado acostumbrado a llevarla. Por otro lado, sus admirables esfuerzos por colocarse de pie salvaron la poca dignidad que le quedaba tras haber manchado con heces sus ropajes durante la refriega.

—¿Qué hacemos con este carcamal? —preguntó *Verres*, todavía sorprendido.

—Un anciano suele hablar con sabiduría —contestó Álvar—. Desempeña tu cometido, que yo cumpliré con el mío.

Verres se encogió de hombros: la pesadumbre que conllevaba la obligación no deseada apareció en su rostro. Se apartó de su compañero para consumar su misión, examinando moribundos para propinarles un golpe de gracia.

—¿Cómo te llamas, buen hombre? ¿Hablas alguna jerga latina? —preguntó Álvar tras echar hacia atrás su capucha. El trémulo vejete dudó un momento. —No pretendo hacerte daño alguno.

—Soy... Soy de la tribu Masmuda —dijo el anciano en un latín aceptable—. Somos enemigos del Emir, no estamos aquí para dañar vuestra tierra.

«No puede tener tan poco honor. Debe estar diciendo la verdad».

—Eso deja que lo decida yo. ¿Qué hacéis en tan extraño lugar?

«Por Santa Leocadia, tengo el olor de *Verres* metido en la nariz...».

De repente, Álvar sintió un tirón de su capa hacia atrás. Atisbó una hoja brillante que hizo una amplia trayectoria con fuerza hacia su cuello, y en aquella posición le era imposible evitarla. Sonó un chasquido: el broche que sujetaba su capa se abrió y la prenda fue desgarrada por la espada, mientras Álvar caía al suelo de espaldas. Como el golpe no encontró oposición, el atacante giró sobre sí mismo, tropezó y cayó de costado sobre la daga de Álvar, quien instintivamente la había colocado en posición defensiva. Los ojos de ambos se escudriñaban, las respiraciones entrecortadas se mezclaban y ninguno pronunciaba palabra. El toledano sintió el calor de la sangre de su enemigo resbalando por sus manos, aunque mantenía el rostro sereno. Finalmente, el recién llegado cerró los ojos y se desvaneció sobre Álvar, quien se libró del peso del cuerpo mientras juraba de nuevo, agradecido, a todo el santoral. Esta vez por haber salvado el pellejo.

—¿Qué ha pasado? —gritó *Verres* desde la lejanía—. ¿Estás bien?

Álvar hizo un gesto afirmativo, intentando recuperar el resuello. Se levantó del suelo, recogió su capa rasgada y volvió a colocársela.

—¡Oh, no...! ¡Amín! ¡Tú no! —El viejo se lanzó a por el moribundo, con lágrimas en los ojos—. ¡Amín, muchacho! ¡Te dije que te fueras con el resto! —Lo examinó con rapidez y, viendo la gravedad de la herida, se apartó y gimió quedamente durante un rato.

«En manos del *Trampero* habría sido una muerte lenta».

—Entiendo tu dolor, anciano, pero no has respondido a mis preguntas. —El rostro severo de Álvar y su daga ensangrentada hacían que la barbilla del viejo se moviese de arriba abajo con nerviosismo.

—Mi nombre es Samir —balbuceó, intentando recuperar la compostura—. Soy médico y sirviente de Mahmud ibn Abd al-Yabbar, un poderoso señor de la tribu Masmuda, natural de *Emerita Augusta*, o así creo que la llamáis. Hemos estado en guerra, Dios lo sabe bien, contra nuestro propio Príncipe. Tras ser derrotados por las crueles huestes del *Buitre Negro*, huimos de la ciudad y nos dirigimos hacia el norte para... para jurar lealtad a tu Rey.

«Ibn Rustum... Si ha acabado con *Emerita*, entonces *Toletum* ...».

»Pensarás que es una locura —continuó el anciano—, pero Mahmud tiene un salvoconducto para ponernos bajo la protección de *Yaliqiyya*, quiero decir...

—Te he comprendido perfectamente —dijo Álvar—. ¿Por qué no habéis llegado todos juntos, con el salvoconducto en mano?

—No podíamos arriesgarnos a que nos considerasen una amenaza. Además, tuvimos que dispersarnos. Hemos sido perseguidos por los ejércitos emirales durante meses y muchos han caído ante ellos. Los pequeños grupos pasan más desapercibidos y escapan mejor a las garras del *Buitre*. No obstante, en ningún caso esperábamos este recibimiento. —Se echó las manos al rostro, gimoteando, mientras contemplaba el cadáver de Amín.

—Aquí, en la frontera, primero se mata y después se pregunta. —Aun así, Álvar colocó su mano en el hombro del anciano, reconfortándolo—. Nada debes temer ahora, Samir de los Masmuda. Te prometo que no vamos a hacerte daño mientras no des problemas.

Si todo aquello era cierto, el asunto era más importante de lo que parecía.

«De manera que un poderoso rebelde sarraceno y su séquito viajan hacia el norte, derrotados, para pedir auxilio en una tierra desconocida, para no caer en las garras del mejor general de *Corduba*. Es lo mismo que nos pasó en *Qalat-Darwaqa* ... aunque los Banu Qasi no aparecieron, tampoco nos atacaron. Esta gente ha cruzado el Aqueronte y ha llegado al Tártaro sin pagar al barquero. ¿Aliados o traidores? Gatón se va a quedar de piedra».

* * *

Al llegar junto al resto, Aramirus echaba los hígados por la boca. Álvar había vivido muchas situaciones cruentas que cualquier otro ni siquiera habría podido imaginar. Aquella las superaba. El olor fúnebre, los exasperados gritos de dolor o los tristes relinchos... Se trataba de una visión que revolvía las entrañas. «Es un infierno terrenal». Samir se volvió y no quiso ni siquiera

contemplar aquella carnicería. El campo abierto tras el bosque, que desembocaba en una vereda, había sido verde otrora. En aquel momento, estaba plagado de cuerpos heridos e inermes, así como rociado de escarlata y gris: de sangre y vísceras. Eran casi una veintena de hombres y monturas, esparcidos como carne de matanza, y de todos ellos salían vapores que erizaban la piel. Sus miembros estaban atrapados en serrados cepos para lobos, algunos incluso habían quedado amputados.

—Aramirus, debes afrontarlo —le dijo Álvár al rapaz de rostro macilento, agarrándolo de la pechera y enderezándolo—. No será lo peor que veas o tengas que hacer. Debes crecer pronto para ayudar a quienes tienes al lado. —El muchacho asentía, pero el color de su piel le delataba.

Brandanius se paseaba entre los derrotados, orgulloso y con una sonrisa cruel, mientras sus seguidores iban rematando con lanzas a los supervivientes, no sin burlas previas ni fríos regodeos: *el Trampero* explicaba con serenidad cómo, dónde y por qué había ocultado los cepos, cómo habían caído en ellos y las lesiones que habían producido. El resto se limitaba a asentir y a alabar sus habilidades.

—Nadie ha visto jamás una de mis trampas —comentó Brandanius con su voz curtida y lentificada por la sidra—. De eso se trata.

—¡Eres el mejor! —le gritaban sus compañeros, entusiasmados e impasibles ante el sufrimiento ajeno.

—Lo que os digo. Ninguno las ha guipado. Si quiero atrapar a alguien, lo atrapo. Es más sencillo que con animales. Sólo hay que saber cómo piensa y... ¡Zas! —palmeó—. Los hierros se cierran sobre él.

En otro tiempo, Álvár habría intervenido ante aquella situación. Él había sido un rebelde lleno de grandezas y honores griegos, un inconformista en busca de una justicia tan pura como imposible; un soñador tras un amor tan etéreo e improbable como la inspiración de las musas. Habría reprendido al *Trampero* y a su banda de carniceros y, después, habría liberado a los enemigos, procurándoles un buen trato y curaciones. Ahora se limitaba a sobrevivir en un mundo oscuro, húmedo y hostil en el que no quedaba más remedio que aliarse con la crueldad y el silencio.

«Supongo que la frontera te hace así. Te priva de misericordia, de emociones hacia el prójimo. ¿Por eso me has enviado aquí, Eligius?».

Oró en su interior a Santa Leocadia por haber salvado la vida aquel día, y recordó también a Al-Darrab en sus plegarias, como de costumbre. Su antiguo mentor, en una ocasión, fue sorprendido por sus hombres rezando tras una escaramuza en la que había diezmado a una avanzadilla emiral. No había demostrado religiosidad alguna durante toda su vida, por lo que todos estaban extrañados, pero ninguno osó interrumpirle. Cuando terminó de congraciarse con Dios, Atrius *Dienteslargos* lo encaró.

—¿Qué haces, Hasim? ¿Rezas a tu Dios por haber salvado la vida?

—No —respondió el herrero—. Rezo para que las almas de mis enemigos ardan en los fuegos del Infierno y que *Malak* las atormente eternamente.

«En verdad, el fin de los tiempos debe estar cerca. Oh, Dios... ¿Desde cuándo la sevicia, en lugar de mostrar el horror y traer la paz, es semilla de más impiedad?».

Gatón apareció ante él.

—El salvador de *Toletum* convertido en un *montaraz* lleno de barro. —El pelirrojo dio una palmada en el hombro de Álgvar—. Debes echar de menos tu tierra y tu rebelión...

—No creas que vestía sedas y oro cuando asaltaba a mercaderes y viajeros para poder alimentarme —aclaró el toledano—. Si a eso lo llamas ser un héroe, los Capas Grises deberían aparecer en algún poema.

—¿Qué tal Aramirus, *Carasucia* ? —preguntó el cabecilla.

—Todavía es un crío. Dale tiempo. No tardará en acostumbrarse a esta nueva vida.

—Más le vale si quiere sobrevivir. No pienso arriesgar a nadie por culpa de un llorón pusilánime. ¿Qué nos has traído esta vez?

—Su nombre es Samir de *Emerita* . —Palmeó la espalda del anciano, cuyo rostro ajado mostraba los churretes propios del llanto, como un niño tras una azotaina—. Dice ser médico, así que nos podría ser útil. Le he asegurado que guardaremos su integridad si no intenta nada raro.

—A saber las artes que emplea... —dijo Gatón con desprecio—. No quiero brujos cerca.

—Me ha contado nuevas que debes saber, pero todo a su tiempo.

—Será ahora. —Gatón lo cogió del brazo y lo apartó del prisionero, quien quedó custodiado por *Verres* . Se retiraron hacia el frescor de la sombra tardía de un roble y *el Pelirrojo* habló con voz queda—. Yo también tengo cosas que decirte, pues Brandanius se ha topado con un peregrino tuerto que porta succulentas noticias. Parece que los de *Bracara* han cazado a otros sureños, ayudados por él. Petrus Theo los tiene a buen recaudo en las mazmorras del *Viejo*.

—Los sarracenos están dispersos, aunque juntos son numerosos. —Álgvar arqueó una ceja—. No es asunto fútil lo que nos cae entre manos. La prioridad debe ser encontrar a su cabecilla... un tal Mahmud.

—Lo llaman *la Serpiente* , según ese trotamundos. Colocó una lanza en el culo de su Emir durante mucho tiempo. El señor de *Corduba* tuvo que acudir al *Buitre Negro* para ponerlo en fuga... eso dice bastante de él. Por lo visto, un obispo lo recomienda. Se trata de Ariulfus de *Emerita* .

—Concuerda con lo que me ha contado el anciano —aseguró Álgvar—. ¿Alguna información más?

—Parece que ese Mahmud viaja junto a una hermosa mujer. Podría ser su hermana o su puta. Quizá ambas cosas —bromeó con una sonrisa—. El tuerto dice poder llevarnos hasta ambos. Están a una semana de nosotros.

—Curiosa alma errante. ¿De dónde ha salido? Sabe demasiado. Yo no me fiaría del todo, podría

conducirnos a una emboscada —sentenció Álar.

—No parece peligroso, pasa información por algunos favores... comida, bebida y rameras. Es un buscavidas redomado y ha probado su valía con el asunto de *Bracara*.

—A todo esto... —Álar comenzó a recordar, señalando con un gesto al cautivo—. Samir no ha mencionado a la muchacha. Es raro, habida cuenta de su parentesco y nobleza dentro de su tribu.

—Seguramente para protegerla. Los dos podrían ser muy valiosos, o al menos eso contó el vagabundo. El Príncipe de *Corduba* pagaría una gran suma por ellos y, obviamente, más si estuviesen vivos. Procuraremos que no caigan en las manos equivocadas. ¿Te imaginas, *Carasucia*? Con lo que ganásemos podríamos construir un *castellum* y convertirnos en grandes señores. —Gatón se frotó las curtidas manos.

«Por Santa Leocadia, yo ya tuve ese sueño y se convirtió en una pesadilla».

—Si lo que he oído es cierto —comentó el toledano—, Adefonsus es demasiado honorable para tratar a gentes con salvoconductos episcopales como siervos y venderlos, muy a pesar de su Corte.

—¡Ah, llevas razón, rompedor de esperanzas! — *El Pelirrojo* dio un golpe en el roble—. No obstante, este asunto se resolverá en *Gallaecia*, no en *Ovetdao*.

—¿Insinúas que el gobernador Ranemirus accedería a tu plan...?

Gatón soltó una carcajada, ante el rostro atónito de Álar. Luego, colocó una mano sobre el hombro del muchacho, con gesto paternal.

—Amigo mío... Ranemirus podría limpiarse el culo con el salvoconducto de un obispo sureño, aunque jamás haría tratos con *Corduba*. Así le llenasen las termas de *Lucus* con oro.

—¿Buscan un pacto para combatir a *Corduba* o una forma de acercar un sicario a Adefonsus? Las serpientes siempre son peligrosas. Si no damos con ellos a tiempo, podría ser demasiado tarde. —El toledano observó el cielo gris y olisqueó el ambiente—. El rastro estará todavía caliente, pero mira aquellas nubes. —Señaló al noroeste—. El frío acecha y el bosque desprende su aroma. Hemos tenido suerte de que durante estos días no haya llovido.

—Lloverá pronto, sin duda —dijo *el Pelirrojo*—. Cuando escampa en esta tierra, es como si una bella desconocida se remangara las faldas... Algo grato, inusual e inesperado...

—No va a ser fácil dar con ellos. —Álar se lamentó, bajando el rostro, pensativo.

—Tranquilo, *Carasucia*. —Gatón sonrió—. ¿No lo recuerdas? Tenemos a ese tuerto.

163 Oporto, en Portugal.

CAPÍTULO 24

EL JUICIO FINAL

Qúrtuba ,

Al-Ándalus.

Muharram (enero), año 220 de la Hégira (835 d.C.).

No era la primera vez que la visitaba. La visión de su grandeza y la percepción de su “alma” no dejaban de sorprenderle cada vez que regresaba. *Márida* y *Tulaytula* podían parecer, a simple vista, emplazamientos con mejores defensas; en cambio, había algo inexplicable en aquel lugar, que lo hacía merecer su estatus capitalino. Tamán y sus hombres llevaban varios días en *Qúrtuba* , pues el Emir requería su presencia allí. El viaje desde *Qalat-Rabah* había sido duro, lacerado por las inclemencias. Solo la cercanía de la llana ciudad los había reconfortado mejor que cualquier cordial. Cuando doscientos *Rakaballah* pisaron los arrabales orientales, el pueblo se echó a la calle para aclamar a los héroes de *Márida* : los niños corrían bajo las piernas de las multitudes persiguiendo a los jinetes; las gentes se iban apartando ante su paso elegante, con caras llenas de admiración y esperanza; los estandartes con el caballo rojo eran acariciados por el tímido sol invernal del mediodía, mientras los pétalos de muchas flores caían sobre ellos desde las ventanas de las casas. Tamán recordó el rostro del pequeño Ataff, asomado al ventanuco de la carreta en la que viajaba junto a su hermosa madre, asombrado ante el colorido entorno y la multitud.

Una vez asentados sus *yunud* en las alhóndigas de la *madinat* y su familia en una rica vivienda cercana al *Qasr* , Tamán se aseó, descansó y rezó la oración del viernes en la atribulada Mezquita Mayor. Al salir del edificio, el *qaíd* fue abordado por el *sahib al-Shurta* , un tal Ibn al-Salim, quien lo invitó a un succulento banquete a la salud del Emir. Se trataba de un tipo menudo con cara de lechuza, joven y débil para su cargo, en comparación a otros jefes de la guardia que había conocido.

«Pensé que Abd al-Rahmán lo había enviado para evaluarme. Sin embargo, su presencia y hospitalidad solo buscan honrarme».

El grave peso del arrepentimiento solía caer en los prejuiciosos y, en aquel caso, Tamán había pecado como tal. Durante las pocas horas que compartió con Ibn al-Salim, descubrió una mente brillante, un tanto jocosa aunque íntegra, cuyas ideas habían dotado a *Qúrtuba* de una organización y un bienestar envidiables.

—A veces, la dureza y el miedo que encarnan los castigos no son tan eficaces como una calmada y razonada imparcialidad —le había comentado anteriormente Ibn al-Salim.

«Puede que tenga razón, dados los resultados. Pero yo no sabría ajusticiar con sus métodos».

La comida fue exquisita en la lonja donde almorzaron: un caldo de gallina intenso con arroz y pan tostado, reconfortante para aquel frío seco que los inundaba; luego, le llevaron un asado de cordero salpicado de sal, romero, pasas y limón, cuyo delicioso sabor quedó impregnado en sus dedos durante varias horas; y, por último, le ofrecieron unos cuernecillos de gacela con una

infusión de miel. Tamán se sentía complacido, lleno y satisfecho.

«Creía que buscaba algo de mí, que quería aprovecharse de mi fama».

Volvió a errar, pues ninguna petición salió de los labios del *sahib* .

—¡Almendraaaaaaaas! ¡Almendras tostadaaaaaaaas! —Los gritos de un zagal y el aroma de los frutos secos lo devolvieron a la realidad.

Ibn al-Salim cabalgaba junto a él, ambos protegidos por diez guardias, mientras cruzaban el zoco. Tras las oraciones y el almuerzo, el comercio volvía a encender sus carbones y los habitantes de la ciudad abarrotaban las calles, fluyendo como la sangre por las venas. Olía a cuero, aves de corral, especias e incienso. Las voces anunciando los mejores productos, las risas, las discusiones con el *muhtasab* ¹⁶⁴ por la honradez de las pesas... Aquel lugar estaba lleno de vida.

«*Márida* y *Tulaytula* son como mujeres enviudadas en busca de esposo, y esta ciudad parece estar en plenitud tras su boda. ¿Cuándo se avendrán esas dos al Emir?».

Era lento y complicado ir a caballo entre la aglomeración. Gracias a las voces y esfuerzos de los custodios de Ibn al-Salim, pudieron alcanzar, al fin, las puertas que daban a los arrabales occidentales.

—No te arrepentirás, *qaíd* —dijo Ibn al-Salim, acariciando las crines para calmar a su montura—. Es uno de los mejores herreros que hemos tenido desde hace años, según dicen los ancianos.

Tamán asintió con los labios apretados.

El barrio estaba lleno de gente muy diferente a la *madinat* : vestían ropas rudas, tenían manos y rostros sucios y castigados por el trabajo, y sus miradas resignadas contrastaban con la esperanza y felicidad que había tras las puertas. Contempló las carnales mozas que portaban cántaros por las calles, en plena lozanía aunque sin los modales propios de las buenas musulmanas. Incluso los olores eran distintos: el pecaminoso vino avinagrado, la orina y las boñigas se mezclaban con el comfortable humo de leña.

«Este lugar no es tan diferente a cualquier suburbio de *Tulaytula* » .

Pasaron cerca de un templo *rumí* ¹⁶⁵, que se alzaba, silencioso, como vestigio de un vanidoso pasado.

«El orgullo y la inteligencia son el agua y el aceite que llenan la vasija de nuestra mente. Debes elegir sabiamente tu ración de cada», recordó las palabras de Ibn Rustum. Pero había más mezquitas que iglesias. Al parecer, la población iba abrazando la verdadera religión y se desentendía de sus idolatrías politeístas.

Al rato, llegaron a un callejón donde se erigían viviendas que habilitaban su planta baja para ejercer diversos oficios. Había pellejos de cabra ahumándose colgados en maderos y cántaros recién cocidos en estantes; poco después, comenzaron a escucharse los repiqueteos de martillos sobre metal.

—Aquí es —informó Ibn al-Salim, y se apeó de su montura. Los guardias se mantuvieron sobre los caballos, mientras Tamán y su anfitrión se adentraron en la herrería.

El local era pobre, las fraguas no eran grandes y había algunos aprendices trabajando duramente. Aun así, Tamán tuvo la sensación de estar en el negocio de un maestro, habida cuenta del material que le rodeaba. Para un guerrero como él era sencillo apreciar las espadas y capacetes que colgaban de las paredes, pues tenían la huella de un artesano que había depurado su técnica a lo largo de los años, de una envidiable facilidad para crear. Allí estaba el dueño: un hombre de mediana edad, algo achaparrado y tácito, de miembros robustos y mirada perdida. Llevaba un gorro de cuero que cubría una cabeza afeitada y un delantal sucio, tan lleno de carbonilla como el dorso de los guantes.

—Mi buen Abd al-Malik, este es Tamán ibn Qaisar, la mano derecha del *amir* Ibn Rustum . — Cuando Ibn al-Salim los presentó, el herrero sonreía sin ganas, cansado, intentando mostrar cortesía.

—¿Qué será? ¿Herrar los caballos? —preguntó el batihoja con voz ronca y algo pastosa. Apeataba a sudor, le faltaban varios dientes y su aliento hedía a vino, lo que levantó cierto desprecio en Tamán.

—Claro, buen amigo —confirmó el *sahib* —. Tamán ha advertido que los cascos comienzan a estar demasiado crecidos, y no podría haberle recomendado mejores manos. Además, al *qaíd* le gustaría que repasaras su espada, por si necesitara algún cuidado.

Abd al-Malik se encogió de hombros.

—Veamos ese trozo de hierro...

Tamán desenvainó la hoja, le dio la vuelta ágilmente y se la tendió sin dejar de mirarlo a los ojos. Antes de cogerla, el herrero se quitó los guantes y limpió sus manos de sudor en el delantal. Cuando la asió de la empuñadura, comenzó a observarla lentamente, con un gesto de extrañeza en su ceño. Luego colocó las yemas de sus dedos en el metal y lo palpó suavemente. Se detenía en algunas partes, con los ojos cerrados, y continuaba con su inspección.

«Por los fuegos del Infierno... estoy sintiendo lo mismo que si estuviese acariciando a mi mujer...».

Tamán estaba incómodo, nervioso, aunque sabía que era absurdo arrebatarse la espada en aquel momento.

—Esta espada no necesita cuidado alguno —dijo Abd al-Malik—. Bastará con afilar, limpiar y aceitar cuando se requiera. ¿De dónde la habéis sacado, mi señor?

El toledano guardó silencio.

«La desea. Envidia un trabajo mejor que el suyo».

Esperó impacientemente a que el peculiar herrero acabase de examinarla y, cuando la tuvo de

nuevo en sus manos, sintió un gran alivio.

—Fue un regalo de mi superior —comentó—. Perteneció a un rebelde toledano, que aprendió su oficio aquí.

—Y lo hizo de manos del afamado Iulius al-Saqundí, sin duda —aclaró el herrero—. Pocos se le acercaron en su arte. Esa espada vale diez veces su peso en oro. Su hierro no es de este mundo... Ha caído de los cielos.

El *qaíd* se extrañó y frunció el ceño. Había escuchado algunas historias sobre espadas legendarias como *Dhu'l-faqar*, aquella que el arcángel *Yibril* le otorgó al Profeta, y que Este a su vez entregó a su yerno Alí, el mejor guerrero de su época. Si las palabras del herrero eran ciertas, su hoja podía ser una dádiva de Dios, pero le costaba trabajo pensar que algo tan sublime hubiese sido forjado por las manos de un pérfido. Tuvo la tentación de quebrarla allí mismo, golpeándola con fuerza sobre un yunque. Sin embargo, se serenó. Debía matar a Álvar con aquella hoja. Se lo debía a su padre.

—Entonces me pongo con la bestia —dijo Abd al-Malik—. ¿Tiene nombre?

—No.

—¿Y la espada?

—Tampoco. Ambas son parte de mí.

* * *

Era casi medianoche, como habían acordado, y el frío se hacía más intenso. Habían pasado dos días desde el plenilunio, por lo que, a pesar de las calles estrechas y siniestras, se podían advertir los socavones y la mayoría de las boñigas del suelo. Caminaban embozados con pañuelos pues, a pesar de la gran labor de Ibn al-Salim como custodio del orden, las calles del arrabal no eran seguras durante las horas de oscuridad.

—Algunos cristianos fanáticos han asaltado a personalidades de la Corte —explicó el *sahib* mientras limpiaba la suela de su sandalia en un matorral—, mas la mayoría son leales y abnegados trabajadores que pagan la *chizya* ¹⁶⁶ sin lamentos. Muchos de ellos tienen poder para levantar hombres de armas que sirven al Emir en sus expediciones de castigo. No deberíamos preocuparnos, pero más vale tomar ciertas... precauciones. —Señaló su daga bajo el atuendo.

Se cruzaron con algunas patrullas nocturnas, parejas de guardias que charlaban quedamente durante sus rondas, a quienes Ibn al-Salim dio órdenes de no abandonar los alrededores. De repente, Tamán sintió un escalofrío. No pudo reconocer el peligro, aunque sabía que rondaba cerca. Cuando pasó un tiempo sin novedades, se relajó.

Al llegar a la zona de encuentro, unos ladridos lejanos rompieron el silencio de los jardines circundantes. Estaban frente a una mezquita, inacabada aunque funcional, donde el Emir había decidido reunirse en secreto con algunos de sus hombres de confianza.

«Desde que ocurrió lo de la pequeña Sayyida, dicen que se ha vuelto mucho más precavido. Que alguien mate a tu propia familia, en tu propio Palacio, debe de ser un duro golpe».

—La llaman la mezquita de Tarub —comentó en voz baja Ibn al-Salim—. Se está construyendo en honor a una de las favoritas del Emir. Debe ser un don divino que una mujer de belleza sublime te dé sus encantos voluntariamente, en lugar de arrebatarlos por la fuerza. De ahí la obsesión de Abd al-Rahmán por contentar sus deseos.

—Hemos escuchado hablar de ella en la *Marca Media* —dijo Tamán, mientras escudriñaba la edificación—. Curioso. Nunca se me ocurriría mezclar mujeres y rezos .

—Así es nuestro Emir —dijo el *sahib* con una sonrisa, mostrando las palmas de sus manos—. Si immortaliza de esta forma a toda mujer que pasa por su entrepierna, en *Qúrtuba* pronto habrá más mezquitas que hogares.

El guerrero escuchó ruido dentro del *masgid*¹⁶⁷, pese a que no había ninguna lámpara encendida en el interior. Cuando llegaron a las puertas, estas se abrieron cautelosamente y apareció un rostro imberbe cubierto con un manto oscuro por el que asomaba un flequillo de cabellos claros.

—Buenas noches, Naser —dijo Ibn al-Salim—. Que la paz de Dios esté contigo.

—Y con vosotros —respondió quedamente el portero—. Pasad.

«El líder de la guardia eslava. Puede que le falte la virilidad, pero dicen que es un hueso duro de roer».

La tiniebla los abrazó cuando se adentraron en el templo. Tamán pudo atisbar dos siluetas junto al *mihrab*¹⁶⁸, y sabía que tras cada una de las columnas se ocultaba un guardia eslavo. «Al fin y al cabo, el Emir está aquí». Cuando se acercó a su señor, su semblante era diferente a como lo recordaba. A pesar de su altura y noble porte, aquella nariz aguileña y las pobladas cejas mantenían un gesto desconfiado. Sus ojos parpadeaban con nerviosismo, dándole un aspecto patético que no se correspondía con su regia figura.

«He aquí al señor más poderoso de Al-Ándalus. Y hiede a miedo».

Al lado del Emir, abrigado por sencillas telas, un viejo achaparrado de larga barba y escaso bigote se sostenía gracias a un cayado.

«El Gran *Qadí* . Este huele a vejez, como la última vez que lo vi hace tantos años».

Las manos eran un hervidero de manchas, las arrugas alrededor de los ojos parecían surcos en el barro, pero, a pesar de su decrepitud, todavía había dignidad en aquel anciano.

—Que la paz de Dios esté con vosotros —dijo el Emir en voz baja, inquieto, cuando ambos se detuvieron ante él. No dio opción a respuesta—. La noche es fría y tenemos muchos asuntos que tratar. No voy a andarme con rodeos. Tamán ibn Qaisar, tengo algo que encomendarte.

—Lo que desee mi Emir —respondió el guerrero, respetuoso.

—Es necesario devolver a la ley a *Tulaytula* . Una tarea que encargué a tu mentor, Ibn Rustum, y que está llevando demasiado tiempo.

—Algunas lenguas hablan sobre un pacto entre Ibn Rustum e Ibn Muhayr... *¡Aham!* —El Gran *Qad* tosía con brusquedad—. Creemos que alguien tan noble como tú podrá darnos más detalles al respecto. *¡Coh-coh-coh!*

«Lo saben. En cualquier caso, no podría mentirle al Emir».

—Mi señor Ibn Rustum llegó a un acuerdo con el rebelde hace tiempo —dijo Tamán con voz serena—. El sitio es liviano, para que las gentes no padezcan hambrunas. No se permite la entrada ni la salida de armas, ni tampoco la de hombres que sepan empuñarlas. A cambio, el *amir* recibe un pago mensual que le ha permitido reforzar *Qalat-Rabah* , para proteger el sur de la *Marca Media* . Puede que os parezca una traición, pero os aseguro que Ibn Rustum es fiel y que todo cuanto hace es para mayor gloria vuestra. Ahí tenéis lo que fue capaz de hacer en *Márida* ...

Todos quedaron atónitos ante tanta sinceridad. Naser, Ibn al-Salim, el Gran *Qadí* y Abd al-Rahmán intercambiaron miradas cómplices.

—Es por esto... *¡Aham-aham!* Por muestras como esta, me decanté por su nombre para *Tulaytula* —afirmó el venerable *qadí* .

«El Emir no habla. Se siente dolido en su orgullo, engañado y, a pesar de su poder, atado de pies y manos. Sabe que, si me castiga por los actos de Ibn Rustum, este podría convertirse en su peor enemigo. Y ahí tendría un grave problema, pues muchos lo seguirían, rebeldes y leales a *Qúrtuba* . Además, he demostrado mi lealtad. No obstante...».

Endureció los músculos y localizó todas las amenazas de su alrededor. Posiblemente no saldría vivo de allí, aunque vendería muy caro su pellejo. En otras circunstancias habría entregado su vida sin duda ni oposición a su Príncipe; ahora, no podía morir hasta ver cumplida su venganza y hacer que su padre descansara en paz: Álvar tenía que morir. Ibn al-Salim no lo mostraba, pero debía de estar aterrorizado. Observó que Naser percibía su tensión y llevaba sutilmente la mano a la empuñadura de su espada, presto a proteger a su señor. Sus miradas se cruzaron con una calma que ocultaba una masacre, mientras el instinto de Tamán analizaba la postura del Gran *Fatah* . Sacó la conclusión de que no iba a ser un rival sencillo.

«No me conoces. Jamás mataría al Emir. Pero si lo custodias y le buscas una vía de escape, tendré tiempo de ocuparme de unos cuantos antes de acabar contigo».

—Vas a gobernar *Tulaytula* , Tamán —dijo el Emir. Hacía tiempo que el guerrero no estaba tan perplejo. Al principio pensó que se trataba de una trampa, una distracción para que los custodios se echaran sobre él y lo acuchillaran sin piedad, o lo cargaran de cadenas. Luego, cuando la confianza regresó a los rostros, no pudo sino inclinar su cabeza, agradecido.

—Es un gran honor para mí, mi señor...

—Es hora de que la sangre del honesto Qaisar se pose de nuevo en el sitial de los viejos reyes. Y que destierre a su pérfido vástago, quien habita las sombras de *Tulaytula* ...

—Si mi hermano Ibn Qaisar, *el Traidor*, habita en *Tulaytula*, será apresado y ajusticiado, si así lo desea el Emir —afirmó Tamán—. No he sabido nada de él desde la muerte de mi padre.

—Según mis informantes, no ha abandonado la ciudad. Sin embargo, debo pedirte un favor más importante. Has de proteger a mi hermano, Al-Walid, cuando encabece las huestes que tomarán *Tulaytula*. Como sabes, es un temerario, y no tardaría en caer rodeado de enemigos muertos. Quiero que seas su escudo y que temples su euforia, llegado el caso de un asalto a la ciudad.

—Es un gran guerrero, digno de la sangre de los Banu Umayya —elogió con tacto el toledano—. Aun así se hará vuestra voluntad sin cuestión alguna. Nada debéis temer por la vida del gran Al-Walid.

—Procuraré que él se lleve la gloria —anunció el Emir—, un pequeño toque de atención para *el Buitre Negro*. En cuanto lo veas, le harás saber que los impuestos de *Tulaytula* deben regresar a *Qúrtuba*, so pena de ser acusado de sedición.

«Sin Ibn Rustum, *Tulaytula* jamás será vuestra».

—Cumpliré vuestro mandato —dijo el *qaíd*.

—Ante grandes testigos lo has afirmado —advirtió Abd al-Rahmán—. Ahora, es tiempo de descansar. Mañana regresarás bajo las alas del *Buitre*.

Todos los presentes murmuraron y se dirigieron hacia la salida de la mezquita. Naser cedió el paso al venerable juez, quien notó cómo algo de polvo caía encima de su capa. Luego se oyó algo parecido a un pisotón en el tejado.

—¿Pero qué...? —dijo el Gran *Qadí*, alzando su cansada mirada hacia arriba. Una enorme piedra se desplomó sobre su cabeza y provocó un crujido sordo. El anciano fue derribado bocabajo y el bloque se quebró en grandes trozos.

—¡Escudos! —gritó Naser—. ¡Proteged al Emir! —Encaró a Tamán—. Lo pondremos a salvo, es nuestra prioridad.

El toledano asintió y desenvainó la hoja. Ibn al-Salim se perdió entre las sombras del interior del templo y la guardia creó un pasadizo de hierro y madera con sus tarjas, bajo el que pasó Abd al-Rahmán agachado junto al eunuco. En el exterior, los esclavos formaron un muro de escudos orientado al tejado, mientras que otro grupo custodiaba al señor de *Qúrtuba* hacia su montura.

Tamán tomó una antorcha, salió al exterior y echó a correr, persiguiendo una brisa y un golpe de suela. No había más indicios de la presencia de un sicario en la techumbre de la mezquita, pero el ataque al Gran *Qadí* no parecía haber sido un accidente. Todo debía formar parte de un meticuloso plan, al menos así lo dictaminaba su instinto, por lo que se dejó llevar y siguió el camino que marcaban los aleros más altos.

—¡Fuego, fuego! —anunciaban a lo lejos, en una zona de mezquinas viviendas de alquiler donde el humo blanquecino ya empezaba a asomar. Sin duda, o el sicario quería desviar la atención o se acumulaban las coincidencias.

Las calles de aquel arrabal se hacían cada vez más estrechas y enrevesadas, llenas de apiladas casuchas mal construidas. Escuchó los ladridos de unos perros, y unos mulos estabulados parecían nerviosos, así que puso rumbo al solar que tenía hacia el sur.

«Huele a sangre. Lo que me temía...».

Dos miembros de la guardia de Ibn al-Salim yacían inertes, con el corazón atravesado desde la espalda. La muerte del primero parecía haber llamado la atención del segundo, aunque no había tenido tiempo siquiera de comprobar el estado de su compañero.

«Los cuerpos están fríos y hay demasiada sangre. Estas muertes se han producido hace un buen rato. El sicario ha debido usar esta ruta para llegar a la mezquita, pero no ha hecho un gran trabajo. Cualquier otro habría ocultado mejor los restos».

Rastreó alguna pista en vano por las cercanías, tenso por la proximidad de los ladridos. Cada instante que perdía en busca de huellas, su enemigo se alejaba más y más de él. Desesperado, volvió a retomar la carrera durante un trecho, hacia el borde exterior del arrabal, hasta que llegó a un descampado escoltado por tristes ruinas. La respiración entrecortada no le había permitido percatarse del absoluto silencio que embriagaba el entorno. Entonces, antes de arrojar la antorcha hacia la negrura, supo lo que estaba pasando.

«Esos cadáveres no estaban ahí por casualidad, eran una guía. Me ha conducido donde él ha querido».

Incluso rodeado de sombras, parecía estar siendo observado. Se sintió pequeño, indefenso pese a su espada forjada con hierro de los cielos, su mejor arma contra lo que podía ver, oír y tocar. Allí, en aquel instante, tuvo miedo.

«En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso. Me refugio en el Señor de la alborada del mal de lo que Él ha creado, y del mal de la oscuridad de la noche cuando se extiende...», recitó para sí mismo la *Sura al-Falaq*, tal y como le había ensañado su padre.

Comenzó a moverse de nuevo hacia las calles con gestos felinos, atento a sus alrededores, extendiendo el brazo izquierdo hacia adelante y protegiendo su espalda con su hoja, de tal forma que pudiese lanzar un tajo si la situación así lo requería. El descampado y las ruinas parecían contemplarlo con sorna, disfrutando de sus terrores.

«Me refugio en el Señor de los hombres de la maldad del disimulante tentador que se escabulle, que sugiere vileza en los corazones, sea espíritu o sea hombre», prosiguió nervioso con la *Sura al-Naas*, buscando el amparo de Dios.

Cuando casi había alcanzado el desgastado empedrado, tuvo una corazonada: «Hoy no es el día en el que se llevará mi alma, pero ha aprendido sobre mí». Se giró, cauteloso, hacia el origen de sus temores.

—¿Eres tú, Álvarez? —gritó con rabia—. ¡Voy a matarte!

El viento respondió con burla. O quizá fue algún ave nocturna. A Tamán, sin embargo, le pareció

que alguien reía entre las tinieblas. En cualquier caso, aceleró sus pasos de vuelta, sin mirar atrás, con los ojos vidriosos por la impotencia y la humillación, incluso sin saber si había estado ante una presencia real o ficticia.

Cuando llegó de nuevo a la mezquita, la guardia de la ciudad rodeaba la zona. Ibn al-Salim había establecido un perímetro amplio al que ni siquiera un *qaíd* reputado podía acceder. Tamán tuvo que hacer llamar al propio *sahib al-Shurta* para poder cruzar. El avisgado búho apareció con el rostro desencajado: estaba desbordado por la situación. No parecía comprender con su brillante lógica cuanto acababa de acontecer.

—Tamán —nombró Ibn al-Salim, aliviado—. ¿Has encontrado algo?

«Mis propios miedos...».

—Nada. Pero, quien sea, podría haber entrado desde un descampado que hay al sur. He encontrado muertos a dos de tus hombres, lo siento mucho.

Mientras caminaban, el *sahib* mesó su barba escasa y suave, enarcando una ceja.

—Es curioso... Me recuerda a... Esto se parece a cuando...

—¿A qué te refieres? —se impacientó Tamán.

—Lo verás tú mismo.

Cuando llegaron frente al cuerpo del Gran *Qadí*, ya habían retirado el adoquín que aplastaba su cabeza. La visión era desagradable, incluso para un guerrero como Tamán: el cráneo estaba hendido y había sesos asomando en el charco de sangre. Toda la tensión que había acumulado hizo que desviara la mirada en un principio, aunque se forzó a sí mismo a encararlo, poco a poco. Allí, junto al cadáver del anciano, el *sahib* se arrodilló y tiró hacia atrás de la cabellera sanguinolenta, dejando ver bajo el rostro una escena tan peculiar como macabra: los ojos del juez habían salido de sus órbitas tras el impacto, y yacían en el suelo junto a su lengua, cortada por sus propios dientes. Tamán contempló unos instantes, boquiabierto como un chiquillo, el rostro pálido de su compañero.

—Así murió la hija de Al-Walid, la hermosa Sayyida... —comentó Ibn al-Salim con nostalgia, perdido entre sus pensamientos.

—Así murió Hashim al-Darrab —se oyó decir, incrédulo, Tamán.

«Me refugio en el Señor de la alborada del mal de lo que Él ha creado, y del mal de la oscuridad de la noche cuando se extiende...».

¹⁶⁴ Inspector de pesas y medidas.

¹⁶⁵ Romano.

¹⁶⁶ Impuesto para poder practicar otra religión diferente al Islam.

167.Mezquita.

168.Lugar donde se guarda el Corán.

CAPÍTULO 25

FRONTERAS DE OSCURIDAD

Inmediaciones de *Quriya*,

Al-Tagr al-Adna (*Marca Inferior* de Al-Ándalus).

Muharram (enero), año 220 de la Hégira (835 d.C.)

Las estrellas brillaban en el cielo despejado, mientras la luna menguante alumbraba, tímidamente, el campamento que habían improvisado entre las ruinas de una antigua alquería. Algunos hombres, silenciosos, custodiaban las inmediaciones con gestos decididos. En el interior de una edificación semiderruida, las ascuas palpitaban, agónicas, junto al cuerpo insomne de Yamílah, quien se había recostado con la cabeza sobre algunos fardos e intentaba descansar en vano. La joven atisbó entre las sombras el rostro de su hermano, duro como las piedras que les rodeaban, y se percató de que hablaba en sueños con voz queda, nervioso, exhalando vaho en cada agitada respiración. Luego, ella se colocó boca arriba y comenzó a contar estrellas, aunque ni siquiera así concilió el sueño. Más allá, algunos caballos relinchaban dentro de unos establos improvisados.

«Amín los habría apaciguado. ¿Qué será de ti, mi fiel compañero?».

La necesidad y la precaución hicieron que el grupo de Mahmud se dispersara tras el incidente de *Mont Salut* . Los hermanos habían permanecido juntos, escondidos entre las montañas y asaltando caminos y aldeas, en su trayecto hacia el norte. El resto, más de trescientos guerreros bien pertrechados, recibieron la orden de desperdigarse y reunirse con él, en una fecha cercana, cerca de *Bracara* .

«Al parecer la ciudad ha vuelto a cambiar de manos».

Desde hacía tres días, cabalgaban sin descanso para despistar a sus perseguidores. En el puente sobre el *narh al-Qántara* ¹⁶⁹, una partida de exploradores con pendones morados de los Masmuda les estaba aguardando. Mahmud y Yamílah pensaron que eran más hombres que acudían para unirse a su causa, pero comprendieron de inmediato que estaban equivocados: los aparecidos se abalanzaron contra ellos con fiereza. Cuando la encarnizada lucha parecía decantarse hacia su lado, de entre la antigua hacienda *rumí* , que servía para vigilar aquel paso, surgieron más arqueros y jinetes. Su cabecilla resultó ser su primo Asbag de *Qasras* , dispuesto a vender a su propia familia.

«Parientes derramando la sangre de parientes. ¡Cuánto odio hemos generado! El Emir no parará hasta vernos muertos y está dispuesto a cualquier cosa».

Los enemigos les triplicaban en número y lograron derribar a su hermano. Este acabó luchando a pie como el mismísimo *Iblis* y mató a todo el que se puso por delante. Yamílah había visto pocas

veces luchar así a Mahmud. Al final, los emeritenses consiguieron huir, aunque perdieron a la mitad de sus hombres. Las piernas y los glúteos de la amazona ardían como si la hubiesen azotado, a pesar de estar acostumbrada a montar. En aquella fría noche, llegó el momento de parar: si las heridas enemigas no los mataban, el cansancio se encargaría de hacerlo.

«No ha costado mucho convencerle...», pensó mientras contemplaba a su fatigado deudo.

Yamílah se incorporó, incapaz de dormir, y acarició el rostro de su hermano tras arroparlo. Comenzó entonces a caminar, envuelta en pieles y espada al cinto, por las fantasmales ruinas de aquel vetusto emplazamiento, mientras escuchaba en el silencio de la noche el rumor de un arroyo cercano. Los hombres que vigilaban los alrededores le aconsejaron descansar de forma insistente. Como no tenía ganas de discutir, tras el corto periplo, se acercó de nuevo al fuego y lo avivó. Luego, rebuscó entre sus fardos y extrajo un viejo libro, un regalo de su difunto esposo, traducido por el obispo Ariulfus. Admiró la cubierta deteriorada, los cantos desgastados y sintió su frío tacto al abrirlo. Las ramas crujían ante las llamas en un hipnótico oscilar, pero no molestaban el reposo de sus compañeros.

Se trataba de las anotaciones de una joven *rumiyya* que pasó su infancia en *Al-Alanh*, para tratar e sus aguas termales ciertas dolencias que padecía. Leer todas aquellas vivencias, transcurridas en la Antigüedad, le daba la sensación de viajar atrás en los días y sumergirse en la vida de otra persona como si fuera propia. Aquella cristiana era lo más parecido a una amiga que tenía, por extraño que pareciese. Como a ella, le gustaba mucho pasar las mañanas en las agradables aguas de los baños y caminar entre sus jardines. A Varidia, así se llamaba la muchacha, su estancia allí le había permitido conocer a alguien especial con quien contraería matrimonio. Sin embargo, no todo había sido felicidad para ella. Igual que Yamílah, tuvo que aguantar las miradas lascivas de algunos hombres cercanos que la rodeaban, que veían su soledad e independencia como rarezas de una mujer que necesitaba un buen hombre a su lado. A la amazona se le erizó el vello al imaginar que el repugnante Marwán ibn Yunus la hubiese observado a escondidas mientras tomaba uno de sus baños.

Desechó aquellos pensamientos e intentó leer algunos pasajes a la luz de la hoguera, pero, al poco tiempo, comenzó a dolerle la cabeza. Cerró el libro, desanimada, se recostó otra vez y trató de conciliar el sueño.

Recordaba con frecuencia a Suleymán. Lo había llorado durante muchas noches y, ahora que faltaba, echaba de menos sus consejos, aunque muchas veces eran contrarios a sus propios criterios. También sus cuidados, gentiles y respetuosos, y la ternura con la que la trataba como si fuera una niña, a pesar de que le fastidiaba. Fue él quien se sacrificó por Mahmud, como señuelo, tras dedicarle aquellas últimas palabras: “Tu hermano es la verdadera alma de *Márida*. Si deseas recuperar nuestro hogar, cuida de él, no importa lo que cueste”.

«Nunca lo olvidaré, Suleymán. Lo salvaste. Nos salvaste. Como hace tantos años...».

Las lágrimas inundaron sus ojos. De pronto, un cálido roce la sacó de sus recuerdos. Su hermano sujetaba, quejumbroso, su malherido costado, y sus ojos cansados la observaban.

—Yo también lo echo de menos —dijo Mahmud en voz baja, y le limpió el rostro con su curtida mano—. Daría lo que fuera por que estuviese con nosotros.

—¿Pedirías el perdón al Emir? —preguntó ella.

Mahmud se retiró un poco, malhumorado, haciendo un leve gesto de dolor al erguirse. Ya habían hablado de aquello en otras ocasiones y nunca llegaban a entenderse. Tras la muerte de Suleymán, la idea de la paz con *Qúrtuba* y de intentar llegar a un acuerdo con el Príncipe se había fortalecido en ella. «¿Realmente merece la pena todo esto? Él estaría vivo y todos seguiríamos en casa». Su hermano, por el contrario, tenía ideas bien distintas respecto a cómo enfrentar la situación.

— *Márida* debe ser libre —dijo él con orgullo—. Su glorioso pasado lo afirma. No debe estar a la sombra de nadie. Es hermana de *Tulaytula*, y en ningún caso hija de *Qúrtuba*.

La joven se incorporó y lo miró a los ojos.

—Sabes tan bien como yo que no volveremos —le increpó ella—. *Márida* jamás será libre mientras *Qúrtuba* ostente el mayor poder de Occidente.

—Los cristianos nos ayudarán —argumentó el bereber—. A ellos les interesa restar fuerza a sus enemigos, y ¡qué mejor forma de hacerlo que arrebatarnos nuestra bendita ciudad!

—Puede que nos acojan gracias a Ariulfus, pero jamás darán apoyo a esta causa. ¿Crees que si hubiesen podido, no habrían intentado ya conquistarla?

—Se cuentan grandes historias sobre el Rey cristiano, hermana. Dicen que arrasó *Al-Ushbuna*¹⁷⁰, que golpea sin piedad a los *aynad* cordobeses para luego desaparecer. Ni siquiera Abd al-Karim *e Terco*¹⁷¹ pudo apresarlos cuando arrasó su capital...

— *Al-Ushbuna* no es *Márida* ...

—Nosotros conocemos caminos, rutas y montañas —insistió Mahmud—. Les será mucho más fácil así. Además, intentaremos vengar a Suleymán.

—¡Suleymán está muerto! —alzó la voz la mujer. En ese momento, un gran grupo de pájaros despertó en una arboleda cercana y surcó los cielos—. ¡Dio su vida por protegernos!

Mahmud se mordió la lengua y las palabras se extinguieron en sus labios antes de pronunciarlas. Se giró, con su duro rostro de piedra, y caminó hacia los hombres que guardaban los alrededores del campamento.

«No me ha abofeteado, aunque lo habría hecho de buena gana».

A la jornada siguiente, la claridad del día comenzaba a mostrarse, tímida y gris, cuando subieron a sus monturas y reanudaron la marcha, abrigados en curtidas pieles.

Las semanas de viaje hacia el norte se hicieron largas, pues avanzaban con cautela, explorando el terreno con antelación. Las asperezas entre los hermanos se limaron durante el camino, como de costumbre, y no volvieron a hablar sobre *Márida* ni sobre Suleymán. Dejaron atrás caseríos cristianos, molinos abandonados y bosques cada vez más oscuros, hasta que entraron en una tierra

de brumas y lluvias constantes. Llegó un momento en el que durante las mañanas la niebla los envolvía, de tal forma que parecían morar en un continuo hechizo que se aferraba a sus pieles y les cegaba más allá de un palmo. Las noches eran aún peores, llenas de sombras y fantasmas. Conforme cabalgaban, un frío halo de lobreguez azulada lo impregnaba todo, en parte debido a la luna, encarcelada tras las nubes. Las arboledas no se distinguían de las montañas lejanas hasta que el horizonte se encabritaba en un pálido color rojizo; entonces, regresaban la niebla y el diluvio. Todo aquello era inquietante, pero lo que más le erizaba el vello era el eterno silencio, apenas quebrantado por la naturaleza.

«Jamás había estado tan lejos de *Márida*. Parece que estas tierras estén en un luto perenne. ¿Será por mí?».

* * *

Aquella tarde, casi anocheciendo, solo se escuchaba el ulular de los búhos. El sendero discurría por un tupido bosque de pinos verdes que apenas dejaba pasar la poca luz diurna que restaba. Mahmud caminaba, riendas en mano, mirando con nerviosismo a ambos lados del camino. Hacía frío, y todos tenían la sensación de estar siendo observados.

—Hermano, estamos adentrándonos en una tierra extraña, herida y que anhela el desagravio —dijo Yamílah apenas en un susurro—. Cada año es castigada, cada mes es amenazada, cada día tiene que sobrevivir ante el poder que mora en el sur. Un animal moribundo es muy peligroso, y de poco nos servirá este escrito de Ariulfus ante la mayoría de esos bárbaros. No estaremos más a salvo que ante Ibn Rustum...

—Te aseguro que en manos del *Buitre* ya estaríamos muertos. Confía en Ariulfus, Yam. Confía en mí.

Pero el único atisbo de vida y bondad que habían encontrado en semanas fue un hermoso manantial, que rompía con su fluir la tristeza del paraje. Poco después, se toparon con una colina adornada por árboles envueltos en bruma, estoicos espectros, y la magia de las aguas se desvaneció.

Tras una larga caminata, abrazados ya por la noche, llegaron a un claro del bosque donde el sendero se ensanchaba y podía observarse el cielo estrellado. Cerca de la senda, se erigía un deteriorado albergue de viajeros, cuyas maderas parecían devoradas por el tiempo y la humedad. Cuando se dispusieron a atar sus caballos a los postes que aún quedaban en pie, una sombra apareció entre los escombros. Yamílah asió la empuñadura de su espada y tensó sus músculos con el corazón encogido.

La figura, inmóvil y encapuchada, levantó su mano izquierda. Varias decenas de hombres aparecieron en la linde, rodeándolos.

«Arqueros... Llevan untadas de mugre las puntas de sus flechas para que no brillen en la oscuridad. Son demasiados, ¿cómo habrán sabido que veníamos?».

—Que Dios esté contigo, viajero —dijo Mahmud en la jerga latina y relajó sus músculos, con resignación—. No queremos causar problemas.

—No podríais causarlos. ¿Lleváis el salvoconducto?

La voz era de un varón, quizá joven. Los hermanos se miraron con desconcierto. La muchacha asintió ante la duda del bereber.

—Sí —contestó Mahmud, un tanto sorprendido—. Dejad que os lo muestre.

Rebuscó entre los pliegues de su ropa y alzó el pergamino escrito por Ariulfus. A la luz de la luna, sólo se distinguía el hermoso crismón que el obispo había dibujado con esmero.

—Colócalo en el suelo y retrocede, junto a ella —ordenó el desconocido. Así lo hizo Mahmud.

Tras inspeccionarlo, el encapuchado dio un silbido y uno de sus hombres apareció de pronto, procedente de la maleza, con una pequeña antorcha encendida. «¿Cómo es posible que no hayamos visto?». Vestía igualmente una de aquellas capas grises que los confundían con el entorno en la noche. Para comprobar la carta, el recién llegado echó hacia atrás su embozo y resultó tener la cara tiznada. Sus ojos claros brillaron a la luz del fuego.

«El cabecilla no sabe leer...».

—Es de Ariulfus —confirmó el lector—. No hay duda, es latín culto y el sello no es falso. En este escrito se apela a la piedad del Rey, para que acoja a los enemigos de su enemigo.

El líder, oculto tras sus ropajes, agarró la antorcha y el pergamino, y se encaminó hacia los hermanos. El segundo, tras la luz de la tea, permanecía erguido, con un arco y una aljaba a la espalda.

—Como ves, nuestro destino es *Bracara* —dijo Mahmud y se colocó ante Yamílah, protector—. ¿Por qué conocías el salvoconducto?

—Otros han llegado antes que vosotros —replicó el cristiano. En ese momento dio otro silbido, y más hombres asomaron entre los arbustos. Escoltaban a una docena de prisioneros, maniatados y amordazados. Yamílah pudo discernir al anciano Samir con sus ropajes sucios y desgarrados. Dos custodios lo colocaron de rodillas frente al adalid. Sin embargo, Amín no estaba entre los cautivos. «Dios misericordioso, no me lo arrebatas también...».

—Os estáis equivocando, mi señor —advirtió el bereber, cuyo acento se pronunció por el nerviosismo—. Esos hombres solo pretendían encontrarse conmigo a las afueras de *Bracara*, nada más. Venimos por y para la paz.

—Sus espadas son prueba fehaciente de sus intenciones pacíficas —comentó el del rostro tiznado y sonrió con dientes blancos. El resto de sus compañeros rieron, lo que distendió el ambiente.

—Hemos de protegernos en estos caminos —protestó el bereber.

El embozado cabecilla de los cristianos descubrió su rostro. Ambos hermanos mostraron sorpresa en sus semblantes cuando echó hacia atrás la capucha y dejó al descubierto sus rasgos: su cabello era largo, de un color cobrizo, y estaba recogido tras la nuca; su cara poseía gran belleza, casi

femenina, aunque mostraba líneas firmes debidas a su fuerte complexión. Los ojos eran de un verde suave, esmeraldino, que brillaban bajo la luz de la tea, y parecían conferirle una tristeza natural a su mirada.

«Es muy hermoso. Parece un ángel».

—Mi nombre es Gatón, señor de *Bergidum*¹⁷²—dijo el cabecilla. Acto seguido, alzó el escrito de Ariulfus—. Este pergamino os salvaguarda, Mahmud ibn Abd al-Yabbar, pues aquí se respeta a los vicarios de Cristo. Depondréis vuestras armas, os someteréis y seréis conducidos a *Bracara* como cautivos, donde se decidirá vuestro destino.

—Jamás nos someteremos —interrumpió Yamílah—. No somos esclavos, sino gentes de bien que buscan aliados en el norte. ¿Os creéis con la potestad de encadenarnos? Liberad al anciano, ¡ahora!

—Desde luego —dijo el cristiano, y propinó una fuerte patada en la espalda a Samir que lo hizo caer por tierra.

Ella desenvainó la espada y sus adversarios hicieron lo propio.

—¡Yamílah, no! —escuchó la voz de Mahmud.

Después de todas las desgracias que venían sufriendo, abandonando todo cuanto importaba, no estaba dispuesta a dejarse capturar tan fácilmente ni permitir que se le hiciese daño a sus seres queridos. Había depositado, casi contra su voluntad, todas sus esperanzas en aquellos cristianos que ahora querían someterla como a una vulgar bandida.

«Haré lo que debimos haber hecho siempre. Luchar y, si es menester, morir».

La guerrera se abalanzó hacia los dos custodios, liberando toda su ira. El primero sujetó su garganta ensangrentada y el segundo comenzó a gemir, echado por tierra, con las vísceras desparramadas a su lado. La muchacha saltó por encima de Samir y embistió a Gatón, trazando en el aire dos tajos oblicuos que lo obligaron a retroceder. Con el tercer ataque consiguió que su contrincante abriese la guardia, y el cuarto hizo que el pelirrojo cayese al suelo y perdiese su arma y la antorcha. La bereber se dispuso a colocar la punta de su espada en el cuello del rival. No fue así, pues un lacerante dolor recorrió su antebrazo y la obligó a soltar el hierro. Yamílah gritó, se arrodilló y pudo comprobar que una saeta estaba incrustada a medio palmo de la muñeca. Entonces, escuchó unos pasos que se le acercaban desde el frente y advirtió la silueta del lector del salvoconducto. Sus ojos brillaban entre un rostro fuliginoso, y tensaba la cuerda de su arco con otra lóbrega flecha preparada para rematarla.

—No te preocupes —dijo él—. La herida es limpia y sanarás pronto. Nunca olvides que puedo acertarte entre los ojos.

—¡Mátala, *Carasucia* ! ¡Es un demonio! —se escuchó desde el bosque.

—Desde luego que, a golpe de espada, podría acabar con todos nosotros —respondió el aludido y aguardó a que Gatón se pusiera de pie—. ¡Patanes! ¿Me creéis capaz de quitar la vida a una mujer

herida?

—¡Dejad a mi hermana! —gritó Mahmud con furia e interpuso su cuerpo para protegerla—. ¡Tenemos el salvoconducto! ¿Qué clase de creyentes sois?

—Nadie os hará daño... —Gatón hizo una pausa para recuperar el resuello—. Si mostráis respeto... Te recuerdo que ha sido ella quien nos ha atacado...

Los cristianos de ropas grises miraban a Yamílah con incredulidad. El hecho de que hubiese matado a dos hombres y derribado a Gatón comenzó a provocar comentarios entre ellos, susurros; otros hacían bromas con gestos que ella no comprendía, sin romper la quietud de la noche. En aquel momento se sintió desprotegida, casi desnuda, por lo que aferró la mano de Mahmud y este se la apretó, reconfortándola.

—¡ *Frater Avarus!* —llamó el tal *Carasucia* .

De entre la maleza apareció un hombre extraño. Vestía ropajes de monje y mostraba el cabello muy corto en el que empezaban a notarse las canas. Los ojos eran ligeramente saltones, y tras la prominente chepa surgían dos brazos flacuchos que acababan en dedos largos y torpes. Su mirada era esquiva, y sus labios estaban impregnados por repugnantes babas.

— *Frater* , ocúpate de sacar la flecha para lavar y vendar el brazo de la mujer —dijo Gatón—. *Carasucia* , reúne a los guías y partamos hacia *Bracara* .

Una vez que aplicaron los cuidados a Yamílah, reanudaron la marcha. Ninguno de los nuevos acompañantes llevaba armadura ni escudo: tan solo portaban ropas cómodas, las capas, los arcos y unas hojas cortas al cinto.

«Parecen rastreadores. Se diría que conocen estos bosques bastante bien, incluso que viven aquí, alejados de las ciudades, apartados de sus seres queridos, si es que tienen. ¿Qué harán realmente con nosotros?».

* * *

El trayecto hacia la ciudad se hizo largo.

«El miedo, el frío y el dolor no son buenos compañeros de viaje».

Al principio, el malestar en el antebrazo era insoportable, aunque tras las curas del *frater Avarus*, que usó una cataplasma hecha de corteza de árbol triturada en agua, Yamílah comenzó a notar que la herida sanaba por momentos.

Por las mañanas, solo les acompañaban unos cuantos hombres, con el líder a la cabeza. No intercambiaban palabras con ellos; sin embargo, les daban comida, una especie de tortas secas hechas con harina de bellota y un cuenco con agua. En los días posteriores, cambiaron el agua por una bebida fuerte que no había probado antes. Al primer sorbo, Yamílah rechazó el recipiente poniendo cara de asco y los custodios rieron con ganas.

«Es fermentada. Está demasiado fuerte. Debe ser pecado».

Mahmud, no obstante, engullía con ganas el contenido de su jarro, de una vez, y los cristianos chocaban sus codos entre ellos y comentaban la gran capacidad para beber de su prisionero.

«Sabe que no debe hacerlo, pero quiere ganarse su respeto. Siempre lo consigue».

Uno de los cristianos, de espalda y hombros muy anchos y con parte del mentón quemado, acabó el último bocado de la torta de harina y se ofreció a rellenar el tazón del bereber, que asintió con una sonrisa tras limpiar su barba. Aunque Mahmud le sacaba más de un palmo de altura, los brazos del cristiano se asemejaban a troncos de árbol.

—Dicen que los sarracenos tienen tantas mujeres que las aborrecen, y prefieren los culos de los niños —comentó el escanciador—. Que no beben porque no son hombres, y que tampoco son capaces de comer cerdos, porque sus estómagos son afeminados.

—Les sobran las fémias, así que las envían a la guerra —dijo otro, calvo y sonriente, e hizo un gesto con la barbilla hacia Yamílah.

Ella se puso pálida. Conocía a su hermano y la pelea estaba servida. En *Márida*, había visto cómo rompía la cara de un converso por mucho menos que aquello.

—Yo tengo entendido que los galaicos son tan borrachos que se comen a sus mujeres y fornican con sus cerdos —respondió Mahmud, con gesto burlón bajo la barba.

—Vamos *Verres*, no pongas esa cara —dijo el calvo a quien servía la bebida, y le propinó un codazo—. A tu primo *el Bebeciénagas* le ha pasado, aunque él prefiera a las vacas...

La risa comenzó en el hombretón, y fue tan escandalosa que todos estallaron en carcajadas. Incluso la muchacha se vio obligada a sonreír. La diversión se les acabó cuando el cabecilla de los encapuchados apareció.

—Os he dicho que no habléis con los sarracenos —dijo con voz severa—. Ahora vamos, debemos irnos.

Los subordinados apuraron sus vituallas y, tras tomar sus fardos, retomaron la marcha en silencio.

Tras dos duras jornadas más, *Bracara* se alzaba ante ellos. Sus viejas murallas, derruidas en muchas zonas, no restaban ni un ápice de grandeza al emplazamiento. Durante todo el camino hasta allí, apenas si divisaron alquerías dispersas por los montes y colinas, y casi siempre se situaban cerca de los arroyos. Ahora contemplaban, por fin, estructuras que les recordaban a *Márida*.

«¿Cuántas veces ha cambiado de manos este lugar?».

Entraron en la ciudad bajo un cielo húmedo donde la luna brillaba con fuerza. Las antorchas chispeaban en las torres que circundaban el lugar, muchas de ellas acabadas en madera sobre las ruinas de piedra. Yamílah intuía que en cada cúspide debía de haber varios arqueros. A lo lejos, se escuchaban gritos de festín y ladridos de perros. La arcada de piedra que vigilaba la entrada

proyectaba una gran sombra y, a su amparo, dos hombres pertrechados aguardaban a la comitiva y eran protegidos por una amplia guarnición. Tenían los rostros serios: el primero, mucho más alto que Mahmud, permanecía en silencio mesando su barba castaña; el segundo, de menor estatura y mayor edad, cruzó unas palabras con el cabecilla de los Capas Grises. Parecían estar disponiendo el trato que se le iba a dar a los prisioneros o, al menos, eso creyó Yamílah. Los fieles a su hermano que viajaron hacia el norte se encontraron con una desagradable bienvenida. La muchacha no pudo escuchar la conversación, por lo que su nerviosismo creció con fuerza. Si solo acogían a su hermano y a ella, poca esperanza quedaría para regresar a *Márida* algún día.

Tras dar el salvoconducto al anciano y señalar hacia los hermanos, Gatón se despidió con prisa, agrupó a sus hombres y desapareció con ellos por las calles de la ciudad, llevándose a los cautivos. El corazón de la joven latía con fuerza. «¿Los volveremos a ver?».

La guarnición miraba a los hermanos con ojos desconfiados bajo sus capuchas. El noble de menor estatura, de huesos anchos y manos curtidas, se colocó ante los sureños junto al gigante, y los saludó afablemente.

—Bienvenidos, defensores de *Emerita* —dijo con voz ronca—. Mi nombre es Álvar, señor de *Bracara*, y él es Petrus Theo, guardián de *Turoqua* ¹⁷³.

—Es un honor ser recibidos por tan ilustres magnates —contestó el bereber e inclinó su cabeza en señal de respeto—. Yo soy Mahmud ibn Al-Yabbar, y ella es mi hermana Yamílah, capitana de mis oteadores. Traemos las bendiciones de Ariulfus para vosotros. Sin embargo, me temo que no todo es dicha.

—Extrañas bendiciones —masculló Álvar entre dientes, sin dejar de mirar al bereber—. En cualquier caso, el padre de Ariulfus sangró junto a mí en batalla, y por ello el obispo tiene mi respeto. ¿Qué atormenta al joven prelado?

—Nuestra ciudad ha caído en manos del Príncipe de *Qúrtuba* —continuó Mahmud—, y Ariulfus ha tenido que abandonarla. No quiso acompañarnos, pues no podía dejar sin pastor a los cristianos emeritenses, y eran demasiados para pasar desapercibidos ante los ojos del *Buitre Negro*.

Álvar ensombreció su mirada.

—No te confundas. Los cristianos que tú conoces pueden parecer ovejas, pero nosotros somos lobos. No obstante, el salvoconducto os permitirá ser escuchados por el Rey. Mañana partiremos hacia *Lucus*. Ahora podréis descansar. —Invitó a los hermanos a seguirle.

Yamílah miró a Mahmud y mostró sus dudas en un gesto inexpresivo, algo que sólo alguien que la conociese a la perfección podría discernir.

«El alto me eriza el vello, pero... ¿Por qué este anciano me inquieta más?».

El bereber la cogió del brazo con dulzura, la instó a caminar junto a él y se volvió hacia su anfitrión, prudente.

—¿Qué pasará con mis hombres? —preguntó mientras señalaba las calles por donde habían

desaparecido.

—Ah, tus hombres... —Álvar sonrió con afabilidad—. Permanecerán custodiados aquí hasta que el Rey decida qué hacer con vosotros.

El rostro de Mahmud demudó por un momento hacia el odio, aunque recuperó la compostura con rapidez. El viejo no dejaba de sonreír y el corpulento caminaba silencioso.

—No te preocupes por ellos —prosiguió el anfitrión—, pueden sentirse afortunados...

—¿Afortunados por morar en una lúgubre mazmorra? —planteó Mahmud, parándose en mitad del trayecto. Yamílah apretó el antebrazo de su hermano con fuerza, para aconsejarle que abandonase aquella actitud.

—Afortunados por seguir con vida —aclaró Álvar—. No todos han sido capturados. Muchos otros han muerto antes de pisar estas tierras, bajo nuestras espadas y flechas.

Yamílah notó cómo sus tripas se encogían y sus piernas le fallaban. La herida comenzó a dolerle con fuerza: un intenso pinchazo le recorrió desde la muñeca hasta el hombro. Ahora entendía mejor que nunca las palabras que Arband *el Franco* le dijo en *Márida* : "...donde los hombres tienen corazón de hierro". Acarició con disimulo el colgante con forma de rosa que había bajo su ropa, en busca de una vana esperanza.

—Sigo sin ver fortuna alguna —insistió el bereber.

—Tenéis suerte de que hayamos podido aplacar al gobernador Ranemirus —dijo Petrus con voz cavernosa, hablando por primera vez—. Él quiere mataros a todos.

¹⁶⁹Asentamiento en Alconétar, en Extremadura.

¹⁷⁰Lisboa.

¹⁷¹Abd al-Karim, *el Terco* : general de las fuerzas cordobesas que asoló el norte peninsular durante finales del s. VIII y principios del s. IX, obsesionado con capturar al rey Adefonsus *el Segundo* .

¹⁷²El Bierzo, en León.

¹⁷³Pontevedra, en Galicia.

CAPÍTULO 26

LAS NIEVES DE *RENZEVAL*

Algún lugar del *Pirineo*,

Marca Hispánica, Frankia.

Enero de 835 d.C.

Apenas si podía cerrar las manos. El intenso frío matinal atenazaba su cuerpo y lo sumía en un letargo que convertía cada movimiento en un martirio. Hacía varios días que el cielo estaba cubierto por un eterno velo gris, nebuloso, que impedía pasar los rayos de sol y descargaba copos de nieve sin cesar.

«Mi cabeza continúa sobre los hombros, pero voy a morir congelado».

Tras dos jornadas de extenuante marcha por el antiguo camino romano que cruzaba el *Pirineo*, la *scara* había acampado en un estrecho claro que la tupida vegetación ofrecía. Proscritos y acusados de traición, Faramund y una treintena de hombres leales dejaban atrás las tierras que les habían visto crecer, perseguidos bajo pena de muerte. Sin *villae*¹⁷⁴ ni refugios cercanos en los que guarecerse, las enormes montañas boscosas que los rodeaban se erguían como los muros de una prisión. Los hayedos circundantes, otrora pardos y dorados, parecían ejércitos espectrales vestidos con níveos atavíos, purgando sus almas a la espera de ascender a los cielos. Su aguardo era acompañado, desde la distancia, por los aullidos de los lobos que poblaban aquellas cimas que parecían acariciar el cielo.

Para mantener calientes a las monturas, improvisaron un establo parapetado tras un ventisquero, con un tronco hueco y marchito como abrevadero. Faramund, lacerado por el frío, desenvainó su *scramasax* con dificultad y golpeó con la empuñadura la capa de hielo que se había formado sobre el agua y que impedía beber a las bestias. Como aquella frágil lámina, sentía que su vida se resquebrajaba. Se enfrentaba a un destino incierto, pues todo su mundo había quedado atrás: su familia y su hogar, otra vez en manos de su cuñado; sus ideales, rotos junto a aquella imagen de Lotharius huyendo de *Paris*; y Tessa...

«Es lo mejor, pequeña».

Todavía conservaba el sabor de las lágrimas de su prometida en los labios tras la última noche que pasaron juntos en *Argentoialum*. La despedida fue amarga, mucho más de lo que había imaginado. «No merezco a esa mujer. Es lo mejor para ambos», trataba de convencerse. Sin embargo, el llanto de Tessa retumbaba en sus sienes, suplicante y resignado a la vez.

Una cortante racha de viento hizo que Faramund se arrebujase en sus gruesas lanas frisias. Observó, preocupado, a las monturas mientras bebían y percibió el frío pesar de los animales, que exhalaban un denso vaho por sus ollares.

«Son tan fieles como mis hombres. Sólo espero que todos sobrevivamos a esto».

Desde que partió de *Suessionum*, no había mirado hacia atrás hasta ahora. El Todopoderoso se aseguraba de que no pudiesen regresar, ya que la nieve sepultaba aquel sinuoso paso de montaña. Únicamente cabía avanzar hacia *Hispania*, hacia aquella tierra de sombría reputación que, no obstante, suponía la esperanza de volver a encontrarse con su padre. Por ello, sortearon los caminos principales y, después de meditarlo mucho, decidieron cruzar aquel *limes*¹⁷⁵ montañoso por el paso occidental.

Unas pisadas titubeantes lo desligaron de sus propios recuerdos. Se giró para ver quién se acercaba y advirtió, entre la nevasca, la recia figura del acólito Pacatus envuelto en varias capas

de saco. Pese a no ser un hombre de armas, el diácono tenía una complexión fornida de nacimiento. Miró a Faramund con un atisbo de esperanza en su rostro y la barba cubierta de escarcha.

—El padre Hanne se ha despertado —dijo con una sonrisa—. Parece que el viejo quiere seguir dando sermones.

Ambos se dirigieron a los pabellones que aguantaban, a duras penas, el peso de la nieve. Las carpas estaban dispuestas en forma circular, protegidas por la linde del bosque que hacía las veces de empalizada natural. Un pobre fuego ardía en el centro del asentamiento y algunos miembros de la *scara* se arremolinaban en torno a él. Los guerreros, con rostros llenos de determinación, saludaron en silencio cuando la pareja se adentró en el cobertizo que albergaba al anciano. Una vez en el interior, Faramund sintió la amarga calidez y el dulzor fúnebre de la enfermedad. Custodiado por Clovis, el padre Hanne yacía bajo gruesas mantas en un camastro junto a la lumbre. El agradable rostro del religioso estaba demacrado y consumido, y sus blancos cabellos tonsurados se adherían a su frente, sudorosos. Al verlos entrar, Hanne forzó una tímida sonrisa. Faramund se arrodilló ante él, besó su mejilla con cariño y notó la dureza de su huesudo pómulo bajo el suave tacto de su ajada piel.

—Me alegra que estés mejor, padre Hanne —dijo el caballero con la voz quebrada por la emoción.

—Mi cuerpo arde como el agua hirviendo, hijo mío, y aun así tengo frío —saludó el anciano en un susurro—. Me encuentro mejor, aunque siento que Dios ya me reclama. Busca dos ramas, haz una cruz y talla mi nombre en ella —añadió sin tristeza en su voz—. Este es un buen lugar para morir...

—Perdóname, padre Hanne... —A Faramund le costaba mantener la entereza y las lágrimas se agolparon en sus ojos—. Jamás debí dejarte venir conmigo.

—No hay nada que perdonar, hijo mío. —La voz brotaba con esfuerzo de sus secos labios—. La decisión no fue tuya en ningún momento. —Tragó con dificultad—. Ahora todos debéis partir cuanto antes. La muerte de un anciano no vale nada comparada con la de treinta hombres valientes. Debes sacar a tu *scara* de esta tumba helada.

Faramund recordó la silenciosa columna de jinetes que le acompañaba. Ellos también estaban dejando atrás tierras y familias, algunos con mujeres e hijos, por cumplir un juramento que ya no tenían por qué acatar.

«No los merezco. Valen más que un imperio».

—El mal tiempo arrecia y la carreta no podrá rodar bien por estos caminos nevados —dijo Faramund—. Además, el lugar hacia donde nos dirigimos es muy peligroso. —Hizo una pausa, suplicando comprensión con la mirada—. Necesitamos que el cielo se abra para poder continuar...

—La cuestión no es hacia dónde marchamos —interrumpió Pacatus—, sino cuándo partimos. Para los peregrinos, el invierno es más cruel que la guerra.

—No podíamos permanecer más tiempo escondidos —contestó Faramund a la puya, molesto—. Atravesar *Perthus* ¹⁷⁶ no era una opción, pues nos acercaba demasiado a *Tolosa* ¹⁷⁷ y, por si no lo recuerdas, ahora mi cabeza es tan deseada como el oro de los Ávaros, y a vosotros os quieren colgados de un árbol. Había que salir de allí —sentenció.

—En *Pictavium* hubiésemos podido esperar —replicó Pacatus—. Con estas inclemencias tan despiadadas, es una locura cruzar *Renzeval* ¹⁷⁸...

—¡No vuelvas a pronunciar ese nombre maldito! —amenazó el de *Suessionum* y provocó un silencio incómodo.

Aquel lugar por el que transitaban era el Infierno para los francos, al menos para quienes conocían las viejas historias.

«Solo oír su nombre me produce escalofríos. Pronto comprenderé lo que sufrió mi abuelo».

Sin embargo, sabía que ambos religiosos tenían razón: no podía sacrificar a treinta hombres por salvar a un ser querido, ni evitar *Renzeval* por superstición. Faramund se puso en pie, decidido, e hizo un gesto a Clovis para que se acercase.

—Avisa a los demás. Partiremos cuanto antes.

Clovis miró al convaleciente, quien sorbía a duras penas un humeante cuenco ayudado por Pacatus. Luego interrogó a Faramund con un gesto, y este se mantuvo firme en su decisión.

«No nos queda más remedio, mi leal amigo», pensó.

Así pues, Clovis abandonó el pabellón para que el resto de los hombres preparasen la partida.

—No deberíais vacilar sobre vuestro destino por la palabrería del populacho, mi señor —comentó Pacatus. El *scriptor* se incorporó tras dejar, prácticamente intacta, la escudilla de sopa junto al camastro—. Sólo Dios decidirá si somos dignos de cruzar el paso o, por el contrario, no merecemos tal proeza.

—El nombre que has mencionado no se pronuncia entre nuestras gentes desde antes de la muerte del Gran Karolus —informó Faramund—. No seremos nosotros quienes hagamos retorcerse en su tumba al *Viejo Rey*.

—La grandeza de Karolus no debería ser ensombrecida por tan triste recuerdo —comentó Pacatus.

—¿Qué sabes tú, clérigo? —interpeló Faramund—. No tienes ni idea de lo que allí aconteció. El silencio, la quietud, las sombras en las laderas de las pérfidas montañas. Los gritos de los hermanos de armas y los lamentos de sus monturas entre la bruma, atacados por enemigos invisibles. La respiración contenida y las espadas prestas de quienes aún no habían sido presas de la muerte que se arrastraba hacia ellos. El terror de saber que iban a morir sin poder defenderse como los valientes luchadores que eran... ¿Qué sabes tú, *scriptor*, desde tus libros y tu vida apartada en el monasterio? ¿Acaso has compartido la mesa con los familiares de los caídos?

¿Acaso has visto el pánico en sus rostros al recordar la tragedia, herederos de aquel horror? Mi abuelo murió en la maldita emboscada. A pesar de la masacre entre los nuestros, se cuenta que gritaba “victoria o muerte” cada vez que mataba a un enemigo, sabiendo que jamás saldría con vida. Tan sólo espero no correr su misma suerte. Alguna maldición alberga este lugar...

—No temas, hijo mío —dijo el padre Hanne desde la cama, antes de que Pacatus replicase—. El alma de Karolus vela por ti desde los cielos. Tú eres ahora *el Dragón Negro* .

La imagen de Lotharius huyendo junto a Hucus acudió a la cabeza de Faramund. El último *Dragón Negro* había resultado ser ruin y cobarde. La decepción y el respeto le impedían portar el pendón que viajaba doblado entre los fardos de su caballo.

—Ese apelativo me viene grande —dijo Faramund al fin—. Únicamente los reyes pueden ser nombrados así.

—No solo los reyes han portado el pendón —aclaró Pacatus, que pareció ver la duda en la cara de Faramund—. Karolus otorgó su beneplácito para que algunos de sus *fideles* portaran su estandarte en la guerra. Unruoch ¹⁷⁹, *el Cazador del Este* , que según he oído combatió junto a tu padre, fue el último antes de Lotharius.

—La insignia del dragón se utiliza entre los guerreros francos desde hace mucho tiempo, hijo mío. —El padre Hanne hizo un esfuerzo por incorporarse. Faramund y Pacatus se apresuraron a ayudarlo—. Es un animal fuerte y de visión aguda, celoso custodio de su guarida. Karolus supo que para nuestros enemigos paganos, portar el dragón significaba dominarlo, lo que causaba miedo entre sus filas. —Hanne hizo una pausa para recuperar el aliento y humedecer sus labios—. Para los cristianos, el *Viejo Rey* organizó una ceremonia donde se consagró y bendijo el pendón, signo de la victoria de Dios sobre los ídolos falsos. En aquel rito se recordó a nuestro primer rey, llamado Faramund, que portaba en las batallas un estandarte rojo con un dragón negro.

Al de *Suessionum* se le erizó el vello. Sabía que su nombre procedía de un rey antiguo, pero acababa de descubrir que fue el primer *Dragón Negro* . «Sólo tú eres digno de portar ese pendón» las palabras de Lotharius sonaron en su cabeza. Las desechó de inmediato. No quería pensar en la persona que se escabulló como un cobarde, dejando atrás el honor y la justicia.

—Es posible. —Faramund aceptó a regañadientes—. Aunque tal y como cuentan los ancianos, *el Dragón Negro* jamás ha viajado adonde nos dirigimos.

—En eso estoy de acuerdo con vos —concedió Pacatus—. Según recuerdo de algunos escritos, cuando Karolus marchó hacia *Hispania* , dejó el estandarte en *Bordigala* ¹⁸⁰, instado por Ludovicus que prefería la Santa Cruz como símbolo. Muchos creyeron, después, que el lábaro con la sierpe alada le habría ayudado en su aventura y que fracasó por no portarlo. No obstante, el lugar al que nos dirigimos es de por sí un dragón —meditó el religioso en voz alta.

—Sin duda los designios de Dios son misteriosos —dijo Hanne, que se mostraba más recuperado—. Faramund, como siempre dice tu padre: “En *Gallaecia* , los hombres tienen corazón de hierro”... —Tosió y su menudo cuerpo se estremeció—. Aun así, tienen almas de fuego y son amigos de sus amigos. Seremos bien acogidos por Adefonsus. Seguro que recuerda a este

decrépito religioso que, una vez, le ayudó a recuperar su trono.

Escuchar hablar al padre Hanne en aquellos términos levantó el ánimo de Faramund. A pesar de la fragilidad que presentaba, el antiguo abad de *Sanctus Medardus* había demostrado en infinidad de ocasiones ser duro como el sarmiento.

—Pacatus —Faramund puso su mano sobre el hombro del religioso—, si Dios lo quiere, enarbolaremos el pendón en memoria de todos los caídos. *El Dragón Negro* nos protegerá y saldremos de esta. Ayuda al padre Hanne... vamos a abandonar este frío lugar.

—Os olvidáis de algo, mi señor —apuntó Pacatus—. Un emblema de por sí es un trapo mal cosido.

—¿Qué quieres decir...?

—Que *el Dragón Negro* sois vos.

* * *

Tras varias jornadas de dura marcha, las nubes parecían estar más altas. La cerrada cortina de nieve dio paso a unos finos copos que caían con lentitud. La *scara* y la carreta con los clérigos dejaron atrás la cima de aquellas altas montañas por un angosto sendero, que serpenteaba y descendía de manera casi imperceptible.

—¿Se sabe algo de los exploradores? —preguntó Faramund a Clovis, quien cabalgaba junto a él. Había enviado a Kerold a cerrar la marcha y Silvanus oteaba los alrededores desde el día anterior.

—Todavía nada, mi señor. Deberíamos apresurar el paso y aprovechar que el cielo nos da un respiro —dijo Clovis a modo de consejo, mientras rascaba su cerrada barba.

—Sí. Seguiremos hasta que la luz nos lo permita. Cuanto antes nos alejemos de este funesto lugar, mejor.

Clovis asintió con confianza y se alejó para hacer cumplir el mandato. Faramund lo conocía como *el Lanzador de hachas* : era capaz de afeitar el bigote de un anciano tembloroso de un único intento. Las leyendas sobre su puntería se contaban en todas las tabernas de *Brema* , su tierra natal. Sin duda, el regreso de Clovis era la mejor noticia que había tenido últimamente. Desde que en *Batavadorum* lo diesen por muerto, no habían sabido nada de él hasta que, mientras preparaba la partida hacia *Hispania* , se presentó y se arrodilló ante él: «Ya no hay ningún rey ni emperador al que servir. Si me lo permitís, juro que os seguiré, con mi hacha y mi corazón, hasta que Dios decida llevarme».

Como Aberfal había intuido, no volvió a nevar en todo el día, lo que permitió avanzar sin tantas dificultades y levantó el ánimo del grupo. La marcha prosiguió hasta el atardecer y comieron un ligero bocado sobre sus monturas. Lucía un tímido sol que buscaba con premura el amparo de las montañas. Los escarpados caminos quedaron atrás y pudieron contemplar un extenso y nevado valle boscoso, salpicado de colinas blancas. Era la primera vez que divisaba aquellas tierras con

sus propios ojos, un entorno abrumadoramente bello, que parecía sacado de los viejos cuentos sobre los héroes del norte y muy diferente al infierno que él había imaginado.

«No puedo explicarme cómo un lugar tan hermoso puede albergar tanta sangre».

Acamparon al anochecer. La esperanza de que el mal tiempo cesase se vio truncada por una nueva y feroz tormenta. Imprevisiblemente, a pesar de haber descendido en altitud, la helada se hizo insoportable. El viento aullaba en el valle, entonando una fúnebre melodía que bien podría compararse con los lamentos de las viudas de los bravos guerreros que allí habían perecido. Los hombres de Faramund tiritaban bajo sus pieles y dos de los caballos tuvieron que ser sacrificados.

«¿Qué es un jinete sin su montura? Los han despiezado y han metido sus cuartos en sal. Saben que, llegado el momento, a los supervivientes les hará falta la carne».

Conforme avanzaba la gélida noche y, tras varias visitas a la carreta, Faramund se hizo a la idea de que el padre Hanne iba a morir. Pacatus, sin decir palabra y abatido, negaba lentamente con la cabeza cada vez que preguntaba por el estado de su mentor. La posibilidad de perderlo hizo que las lágrimas se agolpasen en los ojos del de *Suessionum*, y se congelasen en su rostro y pestañas.

«Santa María madre de Dios, ruega por nosotros, ahora y en la hora de nuestra muerte».

Decidieron dejar al padre Hanne en la carreta, pese a que era más fría que la tienda, pues temían que, al moverlo, empeorase aún más. Pacatus no se separó del anciano en ningún momento. Con rostro macilento y los labios cuarteados, el joven *scriptor* no había comido desde el día anterior. Faramund tampoco tenía apetito, aunque sus hombres le obligaron a tomar un poco de caldo de carne de caballo con mendrugos de pan duro.

—Al menos esto nos mantendrá calientes durante un rato, señor —le había dicho Aberfal mientras le ofrecía una escudilla vaporosa—. No queda más remedio que comernos estas viandas, pero he intentado seguir una receta de mi padre.

—¿El de las tetas gordas? —bromeó Markus, a quien ahora apodaban *Mediatripa* debido a las heridas de *Batavodurum*—. Tú mismo dijiste que vuestros vecinos no podían diferenciar entre tu padre y tu madre si estaban de perfil.

—Calla, maldito pastor —respondió Aberfal alzando el puño, amenazante—. Por lo que yo sé de tu padre, debes ser hijo de una oveja. —Y prorrumpió en una gran carcajada que fue contagiando al resto.

Pese a la precaria situación, la sopa parecía haber encendido el ánimo. Las bromas continuaron junto al fuego y el hidromiel que escanciaban para calentarse reclamaba viejas anécdotas.

—Echo de menos a *Puñorroto* —dijo Clovis limpiándose la barba tras beber un largo trago—. Ahora nos estaría contando la historia del *Atrapaflechas*. —Esbozó una sonrisa melancólica.

—Dudo mucho que Arlik estuviese aquí. Siempre decía que todo lo que hubiese más allá de la casa de putas de Maurus, no le interesaba —comentó *Mediatripa*.

—Recuerdo ese lupanar. Allí vivía tu hermana, ¿no? —dijo Aberfal, y todos rieron con ganas, incluido el propio Markus.

— *Puñorroto* debe estar en un lugar mejor que este —afirmó Clovis—. Y se fue empuñando una espada manchada de sangre enemiga, como debe morir un hombre. Sólo pido acabar mis días como él. —Alzó su cuenco al cielo y los demás lo imitaron en silencio.

—Mirad el lado bueno —dijo Markus para romper el mutismo—. Adonde nos dirigimos no tendremos que enfrentarnos a los *nordmanni* ... Ni matarnos entre nosotros —añadió con una seriedad impropia de él. Todos asintieron.

—No son menos feroces los hombres que nos encontraremos tras la *Marca* —adujo Kerold, que había visitado aquellas tierras con anterioridad.

—¿Es cierto que su dios les permite casarse con más de una mujer? —preguntó *Mediatripa*, ansioso por apostatar.

—Sí —contestó Kerold—. Si empiezas a adorar a su dios, podrás casarte con la hermana de tu mujer, que te mira llena de deseo.

—A diferencia de tu mujer —apuntó Aberfal—. Aunque si tu cuñada te calienta el catre, tus vacas te echarán de menos...

Las carcajadas retumbaron en el campamento. Faramund aprovechó que sus hombres charlaban distendidos y se dirigió hacia la carreta. Encontró a Pacatus dormitando, acurrucado en un rincón para no molestar el sueño del padre Hanne. Zarandó al *scriptor* suavemente.

—Hay caldo caliente en la lumbre —susurró—. Te han guardado un poco. No les niegues ese gesto. Yo cuidaré de él mientras tanto —concluyó mientras hacía un afectuoso gesto hacia Hanne.

El joven clérigo se resignó y el de *Suessionum* se quedó a solas con su mentor, con un par de tímidas velas como única iluminación. El vaho de la respiración se condensaba allí dentro.

«Esto es un frío ataúd».

Observó con tristeza al padre Hanne durante un largo rato. Se percató de que su menudo cuerpo no se movía bajo las mantas, por lo que el franco quedó petrificado, atenazado por el miedo de perder a aquel hombrecillo que tanto le había dado a lo largo de su vida. Comenzó a llorar a sus pies y a rezar cuantas oraciones sabía por la salvación del alma. De repente, un cuerno se escuchó en la lejanía.

«¿Qué ocurre, Silvanus?».

Salió de la carreta de un salto. La primera claridad del alba asomaba por el confín recortado del valle. Sus hombres ya estaban preparados, haciendo un círculo alrededor de la hoguera. Faramund montó su caballo y enarboló el pendón con el dragón negro sobre un asta acabada en cruz.

El ruido ahogado de un galope se escuchó en las cercanías, por donde discurría el sendero

principal. Tras unos instantes que se hicieron eternos, se dibujó en el horizonte una figura solitaria, que azuzaba la montura con brío. Sin duda era Silvanus. Un grupo de jinetes, cuyo número era impreciso, venía tras él.

—¡Aberfal, Markus, Rodwulf! ¡A mí! —ordenó Faramund de inmediato—. ¡Clovis! ¡Kerold! ¡Proteged la carreta! ¡Esperad nuestro regreso!

Faramund espoleó al caballo para hacer frente a los perseguidores. Silvanus levantó la cabeza y gritó algo, pero el viento ahogó las palabras del explorador.

Al acercarse, el franco comprobó que eran diez enemigos con armamento ligero y ropas abrigadas de tonos carmesíes. Portaban arcos cortos que estaban tensando para disparar. Faramund detuvo a su caballo para formar junto con los tres guerreros que le seguían.

«Cuatro francos contra diez sarracenos... Será un choque igualado», se animó en su interior.

El frío asustaba más que la batalla, por lo que levantó el brazo para hacer la señal a los suyos, que se juntaron en torno a él. Sin embargo, detrás de los jinetes apareció una larga columna de infantes con lanzas, flanqueados por *turmae*¹⁸¹ de caballería pesada.

«¡Un ejército! ¡Un maldito ejército! Eso es lo que quería decirme Silvanus».

El brazo se le había entumecido mientras lo mantenía alzado. Si no dio la orden de carga fue porque habría significado su muerte y la de sus hombres. Faramund comandó que se retiraran y, como se temía, ninguno de sus adláteres retrocedió. Fue entonces cuando la primera andanada de flechas les llegó. Rodwulf recibió un impacto en una pierna, su caballo se encabritó y cayó al suelo estrepitosamente. Las demás saetas fueron a dar en las bestias, que relincharon nerviosas y se alzaron sobre sus cuartos traseros.

—¡Auxiliad a Rodwulf y huid! —gritó el caballero—. ¡No os detengáis, quieren capturarnos!

Aberfal y Markus titubearon pero, tras controlar a sus caballos, cogieron al herido y emprendieron el galope. Faramund hizo el amago de seguirlos para que no se detuvieran a esperarlo y, después de un trecho, giró su montura para enfrentar a sus perseguidores. La carga hacia la muerte comenzó con un alarido de guerra: el rugido de un oscuro dragón.

«Les daré a mis hermanos unos instantes para que vuelvan junto a los demás. Esos sarracenos no me atraparán vivo».

—¡Victoria o muerte! —bramó, enarbolando su espada.

El primer enemigo no aguantó el envite del pesado caballo de Faramund, y su brazo voló por los aires, seguido de un agudo grito de dolor. El segundo, a pesar de esgrimir un filo, acabó con la garganta cercenada y cayó estrepitosamente al suelo para teñir la nieve de escarlata. Después, el franco recibió dos flechas a bocajarro. La primera se incrustó cerca de su hombro izquierdo, y la otra impactó entre sus pieles y acabó por clavarse en la babilla de su montura. Antes de que pudiesen desenvainar sus hojas, ambos arqueros fueron derribados por el caballero: uno mediante un duro tajo que abrió su costado, y el otro tras estampar el estandarte en su rostro. El resto de

enemigos intentó rodearlo. Los vapores de la herida lo atontaron y no pudo controlar a su caballo, que huyó al galope entre una lluvia de saetas y se adentró en un bosque de abetos cercano, en el que apenas entraba la claridad de aquel fatídico amanecer.

Faramund estaba mareado, intentando mantenerse sobre su corcel. No fue consciente del tramo que había cabalgado hacia el interior de la floresta, aunque escuchaba voces lejanas y reverberantes, en un idioma extraño, de hombres que parecían buscarlo. Sin fuerzas, abatido y sujetando en vano la saeta para que no desgarrase más su carne al trotar, finalmente cayó al suelo.

«Al menos la sangre caliente mi mano...».

La vista se le nubló y la negrura de la arboleda pareció abrazarlo, hasta que las voces se convirtieron en un silbido continuo que martilleaba sus tímpanos.

Entonces apareció ella. Fue una visión etérea, casi celestial, envuelta en una suave bruma y de gráciles movimientos bajo una desgastada capa blanca. Cuando Faramund pudo contemplarla, haciendo un gran esfuerzo por enfocar su vista, observó a una joven mujer con largos cabellos negros, cuyo rostro mostraba dulces facciones que le recordaban a su madre.

«Debo estar muriendo. Siento paz».

—¿Sois vos, Santa Virgen María? —preguntó el franco con voz de moribundo—. ¿O acaso sois la Dama de las Nieves? ¿Venís a llevarme?

—Has entrado en una tierra cruel —dijo ella con un extraño y gentil acento—. Tu alma nunca regresará.

—Sólo me importan las almas de mis hombres —dijo Faramund, abrumado—. Y, por encima de todo, la de mi padre.

—Aquel a quien buscas todavía puede ser salvado. Sin embargo, en *la Tierra de los Muertos*, donde las almas viajan al olvido, el Ángel del Abismo acecha a los condenados. La Oscuridad apagará la Luz Perpetua, pero la Estrella de Fuego brillará en los cielos.

La mujer acarició su rostro y él perdió la consciencia.

Al despertar, Faramund se encontraba fuera del bosque, tumbado boca arriba, con los miembros entumecidos y el astil de la flecha sobresaliendo de las proximidades de su hombro. Varios enemigos lo rodeaban y se mofaban de él en un idioma que desconocía. Uno de ellos le golpeó el rostro de un puntapié. El amargo sabor de la sangre impregnó su boca y el aire le faltó cuando recibió el impacto. Al poco tiempo, los hombres se apartaron tras escuchar una voz cavernosa y dejaron paso a un imponente corcel montado por un hombre corpulento, cubierto de gruesas pieles, que portaba un pendón negro con una flor de ocho pétalos como insignia. El rostro del sarraceno era a la vez duro y refinado, como el hierro mejor forjado. Acercó su montura y la alzó sobre dos patas para aplastar a Faramund. Este se apartó a duras penas y sintió el insoportable dolor de la saeta hasta los huesos. El caballo partió con sus herraduras el asta y pisoteó el emblema del dragón negro. Entonces, el jinete habló en latín con voz clara:

—En esta tierra no existen héroes, franco.

[174](#) Aldeas.

[175](#) Frontera, límite.

[176](#) Paso de Le Perthús, en Francia.

[177](#) Toulouse, en Francia.

[178](#) Roncesvalles, cerca de Válcamos, en Navarra.

[179](#) Unruoch de Friuli, *el Cazador del Este* : poderoso noble franco que fue emisario de Carlomagno y destacó en la campaña contra los ávaros, saqueando su famoso tesoro. Portó el Dragón Negro en sus días de juventud.

[180](#) Burdeos, en Francia.

[181](#) Unidades de caballería pesada.

CAPÍTULO 27

TRAS LA CELOSÍA

Qúrtuba ,

Al-Ándalus.

Muharram (febrero), año 220 de la Hégira (835 d.C.).

Las mejores mantas de piel suave cubrían ambos cuerpos. La habitación estaba caldeada por un sereno brasero y era más de medianoche, aunque Tarub no podía dormir. A su lado, hecho un ovillo, Abd al-Rahmán reposaba la cabeza sobre uno de sus pechos, como un niño que buscaba el consuelo de su madre, indefenso. Acababan de tener un rato de placer, algo rutinario para ella, aunque una dulce medicina para combatir las más graves enfermedades del Emir: la desconfianza y el miedo. Dos fallecimientos, la niña Sayyida y el anciano Gran *Qadí* , habían revuelto toda la vida del *Qasr* y la ciudad. Asuntos que, por otro lado, a ella le traían sin cuidado.

«Solo una muerte ocupa mis pensamientos...».

El Emir no parecía la misma persona que conoció años atrás: demacrado, con ojos vidriosos y repetitivamente parpadeantes, cabellos tocados ya por la nieve, más delgado que nunca... Incluso el alimento se había convertido en un calvario para él.

«Tiene tantos catadores que ha olvidado la comida caliente».

Hasta los útiles de la gran cocina eran celados con difidencia y probados antes de guisar, para cerciorarse de que no habían sido envenenados. Naser, encargado de la seguridad, había colocado en los fogones a personas de su confianza.

«Abd al-Rahmán ha puesto su vida en manos de quien más lo odia. Pero si el Emir cae, Naser

también caerá. El pequeño Muhammad heredaría el trono con la ayuda de su tío Al-Walid, y pondría a su lado a alguien más leal».

Al-Walid cambió su carácter tras el crimen de su primogénita. En realidad, la ausencia afectó a todos sus allegados, pues, antes de su muerte, la sonrisa de Sayyida daba luz a las estancias, y sus dulces carcajadas eran agua y música en los jardines. Tarub recordaba a la pequeña jugando con sus dos hijas mayores, correteando entre fragantes huertos, con sus rizos suaves y la luz del sol en el rostro.

«¿Qué clase de demonio pudo mutilar a un ser tan adorable?».

Durante varios meses, el padre, el pilar de la familia, el duro guerrero, lloró como un pírulo aquella pérvida muerte, sin llevar a la boca más que algunas gachas y agua.

«Una sombra ha crecido en su interior, algo que lo hará más vengativo y terrible».

Tarub giró la cabeza para supervisar a la más pequeña de sus hijas, que yacía cerca de ambos, entre plácidos almohadones. Desde su nacimiento, se había mostrado tranquila durante las noches, y muy despierta y comilona al amanecer.

«Desearía tenerla entre mis brazos, en el lugar de este hombre medio loco. Mis hijas se han convertido en mi mayor anhelo».

Durante su primer embarazo, la fiebre y el cansancio acompañaron al miedo y a la tristeza. Ninguna persona de su entorno se había percatado de su estado, y surgió en ella una especie de añoranza hacia las emociones que sentía cuando su familia la cuidaba como a una joya. Al ser abrazada por la fría soledad, se acordaba inevitablemente de su madre, aquella mujer con carácter de hombre, que disponía de todo cuanto acontecía a su alrededor. Solo los momentos junto a Naser le daban esperanza. Sin embargo, el eunuco estaba ausente durante mucho tiempo, pues su carrera hacia la cima del poder en *Qúrtuba* requería toda su atención.

Se arrepentía a menudo de tales recuerdos, por haber sido débil y haber echado en falta a su familia. «Qué ingenua era entonces». En aquellos días que parecían tan lejanos, notó por primera vez la presencia de su primogénita en su interior, como el baile de algunas burbujas en su vientre, aunque no le dio importancia pensando que eran flatulencias. La indiferencia que había sentido hacia su preñez se convirtió en responsabilidad tras los primeros meses. Tenía la impresión de estar preocupada por un ser desconocido hasta que su hija le dio una patada durante una suave caminata al fresco del anochecer. Descubrió que ya no era una mujer embarazada, sino una madre.

«Y cómo la quiero ahora».

Los dolores que había sufrido durante el alumbramiento se borraron de sus recuerdos más ingratos. Las náuseas, los ardores, el malestar y los melancólicos sentimientos se esfumaron tras pasar los primeros meses; más tarde, se notó cansada, muy cansada. Los días previos al nacimiento, volvió a retomar su vitalidad: se sintió atractiva, elegante y distinguida durante todo el proceso, a pesar de la barriga. Y Naser había sido el culpable de aquella confianza, con sus halagos y canciones. Luego, llegaron dos embarazos más, sin complicaciones. Ambas criaturas fueron niñas.

«No he conseguido parir un varón», pensó, y el vello se le erizó al recordar la maldición de Zinaida, la sangre del rostro rebañada poco a poco por los dedos de la griega y arrojada hacia ella. «¡ *Turab* , *Turab* ! Maldita indeseable...». Aunque la posición de Naser en el *Qasr* era envidiable, Tarub sabía que las circunstancias cambiaban como el viento, y la brisa podía convertirse en una terrible tempestad. Por tal motivo, desde su último parto, solo entregaba su cuerpo y su deseo, su verdadera ambrosía, a cambio de un legado altamente solvente para sus descendientes. Al mismo tiempo, consiguió su manumisión y el matrimonio con el Emir gracias a su terca insistencia.

Además, pactó con Abd al-Rahmán una cuantiosa herencia que resolvería el futuro de sus hijas. Al principio, todo fueron dudas y consultas a los juristas pues, al fin y al cabo, las descendientes de una concubina poco suponían, más allá de la dignidad, para el legado de un Emir. Supo seducir incluso al Gran *Qadí* , quien no puso objeción alguna en analizar el asunto, un menester que comenzó a alargarse en el tiempo, infructuoso. Finalmente, todo se resolvió entre las sábanas.

«No ha sido algo sencillo y el *Qasr* me envidia aún más... ¡Hipócritas! Cualquier madre haría eso por sus hijas si pudiera».

En aquel instante, se percató de que su fiel eunuco estaba tras la puerta de la estancia, custodiando al Emir. Seguramente habría escuchado cada gemido, cada risa, cada rítmico golpe que ambos habían compartido durante la melodía carnal. Tiempo atrás, ella le habría dado una mayor importancia, bisoña y enamorada. Seguía sintiéndose atraída por él, continuaba siendo su leal confidente y ardoroso amante. Ahora bien, en aquel momento de su vida, lo principal eran sus retoños.

Se mordió el labio y contempló al dominador de Al-Ándalus, acurrucado como un púber que teme a los espíritus en la oscuridad. Dormía, intranquilo, entre leves gemidos y ronquidos intermitentes. Ella acarició su mejilla suavemente, de forma apática, con tal de que dejase de hacer molestos ruidos. No obstante, el Príncipe se despertó y se incorporó con la respiración agitada y el rostro enrojecido.

—Tranquilizaos, mi señor —dijo ella, sosegándolo—. Nada puede pasaros si estáis entre mis brazos, mi buen esposo.

—¡La he visto! —gritó con la mirada perdida—. ¡He visto a la sombra! ¡Ella, la pequeña Sayyida surgía de los Infiernos y me pedía la retribución! Cuando preguntaba sobre mi castigo, la voz del Gran *Qadí* surgía del Inframundo y me daba la respuesta. ¡Mi propia alma!

«El Gran *Qadí*... Han ocultado su muerte y fingido una destitución. Para todo el pueblo cordobés, el querido juez ha puesto rumbo a su tierra...».

—Calmaos, mi adorado amante —dijo ella con voz de jazmín—. Solo ha sido un mal sueño provocado por todos los menesteres que ocupan vuestra cabeza.

—Hay otros asuntos que impiden mi descanso. —El ceño de Abd al-Rahmán comenzó a moverse con rapidez, debido a sus parpadeos.

—¿Qué ha ocurrido esta vez? —La voz y las caricias de Tarub destilaban placidez.

—Una joven cristiana se ha acercado al nuevo *qadí* , en mitad de la plaza, y ha empezado a blasfemar contra nuestro Profeta. Según cuentan los hombres que lo presenciaron, parecía poseída por *Iblís* .

—¿Qué han hecho con la muchacha? —se interesó ella.

—El propio juez la ha decapitado y ha lanzado su cuerpo al río —comentó el Emir—. Y no es algo aislado, otros han comenzado a seguir su ejemplo.

—¡Imbécil! —exclamó Tarub, aludiendo al jurista—. Les ha regalado lo que buscaban. *Qúrtuba* va a ser una lonja de mártires...

—Los cristianos podrían estar movilizándose —dijo Abd al-Rahmán, nervioso—. Hay que prepararse para lo peor.

«Una rebelión...».

—Vuestra guardia mantendrá el orden, mi señor. Nada debe perturbaros. Ahora volved a mi abrazo y aliviad vuestro dolor.

Así lo hizo el Emir y, tras unos instantes, sus fuertes latidos fueron distanciándose en el tiempo.

«Sigue obsesionado conmigo. Soy su mejor bálsamo».

—Mi amor —dijo él con voz ronca—, conozco los cielos, los tiempos antiguos, la geometría y la poesía mejor que muchos hombres. Aunque no sea el más piadoso de los musulmanes, tampoco desconozco la palabra de Dios. Pero, en estos momentos de mi vida, ¡no sé qué hacer! Siento que no me libraré de estas cargas ni siquiera tras mi muerte. Echo de menos los consejos de un verdadero amigo... como el joven Fortún. Ojalá las cosas hubiesen sido diferentes...

Tarub tomó el macilento rostro de Abd al-Rahmán con sus manos de seda y lo alzó hasta que sus ojos se encontraron. Se adentró en el alma de su señor y vio la duda, el terror y la desesperación como no las había percibido antes. Ella permanecía impasible, demostrando la entereza digna de una madre de emires.

—¿A qué puede temer el hombre más poderoso del Occidente? —dijo, cambiando su habitual dulzura por orgullo—. Si el Diablo ha fijado la vista en vos, enviadle tantas almas al Infierno que tenga que dejaros en paz para ocuparse de ellas. Aplastad a vuestros enemigos como al trigo, hacedles saber quién es el Brazo de Dios en este mundo...

Abd al-Rahmán volvió a parpadear, confuso.

»Marchad, encabezad un ejército que siembre el orden y el respeto por *Qúrtuba* allá por donde pase, y que los poetas nativos no puedan sino llorar abrumados mientras componen canciones sobre él. Sólo así podréis descansar por las noches, y subir a lo más alto del *Qasr* a contemplar los alrededores, eso que tanto os agrada, en verdadera paz. ¡Cuánto deseo que así sea!

El Emir la besó con pasión. Al rato, se separó de ella y la sujetó por los hombros.

—Dime qué deseas, qué anhelas con más fervor.

Tarub se mordió el labio con premeditada inocencia. Había llegado el momento que esperaba con impaciencia.

—Quiero la joya más hermosa que jamás se haya creado, para lucirla ante el *Qasr* como muestra de que soy vuestra esposa favorita por encima del resto.

El Emir titubeó por un instante. Tarub sabía que el corazón de su señor estaba con Al-Shifā, la madre de leche de Muhammad, el vástago que probablemente se convertiría en heredero. Inmediatamente, ella giró el rostro e hizo un amago por salir de la cama, indignada, aunque fue rápidamente retenida por Abd al-Rahmán.

—Cumpliré tu sueño —prometió él.

—Habéis dudado, mi señor...

—Tan sólo he pensado en la ardua tarea que será encontrar un tesoro equiparable a tu hermosura. —Tarub supo que mentía—. Pronto buscaré más allá de los confines del mundo un regalo digno de ti. Lo juro por mis antepasados.

«Ya ha comenzado mi plan».

Tarub se recostó en la cama, aún molesta, esperando las atenciones de su marido, quien no tardó en colocarse de rodillas frente a ella y poseerla; terminó rápidamente, como de costumbre. Luego, se despidió con cariño y, poniéndose unas ropas sencillas, abandonó la estancia con la misma premura que había finalizado el himeneo. Cuando Abd al-Rahmán abrió la puerta, Naser saludó a su señor y, momentos antes de cerrar la misma, cruzó su mirada con Tarub: una mirada que hablaba y sentía un mundo de deseos y atriciones.

«Lo siento, Naser. Es la vida que nos ha tocado vivir. Yo la he aceptado como me recomendaste, aunque parece que tus celos han superado a tus palabras».

Poco después, tras dar el pecho a su hija, se puso unas ropas cómodas y se acicaló el pelo en un espejo de plata bruñida con incrustaciones de perlas. Sihama apareció junto a una niñera y le hizo la señal que esperaba con un gesto de asentimiento.

«Y ahora, vamos a atarear un poco más a *Iblís* ».

* * *

Los vapores de los recipientes llenos de agua caliente impregnaban todo el habitáculo del harem, apenas iluminado por unas lamparillas de aceite. La falda de seda caía adrede, desde la cadera hasta el suelo, dejando entrever una pierna flexionada, tersa, sudada y apoyada sobre un taburete. El torso estaba desnudo y visible, pues se había recogido el cabello para facilitar la aplicación del paño templado, con el resto del vestido rodeando la cintura. Poco a poco, con su innata sensualidad, Tarub iba masajeando uno de sus perfectos y generosos pechos, extrayendo la leche materna del mismo. Se exhibía con garbo, luciendo su irrechazable visión. A cierta distancia de

ella, dándole la espalda, su sirvienta Sihama se sentaba sobre sus rodillas junto a una rejuela de madera, desplazando una mano con rítmicos movimientos a la altura de su propia cabeza. Sobre la esclava, asomado tras la barrera, un ojo, pleno de deseo y ardor enfermizo, contemplaba la femenina y prohibida visión de la esposa del Emir en plena intimidad.

—Mi apreciado Abd al-Malik, ¿cómo fue? —preguntó Tarub—. ¿Sufrió?

—Desde... Desde luego. —La voz masculina aparecía con dificultad—. Todo aconteció según vuestra disposición, mi señora.

—No te creo —dijo ella, sonriente—. Al fin y al cabo era tu pariente.

—Vuestras dudas... Vuestras dudas me apenan. La... ¡Uf! La admiración que siento por vos está por encima de cualquier lejano lazo de sangre.

—Era tu primo carnal. —Tarub desplegaba sus encantos—. No habrá sido de buen gusto acabar con su vida y colocar vísceras de cerdo en su boca.

—Cuando lo... ¡Ahg! Cuando lo encuentren, el hedor será tan insoportable que tendrán que quemar todas sus pertenencias. Ha tenido la peor de las muertes, entre dolores, vómitos, retortijones y heces. Todo el mundo pensará que ha sido un asunto del harem...

—La gente está demasiado ocupada buscando a un espíritu maligno —comentó ella—. El momento es propicio para matar a indeseables de segunda fila. El veneno es predilección de mujer, mi apreciado Abd al-Malik. Deja que el *Qasr* mire a las decenas de concubinas y disfruta del pago por tus servicios. —Mediante un ligero gesto de cadera, dejó ver sus muslos perlados de sudor.

—Lo van a llorar bien —comentó él, con el rostro enrojecido—. A su entierro acudirán muchas personalidades, incluso gente de los arrabales. Era muy querido.

Tarub hizo un gesto de desprecio.

—Al fin y al cabo le decían *Hamed*, *el Zalamero*, por algo —explicó ella—. Esos llantos serán tan falsos como las risas y los cumplidos del difunto.

—Mi señ... ¡Uf! Mi señora, ¿por qué así? ¿Por qué las vísceras?

—¿Acaso dudas? ¿Te arrepientes de lo que has hecho?

—Haría cualquier cosa por vos, mi señora. —Parecía excusarse—. Recordad aquel tiempo en el que os trataba las dolencias de vuestros embarazos...

—Recuerda tú que puedo dar un grito y la guardia esclava aparecerá. —Lo amenazó con un dedo—. ¿Crees que el Emir perdonaría que te hubieses escabullido hacia mis estancias para espiarme y satisfacer tu cuerpo? La muerte de Ibn Farid sería un dulce de almendras en comparación...

—¡En nin...! ¡En ningún momento la duda ha aparecido en mí, os lo juro! —Intentaba aplacar la

situación—. Tan sólo tengo cur... curiosidad.

Tarub colocó de nuevo el paño con el que masajeara sus senos en un cubo con agua caliente. Arqueó una ceja y, lejos de cubrir su desnudez, habló con naturalidad.

—Conspiró para matar a uno de los más allegados siervos del Emir, llegando a pactar con cristianos —aclaró—. No se merecía otro final.

—Así ha sido. Vuestro humilde servidor ha cumplido vuestra... ¡*Agh!* Vuestra voluntad...

—¡Sihama! —lo interrumpió—. Ya ha tenido bastante recompensa. Termina su placer.

* * *

Tarub caminaba por los tenues pasillos del *Qasr*, recién bañada, dejando un rastro de olor a jazmín. Le acompañaban sus dos custodios esclavos, Guren y Danis, los mejores hombres de Naser. Aunque se sentía segura, una sensación de malestar anidaba en su estómago; al fin y al cabo, sus deseos habían acabado con la vida de un ser humano, por muy despreciable que fuese.

«Dicen que cuantas más personas matas, mejor se lleva el remordimiento. Espero que así sea...».

Tenía las manos y los pies fríos a pesar de los vapores del *hammam*, por lo que estaba deseando llegar a la cama y taparse de nuevo con los cálidos y suaves cobertores junto a su hija pequeña. Las otras dos niñas estarían durmiendo, sus cuidadoras se habrían encargado de darles una cena ligera y contarles algún cuento sobre tierras lejanas. Tarub detestaba que los asuntos del *Qasr* le privasen del tiempo que necesitaban todas sus pequeñas, pero comprendía que la situación era trascendental. Mientras iba cavilando, sintió un fuerte tirón del brazo que la hizo introducirse en una pequeña habitación. Pensó un instante en gritar, en lo ineptos que habían sido sus guardias, hasta que notó una mano familiar en su boca y dos ojos claros llenos de coraje se posaron sobre los suyos.

«Naser...».

—¿Qué has hecho, Claudia? —Cada palabra iba cargada de reproche—. Esto no es un juego, y no tengo tiempo para enfocar mis esfuerzos en limpiar tus descuidos. —El dedo índice del eunuco se incrustó en su hombro y unas gotas de saliva rociaron su rostro. La acorraló en el muro de la sala.

«¿Cómo se ha enterado tan pronto? ¿Cómo me ha relacionado con la muerte de ese patán? Quizá Abd al-Malik ha hablado...».

—Todo lo que hago es para protegernos —dijo ella, inquieta—. No pretendía causarte problemas, sino todo lo contrario. Habib podía atentar contra nosotros de nuevo en cualquier momento. Sabía que somos amantes y estaba esperando su oportunidad para delatarnos al Emir. ¿Qué querías que hiciese? Estás todo el día ocupado, lavando las inmundicias que Abd al-Rahmán suelta por sus miedos, como una vieja criada.

—¡Has matado a un sirviente del Emir! —gritó él en susurros, fuera de sí—. ¿Crees que no tenía a ese cerdo de *Ilbira* bajo absoluta vigilancia? ¿Crees que no habría podido vengarme de su afrenta

hacia mí, si eso hubiese supuesto un beneficio para nuestra causa?

«Le ocurre algo. Su reacción no es normal...».

—Tranquilízate, no pueden descubrir mi ardid. Y si lo hacen, tengo a quien inculpar...

—Si yo he obtenido esta información, cualquier *fatah*, *qadí* o poeta del *Qasr* podría hacerlo. Has actuado por tu cuenta y puede costarnos caro. Tienes suerte de que Ibn al-Salim no esté en la ciudad...

—¿Suerte? —Tarub intentó quitarse de encima a Naser, su cercanía la agobiaba, pero el emasculado no cedió—. ¿Hablas de suerte? Sé perfectamente que *Caradebúho* no está presente. He estado esperando ese momento y he tañido con mi *ud* una música de muerte. ¿Tanto me subestimas? —Su mirada era fría, segura, aunque nunca había estado en una situación parecida, así que luchaba por no temblar.

—Probablemente me asignen a mí la investigación, dadas las circunstancias —afirmó Naser—. Un preciado tiempo en el que tendré que despegarme del Emir y se hará vulnerable. ¿De qué lado estás, Claudia?

—No seas necio. —La ira apareció en el rostro de Tarub—. Culpa a la griega. Tengo unas cuantas que testificarán en su contra a mi orden. Así nos quitaremos dos molestias de un solo golpe. No pierdas el tiempo con vanas burocracias y brotes de moralidad.

—¡No haré lo que pides! —Naser volvió a alterarse—. Es propiedad de mi señor, como tú. No pienso condenar a una inocente por tus caprichos de concubina novel.

«¿A qué viene esa actitud?».

—¿Cómo piensas solucionarlo? —inquirió ella, altiva.

—La mano que envenenó a *Hamed* será cortada. —El silencio inundó la sala durante unos momentos.

—No sabes lo que dices... —comenzó a mascullar, y fue interrumpida.

—Abd al-Malik ibn Habib. —Tarub abrió sus ojos con sorpresa al escuchar el nombre—. El principal médico del Emir. ¡A quien has abierto las puertas de tu intimidad como una vulgar ramera!

—Así que es eso... —Ella bajó el rostro, entre el enfado y la decepción—. ¿Vas a hacerme perder mucho tiempo con tus rabieta de niño pequeño?

Naser la agarró de la pechera con un brazo y alzó el puño: su rostro estaba congestionado, la locura se había apoderado de él.

—Puedo soportar que te acuestes un millar de veces con el Emir —apretaba los dientes hasta hacerlos chirriar—, es un dolor que forma parte de mi deber. Pero, más allá de él, ¿cómo te

atreves a mostrarte desnuda ante un cualquiera? ¿Dónde queda tu dignidad? ¿Y la mía?

—¿Tu dignidad? —repitió ella—. No entregaría mi corazón a otro, y lo sabes. Tú tienes tu espada y yo mi cuerpo, y cada uno lo utiliza para lo que mejor sabe hacer.

—¡Soy un hombre! —gritó él sin importarle que los descubriesen—. ¡Tan hombre como cualquier otro! ¡Y tú eres mía! —El puño de Naser se colocó en la barbilla de Tarub, vibrante.

—Ponme una mano encima y tendrás que dar explicaciones al Emir...

Los nudillos del eunuco se estrellaron contra la pared en un estruendoso golpe, a pocos centímetros de la cabeza de su amada. La sangre brotó y chorreó como un grupo de lentas lágrimas llenas de dolor. Ella se mantuvo firme, no manifestó ni un ápice de remordimiento. Al principio, Naser se mostró igual de imperturbable; pero, al rato, la abrazó.

«No puede más. Me ama. Me ve y me escucha a diario dando placer a quien más detesta como hombre y más adora como señor. He sido poco precavida, no debería haber llevado a la guardia esclava a las habitaciones contiguas durante la cita con Abd al-Malik».

—Desearía estar lejos de aquí, contigo —susurró el emasculado—. Sin embargo, me debo a mi señor. Lo mejor será enterrar a ese perro seboso y dar largas a la investigación. Si el más afamado médico del Emir tuviese que morir, perderíamos un activo importante del *Qasr*.

«Está entrando en razón, aunque lleno de dudas. Su virilidad perdida es la culpable de que constantemente necesite demostrar su hombría».

—¿Has hecho cuanto te pedí? —le preguntó Naser, de improviso.

«Si se enterase de mis verdaderas intenciones, la situación sería aún peor».

—Sí —dijo Tarub sin titubeos—. Parece que el Emir se ha convencido.

—Entonces comenzaré con mi parte del plan —comentó él, pensando en voz alta—. Habrá que ir forjando armas y reclutando hombres de todos los confines de Al-Ándalus. Vamos a aplastar a nuestros enemigos hasta el olvido. De esa forma, tú y yo podremos dedicarnos a ser felices.

CAPÍTULO 28

LA ADVERTENCIA

Castro de *Santa Cristina* , entre *Lucus Augusti* y *Aurensis* .

Gallaecia , *Asturorum Regnum* .

Marzo de la Era 873 (835 d.C.).

Le costaba trabajo conciliar el sueño. A pesar del calor otorgado por las mantas y el hogar, desde los pequeños ventanucos de la habitación entraban ráfagas de brisa gélida que laceraban su rostro,

por lo que se había despertado varias veces durante su descanso. Sintió el tacto de su menuda amante, plácidamente dormida sobre su pecho, y se dejó embriagar una vez más por el olor femenino que desprendía bajo el embozo. Aquello estuvo a punto de volverlo a excitar, así que decidió zafarse del camastro con sigilo, vestirse y abrigarse con su capa, para salir del aposento y pasear por los fríos pasillos de la fortificación; en cualquier caso, no podía quedarse en aquella confortable estancia, pues su vida correría peligro si era descubierto entre las piernas de una supuesta doncella. La alternativa al periplo habría sido leer un libro a la luz de una tea, pero su verdadera morada era un cuarto comunal anejo a los viejos y desgastados muros del castro, algo poco apropiado para disfrutar de aquel placer.

Cuando alcanzó la zona más alta, un torreón en el centro de la defensa, se apoyó en los parapetos de madera y miró lentamente hacia los cuatro puntos cardinales, deleitándose en la hermosura de la noche, despejada y a punto de acariciar el amanecer. Los bosques se alzaban, oscuros y arcanos, por todos los alrededores, como mares de almas penitentes esperando su salvación: aquel misticismo otorgaba, si cabía, mayor encanto al entorno.

Los dos ríos que protegían *Santa Cristina* atravesaban la floresta, escondidos, y caían en maravillosos saltos de agua durante su cauce, lo que provocaba un lejano y agradable murmullo. De vez en cuando, tras el crujido de algunas maderas, un lobo aullaba en la distancia con un profundo lamento, y sus hermanos se unían a su tristeza. Pensó en *Toletum*, en el reflejo nocturno de la plata sobre el río, y comprendió que se trataban de bellezas y emociones incomparables.

«Como ella y Mariam».

Su mundo había cambiado desde que llegó al norte. Los pecados que había cometido, su vida como bandido, sus estudios con Cletus, su odio por Ibn Muhayr: «Yo no fui, Álvar... Yo no fui». Rememoró las palabras que, en el fondo, jamás había creído, pero a su vez le parecían muy lejanas. Incluso su amor por aquella despreciable mujer se había convertido en ascuas... aunque no lo pudo desterrar por completo de su mente, de sus sueños, de su alma. Se aferraba a él en forma de recuerdo: la primera vez que besó a Mariam. Esa tarde habían estado jugando a orillas del *Tagus* y se encontraban empapados. Se abrazaron como niños para combatir el frío; sin embargo, las risas dieron lugar a miradas diferentes a cuantas se habían dedicado hasta aquel momento. Un nudo se formó en su garganta y el corazón le palpitaba como el galope de un andalusí. Hizo caso omiso a su mollera cuando empezó a cuestionarse lo que estaba sucediendo y confió en su instinto al besar los labios de Mariam. El calor y el sabor a vida de aquella boca; la suavidad de aquel rostro celestial en las yemas de sus dedos; el perfume de pomar que emanaba de su cuerpo, mezclado con la humedad del río; y los tenues gemidos temblorosos que atisbaba mientras se fundían en un momento eterno... Todo había quedado atrás, pero su eco perduraba.

Gutier, *comes* de *Lucus*, lo había acogido en su casa como a uno más, gracias a la influencia de Eligius. Por todo aquello, se sentía culpable: su secreta relación con Gutina comenzó unos meses atrás, en las termas del palacio. Álvar había regresado de las fronteras meridionales y se encontraba disfrutando de un merecido descanso en su nuevo hogar, entre vapores y aguas ardientes, cuando la muchacha apareció. Llevaba puesto un manto, que desenlazó y dejó al descubierto su cuerpo delgado. Anteriormente, se habían presentado y conversaron en múltiples ocasiones sobre temas nimios, muchos de ellos referentes a sus lugares de origen. Empero, no hubo palabras aquel día. Solo se besaron y pecaron hasta que las aguas se enfriaron.

«No era doncella...».

A Gutina le gustaba disfrutar de los placeres de la carne. Había conocido a muchos hombres antes que a Álvaro y, probablemente, tendría otros amantes, cuestión que poco importaba al toledano. Ella sabía cómo evitar quedar encinta mediante lavados y tisanas, por lo que sus escarceos amorosos eran frecuentes cuando el muchacho regresaba a *Lucus* tras sus viajes. Este último encuentro fue fruto de la casualidad: los Capas Grises llegaron desde *Bracara* hasta *Santa Cristina* para custodiar a Mahmud y a su hermana Yamílah, pues ambos debían encontrarse allí con el rey Adefonsus para jurarle lealtad. Tanto Petrus Theo como Álvaro *el Viejo* acompañaban al séquito, y a ellos se unió Gutier junto a su hija.

«Si Gutier se enterase, me mataría. O lo que es peor, me cortaría los testículos. Tengo que acabar con esto».

—No te he visto antes —afirmó una voz ronca desde su espalda. Álvaro se dio la vuelta como un felino.

Tras él, un individuo harapiento y vagamente pertrechado como un guardia, con un ojo blanquecino y una calva incipiente, saludó fríamente mientras esperaba una respuesta.

«No lo he sentido llegar», se estremeció Álvaro.

—Soy del grupo de Gatón —aclaró el toledano.

—Ah, eres de esos “Capas Mugrientas”, semejantes a los sucios *montaraces*. —La sonrisa del recién llegado mostró sus descuidados dientes—. No te ofendas, pero tus señores deberían haberse rodeado de verdaderos hombres de armas para venir hasta aquí. Los caminos están llenos de bandidos y adoradores del fuego, más que en cualquier otro tiempo.

«Por eso hemos evitado la vía principal», pensó Álvaro con cara de pocos amigos. «Su cara me es familiar...».

—¿Eres el tuerto que nos condujo hasta los hermanos sarracenos? —preguntó Álvaro.

—Sí, soy quien os ha enseñado a hacer vuestro trabajo a cambio de una miseria. Sois una panda de haraganes sin oficio, no sé qué ve en vosotros Gutier.

Álvar frunció el ceño. Se había mantenido a distancia de aquel vagabundo mientras trataba con Gatón, para vigilar las inmediaciones y evitar emboscadas.

»Vamos muchacho, no pretendía ser rudo contigo. ¿Qué haces aquí a estas horas? Dale un trago a este pellejo de sidra, aliviará el frío de tus huesos.

—Respecto a tu pregunta... me apetecía subir y echar un vistazo. Espero con ansia la llegada del Rey, pues todavía no he tenido el honor de conocerlo, ni siquiera desde lejos. En cuanto a tu propuesta... gracias, pero prefiero esperarme a desayunar algo de queso fresco, miel y nueces.

—¡Ah, una combinación propia de un agradable *manzil*! —dijo el tuerto—. Conocí uno muy buen

en las cercanías de *Toletum* , donde cocinaba un obstinado mozo al que le gustaba crear sabrosas recetas. Puede que nunca hayas visto al Rey, pero ¿has estado alguna vez por esas tierras?

«Me conoce».

—Alguna vez —mintió Álvar—. Cuando era un niño, fui sirviente de un sacerdote que viajaba a la Antigua Capital de vez en cuando para buscar reliquias.

—¡Oh! Así la llaman los nostálgicos del norte. Es un bello paraje. Debe ser interesante ser educado por un religioso. Seguro que sabes leer y escribir, y conoces bien las Santas Escrituras. ¿Por qué no te has convertido en monje? Se está mejor en una caliente celda, comiendo carne y pescado, bebiendo vino y sidra, que meando bajo los árboles.

—Se me da mejor matar que rezar —dijo Álvar, desenvainando con sigilo la daga bajo su capa—. Pero no lo descarto en un futuro lejano.

El tuerto estalló en carcajadas, a lo que el toledano respondió con una vaga sonrisa, sin dejar en ningún momento de estar atento a su alrededor.

—Ah, sin duda... Sin duda que se te da mejor —comentó su interlocutor mientras recuperaba el resuello—. Que se lo digan a Leo *Cuatrolabios* ...

«Por Santa Leocadia... ¿Cómo diablos sabe eso?».

—Por tus palabras, debes ser toledano —afirmó Álvar, aparentando frialdad—. ¿Nos conocemos?

—Respecto a tu reflexión... no lo soy. Y en cuanto a tu pregunta... yo a ti sí, y tú a mí no. Mi nombre es Petrus entre los cristianos, pero poseo otros apelativos en diferentes lugares. Ya sabes, en estos tiempos aciagos hay que sobrevivir como se pueda. ¿Creías que cabalgando en un andalusí como el de Leo ibas a pasar desapercibido? Hasta ese señor tuyo del pelo rojo, el que tiene cara de mujer, monta en un jamelgo si lo comparamos con tu bestia.

«Lleva razón».

—¿Crees que yo maté a Leo porque cabalgo su montura? —preguntó Álvar—. Es una deducción muy pobre.

—Dicen que lo mató un muerto —dijo Petrus—. Uno de sus hombres, que había sido ahorcado. Otros comentan que fue una sombra cuyo nombre no debe mentarse.

—Ambos son cuentos de viejas. —Álvar encogió los hombros—. El mito de esa oscuridad innombrable acabó junto con Amrús de *Cesaraugusta* , si bien algunos ancianos todavía narran las historias de sus padres, y las llenan de fantasmas.

—Bueno, hacer sangrar a una ciudad y llenar un foso de cabezas de nobles hacen a Amrús merecedor de una leyenda, aunque la escuche desde el Infierno. —El extraño mostró de nuevo sus dientes podridos al sonreír—. Personalmente, no me fio de lo que dicen los vivos ni de lo que callan los muertos, y mucho menos de lo que desembuchan quienes están a punto de morir. Pero sé

que lo mataste tú, “Alvarus Severus” —pronunció con sorna—, legado de Hashim Al-Darrab y su banda... malhechores que acabaron con la vida de mi patrón, el judío Eliyahu. ¡Fíjate qué casualidad! ¡Yo me llamo Petrus y tú Álvaro, como los señores que moran este castro!

—Me acusas sin razón ni prueba. —«No soporto esa risa cínica».

—Yo estuve allí aquella noche, muchacho, y lo vi todo con mis dos ojos, el bueno —señaló el blanquecino— y el malo. Ahora que, inexplicablemente, el destino te ha puesto en mi camino, debes saldar tu cuenta conmigo.

«No puedo fingir más».

—Tú dirás... —Álvar comprobaba el gélido filo de su arma con la yema del pulgar de su mano izquierda.

—Iba a cobrar una buena suma de oro por llevar a ese circuncidado bajo el manto de los Banu Qasi, con tal de que tuviese su venganza y recuperase a su hija. Leo habría alcanzado un puesto en el Consejo toledano, junto al primogénito de Musa ibn Musa, y yo habría podido retirarme a un palacio lleno de ramera, bañado en vino y en joyas, hasta que mis días acabasen. Sin embargo, apareciste tú y truncaste nuestro plan.

—Si es oro lo que pides, llegas tarde —aclaró Álvaro—. Todo cuanto conseguimos aquel día fue repartido entre los míos, quienes se dispersaron. Mi parte la he donado entera a la Iglesia. —«Para mi eterna indulgencia, esa que me permite matarte sin temores»—. Pero puedo concederte algo y estaremos en paz. Te prometo mi silencio. Si el Consejo se enterase de que formabas parte de una conspiración en su contra, te aseguro que tu vida sería corta y sufrida.

—He sobrevivido a causas peores. —La voz del tuerto parecía un témpano de hielo al quebrarse—. Mi vida discurre entre un hálito de vida y un último suspiro, entre secretos y sicarios, entre señores codiciosos y sacerdotes fanáticos. Pero tranquilo, si no me pagas ahora, pronto saldrás tu deuda.

En aquel momento, cuando el amanecer asomaba por el horizonte tímidamente, Álvaro se acercó hacia Petrus para atravesarlo con su daga. Al advertir las intenciones del toledano, el tuerto dio un paso atrás y llamó con tranquilidad a dos guardias que aparecieron tras él desde las escaleras. Ante aquella circunstancia, Álvaro no podía acabar con la situación a su manera, pues ambos custodios empuñaban sus hojas con actitud amenazante.

—Sunier, Livius... Es un *montaraz* de Gatón. —Petrus los tranquilizó—. Ha subido para ver los alrededores. Todo está en orden. —Hizo un gesto con el brazo, invitando al muchacho a bajar las escalinatas.

«Maldita sea la ramera que parió a su casta... Ya llegará su hora».

La tensa mirada de los recién llegados se mantuvo firme sobre él mientras bajaba las escaleras sin dejar de vigilar a Petrus. La sonrisa desganada de su nuevo conocido escondía una profunda amenaza, un deseo irrefrenable de venganza que pronto se desencadenaría.

Álvar atravesó la segunda planta de la edificación principal, descendiendo por la enorme escalinata de madera. Al llegar al primer piso, pudo discernir los agradables olores de la cocina, probablemente tocino al fuego regado con sidra y caldo de cabeza de vaca. Ambas cosas le vendrían bien para combatir el frío que helaba sus huesos. Estaba siguiendo aquel aroma cuando fue sujetado del brazo con firmeza. El muchacho se giró hacia su captor con gesto amenazador.

—¡Vaya despertares! —dijo Gutier, esbozando una sonrisa—. ¿Vagabundeando a estas horas? Creo que ambos buscamos lo mismo. —Se acarició el estómago y guiñó un ojo.

—Pretendía ir a las cocinas a calentarme, mi señor —explicó Álvar—. No he podido dormir bien esta noche.

—Sí, esos malditos lobos no paran de aullar... Seguro que alguno ha caído en un foso y, hasta que algún cazador no lo mate o muera de hambre, va a seguir martilleando nuestras cabezas con su llanto. Acompáñame al salón del fuego, hijo, y calentémonos allí. Se va a celebrar una reunión interesante esta mañana y me gustaría que estuvieses presente.

—¿De qué se trata, mi señor?

—Antes de que llegue el Rey, Mahmud y su hermana van a conocer al señor de *Gallaecia*, el *princeps* ¹⁸²Ranemirus.

Álvar había oído hablar mucho de Ranemirus por boca de Gutier y de Eligius. Si había un hombre al que mirar en el norte cuando las despiadadas tropas cordobesas asomaban por el horizonte, dispuestas a castigar y saquear hasta la saciedad, ese era él. Los campesinos de las fronteras lo tenían por una encarnación de San Miguel, pues, aunque no contaba con hombres suficientes como para hacer frente a los ejércitos sureños, al menos les plantaba cara en inferioridad y salvaba a muchas gentes del desastre. Según Gutier, mientras la Corte de *Ovetdao* se dedicaba a menesteres más hedonistas, los puntos estratégicos que abrían las puertas del norte, *Gallaecia* y *Alaba*, eran castigados, año tras año, por los *ismaelitas*, y defendidos por un puñado de valientes. Había que reconocer al Rey como un hombre de armas que recorría las lindes de sus dominios, pero sustentaba a un séquito holgazán y zalamero que sólo deseaba ganar tierras ya conquistadas, favores y prestigio: se desperdiciaban muchos ingresos del reino en banalidades. Las defensas necesitaban ser fortificadas, convertirse en grandes bastiones inexpugnables frente al gigante que trataba de aplastarlas.

Cuando Gutier y Álvar se adentraron en la sala principal, los siervos estaban encendiendo los fuegos. Varios huesos volaron hasta el centro de la estancia y fueron roídos por dos perros de sucio pelaje. La mesa en forma de herradura conservaba los restos de la cena para ser desayunados y los sitials estaban vacíos en su mayoría, exceptuando a las cuatro personalidades que habitaban el gran comedor. Cerca de la chimenea, Petrus Theo apoyaba el rostro sobre su puño, pensativo; a su lado, ocupando el asiento principal, Álvar *el Viejo* apuraba un trozo de carne sin dejar de mirar a la pareja de hermanos que tenía enfrente. Mahmud presentaba una barba larga y descuidada, como la de un peregrino, y sus cejas pobladas cubrían una mirada hosca y protectora. Su hermosa hermana se mantenía sentada con altivez, pero no miraba directamente a sus anfitriones. La cara de la joven mostraba las huellas de quien no ha descansado durante la noche, y su manga derecha descubría un vendaje limpio, sin manchas de sangre, por lo que Álvar

supo que la herida de flecha, que él mismo le había provocado, sanaba sin complicaciones. La escudilla de la muchacha estaba llena de comida. Sin poder evitarlo, el muchacho se estremeció por el halo de misterio y tristeza que acompañaba a aquella mujer.

—Buenos días —comentó Gutier, saludando a los presentes—. Parece que todavía no estamos todos...

En aquel preciso instante, las puertas principales del salón fueron abiertas por una figura imponente. Vestía una cota de mallas muy antigua y usada, aunque bien engrasada. Las curtidas manos y duro rostro mostraban severas cicatrices, marcas del pasado que hablaban por sí mismas sobre la naturaleza de aquel hombre. La mandíbula, siempre tensa, era recubierta por una barba gris que se hacía blanca alrededor de su boca, como los mechones de cabello largo que caían sobre sus hombros. La coronilla clareaba, como la de cualquier luchador que ha llevado el casco durante la mayor parte de su vida, y sus ojos eran dos mares rugiendo contra las rocas e implantando su supremacía ante todo cuanto se les cruzaba.

«No es fácil mantener la mirada a este hombre...».

Junto a él, entró otro individuo joven, fornido y de porte sereno, de cabellos oscuros y ojos negros que contrastaban con su pálida piel. Lucía una loriga pesada, sin pompa o adorno, y bien adaptada a las necesidades de un combate singular. Pero lo que más llamaba la atención del adlatere eran sus armas: la gran hoja que colgaba de su cinto, contrapesada por un enorme pomo, y el largo escudo que llevaba a la espalda, fabricado íntegramente en hierro. Su superficie era lisa y fría, con signos de haber sido remendada tras muchos combates, y cuyo borde estaba adornado por duros remaches. El guerrero era la imagen viva de la lealtad: un animal contenido esperando el gesto de su amo para descuartizar a su presa.

«Veo a Aquiles en él. ¿Habrá dioses capaces de contener su ira?».

—Ahí los tienes —susurró Gutier a la oreja de Álvar—. Son el *princeps* Ranemirus y su *armiger* : custodio, Iaquantus de *Iria* , el llamado *Escudo de Hierro* .

—Parece que vienen a matarnos a todos —bromeó Álvar en voz baja.

—No te incomodes, pero podrían hacerlo...

Cuando los recién llegados se colocaron ante los presentes, Ranemirus se plantó frente a los hermanos emeritenses, sujetando el pomo de su vieja espada con ambas manos, y sus palabras sonaron firmes y cavernosas, sin el menor resquicio de duda o compasión.

—Ambos debéis vuestras vidas al respeto que siento por estos dos hombres. —Señaló a Álvar *el Viejo* y a Petrus Theo—. Ni si quiera el salvoconducto de un obispo sometido a vosotros, los paganos, os habría salvado.

El silencio que guardaba Mahmud pareció durar una eternidad. Finalmente, el bereber habló con calma.

—Os presento mis saludos, señor de *Gallaecia* —dijo en la jerga latina, aunque Ranemirus dio un

bufido con desprecio. Aquello endureció aún más las facciones del bereber—. He de decir que no debo más lealtad que a vuestro Rey pero, como fiel servidor suyo que sois, espero que vuestros rencores se aparten a un lado y aceptéis como aliado a quien ha renegado de *Qúrt* ... de *Corduba* —rectificó.

—Los traidores no son bienvenidos al norte —comentó el *princeps* —, sean cuales sean sus creencias y convicciones. Aquí no perdonamos a las adúlteras, pues suelen repetir sus pecados.

—En nuestro caso, mi señor —dijo Mahmud desde su asiento, limpiando su barba—, es abierta rebeldía y no traición. Un pérfido es aquel que engaña a su prójimo, pero en nosotros solo encontraréis la verdad, y no es otra que hemos sido derrotados y pedimos asilo en vuestras tierras. Nuestro enemigo es común. En cualquier caso, deseamos establecernos en las fronteras y defenderlas con el mismo ahínco que vosotros, al menos hasta que podamos retomar nuestra amada ciudad y convertirla en el lugar que se merece. ¿Escucharéis, pues, nuestra súplica?

—Una lengua bífida no te da más capacidad para hablar —respondió Ranemirus—, sino que te delata como una serpiente. Aun así, no soy yo quien debe oír vuestras llantinas. Si Adefonsus os acepta en su reino, allá él. Pero sabed que no cesaré de vigilaros y, hasta que no demostréis ser leales, para mí sois tan enemigos aquí como en *Emerita* .

—Así sea —concluyó el bereber con el rostro severo—. Esperaremos al Rey.

Los siervos aparecieron con platos llenos de crujiente tocino asado y una gran vasija con caldo humeante. El agradable aroma era esperanzador para calmar el ambiente; sin embargo, todo fue en vano. Los hermanos se levantaron de sus sítiales y, haciendo una reverencia, abandonaron la sala acompañados por el *armiger* . Cuando pasó la tempestad, fue *Álvar el Viejo* quien rompió el mutismo.

—Al fin ha llegado el tocino... Llevo esperándolo toda la mañana.

Ranemirus plantó ambos puños sobre la mesa, se inclinó hacia el señor del castro y se quedó esperando una reacción.

»¿Qué? —preguntó el curtido galaico, sacándose un trozo de carne de una muela podrida.

—¿Tú tampoco tienes nada que decir? —El *princeps* se dirigió a Petrus Theo.

—Por ahora prefiero escuchar —dijo este.

—¿Podéis explicarme por qué están vivos todavía? —El gobernador se impacientó

—No me apetecía escuchar una monserga de Adefonsus por ofender a un vicario de Cristo como Ariulfus —apuntó *el Viejo* con desgana—. Los hermanos no presentan ninguna amenaza. Tenemos a sus hombres en las mazmorras de *Bracara* y, si intentan algo, yo mismo me encargaré de ambos.

—Tienen salvoconducto, Ranmir —explicó Gutier desde su silla—. Si Ariulfus nos los envía, por algo será.

Cuando el rostro de Ranemirus se volvió hacia ellos, el toledano pensó que el *princeps* iba a invocar una tormenta. El muchacho se estremeció, se sintió tan incómodo como no recordaba en toda su vida.

«Por Santa Leocadia, se diría que su alma emana llamas infernales».

Sin embargo, en lugar de gritar o alterarse, Ranemirus sonrió. Aquello cogió desprevenido al Capa Gris, pues el gobernador se acercó hacia Gutier, saltó ágilmente hacia el otro lado de la mesa, lo alzó y lo abrazó con ganas.

—Amigo mío, hacía tanto tiempo... —El *princeps* se alegró—. Vamos. —Lo golpeó en el pecho—. Tomemos un poco de caldo y calentemos nuestros huesos. ¿Quién es este rapaz que te acompaña? —Miró a Álvar.

—Lo llaman *Carasucia*, pero su verdadero nombre es Álvar de *Toletum*.

—Igual que el señor que deja pudrir sus posaderas en esta ruina... Por su edad, debería ser llamado *el Joven*. —Dio una bofetada cariñosa en el rostro del muchacho.

—Es un recomendado de Eligius y pertenece a los Capas Grises de Gatón. —Su interlocutor arqueó una ceja—. Le salvó la vida durante el encuentro con los emeritenses...

—Ya me han contado tamaña humillación. —Ranemirus se indignó—. Deberías haber dejado que le dieran una lección a esa mujerzuela.

—Ten más respeto por Gatón —dijo *el Viejo* mientras afilaba su cuchillo—. Puede que no sea tu hijo, pero tú eres su padre. Y, sobre todo, ¡es mi nieto!

«¿De qué está hablando?».

—¡Aquí tienes un testigo de su cobardía! —gritó Ranemirus, señalando al joven Álvar.

«No me salen las palabras... Si no digo nada ahora, este hombre pensará que soy un imbécil. Y si digo algo inapropiado, tengo la impresión de que me mandará decapitar...».

—Mi señor, hay victorias que no engrandecen al vencedor. Si Gatón hubiese derrotado a la mujer, su hazaña no habría sido cantada. Sin embargo, si ella lo hubiese matado, no quedaría lonja en *Gallaecia* donde no se narrase la anécdota... así que preferí poner una flecha de por medio y zanjar la cuestión.

—Muy práctico, sí señor —comentó *el Viejo* mientras masticaba un trozo de panceta.

—El chico tiene seso. —Gutier guiñó a su buen amigo—. Y puntería.

—Lo quiero a mi servicio —dijo Ranemirus sin dar pie a discusión, apretando el hombro de Álvar con fuerza—. ¿Luchaba bien la sarracena?

—Ninguno la habría derrotado con la espada, mi señor. Gatón no debe sentir más vergüenza que el resto.

—Imagino que Mahmud es aún mejor —apuntó de nuevo Gutier—. Si las mujeres de *Emerita* combaten de esa manera, sus hombres defenderían bien las fronteras.

—La cuestión es... ¿contra quién? —inquirió Ranemirus, con una sombra en la mirada—. Nada bueno puede salir de esto, pero apoyaré la decisión de Adefonsus. Con todo, *Viejo*, te pido que no dejes de echarles un ojo.

—Dalo por hecho —dijo el bracarense, rellenando con más caldo el cuenco de Petrus Theo—. Siempre has sido capaz de ver más allá, Ranmir, y no será esta vez cuando nosotros te demos la espalda, a pesar de tu testarudez.

—¿Dónde estará el Rey? —preguntó Petrus Theo, tras dar un sorbo—. Debería haber llegado ya.

—Se habrá parado a orar a la Virgen en *Lucus*, como de costumbre —dedujo Gutier.

—Habría que enviar a algún explorador —dijo Ranemirus—. Que se asegure de que el séquito de Adefonsus está bien. Los caminos están llenos de bandidos y podría haber ocurrido algún imprevisto. Esta situación debe ser solucionada cuanto antes. ¡No quiero paganos en esta tierra!

—Yo podría ir en su búsqueda, mi señor —se atrevió a decir Álvar. Sentía sus fuerzas renovadas tras el desayuno.

Algunos sirvientes abandonaron la estancia retirando los cuencos sucios, y otros entraron con recipientes llenos de agua para que los comensales se enjuagasen las manos, las bocas y las barbas. Tras pensarlo durante un rato, Ranemirus accedió a la petición. Acto seguido, el muchacho se alzó de su asiento y se dirigió velozmente hacia los establos.

Una vez ensillado su andalusí, sintió un escalofrío, algo parecido a un mal presagio. El sol se ocultó tras las nubes y la melancolía regresó al cielo.

«Se me está contagiando la superstición de estos rústicos...».

—¿Dónde vas? —preguntó *Verres*, quien había pasado la noche junto a las bestias, harto de bebida. El hombretón tenía los ojos llenos de legañas y el aliento le hedía, putrefacto.

—A buscar al Rey. —El muchacho sonrió, montando en su elegante caballo—. No tardaré.

—Todo el mundo quiere ver al Rey. —*Verres* dejó ver sus dientes separados tras dar un trago a un pellejo de sidra—. Tu caballo es... ¡Es el mejor animal que he visto en mi vida!

Álvar exhibió al andalusí a dos patas, se despidió con un gesto y abandonó los establos. Cuando las puertas de *Santa Cristina* se abrieron a su paso, un trueno se escuchó en la lejanía y el vello se le erizó. La gélida brisa que se levantó en aquel momento echó la capucha del jinete hacia atrás, por lo que se arrebujó en su capa y espoleó a su caballo para que galopase.

El camino hacia *Sarria* era verde y oscuro, lleno de peligrosas zonas con barro durante un suave sendero de elevaciones y depresiones, bien custodiado por los bosques. Cuando cruzó el vado del río *Mao*, los campos se abrieron ante él y pudo contemplar más colinas plagadas de floresta que

se erigían en el norte. Las vacas que iba dejando atrás pastaban apaciblemente mientras sus dueños charlaban entre ellos observando los cielos con rostros atribulados. Algunos miraban a Álvar y lo instaban a cabalgar más rápido en su cerrada jerga, como si fuese un rezagado.

«Las tropas del Rey deben haber partido al alba desde *Lucus*, así que no estarán a más de media jornada».

—Venga amigo mío, ya falta menos —susurró a su montura, acariciando sus crines.

La cabalgada lo condujo hasta una nueva vía que volvía a adentrarse en la sombría frondosidad, pero atisbó en la lejanía un brillo extraño, algo metálico que refulgía ante un haz de luz que se colaba en el interior del bosque. «Un cepto de lobo...». Desvió su montura lo suficiente para evitar la trampa, mal colocada y visible. Cuando comenzó a plantearse la situación, fue demasiado tarde: una cuerda se tensó ante él y no pudo sostenerse en la silla, por lo que cayó al suelo. A pesar de haber rodado, el golpe lo aturdió sobremanera, así que a duras penas sintió unos brazos que lo sostenían desde ambos lados y lo llevaban hasta el pie de un árbol grueso. Había tragado tierra, la sangre se agolpaba en su boca con un sabor ferruginoso y sentía un fuerte dolor en todo el cuerpo, como si una montaña le hubiese aplastado los huesos.

«Brandanius... Sus trampas nunca se ven. Ha sido un cepto y he picado como un novato».

—Tranquilo muchacho. —Álvar escuchaba desde su incipiente inconsciencia—. Todo ha sido muy precipitado, pero esto no es personal. Nos van a pagar bien para que sufras antes de morir. —«El tuerto los ha comprado, se han vendido como Ibn Muhayr y su camarilla»—. Nos conformaremos con matarte y le contaremos un cuento de terribles tormentos al cliente. Al fin y al cabo eres de los nuestros.

«Aramirus, tú también».

—Aram... Ar... —No podía articular palabra. El muchacho lo miraba con tensión, luchando internamente contra la misericordia y la indiferencia, contra la lealtad y la hombría. Parecía estar realizando su primer acto de valor.

—Tú... Tú me lo dijiste, *Carasucia*. Que algún día debía hacer cosas peores.

«Lo de ayudar a quienes tienes al lado no lo recuerdas, ¿verdad?».

Lo ataron al tronco. El mundo comenzó a desvanecerse para Álvar en un velo rojizo. Respirar una simple bocanada de aire parecía una epopeya. Uno de sus ojos comenzó a cerrarse por la hinchazón, aunque aún veía tras un halo borroso.

—Está en muy mal estado. —Se oía una voz lejana junto a un zumbido, pese a que el rostro y los labios se movían a pocos palmos de su rostro—. ¿Y si lo dejamos aquí para que los lobos lo devoren?

«Son... al menos... cuatro... Calvus también está... Mis hermanos. Por Santa Leocadia... Parece que... que la tierra tiembla...».

Pronto no podría ni pensar. Necesitaba sacar fuerzas de su flaqueza, reaccionar de alguna forma antes de que le rebanasen el cuello con una afilada daga.

—El andalusí... —dijo Álvar con la lengua ensangrentada—. No... No le hagáis daño...

—El imbécil piensa en su caballo. —El que vigilaba el camino río con ganas—. A esa bestia podemos sacarle un buen partido.

—El trato no era tal —dijo Brandanius—. El animal será para quien se acordó.

—Vale... Vale mucho... Oro... —advirtió el toledano.

—Ya lo estás escuchando. —Calvus se enfadó—. Creo que sacaremos más por el caballo que por la muerte de este patán.

—¡Ambas cosas nos darían riquezas! —gritó Aramirus.

—¡Niño estúpido! Si no le damos el caballo, ¿crees que nos pagará? —preguntó *el Trampero* .

«Eso es... Discutid...».

—¡Cállate! —ordenó Aramirus a su compañero. Se acercó a Álvar y colocó el filo bajo su garganta—. Lo siento, *Carasucia* .

«Hijo de cien padres leprosos...».

El soplo de un cuerno de guerra hizo que todos girasen sus cuellos hacia las profundidades del bosque.

—¡Jinetes! —gritó el que acechaba—. ¡Vienen jinetes! —En aquel mismo instante, una jabalina lo atravesó a la altura del esternón.

Álvar aprovechó para elevar las piernas con fuerza y golpear los genitales del Aramirus, quien soltó su arma y rodó por tierra, dolorido. Calvus y Brandanius se miraron con desesperada complicidad y decidieron huir del lugar, bosque traviesa, pero una columna de jinetes bien pertrechados los persiguió. Uno de los caballeros se desvió del grupo y se acercó al árbol donde se encontraba el toledano. Se detuvo y descabalgó. Desenvainó una espada y acuchilló a Aramirus, que buscaba de nuevo su arma para acabar la faena; luego, el recién llegado cortó las ligaduras de Álvar. Cuando este entreabrió el ojo sano, tras echar un buen golpe de aire a sus pulmones, vio a un hombre maduro, de rostro afable y ataviado con una de las armaduras más maravillosas que había contemplado en su vida.

«Por Santa Leocadia... El Rey... El Rey me ha salvado».

—Soy un hombre... de... Ranemirus... —logró decir el muchacho a duras penas—. He venido a... a buscaros, pues a mi señor... a mi... señor... le preocupaba que... Que algo malo os hubiese podido suceder.

—Parece que ha sido al contrario —dijo el jinete con acento extraño—. Calma, joven. Llegamos

con retraso, pero llegamos. Ahora lo importante es que te recuperes.

—¿Quién...? ¿Quién sois?

—Mi nombre es Arband de *Suessionum* . Comando la vanguardia del Rey.

[182](#) Dominador de una tierra.

CAPÍTULO 29

LAS LLAMAS ETERNAS

Hisn de Santa Cristina,

Yaliqiyya .

Safar (marzo), año 220 de la Hégira (835 d.C.).

Yamílah corría con todas sus fuerzas por un polvoriento camino que no parecía tener fin, flanqueado por centenares de campos abandonados y humeantes. El aire no llegaba a sus pulmones y las piernas empezaron a fallarle cuando, tras una suave y lejana colina, apareció un bosque cubierto de nubes oscuras que amenazaban con desencadenar una poderosa tormenta. Se detuvo unos instantes, exhausta, para recuperar el aliento, y miró hacia atrás con la respiración agitada y las manos temblorosas. Contempló, entonces, una ciudad sitiada por numerosas tropas. De ella brotaban columnas de fuego, un homenaje funerario para una urbe difunta.

«*Márida ...*».

Un jinete surgió en el horizonte. Llevaba la cruel espada desenvainada y espoleaba con furia su montura, con el rostro congestionado por el odio. Pudo reconocer al *qaíd* de los *Rakaballah*, Tamán, portando el estandarte del caballo rojo. Sentía los cascos del bridón muy cerca, casi sobre ella, por lo que comenzó a correr de nuevo con el miedo aferrado a su vientre. Los árboles se acercaban con premura, con una celeridad que no podía comprender, y le brindaron un atisbo de salvación donde ocultarse de aquel enemigo infernal, antes de que la alcanzara con su filo. Al adentrarse en la floresta, perdió el sentido de la orientación. Extraviada, sus brazos se arañaban con ramajes duros y arbustos espinosos. Lo único que la tranquilizaba era que su perseguidor no se escuchaba por ninguna parte.

«Debo haberlo despistado...».

Cada vez le resultaba más difícil avanzar y, en el momento en que se topó con un claro, la esperanza se desvaneció por completo. Allí se alzaba una tenebrosa figura encapuchada, firme y fría. Yamílah se acercó lentamente mientras empuñaba su arma, pues quería asirse a la vana ilusión de que era alguien conocido que la ayudaría a vencer a Tamán.

—Hermano, ¿eres tú? —preguntó indecisa, tratando de discernir el rostro que se ocultaba bajo el lino—. ¿Suleymán...? ¿Amín...? ¿Ariulfus...?

No obtuvo respuesta. El desconocido no se movió hasta que ella se colocó frente a él. Los rasgos de este quedaron descubiertos y Yamílah sintió un pánico que le hizo dar un paso atrás, aterrorizada. Hubiera preferido cien veces enfrentarse al *qaíd* de los Jinetes de Dios, antes que estar frente a aquel rostro duro como el hierro, ante aquellos ojos cuya cólera superaba, desde la serenidad, a la del toledano en pleno furor de combate.

«¡Ranemirus!».

Quiso gritar, quiso chillar y estallar en un mar de lágrimas, pero no pudo. Solo quedó absorta, impotente ante el gélido gesto del señor de *Yaliqiyya*, quien desenvainó su hoja y le propinó un fuerte tajo en el cuello para decapitarla.

* * *

Yamílah despertó. El sobresalto llamó la atención de Mahmud, que estaba sentado junto al fuego de la estancia, ensimismado y melancólico como era costumbre en los últimos tiempos.

—Tranquila, Yam. Te has quedado dormida y no quería molestarte. Estás agotada, es normal. —La voz de Mahmud sonaba reconfortante aunque apagada, sin aquella fuerza e ilusión que antaño lo había encumbrado en *Márida* —. ¿Quieres comer algo?

Ella negó con la cabeza, incorporándose sobre el camastro. Contempló a su hermano y, en aquel instante, tomó conciencia de cuánto había envejecido: las sienes se cubrían por la nieve y las arrugas de su rostro se acentuaban.

«La traición de Asbag le ha herido el alma. Si hubiésemos pedido el *ammán* y nos hubiésemos doblegado ante el Emir... ¡Qué distinto sería todo! Suleymán, Amín, el resto... Todos seguirían con nosotros...».

Sin embargo, Mahmud estaba convencido de que era mejor ser un señor de la barbarie que un esclavo del refinamiento. Recordó lo mal que les había ido desde que abandonaron *Márida* y no pudo darle la razón. La triste estancia en *Mont Salut*, asaltando los cultivos de inocentes familias; la implacable persecución de las tropas cordobesas y la perfidia de sus parientes; su llegada a *Bracara*, con el terrible recibimiento que les habían dispensado sus señores... Todo era el reflejo de la pesadumbre que venían padeciendo tras rebelarse contra *Qúrtuba*.

«Deberíamos habernos quedado y haber muerto defendiendo nuestro hogar. ¿Qué será ahora de nuestra amada ciudad? ¿Quién velará por ella, si no es desde el Paraíso?».

Una punzada de dolor atravesó la herida de su brazo derecho y Yamílah comenzó a sollozar: sufría por la pérdida de tantos seres queridos. Poco después, sintió la mano de su hermano sobre el hombro.

—Yam, cálmate —dijo Mahmud—. El Rey no tardará en recibirnos y nos escuchará. Si lo que dicen es cierto, es un hombre santo para los suyos y no tendrá por vanas las cartas de Ariulfus. Ten esperanza... Ten fe en el salvoconducto.

—¿Crees que la palabra de Ranemirus no pesará sobre él? —La muchacha se inquietó al recordar al temible gobernador.

—Esperemos que no y que escuche a otros señores menos impetuosos, como ese Gutier. Es el menos necio de los cristianos. Cuando me ofrecí a proteger las fronteras, supo desde el principio que necesitan mis conocimientos y a mis hombres, por pocos que sean.

—¿Y qué hay de Álvar *el Viejo* y Petrus Theo? ¿Qué crees que harán ellos?

—Se mantendrán al margen. —Las palabras del emeritense no dejaban lugar a dudas.

—Eso es mejor que ir en nuestra contra —apuntó ella.

—No te confundas, hermana. No participarán porque para ellos no suponemos una amenaza. Pero no dudarán en matarnos si su relación con Ranemirus se ve afectada.

El vello de Yamílah se erizó.

«Apenas le he visto una vez y siento escalofríos solo con oír su nombre».

—Esperemos que Gutier pueda aplacar la ira que arde dentro del gobernador —dijo Mahmud, y le acarició los largos cabellos para tranquilizarla—. Ahora descansa. Por lo que cuentan algunos guardias, el rey Adefonsus se ha metido en la capilla en cuanto ha llegado, sin probar bocado. No debería tardar en convocarnos.

No obstante, la llamada no llegaba. El Rey llevaba desde el mediodía en el *hisn* y, aun así, no habían recibido ninguna noticia suya. Ella sabía que aquello no les favorecía, ya que los señores cristianos querían zanjar aquel asunto cuanto antes.

«Qué hombre tan peculiar. ¿Será cierto que sigue rezando?».

Durante un buen rato, pasó por su cabeza todo cuanto había escuchado sobre Adefonsus, pues era la única luz que iluminaba su destino en aquellos fatídicos días de su vida, la única esperanza entre los crueles *arwam* que la rodeaban. El monarca parecía estar envuelto por un halo de misticismo y benevolencia hacia su pueblo; además, era capaz de llevar a cabo las mayores proezas militares, con tal de protegerlo, sin disponer del poder que había en el sur, al que desafiaba.

«En cierta manera se parece a mi hermano».

Desde que su padre murió, solo se tenían el uno al otro, y ninguno de los dos había podido romper ese vínculo. Mahmud priorizaba tal unión, la consideraba por encima de sí mismo, y algo parecido había hecho Adefonsus respecto a su propio reino.

La puerta se abrió de repente y Yamílah dio un respingo. Una enorme figura cruzó el umbral, agachándose para entrar en la habitación en la que los tenían confinados. El imponente Petrus Theo no saludó. «Viene sin hombres», advirtió ella. El recién llegado les contempló en silencio y tras unos instantes en los que Yamílah aguantó la respiración, expectante, se dirigió a Mahmud.

—Sígueme —ordenó con aquella voz cavernosa.

Su hermano la besó en la frente y abandonó la habitación tras dedicarle una mirada tranquilizadora. Ella lo miró con tristeza y asintió, dubitativa. En cuanto ambos hombres abandonaron la estancia, percibió las garras de la soledad.

«Esta vez no han querido que yo acuda».

Para intentar pensar en otras cosas, comenzó a fijarse en la decoración de las paredes, muy parecida a la que poseía la ermita de Santa Eulalia de *Márida*. Apenas había podido contemplar aquel lugar en el que se encontraban, un pequeño *hisn* rodeado de viejos árboles. Allí, en el norte, todo le transmitía una extraña sensación de vejez, de antigüedad, de aspecto vetusto que le hacía recordar la pequeña iglesia emeritense.

«Suleymán me habría explicado qué significan cada uno de estos símbolos».

El recuerdo de su difunto marido volvió a llenar sus ojos de lágrimas y añoró su compañía como nunca antes lo había hecho. Él también apoyaba la rebelión frente a *Qúrtuba*, aunque ella dudaba que hubiese querido llegar tan lejos como Mahmud y depositar todas las esperanzas en un rey *rumí*.

Se levantó para dirigirse al pequeño ventanuco que poseía la estancia, por el que divisó la oscuridad del cielo nocturno. El ajetreo del reducido patio de armas la distrajo y apartó los tristes recuerdos de su cabeza. Bajo la luz de las antorchas de las almenas, los sirvientes portaban cubos, hatillos de leña y fardos de paja, mientras correteaban sobre los charcos y el barro. Entre la algarabía, Yamílah apreció una figura que le resultó familiar. Más que al hombre, reconoció su armadura, una impresionante loriga de escamas metálicas que reflejaba el brillo de las teas.

«¡Arband!».

El ánimo de Yamílah se encendió. Si el franco estaba allí, intercedería ante el rey Adefonsus a favor de ellos. Junto al diplomático, un monje enjuto y de gestos nerviosos acompañaba a un individuo que yacía tumbado en una carreta, cubierto de gruesas pieles. Los tres se dirigían hacia el portón de salida.

«¿Adónde irán?», pensó extrañada. Con el monarca allí, lo normal era que todos sus fieles permanecieran junto a él.

Advirtió entonces que Arband giraba la cabeza y miraba hacia donde ella estaba. Parecía buscar algo y, al no encontrarlo, volvió su vista al frente. Abandonó el *hisn* con su andar calmado, pasando bajo los cadáveres descarnados, donde unas aves carroñeras apuraban su macabro banquete.

Aquella imagen la destrozó. Volver a ver a sus parientes colgando de la puerta de la fortificación y al franco marcharse hacia la tupida floresta fue demasiado para ella. El ardor se fue desvaneciendo en su interior, como el cauce de un arroyo que se seca en verano. Recordó cómo su hermano y Suleymán habían reaccionado años atrás ante la aparición de aquel mismo emisario, ilusionados ante la posibilidad de que portara buenas noticias. Al igual que ahora, no había resultado ser el enviado de la esperanza que anhelaban.

«En estos momentos, soy yo quien lo necesita... y vuelve a desaparecer dejando una estela de zozobra».

Acarició el colgante que Arband le regaló tiempo atrás y se mantuvo durante un rato observando

el exterior a través de la oscuridad. El cielo se cubrió de nubes y oscureció aún más la noche.

Yamílah se dirigió hacia el recipiente con agua que había a los pies del camastro para realizar las abluciones previas al rezo y buscar consuelo en las plegarias. Aunque tuvo tiempo de sentirse humilde ante Dios, de rogar por su hermano y por el resto de los suyos, en breve la puerta se abrió de nuevo y un guardia se adentró en los aposentos.

«Qué extraño...».

El hombre se acercó hasta ella y le sonrió, mostrando una desagradable dentadura amarillenta. La contemplaba con lujuria a través de unos ojos dispares.

«Dios mío, ¿es que no has escuchado mis súplicas?».

—Al fin te encuentro, hembra —dijo *el Tuerto*, aquel impertinente que les había encontrado en *Mont Salut*—. Te tienen bien escondida, y tu hermano parece un perro guardián. Ahora, por fin estás sola...

—Como se te ocurra acercarte, los guardias acudirán para recoger tu cadáver...

— *Soooo*, jaca. —Dio un raudal de paso al frente y puso una daga afilada en el cuello de Yamílah.

Incapaz de reaccionar, se sorprendió de la agilidad con la que el recién llegado había sacado el filo hasta colocárselo en la garganta. Sujetando sus manos a la espalda, la obligó a retroceder hasta la pared y la acorraló. El cuchillo se mantenía firme contra su piel.

»Tranquila... —Se acercó más a su rostro, con la lujuria rezumando en sus ojos—. Los guardias que hay en la puerta me son leales, así que de poco te serviría gritar. Aunque si lo haces, te rajaré este precioso gajete sin pestañear. —El aliento le hedía, y Yamílah tuvo que contener unas arcadas y apartar la cara hacia un lado.

Guardaron silencio. Ella trataba de reponerse a la sorpresa inicial y él la miraba de arriba a abajo con lascivia, casi babeante.

—Sólo he venido a comprobar mi mercancía —dijo *el Tuerto* al cabo de unos instantes. Sus dientes podridos asomaron en su fea boca, que se torció en un gesto parecido a una sonrisa—. Ya te advertí que te compraría y pronto cumpliré con mi palabra.

—Debes estar loco si piensas que mi hermano me vendería a un despojo como tú —escupió ella, recuperando la calma poco a poco.

—Vaya, vaya... Así que es cierto que fornicas con él. No te preocupes, pronto colgará de estos muros junto a tus primos. A Ranemirus no le importará entonces lo que a ti te ocurra. —Yamílah se estremeció al escuchar de nuevo aquel nombre—. En estos momentos, el gobernador atiende a ese rey sodomita. Ahora bien, en cuanto Adefonsus se marche, tu querido hermanito será pasto para los cuervos.

—Moriré antes que desposarme contigo —dijo ella con determinación. La presa no cedía y el

cuchillo seguía pinchando su cuello. Aun así, miró de soslayo a su alrededor, en busca de algo para poder defenderse, a la espera de que su agresor bajara la guardia.

—Si no vas a aceptarme como tu amo, te poseeré a la fuerza. De esa manera no te gustará... —
Apretó el arma contra su garganta un poco más y acercó la boca hasta casi rozar su mejilla—. Sin embargo, si prefieres morir, no dudaré en atravesarte las tripas y yacer contigo mientras tu alma va a encontrarse con tu falso Dios...

En aquel momento, se escucharon algunos gritos fuera y un golpe sordo producido por alguien que caía al suelo. Luego, una figura apareció bajo el quicio de la puerta al abrirse. Se oyó una voz firme, autoritaria, que parecía nacida en una forja de hierro.

—¿Qué está pasando aquí?

—Mi señor Iaquintus... —El tuerto soltó a Yamílah y, con la misma rapidez que había actuado antes, guardó la daga bajo la manga—. La prisionera intentaba escapar....

—¡Desaparece! —ordenó el hombre de armas con severidad.

El Tuerto abandonó la estancia apresurado, no sin antes mirar a Yamílah de reojo, ocultando una sonrisa socarrona.

Su libertador se volvió y la contempló con unos nobles ojos pardos, lo que amainó su tensión de la muchacha. La miraba con deferencia y una sonrisa afable se dibujó en sus finos labios. «Ojalá mi hermano tenga razón y no todos los fieles de Ranemirus deseen nuestra muerte».

—Mi señora, tranquilizaos. Os esperan para la reunión —dijo él cordialmente.

«Es el *armiger* de Ranemirus... ¿qué querrán de mí?».

Yamílah asintió agradecida y declinó la atención que el fornido hombre quería dedicarle a la herida de su cuello. Salieron a los fríos pasillos del *hisn* y pudo contemplar con mayor detenimiento a su bienhechor. Era un guerrero, sin duda. Portaba una enorme adarga a su espalda y una ancha espada que casi golpeaba el suelo desde el cinto. No necesitó sostenerlas para saber que eran extremadamente pesadas.

«¿Qué clase de persona sería capaz de empuñar esas armas?».

Un nombre acudió a su cabeza: Tamán. En realidad, le recordaba mucho al *qaíd* de los *Rakaballah*, por su porte marcial y su recia constitución. Con todo, en el corto lapso de tiempo que había observado a su acompañante, percibió que sus modales eran gentiles y que había algo de la grandeza de Suleymán en aquel desconocido. Iaquintus tenía el pelo moreno, cortado en una media melena que peinaba hacia atrás y enmarcaba un rostro pulcro y rasurado. No era un hombre hermoso, al menos no tanto como Mahmud, aunque había un atractivo interesante en él. El cristiano volvió a preocuparse por su cuello y tocó su brazo para tranquilizarla. Fue un gesto delicado y atento.

«¿Me habrá enviado Dios a este hombre para protegerme como hizo en su día con Suleymán?».

Llegaron ante una doble puerta de madera custodiada por dos lanceros. Delante de ellos, una figura les aguardaba, sonriente. Observó a Yamílah con detenimiento, y esperó un momento antes de hablar, pues parecía deleitarse al contemplarla.

—Un amigo común me ha pedido que cuide de ti —dijo Gutier a modo de saludo. «¿Quién habrá velado por mí?»—. Apresurémonos.

Una vez que entraron, el calor la recibió con suavidad. Era una estancia reducida, sin ventanas, alumbrada por antorchas y braseros, con otra portezuela que permanecía cerrada y sobre la que colgaba una tosca cruz de madera. En la mesa en forma de herradura que se extendía junto a la chimenea, los ocupantes bebían y conversaban en pequeños grupos. Solo dos se mantenían en silencio: su hermano Mahmud, sentado en una silla y solitario, cuyo rostro adusto trataba de ocultar su incertidumbre; y Ranemirus, que no dejaba de mirarlo con las llamas eternas de sus ojos.

La comida era escasa para recibir a un rey. El desayuno cotidiano de cualquier notable de *Márida* o *Qúrtuba* habría superado en cantidad y calidad al banquete que allí se ofrecía. La mayoría de los comensales era gente ruda, acostumbrada a pocas comodidades.

«Así forjan sus corazones de hierro».

Entre los presentes reconoció a Gatón, que charlaba distraído, lanzando furtivas y ceñudas miradas hacia donde su hermano se encontraba. Algunos de los presentes se volvieron para observarla, chocando sus codos, unos, y con rostros serios, otros. Yamílah ocupó una silla que Iaquintus le ofreció junto a Mahmud, ambos apartados de los demás. El galaico se despidió de ella y se encaminó hacia su señor. Era evidente que nadie contaba con su presencia allí, pero el atento guerrero habría intuido el peligro que corría sola en la habitación.

«Sin duda, Iaquintus posee algo que me recuerda a Suleymán. ¿Sería capaz de amarlo como algo diferente a un padre?».

La respuesta llegó rápida y Yamílah sonrió para sus adentros. Se sorprendió por aquella pregunta que había acudido a su mente, dadas las circunstancias, y lo atribuyó al mal trato recibido hasta el momento y la novedad que representaban aquellas amables atenciones.

—El Rey quiere evitar una posible disensión —dijo Mahmud en voz baja—, y por eso tratará nuestro asunto en privado, lejos del salón principal. Es una buena señal. Esperemos que todo salga bien, Yam.

En efecto, la sala parecía una especie de comedor secundario en el que tendrían lugar las reuniones más íntimas. Observando ahora con mayor detenimiento, contó algo más de una docena de hombres sentados a la mesa. El enorme Petrus Theo se encontraba entre ellos, acompañado por Álvar, el señor de *Bracara*. Nada más pudo advertir, pues en ese preciso instante la puerta coronada por la cruz se abrió y un pequeño sequito se adentró en la estancia.

«El Rey...».

Adefonsus, seguido por dos religiosos con hábitos ricamente adornados y flanqueado por un

veterano guerrero, caminó despacio hasta el sitio que tenía reservado. Los presentes se alzaron y Yamílah cruzó la mirada con el monarca, un anciano alto y vigoroso, cuyos abundantes cabellos blancos y grises caían sobre sus hombros. Sus ojos eran dos abismos de sabiduría, verdes y vidriosos, y en ellos encontró la esperanza. Bajo el ostentoso manto regio y la enjoyada diadema que se ceñía en su frente, había un atuendo viejo y curtido en mil batallas. «Como su alma». El afable rostro mostró una sonrisa paternal y un gesto de satisfacción. El Rey permaneció de pie y, con voz grave y bien entonada, les dio la bienvenida. Sin poder impedirlo, Yamílah asió el brazo de su hermano, al que notó tenso bajo sus ropas.

—Gracias a Dios que habéis llegado sanos y salvos, amigos nuestros. —La calidez con la que les habló era algo extraño para ella en aquella tierra—. Seréis bien acogidos por estos lares después de todo cuanto habéis sufrido. Las cartas que he recibido del buen Ariulfus me han informado de vuestras desventuras y vuestro valor frente al poder de *Hispania*, así que nada debéis temer a partir de ahora. Si me he retrasado se ha debido a que he parado en *Lucus* y en *Bracara*, pues he decidido liberar a vuestros seguidores, quienes os esperan en mi campamento.

«¡Dios misericordioso!, ¿es posible? ¡Loado sea!».

Yamílah percibió cómo Mahmud se relajaba. Él suspiró despacio y le acarició la mano, tranquilizador. Lo hubiese abrazado allí mismo, pero la mirada de Ranemirus seguía posada sobre ellos, imperturbable. Notó como el vello se le erizaba bajo el vestido y volvió a apretar el brazo de su hermano.

—¡Valerosos fieles! —gritó Adefonsus para dirigirse ahora a sus hombres—. Es un honor para mí compartir la sidra con quienes defienden las fronteras del *Regnum*. Os erguís como un acantilado desafiante ante la furia del mar. Desde este momento no estaréis solos. —Señaló hacia los hermanos—. Esta noble gente conoce bien el poder del sur, ha combatido cara a cara contra él y ahora nos ayudará a proteger nuestra tierra. ¡Todos tenemos el mismo enemigo!

El Rey pausó su discurso, con gesto afable, ante la algarabía y los golpes en la mesa que había suscitado.

»Por todo ello —continuó—, con gusto le ofreceré a Mahmud, hijo del *Victorioso*, unas tierras fronterizas para que las convierta en un bastión inexpugnable, y que combata a nuestros adversarios con el mismo ahínco que demostró en *Emerita Augusta*.

—El mismo tesón con el que esta mujer acabó con dos de mis hombres —dijo Gatón, acusador. Los murmullos inundaron la sala.

—¿A cuántos emeritenses habéis matado vosotros a pesar del salvoconducto de Ariulfus? —inquirió Osorius, *armiger* del Rey.

Los presentes comenzaron a discutir y Yamílah se temió lo peor. Sin embargo, el Rey alzó la mano y todos volvieron a guardar silencio.

—Es tiempo de dejar atrás nuestras diferencias —sentenció Adefonsus, alzando su copa—. ¡Sed bienvenidos a vuestra nueva tierra, Yamílah y Mahmud!

—¡Sed bienvenidos! —gritó la mayoría al unísono.

«Bendito sea Dios, estamos salvados».

Ajeno a las palabras de Adefonsus y a los vítores, Ranemirus mantenía la mirada clavada en Mahmud, con una dureza que helaba la sangre de Yamílah.

«Donde los hombres tienen corazón de hierro...».

El Rey, lejos de acabar su discurso, pidió silencio y todos callaron.

—Hay algo más que debo deciros, mis amados fieles. A estos huesos cansados les queda poco tiempo de cabalgada, pues se acerca la hora en la que dejaré este mundo para reunirme con mis seres queridos y poder contemplar la luz de Dios.

Un murmullo inundó la sala. Algunos rostros se entristecieron y otros se fruncieron, expectantes.

»Cuando Dios reclame mi alma —prosiguió el Rey alzando la voz—, habré dejado un hermoso Reino. A lo largo de mi dolorosa vida, he procurado lo mejor para vosotros, dando más solidez a nuestros muros, adorando al Altísimo y glorificándolo mediante el hierro y la caridad. Os he dejado nuevas leyes que ya esgrimieron nuestros ilustres antepasados para que podáis combatir la injusticia en todas sus formas. Mi deseo es que el *Regnum* continúe engrandeciéndose, que todos y cada uno de vosotros seáis santos seguidores de Cristo y le consagréis vuestra vida. Se ha derramado mucha sangre, se han perdido muchos seres queridos, grandes guerreros cuya muerte no ha sido sino un sacrificio por todos nosotros. Confío, pues, en que elegiréis a un gran rey que continúe la obra de nuestros padres. Llegado el momento en que no esté entre vosotros, mirad a los que sangran, mirad a los que imponen justicia, mirad a quienes dedican su vida a protegernos...

—¡ *Princeps* Ranemirus! —gritó Gutier a los presentes.

—¡ *Princeps* Ranemirus! —Se le unió toda la multitud, golpeando la gran mesa con entusiasmo—. ¡ *Princeps* Ranemirus!

Yamílah sintió que el mundo se hundía bajo sus pies. El Rey sonrió dichoso y cruzó la mirada con Ranemirus quien, implacable, se mantenía silencioso en su sitio entre las feroces aclamaciones.

—Estamos muertos, antes o después —confesó ella en un susurro—. Adefonsus era el agua que iba a apagar el fuego de Ranemirus. ¿Qué vamos a hacer?

—Rezar —afirmó su hermano y torció el gesto—. Rezar para que nuestro Dios mantenga con vida al rey cristiano...

CAPÍTULO 30

LA PIRA DE LAS MUSAS

Lugar desconocido.

Mes incierto, probablemente año 873 de la Era (835 d.C.).

Desde el ventanuco, entró una leve claridad que impactó en su rostro y lo despertó. «Así suelen despabilarse los monjes en los monasterios...». El dolor era insoportable, hasta el punto de que, tras sentir cómo las lágrimas acariciaban su mejilla, encogió los músculos del rostro. Pronto se abstuvo, siquiera, de hacer muecas: cualquier movimiento suponía un calvario. Cuando pudo tranquilizarse, descubrió que todo era más llevadero. Evidenció que sus extremidades y su virilidad estaban en su sitio. Movi6 los dedos de las manos y de los pies sin problema, aunque decidió incorporarse levemente, mediante un titánico esfuerzo, para que sus ojos fuesen jueces. «Dicen que algunos tullidos sienten sus miembros tras perderlos». A simple vista, todo parecía mantenerse en su lugar. «No vamos mal...». Abrió entonces la boca para probar la mandíbula, se palpó los dientes con la lengua y, pese a que una muela se movía y algunas partes estaban inflamadas, comprobó que los conservaba todos. Intentó recordar quién era.

«Soy un imbécil».

Su vida había sido un cúmulo de traiciones. Primero Ibn Muhayr, más tarde Mariam y por último los Capas Grises...

«Soy un maldito imbécil».

Puso toda su confianza en sus nuevos hermanos, arriesgó su vida por aquel grupo de guardianes en las fronteras galaicas, frente a bandidos y sarracenos, para acabar en una mísera trampa pagada por un tuerto, engendro de la mayor ramera que podía existir...

«Si salgo bien de esta, voy a matar a ese hijo de cien padres leproso».

Desde muy niño, la *Ilias* había sido su cofre de sueños. Allí aprendió todo sobre el amor, la lealtad, la valentía y el compañerismo. Sin embargo, el mundo en el que vivía era muy diferente, y ahora podía interpretar la obra de forma distinta.

«Helena engañó a Menelao cuando huyó junto a Paris. Troya fue tomada por la perfidia de Antenor y las argucias de Ulixes y su primo Sinón. Incluso los viejos dioses llegaron a traicionar sus propias causas... ¿Es que no voy a aprender la lección nunca?».

Al-Darrab le había enseñado a sobrevivir desde que era un niño, y Cletus a ver el mundo desde la perspectiva de los sabios. Empero, sus conocimientos y su experiencia de poco sirvieron frente a la insidia de las personas que lo habían rodeado.

«¿Qué experiencia? Soy un maldito crío imbécil». Si aquello era la vida, a él le estaba costando trabajo aferrarse a ella, pues no tenía nada por lo que mantener su hálito. Echaba de menos a Khalil, a *Dienteslargos*, al *Risas* ...

«Y a Hashim... Me lo prometiste. Me lo prometiste...».

Ni siquiera iba a poder cumplir la petición del moribundo Eliyahu.

«La gente me pide, me exige y me requiere. ¿Quién me ofrece algo a mí?».

Luego, el vacío que Mariam había provocado en él acudió como el pus a una herida de guerra, para aumentar el sufrimiento hasta la extenuación. Lloró en silencio, más allá de sus lesiones.

* * *

Unos ruidos de la estancia contigua le hicieron despertarse de nuevo. Se encontraba en una celda discreta con un pequeño hogar apagado. Sus fardos estaban apilados en una esquina y había un tosco bacín para las heces junto al lecho. De repente, su boca se secó y tuvo muchas ganas de orinar. Aquella necesidad hizo que se sentase en el camastro haciendo acopio de toda su voluntad. Tomó el recipiente a duras penas y sintió un alivio mundano al vaciarse, aunque su alma seguía en plena tortura. Poco después, miró a la suave luz que asomaba tímidamente por la ventana, dejó que le acariciase el rostro y acostumbó sus ojos a la misma: un bienestar pasajero. Como por ensalmo, el brillo dejó paso a un atardecer nublado; sin embargo, la puerta de su habitación estaba entreabierta y permitía el paso de una oscilante luminiscencia, propia de un fuego, junto a un agradable aroma a guiso. Se levantó del catre y se acercó, renqueante y en silencio, hasta sus fardos para coger el cinturón con su daga y ajustarlo bajo su amplia camisa. Cada paso fue como recibir una puñalada en la pierna. Luego, se unió a las sombras de la entrada. Usó la madera como cobijo y ajustó su vista a la ranura. Atisbó entonces a dos personas que conversaban cerca de una chimenea; uno de ellos era Eligius, quien parecía manipular algo que estaba cocinando; el otro, más alto y fornido, esperaba pacientemente hasta que pudo catar el resultado.

—Humm... ¡Este caldo está exquisito! —Álvar escuchó una voz con acento foráneo que le resultó familiar—. ¡Es el mejor que he probado!

«Es el jinete que me salvó... Arband».

—Agradécelo a mis hermanos de *Samanos* ¹⁸³—dijo Eligius—. Aprendí de ellos. Hay años en los que pasan tanta hambre que tienen que comer murciélagos, pero si salen bien las cosechas y los terneros son abundantes...

Fue interrumpido por un largo sorbo y chasquidos bucales, manifestaciones de satisfacción. La hoguera crujía, imponiéndose al suave cantar de la brisa tardía y a los borbotos de la sopa.

—De verdad —insistió Arband—, tienes que decirme cómo hacer esta maravilla.

—Hay que tener paciencia, dejarlo hervir el tiempo suficiente para que el agua tome bien la sustancia —aclaró el religioso—. En realidad, lleva cebolla, ajo, hueso y tocino de vaca, piel de gallina y cecina picada. Lo ideal es acompañarla con pan de bellota y el verdadero secreto está en echarle un chorreón de sidra. —Sonrió señalando un pequeño odre que había sobre una mesa—. Además, le añadiré un poco de corteza de sauce blanco para mitigar los dolores del muchacho. No debe tardar en despertar.

Arband asintió con asombro y arrancó una pata del ave que se asaba al lado del caldero.

—Por lo que me has contado, el chico me recuerda a Adefonsus. —El franco dio un bocado y la

piel tostada crujió—. Vuestro Rey fue un joven alegre, lleno de pasión por las letras y la naturaleza. La vida lo castigó pronto con dureza y lo convirtió en la persona que es hoy. Si no hubiese perdido a su familia a manos del *Terco*, quizá no se habría dedicado en cuerpo y alma a proteger su Reino...

—Adefonsus es un hombre justo con un manto de pureza —afirmó Eligius—. Desde que Hanne y tú ayudasteis a reponerlo en el trono, nadie duda de su autoridad, pero se hace viejo. La cuestión sucesoria es lo que más ronda mi cabeza últimamente... —Eligius se rascó el occipucio.

—Como sabes, la situación en mi tierra es muy diferente —comentó el franco con la boca llena—. Vosotros necesitáis un heredero y a nosotros nos sobran. Lotharius no ha sido el rey que todos esperábamos, y su padre no es ni la sombra del Gran Karolus. Ahora que nuestro proyecto de alianza parece haber fracasado...

—¡Baja la voz! —El monje miró hacia la puerta de la celda, y Álvaro tuvo que adentrarse más en la tiniebla para no ser descubierto—. No es que desconfíe del muchacho —susurró Eligius—, si bien estos temas no deben ser tratados a la ligera. Podrían estar escuchándonos tras las paredes, tanto *Corduba* como *Arenetum* tienen espías en estas tierras. El proyecto de alianza seguirá hasta que no quede un grano de esperanza. Los sarracenos deben ser aplastados conforme a la profecía de Ezequiel...

—No hablas en serio. —Arband se asombró—. ¿Todavía con esos cuentos?

—No seas necio. —El religioso apartó el caldero del fuego, con esfuerzo—. Quiero asegurarme de que se cumpla para avivar la fe cristiana. ¿Quién sucederá a Adefonsus? Esperemos que la alianza se logre consumir antes de que su alma llegue junto a Nuestro Señor. Ranemirus sería un hueso duro de roer, pero también la mejor opción si tu Imperio no acude a la llamada.

—Él no aceptará unirse a nosotros —sentenció Arband—, está convencido de que queremos convertir vuestras tierras en una marca del Imperio. Nos tolera en pequeños grupos si sangramos por su tierra... poco más. Debes mirar a la Corte, en *Ovetum*.

—¡Ah! ¡Una banda de ociosos bebedores de sidra! Por otro lado, fáciles de dominar mediante el temor a Dios. No obstante, el cuñado de Adefonsus no es un candidato desdeñable. Es un hombre sabio, tiene porte y es calmado.

—Mi pueblo acudiría a una batalla para ayudarle. La cuestión es si él mismo empuñaría el hierro.

—Con tu pueblo o sin él, la profecía debe cumplirse. Tenemos que expulsar de *Hispania* a los *ismaelitas* antes de que Dios reclame nuestras almas.

«¿Y si la tuya la reclamase el Diablo?», pensó Álvaro.

—Eligius... —Arband se limpió los labios—. Yo estoy muerto.

—¿Qué estás diciendo?

—Hice algo espantoso, y no me enorgullezco de ello. Cuando fui desterrado por Ludovicus, uno

de mis cometidos fue llevar una vana ilusión a los emeritenses, quienes habían pedido ayuda a mi Rey. Sin embargo, de camino a *Emerita*, me detuve en *Arenetum* ...

—¡No digas más! ¡Anticristo! —Eligius se persignó.

—Ella siempre me amó. Me aproveché de ello y, tras una noche pecaminosa, falté a otro mandamiento. Robé su joya más preciada, que bien vale un reino.

—¿Te refieres a la rosa de rubí? —El religioso no parecía creer lo que oía y su boca quedó completamente abierta.

—La Rosa de Ocho Pétalos, la llaman ellos. Así es.

—Y... ¿Para qué hiciste semejante majadería? ¿Sabes la ira y la sombra que has despertado?

—Pretendía pagar el rescate de Lotharius y reunir un gran ejército para afianzarlo en el poder a mi regreso. De esa manera, el proyecto de alianza habría sido un éxito. Todos los partidarios de Lotharius pusieron su confianza en mí... yo era su única posibilidad. Ahora bien, ella no se conformó con llorar mi traición. Envió a dos sicarios a matarme, y casi lo consiguen.

—¡Mentecato! Si ella hubiese querido acabar contigo, lo habría hecho. ¡Ay, ay! No sabes lo que has hecho... ¡Ay!

—Parece que, a pesar de todo, sigue amándome. —Arband no pudo reprimir una mueca burlona.

—Y... ¿Qué ha sido de esa rosa de piedra roja y brillante? ¿La portas contigo? —Los ojos de Eligius rezumaban anhelo y codicia.

—No. Se me cayó cuando fui atacado en las cercanías de *Emerita*. Pero puedo asegurarte que ella tampoco la tiene. Dimos muerte a sus sicarios a costa de la vida de mi compañero y mi pérdida. Al despertar, ya no estaba en mi cuello...

—¡Así que mañana un pastor sarraceno podría ser rey!

Arband volvió a sonreír.

—Tus bruscos enfados me recuerdan a mi hijo Faramund.

—Humm... Tu hijo... —repitió el monje, pensativo—. Hanne me tiene al día sobre él, aunque hace tiempo que no recibo epístola alguna. Lo último que sé es que partía hacia aquí para encontrarse contigo.

—Así es. Mi deseo es volver a verlo, antes de que acaben conmigo. Lo echo de menos. Siento remordimientos sobre la vida de ausencias que ha padecido por mi culpa. Se puede decir que Arlik *Puñorroto* y Hanne han sido para él sus auténticos padres... —La voz del franco se quebró.

—Tus pecados te condenarían de no haber servido tan bien a Dios, mi buen Arband. —El religioso lo consoló poniéndole una mano sobre el hombro—. Procuraré que nada malo te ocurra, pero me quedaré con tu hijo. Al fin y al cabo, está acostumbrado a tus “ausencias” —dijo,

imitando el acento franco—. Además, la imagen que tiene de ti, endulzada y pulida por Hanne, podría deteriorarse si te conociese mejor. Deja las cosas como están, viejo amigo.

—Rezo para poder verlo una vez más —suplicó Arband—. Pedirle perdón, despedirme de él y morir con el alma en paz. No puedo confesarme sin quitarme esa losa de encima.

—Su mano no es tan larga, Arband —afirmó Eligius—. Si te refugias en *Ovetum*, ella no podrá actuar contra ti.

—Se trata del honor de su familia.

El monje quedó un momento ensimismado.

—La obsesión de esa casta por restituir su deshonor será su perdición —dijo finalmente, mientras llenaba una escudilla de caldo y la salpicaba con corteza de sauce. Luego, se la dio a Arband e hizo un gesto con la barbilla para señalar la celda.

«Ya vienen a despertarme».

Álvar retrocedió hasta su camastro, sin prisa ni ruido, y se cubrió con las mantas tras recostarse. Cerró los ojos justo en el momento en que la puerta se abrió y dejó pasar un torrente aromático que hizo quejarse a sus tripas.

—Levanta, muchacho —entonó Arband con su peculiar acento, mientras azuzaba el camastro suavemente—. Tienes que alimentarte. Toma. —Acercó el cuenco a la nariz de Álvar y este fingió desperezarse con gestos de dolor.

—Me duele todo. —Álvar se quejó con voz pastosa mientras se incorporaba—. Tengo sed.

Arband le ofreció la vasija llena de humeante cordial, y el toledano lo bebió con ganas. Le supo a gloria.

«Él salvó mi vida. Se arriesgó por mí sin conocerme. Tuvo tiempo de analizar la situación, ver que se iba a cometer una felonía y reaccionar con valor. Me ha dado una nueva oportunidad».

—No te atragantes —dijo entre risas el caballero—. Sería una pena que murieses ahora, después de tantos cuidados.

—Gracias. No sé qué habría pasado si...

—Repite y descansa, joven. Y no te preocupes, tu caballo está a buen recaudo. Un magnífico ejemplar.

—Es vuestro. Dejad que pague mi deuda con vos.

—De ninguna manera aceptaría algo así. —Arband sonrió—. Te servirá mejor a ti.

—Mi señor, si hay algo que pueda hacer, por arduo que sea, sólo pedídmelo.

El franco dio unas leves carcajadas, agradecido. Las arrugas que merodeaban sus ojos le daban más fuerza al limpio fulgor azul que emanaba de ellos.

—Lo único que deseo en estos momentos es ver a mi hijo. —Arband parecía soñar despierto—. Si el destino es dulce conmigo, podré darle un último abrazo antes de acabar mis días.

—Así que tenéis un hijo...

—Faramund —interrumpió el franco—. Su nombre es Faramund. Hace tiempo que no sé nada de él.

—Os doy mi palabra de que lo encontraré y lo traeré ante vos. Es lo menos que puedo hacer para agradeceros que hayáis salvado mi vida.

—Una gran vida, muchacho. Eligius me ha contado cosas sobre ti. *Toletum*, la rebelión, la hija del judío, los Capas Grises...

Álvar inclinó la cabeza. Arband se estaría percatando de su dolor.

—No hay grandeza en nada de lo que habéis mencionado. La traición ha sido mi compañera de viaje hasta este día.

—La perfidia no es un adlátere, sino una lluvia que riega nuestros campos de odio y hace brotar unos ciegos deseos de venganza. Nuestros enemigos se aprovechan de nuestra ofuscación y vuelven a hacernos daño. Hay que abandonar ese círculo.

«A pesar de su acento, domina nuestra lengua con mayor soltura que muchos clérigos. Es un hombre de palabras tan dulces como peligrosas, digno de admiración».

—¿Cómo lo hacemos? —inquirió Álvar.

—Tendemos a atribuir nuestros males a los demás —contestó el franco—, pero somos en parte culpables, pues no hemos puesto los medios suficientes para evitarlos. Si prescindimos de los vanos deseos y las frívolas emociones, tendremos una mayor visión sobre todo cuanto nos acecha y estaremos más capacitados para actuar con eficacia.

—He intentado dejar atrás mis pesadumbres, sin éxito. Ahora soy lo que veis... un alma traicionada.

—¿Qué te provoca tanto dolor? —El franco tomó el rostro del joven con sus curtidas manos.

Álvar titubeó. Luego, respiró hondo y decidió sincerarse.

—Se llama Mariam. “La hija del judío”, como vos la habéis nombrado, y ahora esposa de un guerrero cuyas huestes nos derrotaron en *Qalat-Darwaqa*. Le dije que me esperase, que tuviese paciencia... De nada sirvió. Destrozó mi corazón para siempre...

Arband se echó a reír sujetando los hombros del muchacho, quien se ofuscó en su interior por aquella reacción tan poco respetuosa.

—¡Ah! ¡Las mujeres! —exclamó el emisario—. Voy a confesarte algo, jovencito. Resulta que nos parecemos más de lo que crees. Yo también quedé decepcionado, sufrí hasta la extenuación y descubrí, con el paso del tiempo, algo que me ayudó a superar aquel revés. ¡Mírate! Estás sufriendo por alguien que ya no existe o ni siquiera ha existido. Tú te has creado una imagen de ella en tu interior, la has soñado despierto, has creído firmemente que ante ti estaba la mujer que cumplía todas tus expectativas y anhelos... pero no era así. Esa mujer que conociste, o nunca nació o está muerta ahora. Así que estás enamorado de un recuerdo, de una quimera onírica, de algo que, simplemente, no es.

Álvar se sintió incómodo. En cierta manera, las palabras del franco estaban plagadas de razón.

—¿Soléis hablar así a vuestro hijo? —preguntó el toledano.

Arband esbozó una triste sonrisa.

—¿A mi hijo? Faramund es pasión y fuego. Temerario, cabezota y leal a sus propios ideales como el yunque al martillo. No sería capaz de escuchar dos palabras de mi boca, y marcharía para matar al marido de su amada. Luego, se toparía de bruces con la inutilidad de sus actos. En realidad, somos almas muy diferentes. Se parece a su madre...

—Tiene suerte de tener un padre como vos —comentó Álvar tras sorber las últimas gotas del cordial.

El franco revolvió el cabello del joven con condescendencia.

—No sabes lo que dices, muchacho. No he estado ahí. Mis asuntos y caprichos me han mantenido alejado de mi hogar durante mucho tiempo, y mis estancias junto a mi familia han sido breves. Mi hijo se ha hecho un hombre demasiado pronto, y ha forjado su destino con la ayuda de otros. No, no he sido un gran padre. Sin embargo, a pesar de nuestras diferencias, le quiero por encima de toda mi descendencia. De ahí mi necesidad de verlo antes de morir...

—¿Por qué estáis tan seguro? ¿Por qué sois oráculo de vuestro propio final?

Arband dio un paso hacia atrás. Su rostro cruzaba la frontera de la preocupación hacia el miedo.

—He sentido... una sombra. Desde hace muchos años he vivido en peligro, he conocido situaciones que serían difíciles de creer... pero esto lo supera. La Muerte ha debido encarnarse y me persigue desde hace un tiempo.

—Si se ha encarnado, entonces sangra. —Álvar sacó la daga de Al-Darrab y realizó un hábil juego de manos con ella—. No debéis tenerle miedo.

—No sabes de qué hablas, muchacho. —El tono de Arband era indulgente—. Tan sólo te pido que, si algún día falto y no he podido ver a mi hijo, le transmitas mis palabras. Que mire hacia Yamílah.

—¿La hermana de Mahmud? —Álvar arqueó una ceja y agudizó la mirada—. ¿Qué tiene que ver con...

El franco se aseguró de que Eligius no escuchaba y acercó la boca a la oreja del convaleciente.

—Joven —susurró—, si quieres sobrevivir aquí, no confíes en nadie. Ni siquiera en ti mismo. Olvida todo cuanto crees ser y conocer, y quédate sólo con la esencia de cuanto hayas vivido, con aquello que te permita seguir hacia adelante. Deja el resto atrás, pues será una carga tan pesada como la ignorancia.

—¿Por qué me decís eso? —Álvar se estremeció.

—Ahora es cuando estoy salvando tu vida.

Se escucharon ruidos que venían de la sala contigua, y algunas maldiciones.

—¿Qué ocurre? —preguntó Arband, alzando la voz.

—El fuego... —respondió Eligius, contrariado—. No puedo avivarlo.

Álvar enfundó su arma y se levantó del catre. El dolor era intenso, pero lo soportó con estoicismo. Se acercó a sus fardos y tomó un objeto entre sus brazos. Luego, poco a poco, caminó hacia el monje. Con cada punzante paso que daba, iba dejando atrás sus cargas del pasado: la ausencia de sus padres, la rebelión de *Toletum*, la muerte de Hashim y el incumplimiento de su promesa, la pérdida de su banda, la traición constante de quienes le rodeaban y... Mariam. Llegó ante Eligius y lo apartó con delicadeza, para arrojar la *Ilias* a las débiles ascuas.

«Adiós, púberes y fútiles sueños...».

Acarició la empuñadura de la daga de Al-Darrab bajo su camisa. Mientras, el libro se consumía ante el rostro satisfecho de Eligius, reflejando la épica agonía en los ojos ambiciosos del monje, quien sabía que aquel niño se había convertido en una peligrosa oscuridad a su servicio.

¹⁸³ Monasterio de Samos, en Lugo.

CAPÍTULO 31

HONOR Y RESPETO

Fortificación de *Arnit*,

Marca Superior de Al-Ándalus

Rahab (julio) del año 213 de la Hégira (835 d. C.).

Los portones de la empalizada comenzaron a abrirse conforme Fortún y su custodio se acercaban galopando. Cruzaron el umbral sin detenerse, mientras una nube polvorienta se levantaba a su paso. Una vez dentro del castillo, un mozo que limpiaba la cuadra se apresuró a ayudarles a desmontar de los exhaustos caballos. El hijo de Musa, de un gesto con la cabeza, ahuyentó al muchacho y se apeó de su montura dando un salto. Vio como Athim hacía lo propio y lo seguía en

silencio.

Atravesaron el patio de armas y se encaminaron hacia el edificio principal, observados por los guardias que patrullaban las almenas y vigilaban desde las torres de madera. Al sur, donde se divisaba el Monte de las Espinas, unos nubarrones negros se movían con rapidez, como enormes paredes etéreas que avanzaban de forma inexorable y amenazante hacia ellos.

«Va a haber tormenta. Y aquí dentro también», pensó Fortún mientras se adentraba en las dependencias de la familia.

Había abandonado *Banbaluna* a toda prisa. Desde hacía varias lunas llenas, buscaba en la vieja ciudad cualquier indicio que le llevara a dar con el paradero de la dama Onneca, así como alguna pista sobre Arband, el emisario que había robado la Rosa de Ocho Pétalos. Sus pesquisas fueron en vano en ambos menesteres y la desesperación empezaba a consumirlo. Pudo comprobar que el diplomático franco había pasado por allí, camino de su encuentro con el rey Adefonsus, aunque el rastro se enfriaba cuanto más se alejaba de *Banbaluna*. Para colmo, la mano de los Banu Qasi no alcanzaba las tierras que dominaba el monarca cristiano. La alianza franco-astur sería difícil de evitar y el símbolo de su casa parecía imposible de recuperar. Fue entonces cuando llegó el mensaje: recibió la nota de Latif desde *Arnit*, unas jornadas atrás. En la misiva se le informaba de que los captores de su abuela se habían puesto en contacto con Musa: devolverían a la dama Onneca a cambio del prisionero franco. Sin duda, aquel plan no encajaba en sus pensamientos, y debía de haber alguna razón clave que estaba fuera de su conocimiento.

«La prioridad ahora es saber quién es ese hombre. Mi padre lo capturó durante el invierno, mientras buscaba a la abuela, y nadie ha reclamado su libertad hasta ahora».

A pesar del fuerte deseo por abrazar a Onneca de nuevo, Fortún intuía que el confinado debía ser alguien importante y que posiblemente el otro bando saldría ganando con el trueque.

«No puede ser de otra manera. Ellos han tomado la iniciativa».

Sin embargo, en el jardín de anhelo por verla regresar, crecía la mala hierba de la decepción. Desde que su abuela le confesara que había perdido la Rosa de Ocho Pétalos, Fortún no pudo evitar un frío desasosiego en su interior.

«Primero la Rosa y después su captura. Sea la edad o la incompetencia, nuestra casa está sufriendo por su culpa».

Un incómodo mutismo reinaba en el salón cuando entraron Athim y Fortún. Todo era reducido y deslustrado en comparación con las ostentaciones cordobesas, pero el lugar estaba bien iluminado gracias a unas ventanas que se abrían en la pared oriental. A través de ellas se dominaba *Arnit*, rodeada de campos de cultivo, extensos bosques de tonos verduscos y el prolongado valle del río, que se perdía en el horizonte. Dos grandes pendones adornados con el emblema de la Rosa de Ocho Pétalos colgaban detrás del trono donde se sentaba su padre; a su izquierda, su tío Enneco, aguardaba de pie, apoyado en una gran hacha y cubierto por gruesas pieles de oso. Su espalda era incluso más fornida que la de Musa, presentaba mayor altura y lucía largos cabellos castaños. Su porte desprendía una fortaleza imposible de ocultar, y cada uno de sus poderosos movimientos le confería el aspecto de un gigante. No obstante, era generoso para la risa y tardío para la ira, de la

que había que huir cuando se desataba. Por el contrario, Musa poseía un ímpetu presto a desencadenarse en cualquier momento, como una tempestad.

«Nadie juraría que sois hijos de la misma madre...». Pero, si se les conocía bien, podía apreciarse en ambos el linaje de la dama Onneca. «El halo de nobleza».

El asiento que había a la derecha de su progenitor estaba vacío y aquella imagen revolvió de nuevo el estómago de Fortún. «Abuela, ¿qué habrá sido de ti?», volvió a preguntarse. Juró que mataría al *Mago* con sus propias manos en cuanto tuviera la menor oportunidad.

La silenciosa escena la completaba Latif quien, solitario y cabizbajo, esperaba de pie junto a uno de los pilares de la sala.

—Saludos, padre —dijo Fortún e hizo una leve inclinación de cabeza—. Tío...

—Bienvenido, sobrino —respondió Enneco.

Musa permanecía en silencio y con la mirada perdida a través de las ventanas.

«Está enfadado».

—Me han informado de que hay noticias de la dama Onneca. —Fortún fue directo al asunto, pues no había tiempo que perder—. ¿Puedo ver la epístola?

—No hay mensaje escrito, sobrino. Vino un monje de tez pálida a negociar.

—¿Y dónde está ese monje?

—Partió con nuestra respuesta, como es evidente.

Fortún temía preguntar cuál había sido aquella réplica. Prefirió no hacerlo y dirigir la conversación hacia su gran inquietud.

—¿Habéis averiguado quién es el prisionero? —Miró a su padre. Este continuaba callado y con el ceño arrugado.

—Poco importa eso ahora, sobrino —contestó Enneco—. Tu abuela volverá y no nos costará ni una moneda de oro...

—¿Y cómo regresará? ¿Podéis garantizar que no le ha ocurrido nada? ¿Os habéis preguntado quién es ese franco que vale la vida de...?

—Silencio, Fortún —interrumpió Musa—. Tu abuela volverá con nosotros y eso debería bastarte. No sé qué habrás estado haciendo hasta hoy, pero aquí la echamos de menos.

—No he estado ocioso, padre. —A Fortún le dolieron aquellas palabras más que las piernas entumecidas por la cabalgada—. He removido todas y cada una de las piedras de *Banbaluna* en busca de alguna pista...

—Sin éxito, como es costumbre últimamente. —El tono de Musa era severo.

—Padre, por favor. —Fortún suplicó tras armarse de paciencia—. No sabemos quién es ese prisionero. Dame al menos la oportunidad de hablar con él.

—No hay nada más que hablar —zanjó su progenitor. Señaló furioso a Latif y aguardó unos instantes antes de continuar. Fortún supo que estaba controlando su cólera—. Tu hombre desobedeció mis órdenes y decidió interrogar por su cuenta al cautivo. Además, amenazó a la dama Riham. ¿Tengo que recordarte que no es una vulgar concubina? —Exhaló para tratar de calmar su tono, que comenzaba a crisparse—. Nunca me he inmiscuido en tus asuntos, hijo, pero si no atas en corto a ese perro tuyo, la próxima vez que actúe por su cuenta, lo decapitaré yo mismo.

Fortún contempló un instante a Latif quien, avergonzado, miraba hacia el suelo. Le había servido muchos años, por eso conservaba la cabeza sobre los hombros. No obstante, sabía que su padre no hablaba en vano y que no habría una segunda oportunidad. Después tendría tiempo de regañar al explorador y escuchar todas las explicaciones que tenía que darle: a juzgar por el pómulo roto y el ojo morado, eran muchas.

«Ha vuelto a equivocarse, justo ahora, con todos los problemas que nos asaltan».

—Latif ha actuado con coherencia, pues el tiempo apremia —justificó Fortún en voz alta—. Averiguar la identidad del franco es primordial para vencer a nuestros enemigos. Déjame hablar con él, padre.

—¿Estás insinuando que ese hombre vale más que tu propia abuela? —Musa lo atravesó con la mirada.

—En absoluto. Sabes de sobra que ella es lo más preciado para mí —respondió con sinceridad—. Pero es obvio que, para ellos, el prisionero vale un reino. La propia Oneca antepondría los intereses de la familia a cualquier otra cosa, por muy dolorosa que fuese.

Musa no dijo nada. Volvió a mirar pensativo a través de los ventanales y la tensión creció en la sala. La situación no parecía avanzar, su padre se mostraba más testarudo de lo habitual.

«Está asustado porque teme por su madre. No podría perdonarse que le ocurriera algo. Se aferra a ese intercambio con desesperación».

Pese a no compartir el mismo punto de vista con frecuencia, Fortún sabía que su progenitor era el mejor dirigente que la familia podía tener. Aunaba todas las virtudes que un gran adalid requería: temple y sabiduría, determinación y coraje, una extraordinaria habilidad con las armas y un carisma capaz de crear una niebla en su linaje en la que sólo podía brillar el propio Qasi.

—Padre, la abuela se hizo cargo de mí desde que era un niño. —Fortún lo intentó desde otra perspectiva—. Con madre postrada en una cama y tú siempre ausente, ella se convirtió en todo para mí. La conozco bien y sé que actuaría como yo. ¿Tan difícil es de ver? ¡No entreguéis al franco hasta saberlo todo sobre él!

—¡Me importa una tripa de cerdo el maldito franco! ¡Como si se trata del Emperador! Dios quiso

que me lo encontrase durante mi viaje a *Iaqa* , para que sea la llave que dé la libertad a mi madre, la mujer que me dio la vida. Ella es la prioridad y no dejaré que pase ni un día más entre esos despreciables. No pondrás tus manos sobre él... Conozco tus sucios métodos. Si muriese por no seguir el plan, no podría vivir con ello. Así pues, el intercambio se llevará a cabo. No tengo más que decir.

Fortún supo que nada haría cambiar de opinión a su padre, por lo que se despidió inclinando levemente la cabeza y abandonó la estancia apresurado, seguido de sus hombres. Al salir al pasillo, la voz de su tío lo detuvo; después, se le acercó con sus imponentes zancadas, que parecían quebrar el suelo bajo sus pies.

—Me gustaría hablar contigo, sobrino. A solas. —Miró a Latif, que se alejó por el corredor acompañado por Athim.

—Te escucho —dijo Fortún, mientras advertía el temblor en las manos de Enneco.

«Está más enfermo de lo que deja ver, porque es fuerte como nadie que haya conocido».

—Tu padre está preocupado, como todos. Él te respeta y te quiere...

—Lo sé, pero cualquiera lo diría. No suele ser muy cariñoso conmigo.

—Tú tampoco, sobrino —replicó Enneco con tono serio—. No deberías culparle tanto.

—Tal vez —aceptó Fortún—. Sin embargo, esperaba palabras más amables después de lo de Childericus en *Tulaytula* . Facilité el camino hacia la gloria de su querido Lubb.

—Eso está claro. Aunque tu hermano se las arreglaría de todas formas.

Fortún guardó silencio y miró inquisitivo a su tío. «Lleva razón. Su misión en *Tulaytula* es dura y peligrosa, pero si hay alguien capaz de llevarla a cabo, es él».

—Seguro que no has venido sólo a hablarme de mi padre...

Enneco sonrió un poco y se acercó más a Fortún, ocultando la convulsión de sus manos bajo las pieles.

—¿Por qué tienes tanto empeño en ver a ese franco? —preguntó—. ¿No te basta con saber que tu abuela volverá a casa?

—Por supuesto —concedió Fortún—. Pero debemos asegurarnos de que hacemos todo cuanto podemos por conocer la identidad del franco.

—Últimamente, has cometido graves errores, sobrino. Tu padre necesita más oro. La remodelación de *Tutela* ¹⁸⁴ le está resultando más cara de lo que se esperaba. A duras penas podrá seguir medrando con pieles, madera y arcilla. En *Corduba* hay riqueza hasta en la casa de cualquier mediocre señor... ¿y qué tenéis vosotros para hacer frente a vuestros enemigos? Sin la fortuna del judío, ¡nada! —El reproche laceró a Fortún, con el agravante de que provenía de su

tío.

—Yo no me preocuparía tanto por *Qúrtuba* , al menos por ahora —dijo Fortún, con cierto tono enigmático. Quería demostrar sus cualidades, aunque sabía que aquellas circunstancias no se debían a su labor. Además, su mejor confidente en la capital, el eunuco Habib ibn Farid, había sido envenenado, y la información que recibía desde el sur había perdido eficacia... por el momento.

—¿Por qué no te explicas mejor? —preguntó curioso Enneco.

—La bella Sayyida, la sobrina más querida del Emir, ha sido victimada en el mismísimo palacio. Asimismo, el Gran *Qadí* resultó muerto a las puertas de una mezquita, durante una reunión secreta con el propio Abd al-Rahmán, que desde entonces tiembla de miedo y se esconde en sus aposentos, pensando que podría ser el próximo en caer. La mano del Emir cubre sus vergüenzas en lugar de aplastar enemigos.

—Si eso es cierto, son buenas noticias.

—¿Por qué iba a mentirte, tío?

Enneco guardó silencio y le escrutó durante unos instantes, sin pestañear.

«Trata de averiguar en qué facción estoy. Conoce la amistad que me une al Emir y está sopesando si mis palabras son verdaderas».

—No voy a consentir que dudes de mí. —Fortún se enfureció—. Sé perfectamente de dónde vengo. El abuelo de mi abuelo era Qasi, el hombre más poderoso de *Hispania* , más incluso que el pérfido rey que entonces ocupaba el trono de *Tulaytula* , nuestra *Tulaytula* ...

Apretó el puño para darle mayor énfasis a sus palabras.

»¡A eso debemos aspirar! ¡A convertir a Musa en el hombre más poderoso de Al-Ándalus! Y para ello debe olvidarse de *Tutila*¹⁸⁵ y poner sus ojos en *Tulaytula* . Todos y cada uno de mis actos, de mis viajes y de mis acciones son para que “nuestra familia”—enfaticó— esté donde siempre debió permanecer. ¿No es eso mirar por la sangre... hacer todo aquello que vosotros no sois capaces? ¿De qué sirve todo cuanto ganáis en el campo de batalla si os lo arrebatan en los salones de *Qúrtuba* ?

Señaló hacia las puertas del comedor, cerradas y custodiadas por los impertérritos guardias. La rabia de Fortún era como la crecida de un río tras la lluvia, dispuesta a dañar todo cuanto encuentra a su paso.

»¿Y tu hijo “Garsiyya”? —Usó el árabe adrede—. ¿Cuestionas mi fidelidad a la familia, cuando él suspira por regresar al sur? ¿Crees que *Qúrtuba* pestañearía siquiera si decidiera aplastar a los vuestros, un hatajo de pastores de vacas malolientes? ¿Qué haríais sin el poder de mi padre?

Fortún advirtió que Enneco se tensaba bajo las pieles. Sin embargo, nada podía detener el torrente que salía de sus labios.

»He dado poder en *Banbaluna* al hijo de Sancius ¹⁸⁶*el Lobo de Gasconia* ¹⁸⁷. Es un fiel aliado que he robado a los Banu Balask. Me informará de primera mano de todos los movimientos de nuestros enemigos, dada tu ineficacia para controlarlos —dijo con crudeza—. ¿Te parece que haya estado ocioso? Así es como podremos medrar, anticipándonos a cada paso del *Mago*. ¡Ese es mi trabajo! ¡Eso es lo que mi abuela me enseñó! ¿Sigues dudando de mi lealtad? Con gusto os entregaría a todos para que ella regresara...

Enneco lo miraba en silencio. Un trueno lejano retumbó en el pasillo, anticipando la tempestad que se acercaba. El golpe llegó como un relámpago y estalló en el rostro de Fortún con la dureza de una roca; acto seguido, su tío lo agarró por el cuello con firmeza.

—¿Piensas que no me cambiaría por ella, sobrino? —preguntó con furia—. La próxima vez que te atrevas a hablarme de la misma manera, no será solo la cara lo que te rompa. ¡No me tomes por uno de tus perros lacayos! ¿De verdad crees que eres el único que se preocupa por la familia y que actúa para protegerla? —Sonrió con una incredulidad llena de desprecio. Luego apartó de un empujón a Fortún y se marchó sin más, permitiéndole respirar.

* * *

La llovizna era débil, aunque constante. Lo peor parecía haber pasado, tras dos días de fuertes lluvias desde que abandonaran *Arnit*. El cielo permanecía encapotado y el atardecer llegó pronto, envuelto en un tono gris oscuro. El camino hacia las tierras de *Armentia* estaba embarrado y enormes charcos dificultaban el avance. Discurría, además, junto a un río que emitía un rumor suave, atenuado por el sonido de las finas gotas sobre la capucha. Fortún agradecía aquellos días de tormentas veraniegas que humedecían y refrescaban el caluroso ambiente. Ahora bien, aquella tarde, un incómodo frío se había alojado en sus entrañas sin necesidad de aguacero.

«*El Mago* ha dispuesto que el intercambio se lleve a cabo en sus dominios, sabiendo que mi padre iba a aceptarlo. Siento como si nos estuviéramos metiendo en la cueva de un oso. Sólo espero que no haya despedazado a mi abuela».

La comitiva viajaba sin hacer ruidos innecesarios. A la cabeza iba Musa, acompañado por su medio hermano, con el que hablaba de forma queda. Una docena de guardias los rodeaban, con lanzas enhiestas de las que colgaban los negros pendones empapados. Fortún se tocó su dolorida mandíbula y recordó el puñetazo propinado por su tío. Había perdido una muela y apenas podía comer, pero en el fondo le agradó saber que podía irritar al imperturbable Enneco.

Justo detrás de los cabecillas, el prisionero franco cabalgaba una vieja yegua y era custodiado por cuatro hombres. Pese a ir con las manos atadas y los ojos vendados, Fortún apreció que el reo poseía una gran habilidad como jinete.

«Es asombroso. Para alguien tan alto no es tarea fácil. Se mantiene sobre esa bestia cascarrabias como si la hubiera montado toda su vida». Las largas piernas le colgaban a los lados de la jaca de manera que casi parecían tocar el suelo en alguna ocasión. «Diría que sobrepasa incluso al *Muerto*».

Por último, a una veintena de pasos, iban el propio Fortún, su inseparable Athim y Euricus, su nuevo lacayo toledano, un poco más atrasado. Latif tenía órdenes de vigilar los alrededores. No es

que Fortún desconfiara de la labor de los hombres de su padre, de hecho, sabía que un eficaz contingente vigilaba el avance de la comitiva, pero no le apetecía tener al explorador allí. Estaba realmente enfadado con él y, de no ser por la fidelidad que había mostrado durante años, las consecuencias habrían sido otras.

Tuvo ocasión de hablar con su siervo antes de abandonar la fortificación. Al enterarse de la pronta manumisión del cautivo franco, Latif había decidido hacer una visita a su celda. Allí, sorprendió a Riham, una pupila de la dama Onneca, intentando liberar al franco. El sirviente tuvo que forcejear con el prisionero y avisar a los guardias para poder detenerle.

«Ha actuado de manera impetuosa y descuidada. Y lo que es peor, me ha mentado».

Fortún había tenido tiempo de conversar con los guardianes y la propia Riham antes de marchar hacia *Armentia*. La muchacha, hija de un señor del *Pirineo*, le contó con voz quebrada que se había enamorado del prisionero desde el primer momento en que lo vio: contempló al apuesto franco mientras era introducido en las mazmorras. Se ofreció para llevar cada día la comida al preso y acabó por fornicar con él. «Tanta intimidad y no fue capaz de decirme nada útil. Ni siquiera se atrevió a revelar su nombre».

Latif se había enterado del romance secreto y decidió ir a esperarla a la propia celda. «Al fin y al cabo, ha deseado a Riham desde que llegó a *Arnit*». Impulsado por los celos, ni siquiera aguardó a que la joven cerrara la puerta, le reprochó sus encuentros con el franco y trató de forzarla. Para su sorpresa, el rehén lo separó de la mujer y le propinó una paliza digna de cantar. El jaleo alertó a los custodios, quienes observaron cómo Latif amenazó, ensangrentado, a una asustada Riham, mientras que el reo no hizo amago alguno de escapar.

«Ni siquiera intentó averiguar quién era el cautivo. ¿En quién puedo confiar?».

Euricus le había servido bien en el asunto de Childericus, aunque era muy pronto para fiarse de él.

—Athim, ¿por qué continúas conmigo? —preguntó con voz queda a su sirviente—. Me has protegido en muchas ocasiones. Tu deuda está más que saldada. Recuerda que yo sólo te ayudé una vez.

—No es una cuestión de cantidad, señor —contestó Athim tras mirar a Fortún con detenimiento—. Mi vida os pertenece desde el momento en el que me salvasteis. ¿De qué servirían las veces anteriores si dejo que os maten una sola vez? He de reconocer que al principio os seguía por obligación, tal vez por el poco honor que tenía. Ahora, lo hago porque os respeto.

Fortún no supo qué decir. Era la primera vez que Athim lo dejaba sin palabras. El guerrero hizo un reverente gesto con la cabeza y volvió a dirigir su mirada al frente para sumirse en su habitual taciturnidad.

«Obligación y deferencia. Dos cualidades que agonizan en estos tiempos». Después, recordó el significado del mes que transcurría: honor y respeto. Fortún tocó su *basmala* y supo que Athim jamás le fallaría.

En aquel preciso instante, Musa levantó un brazo y la marcha se detuvo. Habían llegado ante la

linde de un gran bosque de altos robles. A su alrededor, crecían arbustos silvestres que desprendían un suave olor que ascendía con la humedad.

—¿Hemos llegado, mi señor? —Euricus se había acercado y preguntó mientras oteaba el entorno.

Fortún negó y detuvo su montura, expectante.

La lluvia cesó y los árboles circundantes fueron mecidos por una ráfaga de viento, como un mar de hierba alta. Con otro gesto, Musa ordenó que se reanudase la marcha y la comitiva se adentró por entre la verde hojarasca del robledal. La oscuridad de la noche se hizo completa mientras seguían un estrecho sendero que discurría amparado por las ramas y, al cabo de un rato, llegaron ante una bifurcación del camino.

«Es aquí».

Fortún vio cómo Euricus echaba mano a la empuñadura de su arma y observaba, intranquilo, el entorno. El sonido de una leve brisa entre las hojas inundaba el ambiente. Athim, más calmado y sujetando una tea, parecía mirar más allá de la espesura.

—¿Qué hacemos, mi señor? —preguntó Euricus, nervioso.

—Rezar para que los secuestradores sean hombres de palabra.

La cercanía del encuentro con su abuela encogió el vientre de Fortún. Odiaba no controlar la situación. Sus enemigos podían haberlos atraído hacia una emboscada mortal, lo que significaría la muerte de Onneca. Una enorme tragedia podía cernirse sobre su familia si acababan todos muertos. «Lubb y la pequeña Amrusiyya no podrían con todo».

Latif apareció entre los matorrales y dio un silbido de advertencia. Entonces, como si de un espíritu se tratase, una figura cubierta por rudas pieles se mostró ante ellos, apoyándose en un báculo. Cuando se hubo acercado lo suficiente, un horrible rostro se dibujó entre las sombras que habitaban bajo su capucha.

«Maldito seas cien veces, *Quemado* ».

A escasa distancia, tras él, el halo de una antorcha emergió de entre la espesura. El fuego lo portaba una figura vestida con hábitos de monje y acompañada por una mujer de presencia altiva y elegante, a pesar del tosco vestido que la cubría. Fortún la reconoció, sana y salva.

«Gracias a Dios», suspiró y acarició la *basmala* que colgaba bajo sus ropajes mojados.

—Salve, Moisés hijo de Moisés —saludó *el Mago* . Con pasos decididos, se acercó hasta la cabeza de la comitiva.

Fortún hizo lo propio mientras observaba cómo su padre no respondía al saludo y parecía escudriñar al recién llegado. Tras mirar a los alrededores, Musa hizo un gesto con la mano para que le trajeran al cautivo. Los guardias cumplieron la orden y desanudaron la venda que cubría los ojos del franco. Con las manos atadas, el reo apartó los mechones de pelo mojado que le cubrían

la cara, donde se podía apreciar una descuidada barba rubia, y examinó a quienes lo rodeaban. Cuando cruzó la mirada con Musa, la detuvo, amenazante, mientras tensaba el rostro.

Una carcajada espeluznante llamó la atención de los presentes.

«Maldito seas cien veces. Me ninguneó convirtiéndome en el mensajero de mi padre. Me halagó para luego insultarme».

El Mago contemplaba con aquella horrible sonrisa sin labios a Musa y a Enneco, aunque acabó por dirigirse a Fortún.

—Me han dicho que me has estado buscando por *Pampilona* —saludó con sorna—. Disculpa mi falta de hospitalidad, pero he estado ocupado.

Fortún hizo un gran esfuerzo para no abalanzarse sobre aquel engendro y atravesarle las entrañas. Enneco descabalgó, solícito, y se acercó hasta su madre, que lo saludó con afecto. La dama Onneca estaba demacrada y mucho más delgada que la última vez que la vio.

«¿Qué te han hecho, abuela?». Un escalofrío le recorrió la espalda al pensar en los horribles momentos que habría sufrido junto a aquellos miserables. El mero acto de imaginar a su abuela siendo violentada le provocaba náuseas.

—Aquí está el prisionero —dijo Musa al *Mago*—. Un trato es un trato.

—Hacéis honor a vuestro linaje. Espero que hayáis captado el mensaje y respetéis nuestro “pacto” —recalcó—. No me costaría nada volver a por vuestra madre y, en ese caso, no la devolvería de una pieza.

Musa guardó silencio y miró con dureza a su interlocutor. El franco se cruzó con la dama Onneca y esta lo miró con interés, ante el gesto sorprendido del extranjero. Fortún descabalgó para reunirse con su abuela, quien lo recibió con los brazos abiertos y los ojos llenos de lágrimas.

—¿Estás bien? —preguntó él mientras acariciaba el rostro de Onneca—. ¿Te han hecho algo?

Onneca se mantuvo callada y lo miró con tristeza; después, besó su mejilla y se acercó hasta Musa, que continuaba sobre el caballo. Fortún no pudo contener la rabia que afloraba de su interior.

—¡Ordena a tus hombres que los apresen, padre! ¡No podemos dejar que salgan de aquí con vida!

Musa miró a su hijo y negó sin decir nada. En aquel momento, varios grupos de guerreros fuertemente pertrechados salieron de la oscuridad, amenazantes. Llevaban con ellos, maniatados, a los exploradores de su padre, y prácticamente doblaban en número a sus fuerzas.

—No creo que eso sea una buena idea —dijo *el Mago*—. Ya te dije en su momento que todo esto escapa a tu entendimiento. Deberías agradecerme que no haya pedido tu cabeza también a cambio, aunque de poco me serviría. El halo de la muerte te rodea. Te queda poco tiempo. Ahora os dejaré a solas, seguro que la dama Onneca tiene muchas cosas que contaros. —Se alejó junto a sus

hombres, dejando con vida a los oteadores capturados.

Cuando todo quedó en calma, Onneca acarició con dulzura la pierna de Musa, quien continuaba sobre su montura. Este le devolvió el gesto limpiándole una lágrima.

—Te agradezco mucho lo que has hecho, hijo mío —dijo ella—. Pero me temo que has errado. — Permaneció en silencio un rato, ante la mirada inquisitiva de Musa y la estupefacción del resto. El corazón de Fortún latía con fuerza—. El franco que has liberado es el hijo de Arband. Era nuestra única oportunidad para hacerlo aparecer y recuperar la Rosa de Ocho pétalos. Ahora, nuestras esperanzas se han desvanecido...

¹⁸⁴ Tudela, en Navarra. Palabra latina.

¹⁸⁵ Tudela, en Navarra. Palabra árabe.

¹⁸⁶ Sancius *el Lobo* : señor de *Gasconia* , territorio en frecuente rebelión.

¹⁸⁷ Región del suroeste francés.

CAPÍTULO 32

EL DRAGÓN DE ZOBEDA

Qúrtuba ,

Al-Ándalus.

Muharram (enero), año 221 de la Hégira (836 d.C.).

La sala de audiencias del *Qasr* estaba repleta de personalidades. Abd al-Rahmán lucía sus mejores galas sentado en su alto sitial, como el poderoso señor que era, con sus cabellos perfumados y su barba tintada con rojiza *henna* y oscurecida con *katam*¹⁸⁸. El sello emiral destacaba en su dedo, y su espada enjoyada se cruzaba entre sus piernas, envainada. En el centro de la estancia, una enorme pilastra decorada con vidrios móviles de distintos colores procuraba la más hermosa de las visiones en las paredes, llenas de tapices y motivos geométricos. Asimismo, la luz se reflejaba sobre el suelo alfombrado, con tonos mezclados; estos cambiaban cuando un esclavo rotaba los mecanismos que hacían girar, suavemente y en espiral, los brillantes cristales. Los diferentes matices cromáticos subían y bajaban sobre los fustes de las columnas que adornaban el salón y cuyos capiteles reproducían la *basmala* en forma de pájaro.

A cada lado del Emir, recostados sobre cómodos asientos, se encontraban el sabio Yahya ibn Yahya y el poeta Ziryab, quienes observaban a los presentes con miradas hieráticas. Junto al *Mirlo* , se erguía el funcionario Ibn Shuhayd, portador del sello real, que no paraba de revisar unos legajos mientras hacía breves juicios personales en voz baja. Naser y Masrur se mantenían al margen, apoyados en una de las paredes laterales, un lugar que les permitía vigilar la habitación con eficacia; además, todos estaban bien cercados por la nutrida guardia eslava. Naser se encargaba de la seguridad de su señor.

«Es la primera vez que Abd al-Rahmán recibe a una comitiva en mucho tiempo, según el consejo y la costumbre que pretende *el Mirlo* . Desde que murió el Gran *Qadí* , el *Qasr* parece un campamento de Ibn Rustum».

El eunuco frunció el ceño cuando vio aparecer, ante todos los notables y sus fieles sirvientes, a varios campesinos harapientos que sujetaban, protectores, a otro desdichado que había recibido una paliza. La sangre seca le caía desde la ceja hasta el pecho, y apenas se sostenía en pie con un gesto de dolorida resignación. Separados de forma prudencial, un hombre mayor, de rizados cabellos tras profusa calva, y su fornido acompañante, con los brazos y el rostro llenos de cicatrices, se erguían orgullosos. Ambos estaban ataviados con caros ropajes que seguían la moda de Ziryab, quien recomendaba usar colores oscuros en invierno. De sus cintos colgaban vainas con ribetes, joyas y signos cristianos, vacías. Esperaban a que se les otorgase permiso para dirigirse al Emir.

«Esos ojos... ¿Dónde los he visto antes?», pensó mientras escudriñaba al joven.

—Podéis hacer uso de la palabra —anunció Ibn Shuhayd en la jerga latina.

—Gracias —contestó el más viejo, con voz poderosa y un acento cuidado—. Mi nombre es Cirilus, hijo de Gallus. Como sabéis, mi propio hijo Belisarius —señaló a su adlátere— os sirve con valentía junto a sus hombres cuando lo requerís para castigar a vuestros enemigos. Pago mis impuestos, el de la tierra y el de la fe, y jamás he renegado de mis señores.

—Todos los aquí presentes así lo atestiguamos —afirmó Ibn Shuhayd, ante los gestos de aprobación del *Mirlo* y Yahya.

—Para ganarnos el sustento —continuó Cirilus—, mis parientes y yo sacamos adelante tierras de labranza y criamos cerdos, esos animales que vosotros abomináis. Si fuésemos convocados por el Príncipe, también enarbolariamos nuestras armas contra vuestros enemigos. Por tanto, ¿hemos de soportar los cristianos vuestras pecaminosas afrentas sin obtener justicia? Este hombre —aludió al herido—, Matta ibn Yaqub, se adentró furtivamente en mis tierras junto a su camarilla, rompiendo el vallado, y robó uno de mis animales para sacrificarlo y comérselo. Se dice musulmán y por eso aún conserva las manos, pero yo digo que es un falso creyente, que profesa vuestra fe para no pagar tantos impuestos. Y la prueba de ello es el acto por el que lo denuncio. ¿Cómo se restituirá mi pérdida? En lugar de tomar la justicia por nuestra mano, hemos decidido acudir a vuestra sabiduría, como ha de hacer cualquier hijo de *Corduba* .

«¿Para esto tanto boato? Claudia está pariendo y yo perdiendo el tiempo, protegiendo al Emir a causa de un maldito cerdo. Es extraño que Abd al-Rahmán no haya dejado tales asuntos en manos de Yahya».

—Este cristiano y su hijo pueden levantar en armas a quinientos hombres —comentó Masrur en voz baja, que parecía leerle el pensamiento—. No es desdeñable tenerlo de nuestra parte.

«Hace tiempo que una familia cristiana no tiene tanto poder. Hace mucho tiempo...». Acarició su colgante, deleitándose en el tacto de los cabellos que se enredaban en él. Pero no fue suficiente. Naser se sentía inseguro, fuera de lugar y sin control sobre la situación. Sus atribuciones respecto a la salvaguarda del Emir, paradójicamente, lo habían apartado de las inquinas cortesanas más

oscuras. Había creado un escudo infranqueable para su Príncipe, y no veía más allá de él.

—Los cristianos son traicioneros en su mayoría, los conozco bien —argumentó Naser.

—Ya que fuiste uno de ellos, me gustaría hacerte una pregunta. ¿Por qué quedarse aquí, Naser, bajo la humillación de una tierra perdida, en lugar de exiliarse hacia el norte?

—Aquí hay ley y civilización. En el norte serían bárbaros en manos de salvajes, en una tierra rebelada. Además, sus creencias se justifican mejor en la opresión y la agresión, como en los tiempos de la vieja Roma. Nada hay más digno para un cristiano que esperar la muerte con resignación, bajo el yugo y el látigo. Mientras se revuelcan y se atormentan en sus propios egos, y van convirtiéndose en valiosas reliquias, la vida pasa.

—Y, entonces, ¿por qué irse de aquí? ¿Por qué preferir el exilio sin ley ni protección, como hacen otros de ellos? —inquirió Masrur.

Naser quedó pensativo un momento, pero sus cavilaciones fueron interrumpidas por una fuerte voz.

—¡Lo hicimos porque nuestras familias se morían de hambre! —dijo uno de los que sujetaban al herido, en un árabe muy vulgar que delataba su desesperación—. ¡No había otra forma de salvarlas sino pecando!

—¡Silencio! —ordenó Ibn Shuhayd. Los guardias esclavos se removieron en sus puestos aunque, ante el acatamiento de la comanda por parte de los acusados, no tuvieron que intervenir.

—He aquí una nueva flor en el jardín —susurró Masrur de nuevo. La metáfora de su compañero no daba pie a malinterpretaciones: la subida de impuestos del Príncipe ya estaba cobrándose los primeros casos de desorden público y delincuencia. La voz de Ibn Shuhayd captó de nuevo la atención de Naser.

—Señor Cirilus, hemos escuchado vuestro ruego. Ahora debemos dejar que hablen aquellos a quienes acusáis.

El herido no podía articular palabra debido a la hinchazón de su amoratado rostro. Fue uno de sus acompañantes, al que le faltaban algunos dientes, quien alzó una voz trémula y algo ceceante.

—El Profeta nos enseña que, si alguien se ve acuciado por la necesidad y no por el deseo, no es pecado comer cerdo. Porque Dios es misericordioso...

En ese momento, el *faqí* Yahya ibn Yahya se levantó de su asiento y se acercó, frunciendo el poblado ceño, hacia los campesinos.

«Adónde irá...».

Ante la mirada atónita del resto, el sabio escupió con desprecio a la faz del orador.

—¡El pecado es el robo y no la ingesta, pasto de lobos y buitres! —gritó congestionado—. Habéis

manchado el nombre de los creyentes, y esto no quedará impune.

—Así debe ser. —La suave y ronca voz del *Mirlo*, que hasta el momento no había sonado en el salón, se dejó escuchar. Parecía hechizar a cuantos le rodeaban, les hacía entrar en un estado de paz y respeto.

«Su verbo es una red de adormideras que encierra un veneno mortal».

—Crían cerdos para que los dejen en paz —le aseguró Masrur en voz queda—. Si hemos llegado a esto, la situación no es asunto nimio.

Naser observó a su amigo, apretando los labios. Ni aseveró ni negó.

—Pero, ¡no teníamos qué comer! —El rústico se limpiaba la saliva con la manga. El conjuro parecía roto—. ¡No podemos afrontar tan altos pagos! —Señaló al Príncipe, quien no se inmutó—. ¡Moriremos de cualquier forma, robemos o no!

—Baja tu dedo o será lo único que quede en tu mano —amenazó *el Mirlo*. El labriego no dudó en esconder el brazo—. Queréis lluvias y cosechas, pero os quejáis de que nuestro Emir engrandezca la Gran Mezquita, a mayor gloria de Dios. Son los enemigos de *Qúrtuba* quienes obligan a aumentar los impuestos. Los sediciosos que habitan sus tierras, los francos que las amenazan, los cristianos que se rebelan en el norte... Sin ellos, todo sería prosperidad. Por eso necesitamos vuestro esfuerzo, para aplastarlos de una vez por todas y procuraros el bienestar.

—Todos conocemos el castigo por robo. —Yahya era inclemente a la hora de aplicar las leyes—. Al reconocer los hechos, los consideramos culpables.

—¡Un momento! —Abd al-Rahmán se puso en pie. «¿Qué es esto?»—. No consentiré que a un verdadero creyente se le aplique una pena si ha robado porque no tenía nada que comer. ¿Quién sería yo a los ojos de Dios si consintiese tal despropósito? Sin embargo, un buen hombre y su familia han sido agraviados. —Miró a los cristianos—. No puede decirse que yo trate injustamente a quienes me sirven tras el muro de su fe, por lo que esto es lo que dicto: que los acusados trabajen en la granja de Cirilus hasta que sus cerdas hayan parido tres nuevas pjaras, y que cada uno de los animales pese lo mismo que el que se robó. Porque, si no fueran musulmanes, los haría ser vuestros siervos de por vida... pero jamás ha de someterse ningún verdadero creyente a un cristiano.

Se hizo el silencio. El ambiente podía cortarse como la grasa del cordero.

—Habría deseado que todos los ladrones fuesen ejecutados —dijo el viejo Cirilus—, si bien reconozco justicia en vuestras palabras, mi Príncipe. Acepto la sentencia.

Ante el asentimiento del cristiano, los campesinos se lanzaron al suelo con lágrimas de agradecimiento en los ojos, aunque parte de la guardia eslava los evacuó con presteza. Cuando padre e hijo se disponían a abandonar la estancia, Abd al-Rahmán les hizo un gesto para que se detuviesen.

—Cirilus y Belisarius, me gustaría que compartiérais con nosotros el siguiente asunto a tratar.

Necesito personas de vuestro porte y confianza a mi lado, con el objeto de pedir os consejo.

Ambos dudaron por un instante. Luego, intercambiaron una mirada cómplice, loaron el detalle del Emir y se colocaron junto a Yahya. Cuando los guardias regresaron, el *hayib*¹⁸⁹ hizo un gesto con el brazo: las puertas se abrieron y un río de personas inundó el salón del Príncipe. Antes de acceder al recinto, iban depositando sus armas y escudos fuera de la gran sala de audiencias, bajo la supervisión de los esclavos. Los nuevos invitados se desplegaron como un pequeño ejército dividido en tres facciones, a cierta distancia de los grandes señores. El primer grupo se situó a la izquierda, y a su cabeza se encontraban Ibn Antuniyyan y el imberbe obispo Recafredus, en representación de los cristianos. El segundo séquito era liderado por el pequeño Muhammad ibn Abd al-Rahmán, orgulloso y de barbilla enhiesta, junto a su tío, el robusto y hosco Al-Walid, y sus guerreros. Por último, a la derecha de los anfitriones, se situó Ibn al-Salim, el *sahib al-Shurta*, al lado del esbelto Al-Jayr, quien no cesaba de sonreír con innata simpatía. Con ellos, estaban los mejores miembros de la guardia de la ciudad y una comitiva de diez hombres que vestían capas celestes. Los guiaba un individuo con rostro afeitado y ricos ropajes. «Esto se pone interesante...».

—Atrancad las puertas —mandó el *hayib*. El sonido de las barras de madera sobre los soportes de hierro, cuando dos guardias esclavos aislaron la estancia, inquietó a Naser. Ibn Shuhayd ordenó silencio y la figura de Abd al-Rahmán se alzó de nuevo de su sitio.

—Mis fieles sirvientes —saludó el Emir—. Los asuntos que hemos de tratar ahora decidirán nuestro destino. La situación no puede esperar más. Mi pueblo padece desde fuera y desde dentro. La amenaza de los bárbaros norteos y de los sediciosos que se dicen verdaderos creyentes debe ser exterminada por siempre. Y, para llevar a cabo mi plan, acudo a vosotros. —Abrió los brazos para abarcar a la multitud—. Las penas que han provocado los dolorosos impuestos tendrán su recompensa. Dios ha sido complacido gracias a la Gran Mezquita, y ello se debe en gran medida a la labor de los eunucos. —Señaló a Naser y a Masrur. Todos lanzaron plegarias en voz alta, mencionando ambos nombres—. La prueba de ello es que *Márida* ha sido sometida por el hierro y el fuego. Ya es fiel a nuestra causa y su traición no supondrá más problemas. Aun así, no habrá *ammán* para los Masmuda. —Yahya mostró dolor en su rostro—. Los perseguiremos aunque se escondan en el corazón de *Yaliqiyya*. Ahora bien, contamos con otro gran pesar que ha de ser aliviado. Se llama *Tulaytula*.

La muchedumbre murmuró ante la pausa bien calculada del Emir. Las tres facciones presentes instaban a sus representantes a tomar la palabra y a expresar sus demandas e inquietudes, pero el gesto tajante de Ibn Shuhayd los silenció a todos.

»Tengo ante mí a las máspreciadas personas —continuó Abd al-Rahmán—, a hombres dignos que siguen con fidelidad sus principios. Gentes del Libro, seguidores del Profeta, que Dios tenga en su Gloria. Grandes pensadores y sabios, guerreros valerosos, funcionarios honrados... ¡Empuñad todos la espada de la justicia! —Enarboló la suya con destreza—. Que cada uno aporte lo mejor de sí mismo, pero ¡recuperemos una de las joyas de Al-Ándalus!

Los cuchicheos se convirtieron en algarabía. La mayoría aprobaba con fervor las palabras del Emir. «Si el viejo Yahya no se meara encima, posiblemente cogería las armas y se lanzaría a tomar *Tulaytula* ».

—¡Pido la palabra! —dijo Al-Walid, hinchando su amplio pecho. El *hayib* hizo un gesto de aprobación. —Hermano y señor, ¡yo comandaré las tropas hacia *Tulaytula* !

Todos se quedaron boquiabiertos. «Al-Walid es un guerrero perfecto para ponerlo en primera línea. Se llevaría a muchos hombres por delante hasta ser ensartado por varias lanzas. El Emir acudió a Tamán para protegerlo, pero, ¿empeñarse en comandar un ejército para tomar *Tulaytula* ? No cruzaría ni la Puerta del Puente...».

—Tranquilízate. —Masrur sonrió, dando un suave codazo a su adlátere—. Al-Walid será la cabeza visible y *el Buitre Negro* liderará desde las sombras. El *amir* no necesita más fama y, si los toledanos ven que un zoquete guía a las tropas emirales, posiblemente las subestimarán. Al-Walid necesita un trago de gloria que sacie su sed de venganza. Las habladurías dicen que la muerte de su hija pudo ser planeada en *Tulaytula* .

Naser sintió un escalofrío. Por un lado, le tranquilizaba que Masrur fuese uno de sus íntimos; sin embargo, parecía ser capaz de intuir sus inquietudes y, sobre todo, le demostraba cuán alejado estaba de las intrigas desde que se encargaba de la seguridad del Emir.

«Una suave forma de darme un toque de atención».

—¡Así será! —El Emir elevó la voz—. Las temidas levas sirias de *Ilbira* ya están en camino, igual que las de *Rayya* ¹⁹⁰. Cuando lleguen a la capital, hermano mío, será tu brazo quien las guíe. Ninguno de los presentes —se dirigió a Al-Jayr, que mantenía calmada su sonrisa—, ha mostrado tu arrojo. Es por ello que te concedo tal honor. A los demás os pregunto: ¿quién se unirá a Al-Walid, a mayor gloria de Dios?

El Emir miró a Cirilus y el cristiano asintió con lealtad, golpeando el fuerte brazo de su hijo. «Quinientas espadas por un cerdo. Un buen trato». De pronto, el peculiar individuo que había junto a Ibn al-Salim dio un paso al frente, dejando atrás al grupo de encapuchados con capas celestes.

—Es bien conocida la riqueza y el poder del Emir de *Qúrtuba* a lo largo del ancho mundo —pronunció en un árabe con acento hebraico—. Dejad que me presente ante vos, mi señor. Mi nombre es Ciprianus, y soy un humilde mercader que reside en *Tulaytula* . Conozco bien la ciudad y creo que sus gentes están ansiosas por volver a los brazos de su legítimo señor. —Al-Walid asintió con furia—. Yo podría ayudaros a tomarla.

—¿Qué ofrecéis y qué pedís a cambio? —inquirió el Emir.

—Os brindo la ayuda de estos grandes señores. —Señaló a sus acompañantes—. Francos de la lejana *Massalia* que han participado en numerosas contiendas, junto a sus hombres. En total serán unos mil jinetes. Os daré también mi conocimiento, para que podáis atrapar a esa rata llamada Ibn Muhayr. En compensación por todo ello, sólo pido privilegios comerciales con *Márida* .

El revuelo volvió a la sala. Mil jinetes no eran algo desdeñable, pero las exenciones mercantiles, en un tiempo de arduos impuestos para el pueblo, podían entrañar ciertos problemas.

—Se te concederá cuanto pides. —«Ahora silencio sepulcral. ¿Es que el Emir ha perdido el

juicio?».

—Hay más de lo que crees detrás de este pacto, Naser —siseó Masrur—. La entropierna del Emir no entiende de dinares.

—¿A qué te refieres? —Naser frunció el ceño mirando a su amigo.

—¿Acaso no lo sabes? La favorita de Abd al-Rahmán, esa ramera egoísta que tanta simpatía te despierta... —«Cuidado con lo que dices»—. Le ha pedido a su amo una de las joyas más caras que existen en este ancho mundo. El collar de Zobeida, llamado *el Dragón*, nada más y nada menos, con tal de meterse en su cama en adelante. —«No puede ser»—. Y, adivina qué mercader va a recibir diez mil dinares por tan “necesario” regalo... —«No puede ser»—. ¡Diez mil dinares, Naser!

El mundo parecía venirse abajo. Los impuestos, las revueltas, la sangre y el fuego, la peste y los cadáveres, sus propias cicatrices... Todo era para conseguir una llave que abriese las piernas de Claudia. Una llave que costaba un ejército. Era absurdo, estúpido y maligno, pero no era un buen momento para pensar, porque todo su alrededor parecía nublarse. Una punzada recorrió su pecho hasta el cuello y el sudor frío caía por su rostro; además, la sonrisa resignada de Masrur parecía lejana. Los latidos de su corazón, tambores en una carga, se le atragantaban. La pilastra de los vidrios comenzó a girar de nuevo, señal de que la audiencia acababa, y sus infinitos colores y luces acrecentaron su desorientación. Miró a Abd al-Rahmán, una sombra borrosa entre un círculo cromático, y juró odiarlo para siempre.

«Este despojo humano es un hijo de mala madre. No merece el título que ostenta».

Se apoyó en Masrur, fingiendo un golpe de tos, e intentó recuperar el resuello. De repente, las puertas de la sala se entornaron y uno de los guardias castrados se acercó a ambos, con rapidez pero sin llamar en exceso la atención. Cuando estuvo junto a ellos, bajó la cabeza en señal de respeto.

—Mis señores, se escuchan gritos desgarradores en el harem.

* * *

Se encontraba sola y recostada en la cama. Ya había roto aguas y no tenía fuerzas para dar a luz en la silla de partos. Esperaba a la partera entre las sedas que cubrían su cuerpo, aguantando los terribles dolores que le provocaban las contracciones: algo a lo que ya estaba acostumbrada.

«Qué difícil fue la primera vez».

En aquel mismo momento, sentía fuertes movimientos en su interior, tras los espasmos, que le hacían pensar que la criatura que iba a nacer estaba ansiosa por ver la luz del mundo. Los temores respecto al parto también habían desaparecido.

«Si muero, mis hijas ya tienen un futuro».

Incluso estaba excitada por la idea de que la criatura fuese un varón.

«Eso dicen las videntes por la forma de mi barriga y por mi orina. Pero, aquello que pasó...».

No podía quitarse de la cabeza a Zinaida arrojándole la sangre que manaba de su rostro, al grito de *Turab*. La griega vaticinó que nunca pariría un hombre y las mujeres orientales eran famosas por sus artes oscuras. El miedo era la mayor de las emociones que la habían acompañado a lo largo de su gestación: el pavor de dar a luz a otra hija.

«El tiempo pasa y mi vientre podría secarse por dentro. No creo en las maldiciones, aunque tampoco creo que tenga el favor de Dios. Si no doy a luz a un varón, ¿adónde iré cuando pierda mi belleza?».

No obstante, se había asegurado un gran porvenir mediante sus encantos. De poco servía forzarla si se conocían los placeres que era capaz de dar por voluntad propia, y la plata y el oro ya no bastaban para ella.

«No me acostaré con él hasta que no ponga en mis manos *el Dragón de Zobeida*. Su valor es incalculable, según cuentan. Con esa joya seré más que una concubina. Me convertiré en la mujer más hermosa que se recuerde».

Las puertas se abrieron y apareció una anciana, lenta, pequeña y muy arrugada, con una sonrisa desdentada y un cuenco humeante en sus manos. Sin apenas cuello, los lóbulos de sus orejas caían, grandes y fofos, hasta sus pequeños hombros. Canturreaba o mascullaba algo entre dientes, de forma inconsciente. La habitación se inundó, primero con un aroma que recordaba a la orina fermentada; luego, conforme la nana se acercaba con pausa, fue la hierbabuena, ingrediente de la tisana que portaba, la que abrió sus fosas nasales. Su madre le contaba historias sobre brujas durante su infancia, y todavía le provocaban pesadillas, pero en ninguna llegó a imaginar a una vieja tan desagradable como la que se acercaba hacia ella. El susto inicial dejó paso a la desconfianza. Tarub no la conocía, por lo que se puso algo nerviosa y se incorporó un poco.

—Tranquila, chiquilla. —La voz de aquel horror de ojos minúsculos sonaba afable—. He venido para ayudarte a traer al mundo a tu criatura.

—No sé quién eres, pero deberías tenerme más respeto —advirtió Tarub, ocultando su temor.

«Si ha entrado aquí, no será peligrosa. Naser no permitiría que nadie me hiciese daño...».

— *Jie, je, je ...*

La risa que emanó de la anciana pudo ser motivo de compasión, condescendencia o malicia. Tarub no era capaz de discernirlo, debido a sus nervios.

—Tomad, mi señora. Esto os hará estar más sosegada, *jie, je, je ...*

El brebaje olía bien, parecía estar aderezado con miel. «Como la que compraba mi padre en *Pinna Mellaria* ». Observó el tazón: tenía un aspecto apetitoso, a pesar de estar agarrado por dedos huesudos de piel manchada y uñas sucias. Dio un ligero sorbo, dubitativa, aunque el sabor la convenció plenamente. Disfrutó y degustó hasta la última gota.

— *Jie, je, je* ... Ahora echaremos un vistazo a... ¡Huy!

Tarub dejó caer el recipiente y agarró las feas y ajadas manos. Gritó mientras sufría una fuerte contracción.

«Unas manos recias, a pesar de la edad...».

Sin embargo, no se sintió avergonzada por mostrar debilidad. Era algo por lo que ya había pasado y, además, la infusión le había sentado muy bien. La matrona seguía riendo mientras, cada cierto tiempo, ella daba un respingo de dolor, cada vez menos intenso. «Me siento mejor por momentos». Pensó que iba a perder la consciencia del estado tan placentero en el cual se encontraba, hasta que una nueva figura se adentró en sus aposentos. Los andares de piernas arqueadas eran apenas disimulados por un vestido traslúcido de color verdoso. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo y grandes aretes en las orejas, y lucía media máscara plateada que cubría una horrenda cicatriz en su rostro. Tarub quiso incorporarse, pero su cuerpo apenas si respondía. Estaba muy relajada, casi dormida.

«Me han envenenado...».

Zinaida sacó de su cinto un cuchillo extraño mientras se acercaba hacia Tarub. La empuñadura no tenía guarda alguna, estaba forrada con cuero y asegurada mediante un cordón rojizo. Era su hoja la que presentaba mayor exotismo: se trataba de un cristal muy afilado.

—Vas a sufrir el mismo destino al que me condenaste, *Turab*. —La voz era fría y transparente, como el vidrio—. Vas a pagar por lo que le hiciste a Habib. Vas a pagar por manejar al Emir como si fuese un juguete. Vas a pagar... por lo que me hiciste... —Se acarició la mejilla marcada con la punta del arma, sobre la máscara, suavemente—. Cuando despiertes, ni siquiera Naser te reconocerá. No solo te desfiguraré, pienso sacarte los ojos de las cuencas y cortar tu lengua, para que no puedas siquiera dar placer con ella ni imponer tu voluntad y la de tu falso eunuco a través de mi señor.

— *Jie, je, je* ... —rio la anciana—. Así mata *Iblís*, así mata *Iblís*.

—¡Auxilio! —aulló Tarub. El grito fue atronador, retumbó en las paredes de la estancia y produjo un eco desesperanzador. Zinaida no parecía inmutarse.

— *Madja*, hazla callar —ordenó la griega. Al instante, la vieja sacó un cordel de sus faldas y ató las manos de Tarub tras su cabeza. Después, tomó un pañuelo de su cintura y lo introdujo en la boca de la parturienta.

«Apenas tengo fuerzas... Naser, ¿cómo has permitido esto? Que Dios te traiga a mí, por favor...», se desesperó.

»Ve al pasillo y vigila, vieja —volvió a dictaminar Zinaida—. Voy a aplicarle sus últimos afeites a esta ramera. ¡Voy a hacer que se cumpla mi maldición!

En ese momento, un rostro delicado con gesto de asombro asomó por la puerta. Los ojos del color de la miel y los tirabuzones de cabello claro dieron paso a un cuerpo esbelto vestido de sedas

recatadas. La anciana se quedó a medio camino de la entrada y Zinaida abandonó a Tarub para enfrentarse a la recién llegada.

«Al-Shifá, la mujer que posee el corazón del Emir... ¿Será mi salvación o mi condena?».

—No debes estar aquí —espetó la griega—. Vuelve por donde has venido o afronta las consecuencias. —Zinaida apuntó con el cuchillo de cristal a la muchacha.

—¿Qué es esto? —dijo Al-Shifá con su dulce voz. Parecía no creer lo que estaba presenciando—. ¿Qué estás haciendo?

—Voy a devolver a tu marido a tu lecho, ingenua —escupió Zinaida—. Voy a hacerte un favor. Ella lo tiene hechizado, y quiere acabar con todas nosotras.

—No tienes derecho —advirtió la esposa del Emir con calma—. Su vida solo pertenece a Abd al-Rahmán. Por favor, vete de aquí y no le hagas nada. Te ayudaré a escapar del *Qasr* para que nadie pueda tomar represalias. Yo misma pagaré tu precio a mi señor.

La risa de la griega resonó por toda la sala y la piel de Tarub se erizó. La demencia la poseía, el deseo de cumplir con su vindicta nubló su razón y la hizo abalanzarse hacia Al-Shifá. La muchacha recibió un corte limpio en el brazo, pero sujetó las manos de Zinaida en un eterno forcejeo, que fue tornándose en desesperación para la parturienta.

«Ya llega...».

Las contracciones dieron paso al parto. Tarub hizo un esfuerzo sobrehumano y rompió los cordeles que la sujetaban. Se incorporó como pudo y empujó con todas sus fuerzas, mientras la pelea entre las dos mujeres le parecía muy lejana. La vieja se le acercó y ella le propinó un fuerte puñetazo que acabó por dejarla sin sentido. Ni siquiera le importó, pues toda su atención estaba centrada en la criatura que tenía que traer al mundo. Escuchó algunos golpes, las puertas se abrieron y un brillo metálico provocó un fuerte salpicón de sangre, al que siguió un grito agónico. No tenía tiempo para aquello, pues una pequeña cabeza comenzaba a asomar por su entrepierna, sobre las manchadas sábanas de lino que cubrían el camastro. Tarub la agarró y tiró tan fuerte como pudo, desgarrando su propio cuerpo y su garganta al gritar en un ardor titánico. Limpió con sus manos la nariz y los ojos de la criatura, a la que apenas podía discernir debido a las lágrimas. Poco después, alguien se acercó a ella e intentó acariciar su mejilla. Su reacción fue morder la mano con todas sus ganas, protegiendo a su cría. La persona agredida no pareció inmutarse, al contrario, le hablaba con dulces palabras.

—Mi amor, ya estoy aquí... Estás a salvo... —dijo Abd al-Rahmán, contemplándola con ternura y limpiando el rostro de Tarub con su manga.

Cuando Tarub fue consciente de cuanto le rodeaba, sin dejar de proteger a su retoño, pudo ver el cadáver de Zinaida, destripado, y la enjoyada espada del Emir en el suelo. Mientras algunos sirvientes retiraban a la anciana de la sala, Al-Shifá era atendida por los guardias esclavos, por lo que Naser debía estar tras la puerta: Dios había escuchado su súplica. La sonrisa serena de la esposa de Abd al-Rahmán se clavó en el alma de la cordobesa.

«Su pureza me ha salvado... Ha lavado la sangre y la maldición... ¿Será ella el ángel que Dios me ha enviado?».

El Príncipe rebuscó en los bolsillos de su túnica y sacó un collar de belleza sin parangón, hecho a base de perlas y oro, en cuyo centro resaltaba una talla de marfil con la forma de la cabeza de una extraña criatura.

—Aquí tienes lo que tanto deseabas, mi amor —anunció el Emir—. *El Dragón de Zobeida* . Consideralo mi regalo por tu maternidad.

—Dáselo a ella. —Tarub señaló a Al-Shifá—. Pues es la mujer con el alma más virtuosa y la que más lo merece. —Las lágrimas de alegría corrían por sus mejillas, mientras agarraba los atributos masculinos de su pequeño recién nacido—. Yo ya tengo mi joya más preciada...

¹⁸⁸ Tinte natural de color oscuro para cabello, barba e incluso piel.

¹⁸⁹ Mayordomo del Palacio, alto funcionario.

¹⁹⁰ Región del sur de Málaga.

CAPÍTULO 33

HOC SIGNO VINCES

Virovesca ,

Zona fronteriza del *Asturorum Regnum* .

Febrero de 836 d. C.

Tras varios días de caminata por una antigua calzada de piedra, habían llegado a una pequeña población asentada sobre un extenso valle. Una solitaria torre casi derruida custodiaba el emplazamiento, que parecía a punto de anegarse bajo la tormenta. La posada donde se resguardaron, un antro sin nombre alguno, no era más que una pobre edificación a la que le costaba mantenerse en pie. Gruesos troncos sin cepillar hacían las veces de columnas, en las que se habían clavado planchas irregulares de madera para formar cuatro paredes y soportar un desgastado techo. El frío del exterior se colaba entre las grietas, y el fuego que ardía en el hogar central, más que calentar, viciaba el ambiente a causa del humo. La lluvia caía con fuerza y el dueño del cubil trataba, sin éxito, de recoger las goteras en cuencos y escudillas.

—¿Se puede saber a qué esperamos, monje? —preguntó Faramund, impaciente.

El religioso que le acompañaba tenía un aspecto limpio y cuidado. De no ser por el barro de los caminos que ensuciaba sus sandalias, se diría que estaba preparado para dar un sermón en cualquier momento. El cabello rubio y liso le caía desde la tonsura, de forma homogénea, sobre su rostro hierático, lampiño y sonrosado.

— *Patientia* , *Faramundus* —contestó el estoico *frater* en su peculiar latín, tan pulcro como su apariencia, mientras leía una vieja Biblia.

«Paciencia... ¡Tus muertos, maldito hijo de ramera muerta!», estuvo tentado de replicar Faramund. Pero apretó las mandíbulas y guardó silencio.

Su acompañante apenas había pronunciado palabra durante el viaje y Faramund echaba de menos a Fakila, el hombre del rostro quemado que lo había acogido tras el rescate en *Arenetum* . Lo apodaban *el Mago* , y se convirtió en su mayor confidente. Detrás de su horrible aspecto, se escondía una mente despierta y un alma bondadosa, a pesar de las penurias que había padecido.

«Sin duda, hay cosas peores que la muerte», pensó al evocar la cruenta historia de sus quemaduras.

Faramund recordó los meses pasados, cuando ambos se encaminaban a diario hacia la tumba de la mujer de Fakila y este le contaba historias sobre aquellas tierras desconocidas. El franco se sentía cómodo con tan peculiar anfitrión y se familiarizó pronto con la jerga que hablaba. Además, pese a no darle explicaciones sobre su liberación, *el Mago* conocía a Arband y lo tranquilizó al decirle que el emisario estaba vivo. No obstante, debían esperar algún tiempo para poder encontrarse con su padre sin correr peligro. Sin duda, la poderosa familia que había tenido preso a Faramund buscaría venganza. Por otro lado, no supo decirle nada sobre su *scara* , Pacatus o el padre Hanne. Aquello le provocó una dolorosa tristeza.

Una despejada mañana les visitó un monje que intercambió unas palabras con Fakila. Después, *el Mago* se acercó hasta Faramund para darle la noticia que había estado esperando.

—Este *frater* trae nuevas sobre tu padre. Es hora de que os reencontréis. Me entristece esta separación, aunque sé que nada te hará más feliz que aquello que tanto anhelas. —Se despidieron con un sincero abrazo y las miradas llenas de esperanza.

«Lástima que Fakila no pudiera acompañarme, en lugar de este maldito clérigo remilgado».

Durante el trayecto que habían compartido, el religioso, que respondía al nombre de Antoninus, sólo se había dedicado a leer una preciosa Biblia plagada de magníficas miniaturas que portaba entre sus fardos; además, ignoraba las lógicas preguntas de Faramund. Para colmo, las escasas respuestas que obtuvo el franco fueron en un latín tan arcaico que apenas era inteligible. Le dio tanta rabia que regresó a la realidad.

—Escúchame bien, monje —dijo Faramund agarrando el brazo de su acompañante—. O me dices ahora mismo qué estamos esperando o te hago tragar cada una de las hojas de tu maldito libro.

Antoninus levantó la cabeza de su lectura. Con un gesto despectivo se zafó de la presa de Faramund y lo contempló con aire recriminatorio.

— *Iram Dei non temptes* , *Faramundus* .

En ese instante, el posadero se acercó para cambiar una escudilla que rebosaba agua de lluvia. En un susurro, dijo algo a Antoninus. Acto seguido, el religioso cerró la Biblia, la metió en su hatillo,

hizo la señal de la cruz ante Faramund y se marchó sin decir palabra. El mesonero aguardó hasta que hubo salido por la puerta para indicarle al franco que lo siguiera. Sorprendido, el guerrero anduvo tras él y ambos llegaron a un tosco cobertizo trasero donde dormitaban algunas bestias. Un viejo caballo cargado de pertrechos esperaba bajo el aguacero nocturno.

—Os están siguiendo, mi señor —dijo el posadero mientras se acercaban a la montura—. El monje partirá con otro hombre que se hará pasar por vos hacia el oeste, siguiendo el camino de piedra. —Hizo un gesto para que Faramund subiera al jamelgo—. Ahora cabalgad hacia el norte durante dos días. Cuando lleguéis al río, seguid su curso a contracorriente por el sendero de su orilla, hasta un antiguo bosque de robles. Buscad en su corazón a vuestro padre.

Y, sin añadir nada más, palmeó al equino para que Faramund emprendiera la marcha bajo la oscura cortina de agua.

* * *

El animal desviaba un poco hacia la derecha y era obvio que no estaba acostumbrado a que lo montaran. Faramund apretaba el trote, sin llegar a galopar, pese a estar ansioso por encontrarse con su progenitor: temía que el penco se rompiera una pata y tuviera que hacer el resto del viaje a pie.

«Tranquilo, amigo, pronto haremos un alto en el camino».

La lluvia le daba un respiro desde el amanecer, aunque intuía que pronto volvería a acompañarle, pues el cielo encapotado seguía sus pasos y crujía con unos truenos largos y roncós. El franco contemplaba las plantas y arbustos que crecían por aquellas tierras, deseoso de reconocer alguna como hubiera hecho Silvanus, incluso Tessa, pero ningún nombre acudía a su cabeza. Recordar a sus hombres mortificaba su alma y, por momentos, su soledad se hacía insoportable. Entonces, se aferraba con fuerza a la idea de reencontrarse con su padre para proseguir la marcha.

Al atravesar una pequeña arboleda, se topó con un amplio río. Las aguas parecían mansas en su superficie y se desorientó, pues no sabía hacia dónde fluía la corriente. Tuvo que lanzar una rama y observar, con alivio, que se movía lentamente hacia el este. Descansó un poco y dejó beber al caballo mientras él orinaba en un tronco muerto. Cuando terminó, regresó a la orilla y rellenó su pellejo con el líquido fresco y cristalino.

«Pacatus habría intentado convertir esto en vino...», y una sonrisa asomó en sus labios al recordar la afición del *scriptor* a los arándanos fermentados. «¿Dónde estaréis, hermanos?».

Decidió continuar a pie y asió las riendas de la montura, que se sometió cabizbaja. Con el sol descendiente como guía, que se apagaba tras un velo de nubes, tomó un sendero que discurría junto al río. Unas gruesas gotas empezaron a caer sobre su rostro. El repiqueteo de la lluvia sobre las aguas pronto se convirtió en un bramido ensordecedor que le acompañó hasta el anochecer.

A la mañana siguiente, empapado y aterido de frío, Faramund reemprendió la marcha, siempre con el martilleo del turbión sobre su capucha. Poco después del mediodía, un enorme robledal se alzó ante él. El corazón del franco se aceleró.

«Padre...».

Dejó el camino atrás y se adentró en la espesura. La llovizna humedecía todo el paisaje y el olor a hierba y tierra mojada impregnaba el ambiente. La luz se iba ahogando paulatinamente y, al poco tiempo, el bosque se hizo tan denso que tuvo problemas para avanzar, incluso sin ir montado. Advirtió entonces un tocón que desentonaba en aquella salvaje naturaleza, una vetusta y truncada columna de madera retorcida, envuelta en telarañas salpicadas de gotas de agua. Como le había enseñado Silvanus, escudriñó su circunferencia para orientarse y no perder la referencia del sendero. Sin embargo, todo estaba cubierto por un musgo verde amarillento, lo que le impidió averiguar dónde estaba el norte. El jamelgo bufó, inquieto, y él lo calmó con varias caricias.

—Tranquilo, amigo... Tranquilo —susurró.

Trató de seguir avanzando en línea recta y, cuando la oscuridad lo envolvió casi por completo bajo los silenciosos robles, se encontró ante un pequeño claro donde se erigía una vieja edificación. El franco quedó sorprendido, no sólo por lo inesperado del hallazgo, sino porque se trataba de una construcción de piedra. Estaba poco acostumbrado a este tipo de obras, pues únicamente se había encontrado con muros y templos de roca en ciudades importantes.

«La madera arde, la piedra es inmortal... aunque esta parece agonizante».

—Justo a tiempo, amigo. Dios ha recompensado nuestro esfuerzo —musitó al caballo mientras lo ataba, amparado por unos frondosos árboles.

Con una alegría que no había sentido en mucho tiempo, creyó incluso percibir la presencia de su padre en el interior del templo. Su conocimiento no alcanzaba para determinar la edad de la iglesia: parecía muy antigua. A su lado, descansaba un viejo baptisterio que a buen seguro aprovechó en su tiempo las aguas cercanas. Alrededor de ambas construcciones asomaban restos de edificios a ras del suelo. Se preguntó quiénes habrían construido todo aquello y por qué lo habrían abandonado.

«Aquí tuvo que haber una aldea o algo parecido. Las almas de sus habitantes moran en el olvido...».

De pronto, sintió un escalofrío al recordar las palabras de aquella etérea mujer que le habló en sueños mientras él se desangraba en *Renzeval*, y el regocijo se tornó en preocupación. Con la esperanza de encontrar allí a su progenitor, hizo de tripas corazón y se acercó, justo cuando las nubes comenzaron a descargar agua de manera más intensa.

Aunque en ruinas y devorada por la vegetación, el entorno, el perdido orgullo y el silencio, sólo roto por la lluvia, conferían a la iglesia un aspecto hechizante, bajo las últimas luces que precedían el anochecer. Advirtió, mientras se acercaba, que el exterior era sobrio y muy sencillo, sólo adornado por unas ventanas. Tras atravesar lo que quedaba de un viejo atrio, se topó con una puerta carcomida. Con miedo a que se hiciera pedazos, empujó la desvencijada madera con delicadeza y, a pesar de ello, chirrió quejumbrosa. Una sala plagada de sombras, con pasillos laterales formados por columnas, se extendía hasta tres robustas escalinatas por las que se debía acceder a la zona sacrosanta, pero la oscuridad le impedía corroborarlo. A través de los ventanucos y los trozos de techumbre destruida, la leve luz penetraba hacia el testero del templo.

El repiqueteo del agua sobre la cubierta y el suelo ahogaba el sonido de su nerviosa respiración. Conforme caminaba por la nave principal, su vista se fue acomodando a la penumbra; entonces, vislumbró algunas desgastadas pinturas en las paredes, que sugerían pasajes y personajes bíblicos. Se acordó del padre Hanne y sus lecciones.

«Debí haber atendido más y soñado menos...».

Tras subir los escalones, se encontró con una reja herrumbrosa, cuya puerta daba paso hacia el arcano altar de piedra. Este estaba situado en un ábside semicircular y mantenía vivos algunos símbolos extraños que rodeaban a un viejo crismón, a su vez custodiado por el *alfa* y el *omega*. Los relieves de las esquinas parecían peces, en cuyo interior había algo escrito en griego, pero no lo pudo comprender. Al situarse frente al conjunto, tuvo la peregrina necesidad de arrodillarse; cuando lo hizo, se percató de que había dos pies calzados con sandalias junto a la base, tallados en vieja piedra, pertenecientes a la escultura destruida de algún mártir. Bajo ellos, pudo distinguir una inscripción: “*Hoc signo vinces*”.

«Por este signo vencerás...».

Se santiguó casi por instinto y sintió la soledad del templo. No había ni rastro de su padre y el cielo cayó sobre su cabeza.

De repente, un ruido procedente de la entrada lo asustó y, al mirar hacia allí, vio que la puerta se cerraba lentamente. Podía ser una ráfaga de viento... o alguien que acababa de entrar en la iglesia.

—¿Padre, eres tú? —preguntó en voz alta para vencer el ruido del aguacero.

No hubo más réplica que la caricia de su hoja bajo la funda mientras la desenvainaba.

»¡Sal de las tinieblas! —vociferó entonces.

El silencio fue todo lo que obtuvo por respuesta.

El guerrero bajó con cautela la escalinata sin dejar de observar la penumbra que envolvía las columnas y las esquinas, tratando de volver a escuchar cualquier ruido que delatase al intruso. «Nadie con buenas intenciones entra a hurtadillas en un templo». Se desplazó despacio hacia su izquierda, para buscar la zona más cercana a la entrada, con el fin de cerrar una posible huida del acechador.

«Este desgraciado no sabe dónde se ha metido...».

En un suspiro, una rápida sombra se movió a su espalda. Faramund pudo volverse justo cuando el filo de una espada descendía hacia su cabeza. La Providencia evitó su muerte, pues interpuso su hoja con furia para desviar aquel tajo mortal. El golpe le hizo trastabillar y dar con el lomo en el maltrecho muro. Aunque estaba aturdido, pudo escuchar al viejo jamelgo relinchar fuera. Su adversario, embozado en ropajes oscuros, aprovechó el tropiezo para lanzar un segundo ataque que impactó de soslayo en la guarda del franco y acabó por arañarle el muslo izquierdo.

Todo ocurrió muy rápido. A pesar de sentirse como un huérfano sin su escudo, Faramund se

recompuso y comenzó a cruzar el hierro con el enemigo. Tras varios embates, la lucha se fue desequilibrando a su favor: una vez desaprovechado el factor sorpresa, el asaltante tenía pocas posibilidades. El fulgor de un relámpago iluminó la estancia y el franco pudo advertir que la mirada de su asaltante se dirigía, desesperada, hacia la puerta.

«Ya eres mío».

Con una finta alta abrió la guardia de su rival y mediante un contundente tajo seco, cortó la mano que portaba el arma de su contrincante. Unos gritos desgarradores inundaron la iglesia. El hombre herido se aferraba al muñón escarlata mientras se arrastraba hacia la salida, y los brillos de la tempestad le permitieron ver el terror con que le miraba, esperando una muerte inminente al tiempo que gritaba en un idioma ininteligible.

«¡Conozco estos ojos perversos! ¡Es el hijo de ramera muerta que intentó abusar de Riham en *Arenetum* ! ¡Bastardo! ¡Esta noche nada podrá salvarte!».

Le pateó la cara varias veces hasta que los gritos de dolor se convirtieron en gemidos de llantina. Luego, tras dejar su rostro ensangrentado, lo agarró por la espalda y lo arrastró fuera del suelo sagrado.

La lluvia seguía cayendo, incesante. Faramund arrojó al moribundo al suelo encharcado, y otra centella le hizo percatarse de la presencia de una siniestra comitiva de rostros ocultos. Con ropajes que los protegían bien del aguacero, tres jinetes y cuatro caballos aguardaban expectantes, abrazados por la intempestiva noche. Un trueno retumbó, cercano. El que parecía el cabecilla, de porte altivo y sereno, alzó la voz para imponerse al temporal.

—Volvemos a encontrarnos, franco. ¿Pensabas que el señuelo de ese estúpido monje iba a engañarnos? —pronunció en una jerga parecida a la que usaba *el Mago* —. Seré breve. Danos la Rosa y tendrás una muerte digna.

—¿De qué estás hablando? —inquirió Faramund, sorprendido.

—Del legado de tu maldito padre, la joya que robó a mi familia como un vulgar ladrón. Él no la tenía encima, así que debe haberse encargado de que acabase en tus manos. Ese *Quemado* debe habértela hecho llegar. No voy a perder más tiempo. Si tengo que rebuscar en tu cadáver, tu muerte va a ser tan dolorosa que sentirás alivio cuando llegues al Infierno.

«Debe de ser uno de los hijos de Musa. Y por lo que veo, cualquier explicación sería inútil. Está convencido que tengo algo que desconozco. Padre, ¿en qué lío te has metido?».

—Allí os veré la cara a unos cuantos —replicó Faramund, y señaló con la barbilla al agonizante manco, que apenas se movía sobre el barrizal—. Si hubiese acudido tu padre, al menos tendría un oponente digno. Pero tú... Tú solo eres un maldito cobarde que se esconde detrás de sicarios... —Sacudió la cabeza para quitar las molestas gotas de lluvia de su rostro.

—Iluso... La noche es fría y no me apetece discutir. —El cabecilla hizo un gesto y uno de sus lacayos descabalgó para cargar sobre una montura al manco. Ni siquiera hizo caso a Faramund, quien a su vez mantenía la atención en el líder.

»Acaba con él, Euricus —ordenó el hijo de Musa.

El otro subordinado desmontó y embrazó un escudo. Luego, se encaminó decidido hacia Faramund.

«¿Pretendéis mediros conmigo de uno en uno?».

El franco empezó a reír con ganas. Esperó a que el embozado estuviera a su alcance y con un rápido movimiento se abalanzó sobre él, sin darle tiempo a pensar. El rival, sorprendido por completo, esquivó a duras penas los dos primeros golpes, hasta que el tercero acertó en su rostro y lo partió en dos. Faramund contempló los deformados ojos de su víctima, llenos de estupor y pánico, antes de que se desplomaran sobre el agua oscura.

«Uno menos. Y ahora tengo un escudo», se animó el franco.

Bajo la tormenta, el lacayo que había ayudado al manco desenfundó la espada y se dirigió, calmado e impertérrito, hacia Faramund.

«Me han subestimado».

El de *Suessionum* encaró a su enemigo e hizo un amago para asustar a su rival, pero este ni se inmutó. Su mirada, periódicamente iluminada por la tempestad, no desprendía emoción alguna: ni miedo, ni ira, tal vez determinación. Empezó a caminar alrededor de Faramund con pasos lentos, por lo que el franco decidió esperar. Entonces, la figura negra asestó el primer mandoble, rápido y sin vacilar, para destrozar medio escudo con una inusitada fuerza. Después, bailaron bajo el agua que caía sin cesar, mientras sus hierros brillaban en una frenética danza de golpes. Faramund advirtió que era el rival más diestro con el que jamás se había enfrentado.

«Voy a morir. Este miserable me matará en cuanto quiera», pensó, asustado.

La espada le pesaba cada vez más en el brazo y tenía verdaderas dificultades para detener o esquivar los certeros ataques de aquel demonio. Una nube de astillas acabó con lo que quedaba de la *targa* y un agudo dolor perforó su brazo izquierdo. Notó como se rasgaba la carne hasta el hueso. Acto seguido, otro mandoble le hirió de nuevo en su maltrecho muslo.

«Maldito hijo de ramera muerta...».

La lluvia y el sudor le nublaban la visión. Tuvo que hincar una rodilla para evitar caer desplomado al barro. El dolor era insoportable y cada latido lo notaba en las heridas como si el corazón quisiese salir por ellas. Su imperturbable enemigo alzó la espada para poner fin a su vida. Faramund contempló aquellos ojos inexpresivos y aguardó el fin.

En ese momento, el caballo del hijo de Musa se encabritó y relinchó. Una pequeña estela brilló en el cielo y surcó la cortina de agua. La siguió un grito ahogado. El verdugo de Faramund se giró como un felino y el franco intentó entrever lo que estaba sucediendo. El cabecilla se mantenía a duras penas sobre la montura, con una flecha atravesándole el pecho. Sin pensarlo dos veces, el siervo corrió a socorrer a su señor, al que llegó con una velocidad sorprendente. Tiró de las riendas y evitó que otra saeta mordiese de nuevo a su presa. Luego, subió a la grupa y galopó

sosteniendo a su amo, para perderse en la oscuridad de la noche junto al manco.

Faramund, todavía sopesando qué demonios había ocurrido, se puso de pie con dificultad y miró hacia la zona de árboles desde la que habían llegado ambos proyectiles. Sostuvo su espada a duras penas y albergó la esperanza de ver a su padre, rodeado de arqueros y curtidos guerreros, corriendo hacia él para abrazarle.

«Dios mío, es lo que más deseo en este mundo. Si alguna vez he sido digno de Ti, concédeme tal gracia...».

Sin embargo, una solitaria figura apareció de entre los robles. Quienquiera que fuese, iba vestido con ropajes de color pardo y cubierto por una mugrienta capa gris; además, portaba una daga en la mano y un arco a la espalda. El recién llegado se quedó a una distancia prudencial del franco, en silencio. Estaba totalmente empapado y, bajo la capucha, Faramund observó que llevaba el rostro tiznado. No era nadie conocido y, al parecer, acudía solo. Tras aguardar unos instantes, el encapuchado se dirigió lentamente hasta el cuerpo del sicario caído y comenzó a examinarlo, como si estuviese buscando algo.

«Está elucubrando demasiado. Algo no le cuadra...».

—¡Por Santa Leocadia...! Le has dejado claro que Dios es Cristo a este patán —dijo el extraño con buena dicción, mientras contemplaba el rostro destrozado de la víctima.

«Al menos es cristiano...».

—Te estoy muy agradecido —saludó Faramund con ciertas reservas, utilizando la jerga latina—. ¿Tienes nombre?

—Me llaman *Carasucia* . Y tú eres el hijo de Arband —afirmó sin dudar.

—¿Conoces a mi padre? —preguntó Faramund, esperanzado.

—Tu padre... ha muerto.

CAPÍTULO 34

EL FIN DE UNA MENTIRA

Cerco de la ciudad de *Tulaytula* ,

Al-Tagr al-Awsat (*Marca Media* de Al-Ándalus).

Rabí Al-Awwal (marzo), año 221 de la Hégira (836 d.C.).

El momento había llegado. La ciudad de sus antepasados, en manos de sediciosos, iba a ser sometida por fin. El Emir envió a su hermano, Al-Walid, como un estandarte, para que la victoria de Ibn Rustum tuviese el sello de *Qúrtuba* . Junto a las tropas sirias acudieron guerreros cristianos comandados por un tal Belisarius, y un gran contingente de caballería de *Yfranyya* , superior en

número a los *Rakaballah* . Lejos quedaba el tibio sitio que los bereberes mantuvieron para guardar las apariencias, pues el velado pacto entre el pérfido Ibn Muhayr y el *amir* se rompió desde la visita de Tamán a la capital. No hubo represalias; al contrario, días atrás llegó desde el sur el *yunc* que reforzó los ejércitos de la *Marca Media* . Sólo Dawash ibn Rashid, *el Sirio* , se quedó con una pequeña guarnición en *Qalat-Rabah* , así que el resto de las tropas del *Buitre Negro* estaban desplegadas alrededor de la ciudad, como dos garras que se cernían en torno a su presa.

El campamento principal estaba situado cerca de los muros de *Tulaytula* , casi a tiro de almajaneque, protegido por una sólida y afilada empalizada. Las vastas telas de las jaimas se mecían con brusquedad ante el viento de la madrugada, y el olor de las boñigas de caballo se mezclaba con las hogueras agonizantes, cuando la media luna lucía, tímida y afilada, custodiada por las estrellas.

En el interior del pabellón de los *Rakaballah* , Harún colocaba poco a poco la armadura a Tamán, como otras tantas veces, con la firmeza y la determinación propias del mozo. Sin embargo, la mente del *qaíd* no estaba en el presente. Ni siquiera sus largos y constantes rezos diarios lo consolaban y le otorgaban la paz que necesitaba. Desde hacía tiempo, las pesadillas lo atormentaban con frecuencia. En esos sueños, aparecía un encapuchado que lo aterrizzaba, pues en lugar de rostro poseía un vacío abismal: no había ojos ni boca, solo profunda negrura. Además, escuchaba su risa, como el canto de un centenar de pájaros, que pretendía humillarlo. Sabía que, tarde o temprano, aquel horror desenvainaría una sencilla y fría daga, y lo perseguiría hasta darle muerte.

«He visto esa arma antes...».

Desde la faz oscura de la maléfica entidad, iba surgiendo la carne y tomaba forma, unos rasgos bien conocidos por Tamán.

«Álvar...».

A su lado, del interior de la tierra, surgían los cadáveres del Gran *Qadí* y de la joven Sayyida. Ambos presentaban aspectos horribles, con las cuencas oculares y las bocas llenas de gusanos, e igualmente se reían de él. Intentaba comprender por qué, y un sabor terroso acudía a su paladar: las larvas salían de su propia lengua, así como de sus ojos... Todo era espantoso hasta que una luz brillaba por encima de sus cabezas, y allí estaba su familia.

«Mi albor y esperanza, mi salvación. ¿Cuándo podré estar junto a ellos?».

En aquel momento, el tapiz que cubría la entrada de la jaima se apartó y el *naqib* de los lanceros asomó con gesto atribulado.

—Mi señor, se requiere vuestra presencia tras la cerca. La comitiva toledana está a punto de llegar.

—Estaré listo en un momento —anunció el *qaíd*—. Que nadie parta sin mí y, sobre todo, no dejéis solo al *amir* Al-Walid.

—Como ordenéis, mi señor.

Una vez se hubo pertrechado, Tamán desterró sus temores para centrarse en la reunión que se iba a celebrar. El mismísimo Ibn Muhayr, falso gobernador de la ciudad, pretendía un encuentro para, en principio, llegar a un acuerdo. Probablemente no rendiría la plaza, aunque, si la propuesta venía de él, debía de estar en una situación comprometida y necesitaba ganar tiempo hasta el inminente asalto final.

Cuando estuvo lista su montura, Tamán se reunió con sus mejores hombres y saludó al fornido Al-Walid, quien lo esperaba con impaciencia. El carácter temerario del hermano del Emir dificultaba la labor de sus escoltas, un puñado de *Rakaballah*. Juntos, los robustos guerreros pusieron rumbo al frente.

«A este hombre le sobran sus adláteres. No es un líder capaz, no piensa más que en sí mismo y en su sed de sangre... y no lo culpo. ¿Cómo actuaría yo si me arrebataran a mis hijos? La muerte de la pequeña Sayyida tuvo que destruir su alma».

Más allá de la protección de la empalizada, un grupo de jinetes aguardaba expectante ante una nube de polvo que se acercaba desde la Puerta del Puente, cerca de la Fortaleza de Amrús.

«Belisarius y los señores *arwam* de *Yfranyya* se han quedado en el campamento. No está de más tomar precauciones, Ibn Muhayr es una hoja de doble filo».

La Guardia Negra se desplegaba en el llano y a su cabeza estaban Ibn Rustum y el cabecilla de los bereberes, el joven y arrogante Masarra ibn Faray, con sus ropajes ostentosos y sus afiladas armas. El *qaíd* y su pequeña comitiva se acercaron hasta ellos. Tamán era el único que dejaba su rostro al descubierto, sujetando con el brazo su capacete junto con las riendas del magnífico corcel de batalla, y reposaba la mano derecha en la empuñadura de su espada. Una vez junto a ellos, *el Buitre Negro* parecía un témpano de hielo, silencioso y tranquilo; por contraste, el hermano del Emir se asemejaba a un tronco antes de arder, conteniendo sus ansias de venganza frente a quienes se acercaban.

Ibn Rustum llevaba varios días más tácito que de costumbre. Al principio, el *qaíd* pensó que se debía a la presencia del rudo Al-Walid; luego, dedujo que la inteligencia del *amir* estaba muy por encima de sus deseos de gloria. Por tanto, algo debía de ocurrir que escapaba del entendimiento de Tamán.

«Lo mismo pasó en *Márida*. Sólo espero que todo acabe cuanto antes y pueda regresar junto a mi familia...», pensó.

El segundo retoño de Tamán había nacido varios meses atrás, como su propio reflejo, aunque con los cabellos dorados de la madre. Por su gran tamaño y terquedad, decidió llamarlo Ubeyd Allah, pues recordaba a su antiguo mentor. Era muy diferente al alegre y despierto Ataff, quien pronunciaba sus primeras palabras.

«Ya llegan...».

Los recuerdos de su familia, resistentes, se diluyeron en la visión de la pequeña tropa de jinetes que se aproximaba. Ibn Muhayr, quien parecía poco acostumbrado a montar tras varios años de opulencia, iba a la cabeza.

«El pelo bien cuidado y perfumado, el rostro bien afeitado... Este no es el duro guerrero que vendió a Al-Darrab para salvar al resto de sus compañeros. Han tenido que ampliarle su cota de mallas para que pueda vestir de hierro toda su barriga».

El séquito se detuvo y varios hombres descabalgaron junto a su líder. Al-Walid, Ibn Rustum y Tamán hicieron lo propio, y se les unió *el Bereber*.

«Parecen peligrosos. Habrá que tomar precauciones por si a Al-Walid se le ocurre zanjar esta negociación con sus métodos. Prometí al Emir sobre suelo sagrado que lo protegería y pienso hacerlo a costa de mi propia vida».

Ibn Muhayr sonreía. Acudió a ellos con los brazos abiertos, dejando atrás a sus custodios.

—¡Amigos! —dijo el recién llegado—. Todo esto es innecesario... Veo que *Qúrtuba* ha enviado a mejor de sus generales, el noble hermano del Emir. —«Maldito adulator... El resto captamos tu ironía»—. ¿Para qué derramar sangre si podemos llegar a un acuerdo?

—Rinde la ciudad o te arranco la cabeza ahora mismo —amenazó Al-Walid. Había dado un paso al frente como líder de las tropas emirales.

Tamán hizo un amago de detener a su señor, aunque se contuvo. Ibn Rustum y Masarra permanecían inmutables.

—No hay que ponerse así —dijo el rebelde—. Os aseguro que tendréis vuestra ciudad. La cuestión es cómo queréis conseguirla.

—Con la sangre de los sediciosos —respondió Al-Walid.

—¿Y si os ayudase a tomar *Tulaytula* con mínimas pérdidas? —propuso el falso gobernador—. Conozco bien cómo adentrarse en sus muros y dónde hay que golpear más fuerte para que todo acabe y os llevéis una gran gloria.

«Ibn Muhayr sabe que su causa está perdida. Querrá sacar la más suculenta tajada de su derrota».

—Tengo fama de poco agudo —reconoció el hermano del Emir—, pero ¿crees que voy a caer en tus ardidés, como le pasó a Al-Darrab? ¡Saca tu arma y acabemos con esto!

—Tranquilizaos, mi señor —dijo Tamán—. Escuchemos lo que tiene que decir.

El *qaíd* miró de soslayo a Ibn Rustum, quien no envió ninguna seña cómplice ni reprobatoria: seguía imperturbable.

—Haced caso al gran Tamán, mi buen Al-Walid —aconsejó el traidor—. Él conoce bien las pérdidas que se sufren al asaltar unos muros sólidos como los de *Márida*, ¿verdad? A pesar de que hubo ayuda desde el interior. —La sonrisa de Ibn Muhayr sacaba de quicio a Tamán—. Las canciones de los poetas son una sarta de mentiras para soñadores de banquete. Quienes hemos conocido la guerra, sabemos que es mejor evitarla. O, al menos, terminarla tan pronto como sea posible. —Hizo un guiño a Tamán.

—No des rodeos y habla de una vez —ordenó Al-Walid—. ¿Qué treta propones?

—Pienso abriros las puertas de la ciudad por la noche y evitar que los arqueros y defensores actúen desde la muralla. Encontraréis oposición en el interior, desde luego, aunque será fácil acabar con ella. En poco tiempo, la ciudad será vuestra.

—O podría ser una trampa —apuntó Al-Walid con ridículos aires de perspicacia.

—Por favor, mi señor... —Ibn Muhayr parecía indignado—. No me molestaría en acudir para hacer una propuesta así y no ofreceréis garantías. No tenemos posibilidades frente a vosotros. Tan sólo quiero salvar el mayor número de vidas, como ocurrió tras nuestra derrota en *Qalat-Darwaqa*.

—Vuestra cobardía me privó de mi venganza —afirmó Tamán—. Cuando iba a enfrentarme a vuestro líder, lo sacasteis del campo de batalla.

—Te equivocas, Tamán —comentó Ibn Muhayr—. Al-Darrab se habría enfrentado a ti con ganas, pero supo que la batalla estaba perdida y decidió protegernos en la retirada. Deberías dar gracias a sus sentimientos hacia nosotros. De no haber sido así, quizá estarías muerto.

—Nunca lo sabremos —dijo Tamán—. Pero bajo mi mano pudo haber tenido una muerte digna. No se mereció acabar apuñalado por un sicario como tú. ¿Así pagaste su amor hacia vosotros?

Ibn Muhayr estalló en carcajadas.

—¿Todavía con esas habladurías? —inquirió el pérfido. Chascó los labios varias veces y negó con la cabeza—. ¡Todo mentira! Tú mejor que nadie deberías saber lo fútiles que son los chismorreos del populacho. Sin ir más lejos, en *Tulaytula* se dice que el ahijado de Al-Darrab yació con tu mujer la noche que huiste a *Qalat-Rabah*. Y que el rostro de tu primogénito se parece al de ese ladronzuelo vagabundo...

Tamán estuvo a punto de desenvainar su espada para decapitar a Ibn Muhayr de un solo tajo. No obstante, sabiendo todo lo que estaba en juego, se armó de templanza y se limitó a tensar sus músculos y lanzar una mirada desafiante, más fría que la más alta de las cumbres, hacia aquel despojo humano, dejando claro que las ofensas no quedarían impunes.

»Por supuesto, nada de eso es cierto —se apresuró a aclarar el vividor—. Dejemos las calumnias para que las disfruten las infelices viudas con tristes y aburridas vidas.

—¿Cuál es la caución que ofreces? —preguntó Masarra *el Bereber*.

—Yo mismo me entregaré a vosotros antes de la batalla —propuso Ibn Muhayr.

Los cabecillas del bando emiral quedaron perplejos.

»Si algo de lo que os he contado no es cierto, podéis matarme. Si todo sale bien... —Sonrió sin remordimientos—. Sólo espero que tengáis en consideración a quien os entregó la ciudad y su gloria en bandeja de plata.

Los ojos de los presentes buscaban reacciones sutiles, excepto los de Ibn Rustum, que contemplaba sin emociones al rival que ofertaba la treta. Este le mantenía la mirada, esperando una palabra que decantase el parlamento hacia sus pretensiones. Pero no la obtuvo y perdió la paciencia.

—Vamos, viejo carroñero —dijo Ibn Muhayr con tono cariñoso—. No vas a desdeñar esta oport...

—¡Ten más respeto! —Tamán propinó un fuerte y seco puñetazo al charlatán, que cayó al suelo en un estruendo de anillas de hierro—. ¡Estás hablando con un *amir* de *Qúrtuba* ! ¡Con el señor de la *Marca Media* ! —gritó, mientras el agredido escupía sangre y tierra.

En el momento en que ambas facciones echaron mano a sus armas, Ibn Rustum comenzó a caminar con parsimonia hacia Ibn Muhayr. Ordenó apartarse a Tamán con un sereno gesto y ayudó a levantarse al derribado. Incluso rasgó un paño oscuro de sus ropajes y le limpió el magullado rostro.

—Gracias, mi señor —dijo el falso gobernador—. Sé que entre personas civilizadas podemos llegar a un acuerdo.

Abrió los brazos para envolver a Ibn Rustum con respeto y amistad. Cuando *el Buitre Negro* se acercó para corresponderle, desenvainó su espada como un relámpago y le atravesó las entrañas, incrustándola por los débiles remiendos que facilitaban el ajuste a la generosa barriga.

—¡Barbas del Profeta! —blasfemó Masarra.

El traidor gritó y arrugó el ceño como si el sol estuviese junto a ellos, incrédulo, y sujetó las vísceras que resbalaban por el hierro. Los lacayos que lo acompañaban se mantuvieron en su lugar, cautelosos.

—¿Por qué? —inquirió el moribundo—. Os he ofrecido *Tulaytula* y la habéis desdeñado... Un baño de sangre, vuestro pueblo y vuestras tropas masacrándose por el capricho de matarme...

La aterradora sonrisa de Ibn Rustum afloró.

—No es un capricho —dijo *el Buitre Negro* —... Es un placer.

Retorcó la hoja, la sacó en un salpicar escarlata y, tras sacudirla sobre su víctima, le escupió.

—¡Voy a mataros a todos! —gritó Al-Walid y avanzó hacia la guardia de Ibn Muhayr. Sin embargo, antes de que Tamán pudiese sujetarlo, Ibn Rustum alzó una mano y frenó los instintos del descendiente de Umayya con sosiego.

—Mi señor —se atrevió a decir *el Bereber* —, ahora tendremos que asaltar la ciudad y sufrir el látigo de sus muros. Morirán cientos, quizá miles...

—Ni toda la sangre de *Tulaytula* sería suficiente para restituir una ofensa hacia el honor de mi estimado Tamán —afirmó el *amir* mientras envainaba su hoja—. No obstante, dejadme que os

presente a alguien...

Uno de los acompañantes de Ibn Muhayr se acercó y descubrió sus facciones. Se trataba de un hombre joven, de porte noble y marcados pómulos, cuyas fibulas simbolizaban sendas rosas con ocho pétalos.

»He aquí a Lubb ibn Musa —anunció Ibn Rustum.

«¿Qué hace en estas tierras un hijo de Musa ibn Musa?», se extrañó Tamán.

—Saludos, señores —dijo Lubb—. El plan no cambia. Yo me encargaré de entregaros *Tulaytula* , como un regalo de mi familia para el Emir...

CAPÍTULO 35

LOS VELOS DEL DESTINO

Cercanías de *Lapurdum* ,

Más allá del *Pirineo Occidental* .

Jumada Al-Awwal (abril) del año 221 de la Hégira (836 d.C.).

El viento arrastraba el lejano sonido del mar enfurecido y el penetrante olor del salitre. La noche les había sorprendido en la vereda y, aunque debían de estar cerca de las antiguas piedras de *Lapurdum* ¹⁹¹, no se atrevían a ir más rápido. Para Fortún, cada paso sobre el caballo era una tortura. Pese a encontrarse mejor al emprender el viaje, la intemperie de los caminos y la lejanía de su destino no hicieron sino empeorar su maltrecha salud. La herida palpitaba con un dolor insoportable después de haber cabalgado durante toda la jornada. A pesar de ello, el sufrimiento de su alma era aún mayor.

Tiempo atrás, pudo internarse en *Ovetum* gracias a que su hermano le proporcionó un contacto de confianza allí.

«La labor de Lubb desde *Tulaytula* es admirable».

Sin embargo, llegó tarde. Arband había sido extrañamente victimado, y Fortún no halló rastro alguno de la Rosa de Ocho Pétalos. La única opción que le quedaba para encontrar la joya de su familia era el hijo del franco, llamado Faramund. Poco después, toda esperanza se esfumó por culpa de la ineficacia de su indeseable lacayo.

«Tuve que hacerlo, Latif».

La rabia que le impulsó a matar al que fue su sirviente desde hacía tantos años dio paso al remordimiento. Fortún trataba de justificarse recordando todos los errores que Latif había cometido durante los últimos tiempos: *Arnit* , *Banbaluna* , la iglesia abandonada...

«Sus imprudencias me han costado caras».

Cuando la flecha se incrustó en la espalda de Fortún, Latif debió estar en las inmediaciones de las ruinas que circundaban el viejo templo, para evitar ser atacados por sorpresa. Pero sus celos y su orgullo lacerado le hicieron perder la calma y enfrentarse por su cuenta con el franco.

«Caí en una trampa. Suerte que el caballo se encabritó... debió percibir el peligro. Esa saeta hubiese atravesado mi nuca. La cuestión es... ¿quién usó a Faramund como cebo?».

Por culpa de los actos impredecibles de otras personas, la metódica vida de Fortún se desmoronaba. Empezaba a darse cuenta de que era imposible controlar cuanto acontecía a su alrededor. No solo su salud pendía de un hilo, sino que sentía el distanciamiento de su abuela de manera tan nítida que casi podía palparlo. Únicamente la compañía de su fiel Athim mitigaba su desasosiego.

«Se ha convertido en el custodio de un impedido».

La rauda actuación de su guardián evitó su muerte en aquella fatídica noche. Después de contener la hemorragia y partir el astil que sobresalía de la herida, Athim cabalgó sin descanso durante dos jornadas hasta alcanzar *Arnit* y llevarle en volandas a las dependencias del médico. Este, poco pudo hacer. Aplicó algunos emplastes y ungüentos superficiales, que nada afectaban al verdadero problema: la saeta había perforado sus pulmones.

A partir de la llegada a las tierras de su familia, a Fortún se le dispensaron los mejores cuidados durante su reposo. Los más afamados galenos de las inmediaciones le visitaron, y se marcharon sin más éxito que los anteriores. Ahora bien, pasada una luna llena, llegó Abd al-Malik ibn Habib, uno de los mejores médicos de Al-Ándalus, enviado expresamente desde *Qúrtuba*. Sin embargo, ni siquiera las atenciones de aquel virtuoso sanador mejoraron el perjudicado vigor del hijo de Musa, y toda su parentela se temió lo peor.

Fue entonces cuando Fortún recibió la visita de Onneca. Su abuela no había sido capaz de acudir a verle mientras se debatía entre la vida y la muerte. Musa y el resto de sus hijos habían justificado la ausencia de la dama aludiendo que no soportaría la pérdida de su predilecto. Fortún sabía que era mentira. Recordaba aquella noche con tristeza, cuando Onneca apareció envuelta en un sencillo vestido de color verde oliva con ribetes dorados. Una fina capucha cubría su cabeza y escondía, bajo la sombra que proyectaba, su bello rostro demacrado por el llanto. Con la elegancia natural que irradiaba, besó a su nieto y lo contempló, esbozando una afligida sonrisa. Permaneció junto al camastro durante un rato, llorando en silencio. Pero Fortún era consciente de que aquellas lágrimas no eran por él.

«Lloraba por Arband. Pensaba que yo le había matado, aunque jamás me lo habría reprochado. Mi familia está al borde del abismo y ella sufre por un maldito extranjero, por el ladrón de nuestra insignia».

Antes de retirarse, la dama Onneca le dijo que conocía a una persona capaz de sanar su herida. Le indicó dónde encontrarla y se marchó. Su abuela dejó tras de sí aquella fragancia que le evocaba tantos recuerdos y él supo, sin dudar, que algo se había roto entre ellos.

—Mi señor, hay alguien allí. —La voz de Athim le hizo volver al presente.

Habían llegado a unos altos acantilados, en cuya base el mar se estrellaba con fuerza. Arreciaba un viento húmedo que azotaba las ropas de una silueta inmóvil que se recortaba en el oscuro horizonte. Fortún y Athim se detuvieron y aguardaron, expectantes. Entonces, como si se la tragara la tierra, la aparición descendió hacia el talud de rocas. Ambos jinetes se acercaron con cautela, el viento tiraba de sus capas y vieron que un pequeño sendero bajaba hacia las embravecidas aguas. Athim descabalgó y asió las riendas de las monturas para conducir las con cuidado por el estrecho camino. Llegaron hasta una planicie encharcada que se adentraba en la piedra, justo por encima de donde rompían las olas. Con cada embestida, un rocío salado estallaba en sus rostros, pero la furia del mar parecía respetar aquel recóndito lugar. Un poco más adentro, la entrada a una cueva se abría ante ellos y bajo el umbral, flanqueada por dos columnas labradas con caracteres pisciformes, esperaba la figura. Fortún desmontó con dificultad, se arrebujó y se ajustó el embozo. La humedad de aquel inhóspito sitio agudizaba su dolor y respirar se convirtió en una agonía.

La silueta hizo un leve gesto para que la siguieran a través de un angosto pasillo. Una vez dentro, Fortún sintió la agradable caricia del calor. Llegaron a una estancia no muy grande de planta redondeada, que había sido excavada en las entrañas de la tierra. Una lumbre ardía en el centro y proyectaba sombras que bailaban en las paredes de roca. Había multitud de enseres esparcidos por el suelo que al arnitiano le costaba reconocer, aunque pudo atisbar algunas herramientas y útiles de caza y de cocina, así como algunos cueros sin curtir. Pese a la hoguera, la iluminación era escasa y Fortún tuvo que hacer un esfuerzo para discernir un bulto que reposaba en un rincón sombrío, sobre un asiento cubierto por gruesas pieles.

«¡Por los fuegos del Averno...!».

Como si de una estatua de piedra se tratara, una anciana de edad indefinida descansaba sobre la pared. Parecía no respirar, y permanecía con los ojos abiertos, con la mirada llena de pena y melancolía; además, tenía el rostro surcado por enormes cicatrices similares a las grietas que la circundaban. Una espada, tan vetusta y herrumbrosa como la mujer, yacía sobre sus piernas. Con movimientos lentos y rítmicos, la vieja acariciaba el arma, ajena a cuanto le rodeaba.

—Bienvenido, *Niño de las Sombras*. —Fortún dio un pequeño respingo al escuchar una voz que surgió a su espalda.

La figura que les había recibido en el camino, emergió desde una oquedad de la estancia, con calma. Vestía ropas andrajosas de lana gruesa y caminaba descalza. Se trataba de una mujer menuda que debía tener más edad de la que aparentaba. Asimismo, una venda mugrienta cubría sus ojos. A pesar de todo, la aparecida se dirigió hacia Fortún sin vacilar, evitando los menesteres y adminículos que había por el suelo; luego, palpó el rostro del arnitiano con sus frías manos. Por último, se encaminó hacia un tablón que se apoyaba en una de las paredes e hizo un gesto de invitación.

—Quítate tus ricos ropajes y tiéndete aquí boca abajo —dijo mientras acariciaba la madera sin lijar—. Se aproxima una tormenta... La huelo.

Fortún, boquiabierto ante aquel escenario, tardó unos instantes en reaccionar. Hizo un gesto a Athim para que le ayudase a desvestirse.

—Será mejor que tu hermano guarde fuera. Esta batalla tendrás que librarla tú mismo y no será

agradable —adujo la mujer, que parecía contemplarles a través del vendaje.

Athim miró inquisitivo a Fortún, quien asintió para tranquilizarle.

—Págale antes de marcharte —ordenó el descendiente de Qasi a su custodio.

—No quiero tu oro —dijo ella, antes de que Athim pudiera sacar la bolsa de los pliegues de su ropa.

—¿Entonces? —Fortún se sorprendió.

—Exigiré un favor, a ti o a tu familia.

—Pide, pues...

—No será hoy, *Niño de las Sombras*. Ahora, ven a mí.

Athim abandonó la gruta con la aquiescencia de Fortún, que se acercó hasta la pequeña anfitriona. Una vez se hubo despojado de sus ropas, el arnitiano se tumbó sobre la improvisada camilla y sintió su tacto duro y gélido. Pese a la venda en los ojos de aquella insólita curandera, estaba incómodo en su desnudez.

«Cálmate, has estado así frente a muchas mujeres...», se animó a sí mismo. Sin embargo, nunca se había observado tan mal: su enjuta musculatura no era más que piel sobre los huesos y la herida le obligaba a estar continuamente doblado hacia el costado. Recordó al *Mago*, pues como él, se había convertido en un ser desagradable.

«¿Será el hado tan cruel y eso es lo que me depara?».

La mujer cogió algunas hierbas que colgaban de la pared y las esparció sobre el fuego, que crepitó en una lluvia de chispas. De inmediato, un fuerte olor inundó la estancia y la hoguera se redujo, invocando las tinieblas. La sanadora inició sus ensalmos y con movimientos decididos, hurgó en la herida de Fortún. Los gritos retumbaron en la cueva: el dolor era insoportable y él luchaba por no perder la consciencia y la dignidad. Tras unos momentos que le parecieron una eternidad, la mujer extrajo una esquila metálica bañada en sangre.

—Los fragmentos del ayer nublan tu mañana —dijo la curandera mientras comenzaba a moler algo en un desgastado mortero.

—¿Mmme... Mmme recuperaré? —inquirió Fortún con voz débil y temblorosa.

—Tu vida, tal y como la conoces, ha sido profanada. El fuego te ayudará a construir un nuevo santuario.

Fortún no terminaba de comprender las extrañas palabras que le dedicaba la mujer. Esta asió un hierro que había enterrado entre las ascuas y lo acercó a la herida. La vista del doliente se nubló por momentos; después, el olor a carne quemada penetró por su nariz y estuvo a punto de hacerle vomitar. La curandera cogió el cuenco donde había preparado el ungüento y lo aplicó en la

espalda. También le ofreció un pellizco para que lo comiera: tenía un sabor fuerte, pero calmó sus náuseas. Ella se desenvolvía con la soltura de quien trata con animales, sin miramientos ni delicadezas, y comenzó a vendar al arnitiano.

—¿Eres... Eres ciega? —preguntó él.

—No. Aunque pronto lo seré.

—¿Quién es la que yace en el rincón?

—Es mi madre, *la Exterminadora de francos*. Aguarda la llegada de los sabuesos con fauces de fuego, que la llevarán con ellos.

—¿*La Exterminadora de francos*? —Fortún no salía de su asombro.

—Así es. Su espada segó muchas vidas y salvaguardó otras, entre ellas la de la dama Onneca...

—¿Mi abuela?

—Sí. Su presencia siempre fue inmutable. Ahora, la percibo incierta. Desde mis tinieblas vaticino una amarga caída.

—¿Está en peligro? —Fortún se alertó.

—Todos lo estamos, *Niño de las Sombras*.

—¿Yo también? ¿Qué avistas en mí, mujer? —preguntó asustado y ansioso al mismo tiempo.

La vidente suspiró. Aquello hizo erizar el vello de Fortún, cuyo corazón latía con más fuerza que nunca. Ella posó una mano sobre la mejilla del arnitiano, transmitiéndole una profusa pena y un sincero respeto. Entonces, habló con una extraña voz, como si su mente estuviese a mucha distancia de la cueva.

—Has morado mucho tiempo donde las almas viajan al olvido. He rasgado los velos de tu destino y... solo veo muerte.

De repente, Fortún sintió un fuerte dolor en la herida que le hizo retorcerse sobre la tabla. Su cuerpo parecía arder y comenzó a sudar y a temblar.

—¿Qué... Qué me ocurre? —consiguió articular con esfuerzo.

—Ahora empieza tu batalla, *Niño de las Sombras*. Voy a sumergirte en la Laguna Estigia. Cierra los ojos... de ti dependerá volver a abrirlos.

¹⁹¹ Bayona, en Francia.

EPÍLOGO

LA PARTIDA

Lugar secreto en *Tulaytula* .

Al-Tagr al-Awsat (*Marca Media* de Al-Ándalus).

Jumada Al-Awwal (abril), año 221 de la Hégira (836 d.C.).

«Lubb no debe enterarse».

No había sido sencillo ser el hijo intermedio. Las expectativas de su padre siempre estuvieron puestas en Ataff, aquel a quien nombraba su *kunya* . El primogénito prometía en la guerra desde que pudo sostener una cañavera con la mano, atraía todas las miradas de los nobles toledanos mientras el menor se refugiaba entre las faldas de su progenitora, Mummia, y escuchaba, aprendía y envidiaba. Para Ataff todo eran halagos y adulaciones, junto a la sonrisa de su padre al acariciarle el cogote, orgulloso. Su madre guardaba silencio, pues sabía que cualquier palabra hacia su segundo hijo sería un cuchillo de compasión. Por las noches, cuando acostaba a su pequeño, aquella mujer de serena dulzura le sonreía con sinceridad, besaba su frente demostrando todo su amor y, antes de marcharse, le pasaba su áspera mano por el rostro, impregnándolo de un perfume extraño: una mezcla de brasa y azahar, evocación de su más tierna infancia, sin la cual no podía conciliar el sueño ni protegerse de las sombras que aguardaban bajo el camastro.

Para colmo de males, llegó al mundo su nuevo y maldito hermano, Tamán. El único tesoro que había tenido en su vida pereció poco después de dar a luz, y la herencia que le dejó fue una mirada feliz mientras amamantaba, lívida, a la culpable criatura. Aquello no fue suficiente para evitar el insomnio en adelante, una lacra que arrastraría hasta el fin de sus días.

Si como segundo vástago nunca recibió las atenciones del gran Qaisar de *Tulaytula* , al quedar entre dos hermanos se sentía un extraño en su propia casa. Ataff entró muy joven en la guardia de la ciudad, el mismo día que Tamán montó un potrillo por primera vez. En aquella ocasión deseó que se cayera y se partiese el cuello, que desapareciera por siempre de su vida; desde su peor momento, asumió la ignorancia que le profesaba su padre, pero nunca dejó de culpar a Tamán por la muerte de su madre. En cambio, el niño demostró un gran dominio de la bestia y se paseó, gallardo en su candor, ante los asombrados presentes.

—¿Qué va a ser de tu segundo hijo, Qaisar? —preguntaban las amistades.

—Será poeta. O concubina —bromeaba el gobernador sin dignarse a mirarlo.

Ibn Qaisar era un hombre fuerte, pese a no tener la robustez de sus hermanos. Prefería los cálculos, la caligrafía y los libros antiguos al entrenamiento militar. Habría vencido con la espada a muchos guerreros, domado grandes corceles y conquistado a bellas vírgenes si se lo hubiese propuesto. Sin embargo, se había preocupado por buscar respuestas a lo largo de su vida, como una rata de biblioteca.

Su hermano mayor lo trataba con la cordialidad esperada en alguien tan bendecido con el don de gentes, aunque en el fondo sentía poca simpatía por él: una cuestión de afinidades. Ataff se volcaba en Tamán, como su padre, pues los tres eran de la misma esencia que el hierro, la sangre y

el fuego. Sus voces poderosas eran escuchadas por las gentes de *Tulaytula*, cada una a su manera, mientras que la de Ibn Qaisar permanecía callada, en un vago ostracismo que solía desembocar en el olvido.

«Administré nuestra casa. Padre lo sabía y nunca me reprendió por ello, pues llenaba sus manos de riquezas. Quizá me consideraba tan bueno como una mujer para hacerlo, desde las sombras, tal y como hemos de dirigir esta ciudad».

El enfrentamiento con su familia surgió de la forma más inesperada. A Ibn Qaisar le gustaba caminar por las calles más alejadas del corazón de *Tulaytula*, entre los arrabales donde los lugareños moraban de la mano de una dura, pragmática e ignorante existencia. Contemplaba cómo el hambre y la enfermedad hacían mella en los más necesitados, por lo que sacaba cuanto podía de las despensas de su padre y lo repartía entre los pobres sin revelar su identidad. Sabía dónde iban a parar los pesados impuestos que pagaban los ciudadanos, pues pasaban cerca de sus narices: hacia el lujo de la aristocracia toledana y cordobesa. Nunca fue religioso; ahora bien, se permitía seguir siendo humano, y el bienestar de la población se convirtió en uno de los pilares de su realidad.

Por otro lado, su amistad con Leovigildus, hijo de Marcius, le había costado un sinfín de habladurías maliciosas entre sus conocidos. Habían jugado y compartido risas desde muy tempranas edades, correteando por los charcos de los arrabales, tirando piedras a las cargadas mulas que salían por la Puerta de los Judíos y nadando juntos en el *Tagus*. Recordaba el día en el que, en plena pubertad, húmedos y temblando de frío tras un fresco chapuzón, el hermoso Leo le acarició el rostro y, lentamente, acercó los labios a los suyos. Ibn Qaisar se apartó, confuso y avergonzado, temiendo, con acierto, perpetrar un daño que jamás podría ser reparado en su amigo.

«Ah, Leo. Mi Leo. Si hubieses sido una mujer te habría podido amar con todo mi corazón», sonreía con tristeza cuando tales recuerdos acudían a su mente.

Desde aquel momento, el joven cristiano no volvió a dirigirle la palabra. En cierta forma, los chascarrillos sobre la condición de sodomita de Ibn Qaisar se fueron diluyendo poco a poco hasta desaparecer, pero no compensaron la pérdida. «Otra pérdida». A lo largo de los años, Ibn Qaisar espía a Leo desde las terrazas y tras las celosías, y sólo contempló a un ser decaído y melancólico. Su amigo llegó a ser mejor que Ataff con la espada, aunque no tenía el brillo de éste en los ojos. De hecho, la pena, el vino y las ramerías le hicieron contraer la temida viruela. No obstante, a diferencia de Ataff, sobrevivió a la enfermedad y se convirtió en un hombre peligroso que frecuentaba tabernas y burdeles, bajo la constante crítica de su pulcro hermano Childericus.

«En el fondo, nunca me perdonaré no desear a los hombres, pues eso destruyó para siempre a la única persona que me quería tras la muerte de madre. Leo, tu ausencia fue más llevadera porque ya te había perdido. Desde entonces, estoy solo».

Siempre que se recortaba la barba en un espejo de plata bruñida, atisbaba un rostro tocado por el vacío, con el ceño fruncido, lleno de emociones dolorosas. Sin duda quedaba en él parte de la distinción de su familia, aderezada con su cultivada formación. Imponía respeto desde sus gestos, sus firmes y decididas palabras, sus pausas y silencios, sin necesidad de filos ni puntas. Su padre, por el contrario, nunca lo trató de buenas maneras. Ni siquiera la muerte de Ataff los unió.

«Todos los que me rodeaban han desaparecido, menos Tamán».

El día en que Al-Darrab mató a Qaisar, el inicio del fuego de la rebelión, en cierta manera Ibn Qaisar sintió alivio. Se había ido el juez implacable e inmisericorde de su espíritu, dejando para él una suculenta herencia de oro y legajos llenos de secretos, que le permitieron entrar plenamente en el Consejo. Poco después, su hermano abandonó la ciudad, camino de *Balansiyya*, para regresar con un viejo amigo de la familia, Ubeyd Allah, *la Bestia*. Desde entonces, todo cuanto sabía sobre Tamán se lo proporcionaban sus informadores.

«Otro perro que lame las botas del Emir».

—Acaban de llegar, mi señor —dijo Harún desde el umbral de la puerta de la caldeada estancia—. ¿Les hago pasar?

El rostro de Ibn Qaisar se volvió a revestir de hierro antes de girarse hacia su subordinado.

—Que así sea. —Hizo un esfuerzo para comenzar a pensar en latín.

La habitación era discreta, con cuatro siales de madera y cuero, vacíos, y un quinto que él mismo ocupaba. Todos los asientos se disponían alrededor de una mesa situada cerca de una chimenea, llena de platos de ave asada y vasos de barro llenos de vino, así como un tablero de ajedrez con diversas piezas blancas dispuestas alrededor de una torre negra. Realmente no hacía demasiado frío en el exterior, pero a Ibn Qaisar le agradaba una buena y confortable hoguera; además, la gente se entendía mejor y llegaba antes a acuerdos en lugares plácidos y agradables.

Los dos miembros del Consejo Secreto entraron con calma y respondieron al saludo educado del anfitrión. El anciano Cletus se apoyaba en un bastón, con su ajado y exhausto rostro lleno de sabiduría; el obispo Wistremirus sacó la llave entre sus discretos atuendos y cerró la puerta desde dentro, algo nervioso. Sus dedos eran torpes y regordetes y sus incisivos separados, listos para degustar la sabrosa carne y la tostada piel que reposaba en los platos. Ambos tomaron asiento.

—Faltan dos más —dijo el prelado, angustiado por la posibilidad de tener que esperar para comer. Miraba los cuencos con fervor.

— *El Muerto* lleva desaparecido bastante tiempo, como bien sabéis —comentó Ibn Qaisar—. No soy ningún brujo que pueda localizarlo, ni siquiera ha atendido sus negocios. Alguien llamado Ciprianus se encarga ahora del contrabando de vino... Parece un individuo competente. Podéis probar sus caldos si lo deseáis.

Wistremirus dio un gran sorbo y se acabó de golpe el contenido de un recipiente.

—Excelente —dijo, y tomó otro vaso para colocarlo cerca de su plato.

—¿Dónde está el hijo de Moisés? —preguntó Cletus con voz trémula. La edad hacía mella en su grandeza.

—Lubb no debe enterarse —dijo Ibn Qaisar—. De todas formas, desde la muerte de Ibn Muhayr, así arda en el Infierno, no he podido localizarle. Seguro que estará en los subterráneos, con el

rabo entre las piernas. Su presencia ha sido una imposición para el Consejo, una humillación que hemos tolerado para dar el golpe definitivo a la familia maldita.

Cletus se persignó al escuchar aquel apelativo, mientras Wistremirus devoraba un ala de gallo, con las comisuras de los labios y parte del rostro impregnados de grasa. Ni siquiera se limpió antes de llevarse el vino a la boca, anhelante.

»Compañeros, Ibn Rustum pretende nombrar gobernador a Tamán, mi propio hermano, cuando conquiste la ciudad. —La noticia no era nueva—. Todos sabíamos que tarde o temprano los cordobeses llegarían a nuestras puertas. Sin embargo, las promesas de los Banu Qasi han sido baldías. Ningún ejército arnitiano ha reforzado nuestros muros.

—Es extraño —interrumpió Cletus—. Son los más interesados en evitar la garra del Emir. Deben de haber tenido sus problemas.

«Lleva razón. Pero, de haber acudido, todos lo habríamos pasado mal. La guerra se habría extendido en el tiempo y su ganador habría sido incierto. En el peor de los casos, Musa se habría hecho con la ciudad y convertido en el Rey de las Dos Marcas».

—Fortún ibn Musa traspasó los límites. —Ibn Qaisar se enervó—. Mató a uno de los nuestros y designó a su hermano como miembro. ¿Quién se cree que es? —Su entrecejo mostraba ira.

—Hijo, todo cuanto llevamos haciendo desde hace tantos años es únicamente por el bien de la ciudad —afirmó Cletus—. Empero, a día de hoy creo firmemente que el trabajo del Consejo ha sido en vano. Si Tamán llega al poder no tardará en dar con nosotros y ajusticiarnos.

—Te equivocas, buen Cletus —dijo Ibn Qaisar—. ¿Te has percatado del sirviente que os ha conducido a estos privados aposentos? Ya debe estar rumbo a la jaima donde reposa Tamán. Aunque trabaja para mí, lleva siendo el mozo de mi hermano desde hace años. Todo cuanto hace y dice el lacayo del *Buitre Negro* llega a mis manos, y no creo que sea difícil influenciarle. Es preferible controlar a Tamán desde las sombras que soportar a esos prepotentes Banu Qasi como señores de *Toletum*.

Cletus tosió y meditó unos instantes. Wistremirus iba ya por el segundo plato cuando el viejo sacerdote se decidió por hablar de nuevo.

—¿Qué será de Lubb?

—Observa este tablero, mi buen Cletus. —Ibn Qaisar señaló el ajedrez—. La pieza negra rodeada es la torre, que puede mover tantos cuadros como queramos, si no es en diagonal. Simboliza a *Toletum*. El resto que la rodea está formado por el rey, la reina, el caballo y el alfil. Somos los miembros del Consejo. Cualquiera de las figurillas podría capturar a la torre, si bien el juego no habría acabado. La torre podría vencer al resto de ellas, pero la partida solo terminaría si es el rey quien no tiene escapatoria. Y el rey simboliza a Lubb.

—¡Por Cristo bendito! —Cletus se alzó—. ¿Qué piensas hacer? Podrías provocar algo peor que una guerra...

—El Consejo, más allá de sus miembros, es *Toletum* . El Consejo es la torre negra. He enviado un sicario para que acabe con él. Le he pagado con una de las joyas del tesoro enterrado.

—¿Te refieres a ésta? —dijo Wistremirus con la boca llena, y le lanzó una piedra preciosa de color rojizo que fue a parar sobre el tablero, derribó algunas piezas y se posó junto al rey.

Ibn Qaisar abrió los ojos con sorpresa. El obispo se levantó del sitial, ante la estupefacción de sus dos compañeros, y utilizó la llave para abrir con rapidez la puerta de la estancia y dar paso a una figura familiar.

«Tú...».

La presencia de Lubb ibn Musa era imponente. Estaba ataviado con ropajes negros, una capa sujeta por sendas fíbulas con la forma de rosas de ocho pétalos, y su faz se distinguía entre las sombras de una capucha. Lubb extendió un brazo y su mano enguantada señaló a Ibn Qaisar y a Cletus.

—Habéis sido condenados. *El Ocullo que todo lo ve* ya ha salido del abismo y reclama vuestras almas. Se os arrebatarán vuestros ojos, para que no contempléis los horrores que os acechan. Y entregaréis vuestras lenguas, para que no gritéis ante tanto sufrimiento...

Continuará donde las almas viajan al olvido...

APÉNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES DE PERSONAJES

A

—Abd al-Karim, *el Terco* : general de las fuerzas cordobesas que asoló el norte peninsular durante finales del s. VIII y principios del s. IX, obsesionado con capturar al rey Adefonsus *el Segundo* .

—Abd al-Malik, *el Despiadado* : hermano de Abd al-Karim *el Terco* , famoso por sus saqueos y matanzas en el norte peninsular.

—Abd al-Malik, *el Herrero* : experto batihoja asentado en Córdoba.

—Abd al-Malik ibn Habib, *el Médico* : uno de los mejores galenos de Córdoba, que trabaja personalmente para el emir Abd al-Rahmán.

—Abd al-Rahmán, *Al-Dakhil* , *el Primero* : descendiente de la poderosa familia siria Banu Umayya, que sobrevivió a la matanza de los Abbasíes en Oriente y viajó hacia Al-Ándalus, donde se proclamó primer emir independiente.

—Abd al-Rahmán ibn Al-Hakam: emir de Al-Ándalus durante los hechos que se narran en esta novela. Es llamado «el hombre más poderoso del Occidente».

—Abd al-Rahmán *el Pequeño* : amigo de Yamílah, nieto de Marwan ibn Yunus.

—Abd al-Yabbar, *el Victorioso* : caudillo bereber de la tribu Masmuda, padre de Mahmud y Yamílah.

—Abú Farhat: custodio converso del *hisn* de *Mont Salut* .

—Aberfál: guerrero irlandés de la *scara* de Faramund.

—Adefonsus, *el Cantabro*, *el Primero* : primer rey de los astures, que asoló el valle del Duero para crear una frontera sin recursos respecto a sus enemigos musulmanes.

—Adefonsus, *el Casto*, *el Segundo* : vigoroso rey de los astures, a pesar de su avanzada edad, durante los hechos que se narran en esta novela. Ha sido objeto de conspiraciones internas y persecuciones por parte de los emires andalusíes. No tiene herederos directos.

—Ágila: descendiente del rey Witiza y pretendiente al trono de *Toletum* durante la Guerra Civil visigoda de principios del s. VIII, opuesto a Rodericus.

—Agobardus: arzobispo de *Lugdunum* , actual Lyon. De origen hispano y contrario a las tesis adopcionistas de Félix de Urgel.

—Ahmed: uno de los nombres que usa un extraño individuo con un ojo blanquecino.

—Al-Aauar, *el Tuerto* : uno de los nombres que usa un extraño individuo con un ojo blanquecino.

—Al-Balansí: ver Ubeyd Allah ibn Ubeyd Allah al-Balansí.

—Al-Basir, *el Oculito que todo lo ve, la Sombra, Iblís* : personaje legendario, a veces confundido con Amrús de *Saraqusta* . Las viejas historias lo asemejan con un ser de los abismos que reclama las almas de los vivos y les otorga una muerte cruel.

—Al-Darrab: ver Hashim al-Darrab.

—Al-Gazal: poeta y músico del *Qasr* del emir Abd al-Rahmán ibn Al-Hakam, famoso por su sentido del humor y su astucia.

—Al-Hakam ibn Hisham al-Riddá, *el Borracho, el Impío* : padre del actual emir Abd al-Rahmán. A pesar de su fama de pecador, dejó a su heredero una tierra pacificada por la fuerza.

—Al-Jayr: hermano del emir Abd al-Rahmán ibn Al-Hakam, de sonrisa deslumbrante y carácter jocoso.

—Al-Muytahid, *el Cocinero* : sirviente del *manzil* de Boutrus al-Jamis, de gran talento culinario y con ilusión por convertirse en un hombre de leyes para ayudar a los más necesitados.

—Al-Shifá: esposa del emir Abd al-Rahmán ibn Al-Hakam, y madre adoptiva de su primogénito Muhammad.

—Al-Yabbar: ver Abd al-Yabbar.

—Al-Walid ibn Al-Hakam: hermano del actual emir, ceñudo, rudo y dotado para el combate singular. A pesar de ser considerado un general, no tiene cualidades estratégicas.

—Alcuinus de *Eoferwic* : sabio miembro del Palacio de Carlomagno, de origen británico. Fue tutor del afamado monarca, y más tarde entablaron íntima amistad.

—Álvar de *Toletum* , *Carasucia, el Joven* : personaje principal. Es llamado «Severus» por su padre adoptivo, Hashim al-Darrab.

—Álvar *el Viejo* : señor de *Bracara y Santa Cristina* .

—Amín: segundo al mando de los jinetes ligeros comandados por Yamílah.

—Amrús ibn Yusuf al-Muwalad: también llamado Amrús de *Saraqusta* , fue un personaje taimado que consiguió gran poder a base de argucias y mentiras durante el reinado de Al-Hakam (última parte del s. VIII y principios del s. IX). Es conocido por la Matanza del Foso, la masacre de la levantisca nobleza toledana, orquestada por él durante una celebración.

—Antoninus: sacerdote culto de origen desconocido.

—Antún, *el Muerto* : pariente de los Banu Qasi que controla el tráfico de vino en Toledo.

—Aramirus: joven e inexperto miembro de los Capas Grises.

—Arband de *Suessionum*, *el Franco* : emisario del emperador, fiel al Lotharius. Faramund es su hijo y el padre Hanne fue su compañero de juventud en sus viajes y misiones.

—Ariulfus de *Emerita* : joven obispo de Mérida durante los hechos que se narran en esta novela.

—Arlik, *Puñorroto* : maestro de armas de Faramund. Caído en *Brema*, tras una *razzia* vikinga, a manos de Bjorn Jarnsida.

—Asbag de *Qasras* : líder bereber, miembro de la tribu Masmuda y primo de Mahmud y Yamílah.

—Ataff ibn Qaisar: hermano mayor de Tamán ibn Qaisar, muerto de viruela en Toledo.

—Ataff ibn Tamán: primer hijo de Tamán ibn Qaisar.

—Athalberg de *Brema* : caudillo sajón, padre de la prometida de Faramund, la dama Tessa.

—Athim: sirviente de Fortún ibn Musa, un gran guerrero de su tiempo.

—Atrius, *Dienteslargos* : integrante de la banda de Álvar, el mejor de sus jinetes.

—Avarus, *el Frater* : extraño monje que viaja junto a los Capas Grises.

—Ayyub, *el Canas* : informante de Fortún ibn Musa en Toledo.

B

—Balask de *Banbaluna* : ver Basiliscus.

—Balask, *el Converso* : miembro de la guardia personal de Hashim al-Darrab.

—Banu Balask: «los hijos de Basiliscus». Importante linaje cristiano pamplonés de origen franco.

—Banu Di-l-Nun: tribu bereber que habita una región de los alrededores de Toledo, *Santabariyya*, y que es liderada por el joven Masarra.

—Banu Majsi: tribu bereber aliada con Hashim al-Darrab y que habita la ciudad de Toledo.

—Banu Qasi: «los hijos de Casius». Notable familia muladí con gran influencia en la *Marca Superior*.

—Banu Umayya: «los hijos de Umayya», familia real cordobesa, descendiente de los califas sirios desplazados del poder oriental por los Banu Abbas a mediados del s. VIII.

—Basem, *el Risas* : miembro de la Banda de Álvar, antiguo batidor del contingente rebelde de Hashim al-Darrab.

—Basiliscus de *Pampilona*, *el Emisario* : emisario pamplonés, aliado de Adefonsus *el Segundo*, afín a la causa franca en la época de Carlomagno.

—Beatus de *Lebana* (Liébana): sabio hispano y referente eclesiástico, que vivió en el s. VIII. Su obra más notable fue *Commentarium in Apocalypsin*.

—Belisarius de *Corduba* : hijo del magnate Cirilus. Guerrero cristiano cordobés.

—Bjorn Jarnsida, *Brazo de Hierro*, *Costilla de Hierro* : temible hombre del norte que saquea las costas europeas durante los hechos que se narran en esta novela.

—Boutrus al-Jamis: propietario de un *manzil* entre Calatrava y Toledo.

—Brandanius *el Trampero* : miembro de los Capas Grises especializado en emboscadas y cepos.

— *Bruja Ciega* : mujer del norte peninsular que posee arcanas cualidades como curandera.

C

—Calvus: miembro de los Capas Grises, compañero de *Verres* .

—Casius: ver Qasi.

—Cecilbus, *el Viajero* , *el Escanciador* : lonjero cordobés que compite con Iskandar por la calidad de sus caldos.

—Ciprianus de *Toletum* : mercader judeoconverso, gran viajero y conocedor de lugares emblemáticos del mundo conocido.

—Cirilus de *Corduba* , hijo de Gallus: poderoso noble cristiano cordobés.

—Claudia de *Corduba* , hija de Cirilus: ver Tarub.

—Cletus de *Toletum* : mentor espiritual e intelectual de Álvaro de *Toletum* , y miembro del Consejo Secreto de dicha ciudad.

—Clovis, *el Lanzador de hachas* : guerrero franco miembro de la *scara* de Faramund.

—Childericus de *Toletum* : noble guerrero de ancestros visigodos que aspira al gobierno toledano. Es hermano de Leo *Cuatrolabios* .

—Cornelius *el Romano* : notable de Mérida de origen cristiano, partidario de la rebelión de Mahmud y Suleymán.

— *Cuatroojos* de *Sant Qurush* : guerrero bereber de la tribu Masmuda, pariente de Mahmud y Yamílah, con dos ojos tatuados en las mejillas.

D

—Dawash ibn Rashid, *el Sirio* : comandante de las huestes emirales, al servicio de Ibn Rustum.

- Danis: guardia eslavo emasculado, hombre de confianza de Naser.
- Decius (*Gaius Messius Quintus Traianus Decius*) : emperador romano del s. III.
- Drogo: hijo bastardo tardío de Carlomagno, arzobispo de la poderosa sede de *Metis* .

E

- Ebbon de *Remorum* : obispo de Reims, partidario de Lotharius en la disputa por el Imperio y amigo de Arband y el padre Hanne.
- Eligius *el Confesor* : monje galaico del monasterio de *Samanos* .
- Elipandus de *Toletum* : obispo del s. VIII que encabezó la herejía del *Adopcionismo* en la Península, junto a Félix de Urgell.
- Eliyahu, *el Comerciante* : el judío más rico y poderoso de Toledo, integrante del velado Consejo Secreto toledano.
- Enneco Aritz (Arista): caudillo pamplonés que dio origen al linaje de los Arista.
- Enneco Enneconis: hijo de Enneco Aritz y Onneca, medio hermano de Musa ibn Musa y notable de Pamplona.
- Eudaldus, *el Tuerto* : miembro de la Banda de Álvaro, antiguo batidor del contingente rebelde de Hashim al-Darrab.
- Euricus de *Toletum* : custodio personal del notable Childericus.
- *Exterminadora de Francos* : extraña anciana, madre de *la Bruja Ciega* .

F

- Fajer: piadosa y fogosa concubina del emir Abd al-Rahmán ibn Al-Hakam.
- Fakila, *el Mago* : maestro de espías de Pamplona, descendiente de Basiliscus, que compite con la casa Aritz por el poder.
- Faramund de *Suessionum* : personaje principal.
- Fortún ibn Musa ibn Musa: personaje principal.

G

- Garsiyya hijo de Enneco: primogénito de Enneco Enneconis, educado en Córdoba.
- Garsiyya ibn Galín, *el Matador de Francos* : yerno de Enneco Enneconis.

—Gatón de *Bergidum* , *el Pelirrojo* : líder de los Capas Grises, hijo adoptivo del magnate galaico Ranemirus.

—Gontroda: primera mujer de Ranemirus de Galicia, famosa por su belleza y madre de Gatón.

—Gran Karl: ver *Karolus el Grande* .

—Gregorius, *Sumus Pontifex* , *Servus Christi* : Papa de Roma durante los hechos que se narran en esta novela.

—Guntericus, *el Sopas* : parroquiano habitual de la lonja de Iskandar.

—Guren: guardia eslavo emasculado, hombre de confianza de Naser.

—Gutier de *Lucus* : noble galaico afincado en Lugo, hombre más allegado a Ranemirus y padre de Gutina.

—Gutina: hija de Gutier de *Lucus* .

H

—Habib ibn Farid: eunuco del *Qasr* de Abd al-Rahmán ibn Al-Hakam, originario de las costas de Ilbira y protector de Zinaida *la Griega* .

—Hamra, *la Roja* : sirvienta pelirroja que capta la atención de Fortún ibn Musa.

—Hanne de *Suessionum* : viejo sacerdote, mentor de Faramund, que compartió sus días de madurez con Arband como emisario del Emperador.

—Harún: criado del *qaíd* Tamán ibn Qaisar.

—Hashim al-Darrab, *el Herrero* : rebelde toledano a cuya cabeza ha puesto precio el Emir de Córdoba. Antes de encabezar la revuelta, era famoso por la calidad de sus trabajos como herrero, siendo uno de los discípulos de Iulius *el Cordobés* .

—Hasna: mujer de Atrius *Dienteslargos* .

—Hayán: fundador de un famoso *manzil* en la *Marca Media* .

—Hermenegildus: padre de Gutier de *Lucus* y de Osorius *el Parricida* , custodió del usurpador de trono Sigericus *el Orgullosos* .

—Hildegarda: hermana de Faramund, esposa del señor de Bordigala.

—Hucus de *Turonorum* : poderoso noble franco, suegro de Lotharius.

—Hruodland: caballero de Carlomagno que dio lugar a la *Chanson de Roland* .

I

- Iaquintus de *Iria* , *Escudo de Hierro* : custodio del príncipe Ranemirus.
- Ibn al-Salim: ver Muhammad ibn al-Salim.
- Ibn Bayyun: explorador emeritense a las órdenes de Yamílah.
- Ibn Bazí, *Manosdeoro* : funcionario al servicio de la Corte cordobesa, famoso por su eficiencia respecto a las finanzas.
- Ibn Muhayr: ver Muhammad ibn Muhayr.
- Ibn Qaisar: ver Muhammad ibn Qaisar.
- Ibn Qulayd: duro gobernador de Mérida impuesto por el Emir de Córdoba.
- Ibn Rustum: ver Muhammad ibn Rustum.
- Ibn Tulay: miembro de la guardia personal de Hashim al-Darrab.
- Ibn Ziyad: juez y jefe de la oración en la Mezquita Mayor de Córdoba.
- Ignatius: miembro de la guardia personal de Hashim al-Darrab.
- Ilthar de *Massalia* : noble franco partidario de Ludovicus y rival de Faramund.
- Isá ibn Shuhayd: eficiente funcionario del *Qasr* del emir Abd al-Rahmán ibn Al-Hakam.
- Isham, *Dos Veces* : parroquiano habitual de la lonja de Iskandar.
- Iskandar al-Qurtubí: propietario de una lonja clandestina en Córdoba que rivaliza con la despensa de Cecilbus *el Viajero* .
- Iulius de *Corduba* , *el Herrero* : afamado herrero cordobés, hacedor de las mejores hojas de su tiempo, que fue muerto por un guardia de Al-Hakam que no deseaba pagar por sus servicios. La muerte de Iulius desencadenó el famoso Motín del Arrabal de *Saqunda* , en la segunda década del s. IX.

J

- Judith: segunda mujer del emperador franco Ludivicus, con quien tuvo al hijo menor de éste, Karolus.
- Julia *la Gorda* : esposa de Simón *el Lonjero* que trabaja en su hostería.

K

—Karolus, *el Gran Karolus* , *el Gran Karl* , *el Grande*, *el Viejo Rey* : Carlomagno.

—Karolus, *el Pequeño* : hijo menor de Ludovicus cuya madre es Judith.

—Kerold: guerrero franco miembro de la *scara* de Faramund. Se trata, junto a Silvanus, de uno de sus hombres más cercanos.

—Khalil, *el Cirujano* : miembro de la Banda de Álvar, antiguo batidor del contingente rebelde de Hashim al-Darrab. Es conocido por sus incipientes habilidades como cirujano.

L

—Lambertus de *Namnetum* : poderoso noble franco partidario de Lotharius.

—Leovigildus «Leo» *Cuatrolabios* : mercenario toledano, posiblemente la mejor espada de la ciudad.

—Livius: guardia del castillejo de Santa Cristina.

—Lotharius, *el Legítimo* , *el Robacoronas* : hijo primogénito de Ludovicus. Fue asociado al trono, pero pretende dominar por sí mismo el Imperio de los Francos apartando a su padre del poder.

—Lubb ibn Musa: primogénito de Musa ibn Musa y hermano de Fortún.

—Ludovicus *el Piadoso* : hijo de Carlomagno, ostenta el título de Emperador de los Francos a pesar de las pretensiones de su hijo Lotharius por hacerse con el trono.

—Lupus hijo de Moisés: ver Lubb ibn Musa.

M

— *Madja* , *la Vieja* : comadrona del Palacio del Emir.

—Mahmud ibn Al-Yabbar, *la Serpiente* : hermano de Yamílah. Gobernador en rebeldía de Mérida junto a Suleymán ibn Martín.

—Marcius: cabecilla de un ejército de cristianos procedente del sur peninsular que ayudó a Sigericus *el Orgullosa* a hacerse con el trono de Asturias durante el reinado de Alfonso *el Segundo* .

—Mariam: hija del rico judío Eliyahu, prometida en secreto con Álvar de Toledo.

—Markus *Mediatripa* : guerrero franco de *Suessionum* , miembro de la *scara* de Faramund.

—Marwán ibn Yunus: antiguo gobernador de Mérida depuesto por Mahmud y Suleymán.

—Masarra *el Bereber* : joven líder de la tribu Banu Di-l-Nun.

—Masmuda: uno de los principales linajes bereberes de la Península, diseminado por la *Marca Inferior* y la *Marca Media*. A él pertenecen, entre otros, Mahmud y Yamílah.

—Masrur: Gran *Fatah* del *Qasr* de Abd al-Rahmán ibn Al-Hakam. Amigo de Naser.

—Matta ibn Yaqub: ladrón de cerdos cordobés.

—Mattfridus de *Aurelianorum*: poderoso noble franco partidario de Lotharius.

—Muhammad ibn Abd al-Rahmán: joven primogénito del Emir.

—Muhammad ibn al-Salim, *Caradebúho*: joven y astuto jefe de la guardia de la ciudad de Córdoba.

—Muhammad ibn Muhayr: mano derecha de Hashim al-Darrab durante la rebelión de Toledo.

—Muhammad ibn Qaisar: llamado *el Traidor* por sus enemigos, es hijo segundo de Qaisar ibn Antún y hermano de Tamán.

—Muhammad ibn Rustum, *el Buitre Negro*: general de los ejércitos emirales y gobernador de la *Marca Media* de Al-Ándalus.

—Mummia: esposa de Qaisar ibn Antún y madre de sus tres hijos: Ataff, Ibn Qaisar y Tamán.

—Muntaha al-Muná, *el Colmo de los Deseos*: hermosa concubina de Al-Jayr, de exóticos cabellos dorados.

—Musa ibn Fortún: padre de Musa ibn Musa, antiguo marido de Onneca.

—Musa ibn Musa: heredero de Musa ibn Fortún y de la dama Onneca, señor de Arnedo y cabecilla de la familia más poderosa de la *Marca Superior*: los Banu Qasi.

—Musa ibn Nusayr, *el Conquistador*: cabecilla del ejército Ummaya que conquistó la Península Ibérica tras la invasión musulmana.

—Mutarrif ibn Musa: hijo mayor de Musa ibn Fortún, hermano de Musa ibn Musa y tío de Fortún, que murió tras una revuelta en Pamplona, siendo él gobernador.

N

—Naser: eunuco converso al islam, *fatah* del Palacio y hombre de confianza del emir Abd al-Rahmán.

—*Naqib* de los lanceros: capitán de la infantería comandada por Tamán ibn Qaisar.

—Nominoé: líder de los salvajes bretones.

O

—Onneca, *la Dama* : poderosa señora, esposa de Enneco Aritz y, tras el fallecimiento de este, se casa con Musa ibn Fortún. Es la matriarca de las dos grandes familias del noreste peninsular: los Aritz y los Banu Qasi.

—Osorius, *el Parricida* : hijo de Hermenegildus, custodio del usurpador Sigericus. Se trata del *armiger* del rey Adefonsus, a quien es leal desde muy temprana edad.

P

—Pacatus, *el Hispano* : copista discípulo del padre Hanne y compañero de Faramund.

—Paschalis, *el Frater* : dudoso religioso, miembro de la Banda de Álvar, entregado a la gula.

—Paula, esposa de Iulius: madre de Álvar *Severus* , que pierde la cordura tras la muerte de su marido Iulius, por lo que ingresa en un monasterio en Toledo para ser atendida.

—Paula, *la de Simón* : una de las dos hermosas hijas de Simón *el Lonjero* . Trabaja en la hostería de su padre.

—Petrus Theo: orgulloso guerrero, señor de Pravia y *Turoqua* , y mano derecha de Álvar *el Viejo* .

—Pipinus, *el Invicto* , *el Breve* : padre de Carlomagno, conocido por su escasa estatura y bravura en combate, que fue ungido por el Papa a cambio de los Estados Pontificios.

Q

—Qaisar Abú al-Ataff, ibn Antún, *el Viudo* : antiguo gobernador de Toledo, muerto por Hashim al-Darrab y padre de Tamán.

—Qalam al-Rumiyya: voluptuosa concubina del emir Abd al-Rahmán ibn Al-Hakam, de origen vascón.

—Qasi: noble visigodo, de nombre Casius, que se convirtió al islam tras la conquista musulmana para conservar sus territorios. Entabló amistad con Musa ibn Nusayr y viajó con él hasta Damasco, donde juró lealtad al Califa Walid. Es el fundador de una de las dinastías más poderosas del norte peninsular.

—Qumis ibn Antuniyan: eficaz exactor del *Qasr* , de origen cristiano.

R

—Ranemirus «Ranmir» *el Implacable* : gobernador de *Gallaecia* , guardián de las fronteras occidentales.

—*Riham* : dama del *Qasr* de los Banu Qasi, del séquito de Onneca.

—Rodericus, *el Maldito* : infame rey visigodo que perdió su corona tras ser derrotado por los

musulmanes a principios del s. VIII. Tras su caída, se produjo la invasión musulmana de la Península Ibérica.

—Rodwulf: guerrero franco del norte, miembro de la *scara* de Faramund.

—Rufus: uno de los nombres que utiliza un extraño individuo con un ojo blanquecino.

S

—Samir de *Márida*, *el Médico* : anciano sabio emeritense versado en cuidados médicos, sirviente de Mahmud y Yamílah.

—Sancius *el Lobo* : señor de *Gasconia*, territorio en frecuente rebelión.

—Sayyida: preciosa hija de Al-Walid, sobrina del emir Abd al-Rahmán ibn Al-Hakam.

—Severus: ver *Álvar de Toletum*.

—Sigericus, *el Orguloso*, *el Usurpador* : noble astur que se hizo con el trono tras desplazar al rey Adefonsus y encerrarlo en el monasterio de Ablaña.

—Sihama: sirvienta de confianza de Tarub.

—Silvanus: explorador franco miembro de la *scara* de Faramund. Se trata, junto a Kerold, de uno de sus hombres más cercanos.

—Simón, *el Lonjero* : dueño de una taberna en los barrios extramuros de Toledo.

—Stephanus, *el Frater* : misterioso monje encargado de cuidar de Faramund durante su cautiverio en Marsella.

—Suleymán ibn Martín: co-gobernador de Mérida junto a Mahmud ibn Abd al-Yabbar.

—Sunier: guardia del castillejo de Santa Cristina.

T

—Tamán ibn Qaisar: personaje principal.

—Tarik ibn Ziyad: guerrero musulmán que venció a los visigodos a principios del s. VIII.

—Tarub, *el Hechizo* : personaje principal.

—Tessa: prometida de Faramund, hija del sajón Athalberg de *Brema*.

—Theuda: noble que participó en el rescate de Adefonsus *el Segundo*, junto a Hanne, Arband y otros fieles, cuando el Rey fue confinado en el monasterio de Ablaña por su rival Sigericus *el Usurpador*.

U

—Ubeyd Allah al-Balansí, *la Bestia* : poderoso señor del levante peninsular. Es conocido por su insuperable habilidad con las armas y su excelente capacidad para liderar tropas.

—Unruoch de *Friuli, el Cazador del Este* : poderoso noble franco que fue emisario de Carlomagno y destacó en la campaña contra los ávaros, saqueando su famoso tesoro. Portó el Dragón Negro en sus días de juventud.

V

—Vera, *la de Simón* : una de las dos hermosas hijas de Simón *el Lonjero* . Trabaja en la hostería de su padre.

—Vermudus, *el Diácono* : padre de Ranemirus y rey de Asturias antes de Adefonsus *el Segundo* .

— *Verres* : robusto miembro de los Capas Grises.

W

—Wistremirus: obispo de Toledo durante los hechos que se narran en esta novela.

—Wittingur, *el Saqueador* : hombre del norte que comanda una flota de barcos que asolan las costas de Europa.

Y

—Yabir ibn Malik: general cordobés, pacificador de las Tierras de Tudmir.

—Yahya ibn Yahya: viejo *faqí* de la escuela malikí, emparentado con la familia Masmuda, que desempeña funciones de juez en Córdoba.

—Yajdiel, *el Judío* : comerciante con gran influencia en Mérida.

—Yamílah ibna Abd al-Yabbar: personaje principal.

Z

—Zahir de *Tulaytula* : noble toledano que cayó en la Jornada del Foso, de la familia Banu Qasi.

—Zinaida, *la Griega* : delicada concubina del emir Abd al-Rahmán ibn Al-Hakam, de origen bizantino.

—Ziryab, *el Mirlo* : sabio, músico y poeta procedente de Oriente, que posee gran influencia y determina las costumbres en Córdoba.

GLOSARIO

A

Aauar «Tuerto».

Abaddon Nombre hebreo mencionado en el Apocalipsis, que apela al Ángel de la Muerte y la Destrucción.

Ablania Probablemente actual Ablaña, en Asturias.

Abú al-Qurq Actual Alburquerque, municipio de Badajoz (Extremadura).

Adopcionismo Doctrina cristiana herética que defendía que Cristo, en cuanto hombre, era hijo de Dios no por naturaleza, sino por adopción del Padre. Por tanto, era más compatible con los postulados islámicos. Durante el s. VIII, sus máximos representantes fueron el obispo Elipando de Toledo y Félix de Urgel, quienes padecieron las críticas de Beato de Liébana, Eterio de Osma y los reyes astures, así como de los francos, evitándose así su expansión.

Al-Alanh Actual Alange (Extremadura).

Al-Barraqa Actual río Albarregas, que atraviesa Mérida (Extremadura).

Al-Husayn «El castillejo». Actual Aljucén (Extremadura).

Al-Qalat «La fortaleza», actual Alcalá de Henares (Madrid).

Al-Qanatir Actual Garrovillas de Alconétar, en Cáceres (Extremadura).

Al-Ushbuna Actual Lisboa, en Portugal.

Alaba Actual Álava (País Vasco).

Alfa Primera letra del alfabeto griego. Unida a *omega*, ambas simbolizan el principio y el fin.

Almófar Parte de la cota de malla, en forma de velo, que cubre el rostro. Se engancha al capacete.

Al-Sham Actual Damasco (Siria).

Amir General al mando de hasta 5000 hombres en la organización militar cordobesa.

Ammán Perdón oficial del Emir a cambio de sumisión.

Angelus «Ángel».

Aquae Dirrama Actual Guadarrama (Madrid).

Aquis Granum Capital del imperio carolingio, actual Aquisgrán (Aachen), en el oeste de

Alemania.

Aquitania Zona suroeste y parte del centro de Francia.

Arenetum Actual Arnedo (La Rioja).

Argentoialum Actual Argenteuil. Asentamiento y monasterio al noroeste de París, en Francia.

Armentia Asentamiento al suroeste de Vitoria (País Vasco).

Armiger Guerrero de élite, portador de las armas de un gran señor y custodio del mismo.

Arnit Actual Arnedo (La Rioja). Su gentilicio es «arnitiano/a».

Arwam Plural de «rumí». Desde la perspectiva andalusí, referido a todo lo culturalmente romano o cristiano.

Aula regis «Sala del Rey». Lugar donde los fieles y leales del reino, se reunían con el monarca para aconsejar a aquel. Por extensión, también puede hacer alusión al grupo de notables que daba consejo al rey.

Aurelianorum Actual Orleans, en Francia.

Aurensis Actual Orense (Galicia).

Aynad Plural de *yund* . Ejércitos emirales de origen sirio.

B

Bagauda «Bandido».

Balansiyya Actual Valencia (Comunidad Valenciana).

Banbaluna Actual Pamplona (Navarra).

Banu Plural de *ibn* («hijos de»), cuyo significado agrupa a familias con un antepasado común.

Basmala Fórmula ritual islámica que suele traducirse «En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso», con la que suelen iniciarse las suras del Corán. Puede portarse en forma de amuleto.

Batavodurum Ciudad carolingia, actual Nimega, en los Países Bajos.

Bergidum Actual comarca de El Bierzo (León).

Bordigala Actual Burdeos (Francia).

Bracara Augusta Actual Braga, en Portugal. También llamada *Bracara* .

Brema Actual Bremen, en Alemania.

Brittania Actual Bretaña, en Francia.

Brunia Armadura franca hecha de escamas metálicas que era muy eficaz contra las flechas, lo que elevaba su coste muy por encima de las cotas de malla.

C

Castellum Diminutivo de castro, solía designarse así a una fortificación con torres de vigilancia.

Cesaraugusta Actual Zaragoza (Aragón).

Chizya Impuesto que pagaban los cristianos y judíos sometidos al islam para poder practicar su religión y recibir la protección de sus señores musulmanes.

Columbarium Fiscum Actual Colmar, en Francia.

Comes «Conde».

Commentarium in Apocalypsin «Comentario al Apocalipsis». Obra de Beato de Liébana, del s. VIII, que pretende instruir a los monjes en su edificación espiritual y preparar a los creyentes para el Juicio Final.

Complutum Vieja ciudad romana, actual Alcalá de Henares (Madrid).

Corduba Actual Córdoba (Andalucía).

Corona de Hierro Símbolo de poder de los reyes francos.

D

Dakhil «Emigrante».

Darrab «Herrero».

Dertona Actual Tortona, en Italia.

Dhu'l-faqar Espada que, según la tradición, Mahoma entregó a su yerno Alí, mientras lo catalogaba como el mejor guerrero de su tiempo.

Dirham Moneda de plata.

Domina «Señora». El masculino es *dominus* .

Dragón de Zobeida Collar de perlas y joyas, que fue propiedad de la mujer del Califa Harún al-Rashid.

Dragón Negro Estandarte con una sierpe alada que Carlomagno arrebató a tribus paganas y que utilizó como símbolo de dominación sobre la bestia y las creencias que simbolizaba. Cuando se utiliza en cursiva, se refiere a la persona que lo porta.

Dux «Líder». Cargo bajoimperial que heredaron algunos pueblos germánicos para designar a cabecillas cívico-militares.

E

Emerita Augusta Actual Mérida (Extremadura).

Eneida Obra literaria latina, escrita por Virgilio, que se utilizaba como base de aprendizaje durante el *trivium* .

Eoferwic Actual York, en Inglaterra.

Era También llamada Era Hispánica, es un cómputo de los años que se inicia en el 38 a.C., cuando Hispania se convierte en provincia tributaria de Roma. Este sistema cronológico será utilizado en la Península hasta el s. XV.

F

Faqí Sabio y experto en la exégesis islámica.

Fatah Esclavo o liberto, normalmente eunuco, con funciones domésticas en el Palacio del Emir. Un *Fatah al-Kabir* o Gran *Fatah* , ejercía el cargo de gran oficial en diversas áreas administrativas, acumulando gran poder y responsabilidad. El plural es *fityan* .

Fideles Grupo de nobles que juran fidelidad a un gran señor.

Frankia Territorio dominado por los francos, que se correspondería, entre otros países, con la actual Francia, Alemania, Países Bajos y norte de Italia.

Frater «Hermano» (normalmente, con connotaciones religiosas).

Friuli Región histórica del noreste italiano (*Forum Iulii*).

G

Gallaecia Entre los cristianos del s. IX, se solía asociar este término con el noroeste peninsular.

Gasconia Región del suroeste francés, en frecuente rebeldía.

Gothia Región del sureste francés. También conocida como *Septimania* .

H

Hamed «Alabador».

Hammam Baño árabe.

Hayib Mayordomo del Palacio del Emir, equivalente al conde palatino cristiano.

Helmantica Actual Salamanca (Castilla y León).

Henna Tinte natural de color rojo para cabello, barba e incluso piel.

Hisn Pequeña fortificación o torreón.

Hispania En el s. IX, denominación de Al-Ándalus por los cristianos del norte de la Península Ibérica y los francos. La propia concepción de los astures y galaicos como *romani* se diferencia de la visión de sus enemigos como *hispani* . Además, a partir del visigotismo de Alfonso II, se considera un territorio a recuperar por derecho.

Hortus Huerto cercado, normalmente en los monasterios. Lotharius utiliza la palabra con doble sentido, para referirse al confinamiento perenne de su tío, *el Jorobado de Prum* , en época de Carlomagno, cuando alude al destino de su medio hermano Karolus.

I

Iaca Actual Jaca (Huesca). Aceptión latina.

Iaqa Ver *Iaca* . Aceptión árabe.

Iblis El Demonio en la religión islámica.

Ibn «Hijo de». El femenino es «*Ibna* », y el plural «*Banu* ».

Ibira Ciudad fortificada de origen antiguo. En la actualidad, sus restos se encuentran entre Atarfe y Pinos Puente (Granada).

Ilias Versión corta y hexamétrica de la *Iliada* que fue muy popular durante la Edad Media.

Imperium Francorum «Imperio de los francos».

Irmisul Pilar de madera sagrado del pueblo sajón, relacionado con el árbol mitológico Yggdrasil.

Iria Flavia Ciudad galaica entre *Bracara* y *Asturica* . Actualmente enclave cercano a Padrón (Galicia).

Ismaelita Denominación bíblica de los pueblos orientales desde la perspectiva cristiana. Referido comúnmente a los musulmanes.

K

Katam Tinte natural de color oscuro para cabello, barba e incluso piel.

Kunya Elemento onomástico árabe que resalta la paternidad (Abú) o maternidad (Umm). A menudo suele reemplazar o complementar el propio nombre, pues confiere al portador un mayor respeto.

L

Langobardia Actual Lombardía, región del norte de Italia, cuyo emplazamiento más importante es Milán.

Lapurdum Actual Bayona, en Francia.

Laussanus Actual Lausana, en Suiza.

Legio Actual León (Castilla y León).

Limes «Frontera, límite».

Lucus Augusti Actual Lugo (Galicia). También llamada *Lucus* a secas.

Luginfeld «Campo de la Mentira». Denominación de *Rothfeld* (cerca de Colmar, Francia) tras el abandono de Ludovicus por sus hombres ante el temor de que el papa Gregorius IV los excomulgara.

M

Madinat Núcleo fortificado de una ciudad, tras cuyos muros se extienden los arrabales.

Maitines Oficio religioso entre la medianoche y el amanecer.

Magi «Paganos». Adoradores del fuego que vivían en el norte peninsular.

Makkah Ciudad santa del islam. Actual La Meca, en Arabia Saudí.

Malak al-Mawt El ángel de la muerte en el islam, que separa el alma del cuerpo.

Mandat opus Locución latina equivalente a «las circunstancias mandan».

Manzil Hostería para viajeros.

Mao Río lucense de la cuenca del Miño, cercano al castro de Santa Cristina.

Marca Inferior Región fortificada de Al-Ándalus, situada en el sur peninsular, con capitalidad en *Márida*. Las otras dos marcas fueron la *Superior* (*Saraqusta*) y la *Media* (*Tulaytula*).

Marca Media Región fortificada de Al-Ándalus, situada en el centro peninsular, con capitalidad en *Tulaytula*. Las otras dos marcas fueron la *Superior* (*Saraqusta*) y la *Inferior* (*Márida*).

Marca Superior Región fortificada de Al-Ándalus, situada en el noreste peninsular, con capitalidad en *Saraqusta* . Las otras dos marcas fueron la *Media* (*Tulaytula*) y la *Inferior* (*Mári*).

Masgid «Mezquita».

Márida Actual Mérida (Extremadura).

Massalia Actual Marsella, en Francia.

Metis Actual Metz, en Francia.

Mihrab Nicho en las mezquitas, sito en el muro de *Qibla* , donde se suele guardar el Corán. En teoría se orienta hacia La Meca, pero en gran parte de las mezquitas hispanas está orientado hacia el sur.

Missi Dominici Plural de *missus dominicus* . «Emisarios del señor».

Missus Dominicus «Emisario del señor». Cargo político-jurídico de raíces merovingias. Se trataba de un juez itinerante utilizado por Carlomagno para recordar a sus condes las leyes y voluntades del emperador por todos sus dominios. Normalmente los *missi* viajaban en pareja, formada por un señor laico y un señor eclesiástico.

Mont Cenis Monte Cenis, en los Alpes franceses.

Mont Salut Sierra de Monsalud, en Extremadura.

Montaraz Vascón, habitante de las montañas. Desde la perspectiva civilizada, puede utilizarse de forma peyorativa.

Monte de Tarik Actual Gibraltar.

Muftí Intérprete de la ley islámica.

Muhtasab Inspector público de pesas y medidas en un mercado o zoco.

Munyat «Hacienda», finca de descanso con jardines y huertas.

Mursiyya Actual Murcia.

N

Narh al-Qántara «Río del Puente», emplazamiento en Alconétar (Extremadura).

Nahr Ana Río Guadiana.

Narh Qúrtuba Río Guadalquivir.

Nahr Tulaytula Río Tajo.

Namnetum Actual Nantes, en Francia.

Nemausus Actual Nimes, en Francia.

Naqib Capitán al mando de hasta 200 hombres.

Nobile «Noble». Persona de gran poder y riqueza.

Noche Sangrienta Alusión a la Jornada del Foso, una conjura urdida por Amrús de Zaragoza, a finales del s. VIII, en la que gran parte de la nobleza toledana fue masacrada como ganado.

Nordmanni Hombres del norte (comúnmente conocidos como «vikings»).

O

Omega Última letra del alfabeto griego. Unida a *alfa* , ambas simbolizan el principio y el fin.

Ovetdao Actual Oviedo (Asturias). Se trata de una acepción local.

Ovetum Actual Oviedo (Asturias). Denominación latina.

P

País de los Francos Nombre dado por los hispanomusulmanes a todo el norte peninsular bajo dominio cristiano y al territorio dominado por los carolingios más allá de los Pirineos.

Palacio Centro político-administrativo fortificado y con baños privados, donde residía el Emir/Rey/Emperador y su familia.

Pampilona Actual Pamplona.

Pater «Padre» (normalmente, con connotaciones religiosas).

Paterfamilias Jefe o cabeza de la familia.

Pelida «Hijo de Peleo». Apelativo relacionado con el héroe griego Aquiles.

Perthus Actual Le Perthús, paso de montaña en los Pirineos Orientales franceses.

Pictavium Actual Poitiers, en Francia.

Piedras Antiguas Acepción local para denominar ciertos monumentos megalíticos.

Pinna Mellaria «Peña de la Miel» . Emplazamiento en la actual Sierra de los Santos (Córdoba), donde se situaba un incipiente monasterio y, a su vez, existía una antigua tradición apícola.

Pirineo En el s. IX se denominaba así al conjunto de sistemas montañosos del norte de la Península Ibérica, desde los actuales Pirineos hasta la Cordillera Cantábrica.

Portus Cale Actual Oporto, en Portugal.

Potente «Noble». Persona de gran poder y riqueza.

Princeps «Príncipe». Título que en el s. IX convive con el de *rex* (rey) para designar al dominador de una tierra.

Prum Actual Prüm, en Alemania.

Pueblo Maldito Se denomina así a los visigodos debido a una vieja leyenda.

Q

Qadí «Juez». El juez supremo es llamado Gran *Qadí* .

Qaid Comandante, que tiene a su cargo hasta 1000 hombres.

Qalat «Fortificación».

Qalat-Darwaqa Actual Daroca (Zaragoza).

Qalat-Rabah Actual Calatrava (Ciudad Real).

Qartayanna Actual Cartagena (Murcia).

Qasr Ver *Palacio* .

Qasras Actual Cáceres (Extremadura). También llamada *Hisn Qasras* .

Qurán «Corán».

Quriya Actual Coria (Extremadura).

Qúrtuba Actual Córdoba (Andalucía).

R

Rakaballah Plural de *Rakiballah* , «Jinetes de Dios».

Rakiballah «Jinete de Dios». Miembro del grupo de caballería de Tamán ibn Qaisar.

Raqaubal Antigua Recópolis, ciudad erigida en el s. VI, en honor al príncipe visigodo Recaredus, actualmente yacimiento arqueológico en Guadalajara (Castilla-La Mancha).

Rayya Región administrativa de Al-Ándalus, correspondiente con el actual sur de Málaga.

Remorum Actual Reims, en Francia.

Renzeval Actual desfiladero de Roncesvalles, cerca de Valcarlos (Navarra).

Rex «Rey».

Rex Asturorum Título de «rey de los astures».

Rothfeld «Campo Rojo», lugar cercano a Colmar, en Francia.

Rumí «Romano», referido a todo lo culturalmente romano o cristiano, desde la perspectiva andalusí.

Rumiyya «Romana», femenino de *Rumí* .

S

Sahib al-Shurta Jefe de la guardia de la ciudad.

Samanos Actual monasterio de Samos, en Lugo (Galicia).

Sanctus Dionisius Actual Saint Denis, en Francia.

Sanctus Medardus Abadía de San Medardo en Soissons (Francia).

Sant Qurush Actual Santa Cruz (Extremadura).

Santa Cristina Castillejo en un enclave crucial situado al sur de *Lucus Augusti* . Es propiedad de Álvar el Viejo .

Santabariyya Región de la *Marca Media* , que llega al valle del Tajo y es radial respecto a la actual Cuenca.

Saqunda Arrabal cordobés arrasado por Al-Hakam tras la rebelión de sus habitantes.

Saraqusta Actual Zaragoza (Aragón).

Sarria Comarca condal galaica del s. IX, que se correspondería con las tierras circundantes de la actual población homónima.

Sayyid «Señor».

Scara «Tropa». Grupo de caballeros francos organizados como unidad táctica. En época carolingia podían tener varios cientos de hombres, aunque estas cantidades descienden durante el s. IX.

Scarae Plural de *scara* .

Scola Término que designa a la guardia de élite montada del emperador franco, que se distingue

del resto por el uso de una capa característica. Se fundó en época de Pipino el Breve, padre de Carlomagno (s. VIII).

Scolari Miembros de la *Scola* .

Scramasax Arma de hoja corta (hasta 80 cm) artesanal utilizada por los francos.

Scriptor «Escribano».

Scriptorium «Lugar para escribir», compuesto normalmente de mesa con atril, útiles de escritura y elementos de iluminación.

Segobriga Actual Segovia (Castilla y León).

Segontia Actual Sigüenza (Guadalajara).

Septimania También llamada *Gothia* . Actual Languedoc, en Francia.

Smen Receta árabe. Mantequilla amarga hecha con leche de cordero.

Suessionum Actual Soissons, en Francia.

Sura al-Falaq Oración islámica, denominada «del amanecer», para buscar refugio en Dios desde la incertidumbre.

Sura al-Naas Oración islámica para protegerse del Demonio.

T

Tagus Río Tajo.

Talarias Sandalias aladas del dios Mercurio.

Targa Escudo redondo.

Tarub «Hechizo».

Tesoro de los Ávaros Gran tesoro saqueado por los francos en las campañas de Carlomagno.

Ticinum Actual Pavía, en Lombardía (Italia).

Tierra de los Muertos Denominación de Hispania por los antiguos monjes irlandeses.

Tierras de Theodemirus Ver *Tudmir* .

Tierras de Tudmir Ver *Tudmir* .

Toletum Actual Toledo (Castilla-La Mancha).

Tolosa Actual Toulouse, en Francia.

Torgiello Actual Trujillo (Extremadura).

Trivium Estudio de las tres artes básicas: gramática, dialéctica y retórica. Los textos que se utilizaban para aprender eran de tipo histórico, religioso, filosófico, etc. Se trataba de estudios primarios a los que seguía el Quadrivium (aritmética, geometría, astronomía y música).

Tudmir Región asociada a la actual Murcia. Su nombre procede de un noble visigodo que pactó su independencia política con los musulmanes en el s. VIII.

Tulaytula Actual Toledo (Castilla-La Mancha).

Turab «Inmundicia».

Turmae «Escuadrones de caballería», propios de las legiones romanas y, por extensión en esta época, de ejércitos numerosos y bien organizados.

Turonorum Actual Tours, en Francia.

Turoqua Actual Pontevedra (Galicia).

Tutela Actual Tudela (Navarra). Palabra en latín.

Tutila Actual Tudela (Navarra). Hemos utilizado el gentilicio «tudelano» para facilitar la lectura. Palabra en árabe.

U

Ud «Laúd», instrumento de cuerda de origen oriental.

V

Villa «Aldea».

Villae Plural de *villa* .

Virovesca Actual Briviesca (Burgos).

W

Walí «Gobernador».

Y

Yábura Actual Évora, en Portugal.

Yahud «Judío».

Yaliqiyya Desde la perspectiva andalusí, denominación del norte peninsular. Especialmente Galicia, Asturias y Cantabria.

Yamílah «Hermosa».

Yfranyya Desde la perspectiva andalusí, territorio dominado por los francos.

Yfriqiyya Norte de África.

Yibril «Gabriel».

Yund Ejército emiral de origen sirio. Su plural es *aynad* .

Yundí Soldado perteneciente a un *yund* . Su plural es *yunud* .

Yunud Plural de *yundí* . Soldados pertenecientes a un *yund* .

LINAJES Y RELACIONES

LOS BANU Umayya

—Abd al Rahmán *el Primero* , único superviviente de la matanza de Damasco (*Al-Sham*) y pacificador de Al-Ándalus a mediados del s. VIII (756-788 d.C.). Primer Emir independiente de Oriente.

—Su descendiente, Al-Hakam *el Primero* (796-822 d.C.).

—Abd al-Rahmán ibn Al-Hakam, *el Segundo* , Emir actual (822—).

—Sus mujeres y concubinas:

—Al-Shifá, esposa y amada del Emir, madre adoptiva de Muhammad.

—Las tres medinasas.

—Fajer, la piadosa.

—Qalam al-Rumiyya, cautiva del norte peninsular.

—Zinaida *la Griega* .

—Su primogénito:

—Muhammad ibn Abd al-Rahmán.

—Sus hermanos más allegados:

- Al-Walid *el Ceñudo*.
- Al-Jayr *el Sonriente*.
- Sus funcionarios y sirvientes más cercanos:
- Ziryab *el Mirlo*, poeta, músico y sabio consejero.
- Gran *Qadi*, juez supremo de Córdoba (*Qúrtuba*).
- Isá ibn Shuhayd, mayordomo del Palacio.
- Qumis ibn Antuniyyan, exactor del Palacio.
- Ibn al-Salim, jefe de la guardia de la ciudad.
- Yahya ibn Yahya, riguroso alfaquí del Palacio.
- El eunuco Naser, *fatah* y jefe de la guardia eslava.
- El eunuco Masrur, *fatah* y maestro de secretos.
- El eunuco Habib ibn Farid, encargado del harem.
- Al-Gazal, locuaz poeta y músico del Palacio.

LOS REYES ASTURES

- Pelagius, quien venció a los sarracenos en Covadonga (*Cova Dominica*) y dominó sobre los astures (718-737 d.C.).
- Adefonsus *el Primero*, yerno de Pelagius, cuya crueldad creó un desierto de cenizas en el Duero (*Durius*), para protegerse de sus enemigos (739-757 d.C.).
- Froila, hijo de Adefonsus *el Primero* y padre de Adefonsus *el Segundo* (757-768 d.C.).
- Bermudus *el Primero*, hermano de Froila y padre de Ranemirus, (789-791 d.C.).
- Adefonsus *el Segundo*, hijo de Froila, rey actual (791—).
- Su conde palatino y cuñado:
- Nepotianus.
- Su *armiger*:
- Osorius *el Parricida*.
- El capitán de su vanguardia:

- Arband de Soissons (*Suessionum*).
- Su confesor:
- Eligius.
- Los guardianes de sus fronteras:
- Ranemirus *el Implacable* , señor de Galicia (*Gallaecia*).
- Iaquintus de *Iria Flavia* , *armiger* de Ranemirus.
- Álvar el Viejo, señor de Santa Cristina y Braga (*Bracara*).
- Petrus Theo de Pravia, señor de Pontevedra (*Turoqua*).
- Gatón del Bierzo (*Bergidum*), joven líder de los Capas Grises.

EL LINAJE DEL GRAN KAROLUS

- Karolus Martellus, vencedor de los sarracenos en Poitiers (*Pictavium*) (732 d.C.).
- Pipinus *el Breve* , hijo de Martellus, primer rey carolingio (751-768 d.C.).
- Gran Karolus (Carlomagno), hijo de Pipinus, ungido emperador por el Papa (768-814 d.C.).
- Ludovicus, hijo del Gran Karolus, actual emperador (814—).
- Su nueva esposa:
- Judith, mucho más joven que su marido.
- Sus hijos:
- Lotharius el primogénito, quien aspira al trono.
- Sus partidarios más allegados:
- Arband de Soissons (*Suessionum*), emisario del Imperio.
- Faramund de Soissons (*Suessionum*), cabecilla de *scara* .
- Hucus de Tours (*Turonorum*), suegro de Lotharius.
- Mattfridus de Orleans (*Aurelianorum*).
- Lambertus de Nantes (*Namnetum*).
- Ebbon, obispo de Reims (*Remorum*).

- Pipinus, partidario de su hermano Lotharius.
- Ludovicus, partidario de su hermano Lotharius.
- El pequeño Karolus, cuya madre es Judith.
- Sus partidarios y aliados:
- Ilthar de Marsella (*Massalia*).
- Nominoé de Bretaña (*Brittania*).
- Drogo, hijo del Gran Karolus, obispo de Metz (*Metis*).

LOS BANU QASI

- Casius (Qasi), noble cristiano convertido al islam, amigo de Musa *el Conquistador* . Fundador del linaje de los Banu Qasi, muere en 715 d.C., tras regresar de un viaje a Oriente.
- Fortún ibn Qasi, heredero de la casa. Su hermano, Zahyr ibn Qasi, murió en la Jornada del Foso (808 d.C.) de Toledo (*Tulaytula*).
- Musa ibn Fortún, casado con la dama viuda Onneca. Muere en 802 d.C.
- Sus hijos:
- Mutarrif ibn Musa, muerto en Pamplona (*Banbaluna*) en 790 d.C., a mano de la familia Banu Balask.
- Musa ibn Musa, señor actual de los Banu Qasi (800—).
- Sus hijos con su primera mujer:
- Lubb ibn Musa.
- Mutarrif ibn Musa.
- Ismail ibn Musa.
- Fortún ibn Musa.
- Auriyya ibn Musa.
- Sus hijos con su mujer actual, Asona, hija de Enneco Enneconis, su sobrina.
- Amrusiyya ibn Musa, niña casada con Antún *el Muerto* .
- Sus parientes:

—Enneco Enneconis de los Arista (Aritz), medio hermano, hijo de la dama Onneca y su primer marido, Enneco Aritz (Arista). Actualmente señor de Pamplona (*Banbaluna*).

—Garsiyya hijo de Enneco, sobrino de Musa y primo de Fortún, educado en Córdoba (*Qúrtuba*).

—Antún el Muerto, yerno de Musa ibn Musa, traficante de vinos y miembro del Consejo Secreto de Toledo (*Tulaytula*).

TAMÁN

—Su familia:

—Su padre, Qaisar ibn Antún, *el Viudo* , antiguo gobernador de Toledo (*Tulaytula*) victimado por Hashim al-Darrab durante su rebelión.

—Su madre, Mummia, fallecida.

—Su hermano Ataff, fallecido.

—Su hermano Ibn Qaisar, miembro del Consejo Secreto de Toledo (*Tulaytula*).

—Sus mentores:

—Ubeyd Allah al-Balansí, *la Bestia* , señor de Valencia (*Balansiyya*).

—Ibn Rustum, *el Buitre Negro* , señor de la *Marca Media* .

—Sus allegados:

—Harún, su mozo.

—El *naqib* de los lanceros, capitán de su infantería.

—Su enemigo:

—Álvar de Toledo (*Tulaytula*), ahijado del victimador de su padre Hashim al-Darrab.

CLAUDIA/TARUB

—Su familia:

—Su padre, Cirilus hijo de Gallus.

—Su madre.

—Su hermano, Belisarius.

—Su mentor:

—Ziryab *el Mirlo* .

FARAMUND

—Su familia:

—Su padre, Arband de Soissons (*Suessionum*), emisario del Imperio.

—Su madre.

—Su hermana, Hildegarda.

—Su cuñado, señor de Burdeos (*Bordigala*).

—Su prometida, Tessa, hija de Athalberg, señor de Bremen (*Brema*).

—Sus mentores:

—Padre Hanne, antiguo abad de San Medardo (*Sanctus Medardus*).

—Su pupilo, Pacatus *el Hispano* , copista.

—Arlik *Puñorroto* , maestro de armas del señor de Bremen (*Brema*), caído en combate.

—Sus hermanos de armas:

—Kerold.

—Silvanus, batidor de la *scara* .

—Clovis *el Lanzador de Hachas* .

—Markus.

—Aberfal *el Isleño* .

—Sus enemigos:

—Ilthar de Marsella (*Massalia*).

—Wittingur *el Saqueador* .

FORTÚN

—Su familia:

—Su abuela, la dama Onneca, viuda de Enneco Aritz y de Musa ibn Fortún.

—Su padre, Musa ibn Musa.

- Su madre, fallecida, y su madrastra Asona (prima).
- Su hermano mayor, Lubb ibn Musa.
- El resto de sus hermanos (ver Linaje Banu Qasi).
- Su cuñado, Antún *el Muerto* , miembro del Consejo Secreto de Toledo (*Tulaytula*).
- Su tío, Enneco, señor de Pamplona (*Banbaluna*).
- Su primo, Garsiyya, pupilo del emir Abd al-Rahmán.
- Sus hombres de confianza:
 - Athim, guardaespaldas.
 - Latif, sicario.
 - Hakim, escriba y erudito.
- Algunos de sus contactos:
 - Iskandar de Córdoba (*Qúrtuba*), propietario de una lonja de vinos clandestina.
 - Habib ibn Farid, eunuco del Palacio de Córdoba (*Qúrtuba*).
 - Gunthericus *el Sopas* , informante cordobés.
 - Ishan *Dos Veces* , informante cordobés.
 - Ayyub *el Canas* , informante toledano.
 - El emir Abd al-Rahmán *el Segundo* , su amigo a pesar de todo.
- Sus enemigos:
 - Familia Balask en Pamplona (*Banbaluna*).
 - Childericus, miembro del Consejo Secreto de Toledo (*Tulaytula*).

ÁLVAR

- Su familia:
 - Su padre, Iulius de Córdoba (*Corduba*), herrero de prestigio.
 - Su madre, Paula, ingresada en un monasterio toledano.
 - Su padre adoptivo y primo hermano, Hashim al-Darrab.

- Su prometida, Mariam, hija de Eliyahu *el Comerciante* , miembro del Consejo Secreto.
- Sus mentores:
 - Hashim al-Darrab, *el Herrero* , quien lo llama «Severus».
 - Cletus, miembro del Consejo Secreto de Toledo (*Toletum*).
- Sus compañeros más allegados entre su grupo de bandidos:
 - Khalil *el Cirujano* .
 - Atrius *Dienteslargos* .
 - Bassem *el Risas* .
 - Eudaldus *el Tuerto* .
 - Paschalis *el Frater* .
- Sus enemigos:
 - Ibn Muhayr, antiguo miembro de los rebeldes toledanos.
 - Ibn Rustum, *el Buitre Negro* , general cordobés, señor de la Marca Media.
 - Eliyahu de Toledo (*Toletum*), padre de Mariam que se opone a la relación.

YAMÍLAH

- Su familia:
 - Su padre, Abd al-Yabbar *el Victorioso* , del linaje bereber de los Masmuda. Fallecido.
 - Su madre, fallecida.
 - Su hermano, Mahmud, gobernador de Mérida (*Márida*) junto a Suleymán ibn Martín.
 - Su marido, Suleymán ibn Martín, gobernador de Mérida (*Márida*) junto a Mahmud.
- Sus aliados:
 - Cornelius *el Romano* .
 - Yajdiel *el Judío* .
 - Su primo Asbag de Cáceres (*Qasras*).
 - Su pariente *Cuatroojos* de los Masmuda, señor de Santa Cruz (*Sant Qurush*).

- Su grupo de allegados:
 - Amín, su segundo al mando de los exploradores emeritenses.
 - Samir, médico de la familia Masmuda.
 - Ariulfus, obispo de Mérida (*Márida*).
 - Ibn Bayyun, explorador de los jinetes de Mérida (*Márida*).
 - El niño Abd al-Rahmán, nieto de Marwan ibn Yunus.
- Sus enemigos:
 - Marwan ibn Yunus, antiguo gobernador de Mérida (*Márida*).
 - Abd al Rahmán ibn Al-Hakam, Emir de Córdoba (*Qúrtuba*).

Table of Contents

[MAPAS](#)

[ÍNDICE](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[NOTAS PRELIMINARES](#)

[EL MARCO HISTÓRICO](#)

[PRÓLOGO: EL OCULTO QUE TODO LO VE](#)

[CAPÍTULO 1 EL ECO DE UNA VENGANZA](#)

[CAPÍTULO 2 LOS CIELOS ABIERTOS](#)

[CAPÍTULO 3 EL PÉTALO DE SEDA](#)

[CAPÍTULO 4 PROMESAS INCUMPLIDAS](#)

[CAPÍTULO 5 EL EXTRAÑO PENITENTE](#)

[CAPÍTULO 6 UNA LEJANA ESPERANZA](#)

[CAPÍTULO 7 SUEÑOS Y TENTACIONES](#)

[CAPÍTULO 8 LA BESTIA BAJO EL MAR](#)

[CAPÍTULO 9 EL MALEFICIO DE CRISTAL](#)

[CAPÍTULO 10 VINO ESCARLATA, VINO DORADO](#)

[CAPÍTULO 11 EL RAPTO DE HELENA](#)

[CAPÍTULO 12 SOMBRAS EN LA NOCHE](#)

[CAPÍTULO 13 LAS GARRAS DEL DESTINO](#)

[CAPÍTULO 14 LOS JINETES DE DIOS](#)

[CAPÍTULO 15 LA PIEL DE SAN TIRSO](#)

[CAPÍTULO 16 LA ROSA Y LAS ESPINAS](#)

[CAPÍTULO 17 TERRA TREMUIT](#)

[CAPÍTULO 18 EL DRAGÓN NEGRO](#)

[GALERÍA DE IMÁGENES](#)

[CAPÍTULO 19 ALMAS EN EL ESPEJO](#)

[CAPÍTULO 20 LA MALDICIÓN DE GOG](#)

[CAPÍTULO 21 LA CLEPSIDRA DE SANGRE](#)

[CAPÍTULO 22 EL LAZO CARMESÍ](#)

[CAPÍTULO 23 LOS CAPAS GRISES](#)

[CAPÍTULO 24 EL JUICIO FINAL](#)

[CAPÍTULO 25 FRONTERAS DE OSCURIDAD](#)

[CAPÍTULO 26 LAS NIEVES DE RENZEVAL](#)

[CAPÍTULO 27 TRAS LA CELOSÍA](#)

[CAPÍTULO 28 LA ADVERTENCIA](#)

[CAPÍTULO 29 LAS LLAMAS ETERNAS](#)

[CAPÍTULO 30 LA PIRA DE LAS MUSAS](#)

[CAPÍTULO 31 HONOR Y RESPETO](#)

[CAPÍTULO 32 EL DRAGÓN DE ZOBEIDA](#)

[CAPÍTULO 33 HOC SIGNO VINCES](#)

CAPÍTULO 34 EL FIN DE UNA MENTIRA

CAPÍTULO 35 LOS VELOS DEL DESTINO

EPÍLOGO: LA PARTIDA

APÉNDICES

ÍNDICE DE NOMBRES DE PERSONAJES

GLOSARIO

LINAJES Y RELACIONES